

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com

Digitized by Google





Digitized by Google

Digitized by Google

Hace algunos años que, visitando ó, por mejor decir, huroneando la catedral de Nuestra Señora de Paris, encontró el autor de este libro en un oscuro rincon de una de sus torres, esta palabra grabada á mano sobre la pared:

ἈΝΆΓΚΗ.

Estas mayúsculas griegas, denegridas con el tiempo y profundamente entalladas en la piedra, no sé qué signos peculiares á la caligrafia gótica, impresos en sus formas y actitudes como para revelar que las habia escrito allí una mano de la edad media, y sobre todo, el sentido lúgubre y fatal que encierran, hirieron vivamente la imaginacion del autor.

Preguntóse á sí mismo, procuró adivinar cual podia ser el alma en pena que no habia querido abandonar este mundo sin dejar aquella marca de crimen ó de infortunio en la frente de la vieja iglesia.

Despues, han embadurnado ó raspado (no sé cual de los dos) la pared, y la inscripcion ha desaparecido; porque esto es lo que se está haciendo hace ya cerca de doscientos años con las maravillosas iglesias de la edad media. De todas partes les vienen las mutilaciones, de dentro como de fuera: el sacerdote las pintorrea, el arquitecto las raspa; el pueblo llega en seguida y las derriba.

Así que, excepto el frágil recuerdo que le consagra aquí el autor deste libro, nada queda ya en el dia de la misteriosa palabra grabada en la sombria torre de Nuestra Señora, nada del ignorado destino que tan melancólicamente reasumia. El hombre que escribió allí aquella palabra desapareció hace muchos siglos de enmedio de las generaciones; la palabra ha desaparecido tambien de la pared de la iglesia, la iglesia misma acaso desaparecerá bien pronto de la haz de la tierra.

Sobre aquella palabra se ha compuesto este libro.

Paris. — Marzo de **1831.**

LIBRO PRIMERO.

I.

LA SALA GRANDE.

Hoy hace trescientos cuarenta y ocho años, seis meses y diez y nueve dias, que se despertaron los habitantes de Paris al repiqueteo de todas las campanas tocando á vuelo, en el triple recinto de la ciudad, de la universidad y de la villa.

La historia sin embargo no hace mencion especial del dia 6 de enero de 1482; y nada habia por cierto muy notable en el suceso que así ponia en movimiento desde la madrugada á las campanas como á los vecinos de Paris. No era aquel ni un asalto de Picardos ó de Borgoñones, ni una urna llevada en procesion, ni un motin de estudiantes en la viña de Laas, ni una entrada *de nuestro muy temido Señor el señor don Rey*, ni siquiera una abundante cuelga de ladrones y ladronas en la justicia de Paris. No era tampoco la llegada, cosa muy frecuente en el siglo quince, de alguna embajada pintorreada y penachuda. Apénas dos dias eran pasados desde que la última cabalgada de esta especie, la de los embajadores flamencos, encargados de ajustar las bodas del Delfin con Margarita de Flándes, habia hecho su entrada en Paris con notable disgusto de su eminencia el cardenal de Borbon, quien, por complacer á su soberano, tuvo que echarla de amable y obsequioso con toda aquella rústica retahila de burgomaestres flamen-

Digitized by Google

cos, y regalarlos en su palacio de Borbon con una *muy bella moralidad gangarilla y farsa* mientras la lluvia, que caia á mares, inundaba los magníficos tapices que adornaban sus puertas.

Lo que el dia 6 de enero *ponia en movimiento á todo el popular de Paris*, segun expresion de Juan de Troyes era la doble solemnidad reunida desde tiempo inmemorial, del dia de Reyes y de la fiesta de los locos.

En aquel dia de holganza, debia haber grande hoguera en la Greve, árbol de mayo en la capilla de Braque, y misterio en el palacio de Justicia; de todo lo cual habiase el dia ántes hecho pregon á són de trompeta en las calles y plazas por los maceros del señor preboste, vestidos de brillantes sobrevestas de camelote morado, con grandes cruces blancas en el pecho.

La multitud de vecinos de la capital cerraban tiendas y casas y se encaminaba, desde la madrugada, hácia uno de los tres puntos designados: cada cual habia tomado su partido, cual por la hoguera, cual por el árbol de mayo, cual por el misterio. Justo será decir, sin embargo, en honor de la antigua sensatez del pueblo de Paris, que la mayor parte se dirigia hácia la hoguera, tan propia de la estacion, ó hácia el misterio que debia representarse en la sala grande del palacio, bien cubierta y bien cerrado, y que todos los curiosos estaban de acuerdo en dejar al pobre árbol de primavera tiritar solito bajo el crudo cielo de enero, en el cementerio de la capilla de Braque.

Donde mas afluia la gente era en las inmediaciones del palacio de Justicia, porque se sabia que los recien llegados embajadores flamencos asistirian á la representacion del misterio y á la eleccion del papa de los locos, que debia efectuarse igualmente en la sala grande.

No era cosa fácil penetrar aquel dia en la sala grande, la cual, sin embargo pasaba á la sazon por el mayor recinto cubierto conocido sobre la tierra (verdad es que aun no habia medido Sauval el salon del palacio de Montargis). La plaza del palacio, atestada de gente, presentaba á los curiosos de las ventanas el aspecto de un mar, en que cinco ó seis calles, bien así como otras tantas desembocaduras de rios, desaguaban á cada instante nuevas oleadas de cabezas. Las olas de aquella muchedumbre que crecian por momentos, se estrellaban en los ángulos de las casas que se adelantaban por do quiera semejantes á promontorios, en el área irregular de la plaza. En el centro de la alta fachada gótica del palacio, la escalera principal, subida y bajada sin interrupcion por una doble corriente que despues de quebrarse en la meseta intermedia se esparrama en anchas olas sobre sus dos declives laterales, su escalera principal, decimos, manaba copiosa en la plaza como una cascada en un lago. Los gritos, las carcajadas, los pataleos de aquellos mil pies hacian notable estruendo y muy desaforado clamor. De cuando en cuando aumentaban aquel clamor y aquel estruendo; la corriente que impelia toda aquella muchedumbre, retrocedia, se confundia, se arremolinaba; fenómeno producido ya por un hurgonazo de un arquero, ó por el caballo de un macero del prebostazgo que caracoleaba para restablecer el órden; admirable tradicion que legó el prebostazgo á la condestablia, la condestablia á la marechaussée y la marechaussée á nuestra gendarmeria de Paris.

En las ventanas, en las puertas, en las bahuardas, encima de los techos, bullian millares de sanas fisonomias plebeyas, honradas y serenas, mirando el palacio, mirando el gentio y muy satisfechas; porque no pocas personas en Paris se contentan con el espectáculo de los espectadores, y tanto que es cosa para nosotros en alto grado curiosa una pared detras de la cual está sucediendo algo.

Si nos fuera dado á nosotros, hombres de 1830, mezclarnos en idea á aquellos parisienses del siglo quince, y entrar con ellos cercados, prensados y molidos en aquella inmensa sala del palacio, tan estrecha en 6 de enero de 1482, interesante y grato espectáculo se nos presentaria no viendo á nuestro alrededor mas que cosas que, de puro antiguas, nos parecerian muy nuevas.

Si nos lo permite el lector, trataremos de reproducir aquí la impresion que hubiera recibido entrando con nosotros en aquella sala grande en medio de aquel gentio vestido de ropillas, jubones y sobrevestas.

Y ante todas cosas, atolondramiento en los oidos, confusion y desórden en los ojos. Encima de nuestras cabezas, una doble bóveda ojiva, artesonada con esculturas de maderas, pintada de azul celeste, flordelisada de oro; debajo de nuestros pies un pavimento alternativo de mármol blanco y negro. A pocos pasos de nosotros un enorme pilar, luego otro, y luego otro; total, siete pilares en la longitud de la sala, sosteniendo en su mayor latitud las recaidas de la doble bóveda.

Alrededor de los cuatro primeros pilares, puestos ambulantes, lucientes con sus vidrios y oropeles; alrededor de los cuatro últimos bancos de madera de encina, desgastados y pulimentados por las calzas de los litigantes y las togas de los procuradores. En torno de la sala, á lo largo de la alta pared, entre las puertas, entre las ventanas, entre los pilares, la interminable hilera de las estátuas de todos los reyes de Francia, desde Faramundo, los reyes holgazanes con los razos colgando y la vista baja; los reyes valientes y batalladores, la cabeza y las manos levantadas al cielo con osadia. Y en las largas ventanas ojivas, vidrios pintados de mil colores, en las anchas salidas de la sala, ricas puertas delicadamente esculpidas; y en el conjunto bóvedas, pilares, paredes, jambas, dinteles, artesones, puertas, estátuas, y todo ricamente iluminado de arriba abajo de oro y azul, colores que ya, algun tanto ajados en la época en que los vemos, habian desaparecido casi del todo bajo el polvo y las telarañas en el año de gracia 1549, en que Du Breul las admiraba por tradicion.

Imagínese ahora el lector aquella inmensa sala oblonga iluminada por la pálida luz de un dia de enero, invadida por una muchedumbre tumultuosa y llena de colorines que fluye á lo largo de las paredes, y gira en torno de los siete pilares, y podrá formarse una idea confusa del conjunto del cuadro, cuyos curiosos detalles procuraremos indicar con algun detenimiento.

Es seguro que si Ravaillac no hubiera asesinado á Enrique IV, no se hubieran depositado en el archivo del palacio de Justicia las piezas del proceso de Ravaillac; que no hubiera habido cómplices interesados en hacer desaparecer los susodichos documentos; que tampoco hubiera habido incendiarios precisados, á falta de otro medio mejor, á quemar el archivo para quemar las piezas de autos, y á quemar el palacio de Justicia para quemar el archivo, y tampoco, en fin, por consiguiente hubiera acaecido el incendio de 1618. El antiguo palacio estaria aun en pié con su antigua sala grande; yo podria decir al lector; *vaya usted á verla*, y de este modo ambos nos evitaríamos la precision, yo de hacer y él de leer una tal cual descripcion de dicha sala.—Lo que prueba esta verdad nueva; que los grandes sucesos tienen consecuencias incalculables.

Verdad es tambien que seria muy posible en primer lugar que Ravaillac no hubiese tenido cómplices, y en segundo lugar que estos cómplices, si en efecto los tuvo, nada tuviesen que ver en el incendio de 1618, del cual pueden darse ademas otras dos explicaciones, ambas muy plausibles. La primera es la grande estrella inflamada de un pié de ancha, y alta como del codo á la mano, que cayó del cielo, como nadie ignora, sobre el palacio el 7 de marzo despues de las doce de la noche; y la segunda esta cuarteta de Teófilo:

Cuando en Paris la justicia
Se pegó á sí misma fuego
Por un hartazgo de especias,
Desventura fue por cierto.

Digitized by Google

Sea lo que se fuere de esta triple explicacion política, física y poética del incendio del palacio de Justicia, en 1618, el hecho desgraciadamente indudable es el incendio. Muy poco queda en el dia, merced á aquella catástrofe, merced sobre todo á las varias restauraciones sucesivas que han completado lo que ella comenzó, muy poco queda en el dia de aquella primera mansion de los reyes de Francia, de aquel palacio hermano primogénito del *Louvre*, tan viejo ya en el tiempo de Felipe el Hermoso que en él se buscaban los vestigios de los soberbios edificios construidos por el rey Roberto, y descritos por Helgaldus. Casi todo ha desaparecido. ¿Qué se ha hecho la cámara de la cancilleria donde S. Luis *consumó su matrimonio*? El jardin donde el rey administraba la justicia «vestido de una so-«brevesta de camelote, de un tabardo de tiritaña sin «mangas, y de una capa al exterior de sándalo negro, «reclinado sobre una alfombra con Joinville?» ¿Donde está la estancia del emperador Segismundo? ¿Donde la de Cárlos VI? ¿Donde la de Juan-sin-Tierra? ¿Qué se hicieron la escalera desde donde Cárlos IV promulgó su edicto de perdon general? La losa en que degolló Marcel en presencia del Delfin á Roberto de Clermont al mariscal de Champaña, el postigo donde fueron laceradas las bulas del antipapa Benedicto, y de donde volvieron á salir los que las trajeron con capas pluviales y mitras de mojiganga en señal de rision, y sacados á la vergüenza y paseados por todo Paris, y la sala grande con sus dorados, su azul, sus arcos diagonales, sus estátuas, sus pilares, su inmensa bóveda toda acrivillada de esculturas, y la estancia dorada, y el leon de piedra que estaba á la puerta con la cabeza baja, rabo entre piernas como los leones del trono de Salomon, en la actitud humillada que corresponde á la fuerza delante de la justicia, y las soberbias puertas, y los vidrios de colores, y las cerraduras cinceladas que desanimaban á Biscornette, y las delicadas mamposterias de Du Hancy?... ¿Qué ha hecho el tiempo, qué han hecho los hombres de todas aquellas maravillas? ¿Qué nos han dado en cambio de todo esto, en cambio de toda aquella historia gala, de todo aquel arte gótico?—Los pesados arcos abocinados de Mr. de Brosse, el torpe arquitecto de la portada de S. Gervasio, en lo relativo al arte; y por lo que hace á la historia, tenemos los gárrulos recuerdos del pilar grande, llenos todavia de la chismografia de los Patru.

No es mucho.—Pero volvamos á la verdadera sala grande del verdadero palacio antiguo.

Ocupadas estaban las dos extremidades de aquel gigantesco paralelógramo, una por la famosa mesa de mármol de una sola pieza, tan larga, tan ancha y tan gruesa, que jamas se vió, dicen los antiguos libros becerros en un estilo que hubiera dado apetito al mismo Gargantua, otra tal rebanada de mármol en el mundo; y la otra por la capilla en que se habia hecho esculpir Luis XI de rodillas delante de la Vírgen, y á donde habia hecho trasportar, sin curarse de dejar vacios dos nichos en la hilera de las estátuas reales, las de Carlo-Magno y S. Luis, dos santos á quienes suponia muy bien quistos é influyentes en las cosas del cielo, en su calidad de reyes de Francia. Esta capilla, nueva entónces, estaba toda ella construida en aquel gusto exquisito de delicada arquitectura, de escultura maravillosa, de fino y profundo cincelado que indica en la historia del arte frances el fin de la era gótica, y se perpetua hasta mediados del siglo XVI en los caprichos mágicos del renacimiento. El pequeño roseton calado que coronaba la puerta era en particular un prodigio de gracia y sutileza, parecia una estrella de encaje.

En medio de la sala, frente por frente á la puerta principal habíase erigido inmediato á la pared un tablado recamado de oro, y para el cual una ventana del pasadizo de la estancia dorada servia de puerta secreta, destinado á que le ocupáran los enviados flamencos y demas personajes convidados á la representacion del misterio.

Encima de la mesa de mármol, debia, segun costumbre antigua, representarse el misterio; para ello habia sido arreglada con prolijo esmero desde ántes de amanecer. Su rica lámina de mármol, rayada toda ella por los talones de la Basoche, sostenia una especie de jaula de madera bastante capaz, cuya superficie superior, accesible á las miradas de toda la sala, debia servir de teatro, y cuya parte interior, cubierta con anchos tapices, debia servir de vestuario á los personajes del drama. Una escalera de mano sencillamente arrimada por fuera, estaba destinada á establecer la comunicacion entre la escena y el vestuario, y á prestar sus empinados escalones así á las entradas como á las salidas; y no habia ningun personaje encopetado ó imprevisto, terrible peripecia ni golpe teatral, que no se viese en la dura é inevitable precision de subir por aquella escalera portátil. ¡Inocente y venerable infancia del arte y de las máquinas!

Cuatro alabarderos del alcaide de palacio, inseparables inspectores de todas las diversiones del pueblo, así los dias en que habia funciones, como en los dias en que habia reo, estaban en pié sobre los cuatro ángulos de la mesa de mármol.

Hasta que diese en el gran reloj del palacio la última campanada de medio dia, no debia comenzar la comedia; lo que era muy tarde seguramente para una representacion teatral; pero habia sido preciso escoger la hora mas cómoda para los embajadores.

Es pues el caso que toda aquella concurrencia esperaba desde muy por la mañana. No pocos de aquellos curiosos tiritaban desde el alba delante de la fachada del palacio; y aun no faltó quien asegurara haber pasado la noche atravesado delante de la puerta principal, para estar seguro de entrar el primerito. Crecia la muchedumbre por momentos, y á manera de un rio que sale de madre, empezaba á subir á lo alto de las paredes, á remolinarse en torno de los pilares, á inundar los entablamientos, las cornisas, las barandas de las ventanas y todos los ángulos salientes de la arquitectura, todos los relieves de la escultura. Y por eso el fastidio, la desazon, la impaciencia, la libertad de un dia de cinismo y de locura, las camorras que á cada instante se armaban ya por aquí, ya por allá, por un codo afilado, y por un pisoton en un callo, el aburrimiento de una larga espectacion, empezaban, desde mucho ántes de la hora en que debian llegar los embajadores, á comunicar un acento ágrio y chillon al clamor de aquella gente apretujada, molida, prensada, magullada y sofocada. Por todas partes se oian quejas, imprecaciones y lamentos contra los flamencos, el preboste, el cardenal de Borbon, el alcaide de palacio, Margarita de Austria, los porteros de vara, el frio, el calor, el mal tiempo, el obispo de Paris, el papa de los locos, los pilares, las estátuas, esta puerta cerrada, aquella ventana abierta; todo con notable edificacion de la turba de estudiantes y de lacayos diseminados entre la multitud, que añadian á todo aquel descontento sus malicias y diabluras pinchando, por decirlo así, á alfilerazos el mal humor general.

Habia entre otros un grupo de aquellos bulliciosos demonios que, despues de haber arrancado todos los vidrios de una ventana, habíase valerosamente sentado en el cornisamento, y alcanzaba desde allí con sus miradas y rechiflas lo interior y lo exterior, el concurso de la sala y el de la plaza. Sus gestos y sus risotadas, y los burlescos diálogos que entablaban con sus compañeros de un lado á otro de la sala, claramente indicaban que aquella pícara estudiantina no participaba del cansancio y fastidio de los demas, y que sabia muy bien sacar, para su provecho individual, de lo que tenian delante, un espectáculo que les hacia esperar el otro con paciencia.

—¡Por mi vida, andas tú por ahí, *Joannes Frollo de*

Digitized by Google

Molendino!—gritaba uno de ellos á una especie de diablo rubio, agraciado y maligno, encaramado en los follajes de acanto de un capitel;—bien hacen en llamarte Juan del Molino, porque tus brazos y tus piernas se parecen no poco á cuatro aspas revoloteando por los aires.—¿Cuanto tiempo hace que estás ahí?

—Por la misericordia del diablo,—respondió *Joannes Frollo*,—que hace ya mas de cuatro horas, y que espero, así Dios me ayude, que me sean atendidas en el purgatorio en descuento de mis pecados. Como que he oido á los ocho sochantres del rey de Sicilia entonar el primer versículo de la misa mayor de las siete en la santa capilla.

—¡Buenos sochantres!—repuso otro,—y que tienen la voz aun mas puntiaguda que sus bonetes. Antes de fundar una misa al Sr. S. Juan, hubiera debido informarse el rey de si le gusta al Sr. S. Juan el latin salmodiado con acento provenzal.

—¡Solo por dar empleo á esos malditos sochantres del rey de Sicilia lo ha hecho!—gritó en tono de vinagre una vieja que estaba junto á la ventana.—¡Me gusta la especie! ¡Mil libras *parisíes* por una misa! ¡Y sobre el producto de los pescados de mar en los mercados de Paris, á mayor abundamiento!!!..

—¡Silencio, bruja!—repuso un obeso y grave individuo que se tapaba las narices junto á la pescadera ¿era preciso fundar una misa ó queriais que recayese el rey enfermo?

—¡Bien dicho, Sr. Gil Elcornudo, manguitero abastecedor de la casa real!—dijo al punto el estudiante engarabitado en el capitel.

Una sonora carcajada de todos los estudiantes saludó al malhadado apellido del pobre manguitero abastecedor de la casa real.

—¡Elcornudo! ¡Gil Elcornudo!—decian unos.

—¡*Cornutus et hirsutus*!—añadia otro.

—Pues ya se ve que si,—prosiguió el diablillo del capitel.—¿Qué diablos tienen que reir? ¡Ese digno barrigon es el muy venerable Gil Elcornudo, hermano de maese Juan Elcornudo, preboste de la casa real, hijo de maese Mayet Elcornudo, portero mayor, todos del bosque de Vincennes, todos vecinos de Paris casados de padre á hijo hasta la cuarta generacion!!...

Aumentó con esto la algazara; el pobre manguitero, sin responder palabra, procuraba sustraerse á las miradas fijas en él de todas partes; pero en vano sudaba y se sofocaba; como una cuña que se hunde en la madera, sus esfuerzos no hacian mas que amoldar aun con mas solidez entre los hombros de sus vecinos su ancha cara apoplética encendida de cólera y despecho.

Uno de sus vecinos, en fin, gordo, pequeño y respetable como él, vino en su ayuda.

—¡Abominacion! ¡hablar así á un ciudadano esos bellacos de estudiantes! en mi tiempo, á buen seguro que los hubieran azotado con un haz de leña para quemarlos despues con él.

Aquí perdió los estribos toda la turba estudiantina.

—¡Hola, éh! ¿quien habla por ahí abajo? ¿quien es ese mochuelo?

—Toma,—¿quién ha de ser? le conozco,—dijo uno;—maese Andres Musnier.

—Porque es uno de los cuatro libreros jurados de la universidad,—dijo otro.

—Todo se cuenta por cuatro en aquella tienda; las cuatro naciones, las cuatro facultades, las cuatro fiestas, los cuatro procuradores, los cuatro electores, los cuatro libreros.

—Pues bien,—repuso Juan Frollo, hemos de hacerle el diablo á cuatro.

—Musnier, quemaremos tus libros.

—Musnier, solfearemos las espaldas de tu lacayo.

—Musnier, achucharemos á tu mujer,

—La rolliza y mantecosa señorita Oudarde.

—Que se halla tan fresca y tan lozana como si ya estuviese viuda.

—El diablo cargue con vosotros, ¡amen!—refunfuñó maese Andres Musnier.

—Maese Musnier,—repuso Juan suspendido á su inminente capitel,—calla ó caigo sobre ti.

Alzó los ojos maese Andres, midió de una ojeada la altura del pilar, calculó la gravedad específica del muchacho, multiplicó mentalmente esta verdad por el cuadrado de la velocidad, y se calló.

Juan, dueño del campo de batalla, prosiguió triunfante.

—Es que soy hombre para hacerlo como lo digo, aunque hermano de todo un arcediano.

—¡Vaya una gente de mi flor la de la Universidad! ¡no haber siquiera hecho respetar nuestros derechos en un dia como hoy! Hay árbol de mayo y hoguera en la Villa; misterio, papa de locos y embajadores flamencos en la Ciudad, y en la Universidad, nada!

—¡Pues no será porque sea pequeña la plaza Maubert!—repuso uno de los estudiantes acantonados en la baranda de la ventana.

—¡Mueran el rector, los electores, y los procuradores!—exclamó Joannes.

—Esta noche hemos de hacer una hoguera en el campo Gaillard,—prosiguió otro;—con los libros de maese Andres.

—¡Y los pupitres de los copiantes!—dijo su vecino.

—¡Y las varas de los bedeles!

—¡Y las escupideras de los decanos!

—¡Y los tinteros de los electores!

—¡Y las mesas de los procuradores!

—¡Y los taburetes del rector!

—¡Mueran!—repuso Juanillo en fabordon—mueran los bedeles, y los doctores, y maese Andres y los teólogos, y los médicos, y los decretistas, y los procuradores, y los electores, y el rector.

—¡Jesus! ¡se va á acabar el mundo!—murmuró maese Andres, tapándose las orejas.

—¡Tate! ahora pasa el doctor por la plaza, gritó uno de los de la ventana.

Todos se volvieron hácia la plaza.

—¡Con que por ahí anda nuestro venerable rector maese Thibaut!—preguntó Juan Frollo de Molino que, encaramado en un pilar del interior, no podia ver lo que pasaba en la plaza.

—Si, si,—respondieron todos los demas,—el es, maese Thibaut, el rector.

En efecto, el rector y todos los dignatarios de la universidad acudian en procesion á recibir la embajada, y pasaban en aquel momento por la plaza de palacio. Los estudiantes, apiñados en la ventana, los recibieron al paso con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector, que iba á la cabeza de su compañia, recibió la primera descarga, que no fue floja.

—¡Buenos dias, Sr. rector! ¡Ola, ¡éh! ¡buenos dias!

—¿Como ha hecho para estar ahí ese maldito jugador? ¿como quedan los dados?

—¡Mira, y como va trotando en su mula, y tiene las orejas mas largas que ella!

—¡Ola, éh! ¡salve, Sr. rector Thibaut! ¡*Tybalde aleator*! ¡Viejo! ¡bruto, jugador!

—¡Dios te guarde! ¡ganaste mucho anoche!

—¡Oh! y ¡que cara de viernes, negra, fea, envejecida en el amor del juego y de los dados!

—¡A donde vas, Thibaut, *Tybalde ad dados*, volviendo la espalda á la Universidad y trotando hácia la Villa?

—Irá á buscar casa á la calle Thibautaudé gritó Juan del Molino...

Toda la pandilla repitió el equivoquillo con voz de trueno y frenéticas palmadas.

—¡Con que vais á buscar casa á la calle Thibautaudé, no es verdad, señor rector, jugador de los demonios!

Digitized by Google

Luego les llegó su turno á los demas dignatarios.

—¡Mueran los bedeles! ¡mueran los maceros!

—¿Dime, Robin Poussepain, quien es aquel pollino?

—Gilbert de Suilly, Gilbertus de Soliaco, el canciller del colegio de Autun.

—Mira, ahí va mi zapato; tú estás mejor colocado que yo; tiráselo á la cara.

—*Saturnalitias mittimus ecce nuces.*

—¡Mueran los seis teólogos con sus sobrepellices blancas!

—¡Son esos los teólogos! Yo creí que eran seis gansos blancos dados por Sta. Genoveva á la ciudad por el feudo de Roony.

—¡Mueran los médicos!

—¡Mueran los autos!

—A ti va mi sombrero, canciller de Sta. Genoveva: ¿te acuerdas de la injusticia que me hiciste?

—Así es la verdad: el maldito dió mi empleo en la nacion de Normandia al títere de Ascanio Falzaspada que es de la provincia de Bourges, porque él es italiano.

—¡Es una picardia! —dijeron todos los estudiantes.

—¡Muera el canciller de Sta. Genoveva!

—¡Ola! ¡maese Joaquin de Ladehors! ¡Ola! ¡Luis Dabuille! ¡Ola! ¡Lamberto Hoetement!

—El diablo se lleve al procurador de la nacion de Alemania.

—Y á los capellanes de la capilla santa, con sus mucetas grises; *cum tunicis grisis*!

—¡*Seu de pellibus grisis fourratis*!

—¡Ola-éh! ¡Los maestros en artes! ¡casullas negras! ¡casullas coloradas!

—¡Buena cola para el rector!

—Parece un Dux de Venecia cuando va á casarse con el mar.

—Juan, allí van los canónigos de Sta. Genoveva.

—¡Mueran los canónigos!

—¡Abate Claudio Choart! ¡Doctor Claudio Choart! ¿Andas buscando á Maria-la-Giffarde?

—Vive en la calle de Glatigny.

—Está haciendo la cama al rey de los bellacos.

—Paga sus cuatro maravedis: *quatuor denarios.*

—*Aut unum bombum.*

—¿Quieres que te salga á la cara?

—¡Compañeros! ¡maese Simon Sanguin, el elector de Picardia, que lleva á su mujer á la grupa!

—*Post equitem sedet altra cura.*

—¡Salve, maese Simon!

—Buenos dias, ¡señor elector!

—Buenas noches, ¡señora electora!

—¡Quien pudiera estar con ellos para ver todo eso! —decia dando un suspiro *Joannes de Molendino*, que continuaba encaramado en los follajes de su capitel.

En tanto el librero jurado de la universidad, maese Andres Musnier, decia, acercándose al oido del manguitero abastecedor de la casa real, maese Gil Elcornudo.

—Lo repito, amigo mio, y no me cansaré de repetirlo; el fin del mundo se acerca. Nunca se habian visto semejantes demasias en la estudiantina, y las malditas invenciones del siglo son las que tienen la culpa de todo. Las artillerias, las serpentinas, las bombardas, y sobre todo la imprenta, esa peste de la Alemania... ¡Se acabaron los manuscritos, se acabaron los libros! ¡la imprenta asesina á la libreria! El fin del mundo se acerca.

—Bien lo veo en los progresos que hacen los tejidos de terciopelo, —dijo el manguitero.

Dieron en aquel momento las doce.

—¡Ah! —dijo todo el concurso en coro.

Callaron los estudiantes; hubo luego un bullicio general, un gran movimiento de pies y de cabezas, una respetable detonacion de toses y de pañuelos; cada cual se colocó, se acomodó, se empinó, se arregló. Siguió luego un profundo silencio; todos los pescuezos echaron el resto de su elasticidad, todas las bocas se abrieron, todas las miradas se fijaron en la mesa de mármol..... Nada se vió en ella. —Los cuatro alabarderos del alcaide estaban allí todavia, tiesos é inmóviles como cuatro estátuas pintadas. Volvieron todos la vista al tablado reservado para los embajadores flamencos; la puerta estaba cerrada y el tablado vacio. Aquella muchedumbre esperaba desde la madrugada tres cosas: las doce del dia; la embajada de Flándes, y el misterio; solo las doce del dia habian llegado á la hora.

Esto era ya demasiado.

Esperaron uno, dos, tres, cinco minutos, un cuarto de hora; nadie venia; el tablado estaba desierto, el teatro estaba mudo. A la impaciencia sucedió la cólera; por do quiera circulaban palabras irritadas, pero en voz baja. —¡El misterio! ¡el misterio! —repetia un sordo murmullo. Las cabezas fermentaban; una tempestad, que aun no hacia mas que mugir, flotaba en la superficie de aquel inmenso gentio. Juan Molendino sacó de ella el primer chispazo.

—¡El misterio, y al diablo los flamencos! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, retorciéndose como una culebra alrededor de su capitel.

Un palmoteo universal fue la respuesta del pueblo.

—¡El misterio! —repitió, —¡y al diablo la Flándes y los Flamencos!

—Venga al instante el misterio, —añadió el estudiante, —ó sino soy de parecer que ahorquemos al alcaide del palacio á guisa de comedia y de moralidad.

—¡Bien dicho! —exclamó la multitud, —y comencemos la broma por sus alabarderos.

Siguióse una inmensa aclamacion; los cuatro pobres diablos empezaban á mudar de color, á mirarse unos y otros. Adelantábase el gentio hácia ellos lentamente, y ya veian la frágil balaustrada que de él los separaba ponerse panzuda bajo la pasion de la multitud.

El momento no podia ser mas crítico.

—¡A ellos! ¡á ellos! —gritaba la gente por todas partes.

En aquel punto y sazon, levantóse el tapiz del vestuario que poco antes describimos, y dió paso á un personaje cuyo aspecto contuvo de súbito á la muchedumbre y convirtió como por encanto su cólera en curiosidad.

—¡Silencio! ¡silencio!

Temblando de pies á cabeza; confuso y atontado, adelantóse el personaje hasta el borde de la mesa de mármol, haciendo infinitas reverencias, que, á medida que se acercaba, iban cada vez pareciéndose mas y mas á otras tantas genuflexiones.

El tumulto, sin embargo, se habia apaciguado del todo, y solo quedaba ya aquel lijero rumor que siempre se desprende del silencio de la multitud.

—Señores habitantes y vecinos, —dijo, —señoritas, habitantes y vecinas de Paris: vamos á tener la honra de declamar y representar delante de su eminencia el Sr. cardenal una exquisita moralidad, cuyo título es: El buen juicio de la señora Vírgen Maria: yo hago de Júpiter. Su eminencia está acompañando en este momento á la benemérita embajada del Sr. duque de Austria: la cual se halla detenida en la hora presente escuchando la arenga del Sr. rector de la universidad en la puerta llamada de los Jumentos. Apénas llegue el eminentísimo cardenal, empezaremos.

En verdad que nada ménos se necesitaba para salvar á los cuatro desgraciados alabarderos del alcaide del palacio que la intervencion delmismo Júpiter. Si tuviéramos la dicha de aber inbentado esta muy verídica historia, y por consigiente de ser reponsa-

Digitized by Google

ble de ella ante nuestra señora la crítica, mal haria su merced en invocar contra nosotros en este momento el precepto clásico: *Nec deus intersit*. Ello es en fin, que el traje del Sr. Júpiter era muy particular, y que contribuyó no poco á calmar el tumulto de la muchedumbre, absorviendo toda su atencion. Llevaba el señor Júpiter una cota de malla cubierta de terciopelo negro con pasamanos de oro, y á la cabeza un gorro lleno de botones de plata sobredorada; y á no ser por el colorete y por las espesas barbas que cubrian cada cual una mitad de su rostro; á no ser por el rollo de carton dorado, lleno de lentejuelas y de tiras de oropel que llevaba en la mano, y en que cualquiera ojo algo sagaz, mal pudiera dejar de reconocer el rayo; á no ser por sus pies de color de carne y cubiertos de cintas á la usanza griega, bien hubiera podido aquel personaje, por la severidad de su vestimenta, sostener la comparacion con un arquero breton del regimiento de Monseñor de Berry.

II.

PEDRO GRINGOIRE.

En tanto que arengaba aquel personaje, la satisfaccion, la admiracion unánimamente excitadas por su vestimenta, íbanse desvaneciendo á medida que hablaba, y cuando llegó á esta fatal conclusion: «Apénas llegue el eminentísimo cardenal, empezaremos,» su voz se perdió en medio de una tempestad de zumbas y de silbidos.

¡Empiécese al punto! ¡El misterio! ¡el misterio! ¡al instante! Este era el grito universal, y por cima de todas las voces se oia la de *Joannes de Molendino* que hendia el tumulto como el pífano en una cencerrada de Nimes: —¡Empiécese al punto! —gritaba el estudiante.

—¡Mueran Júpiter y el cardenal de Borbon! —vociferaban Robin Poussepain y toda la estudiantina apiñada en la ventana.

—¡Al instante la moralidad! —repetia la muchedumbre; —¡al instante! ¡al instante! ¡y el palo y la cuerda para los cómicos y el cardenal!

—El pobre Júpiter, aturdido, trémulo, pálido bajo su colorete, dejó caer el rayo, y se quitó la gorra, y saludaba y temblaba diciendo en voz balbuciente: —Su eminencia — los embajadores — la señora Margarita de Flándes.... — El pobre diablo no sabia que decir; tenia miedo de que lo ahorcasen.

Ahorcado por el populacho si esperaba, ahorcado por el cardenal si no esperaba; no veia por ambos lados mas que un abismo, es decir, la horca.

Por fortuna, no faltó quien viniese á sacarle de apuros, reasumiendo sobre sí toda la responsabilidad.

Un personaje que estaba dentro de la balaustrada, en el espacio que mediaba entre esta y la mesa de mármol, y en quien nadie habia reparado aun, tanto su luenga y magra catadura se hallaba completamente á cubierto de todo rayo visual, por el diámetro del pilar en que se apoyaba; este personaje, decimos alto, flaco pálido, rubio, jóven todavia si bien lleno de arrugas en la frente y en las mejillas, con ojos brillantes y risueña boca; vestido de sarga negra, raida, y lustrosa á fuerza de puro vieja, se acercó á la mesa de mármol é hizo una señal al pobre paciente. Pero este todo confuso no veia ni oia.

Dió un paso mas hácia la mesa el personaje:

—¡Júpiter! —le dijo, —¡amigo Júpiter!

Pero el otro no le oia.

En fin, impaciente el rubio, le gritó casi debajo de las narices.

—¡Miguel Gibornele!

—¿Quien me llama? —dijo Júpiter como despertado en medio de una pesadilla.

—Yo: — respondió el personaje vestido de negro.

—¡Ah! — dijo Júpiter.

—Empezad inmediatamente, repuso el otro, y dad gusto al pueblo; yo me encargo de responder al señor alcaide, quien responderá al Sr. cardenal.

Júpiter respiró:

—Señores habitantes de Paris, — dijo con toda la fuerza de sus pulmones á la plebe que continuaba toreándole de lo lindo, vamos á empezar inmediatamente.

—¡*Evoe Júpiter*! ¡*Plaudite cives*! —gritó la estudiantina.

—¡Noel! ¡Noel! gritó el pueblo.

Siguióse un palmoteo atronador, y ya habia desaparecido Júpiter detras de su tapiz, cuando todavia retumbaban en la sala infinitas aclamaciones.

En tanto el personaje desconocido, que tan mágicamente habia cambiado la *tempestad en bonanza*, como dice nuestro querido y viejo Corneille, volvió modestamente á la penumbra de su pilar, donde sin duda hubiera permanecido invisible, inmóvil y mudo como hasta entónces, á no haberle sacado de ella dos muchachas, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, habian observado su coloquio con Miguel Giborne — Júpiter.

—Señor..... — dijo una de ellas haciéndole señal de que se acercara.

—Calla, Lienarda, — dijo su compañera, fresca, bonita y prendida con veinticinco alfileres. —¿No ves que ese galan es lego, y que no le corresponde el título de *señor*, sino el de *maese*?

—Maese, — dijo Lienarda.

Acercóse el incógnito á la baranda. —¿Qué se ofrece, señoritas? — preguntó con amable cortesía.

—¡Oh! nada, — dijo Lienarda toda confusa: —era esta mi vecina Gisquette — la — Gencienne que queria hablaros.

—No tal, — respondió Gisquette, modesta y ruborosa, — Lienarda os llamó *señor*, y yo la he dicho que se decia *maese*.

Bajaban los ojos las dos doncellas: el jóven que tenia muy buenas ganas de trabar conversacion, las miraba sonriendo:

—¿Con que nada teneis que decirme, amables señoritas?

—¡Oh! nada, — respondió Gisquette.

—Nada, — añadió Lienarda.

El macilento rubio dió un paso para retirarse; pero las dos curiosas no se sentian dispuestas á soltarle tan pronto.

—Maese, — dijo intrépida Gisquette con la impetuosidad de una esclusa que se abre ó de una mujer que se decide; —¿conoceis por ventura á ese soldado que va á hacer el papel de la señora vírgen en el misterio?

—¿El papel de Júpiter quereis decir? — respondió el anónimo.

—¡Pues ya se ve que si! — dijo Lienarda. —¡Que tonta! ¿conoceis á ese señor Júpiter?

¡A Miguel Gidorne! — repuso el anónimo, — cierto que si.

—¡Tiene unas barbas terribles! — dijo Lienarda.

—¿Va á ser muy bonito eso que van á decir? — preguntó con timidez Gisquette.

—Sumamente bonito; — respondió el anónimo en tono altamente decisivo.

—¿Qué será? — dijo Lienarda.

—*El buen juicio de la señora vírgen Maria*, moralidad excelente, señorita.

—¡Ah! eso es otra cosa, — repuso Lienarda.

Siguióse un breve silencio; al cabo de pocos momentos le rompió el incógnito.

—Es una moralidad nuevecita, y que no se ha estrenado todavia.

—Con que no es la misma que dieron hace dos años — dijo Gisquette, — el dia de la entrada del Sr. Le-

Digitized by Google

gado en que habia tres doncellas tan guapitas que hacian de.....

—De sirenas, —dijo Lienarda.

—En cuerecitos vivos,—añadió el jóven.

Bajó los ojos Lienarda pudibunda: miróla Gisquette é hizo otro tanto. El jóven prosiguió con blanda sonrisa.

—Era cosa por cierto que tenia que ver. Hoy representarán una moralidad hecha de intento para la señora Margarita de Flándes.

—¿Y cantarán idilios pastoriles?— preguntó Gisquette.

—¡Pues! estaria bueno,—dijo el incógnito;—¡en una moralidad!!... No hay que confundir los géneros: si fuera una gangarilla, santo y bueno.

—Pues es lástima,—dijo Gisquette.—Aquel dia me acuerdo que habia en la fuente del Ponceau hombres y mujeres salvajes que se peleaban y hacian mil travesuras, cantando villancicos y coplas pastoriles.

—Lo que conviene para un legado,—dijo con bastante sequedad el anónimo,—no conviene para una princesa.

—Y junto á ellos, — repuso Lienarda,—tocaban una porcion de instrumentos que producian grandes melodias.

—Y para que refrescara el pueblo,—continuó Gisquette,—echaba la fuente por tres caños vino, leche é hypocras, y bebia todo el que le daba la gana.

—Y un poco mas abajo de la fuente,— añadió Lienarda,—en la Trinidad, habia un paso de la pasion con personajes que no hablaban.

—¡Toma si me acuerdo!—exclamó Gisquette:—Dios en la cruz y los dos ladrones á derecha y á izquierda.

Entónces las dos parlanchinas, entusiasmándose con sus recuerdos de la entrada del Sr. Legado, empezaron á hablar las dos al mismo tiempo.

—Y mas allá, en la puerta de los Pintores, habia otras personas vestidas con mucho lujo.

—¡Y en la fuente de los Inocentes, aquel cazador perseguia á una corza con tanto ruido de perros y de trompetas!

—¡Y en la carniceria de Paris, aquellos patibulos que figuraban la Bastilla de Dieppe!

—Y cuando pasó el Legado—¿te acuerdas como dieron el asalto y no quedó un ingles con cabeza?

—¡Y junto á la puerta del Chatelet, que habia aquellos señores tan majos!

—¡Y en el puente del *Change*, que estaba todo entoldado!

—¡Y cuando pasó el Legado, que echaron á volar sobre el puente mas de doscientas docenas de toda especie de pájaros! ¡Aquello si que era bonito!

—Pues mas bonito será hoy, repuso en fin su interlocutor que las escuchaba con evidente impaciencia.

—¿Con que será muy bonito ese misterio?—dijo Gisquette.

—Seguramente,—respondió; y luego:—Señoritas; yo soy su autor,—añadió con tono enfático.

—¡Ah!—respondieron las dos petrificadas de admiracion.

—¡Ya se ve que si!—respondió el poeta contoneándose lijeramente; es decir, los autores somos dos; Juan Marcaud, que ha serrado las tablas y levantado el teatro, y yo que he compuesto el drama.—Yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor del *Cid* no hubiera dicho con mas altivez: *Pedro Corneille*.

Bien conocerán nuestros lectores que debe haber transcurrido cierto tiempo desde el momento en que se retiró Júpiter hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad se reveló como hemos visto de súbito á la profunda admiracion de Gisquette y de Lienarda. Cosa notable; toda aquella muchedumbre, pocos minutos ántes tan tumultuosa, esperaba ahora con mansedumbre, fiada en la palabra de un comediante; lo que prueba esta verdad eterna, de que todos los dias vemos ejemplos en nuestros teatros; que el mejor medio de hacer que el público aguarde con paciencia es asegurarle que va á empezar inmediatamente.

Sin embargo, el estudiante Juan no se dormia en su capitel.

—¡Ola! ¡hé!—gritó repentinamente en medio de la profunda calma que habia sucedido al tumulto. —¡Júpiter, señora vírgen, truhan de los demonios! ¿os burlais de nosotros? ¡el misterio! ¡el misterio! empezad ó empezamos nosotros.

No fue necesario mas.

Una música ratonera de varios instrumentos hízose oir de pronto en el interior de la escena, levantóse el tapiz, y á ella salieron cuatro personajes ridículos y pintorreados, trepando por la empinada escalera del teatro. Llegados que fueron á la plataforma superior, formáronse en batalla delante del público, á quien saludaron profundamente. Calló entónces la sinfonia y comenzó el misterio.

Los cuatro personajes, despues de haber recibido en numerosos aplausos la justa recompensa de sus saludos, entablaron en medio de un religioso silencio, un prólogo que no tendremos dificultad en pasar por alto, que no lo llevará á mal el lector. Es de advertir á mayor abundamiento, que el público, como suele acontecer en nuestros dias, se ocupaba aun mas en los trajes de los actores que en las relaciones que declamaban, para lo cual en verdad no carecian de fundamento. Iban los cuatro vestidos con trajes, la mitad blancos y la mitad amarillos, que no se distinguian entre sí mas que por la calidad del material; era el primero de brocado de oro y plata, el segundo de seda, el tercero de lana y el cuarto de lienzo. Llevaba en la diestra una espada el primero de los personajes, el segundo dos llaves de oro, una balanza el tercero, el cuarto una azada; y para ayuda de las inteligencias poco perspicaces cuya vista no pudiese penetrar la trasparencia de aquellos atributos, leíase en enormes letras bordadas de negro al pié de la capa de brocado: *Yo me llamo Nobleza*; al pié de la de seda: *Yo me llamo Clero;* al del ropon de lana: *Yo me llamo Mercaderia;* y al del lienzo: *Yo me llamo Trabajo.* El sexo de las dos alegorias masculinas claramente lo indican á todo espectador sensato sus vestidos menos largos y las gorras que llevaban puestas, al paso que las dos alegorias femeninas, menos brevemente vestidas, ostentaban en la cabeza grandes caperuzas.

Seguramente hubiera sido necesario ser muy torpe ó muy malévolo para no comprender, por entre la poesia del prólogo, que *Trabajo* estaba casado con *Mercaderia*, y *Clero* con *Nobleza*, y que las afortunadas parejas poseian, á partes iguales, un magnífico delfin de oro, que estaban decididas á no adjudicar sino á la mas hermosa. Iban pues, por esos mundos de Dios, en busca de esta hermosura, y despues de haber desdeñado sucesivamente á la reina de Golconda, á la princesa de Trebisonda, á la hija del gran Kan de Tartaria, etc., etc. *Trabajo* y *Clero, Nobleza* y *Mercaderia* habian llegado á tomar algun lijero descanso á la mesa de mármol del palacio de Justicia prodigando á presencia del digno auditorio cuantas sentencias y máximas era entónces permitido propalar en la facultad de las artes en los exámenes, sofismas, determinaciones, figuras y autos en que ganaban su borla de doctores los licenciados.

Todo lo cual en efecto era sumamente bonito.

Y en toda aquella muchedumbre sobre la cual derramaban á porfia mares de metáforas las cuatro alegorias, no habia un oido mas atento, un corazon mas palpitante, dos ojos mas desencajados, un pescuezo

Digitized by Google

mas largo, que el oido, los ojos, el pescuezo y el corazon del poeta, del buen Pedro Gringoire que no habia podido resistir poco ántes á la tentacion de decir su nombre á dos buenas mozas. Retiróse algunos pasos de ellas, detras de su pilar, y desde allí, escuchaba miraba saboreaba. Los lisonjeros aplausos que habia acogido los primeros versos de su prólogo, resonaban aun en sus entrañas, y el dichoso poeta se hallaba completamente empapado en aquella especie de extática contemplacion con que ve un autor caer una á una sus ideas de la boca del actor en el silencio de un basto auditorio. ¡ Digno Pedro Gringoire!

Mucho sentimos decirlo; pero pronto se vió turbado en las delicias de aquel éxtasis primero. Apénas habia llegado Gringoire sus lábios á aquella copa sublime de alegría y de triunfo, cuando vino á acibararla una gota de hiel.

Un mendigo desarropado que no podia sin duda pordiosear á su placer, confundido como se hallaba en medio de la muchedumbre, y que no habia hallado sin duda suficiente indemnizacion en los bolsillos de sus vecinos, imaginó el ingenioso espediente de encaramarse en algun punto visible para atraer las miradas y las limosnas. Empinóse, pues, durante los

Palacio de Justicia.

primeros versos del prólogo con ayuda de los pilares del tablado de preferencia hasta la cornisa que ceñia su balaustrada su parte inferior, donde se sentó, solicitando la atencion y la caridad con sus harapos y una llaga asquerosa que cubria su brazo derecho. Justo será decir en honor de la verdad que el miserable no proferia una palabra.

El silencio que guardaba dejó que prosiguiera sin obstáculo el prólogo, y es de creer que ningun desórden notable hubiera sobrevenido, á no dar fatal casualidad de que el estudiante Joannes de Molendino no divisase al inmundo mendigo desde lo alto de su pilar. Una irresistible gana de reir se apoderó de aquel travieso diablillo, el cual, sin curarse de interrumpir el espectáculo y de turbar el silencio universal, exclamó:

— ¡ Calla! ¡aquel zarrapastroso que pide limosna!

Quien quiera que haya echado una piedra en un charco de ranas ó disparado un tiro en medio de una bandada de palomas podrá formarse una idea del efecto que produjeron aquellas palabras incongruentes en medio de la atencion general. Extremecióse Gringoire como sacudido por un choque eléctrico: suspendióse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hácia el mendigo que, lejos de turbarse vió en aquel incidente una buena ocasion de hacer su agosto, y empezó á decir con voz doliente y medio cerrando los ojos:—¡Una limosnita por amor de Dios!

— ¡ Tate! — repuso Joannes por mi vida que ese es Clopin Troullefou. ¡ Ola! ¡ éh! — compadre, parece que te molestaba esa llaga en la pierna y te la has pasado al brazo.

Digitized by Google

Esto diciendo echó con la destreza de un mico, un blanquillo en el mugriento sombrero que alargaba el mendigo con el brazo malo. —Impávido el zarrapastroso, recibió la limosna y el sarcasmo, y prosiguió con acento lamentable: —¡Una limosnita por amor de Dios!...

Este episodio distrajo considerablemente el auditorio; y muchos espectadores entre otros Robin Poussepain y toda la estudiantina, aplaudieron con algazara el extravagante duo que acaban de improvisar en mitad del prólogo, el estudiante con su voz de falsete y el mendigo con su salmodia imperturbable.

Gringoire estaba sumamente enojado. Vuelto en si de su primera estupefaccion, desgañitábase gritando á los cuatro personajes de la escena: —¡Adelante, que diablo! ¡adelante!—sin dignarse siquiera echar una mirada de desden sobre los dos interruptores.

Sintió en aquel momento que le tiraban de la capa. Volvió la cara algo mohino, y tuvo que hacer un violento esfuerzo para sonreir; pero fue indispensable.—El lindo brazo de Gisquette-la-Gencienne, pasando por entre las columnillas de la baranda, solicitaba de aquella manera su atencion.

—Caballero—dijo la doncella—¿van á continuar?

—Pues es claro —respondió Gringoire algo sorprendido de aquella pregunta.

—En ese caso—¿tendriais la bondad, prosiguió, de explicarme?...

—¿Lo que van á decir?—interrumpió Gringoire. —Pues escuchad con atencion...

—No es eso—respondió Gisquette—sino lo que han dicho hasta ahora.

Dió Gringoire un respingo como aquel á quien le ponen la mano en una herida.

—¡Cuerno con la chiquilla majadera y obtusa!—dijo entre dientes.

Desde aquel momento perdió Gisquette su buena opinion en el ánimo del poeta.

En tanto los actores, obedeciendo su mandato, habian proseguido en su prólogo, y el público, viendo que de nuevo empezaban á hablar, de nuevo empezó á escuchar, no sin haber perdido infinidad de bellezas en la especie de soldadura que se hizo entre las dos partes del drama violentamente separadas: amarga reflexion que no deja de hacerse Gringoire allá por sus adentros. Sin embargo fue restableciéndose poco á poco la calma; el estudiante callaba, el mendigo contaba alguna calderilla en su sombrero, y el misterio habia llegado á hacerse superior á todo.

Era realmente el misterio una obra de mucho mérito, y de la cual nos parece que aun en el dia pudiera sacarse mucho partido, prévias algunas modificaciones. La exposicion, algo larga y no poco insignificante, es decir, conforme en un todo á las reglas, era muy sencilla; y Gringoire, en el cándido santuario de su mente, admiraba su extraordinaria claridad. Estaban los cuatro personajes alegóricos cansados como era muy natural, de haber recorrido las tres partes del mundo, sin hallar medio de desprenderse decentemente de su delfin de oro, con cuyo motivo venia como de molde un elogio del maravilloso pez, sazonado con mil alusiones dedicadas al jóven y futuro esposo de Margarita de Flándes muy tristemente retirado á la sazon en Amboise, y que estaria sin duda muy distante de creer que Trabajo y Clero, Nobleza y Mercaderia acababan por él de dar la vuelta al mundo. Era pues el susodicho delfin, jóven, gallardo, valiente sobre todo (¡magnífico orígen de todas las virtudes reales!) era hijo del leon de Francia. Declaro en toda conciencia que esta atrevida metáfora es admirable; y que la historia natural del teatro en un dia de alegria y de epitalámio real, no puede llevar á mal que un delfin sea hijo de un leon, tanto mas cuanto es indudable que estas raras y pindáricas mescolanzas son una prueba evidente de entusiasmo. Sin embargo, justo será decir para que haya tambien su poquito de crítica que el poeta hubiera podido desarrollar esta idea feliz en menos de doscientos versos. Verdad es tambien que el misterio debia durar desde las doce hasta las cuatro por mandato especial del Sr. Preboste, y que al fin y al cabo fuerza es decir alguna cosa. Ademas el público escuchaba con paciencia.

Clopin Trouillefou.

Pero repentinamente en medio de una disputa entre la señorita Mercaderia y la señora Nobleza, en el momento mismo en que maese Trabajo pronunciaba este verso mirífico:

Vióse nunca en los bosques mas triunfante animal;

La puerta de la estrada de preferencia que hasta

entónces habia estado tan inoportunamente cerrada, abrióse aun mas inoportunamente todavia; y la sonora voz del hugier anunció con brusco acento:

—*Su eminencia monseñor el Cardenal de Borbon.*

III.

EL SEÑOR CARDENAL.

¡Pobre Gringoire! el estruendo de todos los cohetes de S. Juan, la descarga de veinte arcabuces á la vez, la detonacion de aquella famosa serpentina de la torre de Billy que durante el sitio de Paris, el domingo 29 de setiembre de 1465 mató de un tiro á siete borgoñones, la explosion de toda la pólvora almacenada en la puerta del temple, con menos aspereza le hubiera desgarrado los oidos en aquel momento solemne y dramático que estas pocas palabras salidas de la boca de un hugier: *Su eminencia monseñor el cardenal de Borbon.*

Y no se crea que Pedro Gringoire temiese ó despreciase al Sr. Cardenal; no era capaz de semejante flaqueza ni de tamaña demasia. Verdadero ecléctico, como hoy se diria, era Gringoire uno de aquellos hombres firmes y magnánimos, serenos y moderados que siempre saben colocarse en el justo medio de todo (*stare in dimidio rerum*), y estan llenos de razon y liberal filosofía. Raza preciosa y nunca interrumpida de filosofía á quienes la sabiduria, como otra Ariadne parece haber dado un ovillo misterioso que ellos van devanando desde el principio del mundo por entre el confuso laberinto de las cosas humanas. Véselos siempre en todos tiempos, y siempre los mismos, es decir, con arreglo á todos los tiempos. Y sin contar á nuestro Pedro Gringoire que los representaria en el siglo XV si lográramos darle todas las ilustraciones que merece, no hay duda que su espíritu era y no otro el que animaba al padre Du Breul cuando escribia en el XVI estas palabras sublimes de candor y dignas de todos los siglos:— «Yo soy parisiense de nacion y parrhisiano » en el hablar, pues *parrhisia* en griego significa li» bertad de hablar; de la cual he hecho uso hasta con » monseñores los cardenales, tio y hermano de mon» señor el príncipe de Conty, aun con respeto á su al» teza, y sin ofender á nadie de su casa, que es mu» cho.»

No habia pues oido al cardenal ni menospreció á su persona en la impresion desagradable que produjo en Gringoire su presencia. Antes muy por el contrario nuestro poeta poseia demasiado seso y una ropilla demasiado raida para no tener á gran fortuna que varias alusiones de su prólogo, y en particular la glorificacion del delfin, hijo del leon de Francia, penetrasen en las eminentisimas orejas. Pero no es el sórdido interes el que domina en la noble naturaleza de los poetas. Quiero suponer que se represente por el número diez la entidad del poeta; es bien seguro que si un químico la analizara y farmacopolizara, como dice Rabelais, hallaria la compuesta de una parte de interes, y de nueve de amor propio. Ahora bien, en el momento en que se abrió la puerta para el cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, hinchadas y tumefactas al soplo de la admiracion pública se hallaban en un estado de abultamiento prodigioso, bajo el cual desaparecia, bien así como anonadada, aquella imperceptible molécula de interes que poco há distinguimos en la constitucion de los poetas; ingrediente precioso seguramente, lastre de realidad y de humanidad sin el cual no tocarian á la tierra con los pies. Gozaba Gringoire la dicha de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea entera, compuesta de canalla, es verdad pero ¿qué importa? estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las inconmensurables relaciones que á cada punto brotaban de todas las partes de su epitalámio. Yo aseguro que participaba de la dulzura general, y que á diferencia de La Fontaine que en la representacion de su comedia el *Florentino* preguntaba:—¿*Quien es el majadero que ha hecho esa rapsodia*?—Gringoire estaba á punto de preguntar al que tenia á su lado;—¿*De quien es ese prodigio del arte*?—Juzgue ahora el lector del efecto que produciria en su ánimo la súbita é intempestiva llegada del Cardenal.

Y todos sus temores se realizaron: la entrada de su eminencia alborotó al auditorio; todas las cabezas se volvieron hácia el tablado. Era cosa de no oirse unos á otros:—¡El Cardenal! ¡el Cardenal! repetian todas las bocas..... El desdichado prólogo hizo alto por segunda vez.

Detúvose un momento el Cardenal sobre el borde del tablado, y mientras echaba una mirada asaz indiferente sobre el auditorio, aumentó el tumulto porque cada cual para verle mejor que los demas se levantaba en puntillas.

Era en efecto su eminencia un alto personaje, y cuyo espectáculo valia tanto por lo ménos como cualquiera otro. Cárlos, Cardenal de Borbon, arzobispo y conde de Leon, primado de las Galias, estaba tambien emparentado con Luis XI por su hermano *Pedro*, señor de Beaujeu, casado con la hija mayor del rey, y con Cárlos, el Temerario, por parte de su madre Ines de Borgoña. El carácter dominante y distintivo del primado de las Galias, era el espíritu cortesano y la devocion al poder. Fácil es por lo tanto formarse idea de los infinitos apuros que le habia acarreado aquel doble parentesco, y de todos los escollos temporales entre que habia debido bordear su barca espiritual para no estrellarse en Luis ni en Cárlos, aquella Escila y Caribdis que habian devorado al duque de Nemours y al condestable de San Pol. Gracias á Dios, habia salido bastante airoso de la travesia y llegado sano y salvo á Roma; pero aunque estaba ya en el puerto, y precisamente porque estaba en el puerto, nunca recordaba sin inquietud los muchos azares de su vida política, por tantos años sobresaltada y laboriosa. Por eso tenia costumbre de decir que el año de 1476 habia sido para él negro y blanco aludiendo á que habia perdido en el mismo año á su madre la duquesa del Borbones y á su primo el duque de Borgoña, de modo que una pérdida le habia consolado de la otra.

Por lo demas, era todo un buen hombre; hombre que pasaba alegremente su vida de cardenal, solia aturcarse de cuando en cuando con los vinos de la cosecha real de Challuau, no era nada enemigo de Ricarda la Garmoise y de Tomasa la Saillarde, daba mas limosnas á las jóvenes que á las viejas, razones por las cuales era bastante bien quisto del pueblo de Paris. Iba siempre rodeado de una pequeña corte de obispos, de abates de alta categoria, galanes, picarescos y gente con quien se podia contar para una francachela. Mas de una vez las devotas de S. German d'Auxere, al pasar de noche por debajo de las ventanas iluminadas del palacio Borbon, se habian escandalizado de oir las mismas voces que cantaban á vísperas durante el dia, salmodiar al retintin de los vasos el proberbio báquico de Benedicto XII, aquel papa que añadió una tercera corona á la tiara: *Bibamus papaliter*.

Esta popularidad, tan justamente adquirida, fue sin duda la que á su entrada le preservó de ser mal recibido por aquella gente, poco ántes tan descontenta, y poco dispuesta ademas á respetar á un cardenal el dia mismo en que iba á elegir un papa.—Los parisienses no guardan rencor, y ademas, habiendo hecho comenzar la representacion por su propia autoridad, venció el pueblo al Cardenal y este triunfo bastaba á satisfacer su vanidad. Por lo demas el señor Cardenal de Borbon era muy buen mozo; tenia unos hábitos de escarlata, que sabia manejar con singular donaire, lo que equivale á decir que estaban por él todas las mujeres, y por consiguiente la mejor mitad del auditorio. Ciertamente hubiera sido una prueba de injusticia y del mal gusto torear á un cardenal por haberse hecho esperar,

Digitized by Google

cuando es buen mozo y sabe manejar sus hábitos encarnados.

Entró pues, saludó al auditorio con aquella sonrisa de los grandes para el pueblo, y se dirigió con lentos pasos hácia un sillon de terciopelo carmesí, bien asi como hombre que en nada piensa de lo que tiene delante. Su comitiva, lo que hoy llamaríamos su estado mayor de obispos y de abates, invadió detras de él el tablado, no sin notable incremento de tumulto y curiosidad en la muchedumbre. Todos los apuntaban con el dedo, todos habian de decir sus nombres y de conocer á uno por lo ménos; quien, al obispo de Marsella, Alaudet, si no me engaña la memoria; cual al primicerio de S. Dionisio; este á Roberto de Lespinasse, abad de San-German-des-Prés, aquel hermano libertino de una barragana de Luis XI; todo, con numerosas erratas y cacofonias. Por lo que hace á los estudiantes, juraban y blasfemaban; aquel era su dia, su fiesta de los locos, su saturnál, la orgia anual de la *Basoche* y de la estudiantina: todo linaje de insolencias era en aquel dia cosa lícita y sagrada. — Y ademas, habia entre la muchedumbre mozuelas de la vida airada: Simona Quatrelivres, Ines la Gadine, Robina Piedebou. ¿Qué ménos podia hacerse que jurar y renegar un poquillo del nombre de Dios en un dia como aquel, en una sociedad tan escogida de eclesiásticos y de rameras? Fuerza es confesar que el pueblo no perdia aquella buena ocasion; y en medio de tamaña barahunda, formaban un horrible desconcierto de blasfemias y de enormidades, todas aquellas lenguas desatadas, lenguas de pillos y de estudiantes contenidas todo el resto del año por el temor del hierro ardiente de S. Luis. Pobre S. Luis, !y que zumba le daban en su propio palacio de justicia!.... Cada cual la tomaba entre los recien llegados con una sotana negra ó gris, blanca ó morada. En cuanto á Joannes Frollo de Molendino, en su cualidad de hermano de un arcediano, atacaba de frente á la encarnada, y cantaba á grito-pelado fijando en el Cardenal sus ojos descarados: ¡ *Cappa repleta mero*!

Todos estos detalles que vamos aquí enumerando para la mayor edificacion del lector, estaban á tal punto cubiertos por el estruendo general que en él desaparecian antes de llegar á la estrada de preferencia; pero aun cuando así no fuera, poco caso hubiera hecho dé ellos el Cardenal, tan introducidas estaban en las costumbres las insolencias de aquel dia. Tenia el buen señor ademas, y bien se le conocia en la cara, otro cuidado que le seguia de cerca, y que entró casi al mismo tiempo que él en la estrada; tal era la embajada de Flándes.

No se crea por esto que era profundo político; ni que se tomase mucha pena por las consecuencias posibles del enlace de su Sra. prima Margarita de Borgoña con su Sr. primo, Cárlos el Delfin; por cuanto duraria la buena armonia prendida con alfileres, entre el duque de Austria y el rey de Francia, ó por como tomaria el rey de Inglaterra aquel desaire á su hija. Todo esto le ocupaba muy poco y no le impedia hacer el debido acatamiento al vino de la cosecha real de Chaillot, sin pensar en que algunos frascos de aquel mismo vino (algo corregido y aumentado, es cierto, por el médico Coictier) cordialmente ofrecidos á Eduardo IV por Luis XI, desembarazarian el dia ménos pensado á Luis XI de Eduardo IV. *La muy ilustre embajada del señor duque de Austria* no traia al cardenal ninguno de estos cuidados; pero le importunaba mucho por otra parte. Era en efecto algo duro, y ya lo indicamos en la segunda página de este libro, verse precisado á hacer agasajos él, Cárlos de Borbon, á unos miserables plebeyos; él, frances, hombre de gusto exquisito, á flamencos bebedores de cerveza; él, cardenal, á unos tristes regidores, y todo esto en público. Seguramente que era aquella una de las mas fastidiosas momerias á que tuvo jamas que resignarse por dar gusto al rey.

Volvióse pues hácia la puerta y con suma afabilidad (tanto se habia ensayado para ello) cuando anunció el hugier con voz sonora: — *Los señores enviados del señor duque de Austria*. Inútil será decir que todo el auditorio hizo otro tanto.

Llegaron entónces de dos en dos con una gravedad que formaba contraste en medio de la petulante comitiva eclesiástica de Cárlos de Borbon, los cuarenta y ocho embajadores de Maximiliano de Austria y á su frente el reverendo padre en Dios, Juan, abad de Saint-Bertin, canciller del toison de oro y Santiago de Goy, señor Dauby, alcalde mayor de Gante. Hubo en toda la asamblea profundo silencio, acompañado de risitas ahogadas para escuchar todos los nombres ridículos y todas las calificaciones chavacanas que cada uno de aquellos personajes trasmitia imperturbablemente al hugier, que repetia luego nombres y calificaciones á la par eminentemente estropeados. Ya anunciaba á maese Loys Relof, regidor de la ciudad de Louvain; al señor Clays de Etuelde, regidor de Bruselas; á su señoria Pablo de Baeust, Sr. de Voirmizélle, presidente de Flándes: maese Juan Colegheus, burgo maestre de la ciudad de Ambéres; maese Jorge de la Moere, regidor primero de la ciudad de Gante, maese Gheldorf Vander Hage, regidor segundo de la susodicha ciudad; ya al Sr. de Bierbecque y á Juan Pinnock y á Juan Dymaerzelle, etc., etc., etc. — Alcaldes, regidores, burgomaestres; burgomaestres, regidores, alcaldes; todos tiesos, estirados soplados, almidonados, engalanados con terciopelo y con damasco encaperuzados con gorras de terciopelo negro recamado de hilos de oro de Chipre; sanas cabezas flamencas sin embargo, fisonomias dignas y severas, hermanas gemelas de las que Rembrant hizo resaltáran enérgicas y graves sobre el fondo negro de su *ronda noturna*; personajes todos que llevaban escrito en la frente que Maximiliano de Austria habia tenido razon en *descansar*, como decia su manifiesto, en su seso, valia, experiencia, honradez y buenas partes.

Uno solo hacia excepcion á esta regla. Era un hombre de fisonomia astuta, inteligente y sagaz, una especie de hocico de mono y de diplomático, por quien dió tres pasos el Cardenal é hizo una profunda reverencia y que no se llamaba sin embargo mas que lisa y llanamente; Guillermo Rym, consejero y pensionado de la ciudad de Gante.

Pocos sabian en aquella época lo que era Guillermo Rym; rara inteligencia que en tiempos de revolucion hubiera brillado en la superficie de las cosas, pero que se hallaba reducido en el siglo XV, á las cavernosas intrigas y á vivir en las zapas como dice el duque de San Simon. Por lo demas gozaba de mucho favor con el primer zapador de la Europa; maquinaba familiarmente con Luis X, y aun muchas veces entendia en los secretos manejos del rey: cosas todas ignoradas por aquella turba asombrada de los agasajos que hacia el Cardenal á aquella triste figura de alcalde flamenco.

IV.

MAESE SANTIAGO COPPENOLE.

MIENTRAS el pensionado de Gante y el eminencia se hacian recíprocamente una reverencia muy profunda y se decian algunas palabras en voz muy baja, un hombre de alta estatura, cariancho y fornido, se presentaba para entrar de frente con Guillermo Rym, como un buen perro junto á una zorra. Su sombrero de castor y su chaqueta de cuero hacian extraño contraste con el terciopelo y la seda que le rodeaban, y por eso sin duda creyendo que seria algun palafrenero extraviado, detúvole el hugier.

—Hé, buen hombre, no se pasa.

El de la chaqueta de cuero le dió un empellon.

—¿Quien te mete á ti conmigo? —dijo con una voz tan fuerte que fijó la atencion de toda la sala en aque coloquio singular. —¿No ves quien soy yo?

Digitized by Google

—¿Vuestro nombre?—preguntó el hugier.

—Santiago Coppenole.

—¡Vuestros títulos!

—Calcetero, con el rótulo de las *Tres Cadenillas*, en Gante.

Retrocedió el hugier: anunciar regidores y burgomaestres, vaya con Dios; ¡pero un calcetero! El cardenal estaba sobre ascuas: el pueblo escuchaba y miraba. Buen fruto sacaba su eminencia de haber estado dos dias enteros lamiendo á aquellos osos flamencos para ponerlos en estado de poderse presentar en público con algun decoro.

Acercóse Guillermo Rym al hugier con su risita melosa:

—Anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ciudad de Gante, le dijo al oido.

—Hugier, repitió el cardenal en alta voz, anunciad á maese Santiago Coppenole, regidor de la ilustre ciudad de Gante.

Esto fue una torpeza: Guillermo Rym solo hubiera escamotado la dificultad; pero Coppenole oyó al Cardenal.

—No, ¡Cruz de Dios!—exclamó con su voz de trueno: Santiago Coppenole, calcetero.—¿Lo oyes, hugier? ni mas ni menos. ¡Cruz de Dios! Calcetero, ¡no es poco! El Sr. archiduque ha buscado mas de una vez sus guantes en mis calzas.

Un estruendo de risas y aplausos recibió estas palabras: un equívoco se entiende siempre en Paris, y por consiguiente siempre se aplaude.

Añádase á esto que Coppenole era de la clase del pueblo, y que el público que le rodeaba lo era tambien; por lo tanto la comunicacion entre ellos fue rápida, eléctrica, y por decirlo así, inmediata. La altanera salida del calcetero flamenco, humillando á los cortesanos, agitó en todas las almas plebeyas no sé que sentimiento de dignidad vago y confuso todavia en el siglo XV. ¡Era un igual, un compañero, el que acababa de tenérselas tiesas al Sr. Cardenal! Reflexion placentera para unos pobres diablos acostumbrados á respetar y obedecer á los lacayos de los maceros del alcaide del abad de Santa Genoveva, caudatario del Cardenal.

Saludó Coppenole con altivez á su eminencia que devolvió su saludo al omnipotente plebeyo temido de Luis XI; y mientras Guillermo Rym, *hombre discreto y mal cioso*, como dice Felipe de Comiens, los seguia con burlona sonrisa de superioridad, cada cual ocupó su asiento, el cardenal turbado é inquieto, Coppenole sereno é impávido, pensando sin duda en que al fin y al cabo su título de calcetero valia tanto como cualquiera otro, y que Maria de Borgoña, madre de aquella Margarita á quien casaba aquel dia Coppenole, ménos le hubiera temido siendo cardenal que calcetero, porque mal hubiera podido un cardenal amotinar al pueblo de Gante contra los favoritos de la hija de Cárlos el Temerario; mal hubiera podido fortificar á la muchedumbre con una sola palabra contra sus lágrimas y sus ruegos, cuando la princesa de Flándes fué á suplicar por ellos á su pueblo hasta el pié del cadalso; mientras que él, calcetero, no habia tenido que hacer mas que levantar su brazo cubierto de cuero para derribar vuestras dos cabezas, ilustrísimos señores, Guy de Hymbercourt, canciller Guillermo Hugonet!!...

No se habian acabado, sin embargo, todos los sinsabores para el pobre Cardenal; tenia aun el desdichado que apurar hasta las heces el cáliz de verse en tan mala sociedad.

Acaso no ha olvidado el lector al insolente mendigo que desde los primeros versos del prólogo fué á encaramarse á la cornisa inferior de la estrada del Cardenal. La llegada de los ilustres convidados no le hizo en manera alguna soltar su sitio, y mientras que prelados y embajadores se embanastaban, como verdaderos arenques flamencos, en los asientos de la tribuna, púsose él á sus anchas, y cruzó valerosamente ambas piernas sobre el arquitrave: insolencia rara, y en que nadie hizo alto en los primeros momentos, por estar dirigida la atencion á otro punto. El por su parte de nadie hacia caso, movia la cabeza con una indiferencia napolitana, repitiendo de vez en cuando entre el rumor como por una costumbre maquinal:—«¡Una limosnita por amor de Dios!»—Es bien seguro que entre todos los circunstantes, era el único que no se habia dignado volver la cabeza al altercado de Coppenole y del hugier. Quiso pues la casualidad que el calcetero de Gante, con quien ya simpatizaba tanto el pueblo, y en quien estaban fijas todas las miradas, fuese á sentarse precisamente en la primera fila de la estrada encima del mendigo: y no sin notable admiracion, vieron al embajador flamenco, prévia inspeccion sumaria del hediondo individuo que tenia delante, poner la mano familiarmente sobre aquella espalda cubierta de guiñapos. Volvióse el mendigo: hubo sorpresa, reconocimiento, expansion de las dos caras, etc., etc.; y luego sin curarse en lo mas mínimo de los espectadores, el calcetero y el zarrapastroso pusiéronse á hablar en voz baja, dados amistosamente de la mano, mientras los andrajos de Clopin Trouillefou, ostentándose sobre el dorado paño de la estrada, presentaban la imágen de una oruga paseándose sobre una naranja.

La novedad de aquella escena singular excitó un rumor tal de locura y jovialidad en la sala, que no tardó el Cardenal en advertirlo. Tendió la vista á todos lados, y no pudiendo desde el punto en que estaba colocado mas que entrever muy imperfectamente la ignominiosa vestimenta de Trouillefou, imaginóse, como era lo mas natural, que el mendigo pedia limosna, y asombrado de la audacia, exclamó:

—Señor alcaide de palacio, á ver como va á parar ese bellaco al rio.

—¡Cruz de Dios! señor Cardenal,—dijo Coppenole—sin soltar la mano de Clopin; este es mi amigo.

—¡Noel! ¡Noel! gritó la plebe. Desde aquel momento tuvo maese Coppenole en lo sucesivo en Paris, como en Gante *gran crédito con el pueblo: porque gentes de tal calaña le tienen*, dice Felipe de Comiens, *cuando son así desordenados*.

El Cardenal se mordió los labios, acercóse al oido del abad de Sta. Genoveva, y díjole en voz baja:

—Vaya unos embajadores que nos envia el Sr. duque de Austria para anunciarnos á la princesa Margarita.

—Vuestra eminencia,—respondió el abad,—pierde su tiempo con estos lechones flamencos. *Margaritas ante porcos*.

—O por mejor decir, respondió con discreta sonrisa el Cardenal, *porcos ante Margaritam*.

Toda la pequeña corte de sotanas se extasió sobre el gracioso equívoco. Sintióse el Cardenal algo aliviado; ya estaba, como suele decirse, pata con Coppenole; tambien él habia tenido su retruécano aplaudido.

Permítannos ahora aquellos de nuestros lectores capaces, como se dice en el estilo del dia, de generalizar una imágen y una idea, permítannos que les preguntemos si se representan con exactitud el espectáculo que ofrecia en el momento que llamamos su atencion, el vasto paralelógramo de la sala grande de palacio. En medio de ella, contiguo á la pared occidental, un ancho y magnífico tablado cubierto de brocado de oro, en que van entrando en procesion, por una pequeña puerta ojiva, muy graves personajes, sucesivamente anunciados por la destemplada voz del hugier; en los primeros bancos varias respetables figuras encaperuzadas de armiño, terciopelo y grana. Alrededor del tablado, que permanece silencioso y digno, debajo, en frente, por todas partes, mucho gentio y mucho clamor. Mil miradas del pueblo sobre cada cara del tablado, mil cuchicheos sobre cada nombre.

Digitized by Google

No hay duda que el espectáculo es curioso, y que bien merece la atencion de los espectadores. Pero allá á lo lejos, en aquella punta, ¿Qué quiere decir aquella especie de teatro con aquellos cuatro muñecos pintoreados encima y otros cuatro debajo? ¿Quien es, al lado de aquel teatro aquel hombre de la ropilla negra y de la macilenta cara?—Aquellos, querido lector, Son, ¡ay! Pedro Gringoire y su prólogo.

Todos le habiamos olvidado profundamente.

Y eso es precisamente lo que él temia.

Desde el momento en que entró el Cardenal no habia cesado Gringoire de trabajar por la salvacion de su prólogo. Empezó por intimar á los actores que continuasen y alzasen la voz; mas viendo luego que nadie escuchaba, mandó suspender la representacion, y durante mas de un cuarto de hora que duraba la interrupcion, no cesó de dar patadas en el suelo, agitarse de aquí para allá, interpelar á Gisquette y á Lienarda y estimular á sus vecinos para la continuacion del prólogo; todo inútilmente. Nadie apartaba los ojos del Cardenal, de la embajada y del tablado, único centro de aquel vasto círculo de rayos visuales. Es de creer tambien y con harto dolor lo decimos, que el prólogo empezaba á aburrir medianamente al auditorio en el momento en que le interrumpió tan de súbito la entrada de su eminencia. Es el caso que en la estrada y en la mesa de mármol, el espectáculo era siempre el mismo; el conflicto de Trabajo y de Clero, de Nobleza y de Mercaderia; por lo que muchos preferia verlos lisa y llanamente viviendo, respirando, moviéndose, de hueso y carne en aquella embajada flamenca, en aquella corte episcopal bajo la sotana del Cardenal, bajo la chaqueta del Coppenole, que llenos de afeites y guirindolas, hablando en verso y encajonados, por decirlo así, en las túnicas blancas y amarillas con que los habia rebozado la musa de Gringoire.

Pero apénas nuestro poeta vió algun tanto restablecido el sosiego, imaginó una estratagema realmente muy ingeniosa.

—Caballero,—dijo volviéndose al que tenia inmediato, hombre guapo y gordo, de cara paciente y sufrida—¿si volvieran á empezar?

—¿Qué?—dijo el otro.

—¿Qué ha de ser? el misterio—dijo Gringoire.

—Como gusteis—repuso el gordo.

Bastóle á Gringoire esta semi-aprobacion, y haciendo sus negocios por sí mismos, empezó á gritar confundiéndose lo mas posible con la multitud:—¡Vuelva á empezar el misterio! ¡El misterio!

—¡Diantre!—dijo Joannes de Molendino,—¿qué gritan por ahí abajo?—(porque Gringoire alborataba por cuatro). ¡Hé!—¡vosotros! ¿no se ha acabado ya el misterio? ¿quieren volverlo á empezar? eso no es justo.

—¡No! ¡no! gritaron todos los estudiantes; ¡fuera el misterio! ¡fuera!

Estos clamores llamaron la atencion del Cardenal.

—Señor alcaide del palacio,—dijo á un hombre alto, vestido de negro, colocado á algunos pasos detras de él,—¿estan esos canallas en una pila de agua bendita para meter esa bulla infernal?

Era el alcaide del palacio una especie de magistrado anfibio, un murciélago del órden judicial entre raton y pájaro, entre juez y soldado.

Acercóse este á su eminencia y no sin grave temor de su enojo, explicóle tartamudeando la incongruencia popular; que las doce habian llegado antes que su eminencia y que los cómicos se habian visto precisados á empezar sin esperar á su eminencia.

El Cardenal se echó á reir.

—A fe mia, que el señor rector de la universidad hubiera debido hacer otro tanto, ¿qué os parece, maese Guillermo Rym?

—Monseñor,—respondió Guillermo Rym,—contentémonos con haber evitádo la mitad de la comedia: eso nos hallamos.

—¿Pueden esos canallas continuar su farsa?—preguntó el alcaide.

—Que continuen, que continuen,—dijo el Cardenal;—entre tanto yo voy á leer mi breviario.

Adelantóse el alcaide hasta el pié del tablado, y dijo despues de imponer silencio con la mano.

—Habitantes, plebeyos y vecinos, para satisfacer á los que quieren que se vuelva á empezar y á los que quieren que se acabe, manda su eminencia que se continue.

Fue preciso resignarse por ambas partes; sin embargo, el autor y el público se la tuvieron guardada por mucho tiempo al Cardenal.

Entablaron pues de nuevo su glosa los personajes de la escena, y Gringoire esperó que á lo ménos el resto de su obra seria escuchado; mas no tardó en ver desvanecida esta esperanza, bien así como todas sus ilusiones. Verdad es que se restableció el silencio tal cualmente en el auditorio; pero no advirtió Gringoire que, en el momento en que dió órden el cardenal para que se continuara, faltaba aun mucho para que estuviese llena la tarima, y que despues de los enviados flamencos, sobrevinieron nuevos personajes que hacian parte tambien de la comitiva, cuyos nombres y cualidades, lanzados al traves de su diálogo por la voz intermitente del bugier, producian en él considerable trastorno. Imagínese en efecto el lector en medio de un drama el ahullido de un bugier interpolando entre dos versos pareados y á veces entre dos hemistiquios, paréntesis de este jaez.

¡Maese Jaime Charmolne, procurador del rey en el tribunal eclesiástico!

¡Juan de Harlay, caballerizo, guardia del oficio de caballero de las patrullas nocturnas de la ciudad de Paris!

¡Maese Galiot de Genoilhac, caballero, señor de Brusac, maestre de la artilleria del rey!

¡Maese Dreux Ragnier, inspector de los bosques y lagunas del rey nuestro señor, en los paises de Francia, Champaña y Brie!

¡El Sr. Luis de Graville, caballero, consejero y gentil-hombre del rey, almirante de Francia, conserge del bosque de Vincennes!

¡Maese Dionisio Le Mercier, intendente del asilo de ciego de Paris! etc., etc.

No habia ya paciencia para tanto.

Aquel singular acompañamiento, que hacia fuese muy difícil de seguir el hilo de la pieza, indignaba tanto mas á Gringoire, cuanto no podia ménos de conocer que el interes iba siempre en aumento, y que solo faltaba á su obra oidos que la escucháran. Difícil era en verdad imaginarse un contexto mas ingenioso y dramático. Los cuatro personajes del prólogo se lamentaban en su mortal irresolucion, cuando se les presente Vénus en persona (*vera incesu patuit dea*) vestida de un gracioso faldellin blasonado con el navio de la ciudad de Paris, que venia á reclamar el Delfin prometido á la mas hermosa. Apoyábala Júpiter, cuyo rayo se oia tronar en el vestuario, y ya la diosa iba á salir vencedora, es decir, sin rodeos, á casarse con el señor Delfin, cuando llegó á tenérselas tiesas con Vénus una niña vestida de damasco blanco, que llevaba en la mano una Margarita (diáfana personificacion de la princesa de Flándes), golpe teatral y peripecia. Despues de una larga controversia, Vénus, Margarita y el apuntador quedaron de acuerdo en remitir la cuestion al buen juicio de la Sta. Vírgen María. Habia ademas en el drama un papel muy principal, cual era el de D. Pedro, rey de Mesopotania; pero en medio de tantas interrupciones no era fácil conocer para que servia. Todo aquello habia subido por la escala.

Pero no habia remedio; nadie sentia ni comprendia ninguna de aquellas bellezas. Desde que entró el Cardenal, no parecia sino que un hilo mágico é invisible atrajo de repente todas las miradas desde

Digitized by Google

la mesa de mármol á la tarima, desde la extremidad meridional de la sala al lado occidental. Nada podia desencantar al auditorio, todos los ojos estaban fijos allí, y los recien llegados y sus nombres malditos, y sus caras y sus vestidos eran un objeto de contínua diversion. Era aquello una verdadera desesperacion. Excepto Gisquette y Lienarda, que se volvian de tiempo en tiempo, cuando Gringoire las tiraba de la manga; excepto el gordo parciente de quien antes hablamos, nadie escuchaba, nadie miraba de frente á la pobre moralidad abandonada. Gringoire no veia mas que perfiles. ¡Con cuanta amargura veia derrumbarse uno á uno todos los pilares de su imaginario templo de gloria y de poesia! ¡Y pensar que aquel pueblo habia estado á punto de revelarse contra el Sr. alcaide por impaciencia de oir su obra! ¡Y ahora que la tenia no se curaba de ella! ¡De aquella misma representacion que habia empezado con tan unánimes aclamaciones! Eterno flujo y reflujo del favor popular. ¡Pensar que á poco mas iban á horcar á los maceros del alcaide! ¿Qué no hubiera dado por hallarse todavia en aquella hora de miel?

Cesó por fin el brutal monólogo del hugier; todos habian llegado, y Gringoire empezó á respirar; los actores continuaban impávidos. Pero ¿querrán creer nuestros lectores que maese Coppenole, el calcetero, se pone en pié á lo mejor, y que Gringoire le oye pronunciar en medio de la atencion universal, la siguiente arenga abominable?

—Señores hidalgos y plebeyos de Paris; voto á tal que no sé lo que estamos haciendo aquí. Bien veo allá, en aquel rincon á unos cuantos monigotes que hacen como si quisieran regañar; no sé si es eso lo que llamais un misterio, pero á fe que no es divertido; disputan con la lengua y nada mas. Un cuarto de hora hace que estoy esperando el primer zurrio, pero nada;—son unos gallinas que no saben mas que decirse desvergüenzas. Debiérais haber hecho venir unos cuantos boxeadores de Lóndres ó de Rotterdam, y entónces hubiera andado el puñetazo seco que se hubiera oido desde la plaza; pero estos petates me dan lástima. Deberian darnos por lo ménos una danza á la morisca, ó alguna otra momeria.—No es eso lo que me habian dicho; se me prometió una fiesta de locos con eleccion de papa.—Tambien nosotros tenemos en Gante nuestro papa de locos, y en eso á nadie cedemos; ¡Cruz de Dios! Nosotros lo hacemos así; se reune una cuadrilla como esta: luego cada cual por turno mete la cabeza en un agujero y hace una mueca á los otros, y el que hace la mas fea, por aclamacion unánime ese es el papa;—y se acabó. Es muy divertido. ¿Quereis que hagamos un papa á la moda de mi pais? Siempre será mejor que escuchar á esos machacas; y si ellos quieren tambien venir á hacer su mueca, entrarán en la broma.—¿Qué os parece, señores hidalguillos y villanos? Aquí tenemos una muestra bastante grotesca de ambos sexos, y somos todos pasablemente feos, para que se puedan esperar muy regulares caricaturas.

Gringoire hubiera querido responder: la estupefaccion, la cólera, la indignacion le quitaron la palabra.—Ademas la mocion del calcetero popular fue recibida con tal entusiasmo por aquellos hombres lisongeados de que los llamasen hidalguillos, que toda resistencia hubiera sido inútil, fue preciso dejarse llevar por la corriente. Cubrióse Gringoire el rostro con ambas manos, no siendo bastante rico para tener un manto con que cubrirse la cabeza, como el Agamenon de Timantes.

V.

QUASIMODO.

Todo estuvo pronto en un santiamen para ejecutar la idea de Coppenole; estudiantes, rufianes y miembros de la *Basoche*, todos pusieron manos á la obra. Fue elegida para teatro de los gestos la pequeña capilla situada en frente de la mesa de mármol: roto un vidrio del lindo roseton que estaba encima de la puerta, dejó expedito un círculo de piedra, por el cual se decidió que pasarian la cabeza los concurrentes. Bastaba para llegar á él, subirse sobre dos toneles sacados de no sé donde, y colocados unos sobre otro como Dios queria. Convínose en que cada candidato, hombre ó mujer, (porque se podia elegir una papesa) para dejar vírgen y entera la impresion de su gesto, se taparia la cara y se esconderia en la capilla hasta el momento de hacer su aparicion. En ménos de un momento llenóse la capilla de concurrentes, detras de los cuales se cerró la puerta.

Coppenole desde su sitio, lo mandaba, lo disponia, lo arreglaba todo. Durante la barahunda, el Cardenal no ménos escandalizado que Gringoire, so pretesto de quehaceres y de vísperas, se esquivó con toda su comitiva, sin que aquella muchedumbre, en quien tanta impresion habia hecho su llegada se curáse en lo mas mínimo de su partida. Guillermo Rym fue el único que advirtió la derrota de su eminencia. La atencion popular, como el sol, proseguia su revolucion periódica despues de haber salido de un extremo de la sala, de haberse detenido un buen rato en la mitad, hallábase á la sazon en el otro extremo. La mesa de mármol, la tarima de brocado, habian tenido su época; ya era llegada la de la capilla de Luis XI. Abierto quedó desde entónces el campo á todo género de demasias; ya no quedaban mas que flamencos y canalla.

Empezaron las muecas. La primera figura que apareció en la ventana con los párpados vueltos hácia arriba, con una boca hendida en forma de herradura, y una frente rugosa como nuestras botas á lo húsar del tiempo del imperio, hizo estallar una risa tan inextinguible, que Homero hubiera comparado á una asamblea de dioses aquella asamblea de rufianes. La sala grande sin embargo no era en manera alguna el Olimpo, y el pobre Júpiter de Gringoire lo sabia mejor que nadie. Segunda, tercera mueca sucedieron á la primera, y luego otra, y luego otra, y siempre aumentaban las carcajadas y los palmoteos y la jarana. Habia en aquel espectáculo no sé que vértigo particular, no sé que fuerza de delirio y fascinacion de que difícil nos seria dar una idea al lector, de nuestros dias y de nuestra sociedad. Imagínese una série de rostros presentando sucesivamente rodas las formas geométricas, desde el triángulo hasta el trapecio, desde el cono hasta el poliedro; todas las expresiones humanas, desde la cólera hasta la lujuria; todas las edades, desde las arrugas del recien nacido hasta las de la vieja moribunda; todas las fantasmagorias religiosas desde Fauno hasta Belcebú; todos los perfiles de animales, desde las fauces hasta el pico, desde el hocico hasta el morro. Imagínese todos los mascarones del Puente Nuevo, aquellas pesadillas petrificadas bajo la mano de German Pilon vivas y animadas, y viniendo á mirarle por turno cara á cara con ardientes ojos; todas las máscaras del carnaval de Venecia sucediéndose en una linterna mágica; en una palabra, un kaleidoscopo humano.

La orgia era cada vez mas flamenca; apénas hubiera podido Teniers dar una idea perfecta de ella. Imagínese el lector la batalla de Salvator Rosa en Bacanal. Ya no habia allí ni estudiantes, ni embajadores, ni hidalguillos, ni hombres, ni mujeres, ni Clopin Trouillefou, ni Gil Elcornudo, ni Maria Quatrelivres, ni Robin Poussepain: todo desaparecia en medio de la licencia universal. La sala grande no era mas que un horno inmenso de desfachatez y jovialidad, en que cada boca era un grito, cada ojo un relámpago, cada cara un jesto, cada individuo una postura: el total gritaba y aullaba. Las caras chavacanas

Digitized by Google

que iban por su turno á rechinar los dientes en la ventana eran como otros tantos tizones arrojados en una hoguera; y de toda aquella muchedumbre efervescente se exhalaba, como el vapor de un horno, un rumor ágrio, agudo, acerado, silbador como las alas de un moscardon.

—¡Ola, hé! ¡maldicion!

—¡Mirad esta cara!

—¡Esa no vale nada!

—¡Otra! ¡Otra!

—Guillemette Maugerepuis, mira ese morro de toro que no le faltan mas que los cuernos. Pues no es tu marido.

—¡Otro!

—¡Vientre del papa! ¿qué diablos de gesto es ese?

—¡Ola, hé! eso no vale. No se enseña mas que la cara.

—¡Capaz es de eso esa arrastrada Perette Callebotte!

—¡Noel! ¡Noel!

—¡Que me sofocan!

—¡Ay ese que no puede hacer pasar las orejas! etc., etc., etc.

Preciso será hacer justicia á nuestro amigo Juan. En medio de aquella especie de sábado, distinguíasele aun en lo alto de su pilar como un grumete en la gavia. Revolvíase con increible furia; su boca estaba abierta hasta las orejas, y de ella salia un grito que no se oia, y no porque le cubriera el clamor general, por mas intenso que este fuera, sino porque sin duda llegaba al límite de los sonidos agudos perceptibles, las doce mil vibraciones de Sauveur á las ocho mil de Biot.

Por lo que hace á Gringoire, pasado el primer instante de abatimiento, armóse de valor y desafió á la adversidad.—Proseguir dijo por tercera vez á sus histriones máquinas parlantes; y luego, paseándose á grandes pasos por delante de la mesa de mármol, veníanle vivos deseos de asomarse tambien á la ventanilla, aun cuando no fuera mas que por tener el gusto de hacer un mohin á aquel pueblo ingrato.—Pero no; eso no seria digno de nos; ¡nada de venganza! ¡luchemos hasta el fin! se decia; grande es sobre los hombres el poder de la poesia; ellos se me vendrán á la mano. Veremos quien se lleva la palma, las muecas ó las bellas letras.

¡Pero ay! él era el único espectador de su drama.

Peor iba ahora el negocio que ántes; ya no veia mas que espaldas.

Miento; el gordo sufrido á quien ya habia consultado en un momento de crisis, continuaba vuelto de cara hácia el teatro: en cuanto á Gisquette y á Lienarda, largo rato hacia ya que habian desertado.

Muy al alma le llegó á Gringoire la fidelidad de su único espectador; acercóse á él y le dirigió la palabra sacudiéndole lijeramente el brazo, porque el buen hombre se habia apoyado á la baranda y echaba un sueñecillo.

—Caballero,—dijo Gringoire,—os doy las gracias.

—¿De qué?—preguntó el gordo bostezando.

—Bien veo lo que os aburre,—repuso el poeta;—es toda esa bulla que no os deja oir bien. Pero no tengais cuidado; vuestro nombre pasará á la posteridad. ¿Como os llamais?

—René Chateau, guarda sellos del Chatelet de París, para servir á Dios.

—Caballero;—dijo el poeta,—sois en esta sala el único representante de las musas.

—Favor que vuesa merced me hace,—respondió el guardasellos del Chatelet.

—Sois el único,—prosiguió Gringoire,—que ha escuchado el drama como se debe. ¿Y que os ha parecido?

—¡Hé! ¡hé!—respondió el gordo magistrado, restregándose los ojos, bastante chusco en efecto.

Fuele preciso á Gringoire contentarse con este elogio, porque una furiosa tempestad de aplausos mezclada á una prodigiosa aclamacion, vino de repente á cortar su diálogo. Ya estaba elegido el papa de los locos.

—¡Noel! ¡Noel! ¡Noel!—gritaba el pueblo entusiasmado.

Maravillosa era en efecto la mueca que centelleaba á la sazon en la vidriera del roseton. Despues de todas las figuras pentágonas, exágonas y heteróclitas que se habian sucedido en el agujero sin relizar el grotesco ideal que se habian formado aquellas imaginaciones exaltadas por la orgia, nada ménos era menester, para arrebatar los sufragios, que el sublime gesto que acababa de entusiasmar á la asamblea.—El mismo Coppenole aplaudió, y Clopin Trouilefou que habia concurrido (y sabe Dios á que punto de fealdad podia alcanzar su rostro), se declaró vencido.—Lo mismo haremos nosotros: no nos empeñaremos en dar al lector una idea de aquella nariz tetraedra, en aquella boca en forma de herradura, de aquel ojillo izquierdo obstruido por una ceja roja á manera de matorral, mientras que el ojo derecho desaparecia enteramente debajo de una enorme berruga, de aquellos dientes esparramados sin órden como las almenas de una fortaleza; de aquel labio calloso sobre el cual se adelantaba un diente como el colmillo de un elefante: de aquella barba retorcida y sobre todo de la fisonomia derramada sobre toda aquella mezcla de malicia, de asombro y de tristeza. Imagínese el lector, si puede, este conjunto.

Unánime fue la aclamacion; todos se precipitaron á la capilla de la cual sacaron en triunfo al bienaventurado papa de los locos. Pero entónces fue cuando la sorpresa y la admiracion llegaron á su punto: la mueca era su cara.

O por mejor decir, toda su persona era una mueca. Una enorme cabeza herizada de cerdas rojas, una joroba inmensa entre los hombros cuya superabundancia se echaba de ménos en la delantera del cuerpo; un sistema de muslos y de piernas tan singularmente disparatado, que no podian tocarse mas que por las rodillas, y que vistas de frente, parecian dos hoces reunidas por el puño; anchos pies y monstruosas manos; y en medio de aquella disformidad, cierto aire temible de fuerza, valor y agilidad, rara excepcion de la regla eterna que quiere que la fuerza, como la hermosura, resulte de la armonia: tal era el papa que acababan de elegir los locos.

Pudiera decirse que era un gigante hecho pedazos y torpemente soldado.

Cuando se presentó en el dintel de la capilla aquella especie de cíclope, inmóvil, rehecho y casi tan ancho como alto, *cuadrado por la base*, como dice un grande hombre: al ver su ropilla roja y violeta, recamada de campanillas de plata y sobre todo la perfeccion de su lealtad al punto le reconoció el populacho y exclamó en coro:

—¡Es Quasimodo el campanero! ¡Quasimodo el jorobado de la catedral! ¡Quasimodo el tuerto! ¡Quasimodo el patizambo! ¡Noel, Noel!

Bien se ve que el pobre diablo tenia bastantes apodos en que escoger.

—¡Cuidado con las embarazadas!—gritaban los estudiantes.

Las mujeres en efecto se tapaban la cara.

—¡Jesus, que mico!—decia una.

—Tan pícaro como feo,—añadia otra.

—Es el diablo.

—Yo tengo la desgracia de vivir cerca de Nuestra Señora, y todas las noches le oigo rondar por las canales.

—Con los gatos.

Digitized by Google

—Siempre anda por mi tejado.

—Y echa conjuros por el cañon de la chimenea.

—La otra noche vino á hacerme una mueca á mi ventana : yo pensé que era un hombre—¡Tuve un miedo!

—Estoy segura de que va el *sábado*; en una ocasion se dejó la escoba en la canal de mi tejado.

—¡Oh! ¡maldito jorobado!!...

—¡Alma de Belcebú!

—¡Buab!...

Los hombres por el contrario estaban en sus glorias y aplaudian.

Quasimodo, objeto del tumulto, permanecia en la puerta de la capilla, en pié, grave y sombrio, dejándose admirar.

Un estudiante (Robin Poussepain, si no me engaño) se le acercó demasiado para reirse de él: Quasimodo se contentó con agarrarle por la cintura y arrojarle á diez pasos por cima la muchedumbre, sin chistar palabra.

Atónito mese Coppenole, se acercó al mónstruo:

—¡Cruz de Dios! que tienes la mas hermosa fealdad que en mi vida me eché á la cara : merecerias ser papa en Gante como en Paris.

Y esto diciendo, poníale familiarmente la mano sobre el hombro. Quasimodo permaneció inmóvil, y Coppenole prosiguió:

Eres un compadre con quien tengo ganas de armar francachela, aun cuando debiera costarme un *doce no* nuevo de doce torneses. ¿Qué te parece?

Quasimodo elegido papa de los locos.

Quasimodo no respondió palabra.

—¡Cruz de Dios!—dijo el calcetero,—¿eres sordo?

Era sordo en efecto.

Pero ya empezaba á impacientarse de los arrumacos de Coppenole, y se volvió de repente hácia él con una expresion tan formidable que el gigante flamenco retrocedió como un perro de presa delante de un gato.

Hízose entónces alrededor de aquel extraño personaje un círculo de terror y de respeto, que tenia de radio quince pasos geométricos por lo ménos. Una vieja explicó á maese Coppenole que Quasimodo era sordo.

—¡Sordo!—dijo el calcetero con su risa flamenca.—¡Cruz de Dios! es un *papa perfecto*.

Digitized by Google

—Yo le conozco,—exclamó Juan que habia bajado por fin de su capitel para ver mas de cerca á Quasimodo,—es el campanero de mi hermano el arcediano.—Adios Quasimodo.

—¡Diablo de hombre!—dijo Robin Poussepain, contuso aun de su porrazo.—Su presencia es de jorobado; si anda, es patiestebado; si mira, es tuerto; si se le habla, es sordo.—¿Para qué le sirve la lengua á ese Polifemo?

—Habla cuando quiere,—dijo la vieja,—pero se ha quedado sordo de tocar las campanas. No es mudo, no.

—Eso le falta,—advirtió Juan.

—Le sobra un ojo,—añadió Robbin Poussepain.

—No señor, observó juiciosamente Juan:—un tuerto es mucho mas incompleto que un ciego, porque sabe lo que le falta.

Todos los mendigos entre tanto, todos los lacayos, todos los rateros, reunidos á los estudiantes fueron en procesion á buscar en el armario de la *Basoche* la tiara de carton y la irrisoria sotana del papa de los locos, de que se dejó cubrir Quasimodo sin hacer el menor movimiento y con una especie de docilidad orgullosa. Colocáronle luego sobre unas angarillas pintorreadas, que se echaron á cuestas doce oficiales de la cofradia de los locos, y una especie de alegria amarga y desdeñosa brilló por un momento en el apático semblante del cíclope, cuando vió bajo sus disformes pies todas aquellas cabezas de hombres gallardos, derechos y bien formados. Púsose luego en marcha la turba chillona y desarrapada para hacer, segun costumbre, la ronda interior de las galerias del palacio ántes del paseo por las calles y las plazas.

VI.

LA ESMERALDA.

Tenemos el placer de decir á nuestros lectores que, durante toda esta escena, Gringoire y su drama habian permanecido firmes. Sus actores, acosados por él, no habian cesado de representar su pieza, y él no habia cesado de escucharla: valeroso é intrépido, determinóse á llegar hasta la pared de enfrente, no desesperando de recuperar la atencion del público; vislumbre de esperanza que se reanimó cuando vió á Quasimodo, Coppenole y la comitiva atronadora del papa de los locos salir con estruendo de la sala. El gentio se precipitó de tropel detras de ellos:—¡Bien!—dijo el poeta para su capote, ya se van todos los alborotadores desgraciadamente todos los alborotadores eran el público. En un abrir y cerrar de ojos aquella grande sala quedó vacia.

Si hemos de decir verdad, todavia quedaban algunos espectadores, unos esparramados, otros agrupados en torno de los pilares, ancianos, mujeres y niños, cansados ya sin duda de desórden y barahunda.—Algunos estudiantes se habian quedado á caballo sobre el entablamiento de las ventanas, y tendian la vista hácia la plaza.

—Pues señor, dijo Gringoire, todavia queda la gente suficiente para oir el fin de mi misterio. Pocos son, pero tengo un público escogido, un público literato.

Un momento despues faltó una sinfonia que debia producir el mayor efecto á la llegada de la Sta. Vírgen; con suma amargura advirtió Gringoire, que la procesion del papa de los locos se habia llevado su música...—¡Adelante!—dijo con estóica firmeza.

Acercóse á un grupo de gente que le pareció se ocupaba en su moralidad; hé aquí el trozo suelto de su conversacion que cogió al paso.

—¿Ya conoce vuestra merced, maese Cheneteau, el palacio de Navarra, que pertenecia á Mr. de Nemours?

—Si, frente por frente de la capilla de Braque.

—Pues señor, el fisco acaba de alquilarlo á Guillermo Alixandre, historiador por seis libras y ocho sueldos parisies al año.

—¡Que carestia!

—Vamos,—dijo Gringoire suspirando;—puede que los otros escuchen.

—Compañeros,—gritó de repente uno de los diablillos de las ventanas,—¡*la Esmeralda*! ¡*la Esmeralda*! ¡*la Esmeralda*! ¡en la plaza!

Estas palabras produjeron un efecto mágico; la poca gente que quedaba en la sala se precipitó á las ventanas, trepando por las paredes, y repitiendo: ¡*la Esmeralda*! ¡*la Esmeralda*!

Oíase al mismo tiempo en la calle un gran estruendo de aplausos.

—¿Qué diablos quiere decir con su Esmeralda?—exclamó Gringoire cruzando las manos, desolado.—¡Dios mio! ¡Dios mio! parece que les llega ahora su turno á las ventanas.

Volvióse hácia la mesa de mármol y vió que estaba interrumpida la representacion. Habian llegado precisamente al momento en que debia presentarse Júpiter con su rayo, y es el caso que Júpiter estaba inmóvil en el fondo del teatro.

—Miguel Giborne,—gritó el poeta irritado,—¿qué haces ahí? ¿es ese tu papel? despacha y sube.

—No puedo,—dijo Júpiter,—un estudiante acaba de llevarse la escalera.

Tendió la vista Gringoire; demasiado cierta era esta calamidad; toda comunicacion estaba interceptada entre su enlace y su desenlace.

—¡Canalla!—murmuró,—¡y por qué se la ha llevado!

—Para ir á ver á la Esmeralda,—respondió Júpiter contrito y luego:—¡Calla! aquí hay una escalera que no sirve para nada,—y se la llevó.

Este fue el golpe mortal: Gringoire le recibió con resignacion.

—¡Llevaos el diablo!—dijo á los comediantes,—y si me pagan, os pagaré.

Tocó entónces á retirada, cabizbajo y pensativo, pero el último, como un general que ha cumplido con su deber.

Y mientras bajaba la tortuosa escalera del palacio:—¡Valiente cáfila de brutos y de pollinos son los tales parisienses!—refunfuñaba entre dientes,—¡vienen á oir un misterio y no le escuchan! Todo les ha ocupado, Clopin Truillefou, el Cardenal, Coppenole, Quasimodo, el diablo que los cargue: pero la Sra. Vírgen Maria, ni pizca. A haberlo sabido, ya los hubiera yo dado vírgenes Marias, ya, salvajes. ¡Y yo! venir á ver caras, ¡y no ver mas que espaldas! ¡Ser poeta, y lucirlo como un boticario! Verdad es que Homero mendigó el pan de su sustento por los pueblucos de la Grecia, y que Naso murió desterrado entre los moscovitas. ¡El diablo me lleve si sé lo que quieren decir con su Esmeralda! ¿Qué palabra es esa? ¡Eso es egipcio!!

LIBRO SEGUNDO.

I.

DE ESCILA A CARIBDIS.

La noche llega temprano en enero. Oscuras estaban ya las calles cuando salió Gringoire del palacio, de lo cual se alegró mucho, porque estaba impaciente por llegar á alguna callejuela oscura y desierta, donde poder meditar á su sabor, para que en ella el filósofo pusiese la primera venda en la herida del poeta. Verdad es que la filosofia era su único refugio, porque no sabia donde alojarse aquella noche. Despues del terrible aborto de su ensayo teatral, no se atrevia á volver al chiribitil que ocupaba en la calle de Grenier-sur-Seau, enfrente de la

Digitized by Google

puerta *au Foin*, habiendo contado con lo que debia darle el señor preboste por su epitalámio, para maese Guillermo Droux-Sire, su casero, los seis meses de alquiler que le debia, es decir doce dineros parisies, ó doce veces el valor de cuanto poseia en el mundo contando su ropilla, su camisa y su sombrero. Despues de haber meditado un corto rato, cubierto provisionalmente bajo el soportal de la prision del tesorero de la Sta. Capilla, acerca del albergue que elegiria para aquella noche, teniendo á su disposicion todas las esquinas de Paris, acordóse de haber divisado la semana anterior un poste, apto para servir de estribo con que montar en mula, y de haberse dicho allá para sus adentros que aquella piedra podria ser en su tiempo y sazon excelente almohada para un mendigo ó para un poeta. Dió gracias á la providencia de haberle inspirado tan feliz idea; y ya se preparaba á cruzar la plaza del palacio para llegar al tortuoso laberinto de la ciudad, donde serpentean todas aquellas decrépitas hermanas, las calles de la Braillerie, de la Vielle-Draperie, de la Savaterie, de la Juiverie, etc., etc., existentes aun en el dia con sus casas de nueve pisos, cuando vió la procesion del papa de los locos que salia tambien del palacio y se arremolinaba por medio del patio con grande algazara y gran claridad de hachas y con su música; — con la música, ¡ay! que fue suya. La vista de todo aquello reavivó las llagas de su amor propio, y fuele preciso huir, porque en la amargura de su desastre dramático, todo lo que le recordaba la fiesta del dia, le agraviaba y desgarraba sus heridas.

Quiso tomar por el puente de S. Miguel, lleno todo á la sazon de muchachos que corrian á un lado y á otro con cohetes y carretillas.

— ¡Malditas velas artificiales! — exclamó Gringoire y echó á correr hácia el Pont-au-Change, donde ondeaban en las casas que estaban á la entrada del puente tres banderas que representaban al rey, al delfin y á Margarita de Flandes, y seis banderolas en que estaban retratados el duque de Austria, el cardenal de Borbon y el Sr. de Beaujeu y Juana de Francia, y el Sr. bastardo de Borbon, y que sé yo quien mas; todo iluminado con hachas de viento y el gentio estaba admirado de todo aquello.

— ¡Feliz pintor Juan Fourbeault! — dijo Gringoire lanzando un profundo suspiro, y volvió la espalda á banderas y banderolas. Vió una calle en frente de sí, y hallóla tan negra y tan desierta que esperó verse libre de todos los rumores, de todos los reflejos de la fiesta, si se internaba en ella, é hizolo así. Al cabo de algunos instantes tropezó en un obstáculo y dió consigo en el suelo: aquel obstáculo era el árbol de mayo que los miembros de la *Basoche* habian plantado aquella mañana ante la puerta de un presidente del parlamento en obsequio á la solemnidad del dia. Soportó Gringoire heróicamente aquel nuevo infortunio; púsose en pié y llegó á la orilla del rio. Despues de haber dejado detras de sí el torrejon civil y la torre criminal, y costeado la larga tapia de los jardines del rey, sobre aquella playa no empedrada en que le llegaba el fango á los tobillos, desembocó en la puerta occidental de la ciudad, y consideró por largo rato el islote del Vaquero, que luego ha desaparecido bajo el caballo de bronce y el puente nuevo. Aparecíale el islote en la sombra como una mole negra mas allá del estrecho curso del agua blanquecina que le separaba de él. El pálido reflejo de una luz revelaba la especie de choza en forma de colmena donde pasaba la noche el vaquero.

— ¡Feliz vaquero! — exclamó Gringoire, — tú no te acuerdas de la gloria, tú no compones epitalámios. ¿Que te importan los reyes que se casan ni las duquesas de Borgoña? ¡Tú no conoces otras Margaritas sino las que la yerba de abril ofrece por pasto á tus vacas! Y yo, poeta, yo me veo silvado y tiemblo de frio, y debo doce dineros, y las suelas de mis zapatos son tan trasparentes que bien pudieran servir de vidrios en tu ventana. ¡Yo te saludo, oh vaquero! ¡tu cabaña alegra mis ojos y me hace olvidar la Capital!

Sacóle de su éxtasis casi lírico el estallido de un cohete de S. Juan que salió repentinamente de la bienaventurada choza: y era que el vaquero tomaba tambien su parte en los regocijos del dia, y se regalaba con un poquito de fuego artificial.

Aquel cohete hizo erizarse la epidérmis de Gringoire.

— ¡Fiesta maldita! — exclamó, — ¿me perseguirás por todas partes? ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡hasta en la choza del vaquero!!...

Luego vió el Sena á sus pies, y una horrible tentacion agitó su alma.

— ¡Oh! — dijo, — ¡y como me ahogaria gustoso, si no estuviera el agua tan fria!

Tomó entónces una resolucion desesperada y fue la de, una vez que no podia huir del papa de los locos, de las banderolas de Juan Fourbeault, de los árboles de mayo, de los cohetes y las carretillas, lanzarse intrépido en el centro mismo de la fiesta é ir á la plaza de Gréve.

— Al ménos — dijo, — acaso tendré allí algun tizno de la hoguera con que calentarme, y allí tal vez podré cenar con alguna migaja de los tres grandes escudos de azúcar real que deben haberse erigido en la alacena pública de la Villa.

II.

LA PLAZA DE GRÉVE

Solo un vestígio muy imperfecto queda en el dia de lo que era entónces la plaza de Gréve; tal es el gracioso torreon que ocupa el ángulo norte de la plaza de que sepultado ya bajo el ridículo revoque que empasta las vivas aristas de sus esculturas, pronto habrá desaparecido tal vez enteramente sumergido por esa muchedumbre de casas nuevas que devoran todas las antiguas fachadas de Paris.

Aquellos que, como nosotros, nunca pasan por la plaza de Gréve sin echar una mirada de dolor y simpatia á aquel pobre torreon zambullido entre dos plastas del tiempo de Luis XV, fácilmente podrán reedificar en su mente el conjunto de edificios á que pertenecia, y hallar completa en él la antigua plaza gótica del siglo xv.

Formaba esta, como en el dia, un trapecio irregular ceñido á un lado por el muelle y al otro por una série de casas altas, estrechas y sombrias. Era de admirar durante el dia, la variedad de aquellos edificios, esculpidos todos de piedra ó de madera, y presentando ya muestras completas de las diferentes arquitecturas domésticas de la edad media, ascendiendo desde el quinceno hasta el onceno siglo, desde el cuadrado que empezaba á destronar á la ojiva, hasta el semicírculo bizantino que habia sido derribado por la ojiva y que ocupaba aun debajo de ella el primer piso de aquella antigua casa de la Torre-Ronald, que forma el ángulo de la plaza sobre el Sena, por el lado de la calle de Tannerie. Durante la noche solo se distinguia de aquella masa de edificios el negro festoneo de los techos, desplegando en torno de la plaza su cadena de ángulos agudos. Porque una de las diferencias radicales que existen entre las ciudades de entónces y las de ahora, es que en el dia, las fachadas son las que miran á las calles y á las plazas, y que antiguamente hacian frente á ellas las paredes acabadas en punta que llamamos actualmente medianeras. De dos siglos á esta parte, las casas han dado media vuelta.

En el centro, al lado oriental de la plaza, se alzaba una maciza é hibrida contruccion formada de tres pisos juxta-puestos. Designábase aquel edificio con tres nombres que explican su historia, su uso y su arqui-

Digitized by Google

tectura; la *casa del Delfin*, porque Cárlos V, siendo delfin, la habia habitado; la *Mercaderia*, porque servia de casa de la ciudad; la *Casa de los Pilares* (Domus ad piloria), á causa de una larga série de anchos pilares que sostenian sus tres pisos. Hallaba allí la ciudad todo lo que se necesita en un excelente pueblo como Paris; una capilla para rezar, un tribunal donde pleitear y defender cada cual sus derechos, y un arsenal en los desvanes, lleno de *artilleria;* porque los vecinos de Paris saben que no siempre basta suplicar y litigar por los fueros y franquícias de su pueblo, y por eso tienen siempre en reserva en una buhardilla de la Casa de la ciudad algun respetable arcabuz barnizado de orin.

Ya entónces presentaba la Gréve aquel aspecto siniestro que debe todavia á la idea execrable que despierta y á la lúgubre casa de la Ciudad de Dominico Bocador, que ha reemplazado á la casa de los Pilares. Justo será decir que un patíbulo y una picota permanentes, *una justicia y una escalera*, como se decia entónces, erigidas una junto á otra en medio de la plaza, contribuian no poco á hacer apartar los ojos de aquel sitio fatal donde tantos seres llenos de salud y de vida han agonizado; donde debia nacer cincuenta años despues aquella horrible *calentura de Saint Vallier,* aquella enfermedad de miedo al cadalso, la mas monstruosa de todas las enfermedades, porque no viene de Dios, sino de los hombres.

Es una idea consoladora (y sea dicho de paso) pensar que la pena de muerte que, hace trescientos años, tenia atestados con sus ruedas de hierro, sus patíbulos de piedra y toda su comitiva de suplicios, permanente y sellada en el suelo, la plaza de Gréve, los mercados, la plaza del Delfin, la cruz del *Trahoir,* el mercado de los Cerdos, el horrible Montfaucon, la barrera de los Sargentos, la plaza de los Gatos, la puerta de S. Dionisio, Champeaux, la puerta Baudets, la puerta de Santiago, sin contar las innumerables *jurisdicciones* de los prebostes, del obispo, de los cabildos, de los abades, de los priores señores de horca y cuchillo; sin contar las jurídicas zambullidas en el *rio Sena;* es una idea consoladora el pensar que hoy, despues de haber perdido sucesivamente todas las piezas de su armadura, su lujo de suplicios, su penalidad de imaginacion y de capricho, su *tormento* para el cual hacia de cinco en cinco años un potro de cuero en el Gran Chatelet, aquella antigua soberana de la sociedad feudal, proscrita casi de nuestras leyes y de nuestras ciudades, acosada de código en código, arrojada de plaza á plaza, no tiene ya en nuestro inmenso Paris mas que un infame rincon de la *Plaza de Gréve,* mas que una miserable guillotina, furtiva, inquieta, corrida, que siempre parece estar temblando de ser cogida *in fraganti*, segun desaparece rápida despues de haber dado su golpe!

III.

BESOS PARA GOLPES.

Transido de frio, tiritaba Gringoire cuando llegó á la plaza de Gréve. Habia tomado por el puente llamado de los Molineros para evitar el gentio del Pont-au-Change y las banderolas de Juan Fourbeault; pero las ruedas de todos los molinos del obispo le salpicaron al paso, de modo que el pobre diablo estaba empapado hasta los huesos: pareciale ademas que la derrota de su pieza dramática le hacia aun mas friolero. Apresuróse pues á llegar á la hoguera que ardia magníficamente en mitad de la plaza; pero la cercaba una multitud considerable.

—¡Malditos parisienses! dijo entre sí (porque Gringoire como buen poeta dramático padecia de achaques de monólogos) ¡ahora me obstruyen el fuego! ¡Pues bien sabe Dios que le necesito de veras; mis zapatos beben, y todos esos arrastrados de molinos que han llorado sobre mí! ¡Diablo de obispo de Paris con sus molinos! Quisiera yo saber de qué le sirve un molino á un obispo; ¿piensa despues de obispo hacerse molinero? Si no necesita para ello mas que mi maldicion, se la doy á él, y á su catedral, y á sus molinos! ¡A qué no se menean de su sitio estos zoquetes! ¡Que estarán haciendo ahí!—¡Se calientan; vaya un gusto; miran arder un centenar de chamarascas; vaya un espectáculo!....

Pero ya mas próximo vió que el círculo era mucho mayor de lo necesario para calentarse á la hoguera del rey, y que la belleza de cien chamarascas encendidas no era el único objeto que motivaba aquella afluencia de espectadores.

En un ancho espacio despejado entre la muchedumbre y la hoguera, bailaba una mujer.

Si aquella mujer era un ser humano, una fada ó un ángel, eso es lo que Gringoire, por mas filósofo, por mas escéptico, por mas poeta irónico que fuera, no pudo decidir en el primer momento; tan fascinado quedó por aquella vision deslumbradora.

No era alta, pero lo parecia, tal era la soltura de su flexible talle; era morena, pero se adivinaba que su cútis, á la luz del dia, debia tener aquel reflejo dorado de las andaluzas y de las romanas; su piececillo era tambien andaluz, porque estaba juntamente oprimido y holgado en su gracioso calzado. Bailaba, giraba, volteaba aquella mujer sobre una vieja alfombra de Persia, tendida bajo sus pies; y cada vez que en su rápido giro pasaba delante de alguno aquella radiante fisonomia, sus grandes ojos de azabache le echaban un relámpago.

Todas las miradas estaban fijas, todas las bocas abiertas en torno de ella; y en efecto, mientras bailaba al són de la pandereta que sus dos puros y redondos brazos levantaban sobre su cabeza, sutil, aérea, viva como una avispa, con su cintura de oro sin un pliegue, con su brillante falda que se ahuecaba, con sus espaldas desnudas, su linda pierna que dejaba entrever por momentos la flotante vestidura, con su pelo negro, con sus ojos de fuego, parecia una criatura sobrenatural.

—¡Cierto, dijo Gringoire, que es una salamandra, una ninfa, una diosa, una vacante del Monte Menaleo!..

Soltóse entónces una trenza de la cabellera de la «Salamandra» y cayó al suelo una pieza de cobre amarillo que estaba en ella.

—¡Pues no! dijo, es una gitana.

Toda ilusion habia desaparecido.

De nuevo empezó á bailar, tomó del suelo dos espadas, cuya punta apoyó sobre su frente, haciéndolas girar en un sentido mientras giraba ella en otro, porque no era en efecto ni mas ni menos que una gitana. Pero por mas desencantado que estuviese Gringoire, el conjunto de aquel cuadro no carecia de mágia y de prestigio; iluminaba la hoguera aquella mujer con una luz cruda y roja que temblaba lívida sobre los rostros de los circunstantes, sobre la frente morena de la gitana; despedia hácia el fondo de la plaza un mústio reflejo mezclado á las vacilaciones de sus sombras, por una parte sobre la vieja fachada negra y rugosa de la casa de los Pilares, y por otra sobre el brazo de piedra del patíbulo.

Entre los[illegible]
lla luz, uno[illegible]
absorto en l[illegible]
fisonomia d[illegible]
hombre cuy[illegible]
parecia ten[illegible]
bargo era c[illegible]
pocos cabel[illegible]
arrugas sur[illegible]
sus ojos hun[illegible]
tud, una vi[illegible]
los de conti[illegible]
alegre niña[illegible]
dando cont[illegible]
de aquel h[illegible]

banse de cuando en cuando sobre sus labios una sonrisa y un suspiro; pero la sonrisa era mas dolorosa que el suspiro.

Paróse por fin cansada la bailarina, y el pueblo aplaudió con amor.

—¡Djali! dijo la gitana.

Llegó entónces una cabrita blanca, preciosa, lista, lustrosa, con sus cuernos dorados, con sus patitas doradas, con su collar dorado, y á quien aun no habia visto Gringoire, y que habia estado hasta entónces acurrucada en una esquina del tapiz mirando á su ama.

—Djali, dijo la bailarina, ahora tú.

Y sentándose en el suelo, presentó graciosamente á la cabra su pandereta.

—Djali, prosiguió, ¿en que mes del año estamos?

Levantó la cabra su pata delantera y dió un golpecito en el pandero. Era en efecto el primer mes del año: el pueblo aplaudió.

—Djali, repuso la gitana volviendo del otro lado su pandereta, ¡en qué dia del mes estamos!

Levantó Djali su dorada patita y dió seis golpes en el pandero.

—Djali, prosiguió la niña, repitiendo la misma operacion de antes, ¿que hora es?

Dió Djali siete golpecitos. En el mismo instante dieron las siete en el reloj de la casa de los Pilares.

El pueblo estaba estupefacto.

—¡Eso es cosa de brujeria! dijo una voz siniestra entre el gentio. Aquella voz era la del hombre calvo que no apartaba los ojos de la gitana.

Extremecióse esta y volvió la cara; pero los infinitos aplausos del pueblo cubrieron la adusta aclamacion y aun se borraron tan completamente de su ánimo que continuó interpelando á su cabra.

—Djali ¿como hace maese Guichard Grand-Remy, capitan de carabineros de la villa, en la procesion de la Candelaria?

Asentóse Djali sobre sus patas traseras, y empezó á bailar andando con tan gentil gravedad que el círculo entero de los espectadores aplaudió en vista de aquella parodia de la devocion interesada del capitan de los carabineros.

—Djali, prosiguió la gitana, alentada por aquellos aplausos, como predica maese Jaime Charmolue, procurador del rey en el tribunal eclesiástico?

Acomodóse la cabra sobre entrambas posaderas y empezó á balar, meneando las manitas de una manera tan particular, que á excepcion del mal frances y del peor latin, gesto, manera, acento, todo era ver á Jaime Charmolue.

Y el pueblo aplaudia hasta no mas.

—¡Sacrilégio! ¡profanacion! repuso la voz del hombre calvo.

La gitana se volvió de nuevo.

—¡Ah! dijo, ¡es aquel hombre!—y luego empujando hácia adelante el labio inferior, hizo una especie de mueca que parecia serle familiar, y girando sobre un talon, empezó á recoger en la pandereta los dones de la muchedumbre.

Los blancos, los blanquillos, los *targes*, los ochavos llovian en el pandero, cuando pasó la gitana delante de Gringoire. Echó este la mano al bolsillo tan aturdidamente, que se paró la muchacha.

—¡Diablo!—dijo el poeta hallando en el fondo de su faltriquera la realidad, es decir, el vacio. Entretanto la hermosa niña permanecia inmóvil, mirándole con sus rasgados ojos y esperando. Gringoire sudaba á mares.

Si hubiera tenido el Perú en su bolsillo, es seguro que se lo hubiera dado á la bailarina, pero Gringoire no tenia el Perú, y ademas, aun no se habia descubierto la América.

Un incidente inesperado vino afortunadamente en su ayuda.

—¿Cuando te vas, langosta de Egipto? gritó una voz de vinagre salida del rincon mas oscuro de la plaza. Volvióse la niña azorada; aquella voz no era la del hombre calvo; era la de una mujer, una voz devota y mala.

Pero aquella voz que asustó á la gitana, movió grande algazara entre una turba de muchachos que rondaba por allí.

—¡Es la reclusa de la Torre-Roland! exclamaron riendo y alborotando; ¡es la penitente que gruñe! ¡Puede que no haya cenado; llevémosla algunos restos de la alacena de la villa!

Todos se precipitaron hácia la casa de los Pilares.

En tanto Gringoire se aprovechó de la turbacion de la gitana para eclipsarse; el clamor de los muchachos le recordó que tampoco él habia cenado, por lo que incontinente se dirigió á la alacena. Pero los chiquillos tenian mejores piernas que el poeta, y cuando este llegó, ya lo habian rebañado todo. Solo quedaban sobre la pared las esbeltas flores de lis, interpoladas con rosales, pintadas en 1434 por Mateo Biterne; lo que constituia una cena fatal.

Cosa es muy importuna eso de acostarse sin cenar, cosa es ménos halagüeña todavía, eso de no cenar y de no saber donde acostarse. En este caso se hallaba Gringoire, sin pan, sin cama, acosado, estrechado por la necesidad; la necesidad le parecia muy impertinente. Mucho tiempo hacia que descubriera esta verdad; que Júpiter creó á los hombres en un arrebato de misantropia, y que durante toda la vida del justo, su destino tiene en estado de sitio á su filosofia. Por su parte, nunca habia visto el bloqueo tan rigoroso; oia á su estómago tocar á llamada, y pareciale muy indecoroso que su mala estrella sitiase por hambre á su filosofia.

Absorto estaba profundamente en estas melancólicas reflexiones, cuando de pronto le arrancó de ellas un canto singular si bien lleno de suavidad y dulzura. La hermosa gitana habia empezado á cantar.

Era su voz como su baile, como su hermosura, indefinible y deliciosa; pura, sonora, aérea, alada por decirlo así. Angélicas melodias, cadencias inesperadas y frases sencillas entre notas agudas, aceleradas y luego gorgoritos que no hubiera podido ejecutar un ruiseñor, pero en que nunca faltaba la armonia; y luego ondulaciones suavísimas de octavas que se alzaban y bajaban como el pecho de la gallarda cantora. Su hermoso rostro seguia con singular movilidad todos los caprichos de su cancion, desde la mas frenética inspirando hasta la mas casta dignidad. Ya parecia una loca, ya parecia una reina.

Eran las palabras que cantaba de una lengua desconocida á Gringoire, y á ella misma tambien probablemente, á juzgar por la poca relacion que tenia con el sentido de las palabras la expresion que daba á su cantar. Estos cuatro versos por ejemplo, respiraban en sus lábios una loca alegria:

Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar.

Y un momento despues al oir el acento que dió á estos otros:

Alárabes de á caballo
Sin poderse menear,
Con espadas y los cuellos
Ballestas de buen tirar.

Se le saltaron las lágrimas á Gringoire. Su acento sin embargo, mas que otra cosa, respiraba alegria, y aquella mujer parecia cantar, como canta el ave, por serenidad y contento.

El canto de la gitana habia turbado la meditacion de Gringoire, pero como el cisne turba las aguas: escuchábale con una especie de éxtasis y de enagenacion completa. Aquel era el primer momento en que por espacio de muchas horas dejaba de sufrir.

Digitized by Google

Pero no fue largo este momento.

La misma voz de mujer que habia interrumpido el baile de la gitana vino á interrumpir su canto.

—¡Cuando callarás, cigarra del infierno!—gritó desde el mismo rincon oscuro de la plaza.

Calló la pobre *cigarra*, y Gringoire se tapó las orejas exclamando.

—¡Oh! ¡maldita sierra mellada que viene á romper la lira!

Todos los espectadores murmuraban como él:—¡Al diablo la reclusa!—gritaba mas de una voz. Y la invisible aguafiestas hubiera podido arrepentirse de sus agresiones contra la gitana, si no hubiera distraido al público en aquel momento la procesion del papa de los locos, que, despues de haber recorrido mil calles y callejuelas, desembocaba en la plaza de Gréve, con todas sus hachas y su tumulto.

Esta procesion, que nuestros lectores vieron salir del palacio, se organizó durante el camino, reclutando cuantos pillos, ladrones, desocupados y vagabundos disponibles habia en Paris á la sazon, de modo que cuando llegó á la plaza de Gréve presentaba un aspecto respetable.

A su frente marchaba el Egipto, precedido por el duque de Egipto á caballo, rodeado de sus condes que iban á pié, llevándole la brida y el estribo; detras de ellos los egipcios y las egipcias formando un batiburrillo con la chiquilleria gritadora y llorona; y todos, duques, condes, gente menuda, cubiertos de andrajos y de oropeles. Seguia inmediatamente despues el reino de la Germania, es decir, todos los ladrones de Francia, formados por órden de dignidad, siendo los mas humildes los primeros. Desfilaban así de cuatro en cuatro con las diversas insignias de sus grados en aquella singular facultad, unos estropeados, otros cojos, otros mancos, los rateros, los peregrinos, los bellacos, los tumbones, los inválidos, los pillos, los hampones, los desechados, los capones, los andrajosos, los tunos, los huérfanos, los archipámpanos, los huraños; enumeracion capaz de cansar al mismo Homero. En el centro del conclave de los huraños y de los archipámpanos, distinguíase á duras penas el rey de la germania, el gran sacerdote acurrucado en un carreton tirado por dos perrazos. Despues del reino de los hampones, venia el imperio de Galilea, Guillermo Sousseau, emperador del imperio de Galilea, marchaba majestuosamente envuelto en su ropon de púrpura manchado de vino, precedido de saltimbánquis que iban alborotando y bailando danzas pírricas, rodeado de sus maceros, de sus secuaces y de los escribientes del tribunal de cuentas. Y cerraba la marcha la *Basoche*, con sus manos coronadas de flores, sus manteos negros, su música ratonera, y sus hachones de cera amarilla. En el centro de aquella muchedumbre, los altos dignatarios de la cofradia de los locos llevaban sobre los hombros unas angarillas mas cargadas de velas que la urna de Sta. Genoveva en tiempo de peste; y sobre aquellas angarillas resplandecia, con báculo, mitra y capa pluvial, el nuevo papa de los locos, el campanero de la catedral, Quasimodo el jorobado.

Cada una de las secciones de aquella grotesca procesion tenia su música particular. Los egipcios desentonaban sus panderas y sus tamboriles africanos; los hampones, raza muy poco musical, no habian pasado aun de la viola, de la corneta y de la gótica zambamba del siglo doce. Tampoco estaba mas adelantado el imperio de Galilea, en cuya música apénas se distinguia algun miserable rabel de la infancia del arte, no daria aprisionado en el *re—la—mi*. Pero en torno del papa de los locos, es donde se desplegaban en una magnífica cacofonia todas las riquezas musicales de la época: tiples, contraltos, bajos de rabel sin contar las flautas y las cornetas y serpentones. Pero ahora nuestros lectores recordarán que aquella era la orquesta de Gringoire.

Difícil seria formarse una idea del grado de espansion orgullosa y feliz á que habia llegado durante el tránsito del palacio á la Gréve, el triste y feo semblante de Quasimodo. Era aquella la primera satisfaccion de amor propio que gozó jamas; hasta entónces no habia conocido mas que la humillacion, el desden á su clase, el ódio á su persona, y por eso, sordo y todo como lo era, saboreaba, cual verdadero papa, las aclamaciones de aquella turba á quien aborrecia porque ella le aborrecia á él, y porque él lo sabia. Que su pueblo fuera una cáfila de locos, de lisiados, de ladrones, de mendigos, ¿qué importa? siempre era un pueblo, siempre él era un soberano. Con mucha formalidad recibia todos aquellos aplausos irónicos, todas aquellas atenciones burlescas, á las cuales justo será decir que mezclaba la gente cierta dósis de respeto real y positivo; porque el jorobado era robusto, porque el patituerto era ágil, porque el sordo era malo, tres calidades que templan el ridículo.

Por lo demas lejos estamos de creer, que el nuevo papa de los locos se formase una idea clara así de las impresiones que recibia, como de los sentimientos que inspiraba. El entendimiento que se albergaba en aquel cuerpo disforme, debia tener tambien por su parte algo de incompleto y de sordo; de modo, que lo que sentia en aquel momento era para él absolutamente vago, incomprensible y confuso; pero en aquella mezcla de sentimientos, brillaba la alegria, dominaba el orgullo. Aquella sombria y triste figura centelleaba radiante en derredor.

Causó por eso grande sorpresa y no poco espanto ver de repente á un hombre, en el momento mismo en que Quasimodo, sumergido en aquella especie de vaga enagenacion pasaba en triunfo por delante de la casa du los Pilares, salir de entre el gentio y arrancarle colérico de entre las manos su báculo de palo dorado, insignia de su loca dignidad.

Este hombre, este temerario era el personaje calvo que, un momento ántes, mezclado al grupo que rodeaba á la gitana, habia helado de terror á la pobre niña con sus palabras de amenaza y de ódio. Iba vestido de eclesiástico, y apénas salió de entre el gentio, Gringoire, que hasta entónces no habia reparado en él, exclamó al reconocerle:—¡Calla! ¡si es mi maestro en Hermes D. Claudio Frollo, el arcediano! ¿Quien diablos le mete con ese pícaro tuerto? ¡Le va á devorar!

Alzóse en efecto un grito de terror: el formidable Quasimodo acababa de precipitarse de su alto asiento, y las mujeres apartaron los ojos para no verle devorar al pobre arcediano.

Dió un salto hasta el sacerdote, le miró y cayó de rodillas.

El sacerdote le arrancó su tiara, le rompió el báculo y le hizo pedazos su capa de relumbron.

Quasimodo permaneció de rodillas, bajó la cabeza y cruzó las manos.

Estableciése luego entre ellos un diálogo singular de gestos y de aspavientos, porque ni uno ni otro hablaban palabra. El sacerdote en pié, irritado, amenazante, imperioso; Quasimodo prosternado, humilde, suplicante. Y sin embargo es seguro que Quasimodo hubiera podido hundir al sacerdote con un solo dedo.

En fin, el arcediano sacudiendo con aspereza la espalda fornida de Quasimodo, hízole señal de que se levantára y le siguiera.

Quasimodo se puso en pié.

Y entónces la cofradia de los locos, pasado el primer estupor, quiso defender á su papa tan bruscamente destronado: los gitanos, los hampones y toda la estudiantina empezaron á ladrar enderredor del sacerdote.

Colocóse Quasimodo delante de él, puso en movimientos los músculos de sus atléticos puños, y miro

Digitized by Google

á los agresores rechinando los dientes como un tigre enfurecido.

Revistióse el sacerdote de su sombría gravedad, hizo una señal á Quasimodo, y se retiró sin hablar palabra.

Quasimodo iba delante de él abriendo paso.

Luego que hubieron atravesado el populacho y la plaza, la turba de los curiosos y gente ociosa quiso seguirlos. Tomó entónces Quasimodo la retaguardia y siguió al arcediano andando hácia atras, agachado, arisco, monstruoso, herizado, recogiendo sus miembros, lamiendo sus colmillos de jabalí, gruñendo como una fiera é imprimiendo inmensas oscilaciones á la turba con un gesto ó una mirada.

Dejáronlos internarse en una calle estrecha y tenebrosa, por donde nadie osó seguirles; ¡tal terror inspiraba la horrible forma de Quasimodo!

—Eso es maravilloso,—dijo Gringoire;—¿pero donde diablos hallaré de cenar?

IV.

LOS INCONVENIENTES DE CALLEJEAR DE NOCHE TRAS UNA GUAPA CHICA.

Gringoire se echó á la ventura á seguir á la gitana. Viéndola tomar con su cabra la calle de la *Coutellerie*, tomó tambien la calle de la *Coutellerie*.

—¿Por qué no? dijo.

Gringoire, filósofo práctico de las calles de Paris, habia observado que nada convida tanto á una dulce meditacion como el seguir á una guapa chica sin saber á donde va. Hay en efecto en esta abdicacion voluntaria del libre arbitrio, en este capricho que se somete á otro capricho, el cual ni aun lo sospecha, una especie de independenoia absoluta y de obediencia ciega, un no sé que intermedio entre la esclavitud y la libertad que sonreia á Gringoire, hombre esencialmente mixto, indeciso y complejo, colocado entre todos los extremos, suspendido siempre entre todas las propensiones humanas, y neutralizando el influjo de las unas con el de las otras. Solia él compararse al sepulcro de Mahoma, atraido en sentido inverso por dos piedras de iman, y que vacila eternamente entre lo alto y lo bajo, entre la bóveda y el pavimento, entre la caida y la ascension, entre el cenit y el nadir.

Si Gringoire viviera en nuestro siglo, ¡oh y como se pondria en un justo medio entre clásicos y románticos!...

Pero no era bastante primitivo para vivir trescientos años, y es lástima. Su ausencia es un vacío que no deja de hacerse sentir en la actualidad.

En todo caso para seguir, como hemos dicho, á los transeuntes (y sobre todo á las transeuntes), cosa que solia hacer Gringoire, no hay mejor disposicion de ánimo que la de no saber donde pasar la noche.

Iba pues meditabundo detras de la gitana que apretaba el paso, y hacia trotar á su cabrita viendo á las gentes meterse en sus casas, y cerrarse las tabernas, únicas tiendas que estaban abiertas aquel dia.

—Ello en fin,—decia Gringoire para su coleto,—en alguna parte ha de vivir, las gitanas tienen buen corazon..... ¿Quién sabe?....

Y habia en los puntos suspensivos que seguian á esta reticencia, no sé que ideas asaz halagüeñas.

De vez en cuando al pasar por delante de los últimos grupos de vecinos que cerraban las puertas de sus casas, cogia algun trozo suelto de conversacion que venia á romper el hilo de sus risueñas hipótesis.

Ya oia á dos viejos que conversaban de este modo.

—¿Maese Thibaut Fernicle, sabeis que hace frio?

Gringoire lo sabia desde que principiara el invierno.

—¡Y lo creo, Maese Bonifacio Disome! ¿Si volveremos á tener un invierno como el de hace tres años, en 80, que costaba la leña á seis dineros el haz?

—¿Y qué vale eso, maese Thibaut, con el invierno de 1407, en que heló desde S. Martin hasta la Candelária? ¡y con tal fúria que se helaba la pluma del escribano del parlamento, en el tribunal, de tres en tres palabras! ¡lo que interrumpia la marcha de la justicia!

Y mas adelante conversaban dos vecinas en su ventana con luces que la niebla hacia chisporretear.

—¿Os ha contado mi marido la desdicha? señorita La Boudraque.

—No, ¿pues qué sucede señorita Turquant?

—El caballo del Sr. Gil Godin, notario del Chatelet, que se asustó de los flamencos y de su procesion, y que ha atropellado á maese Filipot Avrillot, oblato de los celestinos.

—¿De veras?

—Ni mas ni ménos.

—¡Un caballo paisano! ¡que diablura! Si fuera un caballo de caballeria, ¡vaya con Dios!

Y volvian á cerrarse las ventanas, y á cada paso perdia Gringoire el hilo de sus ideas.

Mas felizmente volvia á dar con él pronto y á anudarlo, merced á la gitana y á Djali que constantemente le precedian, dos preciosas, delicadas y esbeltas criaturas, cuyos menudos pies, cuyas lindas formas, cuyo gracioso porte admiraba, confundiéndolas casi en su contemplacion: por su inteligencia y buena amistad, creyéndolas niñas á entrambas; por la ligereza, agilidad y soltura de su paso, creyéndolas cabras á las dos.

Las calles entretanto aparecian cada vez mas negras y mas desiertas. Hacia ya algun tiempo que habian tocado las campanas el *couvrefeu*, y ya se empezaba á no encontrar en las calles mas que algnno que otro transeunte, alguna que otra luz en las ventanas. Siguiendo á la gitana, habíase metido Gringoire en aquel intrincado laberinto de callejuelas, plazas y callejones sin salida que rodea el antiguo sepulcro de los santos inocentes, y que se parece á un ovillo enredado por un gato.—¡Vaya unas calles que tienen muy poca lógica!—decia Gringoire, perdido en aquellos mil circuitos que volvian sobre sí mismos, pero entre los cuales seguia la gitana un camino que parecia serle muy conocido, sin vacilar y con pasos cada vez mas rápidos.—El por su parte hubiera ignorado completamente donde se hallaba, á no haber visto, al revolver una esquina, la mole octógona de la picota de los mercados, cuya cima calada destacaba fuertemente sus negros bordes sobre una ventana, iluminada aun, de la calle Verdelet.

Hacia ya algunos instantes que nuestro poeta habia llamado la atencion de la gitana, la cual varias veces volvió la cabeza á él con inquietud, y aun se paró una vez de pronto, aprovechando un rayo de luz que salia de una panaderia entreabierta, para mirarle de hito en hito de pies á cabeza; y luego, despues de aquel exámen, vióla Gringoire hacer el gestecillo que ya en otra ocasion habia observado y seguir adelante.

Aquel gestecillo daba mucho en que entender á Gringoire, porque seguramente habia en él algo de burlon y desdeñoso. Así es que empezó á agachar la cabeza, á contar las piedras y á seguir á la muchacha un poco mas de léjos, cuando al volver una calle que acababa de hacérsela perder de vista oyóla lanzar un grito lastimero.—Apretó el paso.

Estaba la calle de tinieblas: pero una estopa empapada en aceite que ardia en un escaparate de hierro á los pies de la Sta. imágen de una esquina, permitió á Gringoire divisar á la gitana, forcejeando entre los brazos de dos hombres, que procuraban sofocar sus gritos. La pobre cabrita, toda atolondrada, bajaba los cuernos y balaba.

—¡Socorro! ¡la ronda!—gritó Gringoire y se adelantó valerosamente.—Uno de los hombres que tenian agarrada á la gitana volvió la cara hácia él; y vió el poeta la formidable catadura de Quasimodo.

Digitized by Google

Gringoire no huyó, pero tampoco dió un paso mas.

Llegóse á él Quasimodo, arrojóle de un manoton á cuatro pasos de distancia, y volvió á sumergirse en la sombra llevándose á la doncella doblegaba sobre uno de sus brazos como una madeja de seda. — Su compañero iba detras, y la pobre cabra les seguia lanzando lastimeros balidos.

— ¡Ladrones! ¡ladrones! — gritaba la pobre gitana.

— ¡ Alto ahí, miserables! y soltad á esa hembra, — dijo repentinamente con voz de trueno un ginete que salió de improviso de una calle inmediata.

Era este un capitan de los arqueros de la guardia del rey, armado de punta en blanco, con la tizona en la mano.

Arrancó á la gitana de entre los brazos del atónito Quasimodo y colocóla á la grupa de su caballo; y en el instante mismo en que el terrible jorobado, vuelto en sí de su asombro, se precipitaba sobre él para arrancarle su presa, quince ó diez y seis arqueros que seguian de cerca á su capitan, acudieron en su ayuda con el chafarote desenvainado. Eran una patrulla que andaba aquella noche de ronda, por órden del Sr. Roberto de Estouteville, intendente del prebostazgo de Paris.

Cercaron, prendieron, maniataron á Quasimodo que rugia, echaba espumarajos por la boca, y repartia fieros mordiscos á diestro y siniestro; y es seguro que si hubiera sido de dia, solo su rostro, afeado mas y mas por la cólera, hubiera bastado para poner en fuga á toda la patrulla. Pero durante la noche carecia el pobre diablo de la mas poderosa de sus armas, su fealdad.

Durante la lucha habia desaparecido su compañero.

Sentóse graciosamente la gitana sobre la silla del oficial, apoyó entrambas manos sobre los hombros del mancebo, y miróle de hito en hito por algunos momentos, como hechizada de su gallardo continente y del auxilio que acababa de darla en su aventura. Luego, rompiendo el silencio la primera, díjole suavizando aun mas el suave acento de su voz.

— ¿Como os llamais, señor soldado?

— El capitan Febo de Chateaupers, para serviros, prenda mia, — respondió el oficial gallardeándose.

— Gracias, — respondió la gitana.

Y mientras el capitan Febo atusaba su mustacho á la borgoñona deslizóse ella del caballo como una flecha que cae al suelo, y desapareció.

No hubiera tardado mas un relámpago en desvanecerse.

— ¡Ombligo del papa! — dijo el capitan mandando apretar las correas de Quasimodo; — mejor hubiera querido quedarme con la mozuela.

— ¡Como ha de ser, capitan! — dijo un soldado; — volóse la alondra, pero nos queda el mochuelo.

V.

CONTINUAN LOS INCONVENIENTES.

Gringoire, atolondrado aun de su caida, estaba todavia en tierra delante de la Sta. Vírgen de la esquina; mas no tardó en ir poco á poco volviendo en sí. Permaneció por algunos instantes flotando en una especie de enagenacion algun tanto soñolienta y medianamente suave, en que las formas aéreas de la gitana y de la cabra, formaban misterioso ayuntamiento con el fornido puño de Quasimodo. Poco duró aquel estado; una impresion harto aguda de frio en la parte de su cuerpo que se hallaba en contacto inmediato con el suelo le despaviló de repente. — De donde diablos me viene este frio, — dijo no poco mohino, y entónces advirtió que se hallaba precisamente en mitad de un arroyo.

— ¡Maldito cícople jorobado! — murmuró entre dientes, haciendo por ponerse en pié. Pero estaba el pobre poeta sobradamente magullado y contuso, por lo que tuvo que quedarse inmóbil. Mas como tenia por fortuna las manos libres, tapóse las narices y se resignó.

— El lodo de Paris, — decia (porque estaba ya punto menos que seguro de que decididamente el arroyo seria su cama por aquella noche; ¿y qué hacer en una cama á ménos que no se sueñe?) — el lodo de Paris es singularmente pestífero, por lo que debe contener gran cantidad de sal volátil y nitrosa. Tal es al ménos la opinion de maese Nicolas Flamel y de los herméticos.....

La palabra *herméticos* le trajo de súbito á las mientes la idea del arcediano Claudio Frollo. Acordóse de la violenta escena que acababa de entrever; de que forcejeaba la gitana entre dos hombres, y de que Quasimodo tenia un compañero; y la fisonomia tétrica y altiva del arcediano pasó confusamente por su imaginacion. — ¡Cosa extraña seria!... — dijo: y con aquel dato y sobre aquella base empezó á construir el fantástico edificio de las hipótesis, verdadero castillo en el aire de los filósofos. Mas luego, volviendo de pronto á la realidad: — Cáspita, dijo — yo me hielo!

Aquel sitio con efecto iba siendo por instantes mas y mas insoportable. Cada molécula del agua del arroyo absorbia una molécula del calórico latente de las costillas de Gringoire, y ya empezaba á establecerse de un modo harto cruel el equilibrio entre la temperatura de su cuerpo y la del arroyo.

Vino en esto á amagarle un peligro de muy distinta naturaleza.

Un grupo de chiquillos, de esos pequeños salvajes descalzos que en todos tiempos han hollado el empedrado de Paris, bajo el eterno nombre de *pilluelos*, y que cuando éramos muchachos como ellos, nos apedreaban todas las tardes al salir del aula, porque no llevábamos los calzones rotos; una bandada pues de aquellos pilluellos acudia hácia la encrucijada en que yacia Gringoire con gritos y risotadas que no debian dar mucho gusto al sueño de los vecinos. Llevaban arrastrando no sé que talego informe, y solo el ruido de sus abarcas hubiera despertado á un muerto. Gringoire, que no lo estaba aun del todo, se incorporó algun tanto.

— ¡Ohé! ¡Hennepin Dandeche! ¡ohé! ¡Juan Pincebourde! — decian á voz en grito; — el viejo Juan Moubon, el herrero de la esquina, acaba de morir; tenemos su jergon y vamos á hacer una hoguera. ¡Hoy es el dia de los Flamencos!

Y en esto precipitaron el jergon sobre Gringoire, junto al cual habian llegado sin verle, al mismo tiempo cogió uno de ellos un puñado de paja, y fué á encenderla en la lámpara de la Vírgen.

— ¡Muerte de Cristo! — murmuró Gringoire, — ¿si iré ahora á tener demasiado calor?

El momento era crítico. Iba el pobre poeta á verse cogido entre el fuego y el agua; hizo pues un esfuerzo sobrenatural, un esfuerzo de monedero falso á quien van á freir y que trata de escaparse, y se puso en pié, arrojando el jergon sobre los muchachos, y poniendo pies en polvorosa.

— ¡Vírgen santa! — gritaron los pillos; — ¡el herrero que vuelve!

Y apretaron tambien á correr por otro lado.

Quedó el jergon dueño del campo de batalla. Aseguran Belleforet, el P. le Juge y Corrozet que al dia siguiente fue recogido con gran pompa por el clero del barrio y llevado al tesoro de la iglesia Santa Oportuna, donde sacó el sacristan hasta 1789 una pingüe renta con el gran milagro de la Vírgen de la esquina de la calle Mauconseil, que, con solo su presencia, en la memorable noche del 6 al 7 de enero de 1482, exorcizó al difunto Juan Moubon, el cual, para dar que hacer al diablo, habia, al morir, escondido maliciosamente su alma en el jergon.

Digitized by Google

VI.

EL CÁNTARO ROTO.

Despues de haber corrido á todo correr por largo rato y sin saber á donde, dándose coscorrones contra las esquinas, saltando arroyos y atravesando callejuelas, callejones y encrucijadas, abriéndose paso por entre las mil revueltas de los antiguos mercados, explorando en su terror pánico lo que el latin macarrónico de las aulas llama *tota via, caminum et viaria*, paróse de pronto nuestro poeta, de cansancio en primer lugar, y convicto en segundo, por la fuerza lógica de un dilema que acababa de nacerle en el magin.

Paréceme, amigo Pedro Gringoire, díjose á sí mismo, apoyando el índice sobre su frente, que vas corriendo por ahí como un botarate; no ménos miedo que tú de ellos han tenido de ti los monigotes. Paréceme, digo, que has oido el ruido de sus abarcas huyendo hácia el mediodia, mientras tú vas huyendo derechito al septentrion. Ahora bien, una de dos; ó han huido y en este caso, el jergon que han debido olvidar en su terror, es precisamente el lecho hospitalario que andas buscando desde esta mañana y que milagrosamente te envia la señora Vírgen, en recompensa de haber hecho en su honor una moralidad acompañada de triunfos y momerias; ó los chiquillos no

¡Ladrones! ¡ladrones! gritaba la pobre gitana.

huyeron y en ese caso han pegado fuego al jergon; y cátate ahí justamente el delicioso hogar de que necesitas para solazarte, secarte y calentarte. En ambos casos, buen fuego ó buena cama, el jergon; es un presente del cielo.—La bendita Vírgen María que está en la esquina de la calle Mauonseil, tal vez no ha hecho que muera Juan Moubon mas que para eso; y es mucha sandez en vos, huir hecho un palomino atontado, como un picardo delante de un frances, dejando atras lo que buscais delante; y sois un majadero!

Deshizo entónces lo andado, y orientándose y pescudando, oliendo y escuchando, trató de dar con el bienaventurado jergon, pero en vano; solo hallaba intersecciones de casas, callejones sin salida, encrucijadas en medio de las cuales dudaba y vacilaba sin atinar con la salida, mas confuso y perdido en aquella orilla de callejuelas negras que en el mismo laberinto del palacio de Tournelles. Agotósele, por fin, la paciencia y exclamó en tono solemne;—¡Malditas sean las encrucijadas! el diablo las hizo á imágen de sus garras.

Digitized by Google

Esta exclamacion le alivió algun tanto, y una especie de reflejo rojizo que divisó al mismo tiempo al fin de una larga y estrecha callejuela acabó de confortar su moral. — ¡ Loado sea Dios ! dijo — ¡ allí es ! ¡allí arde mi jergon ! Y comparándose al marinero que zozobra de noche en la tempestad. — ¡ Salve ! añadió devotamente, ¡ *salve*, *maris stella*!

¿Dirigia este fragmento de la letania á la Santa Vírgen ó al jergon ? Eso es lo que de todo punto ignoramos.

Apénas hubo andado algunos pasos en la larga callejuela, que estaba en cuesta, desempedrada, y cada vez mas inclinada y fangosa, cuando observó un fenómeno bastante singular. No estaba la calle desierta; de trecho en trecho, en toda su longitud, rastreaban no sé que masas vagas é informes, dirigiéndose todas hácia el resplandor que oscilaba en el fin de la calle juela, como aquellos torpes insectos que se arrastran por la noche sobre la yerba hácia la luz de una cabaña.

Nada hace al hombre tan animoso como el no sentir el lugar de su fraltriquera. Singuió Gringoire su camino y no tardó en alcanzar á uno de aquellas gusanos que mas perezosamente se arrastraba detras de los otros; y habiéndole examinado de cerca, vió que no era ni mas ni ménos que un miserable lisiado sin piernas, que andaba sobre ambas manos, como una zancuda herida que no tiene mas que dos patas. Cuando pasó por junto á aquella especie de araña con semblante humano, alzó el pordiosero hácia él una voz lamentable. — ¡ *La buona mancia siñor* ! ¡ *la buona mancia* !

— El diablo te lleve, dijo Gringoire, y á mí contigo si sé lo que quieres decir.

Y pasó adelante.

Llegóse á otra de aquellas masas ambulantes y la examinó tambien. Era la tal un tullido, cojo y manco á la vez. y tan manco y tan cojo que el conplicado sistema de muletas y piernas de madera que le sostenian, hacíale parecerse á un maderámen puesto en movimiento. Gringoire gustaba de las comparaciones nobles y clásicas, comparóle en sus mientes al trévedes de Vulcano.

Aquel trévedes vivo le saludó al paso colocando su sombrero al nivel de la barba de Gringoire, como una bacia de afeitar, y gritándole en los oidos : — *Señor caballero, para comprar un pedazo de pan*.

— Parece, dijo Gringoire, que tambien este otro habla; pero lo hace en una lengua diabólica, y mas dichoso es que yo si la entiende.

Y luego, dándose una palmada en la frente por una súbita transicion de ideas : — A propósito, exclamó, ¿qué diablos querrian decir esta mañana con su *Esmeralda*?

Quiso apretar el paso; pero por tercera vez un informe objeto se le puso delante. Aquel objeto, ó mas bien aquel individuo, era un ciego, un cieguecito pequeñito, de cara hebrea y barbuda, que remando en el espacio con un palo y llevado á remolque por un perrazo, le dijo con acento húngaro : ¡*facitote caritatem* !

— ¡ Dios le ayude ! dijo Pedro Gringoire, este á lo ménos habla una lengua cristiana. Preciso es que tenga mi señoria una facha muy limosnera para que venga esta gente implorando mi munificencia en el mísero estado en que se halla mi bolsa. Amigo mio, dijo dirigiéndose al ciego, la semana pasáda vendí mi última camisa; es decir, para que lo entiendas en la lengua de Ciceron : *Vendidi hebdommadæ nuper transit meam ultimam camisam*.

Y esto diciendo, volvió las espaldas al ciego y prosiguió su camino; pero el ciego apretó el paso detras de él, y fue la diablura mayor, que tambien el tullido y el lisiado sin piernas sobrevinieron cada cual por su lado con gran premura y ruido de voces y de muletas. Y luego todos tres tropezando unos con otros detras del pobre Gringoire, empezaron á cantarle su cancion :

— ¡ *Caritatem* ! cantaba el ciego.

— ¡ *La buona mancia* ! cantaba el hombre—araña.

Y el cojo levantaba la frase musical repitiendo : — ¡ *un pedazo de pan* !

Gringoire se tapó las orejas : — ¡ Oh torre de Babel! exclamó.

Apretó á correr. El ciego, el cojo y el lisiado sin piernas corrieron tambien.

Y á medida que iba internándose en la calle, nuevos lisiados, ciegos y cojos pululaban en torno de él, y mancos y tuertos y leprosos con sus llagas, cuales saliendo de las casas, cuales de las callejuelas adyacentes, cuales de los respiraderos de los sótanos, ahullando, chillando, ladrando, todos á trágala perro, cayendo y levantando, arrastrándose hácia la luz y hundidos en el lodo, como babosas despues de la lluvia.

Gringoire, acosado por sus tres perseguidores, y sin saber en qué diablos pararia todo aquello, iba sofocado en medio de todos, costeando los cojos, saltando por cima de los que iban á rastras, hundidos los pies en aquel hormiguero de avechuchos, como cierto capitan ingles que se metió en un rebaño de cangrejos.

Ocurrióle entónces la idea de volver atras, pero ya era tarde : toda aquella legion se habia cerrado detras de él, y sus tres mendigos no le soltaban. Continuó pues su camino impelido á la par por aquel irresistible torrente, por el miedo y por un vértigo que le hacia ver todo aquello como un horrible ensueño.

Llegó por fin á la extremidad de la calle, la cual desembocaba en una inmensa plaza, donde oscilaban mil luces confusas entre la vaga niebla de la noche. Entró en ella Gringoire, esperando sustraerse con la celeridad de sus piernas á los tres espectros inválidos, que le tenian asido por el cogote.

— ¿*Adonde vas, hombre*? gritó el cojo arrojando las muletas y corriendo tras de él con las dos mejores piernas que trazaron jamas un paso geométrico en el suelo de Paris.

Y el que andaba á rastras, ora derecho sobre sus pies, ceñia á Gringoire en torno del cuello los trapos y tablas sobre que se arrastraba, y el ciego le miraba de hito en hito con ojos rebentones.

— ¿Donde estoy? dijo el poeta estupefacto.

— En la corte de los milagros, respondió un cuarto espectro que acababa de agregarse á los demas.

— Por mi vida, repuso Gringoire, que veo á los ciegos que miran y á los cojos que corren; ¿ pero donde está el Salvador?

Respondiéronle todos con una carcajada siniestra.

Tendió la vista en tornó de sí el malandante poeta. Hallábase en efecto en aquella terrible Corte de los Milagros, donde jamas hombre honrado habia penetrado á aquellas horas; círculo mágico donde los oficiales del Chatelet y los soldados del Prebostazgo que osaban aventurarse en él desaparecian como arena; patria de ladrones, verruga hedionda en el rostro de Paris; muladar de donde salia todas las mañanas, y á donde volvia todas las noches á podrirse el arroyo de vicios, mendicidad y holgazaneria, que rebosa siempre por las calles de las capitales, monstruosa colmena á donde iban á parar todas las noches con su botin todos los zánganos del órden social; mentido hospital á donde el gitano, el fraile tuno, el estudiante perdido, los pillos de todas las naciones, españoles, italianos, alemanes de todas las religiones, judios, cristianos, musulmanes, idólatras, plagados de llagas postizas, mendigos durante el dia, se transformaban de noche en bandoleros; inmenso vestuario, en fin, donde se desnudaban y vestian en aquella época, todos los actores del eterno drama que representan en las calles de Paris, el robo, la prostitucion y el asesinato.

Digitized by Google

Era aquel sitio una ancha plaza, irregular y mal empedrada como todas las de Paris en aquella época. Brillaban en ella de trecho en trecho algunas hogueras, en torno de las cuales hormigueaban extraños grupos que iban y venian y alborotaban. Oíanse agudas carcajadas, vajidos de chiquillos, gritos de mujeres. Las manos y las cabezas de aquella multitud, negras sobre el fondo luminoso, formaban mil diabólicos perfiles; de vez en cuando veíase pasar sobre el suelo en que temblaba la luz de las hogueras entre inmensas sombras indefinidas, un perro que parecia hombre, un hombre que parecia perro. Los límites de las razas y de las especies parecian confundirse en aquellos sitios como en un Pandœmonium: hombres, mujeres, animales, edad, sexo, salud, enfermedades: todo era dote comun á aquella gente; todo iba junto, mezclado, confundido, apiñado; cada cual participaba de todo.

El vacilante y mezquino reflejo de las hogueras permitió á Gringoire distinguir, á pesar de su turbacion, alrededor de la inmensa plaza un asqueroso ceñidor de casucas viejas, cuyas fachadas sucias, descascaradas, desmirriadas, feas, con una ó dos ventanillas iluminadas cada una, le parecian en la sombra enormes cabezas de viejas, formadas en círculo, monstruosas y acorchadas, que miraban el *sábado* guiñando los ojos.

Parecia aquello un nuevo mundo, desconocido, inaudito, disforme, reptil, fantástico.

Cada vez mas sofocado, cogido por los tres pordioseros como por tres tenazas, atronado por una infinidad de caras que ladraban y berreaban en torno de él, recurria el pobre Gringoire á toda su presencia de ánimo para acordarse de si estaba en sábado. Pero todos sus esfuerzos eran inútiles; el hilo de su memoria y de sus pensamientos estaba roto, y dudando de todo, flotando entre lo que veia y lo que sentia, asentaba en su mente esta insoluble cuestion: — Si existo, ¿como puede ser eso? Si eso es, ¿como puedo existir?

Alzóse entónces un grito general entre la chillona turba que le rodeaba.

— ¡Llevémosle al rey! ¡llevémosle al rey!

— ¡Vírgen santa! murmuró Gringoire; el rey de aquí debe ser un macho cabrio!

— ¡Al rey! ¡al rey! repitieron todas las voces.

Lleváronsele echándole las garras á porfia; pero los tres mendigos no le soltaban, antes bien lo arrancaban á las uñas de los otros, ahullando: —Es nuestro.

La ropilla ya enferma del poeta, exhaló el último suspiro en aquella lucha.

Al atravesar la horrible plaza disipóse su vértigo; al cabo de pocos pasos recobró del todo el sentimiento de la realidad, cual si fuera acostumbrándose á aquella atmósfera. En el primer momento, de su cabeza de poeta, ó en términos mas sencillos y mas prosáicos, de su estómago vacio, habíase elevado un humo, un vapor por decirlo así, que extendiéndose entre los objetos y su vista, no se los habia dejado columbrar mas que por entre la incoherente bruma de la pesadilla, entre aquellas tinieblas de los sueños que hacen temblar todos los contornos, gesticular todas las formas, aglomerarse todos los objetos en grupos desmenuzados, convirtiendo las cosas en quimeras, y los hombres en fantasmas. Poco á poco fue sucediendo á aquella alucinacion una mirada ménos delirante y exageradora; la realidad tomaba cuerpo alrededor de él tropezándose en los ojos, en los pies y demoliendo pedazo á pedazo toda la espantosa poesia de que se creyó rodeado al principio. Fuele forzoso conocer que no andaba por la laguna Estígia sino por el lodo; que no veia demonios sino ladrones; que no arriesgaba su alma, sino solamente su vida (pues carecia de aquel precioso conciliador que se coloca tan eficazmente entre el bandido y el hombre de bien; la bolsa). En fin, examinando la orgía mas de cerca y con algo mas de sangre fria cayó del *sábado* en la taberna.

La Corte de los milagros no era en efecto mas que una taberna, pero una taberna de ladrones, tan manchada de sangre como de vino.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos, cuando su desarrapada escolta le depositó por fin en el término de su carrera, no era muy á propósito para inspirarle ideas de poesía, ni aun de poesia de infierno; veia mas que nunca la prosáica y brutal realidad de la taberna. Si no estuviéramos en el siglo XV, diríamos que Gringoire bajaba de Miguel Angel á Callot.

En derredor de una inmensa hoguera que ardia sobre una ancha losa redonda y que penetraba con sus llamas los enrojecidos pies de un trébedes vacío á la sazon, veíase por una parte y por otra algunas mesas cojas, colocadas á la casualidad, sin que el mas ruin lacayo geómetra se hubiese dignado arreglar su paralelismo, ó cuidar á lo ménos de que no se cortasen formando ángulos sobradamente inusitados. Relucian sobre aquellas mesas algunos jarros llenos de vino y de cerveza, alrededor de los cuales se agrupaban numerosas caras báquicas, purpurentes de fuego y de vino. Veíase aquí un hombre de enorme panza y de jovial semblante, que abrazaba sin rebozo á una ramera ancha y carnuda; allí un especie de perdona-vidas, un valenton, como se decia en caló, que desataba silbando las bandas de su supuesta herida, y sacaba á relucir su sana y vigorosa rodilla, fajada desde por la mañana con cien mil ligaduras; acullá preparaba un pordiosero con escrofulária y sangre de toro su *pierna de Dios* para el siguiente dia. Dos mesas mas abajo, un palmero con su traje completo de peregrino deletreaba la cancion de *Santo Dios, Santo inmortal*, sin olvidar la salmódia ni el competente acento gangoso; aquí un jóven hampon daba leccion de epilepsia con un gitano viejo que le enseñaba el arte de echar espumarajos por la boca mascando un pedazo de jabon; mas allá se desinflaba un hidrópico, haciendo taparse las narices á cuatro ó cinco ladronas que se disputaban en la misma mesa un niño robado aquella noche. Circunstancias todas que, dos siglos mas adelante, parecieron tan ridículas á la corte, como dice Sauval, que sirvieron de pasatiempo al Rey y de entrada al baile real de La Noche, dividido en cuatro partes y bailado en el teatro del pequeño Borbon. «Jamas, añade un «testigo ocular de 1653, fueron representadas con «mas acierto las súbitas metamórfosis de la corte de «los Milagros. Para este baile nos preparó Benserade «algunos versos bastante ingeniosos.»

Do quiera resonaban bestiales carcajadas y canciones obscenas, atendiendo cada cual á sí propio, glosando y blasfemando sin escuchar á su vecino. Chocábanse los jarros y nacian las contiendas al choque, y haciéndose pedazos, desgarraban los harapos.

Un enorme perro sentado sobre su cola miraba la hoguera, Tomaban parte en aquella orgia varios muchachos; en primer lugar el niño robado que lloraba y gritaba; luego otro zopencote de cuatro años, sentado con las piernas colgando sobre un banco demasiado alto, con la mesa hasta la barba, y sin decir palabra. Otro extendiendo gravemente con su dedo sobre la mesa el sebo derretido de una vela que se corria; y otro, en fin, pequeñuelo, acurrucado en el lodo, casi perdido en un caldero que raspaba con una pizarra, de cuya operacion sacaba un sonido capaz de hacer desmayarse á Stradivarius.

Habia un tonel junto á la hoguera y un mendigo sobre el tonel como un rey sobre su trono.

Los tres perseguidores de Gringoire pusiéronle en presencia de aquel tonel, hubo en toda la bacanal un momento de silencio, excepto en el caldero habitado por el chiquillo.

Gringoire no se atrevia á respirar ni á levantar los ojos.

Digitized by Google

—¡Hombre, quitate el sombrero! dijo uno de los tres canallas que le sujetaban; y ántes de que hubiese comprendido lo que aquello queria decir, habia ya desaparecido aquel objeto de su cabeza, miserable pieza en verdad, pero útil todavia para un dia de sol ó de lluvia. Gringoire suspiró profundamente. En tanto el rey desde lo alto de su tonel, le dirigió la palabra.

—¿Quien es ese pajarraco?

—Extremecióse Gringoire, aquella voz aunque acentuada por la amenaza, le recordó otra voz que aquella misma mañana habia dado la primera arremetida á su misterio exclamando con acento gangoso en medio del auditorio: ¡Una limosna por amor de Dios! Alzó la cabeza y vió en efecto delante de sí á Clopin Trouillefou.

Clopin Trouillefou, cubierto de sus insignias reales, no tenia ni un andrajo mas ni un andrajo ménos. Su llaga del brazo habia desaparecido; llevaba á la sazon en la mano uno de aquellos látigos con correas de cuero blanco que usaban entónces los alguaciles para dispersar los grupos, y que se llamaba *boullayes*, y en la cabeza una especie de gorro redondo y cerrado por arriba, pero no era fácil distinguir si era un frontero de niño ó una corona de rey, tanto estos dos objetos se parecen entre sí!...

Esto no obstante, Gringoire, sin saber por qué, habia recobrado alguna esperanza al reconocer en el rey de la corte de los Milagros á su maldito mendigo de la Sala Grande.

—Maese, dijo en voz balbuciente.... Monseñor.... Señor.... Como debo llamaros, añadió en fin habiendo llegado al punto culminante de su crescendo, y no sabiendo ya como subir ni bajar.

—Monseñor, magestad ó camarada, llámame como te parezca; pero despacha. ¿Qué tienes que alegar en tu defensa?

—¿*En tu defensa*? dijo para sí Gringoire; esto no me gusta. Y luego prosiguió desfallecido.—Yo soy el que esta mañana....

—¡Por las uñas del diablo! interrumpió Clopin, dí tu nombre, canalla, y nada mas. Escucha: estás delante de tres poderosos soberanos, yo, Clopin Trouillefou, rey de Tunia, sucesor del Gran Coesre, señor soberano del reino de la Germania; Matias Ungadi Spicali, duque de Egipto y de Bohemia, aquel viejo amarillo que está allá abajo con una rodilla de fregar alrededor de la cabeza y Guillermo Rousseau, emperador de Galilea, aquel gordo que no nos escucha, y que está requebrando á aquella tia. Nosotros somos tus jueces: tú has entrado en el reino de la Hampa sin ser hampon, y has violado por consiguiente los fueros de nuestra ciudad; y serás castigado, á ménos que seas capon, tuno ó tumbon, es decir, en el caló de la gente honrada, ladron, pordiosero ó vagabundo. ¿Eres algo por este estilo? Justifícate; enumera tus cualidades.

—¡Ay! dijo Gringoire, no alcanzo tan grande honra. Yo soy el autor.....

—Basta repuso Trouillefou sin dejarle acabar; vamos á ahorcarte. Cosa justa, ¡señora gente de bien! Como vuestra señoria trata á los nuestros en su casa, tratamos nosotros á los suyos en la nuestra: la ley que haceis á los truanes, os la hacen los truanes á vosotros; vuestra es la culpa si la ley es dura. Justo es que de vez en cuando se vea una cara de hombre honrado encima del collar de cáñamo; eso le honra. Ea, compadre, reparte alegremente tus guiñapos entre esas damiselas; ahora voy á hacerte ahorcar para divertir á los hampones, y luego les darás tu bolsa para echar un trago. Si tienes que hacer alguna momería, allá en el fregadero hay un famoso Dios Padre de piedra que hemos robado en la iglesia de Saint-Pierre-aus-Bœufs: cuatro minutos tienes para meterle tu alma por los hocicos.

Formidable era la arenga.

—Pardiez que Clopin Trouillefou predica como un santo padre el papa, exclamó el emperador de Galilea, rompiendo su jarro para nivelar la mesa.

—Señores emperadores y reyes, dijo Gringoire con cierta sangre fria (porque no sé como habia recuperado su firmeza y hablaba con resolucion), eso no puede ser; yo me llamo Pedro Gringoire, y soy el poeta cuya era la moralidad que se representó esta mañana en la sala Grande del palacio.

—¡Ola con que eres tú! dijo Clopin. Estuve, estuve, á fe mia en la moralidad; pero el que nos hayas aburrido esta mañana, ¿es acaso una razon para que no te ahorquemos esta noche?

—Malo va esto, dijo Gringoire para su capote. Sin embargo, probó todavia un esfuerzo.—No alcanzo por qué razon, dijo, no han de ser contados los poetas en el número de los hampones. Vagabundo, Esopo lo fue; mendigo, Homero lo fue; ladron, Mercurio lo era....

Clopin le interrumpió:—¿Vienes aquí á aturrullarnos con tus latinajos? ¡qué diablo! déjate ahorcar y basta de rodeos.

—Perdon, poderoso soberano de Tunia, repitió Gringoire, disputando el terreno á palmos. Es cosa que merece la pena... Un instante... escuchadme... no me condenareis sin oirme... Cubria en efecto su desdichada voz el estrépito que resonaba en derredor. El chiquillo rascaba su caldero con mas entusiasmo que nunca; y para colmo de desdicha acababa una vieja de colocar sobre las ardientes trévedes una sarten llena de grasa que rechinaba en la lumbre, con un ruido semejante á los gritos de una pandilla de muchachos que persiguen á una máscara.

Conferenció Clopin Trouillefou un breve rato con e duque de Egipto, y el emperador de Galilea, el cua estaba completamente borracho, y luego gritó con voz de trueno:—¡Silencio! mas como la caldera y la sarten no le escuchaban, ántes bien continuaban su duo, apeóse de su tonel, dió un puntapié al caldero que rodó á diez pasos con el chiquillo, otro puntapié á la sarten, cuya grasa se esparramó todita sobre la lumbre, y de nuevo subió gravemente á su trono sin curarse del llanto del muchacho, ni de los refunfuños de la vieja cuya cena se desvanecia en blancas llamas.

A una señal de Trouillefou el duque, y el emperador, y los archipámpanos y los tumbones y todos fuéron á colocarse en torno de él, formando un semicírculo cuyo centro ocupaba Gringoire, verdadero semicírculo de andrajos, remiendos, oropel, hachas, horquillas, piernas vinosas, brazos fornidos, y caras sórdidas, estúpidas y burricales. En medio de aquella tabla redonda de la pilleria. Clopin Trouillefou, como el dux de aquel senado, como el rey de aquella asamble, como el papa de aquel conclave dominaba desde la elevacion de su tonel, con cierto aire altanero, feroz y formidable que hacia chispear sus ojos y corregia en su áspero perfil el tipo bestial de la raza hampona. Parecia una cabeza de javalí entre hocicos de lechones.

—Oye, dijo á Gringoire, pasándose la callosa mano por la disforme barba: no veo por qué razon no te hemos de ahorcar. Verdad es que la cosa no parece ser de tu gusto, y es natural, porque vosotros la gente decente, no estais acostumbrados á ello, y os lo imaginais como una gran cosa. Al fin y al cabo, maldita la tirria que te tenemos, y en prueba de ello, vamos á darte un medio para salir del paso. ¿Quieres ser de los nuestros?

Fácil es conocer el efecto que produciria esta proposicion en Gringoire que sentia írsele escapando la vida, y que empezaba ya á perder toda esperanza. Se agarró á ella con toda energia.

—Seguramente que quiero, dijo.

Digitized by Google

—¿Consientes, repuso Clopin, en alistarte en la compañía de la Llamita?

—De la Llamita precisamente, respondió Gringoire.

—¿Te reconoces miembro de la ciudadania franca? repuso el rey de Tunia.

—De la franca ciudadania.

—¿Súbdito del reino de Germania?

—Del reino de Germania.

—¿Truan?

—Truan.

—¿En el alma?

—En el alma.

—Has de observar, repuso el rey, que no por eso dejarás de ser ahorcado.

—¡Cáspita! dijo el poeta.

—Solamente, continuó imperturbable Clopin, serás ahorcado mas adelante, con mas ceremonia, á costa de la buena ciudad de Paris, en una horca de piedra y por gente honrada. Siempre es un consuelo.

—Bien dicho, respondio Gringoire.

—Tendrás tambien otras muchas ventajas. En tu calidad de ciudadano franco, no tendrás que pagar ni lodos, ni pobres, ni linternas, cargas á que estan sujetos los vecinos de Paris.

—Amen, dijo el poeta: consiento. Soy truan, hampon, ciudadano franco, llamadme todo lo que os dé la gana; y tanto mas, cuanto ya lo era yo de antemano, señor rey de Tunia, porque soy filósofo; *et omnia in filosofia continentur*, como bien sabeis.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—¿Por quien me tomas á mí compadre? ¿Qué caló de judio de Hungria es ese en que nos charlas? Yo no sé el hebreo; se puede ser bandido sin ser judio, ademas que yo ya no robo; eso es demasiado ruin para mí; yo mato. Asesino, si, ladron, no.

Procuró Gringoire deslizar algunas excusas entre estas breves palabras, cada vez mas fuertemente acentuadas por la cólera.—Perdonadme monseñor, esto no es hebreo sino latin.

—Repítote, dijo Clopin montado en cólera, que no soy judio, y que te haré ahorcar, ¡vientre de sinahoga! como á ese javalí de Judea que está junto á ti, y á quien espero ver clavado algun dia en un mostrador como lo que se hace con una moneda falsa.

Esto diciendo señalaba con el dedo al judio húngaro barbudo, que habia saludado á Gringoire con su *facitote caritatem*, y que no entendiendo otra lengua, miraba con sorpresa caer sobre él el mal humor del rey de Tunia.

Serenóse en fin monseñor Clopin.—Canalla, dijo á nuestro poeta. ¿Con que quieres ser truan?

—Sin duda respondió el poeta.

—Es que no basta querer, dijo el severo Clopin; los buenos deseos no añaden una cebolla en el puchero, y no sirven mas que para ir al cielo; y el cielo es una cosa y la hampa es otra. Para ser recibido en la hampa, es preciso que pruebes que eres útil para algo y para eso, que registres el maniquí.

—Registraré, dijo Gringoire, todo lo que querais.

Hizo Clopin una señal: salieron del círculo algunos hampones, y volvieron un momento despues trayendo dos vigas terminadas en su estremidad inferior por dos espátulas de madera con que podian sostenerse en el suelo. Adoptaron á las estremidades superiores de ambos vigas un madero transversal, con lo que formaron una horca portátil sumamente cuca, que Gringoire tuvo la satisfaccion de ver armada en un santiamen, y á que no faltaba adminículo alguno, ni aun la cuerda que se mecia con suma gracia debajo del travesaño.

—¿Adonde irán á parar? dijo para sí Gringoire con alguna inquietud cuando puso fin á su agonia un ruido de campanillas que oyó en el instante mismo, producido por un maniquí que suspendieron los hampones por el pescuezo á la cuerda, especie de espantajo, vestido de colorado y tan cubierto de cascabeles y campanillas que hubiera bastado con ellas para enjaezar treinta mulas castellanas. Aquellas mil campanillas sonaron por un buen rato con las oscilaciones de la cuerda, fueron luego callando poco á poco, y callaron por fin cuando quedó inmóvil el maniquí por aquella ley del péndulo que ha destronado á la clepsidra y al reloj de la arena.

Entónces Clopin, indicando á Gringoire un anciano banquillo perlático, colocado debajo del maniquí:—Sube ahí.

—¡Diablo! exclamó Gringoire voy á romperme la crisma. Ese banquillo cojea como un dístico de Marcial; tiene un pié exámetro y otro pentámetro.

—Sube, repitió Clopin.

Subió Gringoire sobre el bonquillo, y logró, no sin algunas oscilaciones de la cabeza y de los brazos, topar con su centro de gravedad.

—Ahora prosigió el rey de Tunia eleva tu pié derecho al rededor de tu pierna izquierda, y empínate sobre el pié izquierdo.

—Señor, dijo Gringoire ¿luego decididamente, teneis empeño especial en que he de fracturarme algun miembro?

Clopin frunció el gesto.

—Mira, hermano, le dijo, charlas demasiado. Oye en dos palabras de lo que se trata; vas á empinarte sobre el pié izquierdo, como te iba diciendo; de este modo alcanzarás hasta el bolsillo del maniquí; le registrarás; sacarás de él una bolsa que contiene, y si lo logras sin hacer sonar una sola campanilla, venciste: serás hampon. Ya no tendremos que hacer mas que derrengarte á palos durante ocho dias.

—¡Vientre de Dios! él me libre, dijo Gringoire. ¿Y si hago sonar las campanilias?

—Entónces serás ahorcado. ¿Entiendes?

—Ni mia, dijo Gringoire.

—Pues oye. Vas á registrar el maniquí y sacarle la bolsa; y si en esa operacion mueves una sola campanilla, serás ahorcado. ¿Lo entiendes?

—Bueno, dijo Gringoire.—¿Y luego?

—Si sacas la bolsa sin que se oigan las campanillas, eres hampon y te derrengaremos á palos durante ocho dias. ¿Entiendes ahora?

—No señor; maldito si entiendo ¿Pues donde está lo que gano? Ahorcado en un caso, derrengado á palos en otro...

—¿Y el ser hampon? repuso Clopin, y el ser hampon, ¿lo cuentas por nada? Te apalearemos por tu bien, para acostumbrarte á los porrazos.

—Mil gracias respondió el poeta.

—Ea, despachemos, dijo el Rey dando una patada en su tonel que resonó como un timbal. Registra el maniquí y basta de escrúpulos: vuelvo á decirte que si oigo una sola campanilla, te pongo en lugar del maniquí.

Aplaudió la compañía de los hampones las palabras de Clopin, y se formó en círculo alrededor del patíbulo, con una risa tan despiadada que Gringoire no pudo menos de conocer que los divertia demasiado para no temerlo todo de aquella gente. No le quedaba pues ya otra esperanza que el triste azar de salir bien en la temible operacion que le estaba impuesta. Decidióse pues á aventurarla; no sin haber antes dirigido una ferviente súplica al maniquí á quien iba á desbalijar, ente mas fácil de enternecer que los hampones. Aquella infinidad de campanillas con sus lengüecitas de cobre le parecian otras tantas bocas de áspides abiertas y prontas á silvar y á morder.

—¡Oh! decia en voz moribunda, ¿es posible que mi vida dependa de la menor de las vibraciones del menor de estos cascabeles? ¡Oh! añadia alzando las manos ¡sonajas, no soneis! ¡campanillas no campanilleis! ¡cascabeles, no cascabeleis!!

Probó aun otro para salvar la vida.

Digitized by Google

—¿Y si sobreviene una bocanada de viento? preguntó al rey.

—Serás ahorcado, respondió el otro sin vacilar.

Viendo que no habia subterfugio próroga, ni moratoria posible, tomó valerosamente su partido; volvió el pié derecho en torno del izquierdo, empinóse sobre este y alargó el brazo..... pero no bien hubo tocado el maniquí cuando su cuerpo, que ya no tenia mas que un pié, vaciló sobre el cascabel que no tenia mas que tres; quiso maquinalmente apoyarse en el maniquí, perdió el equilibrio, y cayó al suelo cuan largo era atronado por la fatal vibracion de las mil campanillas del muñeco, que cediendo al impulso de su mano, empezó por describir un arco sobre si mismo, y luego se meció majestuosamente entre los dos maderos.

—¡Maldicion! gritó al caer, y quedó boca abajo en el suelo como un muerto.

Oyó sin embargo el terrible repiqueteo encima de su cabeza, y la diabólca risa de los hampones y la voz de Trouillefoud que decia:—Levantad á ese escuerzo y ahorcarlo ahí sin compasion.

Levantóse el infeliz. Ya habian desenganchado el maniquí para ponerle en su lugar.

Hiciéronle los hampones subir al banquillo; acercóse á el Clopin, ciñole la cuerda al pescuezo, y dándole un golpecito en el hombro:—Adios amigo, le dijo; ya no podrás escaparte aun cuando dijeras con los intestinos del papa.

La palabra *perdon* espiró en los lábios de Gringoire. Tendió la vista en derededor de sí, pero no le quedó ninguna esperanza; todos reian.

—Bellevigue-de-l' Etoile, dijo el rey de Tunia á un enorme hampon que salió de las filas; trepa al travesaño.

Subió lijero como un gato Bellevigue-de-l' Etoile sobre el madero transversal, y al cabo de un momento vióle Gringoire aterrado alzando los ojos, agachado encima del travesaño encima de su cabeza.

—Ahora, repuso Clopin Trouillefou, en dando yo una palmada, tú, Andres el Rojo, echarás á rodar el banco de un puntapié; tú, Francisco Chante-Prune, te colgarás á los pies de ese bellaco, y tú, Bellevigue, te montarás á caballo, sobre sus hombros, y todos al mismo tiempo; ¿estais?

Gringoire temblaba como un azogado.

—¿Estais? repitió Clopin Trouillefou á los tres hampones prontos á precipitarse sobre Gringoire. Pasó entónces el pobre paciente un momento de horrible agonia, mientras Clopin metia impasible con el pié en la hoguera algunos sarmientos á que aun no habia llegado el fuego.—¿Estamos? repitió y abrió las manos para dar una palmada;—un segundo mas, y no habia remedio..... Pero se detuvo como advertido por una inspiracion repentina.—Alto ahi dijo—se me olvidaba..... Es costumbre que no ahorquemos á un hombre antes de informarnos si le acomoda por marido á alguna mujer.—¡Compañero! ese es tu último recurso; es menester que te cases con una hampona ó con la cuerda.

Esta ley gitana por mas extraña que parezca al lector, se conserva escrita hasta en nuestros dias en la antigua legislacion inglesa.—Véase *Buringtons observations*.

Gringoire respiró; aquella era la segunda vez que en el espacio de una hora volvia á la vida. Sus esperanzas por lo tanto no eran gran cosa.

—¡Ola! gritó Clopin desde lo alto de su tonel.—¡Ola! ¿mujeres, hembras, hay entre vosotras desde la bruja hasta su gata alguna pícara que quiera casarse con este pícaro? ¡Ola! ¡Coleta la Charonne! ¡Isabel Trouvain! ¡Simona Todouyne! ¡Maria Piedebou! ¡Thone la Larga! ¡Berarda Fauonel! ¡Micaela Genaible! ¡Claudia Rouge Oreille! ¡Mathurine Givoron! ¡Ola! ¡Isabel la Thierrye! ¡Venid y mirad un hombre de valde! quien le quiere. Gringoire, en aquel miserable estado, era sin duda muy poco apetecible y tanto que aquella proposicion no hizo el mayor efecto en las hamponas. El infeliz las oyó responder: ¡No no! ¡que le ahorquen así habrá diversion para todas!

Tres sin embargo salieron de las filas y vinieron á examinarle. Era la primera una mocenota rolliza y casi cuadrada, la cual completó atentamente la lastimosa ropilla del filósofo, cuyo jubon estaba sumamente raido y mas agujereado que un tostador de castañas. Miróle la muchacha haciendo un gesto de displicencia.—¡Bandera vieja! refunfuñó entre dientes, y luego dirigiéndose á Gringoire. Veamos tu capa.—La he perdido, dijo Gringoire.—¿Tu sombrero? Me lo han quitado.—¿Tus zapatos? Empiezan á no tener suelas.—¿Tu bolsa?—No tengo un solo maravedí.—¡Déjate ahorcar y da las gracias! replicó la hampona volviéndole las espaldas. La segunda, vieja, negra, acorchada, horrible, de una fealdad inaudita en la corte de los Milagros, dió una vuelta al rededor de Gringoire, que casi tembló de que le aceptase. Pero la vieja dijo en tono dengoso:—Está muy flaco, y se alejó.

Era la tercera una mozuela bastante fresca y no del todo fea.—¡Salvadme! dijo en voz baja el pobre diablo. Consideróle ella un momento con aire de compasion y luego bajando los ojos, hizo un pliegue en su falda y quedó indecisa. El infeliz seguia con los ojos todos sus movimientos; aquella era la última vislumbre de esperanza.—No, dijo en fin la muchacha, no Guillermo Longuejoue me pegaria. Y se fué con las demas.

—Compañero, dijo Clopin, eres poco feliz.

Y luego poniéndose en pié sobre el tonel: ¿Nadie le quiere? exclamó remedando la voz de un hugier tasador con notable alegria de toda aquella canalla. ¿Nadie le quiere? una, dos, tres. Y volviendo luego y haciendo luego una señal con la cabeza:—¡Adjudicado! dijo.

Bellevigue-de-l' Etoile, Andrés el Rojo, Francisco Chaute-Prune se acercaron á Gringoire.

Alzóse en aquel momento un grito general entre todos los hampones:—¡*La Esmeralda*! ¡*La Esmeralda*!

Extremecióse Gringoire y volvió la cara al sitio de donde salia el clamor: abrióse la turba é hizo paso á una forma pura y bellisima. Era la gitana.

—¡La Esmeralda! ¡dijo Gringoire estupefacto en medio de su agitacion, al comtemplar el modo extraordinario con que á aquella palabra mágica iban unidos todos sus recuerdos del dia.

Aquella dulce criatura parecia ejercer hasta en la córte de los Milagros su imperio de prestigio y de hermosura. Hampones y hamponas la dejaban paso cariñosamente, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse la hermosa al paciente con lijeros pasos seguida de su linda Djali. Estaba Gringoire mas muerto que vivo: la gitana le consideró un momento sin hablar palabra.

—¿Vais á ahorcar á este hombre? dijo con gravedad á Clopin.

—Si, hermana, respondió el rey de Tunia, á ménos que tú no le tomes por marido.

Ella hizo su gestecillo y respondió.

—Le tomo.

Entónces si que Gringoire creyó firmemente que no habia hecho mas que soñar desde por la mañana y que todavia estaba soñando.

La peripécia, en efecto, aunque graciosa, no dejaba de ser violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron al poeta del banquillo. Tuvo el desdichado que sentarse: tan viva fue su conmocion.

El duque de Egipto, sin hablar palabra, trajo un

Digitized by Google

cántaro de barro que presentó la gitana á Gringoire.

—Tíralo al suelo, le dijo.

Hízose el cántaro cuatro pedazos.

—Hermano, dijo entónces el duque de Egipto, poniéndole las manos sobre la frente, esta es tu mujer: hermana, este es tu marido.—Por cuatro años.—Id con Dios.

VI.

UNA NOCHE DE BODAS.

Pasados algunos instantes, hallóse nuestro buen poeta en una pequeña estancia embovedada ojiva, cerradita, abrigadita, sentado enfrente de una mesa que estaba pidiendo á gritos entrar en relaciones con una alacena allí inmediata, con una excelente cama en perspectiva y con una buena moza al lado: la aventura tenia algo de encantamiento. Empezaba ya Gringoire muy seriamente á tenerse por un personaje de cuentos de brujas; de cuando en cuando echaba los ojos en torno de sí para ver si el carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, único que habia podido trasportarle tan rápidamente desde el Tártaro á Paris, andaba aun por allí cerca; y tambien de vez en cuando fijaba obstinadamente sus ojos en los agujeros de su ropilla, á fin de asirse á la realidad y no perder torreno enteramente. Su razon, manteada en los espacios imaginarios, no pendia ya mas que de este hilo.

Parecia que la gitana ni siquiera reparaba en él; iba, venia, movia los trastos, hablaba con su cabrita y hacia su acostumbrado mohin á diestro y siniestro. Fué por fin á sentarse junto á la mesa, y Gringoire pudo examinarla á su sabor.

Todos habeis sido niños, amados lectores, y acaso teneis algunos la dicha de serlo todavia. Es seguro que mas de una vez (y yo por mi parte he pasado así dias enteros, los mejor empleados de mi vida) habeis seguido de mata en mata, en la orilla de trasparente, en un dia de sol, á una linda mariposa verde, á un arroyo azul que quebraba su vuelo en ángulos vivos, y doblegaba la punta de todas las ramas. Sin duda recordais la inocente curiosidad con que seguian vuestros pensamientos y vuestros ojos aquel pequeño torbellino tan raudo y zumbador, de alas de púrpura y de azul, en medio del cual flotaba una forma imperceptible, velada por la misma velocidad de su movimiento. El sér aéreo que se dibujaba confusamente entre aquellas rápidas alas os parecia quimérico, imaginario, imposible de tocar y de ver. Pero cuando en fin se paraba la mariposa en la punta de un rosal, y podiais examinar, conteniendo el aliento, las anchas alas de gaza, la larga falda de esmalte, los dos globos de cristal, cual era vuestra admiracion y cual vuestro miedo de ver nuevamente convertirse la forma en sombra, y en quimera el sér! Recordad aquellas impresiones, y podreis imaginaros lo que sintió Gringoire al contemplar bajo su forma visible, palpable á aquella Esmeralda á quien aun no habia hecho mas que entrever al traves de un torbellino de baile, de canto y de tumulto..

Sepultado mas y mas en su vaga meditacion: —Hé aquí,—se decia, siguiéndola amorosamente con los ojos,—¡lo que es la *Esmeralda*! ¡una criatura celestial! ¡una bailarina de las calles! ¡tanto y tan poco! ¡Ella dió el cachete á mi misterio esta mañana, y ella me salva la vida esta noche! ¡Mi demonio perseguidor, mi angel de la guarda! ¡Buena moza, vive Dios! y que debe estar perdida por mí para haberme tomado por marido á las primeras de cambio. Ahora que me acuerdo,—dijo poniéndose en pié repentinamente con aquel sentimiento de lo positivo que formaba la base de su carácter y de su filosofía,—¡yo no sé en que diablos consiste; pero sé que soy tu marido!

Y con esta idea en la cabeza y en los ojos, acercóse á la niña de un modo tan militar y temerario que hubo ella de retroceder.—¿Que me quereis?—dijo.

—¿Y sois vos quien me lo preguntais, adorable Esmeralda?—respondió Gringoire con un acento tan apasionado que él mismo se asombraba de oirlo.

Fijó en él la gitana sus hermosos ojos:—No sé que quereis decir.

—¡Pues qué!—repuso Gringoire entusiasmándose mas y mas, pensando en que al fin y al cabo no se las habia ni mas ni ménos que con una doncella de la corte de los Milagros,—¿no soy tuyo, dulce amiga? ¿no eres tú mia?

Y con el mayor candor del mundo pasóla la mano por la cintura.

Escurriósele entre los dedos la cintura de la gitana como la escama de una anguila. Saltó la niña de un extremo al otro de la estancia, agachóse y volvióse á levantar con un cuchilito en la mano, ántes de que Gringoire hubiese tenido tiempo para ver de donde salia aquel cuchillo; irritada y altiva, los labios inflamados, la nariz hinchada, rojas las mejillas como una manzana, y brotándole centellas de los ojos. Púsose al mismo tiempo delante de ella la cabrita blanca presentando á Gringoire un frente de batalla, erizado de dos lindos cuernos, dorados y puntiagudos: todo lo cual se hizo en un abrir y cerrar de ojos.

La mariposa se convertia en avispa, y estaba pronta á picar.

Atónito quedó nuestro filósofo, pasando de la mujer á la cabra su mirada estúpida.—¡Virgen santa!—dijo en fin, cuando le permitió hablar la sorpresa.

Tambien la gitana rompió el silencio por su parte.—¡Paréceme que eres un trasto muy atrevido!

—Perdon, señorita,—dijo Gringoire sonriendo.—¿Pero á que fin me habeis tomado por marido?

—¿Querias que te dejase ahorcar?

—Segun eso,—repuso el poeta, algun tanto frustradas sus esperanzas amorosas,—¿no habeis tenido otro fin al tomarme por esposo que el de salvarme de la horca?

—¿Y que otro piensas tú que podia tener?

Gringoire se mordió los labios.—Vamos, todavia no soy tan triunfante en Cupido como imaginaba. ¿Pero entónces á que fin haber roto aquella pobre tinaja?

El puñal de la Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban en la defensiva.

—Señorita Esmeralda,—dijo el poeta,—capitulemos. No soy escribano del Chatelet, y no os armaré pleito por usar una daga en Paris á los hocicos de las órdenes y prohibiciones del señor preboste: no debeis ignorar sin embargo que hace ocho dias fue multado Noel Lescribain en diez dineros parisies por haberle encontrado con um chafarote. Pero no es cosa que me toca ni atañe: y vamos al grano. Os juro por lo mas sagrado que no os tocaré sin vuestra licencia y permiso; pero dadme de cenar.

Ello es que Gringoire, como Mr. Despreaux era «muy poco voluptuoso» y muy ajeno de pertenecer á aquella especie caballeresca y emprendedora que toma por asalto á las doncellas. En punto á amor como en todo lo demas, siempre se inclinaba á temporizar y aceptar términos medios, y una buena cena, en amable compañía, parecíale, sobre todo cuando tenia hambre, un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La gitana no respondió palabra; hizo su desdeñosa mueca, levantó la cabeza como un gilguero, y luego se echó á reir; y el lindo puñal desapareció como habia venido, sin que pudiese ver Gringoire donde escondia la abeja su aguijon.

Un momento despues brillaban sobre la mesa un pan de centeno, una rebanada de tocino, algunas manzanas secas y un jarro de cerveza: Gringoire empezó á comer desesperadamente. Y quien hubiera oido el menudo retintin de su tenedor de hierro y de su

Digitized by Google

plato de loza, hubiera dicho que todo su amor se habia convertido en apetito.

Mirábale comer la niña sin decir palabra, y absorta visiblemente en otros pensamientos que la hacian sonreir de cuando en cuando, mientras su linda mano acariciaba la cabeza inteligente de la cabrita, blandamente reclinada entre sus rodillas.

Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y meditacion.

Acallados los primeros clamores de su estómago sintió Gringoire un cierto ruborcillo al ver que ya no quedaba en la mesa mas que una manzana. —¿No comeis, señorita Esmeralda?

Respondiéndole ella haciendo con la cabeza un movimiento negativo — y su mirada meditabunda fué á fijarse en la bóveda de la estancia.

—¿En qué diablos estará pensando? dijo Gringoire para sí y mirando lo que miraba ella. Es imposible que la ocupe ese mascaron del enano de piedra esculpido en la llave de la bóveda. — ¡Qué diablos! me parece que bien puedo sostener la comparacion con ese mónstruo. — Señorita, dijo alzando la voz.

Parecia que la gitana no le oia.

Luego prosiguió en voz aun mas alta: — ¡Señorita Esmeralda! — Tiempo perdido. La mente de la gitana estaba en otra parte, y la voz de Gringoire no era poderosa á apartarla de donde estaba. Afortunadamente la cabra ayudó sus intentos, tirando de la manga suavemente á su ama.

—¿Qué quieres, Djali? dijo de pronto la gitana como si la despertáran violentamente.

—Tiene hambre, dijo Gringoire, deseoso de trabar conversacion.

—Desmigajó la Esmeralda un pedazo de pan que comió graciosamente Djali en la palma de su mano.

No la dejó tiempo Gringoire para volver á sus cavilaciones, llamando su atencion con esta delicada pregunta.

—¿Con que no me quereis para marido?

Miróle la niña de hito en hito y dijo: —No.

—¿Y para amante? repuso Gringoire.

Hizo ella su mohin y respondió: —No.

—¿Y para amigo? prosiguió Gringoire.

Siguióle ella mirando sin quitarle ojo, y dijo despues de un momento de reflexion:

—Tal vez.

Este *tal vez* tan grato para los filósofos dió nuevos ánimos á Gringoire.

—Sabeis, la preguntó, ¿que cosa es amistad?

—Si, respondió la gitana; ser hermano y hermana; dos almas que se tocan sin confundirse..... los dos dedos de la mano.

—¿Y el amor? prosiguió Gringoire.

—¡Oh! ¡el amor! dijo, y su voz temblaba y sus ojos brotaban llamas. Es ser dos y no ser mas que uno, un hombre y una mujer que se deshacen en un ángel; —es el cielo.

Esto diciendo, brillaba en la bailarina de las calles una hermosura que asombraba singularmente á Gringoire, y le parecia estar en perfecta armonia con la exaltacion casi oriental ds sus palabras. Sus labios rosados y puros se entreabrian sonriendo; turbaba tal vez el pensamiento la tersura de su frente cándida y serena como el aliento empaña el cristal de un espejo; y de sus largas pestañas negras inclinadas se irradiaba una especie de luz inefable que daba á su perfil aquella suavidad ideal que holló despues Rafael en el punto de mística interseccion de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire sin embargo prosiguió impertérrito.

—¿Como ha de ser un hombre para agradaros?

—Ha de ser hombre.

—¿Pues no lo soy yo?

—Un hombre tiene casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—Bravo dijo Gringoire, sin caballo no hay hombre. ¿Amais á alguno?

—¿De corazon?

—De corazon.

Quedó un momento pensativa, y luego dijo con una expresion particular: —Pronto lo sabreis.

—¿Y porque ahora no? repuso tiernamente el poeta. — ¿Porque á mí no?

Echóle la niña una mirada séria.

—Yo no podré amar sino á un hombre que sea capaz de protegerme.

Ruborizóse Gringoire y no lo echó en saco roto. Era evidente que la gitana aludia al poco auxilio que la dió en la crítica circustancia en que se halló dos horas ántes. Este recuerdo, borrado de su mente por las aventuras de aquella tarde se le representó entónces de repente.

—Ahora que me acuerdo, dijo dándose un golpe en la frente con la palma, por aquí debiera yo haber empezado. Perdonadme mis locas distracciones. ¿Como diablos hicisteis para huir de las garras de Quasimodo?

Esta pregunta hizo extremecerse á la gitana.

—¡Oh! ¡que horrible jorobado! dijo cubriéndose el rostro con las manos, y temblando como si tiritara de frio.

—Horrible en efecto, dijo Gringoire que no renunciaba su idea; — ¿pero como hicisteis para libertaros de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

—¿Sabeis porque os seguia? preguntó Gringoire procurando por un rodeo volver á la cuestion principal.

—No lo sé, dijo la hermosa. — Y luego añadió vivamente: — ¿Y vos que me seguiais tambien porque me seguiais?

—A fe mia, respondió Gringoire, que tampoco lo sé yo.

Siguióse un momento de silencio. Gringoire hacia rayitas en la mesa con el cuchillo, la gitana sonreia y parecia que estaba viendo algo al traves de la pared, de pronto empezó á cantar con voz apénas articulada:

Cuando las pintadas aves
Mudas estan y la tierra.

luego se interrumpió bruscamente y púsose á acariciar á Djali.

—Vaya que teneis una linda cabrita, dijo Gringoire.

—Es mi hermana.

—¿Porque os llaman la *Esmeralda*?

—No lo sé.

—¿Pero en fin?....

Sacó del pecho la gitana una especie de escapulário oblongo que llevaba pendiente del cuello á un rosário de cuentas de sándalo; de aquel saquito se desprendia un fuerte aroma de alcanfor. Estaba forrado de seda verde, y tenia en su centro un vidrio verde imitado á una esmeralda.

—Sin duda será por esto, — dijo.

Quiso Gringoire coger el escapulario.

—No le toques, dijo ella retrocediendo, es un amuleto: tú le quitarias la virtud, ó él te haria daño á ti.

Crecia por momentos la curiosidad del poeta: — ¿Quien os le ha dado?

Púsose ella un dedo en la boca y ocultó el amuleto en su seno: á las varias preguntas de su interlocutor solo respondió con algunas palabras incoherentes.

—¿Qué quiere decir esa palabra la *Esmeralda*?

—No lo sé.

—¿A qué lengua pertenece?

—Creo que á la egipcia.

—Ya lo dije yo, exclamó Gringoire. No sois francesa.

—No lo sé.

Digitized by Google

—¿Teneis padres?

—La Esmeralda se puso á cantar con triste y dulce voz estas palabras :

Mi padre es pájaro,
Mi madre es pájara.
Paso el rio sin barco,
Paso el rio sin barca...
Mi padre es pájaro,
Mi madre es pájara.

—Muy bien, dijo Gringoire. ¿A que edad vinisteis á Francia?

—Siendo muy niña.

—¿Y á Paris?

—El año pasado. Cuando entramos por la puerta Papal vi cruzar por los aires la silvia de los cañaverales. Estábamos á fines de agosto, y dije : el invierno será cruel.

—Lo ha sido, dijo Gringoire en el colmo de la alegria al ver entablada la conversacion, yo le he pasado soplándome los dedos. ¿Luego teneis el don de profecia?

Volvió la gitana á su laconismo :—No.

—¿Ese hombre á quien llamais el duque de Egipto, es el gefe de vuestra tribu?

—Si.

—Pues él es el que nos ha casado, observó con tímido acento Gringoire.

Hizo ella su graciosa mueca habitual :—Ni tan siquiera sé tu nombre.

—¿Mi nombre? cátatele aquí : Pedro Gringoire.

—Yo conozco otro nombre mejor, respondió pensativa la gitana.

—¡Picarilla! repuso el poeta. No importa ; no lograreis irritarme. ¿Y luego quien sabe? puede que en llegando á conocerme mejor, me cobreis cariño; ademas, me habeis contado vuestra historia con tanta franqueza que es muy justo os corresponda yo con la misma. Habeis pues de saber que yo me llamo Pedro Gringoire, y que soy hijo del arrendador de la escribania de Gonesse. Mi padre fue ahorcado por los borgoñones, y espanzurrada mi madre por los picardos en la época del sitio de Paris, hace veinte años. A los seis de mi edad, como iba diciendo, quedé huerfanito, sin mas suelas en los zapatos que las piedras de Paris, y no sé como he pasado el intérvalo de los seis hasta los diez y seis años. Ya me daba una ciruela esta frutera, ya me daba aquel pinche un mendruguillo, y por la noche metíanme las patrullas en la cárcel, donde encontraba un monton de paja para dormir; todo lo cual no me ha impedido crecer y enflaquecer como veis. Calentábame al sol durante el invierno bajo el pórtico del palacio de Sens, y no dejaba de parecerme ridículo que reserváran para la canícula las hogueras de san Juan. A los diez y seis años quise ser algo, y sucesivamente fui probando de todo. Entré soldado, pero no era bastante valiente; entré fraile, pero no era bastante devoto ; ademas soy poco aficionado á beber. Desesperado, metíme aprendiz de carpintero, pero no era bastante robusto. Mucha mas aficion tenia á ser maestro de escuela ; verdad es que no sabia leer, pero esto no obsta. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo; y viendo que de nada servia, metíme de sopeton á poeta y compositor de ritmios, profesion que siempre puede abrazar un vagamundo, y que al fin y al cabo vale mas que la de ladron, como me aconsejaban que lo fuera algunos rateruelos amigos mios. Encontréme por fortuna el dia menos pensado con don Claudio Frollo, el reverendo arcediano de Nuestra Señora, el cual se interesó por mí, y al cual debo hoy el ser un verdadero letrado, instruido en el latin desde los oficios de Ciceron hasta el martirológio de los padres celestinos, y no nada bárbaro en escolástica, en poética, ni en rítmica, ni aun en hermética, la sofia de los sofias. Yo soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concurrencia de populacho, en la Sala Grande del palacio. He escrito tambien un libro que tendrá unas seiscientas páginas, sobre el prodigioso cometa de 1465 que volvió loco á un hombre. Y no es esto todo : siendo carpintero de artilleria trabajé en aquella famosa bombarda de Juan Maugue que reventó en el puente de Charenton el mismo dia en que probó, haciendo pedazos á veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy mal bocado para marido. Sé ademas muchas graciosas travesurillas que enseñaré á esta cabra, como, por ejemplo, á remedar al obispo de Paris, ese maldito fariseo cuyos molinos chorrean sobre los transeuntes por todo el puente de los

Pedro Gringoire en su noche de boda.

Molineros. Y ademas mi misterio me valdrá mucho dinero en metálico, si me lo pagan. En fin, aquí me teneis á vuestras órdenes á mi, á mi talento, á mi ciencia y á mis letras; pronto á vivir con vos, señorita, como mejor os acomode ; casta ó alegremente, como marido y mujer, si os da la gana ; como hermano y hermana, si lo preferis.

Calló Gringoire esperando á ver el efecto que producia su arenga en la doncella, la cual tenia clavados los ojos en el suelo.

—¡*Febo*! dijo á media voz y luego volviéndose hácia el poeta : —¿que quiere decir *Febo*?

Gringoire, sin alcanzar que relacion podia existir entre su alocucion y aquella pregunta aprovechó gustoso aquella ocasion de sacar á relucir su erudicion, y así respondió dándose tono.—Es una palabra latina que quiere decir *Sol*.

—¡*Sol*! repitió la gitana.

—Ese era el nombre de un gallardo militar, que era Dios, añadió Gringoire.

Digitized by Google

—¡Dios! repitió la Esmeralda, y habia en su acento un no se que de pensativo y apasionado.

Soltósela en aquel momento uno de sus brazaletes y cayó al suelo. Bajóse presuroso Gringoire para recojerlo, y cuando alzó la cabeza, ya habian desaparecido la mujer y la cabrita. Oyó entónces el ruido de un cerrojo en una puertecilla que comunicaba sin duda á algun chiribitil que se cerraba por dentro.

—¿Si á lo menos me habrá dejado cama en que dormir? dijo nuestro filósofo.

Hizo detenida inspeccion de la estáncia, pero no halló en ella mas mueble á propósito para el sueño, que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa estaba ademas toda esculpida, lo que procuró á Gringoire, cuando en él se tendió, una sensacion algo semejante á la que recibiria Micromegas tendiéndose cuan largo era sobre los Alpes.

—Vaya con Dios, dijo acomodándose lo mejor que pudo, fuerza será resignarse. ¡Pero vaya una noche de bodas en sumo grado particular! Yo lo siento, porque habia en este consorcio del cántaro roto un no se que de candoroso y antidiluviano que me placia.

LIBRO TERCERO.

I.

NUESTRA SEÑORA.

Un edificio majestuoso y magnífico es sin duda todavia la iglesia de Ntra. Sra. de Paris; pero por mas hermosa que se conserve en su ancianidad, dificil es no suspirar, no indignarse al ver las degradaciones, las mutilaciones sin número que simultáneamente el tiempo y los hombres han hecho en el venerable monumento, sin respetar á Carlomagno que puso su primera piedra, sin respeto á Felipe Augusto, que en él puso la última.

Sobre la faz de esta antigua reina de nuestras catedrales, siempre al lado de una arruga se encuentra una cicatriz. *Tempus edax homo edacior*, lo que yo traduciria con estas palabras: el tiempo es ciego, el hombre es estúpido.

Si pudiéramos examinar una á una con el lector las varias huellas de la destrucion impresas en la antigua iglesia, al tiempo le tocaria la menor parte, la mayor á los hombres, sobre todo, á los hombres del arte; y tengo que decir *hombres del arte*, porque ha habido personas que se han dado asi mismas el título de arquitectos en los dos últimos siglos.

Y ántes de pasar adelante, para no citar mas que algunos ejemplos capitales, es seguro que hay pocas páginas arquitecturales mas bellas que aquella fachada en que sucesivamente y á la par, las tres puertas en forma de ogiva, el cordon bordado y festoneado de los veintiocho niños reales, el inmenso roseton central flanqueado de sus dos ventanas laterales como el sacerdote en medio del diácono y del subdiácono; la alta y aérea galeria de arcos trebolados que sostiene una ancha plataforma sobre sus sútiles columnas,— en fin las dos negras y mazizas torres con sus techos de pizarra, partes armoniosas de un todo magnífico superpuestas en cinco pisos gigantescos, se desarrollan á la vista de tropel y sin confusion, con sus innumerables detalles de estatuaria, de escultura y de cinceladura unidos poderosamente á la tranquila grandeza del conjunto: inmensa sinfonia de piedra, por decirlo así; obra colosal de un hombre y de un pueblo, una

Digitized by Google

y compleja juntamente como las Iliadas y los Romanceros de quienes es hermana; producto maravilloso de la acumulacion de todas las fuerzas de una época, donde sobre cada piedra se ve brillar en cien formas el capricho del obrero, disciplinado por el genio del artista; especie de creacion humana, en una palabra, poderosa y fecunda como la creacion divina, cuyo noble carácter parece haber reunido, variedad, eternidad.

Y lo que decimos aquí de la fachada, puede decirse de la iglesia entera; y lo que decimos de la iglesia catedral de Paris, puede decirse de todas las iglesias de la cristiandad en la edad media. En este arte hijo de sí mismo, todo es lógico y bien proporcionado: medir un dedo del pié, es medir el cuerpo del gigante.

Volvamos á la fachada de Nuestra Sra., tal cual parece aun en el dia, cuando vamos religiosamente á admirar la grave y poderosa catedral que aterra, segun dicen sus cronistas; *quae mole sua terrorem incutit spectantibus.*

Tres cosas importantes faltan hoy en esta fachada; primera, la escalinata de once gradas que la alzaba antiguamente sobre el nivel del suelo; segunda, la série inferior de estátuas que ocupaba los nichos de las tres puertas, y la série superior de los veintiocho reyes mas antiguos de Francia, que ocupaba la galeria del piso principal, desde Childeberto hasta Felipe Augusto, con «el globo imperial» en la mano.

El tiempo es el que ha hecho desaparecer la escalinata, elevando con un progreso lento é irresistible el nivel del suelo de la ciudad; pero devorando uno á uno con la marea ascedente del piso de Paris, los once escalones que aumentaban la altura magestuosa del edificio, el tiempo ha dado á la iglesia aun mas de lo que la ha quitado, porque él es el que ha impreso en su fachada aquel sombrio color de los siglos, que hace de la vejez de los monumentos la edad de su hermosura.

Pero, ¿quien ha derribado las dos hileras de estátuas? ¿quien ha dejado vacíos los nichos? ¿quien ha abierto en medio de la puerta central aquella ogiva nueva y bastarda? ¿y quien ha tenido la osadia de adaptar aquella insípida y maziza puerta de madera esculpida á lo Luis XV, al lado de los arabescos de Biscornette? Los hombres, los arquitectos, los artistas de nuestros dias.

Y si entramos en el interior del edificio, ¿quien ha derribado aquel coloso de S. Cristóbal, proverbial entre las estátuas como la Sala Grande entre los mercados, como la aguja de Strasburgo entre los campanarios? y aquellos millares de estátuas que llenaban todos los intercolumnios de la nave y del coro, de rodillas, en pié, ecuestres, hombres, mujeres, niños, reyes, obispos, soldados, de piedra, de mármol, de oro, de plata, de cobre, y aun de cera, ¿quien los ha barrido brutalmente? No ha sido el tiempo.

¿Y quien ha sustituido al antiguo altar gótico, espléndidamente atestado de urnas y relicarios, el pesado sarcófago de mármol con cabezas de ángeles y nubes, que parece un desparejado fragmento del Val-de Grace ó de los Inválidos? ¿Quien ha sellado estúpidamente ese grosero anacronismo de piedra en el pavimento carlovingio de Hercandus? ¿No fue Luis XIV cumpliendo el voto de Luis XIII?

¿Y quien ha puesto esos frios vidrios blancos en vez de aquellos pintados «altos en color» que hacian vacilar los ojos atónitos de nuestros padres, entre el roseton de la puerta mayor y las ogivas de la apside? ¿Y que diria un sochantre del siglo dieciseis al ver el ridículo reboque amarillo con que nuestros vándalos arzobispos han embadurnado su catedral? Se acordaria de que aquel era el color con que teñia el verdugo los edificios infamados; se acordaria del palacio del Pequeño Borbon, todo pintoreado de amarillo por la traicion de condestable; «y de un amarillo tan bien templado, dice Sauval y » tan bien recomendado, que mas de un siglo no ha » podido hacerle perder su color;» creeria que el santuario se habia convertido en un sitio infame, y huiria despavorido.

Y si subimos sobre la catedral, sin detenernos en mil barbaries de toda especie, ¿que han hecho los hombres de aquel precioso campanario menor que se apoyaba sobre el punto de interseccion del crucero, y que no ménos sútil y atrevido que su vecina la aguja (destruida tambien) de la Sta. Capilla, se entraba en el cielo aun mas que las torres, esbelto, agudo, sonoro y calado? Amputóle un arquitecto de *buen gusto* (1787), persuadido ademas de que bastaba disimular la llaga con aquel ancho emplasto de plomo que se parece no poco á la tapadera de una olla. Asi ha sido tratado en todos los paises, sobre todo en Francia, el arte maravilloso de la edad media. Pueden distinguirse en su ruina tres especies de lesiones que todas tres le han hincado el diente á diferentes profundidades; en primer lugar, el tiempo que insensiblemente ha hecho una mella por acá, un destrozo por allá en toda su superficie; despues, las revoluciones políticas y religiosas, las cuales, ciegas y frenéticas de suyo, se han precipitado en tumulto sobre él, han desgarrado su rico traje de escultura y cincelados, reventado sus rosetones, roto sus collares de arabescos y de figuritas, arrancado sus estátuas, ya por su mitra, ya por su corona; y en fin las modas, cada vez mas grotescas y estúpidas, que, desde los anárquicos y expléndidos horrores del *renacimiento* se han sucedido en la decadencia necesaria de la arquitectura. Las modas han hecho mas daño que las revoluciones, porque han cortado en carne viva; han atacado la armazon fundamental del arte; han arrancado, cortado, desorganizado, dado muerte al edificio, en la forma como en el símbolo, en su lógica como en su belleza. Y ademas, han corregido, pretension que no han tenido á lo ménos ni el tiempo, ni las revoluciones. Las modas han acomodado con desfachatez, en nombre del *buen gusto*, sobre las heridas de la arquitectura gótica, miserables baratijas y garambaynas de un dia, sus cintas de mármol, sus pompones de metal; verdadera lepra de astragalos, volutas, pabellones, ropajes, guirnaldas, rapacejos, llamas de piedra, nubes de bronce, amorcillos repletos, querubines regordetes que empiezan á devorar la faz del arte en el oratorio de Catalina de Médicis, y le hacen espirar dos siglos despues, atormentado y gesticulador en el gabinete de la Dubarry.

Para resumir en pocas palabras los puntos que acabamos de indicar, tres linages de ruina desfiguran actualmente la arquitectura gótica. Arrugas y verrugas en la epidérmis: esta es la obra del tiempo. Destrozos, brutalidades, contusiones, fracturas, esta es la obra de las revoluciones desde Lutero hasta Mirabeau. Mutilaciones, amputaciones, dislocacion de los miembros, restauraciones; este es el trabajo griego, romano y bárbaro de los profesores por la gracia de Vitrubio y de Vignola. Aquel arte magnífico, creado por los vándalos, ha sido aniquilado por los académicos. A los siglos, á las revoluciones que talan á lo ménos con imparcialidad y grandeza, se ha agregado la plaga de los arquitectos de escuela, con exámen, despacho y nombramiento, degradando con el discernimiento y cautela del mal gusto; sustituyendo las escarolas de Luis XV á los encajes góticos, para mayor gloria del Partenon. Esta fue la coz del asno al leon moribundo; la vieja encina que se corona, y que para colmo de amargura se vé picada, mordida, atarazada por las orugas.

¡Que diferencia entre esta época y aquella en que Roberto Cenalis comparando la catedral de Paris á

Digitized by Google

aquel famoso templo de Diana en Efeso, tan ponderado por los antiguos paganos, que inmortalizó á Eróstrato, hallaba á la iglesia gala «mas excelente en longitud, altura, estructura y capacidad!

No se crea por esto que Ntra. Sra. de Paris es lo que puede llamarse un monumento completo, definido, clasificado: ni es una iglesia bizantina ni es una iglesia gótica: este edificio no es un tipo. Nuestra Sra. de Paris no tiene como la abadia de Tournus, la grave y maziza cuadratura, la redonda y ancha bóveda, la desnudez glacial, la magestuosa sencillez de los edificios que tienen al semicírculo por regenerador; ni es tampoco, como la catedral de Bourges, el producto lijero, magnífico, multiforme, fecundo, pomposo, herizado, esflorescente de la ogiva. Imposible es colocarla entre aquella antigua familia de iglesias sombrías, misteriosas, bajas y como aplastadas por el arco en semicírculo; casi egipcias á excepcion del techo; todas geroglíficas, todas sacerdotales, todas simbólicas; mas recargadas en sus adornos de rombóides y de grecas que de flores, mas de flores que de animales, mas de animales que de hombres; obra mas del obispo que del arquitecto; primera trasformacion del arte, todo empapada en disciplina teocrática y militar, que tiene sus raices en el Bajo Imperio y se detiene en Guillermo el Conquistador. Imposible es tambien colocar á nuestra catedral en aquella otra familia de iglesias altas, aéreas, ricas, de pintados vidrios y de esculturas; agudas en sus formas, atrevidas en sus actitudes; municipales y plebeyas, como símbolos políticos; libres, caprichosas y desenfrenadas, como obra del arte; segunda transformacion de la arquitectura, no ya geroglífica, inmutable y sacerdotal, sino artística, progresiva y popular, que empieza en la vuelta de las cruzadas, y acaba en Luis XI. Nuestra Sra. de Paris no es de pura raza bizantina, como las primeras, ni de pura raza árabe como las segundas.

Ntra. Sra. es un edificio de la transicion. Acababa el arquitecto sajon de levantar los primeros pilares de la nave, cuando la ogiva, que llegaba de la cruzada, vino como conquistadora á colocarse sobre aquellos anchos capiteles bizantinos, destinados á sostener arcos en forma de semicírculo. La ogiva, señora ya desde entónces, construyó el resto de la iglesia; pero inesperta y tímida en sus primeros ensayos, se ahueca, se ensancha, se contiene, y no se atreve á lanzarse en agujas y torres como lo hizo mas adelante en tantas maravillosas catedrales, como si se resintiera de la proximidad de los mazizos pilares sajones.

Pero estos edificios de la transicion del carácter bizantino al gótico no son ménos preciosos para estudiarlos que los tipos puros, porque expresan un matiz del arte que no conoceriamos á no ser por ellos. Son el ingerto de la ogiva sobre el semicírculo.

Ntra. Sra. de Paris, en particular, es un ejemplar muy curioso de esta variedad. Cada faz, cada piedra del venerable monumento es una página no solo de la historia del pais, sino tambien de la historia de la ciencia y del arte. De modo que, para no indicar aqui mas que los principales detalles, al paso que la Puertecilla Colorada llega casi á los límites de las delicadezas góticas del siglo quince, los pilares de la nave por su volúmen y su gravedad, ascienden hasta la abadía carlovingia de S. German de los Prados pudiera creerse que median seis siglos entre esta puerta y aquellos pilares. Hasta los mismos herméticos hallan en los símbolos del porton central un compendio satisfactorio de su ciencia, de la cual era un geroglífico tan completo la iglesia de Saint Jacques de la Boucherie. La abadía bizantina, la iglesia filosofal, el arte gótico, el arte sajon, el mazizo pilar redondo que recuerda á Gregorio VII, el simbolismo hermético por el cual se anticipaba á Lutero Nicolás Flamel; la unidad papal, el cisma, S. German de los Prados, Saint Jacques de la Boucherie, todo está confundido, combinado, amalgamado en Ntra. Señora. Esta iglesia central y generatriz es entre las antiguas iglesias de Paris una especie de quimera; tiene la cabeza de esta, los miembros de aquella, la cima de la otra y algo de todas.

Estas construcciones híbridas, lo repetimos, no son las ménos interesantes para el artista, el anticuario y el historiador. Ellas demuestran hasta que punto la arquitectura es cosa primitiva, en cuanto revelan (como lo revelan tambien los vestigios ciclópeos, las pirámides de Egipto, las gigantescas pagodas del Indostan) que las grandes producciones de la arquitectura, menos son obras individuales que obras sociales; mas bien la produccion del trabajo de los pueblos que la inspiracion de los hombres de genio: que son el depósito que deja una nacion; los hacinamientos que hacen los siglos; el residuo de las evaporaciones sucesivas de la sociedad humana; en una palabra, unas especies de formaciones. Cada oleada del tiempo deja su aluvion, cada raza deposita su capa sobre el monumento, cada individuo coloca en él su piedra. Así lo hacen los castores, así lo hacen las abejas, así lo hacen los hombres. El gran símbolo de la arquitectura, Babel, es una colmena.

Los grandes edificios, como las grandes montañas, son la obra de los siglos. Tal vez penden ellos todavia, *pendent opera interrupta*, cuando el arte se trasforma, y se continuan segun las nuevas formas del arte trasformado. El arte nuevo coje el monumento en el estado en que le halla, se incrusta en él, se le asimila, le desarrolla á su capricho y le acaba si puede; lo cual se hace sin desórden, sin esfuerzo, sin reaccion, siguiendo una ley natural y serena, como un ingerto que se introduce, como una savia que circula, como una vegetacion que se reanima. Cierto que dan asunto para muchos libros y acaso para la historia universal de la humanidad, esas solduras sucesivas de muchos artes distintos á muchas alturas sobre el mismo monumento. El hombre, el artista, el individuo, desaparecen sobre aquellas moles sin nombre de autor; en ellas se reasume y se totaliza la inteligencia humana: el tiempo es el arquitecto; el pueblo es el albañil.

No considerando aquí mas que la arquitectura Europea cristiana, hermana segunda de las grandes construcciones del Oriente, diremos que aparece á nuestros ojos como una inmensa formacion dividida en tres zonas bien marcadas, colocadas una encima de otra: la zona bizantina, la zona gótica y la zona del renacimiento que pudiéramos llamar greco-romana. La capa romana que es la mas antigua y la mas profunda, está ocupada por el semicírculo que vuelve á aparecer, sostenido por la columna griega, en la capa moderna y superior del renacimiento. La ojiva está entre las dos. Los edificios que pertenecen exclusivamente á una de estas tres capas, son perfectamente puros, uniformes y completos: tales son la abadía de Jumieges, la catedral de Reims y la iglesia de la Santa Cruz en Orleans: pero las tres zonas se interponen y se amalgaman por los bordes, como los colores en el espectro solar; y de aquí provienen los monumentos complejos, los edificios mixtos y de transicion. Unos son bizantinos por los piés, góticos por el tronco, greco-romanos por la cabeza, por que se ha tardado seiscientos años en construirlos. Esta variedad es rara, y el castillo de Etampes presenta una muestra de ella. Pero los monumentos de las dos formaciones son mas frecuentes; tal es Ntra. Sra. de Paris, edificio ojival, que desde sus primeros pilares penetra en aquella zona sajona que caracteriza la portada de san Dionisio y la nave de S. German de los Prados: tal es la bellísima sala capitular medio gótica de Bo-

Digitized by Google

cherville, á la cual le llega hasta la mitad del cuerpo la capa bizantina; tal es la catedral de Rouen, que seria enteramente gótica si no bañase la extremidad de su aguja central en la zona del renacimiento.

Pero todos estos matices, todas estas diferencias, no atacan mas que la superficie de los edificios: mas que el arte exterior; la constitucion fundamental de la iglesia cristiana es siempre la misma, siempre se ve en ella la misma armazon interior, la misma disposicion lógica de las partes. Cualquiera que sea la corteza esculpida y bordada de la catedral, siempre se halla dentro de ella, al menos en el estado de germen y de rudimento, la basílica romana que eternamente se despliega sobre el pavimento conforme á la misma ley. Siempre se ven las dos naves que se cortan en forma de cruz, y cuya extremidad superior arqueada en forma de bóveda forma el coro; siempre los mismos claustros á los lados para las procesiones interiores y para las capillas; especies de paseos laterales donde desemboca la nave principal por los intercolumnios. Esto supuesto, el número de las capillas, de las portadas, de los campanarios, de las agujas se modifica al infinito, segun el capricho del siglo, del pueblo, del arte; una vez satisfecho el servicio del culto, la arquitectura hace lo que le parece. Estátuas, vidrios pintados, rosetones, arabescos; capiteles, bajo relieves, todos los caprichos del ingenio los combina ella segun el logaritmo que le conviene, y de aquí nace la prodigiosa variedad exterior de aquellos edificios, en cuyo fondo residen tanto órden y unidad. El tronco del árbol es inmutable; la vegetacion es caprichosa.

II.

PARIS Á VISTA DE PÁJARO.

Acabamos de reparar en lo posible para el lector la admirable iglesia de Ntra. Sra. de Paris. Hemos indicado lijeramente la mayor parte de las bellezas que tenia en el siglo quince y de que actualmente carece; pero hemos omitido la principal, y esta es la perspectiva de Paris que se descubria desde lo alto de sus torres.

Era en efecto, cuando despues de haber andado á tientas por largo rato en la tenebrosa espiral que taladra perpendicularmente la ancha pared de los campanarios, se desembocaba en fin de repente en una de las dos altas plataformas inundadas de luz y de aire; era, decimos un magnífico cuadro el que se presentaba de repente á los ojos del observador, un espectáculo *sui generis*, de que fácilmente pueden formarse idea aquellos de nuestros lectores que han tenido la dicha de ver una ciudad gótica, entera, completa, homogénea como existen algunas todavia, Nuremberg, Baviera, Vitoria en España; ó algunas muestras mas en pequeño, con tal que estén bien conservadas, como Vitré en Bretaña y Nordhausen en Prusia.

El Paris de hace trescientos cincuenta años, el Paris del siglo quince, era ya una ciudad gigantesca. Nosotros los parisienses nos formamos por lo general una idea equivocada acerca del terreno que creemos haber ganado: Paris desde el tiempo de Luis XI no ha aumentado en un tercio, y es bien seguro que mas ha perdido en belleza de lo que ha ganado en magnitud.

Paris nació, como nadie ignora, en aquella antigua isla de la Cité que tiene la forma de una cuna. La playa de esta isla fue su primer recinto, el Sena su primer foso. Permaneció Paris muchos años en el estado de la isla, con dos puentes, uno al norte, uno al mediodia y dos cabezas en ellos que eran juntamente sus puertas y sus fortalezas: el Gran Chatelet, á la orilla derecha, y el pequeño Chatelet á la izquierda. Luego, desde los reyes de la primera raza, demasiado estrecho en su isla y sin poderse menear en ella, Paris pasó el rio, y entónces mas allá de los dos Chatelets, grande y pequeño, empezó á formarse en los campos á entrambos lados del Sena una cerca de torres y de murallas, de la cual quedaban todavia algunos vestigios en el siglo pasado; mas ya no resta mas que su memoria, y alguna que otra tradicion, como la puerta Baudoyer, *porta Bagauda*.

Poco á poco, la marea de las casas, siempre impelida desde el corazon de la ciudad hácia los lados, sale de madre, corroe, desgasta y borra aquella cerca: Felipe Augusto la construye un nuevo dique y encierra á Paris en una cadena circular de anchas torres, altas y sólidas. Durante mas de un siglo, las casas se apiñan, se acumulan y alzan su nivel en aquel estrecho recinto, como el agua en un vaso. Empiezan las casas á profundizarse; ponen pisos sobre pisos; se elevan como toda savia comprimida, y todas aspiran á porfía á sacar la cabeza por cima de su vecina para tener un poco mas de aire. Las calles se ahondan y se estrechan mas y mas; todas las plazas se llenan y desaparecen. Las casas por fin saltan por cima de la muralla de Felipe Augusto, y se esparraman alegremente en la llanura, sin órden y de cualquier manera, como fugitivas; allí se colocan, se hacen jardines en el campo, se acomodan á su placer. Desde el año 1367, tanto se extiende la ciudad en los arrabales, que necesita ya una nueva cerca, sobre todo en la orilla derecha: Cárlos V la construye. Pero una ciudad como Paris siempre está creciendo, y solo estas ciudades pueden llegar á ser capitales. Estas ciudades son como embudos á donde van á parar todas las corrientes geográficas, políticas, morales, intelectuales de un pais, todas las vertientes naturales de un pueblo; pozos de civilizacion, por decirlo así, y tambien muladares donde comercio, industria, inteligencia, poblacion, todo lo que es savia, todo lo que es vida, todo lo que es alma en una nacion, filtra y se reune sin cesar gota á gota, siglo á siglo. La cerca de Cárlos V tuvo pues la misma suerte que la de Felipe Augusto; desde fines del siglo xv saltóla la ciudad, y se extendieron los arrabales. En el xvi parece que se la vé retroceder y sumergirse mas y mas en la antigua ciudad; ¡tanto creció la nueva poblacion extramural! Deteniéndonos ahora en el siglo xv, ya entónces habia desgastado Paris los tres círculos concéntricos de murallas que en tiempo de Juliano el Apóstata germinaban, por decirlo así, en el grande y en el pequeño Chatelet. La poderosa capital habia reventado sucesivamente sus cuatro cinturones de murallas, como un niño que crece y rasga sus vestidos del año pasado. En tiempo de Luis XI, veíanse por una y otra parte salir de entre aquel mar de casas algunos grupos de torres derruidas de las antiguas cercas, como las cumbres de las colinas en una inundacion, como archipiélagos del viejo Paris sumergido debajo del nuevo.

Desde entónces Paris se ha trasformado de nuevo desgraciadamente para nosotros; pero no ha ganado mas que una sola cerca nueva, la de Luis XV, una miserable muralla de lodo y de inmundicia, digna del rey que la construyera, del poeta que la cantara:

El *muro* que á Paris *mura*,
Hace que Paris *murmure*

En el siglo xv Paris estaba aun dividido en tres ciudades enteramente distintas y separadas, cada cual con su fisonomía á parte, su especialidad, sus costumbres, sus hábitos, sus privilegios, su historia; la Ciudad, la Universidad, la Villa. La ciudad que ocupaba la isla, era la mas antigua, la menor y la madre de las otras dos, encerrada entre ellas, (permítasenos esta comparacion) como una viejecita en-

Digitized by Google

tre dos altas y arrogantes mozas. Cubria la Universidad la orilla izquierda del Sena, desde la Tournelle hasta la torre de Nesle, puntos que corresponden en el Paris del dia, el uno al Mercado de los vinos, y el otro á la casa de la Moneda. Su recinto se extendia sobre toda la llanura en que Juliano construyó sus termas; en él se encerraba la montaña de Sta. Genoveva. El punto culminante de aquella curva de murallas era la puerta Papal, es decir, con corta diferencia, el recinto actual del Panteon. La Villa que era la mayor de las tres partes de Paris, ocupaba la orilla derecha, su muelle roto á cada paso ó interrumpido en muchos puntos, corria á lo largo del Sena, desde la torre de Billy hasta la torre de Blois, es decir, desde el sitio que ocupa ahora el Granero de-Abundancia hasta el que ocupa las Tullerías. Estos cuatro puntos en que cortaba el Sena el recinto de la capital, la Tournelle y la torre de Nesle á la izquierda, la torre de Billy y la torre de Blois á la derecha, se llamaban por excelencia las cuatro torres de Paris. La Villa se internaba aun mas en los campos adyacentes que la Universidad; el punto culminante del ámbito de la Villa (el de Cárlos V) estaba en las puertas de S. Dionisio y S. Martin, cuyo local no ha variado.

Como acabamos de decir, cada una de estas tres grandes divisiones de Paris era una ciudad, pero una ciudad demasiado especial para ser completa, una ciudad que no podia existir sin las otras dos. Estas tres divisiones presentaban tres aspectos enteramente distintos: en la Ciudad abundaban las iglesias, en la Villa los palacios, en la Universidad los colegios, dejando ahora á parte las originalidades secundarias del antiguo Paris, y los caprichos del derecho de preeminencia, diremos, bajo un punto de vista general, y no tomando mas que los conjuntos y las masas en el caos de las jurisdicciones municipales; que la isla era del obispo, la orilla derecha del preboste de los mercaderes, la orilla izquierda del rector; y el todo del preboste de Paris, oficial régio y no municipal.

La Ciudad tenia Ntra. Sra., la Villa el Louvre y la Casa de la ciudad, y la Universidad la Sorbona. La Villa tenia los mercados, la Ciudad el hospital general, y la Universidad el Pre-aux-Cleres. El delito que cometian los estudiantes en la orilla izquierda, en el Pré-aux-Cleres, se juzgaba en la isla, en el Palacio de Justicia, y se castigaba en la orilla derecha, en Moufaucon, á ménos que el rector, sabiendo que era fuerte la Universidad y débil el rey, interviniese; porque uno de los privilegios de los estudiantes, era el de ser ahorcados en su establecimiento.

(La mayor parte de estos privilegios, sea dicho de paso, habia otros mejores que este, habian sido arrebatados á los reyes en rebeliones y asonadas. Porque es sistema inmemorial; el rey no afloja si el pueblo no tira. Hay una antigua carta que lo dice candorosamente, hablando de fidelidad: — *Civibus fidelitas in reges, quœ tamen aliqueties sed tionibus interrupta, multa, peperit privilegia*.

En el siglo XV el Sena bañaba cinco islas en el recinto de Paris; la isla Louviers, donde habia árboles y ya no hay mas que leña, la isla de las Vacas y la isla de Ntra. Sra., ambas desiertas, salvo unas ruinas, ambas propias del obispo, (en el siglo XVII se hizo de las dos una sola, que actualmente se llama la isla de S. Luis); en fin la Ciudad, y en una de sus extremidades el islote del Vaquero, que se ha hundido despues bajo el terraplen del Puente Nuevo. La ciudad entónces tenia cinco puentes; tres á la derecha, el puente de Ntra. Sra. y el puente au Change de piedra, y el puente de los Molineros, de madera; dos á la izquierda, el Pequeño Puente, de piedra y el puente de S. Miguel, de madera, ambos cubiertos de casas. La Universidad tenia seis puertas, construidas por Felipe Augusto, que eran saliendo de la Tournelle, la puerta de S. Victor la puerta Bordelle, la puerta Papal, la puerta de Santiago, la puerta de S. Miguel y la puerta de San German. La Villa tenia seis puertas, construidas por Cárlos V, que eran, saliendo de la torre de Billy, la puerta de S. Antonio, la puerta del Templo, la puerta de S. Martin, la puerta de San Dionisio, la puerta Montmartre, y la puerta de S. Honorato. Todas estas puertas eran fuertes y tambien bellas, porque esto en nada se opone á la fortaleza. Un foso ancho, profundo y lleno de agua en las crecidas de invierno, lavaba el pié de las murallas en toda la circunferencia de Paris: el Sena suministraba el agua. De noche se cerraban las puertas; atajábase el rio en los dos confines de la ciudad con gruesas cadenas de hierro, y Paris dormia tranquilo.

A vista de pájaro, estos tres barrios, la ciudad, la Universidad y la Villa presentaban cada uno un enmarañado ovillo de calles singularmente embrolladas: sin embargo, á la primera ojeada, se conocia que aquellos tres fracmentos de ciudad formaban un solo cuerpo. Veíanse desde luego dos largas calles paralelas, sin interrupcion, casi en línea recta, que atravesaban á la vez las tres ciudades de un extremo á otro, del mediodia al norte, perpendicularmente al Sena, las enlazaban, mezclaban, confundian y pasaban de continuo la poblacion de la una al recinto de la otra, formando de las tres una sola. La primera de estas dos calles cogia desde la puerta de Santiago hasta la de S. Martin; llamábase calle de Santiago en la Universidad, calle de la Juiverie en la Ciudad, calle de S. Martin en la Villa; dos veces pasaba el rio bajo los nombres de Pequeño Puente y Puente de Ntra. Sra.. La segunda, que se llamaba calle del Harpa en la orilla izquierda, calle de la Barillerie en la isla, calle de S. Dionisio en la orilla derecha, Puente de S. Miguel en un brazo del Sena, y Pont-au-Change en el otro; iba desde la puerta de S. Miguel en la Universidad, hasta la puerta de S. Dionisio en la Villa. Pero bajo tantos nombres diversos, siempre eran dos calles solas, pero las dos calles madres, las dos calles generatrices, las dos arterias de Paris. Todas las demas venas de la triple capital nacian ó se sumergian en estas.

Independientemente de estas dos calles principales, diametrales, que cortaban á Paris de parte á parte en su anchura, comunes á la capital entera, la Villa y la Universidad tenian cada cual su calle principal privada, que corria en el sentido de su longitud paralelamente al Sena, y que en su paso cortaba en ángulo recto las dos calles arteriales. Así que, en la Villa bajábase en línea recta de la puerta de S. Antonio á la de S. Honorato; en la Universidad, de la puerta de S. Victor á la de S. German. Estas dos grandes vias, cruzadas con las dos primeras, formaban el carrete sobre el cual descansaba anudado y cruzado en todos sentidos, el enredado ovillo de las calles de Paris. En el ininteligible dibujo de este ovillo, se distinguian ademas, examinándole con atencion, dos canastillos ensanchados, uno en la Universidad, otro en la Villa, dos manojos de calles que iban ensanchándose desde los puentes hasta las puertas.

Todavia subsiste algo de este plan geométrico.

Ahora bien; ¿bajo que aspecto se presentaba este conjunto, visto desde lo alto de las torres de Nuestra Sra., en 1482? Eso es lo que vamos á tratar de describir.

Para el espectador que llegaba desalentado á aquella cima, era la primera sensacion un desvanecimiento general á vista de tantos techos, chimeneas, calles, puente, plazas, agujas y campanarios: todo saltaba á los ojos á la vez, la pared tablada, los te-

Digitized by Google

chos agudos, el torreon suspendido á los ángulos de las paredes, la pirámide de piedra del siglo XI, el obelisco de pizarra del quinceno, la torre redonda y pelada del castillo, la torre cuadrada y bordada de la iglesia, lo grande, lo pequeño, lo macizo, lo aéreo. Perdíase la vista por mucho tiempo en todas las profundidades de aquel laberinto, donde todo era hijo del arte, desde la mas pequeña construccion pintada y esculpida, con su maderámen exterior, su puerta rebajada, sus pisos desnivelados, hasta el régio Louvre que tenia entónces una columnata de torres. Pero hé aquí las principales masas que se distinguian cuando empezaba la vista á familiarizarse con aquella muchedumbre de edificios.

Primeramente la Ciudad : la isla de la Ciudad, como dice Sauval, que, en medio de su hojarasca, tienen alguno que otro rasgo de buen estilo, la *isla de la Ciudad se parece á un gran navio hundido en el cieno y encallado á flor de agua hácia la mitad del Sena*. Acabamos de explicar que en el siglo XV, cinco puentes amarraban este buque á las dos orillas del rio. Esta forma de navio llamó tambien la atencion de los escritores heráldicos, porque de aquí procede sin duda y no del sitio de los normandos, como sostiene Favyn y Pasquier, el navio que blasona el antiguo escudo de Paris : para el que sabe descifrarle, el blason es una álgebra, el blason es un idioma. Toda la historia de la segunda mitad de la edad media está escrita en el blason, como la historia de su primera mitad en el simbolismo de las iglesias bizantinas. Los geroglíficos del feudalismo despues de los de la teocrácia.

Ofrecíase pues la Ciudad á la vista con su popa al levante y su proa al poniente. El que dirigia los ojos hácia la proa, veia delante de sí un rebaño innumerable de viegísimos techos, sobre los cuales anchamente se redondeaba el travesero emplomado de la capilla Santa, semejante á la grupa de un elefante cargado con su torre : solo que por este lado, aquella torre era la aguja mas gallarda, la mas trabajada, la mas menuda, la mas trasparente que dejó jamás entrever el cielo al trasluz de su cono de encage. Delante de Ntra. Sra. desembocaban tres calles en el átrio, formando una hermosa plaza de casas antiguas : al sur de esta plaza se inclinaban la fachada rugosa y acartonada del Hospital y su techo, que parece cubierto de pústulas y de verrugas. A la derecha, á la izquierda, al oriente, al occidente, en aquel recinto, tan estrecho por cierto, de la Ciudad, alzábanse los campanarios de sus veintiuna iglesias de todas fechas, de todas formas, de todos tamaños, desde la baja y carcomida cúpula sajona de S. Dionisio-del-Paso *(carcer Glaucini)* hasta las finas agujas de S.-Pedro-aux-Bœufs y de S. Landry. Detras de Nra. Sra. se extendian, al norte, el claustro con sus galerias góticas; al sur, el palacio semibizantino del obispo; al levante, la punta desierta del Terreno. En aquel hacinamiento de casas distinguia ademas la vista, al ver sus altas mitras de piedra calada que coronaban á la sazon sobre el mismo techo las ventanas mas altas de los palacios, la casa dada por la Ciudad en tiempo de Cárlos VI á Juvenal des Ursins; un poco mas allá, las barracas embreadas del mercado Palus; no lejos de allí, la apside nueva de S. German el viejo, alargada en 1458 con un extremo de la calle aux Febres; y luego, de vez en cuando una encrucijada atestada de gente, una picota levantada en una esquina; un bello pedazo del pavimento de Felipe Augusto, magnífico enlosado listado por los piés de los caballos en medio de la senda, y tan mal reemplazado en el siglo XVI por los miserables guijarros llamados empedrado de la liga; un patio interior desierto con una de aquellas diáfanas torrecillas de la escalera como se hacian en el siglo XV y como se ve una todavia en la calle de los Bourdonnais. En fin, á la derecha de la Capilla Santa, hácia el poniente, ostentaba el Palacio de Justicia en la orilla del rio su grupo de torres. Los arbolados de los jardines del rey que cubrian la punta occidental de la Ciudad, tapaban el islote del Vaquero. Por lo que hace al rio, desde lo alto de las torres de Nra. Sra., no se veia absolutamente por ninguno de los dos lados de la ciudad; el Sena desaparecia bajo los puentes, los puentes bajo las casas.

Y cuando la vista pasaba estos puentes, cuyos ojos verdeaban prematuramente, enmohecidos por los vapores del agua, si se dirigia á la izquierda hácia la Universidad, el primer edificio que divisaba era un ancho y bajo manojo de torres, las del Petit Chatelet, cuyo pórtico devoraba la extremidad del pequeño Puente; y luego si recorria la orilla del levante al poniente, de la Tournelle á la torre de Nesle, veia un largo cordon de casas con sus vigas esculpidas, con sus vidrios de colores, venciéndose de piso en piso hácia el suelo, un interminable zigzag de paredes caseras, cortado frecuentemente por una boca calle y aun acaso de vez en cuando por el frente ó el costado una magnífica casa de piedra, colocada á sus anchuras, ella y sus patios y sus jardines con toda comodidad, entre aquel populacho de casas sofocadas y espachurradas, como un gran señor entre una cáfila de pelagatos. Cinco ó seis habia de estos caserones sobre el muelle desde el palacio de Lorraine, que dividia con el convento de los Bernardinos, el gran recinto inmediato á la Tournelle, hasta el palacio de Nesle, cuya torre principal era uno de los límites de Paris, y cuyos techos puntiagudos estaban en posesion durante tres meses del año de recortar con sus triángulos negros el disco escarlata del sol poniente.

Este lado del Sena era el ménos mercantil de todos, mas bulla metian en él los estudiantes que los artesanos, y no tenia muelle, propiamente hablando, mas que desde el puente de S. Miguel hasta la torre de Nesle. El resto de la orilla del Sena ya era una playa desnuda, como desde los Bernardinos en adelante, ya un amontonamiento de casas que metian los piés en el agua, como entre los dos puentes.

Habia en aquel sitio grande algazara de lavanderas que gritaban, hablaban y cantaban desde por la mañana hasta por la noche, sacudiendo la ropa de firme, como en nuestros dias. No es esto lo ménos divertido de Paris.

La Universidad presentaba á la vista una mole inmensa, formando desde uno á otro extremo un todo homogéneo y compacto. Aquellos mil techos apiñados, angulosos, adherentes, compuestos casi todos del mismo elemento geométrico, presentaban á vista de pájaro el aspecto de una cristalizacion de la misma sustancia. El caprichoso barranco de las calles no cortaba en líneas demasiado desproporcionadas aquella muchedumbre de casas, entre ellas se veian diseminados con bastante igualdad los cuarenta y dos colegios. Las variadas y ricas techumbres de aquellos magníficos edificios eran producto del mismo arte que el de los simples techos, no siendo en resumidas cuentas mas que una multiplicacion elevada al cuadrado, ó al cubo, de la misma figura geométrica : por esta razon complicaban el conjunto sin embrollarle y le completaban sin ofuscarle. La geometría es una armonia. Veíanse tambien algunos magníficos caserones por cima de las pintorescas buhardillas de la orilla izquierda, como la casa de Nevers, el palacio de Roma, el de Reims, que han desaparecido; el palacio de Cluny, que subsiste todavia para consuelo del artista, y cuya torre han cercenado tan estúpidamente hace algunos años. Junto á Cluny, palacio romano, de bellísimos arcos semicirculares, estaban las termas de Juliano. Veíanse tambien numerosas abadías de una hermosura mas

Digitized by Google

devota, de una grandeza mas áustera que la de los palacios, pero no menos bellas, no menos grandes; las que atraian los ojos antes que los demas, eran la de los Bernardinos con sus tres campanarios; santa Genoveva, cuya torre cuadrada, existe aun, nos hace lamentar tanto la destruccion de lo demas; la Sorbona, edificio entre colegio y monasterio, en la que se conserva una nave tan admirable; el bellísimo claustro cuadrilateral de los *Mathurins*; su vecino el claustro de S. Benedicto, en cuyas paredes ha habido tiempo para armar un teatro entre la sétima y la octava edicion de este libro; los Franciscanos con sus tres enormes pisos juxta puestos; los Agustinos, cuya gallarda aguja formaba, despues de la torre de Nesle, el segundo dentellon de Paris, por el lado de Occidente. Los colegios que son en efecto el eslabon intermedio entre el claustro y el mundo, eran un término medio en la série monumental, entre los palacios y las abadías, con una severidad llena de elegancia, una escultura ménos prolija que la de los palacios, y una arquitectura ménos seria que la de los conventos. Casi nada queda ya desgraciadamente de aquellos monumentos en que el arte gótico mediaba con tanta precision entre la riqueza y la economia. Las iglesias (y eran numerosas y espléndidas en la Universidad; y allí tambien se escalonaban todas las edades de la arquitectura, desde los semicírculos de S. Julian hasta las ojivas de S. Severino), las iglesias dominaban el conjunto; y como una armonia mas en aquella masa de armonías, resaltaban á cada instante entre el múltiple festoneo de las agujas acuchilladas, de los campanarios trasparentes, de las torres primorosas, cuya línea no era ademas otra cosa que una magnífica exageracion del ángulo agudo de los techos.

El terreno de la Universidad era montuoso, la montaña de Sta. Genoveva formaba en él una enorme ampolla, y era cosa de ver desde lo alto de Ntra. Sra. aquella multitud de calles estrechas y tortuosas (hoy el pais latino), aquellos racimos de casas que derramadas en todas direcciones desde la cumbre de aquella eminencia, se precipitaban de tropel, y casi perpendicularmente hasta la orilla del agua, pareciendo que unas se caian, que otras se asian para no caer, y que todas se sostenian las unas á las otras. Un flujo contínuo de mil puntos negros que se entrecruzaban por el suelo, daba á este conjunto una mobilidad extraordinaria; aquellos puntos era la gente, vista tambien desde lo alto y de léjos.

En fin, en los intérvalos de aquellos techos, de aquellas agujas, de aquellos accidentes de edificios infinitos que doblaban, torcian y festoneaban de un modo tan singular la línea última de la Universidad, entreveíase de trecho en trecho un musgoso paredon, una ancha torre redonda, una puerta almenada, parecida á una fortaleza; aquella era la cerca de Felipe Augusto. Y mas allá verdeaban las praderas, y mas allá se angostaban los caminos, á lo largo de los cuales veianse rezagadas algunas casas de los arrabales, tanto mas escasas y menudas, cuanto se alejaban mas. Algunos de aquellos arrabales tenian cierta importancia; tales eran, en primer lugar, saliendo de la Tournelle, la aldea de S. Victor, con su puente de un solo ojo sobre el rio Bievre, su abadia donde se leia el epitafio de Luis-el-Gordo, *epitaphium, Ludovici Grossi*, y su iglesia con su torre octógona, flanqueada de cuatro esquilones del siglo XI (aun puede verse una igual en Etampes; todavia no la han derribado); luego la aldea de Saint-Marceau; que ya tenia tres iglesias y un convento; luego, dejando á la izquierda el molino de los Gobelins y sus cuatro paredes blancas, veíase el arrabal de Santiago con la linda cruz esculpida de su encrucijada, la iglesia de Santiago du-Haut-Pas, que era entónces gótica, puntiaguda y bellísima; *Saint Magloire,* soberbia nave del siglo XIV, que convirtió Napoleon en una troje de heno; Nuestra Señora de los Campos, donde habia mosáicos bizantinos. En fin, despues de haber dejado en medio de la llanura el monasterio de los Cartujos, rico edificio contemporáneo del palacio de Justicia con sus jardincillos divididos y las ruinas mal frecuentadas de Vauvert, caia la vista en el occidente sobre las tres agujas sajonas de S. German de los Prados. La aldea de S. German, concejo de consideracion, tenia quince ó veinte calles, el agudo campanario de S. Sulpicio indicaba una de las extremidades de la aldea. Distinguíase inmediato á ella el recinto cuadrilateral de la Feria S. German, donde está hoy el mercado, luego la picota del abad, linda torrecilla redonda, con su montera cónica de plomo; el tejar estaba mas adelante, y la calle del Horno, que conducia al horno de Poya y el molino sobre su terromontero y el hospital de los leprosos, solitaria casuca y mal mirada. Pero lo que mas llamaba y fijaba la atencion, era la abadía. Es seguro que este monasterio que tenia grandes fueros como iglesia y como señorio, este palacio abacial, donde tenian á mucha honra el pasar una noche los obispos de Paris: este refectorio, al que habia dado el arquitecto la ventilacion, la magnificencia y el explendido roseton de una catedral; esta elegante capilla de la Vírgen, este dormitorio monumental, aquellos vastos jardines, aquel rastrillo, aquel puente levadizo, aquel ceñidor de almenas que recortaba la verdura de los campos circunvecinos; aquellos patios en que relucian las corazas de los hombres de armas entre aúreas capas, aquel conjunto agrupado y reunido en torno de tres altas agujas romanas, bien asentadas sobre una abside gótica, formaban un espectáculo magnífico en el horizonte.

Y cuando en fin, despues de haber considerado por largo rato la Universidad, dirigíais los ojos hácia la orilla derecha, á la Villa, el espectáculo cambiaba bruscamente de carácter. La Villa, en efecto, mucho mayor que la Universidad, era tambien ménos uniforme. A la primera ojeada veíasela dividirse en muchas masas singularmente distintas. En primer lugar, al levante, en aquella parte de la ciudad que todavia recibe su nombre del pantáno en que zambulló Camulogenes á César, todo era un hacinamiento de palacios que llegaban hasta la orilla del agua. Cuatro grandes edificios, casi adherentes, Jou, Sens, Barbeau, la casa de la Reina, reflejaban en el Sena sus techos de

Digitized by Google

pizarra coronados de esbeltas torrecillas. Estos cuatro edificios llenaban el espacio comprendido desde la calle de Nonaindieres hasta la abadía de los Celestinos, cuya aguja realzaba primorosamente su línea de puntas y de almenas. Algunos verdosos paredones inclinados sobre el rio delante de aquellos suntuosos palacios, no impedian que se vieran los graciosos ángulos de sus fachadas, sus anchas ventanas cuadradas con dinteles de piedra, sus pórticos ojivos recargados de estátuas, las vivas aristas de sus paredes recortadas con limpieza singular y todos aquellos primorosos caprichos de arquitectura, por los cuales parece que el arte gótico empieza á cada instante nuevas combinaciones. Detras de estos palacios corria en todas direcciones, ya defendido, empalizado y almenado como una ciudadela, ya velado en copudos árboles como una cartuja, el ámbito inmenso y multiforme de aquel peregrino palacio de Saint Pol, donde podia el rey de Francia alojar espléndidamente á veinte y dos príncipes del rango del Delfin y del duque de Borgoña con sus criados y comitiva, sin contar los grandes señores, y al emperador cuando venia á ver Paris y los leones que tenian su palacio aparte en el palacio real. Diremos aquí de paso que la habitacion de un príncipe no constaba entónces de menos de once salas desde el salon de recibir hasta el oratorio, sin contar las galerias, los baños, lavatorio y otros « lugares supérfluos » que abundaban en todas las estancias; sin contar los jardines particulares de cada huésped del rey; sin contar las cocinas, bodegas, despensas, refectorios generales de la servidumbre, los corrales donde habia veinte y dos laboratorios generales, desde el horno hasta la cava; mil especies de juegos, el mallo, la pelota, la sortija, pajareras, estanques, casas de fieras, cuadras, establos, bibliotecas, arsenales y funderías. Hé aquí lo que era entónces el palacio de un rey, un Louvre, un palacio Saint-Pol. Una ciudad dentro de la ciudad.

Desde la torre donde nos hemos colocado, el palacio de Sain-Pol, casi tapado por los cuatro grandes edificios de que acabamos de hablar, era no obstante muy considerable y maravilloso á la vista. Distinguíanse en él muy bien, aunque hábilmente soldados al cuerpo principal con largas galerias de pintados vidrios y sútiles columnas, los tres palacios que amalgamó al suyo Cárlos V; el de Petit-Muce, con la balaustrada de encage que orlaba con gracia su techo; el del Abad de S. Mauro, semejante á una fortaleza, con su torre, sus buhardas, sus troneras, sus falsabragas de hierro, y sobre su ancha puerta sajona el escudo del abad entre las dos cadenas del puente levadizo; y el palacio del conde de Etampes, cuya torre, arruinada en su cima, se arqueaba á la vista, festoneada como la cresta de un gallo; por una parte y otra tres ó cuatro añosas encinas formando ramilletes como enormes coliflores; cisnes en las claras aguas de los viveros en que rielaban las sombras y las luces; numerosos patios pintorescos; las casas de los leones con sus ojivas bajas sobre breves pilares sajones, sus rastrillos de hierro y sus perpétuos rugidos; y en medio de este conjunto la aguja escamosa de la Ave-Maria; á la izquierda la casa del preboste de Paris, flanqueada de cuatro torrecillas labradas con delicadeza; en medio, en el fondo, el palacio Saint Pol propiamente hablando, con sus varias fachadas, sus enriquecimientos sucesivos desde Cárlos V, las excrescencias hibridas de que durante dos siglos le habia ido recargando la caprichosa imaginacion de los arquitectos, con todas las apsides de sus capillas, todas las puntas de sus galerias, mil veletas de cuatro brazos, y sus dos altas torres contiguas cuyo techo cónico, rodeado de almenas en su base, se parecia á los sombreros puntiagudos con el ala retorcida.

Subiendo las gradas de aquel anfiteatro de palacios abierto á lo léjos sobre el terreno, despues de haber salvado un barranco profundo abierto en los techos de la Villa que indicaba el tránsito á la calle de S. Antonio, llegaba la vista al palacio de Angulema, vasta construccion de muchas épocas, donde habia partes nuevas y blancas todavia, que así se unian á aquel conjunto como un remiendo colorado en un vestido azul. El techo, no obstante, singularmente agudo y elevado del palacio moderno, erizado de canales cinceladas, cubierto de planchas de plomo donde giraban en mil fantásticos arabescos brillantes incrustaciones de cobre dorado, aquel techo tan curiosamente embutido, lanzábase con gracia del centro de las sombrias ruinas del antiguo edificio, cuyos viejos torreones, arqueados por el tiempo como toneles aplomándose sobre sí mismos por la fuerza de la edad, y desgarrados de arriba abajo, parecian abultadas panzas desatacadas. Alzábase detras el bosque de agujas del palacio de las Tournelles. No hay en el mundo, ni en Chambord, ni en la Alhambra, perspectiva mas mágica, mas aérea, mas prodigiosa que aquel ramillete de agujas, campanarios, chimeneas, veletas, espirales, roscas, miradores, pabellones, torrecillas agrupadas ó como se decia entónces, torrejones, todas de diferentes formas, tamaños y posiciones, conjunto parecido á un gigantesco aljedrez de piedra.

A la derecha de las Tournelles, aquel manojo de enormes torres de color de tinta, metidas unas dentro de otras, y alineadas, digámoslo así, por un foso circular; aquel torreon con mas troneras que ventanas, aquel puente levadizo siempre alzado, aquel rastrillo siempre caido, es la Bastilla. Aquellas especies de picos negros que salen por entre las troneras, y que de léjos parecen canales, son cañones.

Bajo las bocas de aquellos cañones, al pié del formidable edificio, está la puerta de S. Antonio, que desaparece entre sus dos torres.

Mas allá de las Tournelles hasta la muralla de Cárlos V, desarrollábase con exquisitos compartimientos de flores y de verdura, una rica alfombra de jardines y parques reales, en medio de los cuales revelaba su laberinto de árboles y de alamedas, la presencia del famoso jardin Dédalo que regaló Luis XI á Coictier. Alzábase el observatorio del Doctor encima del laberinto como una ancha columna aislada con una casuca por capitel. En aquella oficina se han hecho terribles astrologías.

Allí está en el dia la plaza Real.

Como acabamos de decir, el barrio de los Palacios, del cual hemos procurado dar una idea al lector aunque no hemos indicado mas que sus puntos principales, llenaba el ángulo que formaba al oriente con el Sena la cerca de Cárlos V. Un monton de casas populares ocupaba el centro de la Villa, porque en él era en efecto donde desembocaban los tres puentes de la ciudad sobre la orilla derecha. Aquel puñado de habitaciones plebeyas, apiñadas como los alveolos ó celdillas en la colmena, tenia su hermosura; sucede con los techos de una ciudad, lo que con las olas de la mar; ambos obgetos presentan un aspecto grandioso. Primeramente las calles, cruzadas y embrolladas, formaban en el conjunto cien figuras particulares; alrededor de los mercados parecian una estrella con mil radios. Las calles de S. Dionisio y S. Martin, con sus innumerables ramificaciones, subian una junto á otra como dos copudos árboles que mezclan sus ramas; y luego serpenteaban por todos lados en líneas tortuosas, las calles de la Platerie, de la Verrerie, de la Tixeranderie, etc. — Tambien alguno que otro soberbio edificio rompia de cuando en cuando la ondulacion petrificada de aquel mar de agudas fachadas: tal era la entrada del Puente-aux-Changeus, detras del cual se veia arremolinarse expumoso el Sena bajo las ruedas del puente de los Molineros; tal era el Chatelet, no ya torre romana como en tiempo de Juliano el apóstata, sino torre feudal del siglo XIII, y de una

Digitized by Google

piedra tan dura que tardaba tres horas el picapedrero en arrancar de ella un pedazo como el puño, tal era el rico campanario cuadrado de Santiago de la *Boucherie*, con sus ángulos atestados de esculturas y admirable ya, aunque no estaba acabado, en el siglo XV. (Faltábanle en particular aquellos cuatro mónstruos que aun hoy, engarabitados en los esconces de sus techos, parecen cuatro esfinges que proponen al nuevo Paris el enigma del antiguo. Rault, el escultor, no los colocó en su sitio hasta en 1526, y se le dieron 20 francos (80 rs.) por su trabajo). Tal era la casa de los Pilares, abierta sobre la plaza de Gréve, de que ya hemos procurado dar alguna idea al lector. : tal era S. Gervasio, chafado despues por una portada de buen gusto; S. Mery, cuyas viejas ojivas eran casi semicírculos; S. Juan, cuya magnífica aguja era proverbial : y tales eran, en fin, otros muchos monumentos que no se desdeñaban de confundir sus maravillas en aquel caos de calles negras, estrechas y profundas. Añádese á esto las cruces de piedra esculpida, mas frecuentes aun en las encrucijadas que los patíbulos; el cementerio de los inocentes, cuyo recinto arquitectónico se veia á lo léjos por cima de los techos la picota de los mercados, cuya cima se divisaba entre dos chimeneas de la calle de la Coffonerie; la escalera de la Croix-du-Trahoir en su encrucijada llena siempre de gente; las casucas circulares del mercado del trigo, las ruinas de la antigua cerca de Felipe Augusto, que se distinguian por acá y por allá, ahogadas entre las casas, torres cargadas de yedra, puertas arruinadas, cortinas de murallas derruidas é informes; el muelle con sus mil tiendas y ensangrentados mataderos; el Sena cubierto de barcos, desde el Port-au-Foin hasta el Fort-l'-Eveque, y podrá formarse el lector una imágen confusa de lo que era en 1482 el trapecio central de la Ciudad.

Con estos dos barrios, uno de palacios, otro de casas, el tercer elemento del aspecto que presentaba la Villa, era una larga zona de abadias que la ceñia en casi todo su circuito, del levante al poniente y que por detrás de la línea de fortificacion que cerraba á Paris, encerrábale en una segunda cerca interior de conventos y de capillas. Así que, inmediatamente junto al parque de Tournelles entre la calle de S. Antonio y la llamada calle vieja del Temple, estaba el convento de Sta. Catalina, con sus inmensos plantíos, limitados por las murallas de Paris. Entre las dos calles, del Temple, la vieja y la nueva, estaba el templo, siniestro manojo de torres, alto, derecho y aislado en medio de un vasto recinto almenado. Entre la calle nueva del Temple y la de S. Martin, estaba la abadia de S. Martin, en medio de sus jardines, soberbia iglesia fortificada, cuyo ceñidor de torres, cuya tiara de campanarios no cedian la palma en fuerza y en esplendor mas que á Saint-German de los Prados. Entre las calles de S. Martin y S. Dionisio se extendia el recinto de la Trinidad; y entre la de S. Dionisio y de Montorgueil, el de Filles-Dieu. Junto á este distinguíanse los techos podridos del ámbito desempedrado de la Corte de los Milagros, único eslabon profano que se mezclaba á aquella devota cadena de conventos.

En fin, el cuarto compartimiento que se dibujaba por sí mismo en la aglomeracion de los techos de la orilla derecha, lo que ocupaba el ángulo accidental de la cerca y la orilla del agua en la direccion de la corriente, era un nuevo nudo de palacios y caserones apiñados al pié del Louvre. El antiguo Louvre de Felipe Augusto, aquel atroz edificio cuya torre mayor tenia en torno de sí veintitres torres maestras, sin contar las torrecillas, parecia desde lejos encajonado en los techos góticos del palacio de Alencon y del pequeño Borbon. Aquella hidra de torres, gigante protectora de Paris con sus veinticuatro cabezas siempre erguidas, con sus monstruosas grupas de plomo ó de pizarra, rielantes de metálicos reflejos, terminaba de un modo sorprendente la configuracion de la Villa al occidente.

Así que, un inmenso monton, lo que los romanos llamaban *ínsula*, de casas plebeyas, flanqueado á derecha é izquierda de dos montones de palacios, coronados, uno por el Louvre, el otro por las Tournelles, circundado al norte de un largo ceñidor de abadias y de cercas cultivadas, el todo amalgamado y fundido á primera vista; sobre estos mil edificios cuyos techos de tejas y de pizarras recortaban unos sobre otros tantas cadenas singulares, los campanarios labrados, trasparentes, iluminados de las cuarenta y cuatro iglesias de la orilla derecha; por enmedio, millares de calles; por límites, á un lado, una cerca de altas murallas de torres cuadradas, (la de la Universidad las tenia redondas) y al otro el Sena cortado con puentes y cubierto de barcos : tal era la villa en el siglo XV.

Mas allá de las murallas, apiñábanse junto á las puertas algunos arrabales, si bien menos numerosos y mas exparramados que los de la Universidad. Detras de la Bastilla, habia veinte paredones amontonados alrededor de las curiosas esculturas de la Cruz-Faubin y de los botaleres de la abadia de S. Antonio de los Campos; detras estaba Popincourt, perdido entre los trigos; luego la Courtille, alegre pueblecillo de tabernas y figones; la aldea de S. Lorenzo con su iglesia, cuyo campanario, visto de lejos, parecia agregarse á las agudas torres de la puerta de S. Martin; el arrabal de S. Dionisio con la vasta cerca de S. Lázaro; fuera la puerta de Montmartre, la Granje-Bateliere; ceñida de blancas murallas; detras de ella, con sus colinas de yeso, Montmartre, que tenia entónces casi tantas iglesias como molinos, y que ya no conserva mas que los molinos, porque la sociedad en el dia no pide mas que el pan del cuerpo. Y en fin, mas allá del Louvre, veíase extenderse por los prados el arrabal de S. Honorato, ya muy considerable entónces, y verdear la Pequeña Bretaña, y desplegarse el mercado de los Puercos, en cuyo centro se arqueaba el terrible horno destinado á quemar á los monederos falsos. Entre la Courtille y S. Lorenzo, ya habia observado la vista del espectador en la cima de una colina acurrucada sobre llanuras desiertas, una especie de edificio, que se parecia de lejos á una columnata derruida, en pié sobre un basamento despeado. No era aquello ni un Partenon, ni un templo de Júpiter olímpico, sino Montfaucon.

Si la enumeracion de tantos edificios, por mas sumaria que hayamos querido hacerla, no ha pulverizado á medida que la construíamos, en la mente del lector, la imágen general del antiguo Paris, reasumiremos en pocas palabras lo que hemos dicho. En el centro, la isla de la Ciudad, semejante en su forma á una enorme tortuga, y sacando sus puentes cubiertos de tejas, como otras tantas patas por debajo de su parda concha de techos. A la izquierda, el trapecio monolito fuerte, denso, herizado de la Universidad; á la derecha el vasto semicírculo de la Villa, mucho mas sembrado que la Ciudad y la Universidad de jardines y monumentos; y las tres partes, Ciudad, Universidad y Villa listadas de infinito número de calles. Por en medio el Sena, «el Sena nutridor», y como dice el P. Du Breul, obstruido de islas, de puentes y de barcos; y todo en derredor, una inmensa llanura con mil especies de cultivos, sembrada de primorosas aldeas, á la izquierda, Yssy, Vanvres, Vaugirard, Montrouge, Gentilly con su torre redonda y su torre cuadrada, etc.; á la derecha, otros veinte, desde Conflans hasta la Ville-l'Eveque; al horizonte una cenefa de colinas colocadas en círculos como el realce de un estanque. Y en fin, á lo lejos, en el oriente, Vincennes, y sus siete torres cuadrangulares, al sur, Bicetre y sus puntiagudas torrecillas; al norte, S. Dioni-

Digitized by Google

sio y su aguja; al occidente S. Cloud y su castillo. Hé aquí el Paris que veian desde lo alto de las torres de Ntra. Sra. los cuervos que vivian en 1482.

De esta ciudad sin embargo dijo Voltaire «que antes de Luis XIV no poseia mas que cuatro buenos monumentos;» el cimborrio de la Sorbona, el Val-de-Grace, el Louvre moderno y no sé que otro... el Luxemburgo tal vez. Esto por fortuna no impide que Voltaire sea el autor del Cándido, y entre todos los hombres que se han sucedido en la larga série de la humanidad, el que mas ha descollado en lo que se llama risa diabólica. Esto prueba ademas que se puede tener mucho talento y no entender una palotada en un arte que no se ha estudiado. No creia Moliere hacer mucho favor á Rafael y á Miguel Angel llamándolos los *Mignards de su siglo*.

Pero volvamos á Paris y al siglo XV.

No era entónces Paris una hermosa ciudad solamente, sino una ciudad homogénea, un producto arquitectural é histórico de la edad media, una crónica de piedra. Era una ciudad formada solo de dos capas, la bizantina y la gótica, porque la romana habia desaparecido hacia mucho tiempo, excepto en las Termas de Juliano, donde aun rompia la ancha corteza de la edad media. En cuanto á la capa célta no se hallaban ya muestras de ella, ni aun siquiera en las escavaciones hechas para abrir los pozos.

Cincuenta años despues, cuando el renacimiento mezcló á esta unidad tan severa y sin embargo tan variada el lujo deslumbrador de sus caprichos y de sus sistemas, sus delirios de semicírculos romanos, de columnas griegas y de basamentos góticos, su escultura tan suave y tan ideal, y su gusto particular de arabescos y de acantos, su paganismo arquitectónico contemporáneo de Lutero, Paris fue tal vez mas bello todavía, si bien menos armónico á la vista y al pensamiento. Pero aquel espléndido momento duró poco, porque el renacimiento no fue imparcial; no se contentó con edificar, quiso demoler; verdad es que necesitaba espacio. Por eso el Paris gótico no estuvo completo mas que un minuto; estaba acabándose Santiago de la Boucherie, cuando ya se empezaba la demolicion del antiguo Louvre.

Desde entónces, la gran capital ha ido perdiendo su forma por dias. El Paris gótico bajo el cual desaparecia el Paris bizantino, ha desaparecido á su vez, ¿pero se sabe qué Paris le ha reemplazado?

Existe el Paris de Catalina de Médicis, en las Tullerias, el Paris de Enrique II, en la casa de la Ciudad, dos edificios notables aun por su gusto; el Paris de Enrique IV, en la plaza real; fachadas de ladrillos con ángulos de piedra y techos de pizarra; casas tricolores; el Paris de Luis XIII, en el Val-de-Grace; una arquitectura aplastada y rechoncha, bóvedas por el estilo de las asas de los cestos, y no sé que de panzudo en las columnas, y de jorobado en la media naranja; el Paris de Luis XIV en los Inválidos; grande, rico, dorado y frio; el Paris de Luis XV en S. Sulpicio; volutas, lazos, cintas, nubes, fideos y escarolas, todo de piedra, el Paris de Luis XVI en el Panteon, S. Pedro de Roma mal copiado; el Paris de la República, en la escuela de medicina; pobre gusto griego y romano que se parece al coliseo y al partenon, como la constitucion del año III á las leyes de Minos; llámase en arquitectura el busto mesidor el Paris de Napoleon, en la plaza Vendome; este Paris es sublime; una columna de bronce hecha con cañones; y el Paris de la Restauracion en la Bolsa; una columnata muy blanca que sostiene un friso muy lustroso: todo es cuadrado, y ha costado veinte millones de francos.

A cada uno de estos monumentos característicos van anejas, por cierta simpatia de forma y manera, una cierta cantidad de casas esparcidas en varios cuarteles, y que fácilmente distingue y clasifica por fechas la vista del inteligente. El que sabe ver las cosas adivina el espíritu de un siglo y el carácter de un rey con sol ver una aldaba de una puerta.

El Paris actual no tiene por consiguiente ninguna fisonomia general, y redúcese á una coleccion de muestras de muchos siglos, y las mejores han desaparecido. La capital no aumenta mas que en casas, ¡y qué casas! Al paso que va Paris es posible que se renueve de cincuenta en cincuenta años; y por eso la significacion histórica de su arquitectura va desapareciendo por dias. A cada paso son menos frecuentes en él los monumentos y no parece sino que se ve irse poco á poco ahogando entre las casas. Nuestros padres tenian un Paris de piedra; nuestros hijos tendrán un Paris de yeso.

En cuanto á los monumentos modernos del nuevo Paris, nos dispensamos hablar de ellos, y no seguramente porque no les tributemos la condigna admiracion. La Sta. Genoveva de Mr. Soufflot es á punto fijo el mas elegante pastel de Saboya que han construido en piedra los humanos: el palacio de la Legion de Honor es tambien un bocado de pasteleria muy exquisito. El cimborrio del Mercado del trigo es un casquete de Jockey ingles sobre una escalera muy larga. Las tórres de S. Sulpicio son dos enormes clarinetes, lo que constituye una forma como otra cualquiera; el telégrafo, estevado y gesticulador, forma un amable accidente en su techumbre. S. Roque tiene una portada que solo es comparable, en punto á magnificencia, á Santo Tomas de Aquino; tiene tambien un calvario corcovado en un sótano, y un sol de madera dorada: cosas todas en alto grado maravillosas. La linterna del laberinto del Jardin de Plantas es tambien muy ingeniosa. En cuanto al palacio de la Bolsa, que es griego por su columnata; romano por sus arcos semicirculares, del renacimiento por su gran bóveda rebajada, no se puede negar que es un monumento muy correcto y muy puro; y la prueba es que le corona un ático como no los habia en Atenas, bella línea recta graciosamente cortada aquí y allá con cañones de estufas. Añadamos que si es de ley que la arquitectura de un edificio esté tan bien adaptada á su destino que este se revele inmediatamente á la simple inspeccion del edificio, no hay admiracion que baste para contemplar un monumento que puede ser indiferentemente un palacio de rey, una cámara de Diputados, una Casa de la Ciudad, un colegio, un picadero, una academia, una aduana, un tribunal, un museo, un cuartel, un sepulcro, un templo, un teatro. Por el pronto es una lonja. Un monumento ademas debe ser correspondiente al clima, y este evidentemente ha sido construido exprofeso para nuestro cielo frio y lluvioso, pues tiene un techo casi plano como en Oriente, por lo cual en invierno, cuando nieva, hay que barrer el techo: nadie ignora que los techos se hacen para ser barridos. En cuanto al uso que ántes digimos, no puede desempeñarle mejor; es lonja en Francia como hubiera sido templo en Grecia. Verdad es que no le ha costado poco trabajo al arquitecto esconder el reloj que hubiera destruido la pureza de las bellas líneas de la fachada; pero tenemos en cambio aquella columnata que circunda el monumento, y bajo la cual, en los grandes dias de solemnidad religiosa, puede desarrollarse magestuosamente la procesion de los agentes de cambio y de los corredores de comercio.

No hay duda que son estos que decimos unos soberbios monumentos. Agréguense á ellos una multitud de calles entretenidas y variadas como la calle de Rívoli, y no perdamos la esperanzas de que Paris, á vista de pájaro, llegue á presentar algun dia aquella riqueza de líneas, aquella opulencia de detalles, aquella diversidad de aspectos, y aquel no sé qué de grandioso en su sencillez y de sorprendente en su belleza que caracterizan á un tablero de damas.

Sin embargo, por admirable que nos parezca el Paris del dia, construyamos en nuestro pensamiento

Digitized by Google

el Paris del siglo xv; miremos el cielo al trasluz de aquel laberinto singular de agujas, de torres y de campanarios; derramemos en medio de la inmensa ciudad, quebremos en la punta de las islas, dobleguemos en los ojos de los puentes del Sena con sus anchos charcos verdes y amarillos, mas variables que la piel de una serpiente; destaquemos con limpieza sobre un horizonte azul el perfil gótico del viejo Paris, hagamos flotar su contorno en una bruma de invierno que se engancha en sus infinitas chimeneas; sumergámosle en una noche profunda, y consideremos el juego singular de las tinieblas y de las luces en aquel sombrío laberinto de edificios; derramemos sobre él un rayo de la luna que le dibuje confusamente, y hagamos resaltar de entre la niebla las grandes cabezas de sus torres ó consideremos esta negra silueta; bañemos en sombra los mil ángulos agudos de las agujas y de las fachadas, y veámosla destacarse mas festoneada que la mandíbula de un tiburon, sobre el cielo dorado de Occidente. — Y en seguida, comparemos.

Y si queremos recibir de la antigua ciudad una impresion que en vano buscaríamos en la moderna, subamos una mañana de gran festividad al salir el Sol de Pascua ó de Pentecostes, subamos á algun punto elevado desde donde dominemos la capital entera, y oigamos el primer repiqueteo de las campanas. Veamos á una señal que viene del cielo, porque el sol es el que la dá, extremecerse á la vez aquellas mil iglesias. Oyense primero campanadas sueltas, que van de una iglesia á otra como cuando prueban los músicos sus instrumentos para empezar: y luego repentinamente, veamos, porque parece que en ciertos momentos tambien el oido tiene su vista particular, veamos alzarse en el mismo instante de cada campanario, como una columna de ruido, como una humarada de armonia. Al principio, la vibracion de cada campana sube recta, pura y por decirlo así, aislada de las otras, al expléndido cielo de la mañana; luego, poco á poco, ahuecándose se confunden, se borran unas con otras, se amalgaman en un magnífico concierto. Y ya no se oye mas que una masa de vibraciones sonoras que se desprende sin cesar de los innumerables campanarios, que flota, ondea, rebota, hierve sobre la ciudad y prolonga muy mas allá del horizonte el círculo atronador de sus oscilaciones. Pero aquel mar de armonia no es un caos: por mas tempestuoso y profundo que sea, no ha perdido su trasparencia; vése en él serpentear aparte cada grupo de notas que se exhala de los campanarios. En él se puede seguir el diálogo, ya grave, ya chillon, de la carraca y del órgano; se ven saltar las octavas de un campanario á otro; se las ve lanzarse aladas, lijeras y agudas de la campanilla de plata, caer quebrantadas y cojas del esquilon de madera; admírase en medio de ellas el rico diapason que baja y sube sin cesar de las siete campanas de S. Eustaquio; vénse circular por en medio las notas claras y rápidas que hacen tres ó cuatro eses luminosas, y se desvanecen como relámpagos. Allí está la abadía de S. Martin cantora ágria y cascada; allí la voz siniestra y tétrica de la Bastilla; mas allá, la ancha torre del Louvre con su voz de bajo. La régia campana del palacio arroja de continuo á todos lados sus brillantes trinos sobre los cuales caen en uniforme cadencia los pesados golpes de la campana de Ntra. Sra. que los hacen retumbar como el yunque bajo el martillo. Por intérvalos se ven pasar sonidos de todas formas que vienen del triple repiqueteo de S. German de los Prados, y luego ademas, de cuando en cuando, esta masa de voces sublimes se entreabre y da paso á la *stretta* del Ave María, que estalla y chispea como un penacho de estrellas. Debajo, en lo mas profundo del concierto, distingue el oido confusamente el canto interior de las iglesias que traspira por los vibrantes poros de sus bóvedas. — Cierto que es esta una ópera que merece la pena de ser escuchada. Por lo general, el rumor que se exhala de Paris durante el dia es que la ciudad habla; de noche, es que la ciudad respira; ahora es que la ciudad canta. Prestemos el oido á este tuttí de campanarios; derramemos sobre el conjunto el eco de medio millon de hombres, el eterno murmullo del rio, los soplos infinitos del viento, el cuarteto grave y lejano de los cuatro bosques colocados en las colinas como inmensos cañones de órganos; suprimamos en él, como en una media tinta, los sonidos demasiado roncos ó demasiado agudos del repiqueteo central, y digan todos si conocen en el mundo algo mas rico, mas jubiloso, mas dorado, mas deslumbrador, que este tumulto de torres y de campanas; que este horno de música; que estas diez mil voces de bronce cantado á la vez en flautas de piedra de trecientos piés de extension; que esta ciudad convertida en una inmensa orquesta; que esta sinfonia tonante como una tempestad.

LIBRO CUARTO.

I.

LAS BUENAS ALMAS.

Dieciseis años hacia en la época en que pasa esta historia, que en una hermosa mañana del Domingo de Quasimodo, fué depositada una criatura viva, despues de la misa, en la iglesia de Ntra. Señora, sobre la tabla clavada en el átrio, á mano izquierda, frente por frente de aquella grande imágen de San Cristobal, que la estátua esculpida en piedra del señor Antonio de Essarts, caballero, contemplaba de rodillas desde el año 1413, hasta que el santo y el fiel han sido juntamente derribados de los sitios que ocupaban. Sobre aquella especie de tablado era costumbre ofrecer á la caridad pública los niños expósitos; cargaba allí con ellos el primero á quien se le antojaba hacerlo. — Delante del tablado habia una bandeja de cobre para las limosnas.

La especie de ser viviente que yacia en aquel sitio en la mañana de Quasimodo, en el año del Señor 1467, parecia excitar en muy alto grado la curiosidad del grupo no poco considerable que se habia aglomerado alrededor del tablado. Formaban el grupo casi exclusivamente personas del bello sexo, pero casi todas bastantes ancianas.

En la primera fila y entre las mas inclinadas sobre el tablado, veíanse cuatro, cuyos monjiles grises claramente anunciaban que pertenecian á alguna devota cofradia. No veo por que razon no ha de trasmitir la historia á la posteridad los nombres de aquellas cuatro discretas y venerables señoritas. Eran, pues, las tales, Inés la Herme, Juana de la Tarme, Enriqueta la Gualteire, la Gauchére la Violette, las cuatro viudas buenas mujeres las cuatro de la capilla Ettiene-Haudry, que salieron de la casa con permiso de su superiora, conforme á los estatutos de Pedro de Ailly, para ir á oir el sermon.

Aunque si aquellas dignas ancianas observaban á la sazon los estatutos de Pedro de Ailly, violaban en cambio sin reparo los de Miguel de Brache y del cardenal de Pisa, que tan inhumanamente las prescribian el silencio.

— ¿Que quiere decir esto, hermána? decia Inés á Gauchére, considerando la criatura expósita que berreaba y se retorcia sobre el tablado, asustada de tantas miradas fijas en ella.

— ¿Que vá á ser de nosotras, decia Juana, si hacen así los muchachos en el dia?

— Yo por mi entiendo poco de criaturas, añadia Inés, pero debe ser un pecado mirar á esta.

— Esto no es una criatura, Inés.

Digitized by Google

—Es un mono contrahecho, observaba Gauchére.

—Es un milagro, repuso Enriqueta la Gualtiere.

En ese caso, observó Inés, este es el tercero desde el domingo de Lœtare; porque aun no hace ocho dias que tuvimos el del que hacia burla de los peregrinos castigados por Ntra. Sra. de Auberoilliers y ya era el milagro segundo del mes.

—Esto que se llama niño expósito es un verdadero mónstruo de abominacion, añadió Juana.

—Es capaz de dejar sordo á un chantre con sus berridos, prosiguió Gauchére. —¡Calla chillon!

—¡Y pensar que el señor obispo de Reims es quien envia esta enormidad al señor obispo de Paris! añadia la Gualtiere, cruzando las manos.

—Yo sospecho decia Inés la Herme que será un avechucho, un animal, el producto de un judio y de una marrana; algo en fin que no es cristiano, y que es menester echar al agua ó al fuego.

—Estoy segura, dijo la Gualtiere, que nadie vendrá á recojerle.

—¡Jesus, ¡Dios mio! exclamó Inés, y esas pobres nodrizas que están en la inclusa al fin de la callejuela bajando al rio, allí juntito al palacio del señor obispo! si las llevasen para criar este mónstruo! mejor daria yo de mamar á un vampiro.

—¡Que inocente es esta pobre la Herme! repuso Juana; pues no veis, hermana, que este mónstruo tiene por lo menos cuatro años, y que apeteceria menos vuestras mamas que un cabrito asado.

No era en efecto un recien nacido «aquel mónstruo». (Mal pudiéramos nosotros calificarle con otro nombre.) Era el tal ni mas ni ménos que una pequeña masa muy angulosa y movediza, empaquetado en un saco de lienzo con un rótulo impreso al nombre del Sr. Guillermo Chartier, obispo de Paris á la sazon, con una cabeza saliente. Esta cabeza era cosa bastantemente disforme; solo se veian en ella un bosque de pelos rojos, un ojo, una boca y dientes. El ojo lloraba, la boca berreaba, y los dientes hubieran mordido de buena gana; y el todo se revolvia en el talego con notable estupefaccion del gentío que aumentaba y se renovaba sin cesar en derredor.

La señora Aloisa de Gondelaurier, dama noble y rica que llevaba de la mano á una preciosa niña de como hasta seis años, y arrastraba un largo velo pendiente de la aurea aguja de su peinado, detúvose al paso delante del tablado, y consideró por un momento á la desventurada criatura, mientras su linda hija Flor de Lis deletreaba con ayuda de su diminuto dedo el rótulo permanente enganchado en aquel lugar: NIÑOS EXPÓSITOS.

—Vaya, dijo la señora volviendo la cara con repugnancia, yo pensaba que no se exponian aquí mas que criaturas.

Volvió entónces la espalda, echando en la bandeja un florin de plata que resonó entre los ochavos, é hizo abrir los ojos como el puño á las pobres viejas de la capilla Etienne-Haudry.

Pasó un momento despues el grave y erudito Roberto Mistricolle, protonotario del Rey, con un enorme misal en un brazo, y su mujer en el otro (la señorita Guillemette la Mairesse), colocado de este modo entre sus dos cánones, el espiritual y el temporal.

—¡Niño expósito! dijo despues de haber examinado el objeto, expósito al parecer en la orilla del rio Flageton.

—No se le vé mas que un ojo, observó la señorita Guillemette; tiene encima del otro una verruga.

—No es una verruga respondió maese Roberto Mitriscolle; es un huevo que contiene otro demonio semejante á este, el cual contiene otro huevecillo que contiene otro diablo y así sucesivamente.

—¿Como lo sabeis? preguntó Guillemette la Mairesse.

—Lo sé facultativamente, respondió el protonotario.

—Señor protonotario, preguntó Gauchére, ¿que pronostica vuestra merced de este pretendido niño expósito?

—Las mas inminentes desgracias, respondió Mistricolle.

—¡Ay, Dios mio! dijo una vieja en el auditorio; y añádase á eso que ha habido una terrible peste el año pasado, y que se dice van los ingleses á desembarcar en Harefleu.

—Y puede que eso impida que venga la reina á Paris en el mes de setiembre. ¡El comercio ya va tan mal!...

—Pienso, exclamó Juana de la Tarme, que mas valdria para los habitantes de Paris que este pequeñuelo nigromántico estuviese tendido sobre una hoguera que sobre un tablado.

—¡Una buena hoguera flamante! añadió la vieja.

—Eso seria lo mas prudente, dijo Mistricolle.

—Hacia algunos momentos que estaba escuchando los raciocinios de las viejas y las sentencias del protonotario un jóven sacerdote, de semblante severo ancha frente, y mirada profunda. Separó sin decir palabra á la gente; examinó al pequeño nigromántico y extendió la mano sobre él, muy á tiempo en efecto, porque ya todas las devotas se relamian el hocico de gusto pensando en la buena hoguera flamante.

—Yo adopto este niño, dijo el sacerdote.

Tomóle bajo su sotana, y se lo llevó, seguido de las

Digitized by Google

atónitas miradas del concurso. Un momento despues ya habia desaparecido por la Puerta Colorada que conducia entónces de la iglesia al claustro.

Pasada la primera sorpresa, acercóse Juana de la Tarme al oido de la Gualtiere.

—Bien decia yo, hermana, que ese clérigo Don Claudio Frollo, tan jovencito, tiene sus puntas de hechicero.

II.

CLAUDIO FROLLO.

En efecto, Claudio Frollo no era un personaje vulgar.

Pertenecia á una de aquellas familias de la clase media que en el impertinente lenguaje del siglo pasado se llamaba indiferentemente alta plebe ó pequeña nobleza. Esta familia habia heredado de los hermanos Paclet el feudo de Tirechape, que dependia del obispo de Paris y cuyas veintiuna casas habian sido en el siglo XIII objeto de tantos pleitos y desavenencias. Como posesor de aquel feudo, Claudio Frollo era uno de los veintiocho señores aspirantes á censual en Paris y sus arrabales; y por mucho tiempo ha podido verse su nombre inscrito como tal entre el palacio de Taucanville, perteneciente á maese Francisco Le Rez, el colegio de Tours en el cartulario depositado en S. Martin de los Campos.

Claudio Frollo habia sido destinado desde su primera infancia por sus padres al estado eclesiástico. Habíanle enseñado á leer cosas escritas en latin, y bajar los ojos y hablar con mesura. Todavia niño encerróle su padre en el colegio de Torchi en la Universidad, donde se crió devotamente sobre el misal y el lexicon.

Quasimodo.

Era por lo demas un muchacho triste, grave, serio que estudiaba con ardor y aprendia pronto; no ponia el grito en el cielo en las horas de recreo, se mezclaba poco á las bacanales de la calle del Fouarre, no sabia lo que era *dare alapas et capillos laniare*, y en nada habia figurado en aquella sarrazina de 1463 que

Digitized by Google

los analistas califican gravemente de: «Sexta revuelta de la Universidad.» Rara vez le sucedia burlarse de los pobres estudiantes de Montaigu por las monteras de donde tomaban su nombre, ó de los colegiales de beca por su tonsura lisa y manteos de tres colores, verde, azul y morado, *azurini coloris et bruni*, como dicen los reglamentos del cardenal de las Cuatro Coronas.

Pero en cambio asistia perenne á las grandes y pequeñas aulas de la calle de S. Juan de Beauvais. El primer estudiante que veia, pegado enfrente de su cátedra á un pilar de la escuela de S. Vendregesilo, el abad de S. Pedro de Val, en el momento de empezar su lectura de derecho canónico era Claudio Frollo, armado de su tintero de cuerno, escribiendo sobre su lustrosa rodilla y soplándose los dedos. El primer oyente que el Sr. Miles de Isliey doctor en derecho, veia llegar todos los lunes por la mañana desalentado al abrirse las puertas de la escuela del Chef-Saint-Denis, era Claudio Frollo. De modo que á los diez y seis años hubiera podido el jóven estudiante tenérselas tiesas en teología mística con un padre de la Iglesia; en teologia canónica, con un padre de los concilios; en teologia escolástica, con un doctor de la Sorbona.

Pasada la teología, precipitóse en el décreto: desde el maestro de las Sentencias cayó á las capitulares de Carlo Magno; y en su apetito de ciencia, devoró sucesivamente decretales sobre decretales, las de Teodoro, obispo de Hispalis, las de Bouchard obispo de Wornes, las de Ievs, obispo de Chartres, luego el decreto de Graciano que sucedió á los capitulares de Carlo Magno; luego la recopilacion de Gregorio IX; luego la epístola *Super spécula* de Honorio III. Hízose claro y familiar aquel vasto y tumultuoso período del derecho civil y del derecho canónico, en lucha y en elaboracion en el caos de la edad media, período que abre el obispo Teodoro en 618, y que cierra en 1227 el papa Gregorio.

Digerido el decreto, engolfóse en la medicina, en las artes liberales: estudió la ciencia de las yerbas, la ciencia de los ungüentos; llegó á ser experto en las calenturas y en las contusiones, en las heridas y en los tumores. Santiago de Espars le hubiera recibido médico físico, Ricardo Hellain, médico cirujano. Recorrió igualmente todos los grados de la licencia, magisterio, doctorado: estudió las lenguas, el latin, el griego, el hebreo, triple santuario muy poco frecuentado entónces: era aquella una verdadera fiebre de adquirir y atesorar en punto á ciencia. A los diez y ocho años, estaba ya examinado en las cuatro facultades; pensaba el jóven que la vida no tenia mas que un fin: saber.

En esta época con corta diferencia fue cuando el excesivo calor del verano en 1466 produjo aquella gran peste que arrebató mas de cuarenta mil personas en el vizcondado de Paris, y entre otras, dice Juan de Troyes «á maese Arnoul, astrólogo del rey que era muy hombre de bien, sábio y discreto.» Corrieron voces en la Universidad de que la calle Tirechape era una de las mas azotadas por la peste, y en ella es donde residian, en medio de su feudo, los padres de Claudio. Corrió temblando el jóven á la casa paterna, y cuando llegó á ella, supo que habian muerto el dia anterior su padre y su madre. Un hermanito suyo, tan niño que aun mamaba, vivia aun y lloraba abandonado en su cuna. Esto es todo lo que quedaba á Claudio de su familia: cogió el jóven al niño entre sus brazos, y salió pensativo de aquel lugar de desolacion. Hasta entónces no habia vivido mas que en la ciencia; ya empezaba á vivir en la vida.

Fue aquella catástrofe una crisis en la existencia de Claudio. Huérfano, hermano mayor, gefe de familia á diez y nueve años, tuvo que pasar en violenta transicion de las meditaciones de la escuela á las realidades de la vida. Movido entónces á compasion, sintió una ternura profunda hácia aquel niño, su hermano; ¡cosa extraña y dulce! un afecto humano en aquel que nunca habia amado mas que los libros.

Desarrollóse aquel afecto hasta un grado singular; en un alma tan nueva como aquella, fue como un primer amor. Separado desde la infancia de sus padres, á quienes apénas habia conocido, encerrado en un claustro y como emparedado en sus libros, ansioso ante todas cosas de estudiar y de aprender, atento exclusivamente hasta entónces á su inteligencia que se dilataba con el estudio, á su imaginacion que crecia con las letras, el pobre estudiante no habia tenido tiempo todavía para sentir el lugar de su corazon. Aquel hermanito, sin padre ni madre, aquella tierna criatura que le caia impensadamente del cielo entre los brazos, hizo de él otro hombre; conoció entónces que habia otra cosa en el mundo á mas de las especulaciones científicas de la Sorbona, y de los versos de Homero; que el hombre necesita afecciones dulces; que la vida sin ternura y sin amor no es mas que un mecanismo seco, áspero y destemplado. Solamente se figuró, porque aun estaba en la edad en que á las ilusiones no suceden mas que otras ilusiones, que los afectos de sangre y de la familia eran todo lo que necesita el alma, y que su amor á un tierno hermano bastaba para llenar toda su existencia.

Precipitóse, pues, en el amor de su Juanito con la pasion de un carácter profundo, ardiente, concentrado. Aquella pobre y débil criatura, linda, rubia, rosada y pura, aquel huérfano, sin mas apoyo que el de otro huérfano, le conmovia hasta el fondo de sus entrañas, y grave pensador, como lo era, empezó á meditar sobre aquel niño con una misericordia infinita. Amóle y cuidó de él como de una cosa muy frágil y delicada, y fue para aquella criatura mas que un hermano, fue una madre.

Cuando perdió el niño Juan á su madre mamaba todavia; Claudio le tomó una nodriza. Ademas del feudo de Tirechape, heredó de su padre el feudo del Molino, dependiente de la torre cuadrada de Chantilly; era aquel un molino situado sobre una colina, junto al castillo de Winchestre (hoy Bicetre). La molinera estaba criando á un robusto niño, y aquel sitio no estaba léjos de la Universidad; Claudio la llevó el mismo su hermanito.

Desde entónces, viéndose ya con obligaciones, meditó sériamente acerca de la vida, el recuerdo de Juanito, fue no solo el estímulo, sino el objeto de sus estudios. Resolvió consagrarse todo entero á un porvenir de que debia responder delante de Dios, y no tener jamas otra esposa, otro hijo que la felicidad y la suerte de su hermano. Decidióse, pues, mas que nunca por su vocacion eclesiástica; su mérito, su sabiduria, su calidad de vasallo inmediato del obispo, le abrian de par en par las puertas de la iglesia. A los veinte años, por dispensa expecial de la santa sede, ya era sacerdote y decia misa, como el mas jóven de los capellanes de Ntra. Sra., en el altar que se llama, á causa de la misa tardía que en él se dice, *altare pigrorum*.

Y allí, sumergido mas que nunca en sus amados libros, de que no se separaba mas que para ir á pasar una hora en el feudo del Molino, aquella mezcla de saber y de austeridad, tan rara en su edad, no tardó en grangearle el respeto y la admiracion del claustro. Del claustro pasó al pueblo su reputacion de sábio, donde, cosa entónces frecuente, habíase casi cambiado, en renombre de hechiceria.

Un dia, pues, el domingo de Quasimodo, en que volvia de decir su misa de los perezosos, en su altar que estaba junto á la puerta del coro, á la derecha inmediato á la imágen de la Vírgen, llamó su atencion el grupo de que antes hablamos, de las viejas apiñadas al rededor del tablado de los niños expósitos.

Digitized by Google

Acercóse entónces á la pobre criatura tan aborrecida y amenazada. Aquella miseria, aquella deformidad, aquel abandono, el recuerdo de su hermano, la idea que de repente agitó su imaginacion de que si él moria, su amado Juanito podria tambien ser arrojado en el átrio de los niños expósitos, todas aquellas sensaciones se agolparon en su corazon; sintió una compasion profunda y llevóse la criatura.

Luego que sacó á aquel muchacho del saco, le halló muy horrible en efecto. El pobre diablillo tenia una berruga sobre el ojo izquierdo, la cabeza enterrada en los hombros, arqueada la columna vertebral, el esternón prominente y las piernas torcidas; pero parecia vivaracho, y aunque no era fácil saber que lengua era la que berreaba, sus gritos anunciaban fuerza y salud. Aquella fealdad aumentó la compasion de Claudio, é hizo voto en el fondo de su corazon de criar á aquel niño por el amor de su hermano, á fin de que cualesquiera que fuesen en lo sucesivo las faltas de Juanito, tuviese en su favor aquella limosna hecha por él y para él. Era aquella una especie de imposicion de buenas obras que efectuaba en nombre de su hermano; una provision de buenas acciones que queria reunirle de antemano, para el caso de que algun dia llegára á hallarse no muy sobrado el picaruelo de aquella moneda, la única que se recibe en el portazgo del cielo.

Bautizó á su hijo adoptivo y llamóle Quasimodo, ya porque quisiese señalar así el dia en que le habia hablado, ó ya por caracterizar con aquel nombre hasta que punto era la pobre criatura incompleta y apénas bosquejaba. En efecto, Quasimodo, tuerto, jorobado y patizambo no era ni mas ni ménos que un con corta diferencia.

III.

INMANIS PECORIS CUSTOS, INMANIOR IPSE.

En 1482 ya habia crecido Quasimodo. Muchos años hacia ya que era campanero de Ntra. Sra. merced á su padre adoptivo Claudio Frollo, el cual habia llegado á ser arcediano de Jósas, merced á su Sr. feudal el Sr. Luis de Beaumont, el cual habia llegado á ser obispo de Paris en 1472 á la muerte de Guillermo Chartier, merced á su Mecenas Oliveros el Gamo, barbero del rey Luis XI por la gracia de Dios.

Quasimodo era pues campanero de Ntra. Sra.

Habia llegado á formarse con el tiempo no sé que union íntima entre la iglesia y el campanero. Separado para siempre del mundo por la doble fatalidad de su nacimiento desconocido, y de su disforme naturaleza, encerrado desde su infancia, en aquel doble círculo intraspasable, el infeliz se habia acostumbrado á no ver nada en el mundo mas allá de las religiosas paredes que le habian albergado en su sombra. Ntra. Sra. habia sido sucesivamente para él, á medida que crecia y se desarrollaba, el huevo, el nido, la casa, la patria, el universo.

Y es seguro que habia una especie de armonia misteriosa y preexistente entre aquella criatura y aquel edificio. Cuando pequeñuelo todavía, arrastrábase tortuosamente y á gatas en las tinieblas de sus bóvedas, parecia, con su semblante humano y sus miembros bestiales, el reptil natural de aquellas losas húmedas y sombrías sobre las cuales proyectaban tantas formas singulares las sombras de los capiteles bizantinos.

Y despues, la primera vez que se asió maquinalmente á la cuerda de las torres, que se colgó á ella y puso en movimiento la campana, parecióle á Claudio, su padre adoptivo, que el niño empezaba á hablar.

Así fue como poco á poco, desarrollándose siempre en el de la catedral, viviendo, durmiendo en seno, no saliendo de ella casi nunca, y recibiendo á todas horas su misteriosa presion, llegó á serle semejante, á incrustarse en ella por decirlo asi, á ser su parte integrante. Sus ángulos salientes se encajan (permítasenos esta figura) en los ángulos entrantes del edificio, y parecia, no solo su habitante, sino hasta su contenido natural: casi pudiera decirse que habia tomado su forma como toma el caracol la de su concha. Aquella era su habitacion, su agujero, su envoltura. Existian entre él y la vieja catedral una simpatia instintiva tan profunda, tantas afinidades magnéticas, tantas afinidades materiales, que estaba en ella como la tortuga en su concha. La rugosa catedral era su corteza.

Inútil será advertir á nuestros lectores que no tomen al pié de la letra las figuras que tenemos que emplear aquí para expresar aquel ayuntamiento singular simétrico, inmediato, casi consubstancial, de un hombre y de un edificio: inútil será tambien decir hasta que punto se habia hecho familiar a toda la catedral en una tan larga é íntima cohabitacion. Aquella morada le era propia, no habia en ella profundidad en que no hubiese penetrado Quasimodo, ni altura que no hubiese escalado; muchas veces le acontecia trepar por toda la fachada hasta inmensas elevaciones, con solo la ayuda de las asperezas de la escultura. Las torres sobre cuya superficie exterior se le veia con frecuencia rastrear como un sapo que se desliza por una pared perpendicular, aquellas dos gigantes, gemelas, tan altas, tan peligrosas, que tanto espanto causaban, no tenian para él ni vértigos, ni terrores, ni sacudidas de atolondramiento. Al verlas tan suaves bajo sus manos, tan fáciles de escalar, parecia que las habia domesticado: y era que á fuerza de saltar, de trepar, de retozar en medio de los abismos de la gigantesca catedral, habia adquirido algo de mico y cabra juntamente, como los niños de Calabria, que nadan ántes de andar, y juegan de pequeñuelos con la mar.

Ademas, no solo se habia su cuerpo amoldado á la forma de la catedral, sino su alma tambien. ¿En que estado se hallaba aquella alma? ¿que pliegue habia tomado en aquella corteza nudosa, en aquella vida silvestre? Difícil seria determinarlo. Quasimodo habia nacido tuerto, jorobado, cojo, y solo á fuerza de mucho trabajo y paciencia habia logrado Claudio Frollo enseñarle á hablar. Pero una fatalidad perseguia al pobre expósito. Campanero de Ntra. Sra. á los catorce años, una nueva enfermedad habia venido á completar su infortunio; las campanas le habian roto el tímpano, y quedó sordo. La única puerta que la naturaleza le habia dejado abierta en este mundo, habíase cerrado de improviso para siempre.

Cerrándose, interceptó el único rayo de alegria y de luz que penetraba aun en el alma de Quasimodo; aquella alma cayó en una noche profunda: la melancolia del miserable se hizo incurable y completa como su deformidad. Añádase á esto que su sordera le hizo mudo en cierto modo; porque, para no ser el hazme reir de los demas, desde el momento en que se vió sordo, determinóse á un silencio obstinado que casi no rompia sino cuando estaba solo: ató voluntariamente aquella lengua que con tanto trabajo habia desatado Claudio Frollo. Y de aquí provenia que cuando la necesidad le precisaba hablar, su lengua estaba embotada, torpe, como una puerta cuyos goznes están cubiertos de orin.

Si intentáramos ahora penetrar hasta el alma de Quasimodo á traves de aquella corteza dura y espesa; si pudiéramos sondear las profundidades de aquella organizacion contrahecha; si nos fuera dado mirar con una antorcha detras de aquellos órganos sin trasparencia, explorar el interior tenebroso de aquella criatura opaca, iluminar sus oscuros rincones, absurdas cavidades y echar de repente una luz viva sobre la psiquis encadenada en el fondo de aquella ca-

Digitized by Google

verna, seguramente hallaríamos á la desdichada en alguna actitud pobre, acurrucada y raquítica como aquellos prisioneros de los calabozos de plomo venecianos, que envejecian plegados en una caja de piedra demasiado baja y estrecha.

Es indudable que el alma se atrofía en un cuerpo defectuoso: Quasimodo sentia apénas moverse ciegamente dentro de él un alma hecha á su imágen. Las impresiones de los objetos padecian una refraccion considerable ántes de llegar á su pensamiento: en su cerebro habia un ambiente particular; las ideas que le cruzaban salian de todo punto tortuosas: la reflexion que provenia de aquella refraccion era necesariamente divergente y torcida.

Provenian de aquí mil ilusiones de óptica, mil aberraciones del entendimiento, mil errores en que divagaba su mente ya loca, ya idiota.

El primer efecto de aquella fatal organizacion era enturbiar la mirada que echaba sobre las cosas, de las cuales casi no recibia ninguna percepcion inmediata. El mundo exterior le parecia mucho mas lejano que á nosotros.

El segundo efecto de su desgracia, era hacerle malo.

Era malo en efecto, porque era salvage; y era salvage porque era horrible. Habia en su naturaleza cierta lógica como en la nuestra.

Su fuerza tan extraordinariamente desarrollada, era un motivo mas para que fuera malo. *Malus puer robustus*, dice Hobbes.

Pero es necesario hacerle justicia; la maldad no era innata en él: desde sus primeros pasos entre los hombres, habíase sentido, y luego visto ajado, escarnecido, rechazado. La palabra humana para él era siempre un sarcasmo ó una maldicion. Cuando fue creciendo, no vió mas que ódio en torno de sí, y le recogió: él reasumió toda la maldad general; asió el arma con que le habian herido.

Ademas, no gustaba de volver la cara hácia el mundo: bastábale su catedral poblada de figuras de mármol; reyes, santos, obispos, que á lo menos no se le reian en los hocicos, y le miraban con serena benevolencia. Las otras estátuas, las de los mónstruos y los demonios no le aborrecian á él; mas bien hacian burla de los otros hombres. Los santos eran sus amigos y le bendician; los mónstruos eran sus amigos y le protegian. Por eso tenia grandes confianzas con ellos; por eso pasaba á veces horas enteras, acurrucado delante de una de aquellas estátuas, conversando solitariamente con ella; y si llegaba alguno, huia como un amante sorprendido en una serenata.

Y no era la catedral para él la sociedad solamente, sino tambien el Universo, sino tambien toda la naturaleza. No habia para él mas espalderas que las pintaras vidrieras siempre floridas, mas sombra que la de aquellos follages de piedra que se extienden cargados de pájaros en la copa de los capiteles sajones, mas montañas que las colosales torres de las iglesias, mas océano que la capital que bullia á sus piés.

Lo que amaba sobre todo en el edificio maternal, lo que despertaba su alma y la hacia abrir sus pobres alas que tenia tan miserablemente replegadas en su caverna, lo que á veces le hacia feliz, eran las campanas: Quasimodo las amaba, las acariciaba, las hablaba, las comprendia. Desde el esquilon del crucero hasta la gran campana mayor, á todas las amaba con ternura: el campanario del crucero y las dos torres eran para él como tres grandes jaulas, cuyos pájaros criados por él, no cantaban mas que para él. Aquellas campanas sin embargo eran las que le habian vuelto sordo; pero muchas veces las madres quieren mas que á los otros al hijo que mas les ha hecho sufrir.

Verdad es que su voz era la única que podia oir todavia, y por este título la campana mayor era su querida, era la que él preferia en aquella familia de muchachas alborotadoras, que se bamboleaban en torno suyo los dias festivos. Aquella campana se llamaba María, y estaba sola en la torre meridional con su hermana Jacobilla, campana algo menor, encerrada en un cuarto mas pequeño al lado del suyo. Esta Jacobilla, llamábase así, del nombre de la mujer de Juan Montagu, el cual se la dió á la iglesia, lo que no le impidió ir á figurar descabezado en Montfaucon. Habia en la segunda torre otras seis campanas, y las seis mas pequeñas, en fin, habitaban el campanario sobre el crucero con la campana de madera, que no se tocaba mas que desde despues del medio dia del Jueves Santo hasta la mañana de la víspera de Pascua. Tenia, pues, Quasimodo quince campanas en su serrallo; pero la corpulenta María era su favorita.

Imposible seria formarse idea de cual era su alegria en los dias de campaneo á vuelo. Apénas le soltaba el arcediano y le decia: — ¡Vé! — cuando subia la rosca del campanario en ménos tiempo del que hubiera tardado otro en bajarla. Entraba jadeando en la estancia aérea de la gran campana; considerábala un momento con devocion, con amor; luego la dirigia la palabra con dulzura y la acariciaba con la mano como á un buen caballo que va á emprender una larga carrera. — Como que se compadeciese del trabajo que iba á pasar. Despues de estas primeras caricias, gritaba á los monaguillos, colocados en el piso inferior de la torre, diciéndoles que empezáran: colgábanse estos á los cables, crugia el cabrestante, y la enorme cápsula de metal se ponia lentamente en movimiento. Quasimodo, palpitante, la seguia con la vista; el primer choque del badajo contra la pared de bronce hacia temblar la armazon de madera en que se sostenia. Quasimodo vibraba con la campana; — ¡Vuela! — gritaba soltando una carcajada insensata. Acelerábase entretanto el movimiento de la campana y á medida que recorria un ángulo mas abierto, el ojo único de Quasimodo se abria tambien cada vez mas fosfórico y resplandeciente. Empezaba por fin el repiqueteo; temblaba toda la torre; madera, plomo, piedra de silleria, todo retumbaba á la par, desde las estacas de los cimientos hasta los ornatos de la techumbre. Quasimodo, entónces iba y venia echando espumarajos; temblaba con la torre de los piés á la cabeza. La campana desenfrenada y furiosa presentaba alternativamente á las dos paredes de la torre su garganta de bronce, de donde salia aquel aliento de tempestad que se oye á cuatro leguas. Colocábase Quasimodo delante de aquella boca abierta; se agachaba, se levantaba con las vueltas de la campana,

Digitized by Google

aspiraba aquel aliento impetuoso, y ya miraba la profunda plaza que hormigueaba á doscientos piés debajo de él; ya la enorme lengua de cobre que venia á zumbar en sus oidos. Era aquella la única palabra que oia, el único sonido que interrumpia para él el silencio universal. Entónces se dilataba como un pájaro al sol. Repentinamente, apoderábase de él el frenesí de la campana; su mirada parecia delirante; esperaba la campana al paso, como espera la araña á la mosca, y se precipitaba sobre ella á brazo partido. Entónces suspendido sobre el abismo, lanzado en el formidable impulso de la campana, asia por sus dos aletas al mónstruo de bronce, le espoleaba con sus dos talones, y aumentaba con todo el choque y el péso de su cuerpo la furia del campaneo. Y la torre vacilaba, y Quasimodo gritaba y rechinaba los dientes, y sus cabellos rojos se erizaban, su pecho bramaba como el fuelle de una fragua, su ojo brotaba llamas, la monstruosa campana relinchaba jadeando debajo de él; y entónces, ya no era aquello la campana de Ntra. Sra., ni Quasimodo: era un sueño, un torbellino, una tempestad; el vértigo cabalgando sobre el ruido; un espíritu asido á una grupa volante; un centáuro medio hombre, medio campana; una especie de Astolfo horrible, arrebatado sobre un prodigioso hipógrifo de bronce vivo.

La presencia de aquel ser extraordinario hacia circular en toda la catedral no se que aliento de vida, como si se exhalara de él; así lo aseguraban al ménos las supersticiosas creencias del pueblo, una misteriosa emanacion que animaba todas las piedras de Nra. Sra., y hacia palpitar las profundas entrañas de la vieja catedral. Bastaba saber que estaba él allí para que se creyese ver con vida y movimiento las mil estátuas de los pórticos y de las galerias. Y en efecto, la catedral parecia una criatura dócil y obediente bajo su mano; esperaba su voluntad para alzar su inmensa voz; estaba ocupada y poseida por Quasimodo como por un genio familiar. Parecia que por él respiraba el inmenso edificio, y él se hallaba realmente por do quiera y se multiplicaba en todos los puntos del monumento. Ya veia el pueblo con terror en la punta de una de sus altas torres á un enano singular que trepaba, rastreaba serpeaba á cuatro patas, pendia por fuera sobre el abismo, brincaba de resalte en resalte, y se metia y acurrucaba en el vientre de alguna gorgona esculpida, — y era Quasimodo á caza de nidos de cuervos. Ya tropezaban los piés en un oscuro rincon de la iglesia con una especie de quimera viva, agachada é informe, — y era Quasimodo meditando; ya se veia en la cima de un campanario una cabeza enorme y un manojo de miembros revueltos meciéndose con furor en la punta de una cuerda, — y era Quasimodo tocando á vísperas ó al Ave-María. A veces, por la noche, veíase vagar una forma horrible sobre la aérea balaustrada de encage que corona las torres y el contorno de la ápside, — y era tambien el jorobado de Nra. Sra. Entónces decian las vecinas, tomaba toda la iglesia algo de fantástico, de sobrenatural, de espantoso; abríanse por do quiera ojos y bocas, oíanse ladrar los perros, las sierpes, las tarascas de piedra que velan dia y noche, alargando el pescuezo y abriendo las fauces en torno de la monstruosa catedral. Y si era en una noche de Navidad, mientras la campana mayor, que sonaba como el hipo de un moribundo, llamaba á los fieles á la alumbrada misa del gallo, presentaba un aspecto tan singular la sombria fachada que no parecia sino que el porton devoraba el gentio, y que el roseton lo miraba. Y de todo aquello era Quasimodo la causa. El Egipto le hubiera tomado por el Dios de aquel templo; la edad media le creia su demonio — y era su alma.

Y á tal punto es así, que para los que saben que ha existido Quasimodo, Nra. Sra. está hoy desierta, inanimada, muerta: se conoce que algo falta de ella. Aquel cuerpo inmenso está vacio, es un esqueleto; el alma le ha abandonado, ha quedado su sitio y nada mas. Es como un cráneo donde quedan todavia los agujeros para los ojos, pero donde ya no hay vista.

IV.

EL PERRO Y SU AMO.

Habia sin embargo una criatura humana á quien exceptuaba Quasimodo de su malicia y de su ódio á las demas, y á quien amaba tanto, mas tal vez que á su catedral. Este era Claudio Frollo.

Y era esto muy natural: Claudio Frollo le habia recogido, le habia adoptado, le habia criado, le habia educado. Siendo niño acostumbraba refugiarse entre las piernas de Claudio Frollo cuando le acosaban los perros y los muchachos. Claudio Frollo le habia enseñado á hablar, á leer, á escribir; Claudio Frollo, en fin, le habia hecho campanero; y dar por esposa á Quasimodo la gran campana María, era dar á Romeo su Julieta.

Por eso el reconocimiento de Quasimodo era profundo, apasionado, sin límites; y aunque el rostro de su padre adoptivo casi siempre era nebuloso y severo, aunque era su voz habitualmente breve, dura, imperiosa, jamás se desmintió un solo momento aquel reconocimiento. Tenia el arcediano en Quasimodo el esclavo mas sumiso, el criado mas dócil, el mas vigilante perro. Cuando se quedó sordo el pobre campanero, estableciose entre él y Claudio Frollo un idioma de signos misteriosos y en que ellos solo se entendian; y de este modo el arcediano fue el único ser humano con quien conservó Quasimodo alguna comunicacion. No tenia relaciones en este mundo mas que con dos cosas; Ntra. Sra. y Claudio Frollo.

Nada es comparable al imperio que egercia el arcediano sobre el campanero, al afecto del campanero hácia el arcediano: hubiera bastado una simple indicacion de Claudio y la idea de agradarle, para que se precipitára Quasimodo desde lo alto de las torres de Ntra. Sra. Era una cosa singular ver toda aquella fuerza física, desarrollada en Quasimodo hasta un grado tan extraordinario, y puesta por él tan ciegamente á disposicion de otro. Habia allí seguramente amor filial y lealtad doméstica; habia tambien fascinacion de un alma producida por otra alma; una organizacion pobre, infeliz é imperfecta que se humillaba suplicante y sumisa delante de una inteligencia alta y profunda, poderosa y superior, y en fin, mas que nada era gratitud, gratitud llevada á tal extremo que no sabemos á qué compararla. No es esta virtud de aquellas cuyos mas brillantes ejemplos se encuentran entre los hombres; y así diremos que Quasimodo amaba al arcediano como nunca amó á su amo ningun perro, ningun caballo, ningun elefante.

V.

CONTINUACION DE CLAUDIO FROLLO.

En 1482 tenia Quasimodo unos veinte años, Frollo unos treinta y seis. El uno habia crecido, el otro habia envejecido.

No era ya Claudio Frollo el simple estudiante del colegio de Torchi; el tierno protector de un niño; el jóven y caviloso filósofo que sabia muchas cosas é ignoraba otras muchas. Era un sacerdote austero, grave, pensativo; un director de almas, el Sr. arcediano de Jósas, el segundo acólito del obispo, encargado de los dos deanatos de Montlhery, y de Chateaufort, y de ciento setenta y cuatro curatos rurales. Era un personage imponente y sombrio, delante de quien temblaban los niños de coro con sus albas y chaquetillas, los cantores de iglesia, los co-

Digitized by Google

frades de S. Agustin, los clérigos matutinos de Nuestra Sra. cuando pasaba lentamente bajo las altas ogivas del coro, magestuoso, meditabundo, cruzados los brazos y tan inclinada la cabeza sobre el pecho, que no se veia de su rostro mas que su ancha frente calva.

D. Claudio Frollo no habia abandonado por eso ni la ciencia, ni la educacion de su hermano menor, aquellas dos ocupaciones de su vida; pero el tiempo mezcló alguna amargura á estas cosas tan dulces. A la larga, dice Pablo Diacre, el mejor tocino se vuelve rancio. El tal Juanito Frollo, apellidado del Molino á causa del sitio en que se habia criado, no creció en la direccion que quiso imprimirle Claudio: el hermano mayor contaba con sacar un discípulo dócil, piadoso, docto, digno; pero su señor hermanito, como aquellos tiernos árboles que burlan los esfuerzos del jardinero, y se vuelven con tenacidad hácia el sitio de donde les viene el aire y el sol, no extendia anchos ramos pomposos y floridos mas que por el lado de la pereza, de la ignorancia y de la crápula. Era un verdadero diablillo, muy desordenado, lo que hacia fruncir las cejas á D. Claudio, pero muy socarron y muy sútil, lo que hacia sonreir al hermano mayor. Habíalo confiado Claudio al mismo colegio de Torchi donde habia pasado sus primeros años en el estudio y el retiro; y fue un dolor para él que aquel santuario se viese actualmente escandalizado por el nombre de Frollo que fue algun dia su edificacion. Echaba por ello algunas veces á Juan largos y severos sermones que escuchaba este con intrepidez, porque apesar de todo tenia buen corazon el picarillo, como es uso y costumbre en todas las comedias. Pero pasado el sermon, no dejaba por eso de proseguir impávido el curso de sus sediciones y enormidades. Ya llegaba á D. Claudio la noticia de que habia zurrado á un novato (llamábanse así los recien entrados en la Universidad) por su bien venida; tradicion preciosa que se ha perpétuado cuidadosamente hasta nuestros dias. Ya la de que habia dado caza á una tropa de estudiantes, los cuales se habian clásicamente refugiado en una tabernilla, *quasi clasico excitati*, y habian apaleado al tabernero «con estacas ofensivas» y saqueado alegremente la casa hasta el punto de desfondar los barriles en la bodega. — Ya le llegaba un erudito parte en latin que presentaba el vice-director de Torchi todo mohino á D. Claudio con esta dolorosa posdatilla: *risa; prima causa vinum optimum potatum*. Decíase en fin (horror en un muchacho de dieciseis años) que sus demasias se extendian tal vez hasta la calle de Slatigny.

Contristado por todo esto y desanimado Claudio en sus afectos humanos, se echó con mas pasion que nunca en los brazos de la ciencia, hermana cariñosa que al ménos no se os rie en las barbas y que paga siempre, aunque en moneda algunas veces un poco hueca los cuidados que se la dedican. — Fue, pues, llegando á ser cada vez mas sabio, y al mismo tiempo, por una consecuencia natural, cada vez mas rígido como sacerdote, cada vez mas adusto como hombre. Hay, para cada uno de nosotros, ciertos paralerismos entre nuestra inteligencia, nuestras costumbres y nuestro carácter, que se desarrollan sin discontinuidad, y no se rompen mas que en los grandes trastornos de la vida.

Como Claudio Frollo habia recorrido en su juventud el círculo casi entero de los conocimientos humanos, positivos, esteriores y lícitos, preciso le fue, á menos de pararse *ubi defuit orbis*, preciso le fue repetimos, ir mas allá y buscar otros alimentos á la insaciable actividad de su inteligencia. El antiguo símbolo de la serpiente que se muerde la cola, á nada es mas aplicable que á la ciencia y parece que Claudio Frollo lo habia conocido. Personas muy graves aseguraban que despues de haber agotado el *fas* del saber humano, habia osado penetrar en el *nefas*; decíase que habia probado sucesivamente todas las manzanas del árbol de la inteligencia y, que por hambre ú por hastio, habia acabado por hincar el diente en el fruto vedado. Ya han visto nuestros lectores que habia ido tomando parte en las conferencias de los teólogos de la Sórbona, en las asambleas de los filósofos en la imágen de S. Hilarion, en las disputas de los decretistas en la imágen de S. Martin, en las congregaciones de los médicos en la pila de Ntra. Sra., *ad cupam nostrae Dominae*. Todos los manjares lícitos y aprobados que podian condimentar y servir á la inteligencia aquellas cuatro grandes cocinas, llamadas las cuatro facultades, las habia devorado él, y ántes de saciar su hambre le llegó el hastio. Ahondó entónces mas y mas aquella ciencia no infinita, material, limitada; aventuró acaso su alma y se sentó en la caverna á aquella mesa misteriosa de los alquimistas, de los astrólogos, de los herméticos, una de cuyas estremidades ocupan Averroes, Guillerde París y Nicolás Flamel en la edad media, y que se prolonga en el oriente al resplandor del candelabro de siete brazos, hasta Salomon, Pitágoras y Zoroastres.

Esta era á lo menos la voz pública con razon ó sin ella.

Verdad es que el arcediano visitaba con frecuencia el cementerio de los Stos. Inocentes, donde habian sido enterrados sus padres, con las otras víctimas de la peste de 1466; pero tambien lo es que mostraba ménos devocion á la cruz de su hoyo, que á las extrañas figuras que cubrian el sepulcro de Nicolas Flamel y de Claudio Pernelle, construido junto á él!

Verdad es que muchas veces se le habia visto á lo largo de la calle de los Lombardos, y entrar furtivamente en una casita que hacia esquina á la calle de los Escritores y á la de Marivaulx; aquella era la casa que habia construido Nicolás Flamel, y donde murió en 1417, y que, siempre desierta desde entónces, empezaba á arruinarse; ¡tanto habian desgastado sus paredes con solo grabar en ellas sus nombres los herméticos y los alquimistas de todos los paises! Aseguraban ademas algunos vecinos, que habian visto varias veces por cierta ventanilla al arcediano socavando y removiendo la tierra en aquellos dos sótanos, cuyas jambas estriberas estaban llenas de versos y geroglíficos infinitos, escritos por el mismo Nicolás Flamel. Se suponia que habia enterrado este la piedra filosofal en aquellos sótanos, y los alquimistas no han cesado de remover su suelo, durante dos siglos, desde Magistri hasta el Padre *Pacifique*, acabando al fin la casa, tan cruelmente atarazada, por reducirse á polvo bajo sus pies.

Verdad es tambien que el arcediano miraba con una especie de veneracion singular la portada simbólica de Ntra. Sra., aquella página cabalística escrita en piedra por el obispo Guillermo de Paris, el cual sin duda murió condenado, por haber puesto un frontispicio tan infernal en el santo poema que eternamente canta el resto del edificio. El arcediano Claudio pasaba por haber profundizado el coloso de San Cristobal, y aquella larga estátua enigmática que se alzaba entónces á la entrada del átrio y de la que se mofaba el pueblo en su lenguage llamándole *Mr. Legris*. Pero lo que todos habian podido observar era las interminables horas que pasaba muchas veces sentado en los pedestales del átrio, contemplando las esculturas de la portada, examinando ya las doncellas locas con sus lámparas boca abajo, ya las doncellas virtuosas con sus lámparas derechas; calculando otras veces el ángulo de la mirada de aquel cuervo que está en la compuerta de la izquierda, y que mira en la iglesia un punto misterioso donde seguramente está escondida la piedra filosofal, si no lo está en el sótano de Nicolás Flamel. Era por cierto, y sea dicho

Digitized by Google

dicho de paso, un destino singular para la iglesia de Ntra. Sra. en aquella época, el ser de aquel modo amada en grados tan diferentes y con tanta devocion por dos seres tan desemejantes como Claudio y Quasimodo. Amada por el uno, especie de semihombre instintivo y salvage, por su belleza, por su estatura, por las armonías que se desprenden de su magnífico conjunto; amada por el otro, sábia imaginacion y apasionada, por su significacion, por su poesía, por el sentido que encierra, por los símbolos esparcidos sobre las esculturas de su fachada, como el primer texto bajo el segundo en un palindromo, en una palabra, por el enigma que eternamente propone á la inteligencia.

Verdad es, en fin, que el arcediano se habia apropiado en aquella de las dos torres que mira á la Greve, inmediata al campanario, una celda muy secreta, donde era voz general, que nadie entraba sin su licencia, ni aun el obispo. Aquella celda habia sido hecha en otro tiempo, casi en la cúspide de la torre, entre los nidos de los cuervos, por el obispo Hugo de Besanzon quien en algun tiempo habia hecho en ella sus maleficios y hechicerias. Lo que contenia aquella celda, nadie lo sabia; pero muchas veces se habia visto desde las orillas del Terreno, durante la noche, en una ventanilla que tenia la celda á espaldas de la torre, brillar, apagarse y volver á lucir en intérvalos breves é iguales un resplandor rojizo, intermitente, singular, que parecia seguir las aspiraciones contínuas de un fuelle, y proceder mas bien de una llama que de una luz. En la sombra, á tanta altura hacia aquello un efecto extraordinario; y las viejas decian:—¡Ahí está soplando el arcediano! allá arriba brilla el infierno.

No habia en todo esto, al fin y al cabo, grandes pruebas de brujeria, pero no faltaba bastante humo para suponer que hubiese fuego, y el arcediano tenia una reputacion formidable. Debemos decir sin embargo que las ciencias de Egipto, que la nigrománcia, la mágia, hasta la mas blanca é inocente, no tenian enemigo mas encarnizado, acusador mas despiadado que él; y ya fuese sincero horror ó astucia de ladron que grita ¡ladrones! no impedia esto que fuese considerado el arcediano por las doctas cabezas del cabildo, como un alma aventurada en el vestíbulo del infierno, perdida en las cavernas de la cábala, que andaba á tientas en las tinieblas de las ciencias ocultas. El pueblo era de la misma opinion: para todo hombre algo sagaz, Quasimodo pasaba por el demonio, Claudio Frollo por el hechicero; y era cosa evidente que el campanero debia servir al arcediano durante un tiempo dado, al cabo del cual se llevaria su alma á guisa de pagamento. Por eso el arcediano, á pesar de la escesiva austeridad de su vida, estaba en mal olor entre las buenas almas, y no habia nariz de devota por inexperta que fuese que no le hallase cierto olor de brujeria.

Y si, envejeciendo, se habian formado abismos en su saber, habíanse tambien formado en su corazon; así era de presumir á lo ménos viendo aquel rostro por el cual traspiraba su alma al través de una nube sombria. ¿De donde le venian aquella ancha frente calva, aquella cabeza siempre inclinada, aquel pecho siempre agitado por los suspiros? ¿Que secreto pensamiento hacia sonreir su boca con tanta amargura, en el momento mismo en que sus cejas fruncidas se juntaban como dos toros que van á pelear? ¿Porque sus raros cabellos eran ya grises? ¿Que fuego interior era aquel que brillaba á veces en su mirada, de modo que sus dos ojos parecian dos agujeros abiertos en la pared de un horno?

Estos síntomas de una violenta preocupacion moral habian adquirido sobre todo un alto grado de intensidad en la época á que se refieren estos sucesos. Mas de una vez habian huido los niños de coro, aterrados de hallarle solo en la iglesia, al ver sus estrañas y centelleantes miradas; mas de una vez, en el coro, en la hora de los oficios, su vecino de silla le habia oido mezclar al canto llano *ad omnen tonum* paréntesis ininteligibles: mas de una vez la curadora de lienzos del Terreno, encargado de «lavar el cabildo» habia observado, no sin espanto, señales de uñas y de dedos crispados en las sobrepellices del Sr. arcediano de Jósas.

Aumentaba, no obstante, la severidad de su vida, y nunca habia sido mas ejemplar en su conducta. Por estado, como por carácter, habia vivido siempre lejos de las mujeres, y á la sazon parecia aborrecerlas mas que nunca. El simple crugir de una falda de seda hacia caer sobre sus ojos la capucha de sus hábitos: era sobre este punto tan rigoroso en su austeridad, que cuando la Sra. de Beaujeu, hija del rey, fué en diciembre de 1481 á visitar el claustro de Nuestra Sra., se opuso muy formalmente á su entrada, recordando al obispo el estatuto del Libro-Negro, fecho en la víspera de S. Bartolomé en 1334, que veda el acceso del claustro á toda mujer «cualquiera que sea, vieja ó jóven, señora ó camarera.» Con cuyo motivo tuvo el obispo que citarle el cánon del legado Odo, que exceptua á ciertas grandes señoras, *alicuæ magnates mulieres quæ sine scandalo evitari non possunt*. Y á pesar de todo protestó el arcediano, objetando que el cánon del legado, que ascendia al 1207 era anterior en ciento veintisiete años al Libro-Negro, y que estaba por lo tanto anulado de hecho por él; y se negó á presentarse ante la princesa.

Observábase además que su horror á las gitanas y á los gitanos parecia haber aumentado infinito en aquellos últimos tiempos. Habia solicitado del obispo un edicto que prohibiera expresamente á las gitanas el ir á bailar y cantar en la plaza del átrio; y hacia algun tiempo que se ocupaba en registrar los empolvados archivos de la oficialidad de justicia, á fin de reunir los casos de hechiceros y de hechiceras condenados al fuego ó á la cuerda por complicidad de maleficios con machos cabrios, marranas y cabras.

VI.

IMPOPULARIDAD.

El arcediano y el campanero, ya lo hemos dicho, no eran del todo bien quistos entre el populacho de los alrededores de la catedral. Cuando Claudio y Quasimodo salian juntos, lo que sucedia con frecuencia y se los veia atravesar juntos, el criado detras del amo, las calles estrechas y sombrias de aquellos contornos, mas de una palabra mala, mas de un saludo irónico, mas de un insultante equivoquillo los perseguian al paso, á menos que Claudio Frollo, lo que rara vez acontecia, llevase la cabeza derecha y erguida, mostrando su frente severa y casi augusta á los zumbones confundidos.

Ambos estaban en su barrio como los „poetas" de que habla Regnier.

Todos y todas, siguiendo
A los poetas, azuzan,
Como detras de los buhos
Van chillando las currucas.

Ya un travieso arrapiezo arriesgaba sus huesos y su carne por tener el inefable placer de hincar una aguja en la joroba de Quasimodo; ya una muchachela descarada y desenvuelta mas de lo que hubiera sido menester, rozaba al paso la negra sotana del sacerdote, cantándole debajo de las narices el cantar sardónico: *Niche, niche, le diable est pris.*

A veces un grupo escuálido de viejas acurrucadas y esparcidas á la sombra sobre los escalones de un portal, refunfuñaba al pasar el arcediano y el campanero, y les echaba renegando este amable sa-

Digitized by Google

ludo «¡Hum! ¡el alma de ese se parece al cuerpo de esotro!» ó una bandada de estudiantes y de pillos que estaban jugando á la coscojilla, se levantaba en masa, y los saludaba clásicamente con alguna zumba en latin: ¡*Eja*! ¡*eja*! ¡*Claudius cum claudo*!

Pero la mas de las veces pasaba la injuria desapercibida: para oir todas aquellas lindezas. Quasimodo era demasiado sordo, y Claudio demasiado pensador.

LIBRO QUINTO.

I.

ABBAS BEATI MARTINI.

La fama de don Claudio se habia estendido á la larga distancia, y hácia la época, poco mas ó ménos, en que se negó á presentarse á la Sra. de Beaujeu, le grangeó una visita que por largo tiempo quedó grabada en su memoria.

Era una tarde en que acababa de retirarse despues del oficio á su celda canonical del claustro de Ntra. Sra., la cual á excepcion de algunas redomas de vidrio, apiñadas en un rincon y llenas de unos polvos asaz equívocos, que se parecian no poco á la pólvora, nada presentaba de singular ni misterioso. Verdad es que habia por una parte y por otra algunas inscripciones en las paredes, pero todas ellas se reducian á puras sentencias de filosofía ó de devocion, sacadas de algunos buenos autores. Acababa el arcediano de sentarse á la luz de un velon de cobre, delante de un inmenso baul cargado de manuscritos; tenia el codo apoyado en el libro abierto de Honorio de Autum, *de Prædestinatione et libero Arbitrio*, y hojeaba con profunda reflexion un infólio impreso que acababa de traer, el único producto de la prensa que contenia la celda.—En medio de sus meditaciones, oyó llamar á la puerta.—¿Quien es? preguntó el sábio con el tono amable de un perro hambriento á quien le quitan su hueso. Respondió una voz desde afuera:—Vuestro amigo Santiago Coictier. Abrió Claudio inmediatamente.

Entró en efecto el médico del rey, personage como hasta de cincuenta años, de cuya fisonomia solo templaba la habitual dureza su mirada penetrante y sagaz. Acompañábale otro personage; ambos llevaban sendos ropones de color de pizarra, forrados de chinchilla, ceñidos y bien cerrados, con gorros de la misma tela y del mismo color. Desaparecian sus manos bajo sus mangas, sus piés bajo sus ropones, y sus ojos bajo sus gorros.

—Así Dios me ayude, señores, dijo introduciéndolos el arcediano, como no esperaba tan apreciable visita á semejante hora. Y mientras hablaba con esta cortesia, pasaba del médico á su compañero una mirada inquieta y escudriñadora.

—Nunca es tarde para venir á visitar á un sábio tan considerable como don Claudio Frollo de Tirechappe, respondió el doctor Coictier, en cuyo acento del Franco-Condado se arrastraban las frases con la magestad de una falda caudal.

Comenzó entónces entre el médico y el arcediano uno de aquellos prólogos congratulatorios que precedian en aquella época, segun era uso á toda conversacion entre sábios, y que no les impedian en lo mas mínimo aborrecerse mútuamente con toda cordialidad, costumbre que tambien se conserva en el dia. Toda boca de sábio que dirige cumplimientos á otro sábio es un vaso de hiel enmelada.

Las felicitaciones de Claudio Frollo á Santiago Coictier, aludian sobre todo á las pingües ventajas temporales que el digno médico habia sabido sacar, en el curso de su carrera tan envidiada, de todas las enfermedades del rey; operacion de una alquimia mejor y mas segura que la investigacion de la piedra filosofal.

—A fe mia, Sr. doctor Coictier, que he tenido gran satisfaccion al saber que ha ascendido á obispo vuestro sobrino, mi reverendo señor Pedro Versé. ¿No es obispo de Amiens?

—Si, Sr. arcediano, por la gracia y misericordia de Dios.

—¡Sabeis que daba gozo veros el dia de noche buena al frente de vuestra compañia del tribunal de cuentas, señor presidente!

—Vice-presidente, D. Claudio, vice-presidente y nada mas.

—¿Cómo va vuestra soberbia casa de la calle de S. Andrés de los Arcos? Es todo un palacio. Mucho me gusta el albericoque esculpido sobre la puerta con este gracioso equívoco: *A' l' abri-cotier*.

—¡Ah! maese Claudio, y si vierais cuanto me cuesta esa obra. A medida que se edifica la casa, me arruino yo.

—¡Bah! ¿pues no teneis vuestras rentas de la cárcel y de la alcaidia del palacio y los réditos de todas las casas, tornos, chozas y puestos de la cerca?—Eso se llama ordeñar una buena vaca.

—Mi capellania de Poissy no me ha producido nada este año.

—Pero vuestros portazgos de Triel, de S. James, de S. German-en-Laya siempre son buenos.

—Ciento veinte libras, sin un parisi.

—Teneis vuestro empleo de consejero del rey, y eso es seguro.

—Si, amigo Claudio; pero esa maldita señoria de Polgny que algunos creen tan pingüe, no me produce sesenta escudos de oro un año con otro.

Habia en los cumplidos que dirigia D. Claudio á Santiago Coictier aquel acento sardónico, ágrio y sordamente burlon, aquella sonrisa triste y cruel de un hombre superior y desgraciado, que se entretiene un rato distraido con la prosáica prosperidad de un hombre vulgar. El otro no lo advertia.

—A fé mia, dijo en fin Claudio, apretándole la mano, que me alegro de veros tan bueno.

—Gracias, amigo Claudio.

—Entre paréntesis, exclamó el sacerdote, ¿como va vuestro augusto enfermo?

—No paga á su médico dignamente, respondió el doctor echando una mirada al soslayo sobre su compañero.

—¿De veras, compadre Coictier? dijo este.

Estas palabras pronunciadas en tono de sorpresa y de reconvencion, llamaron sobre aquel incógnito personage la atencion del arcediano, que, á decir verdad no le habia perdido de vista un solo instante desde que habia penetrado en su celda aquel extrangero. Necesarias habian sido las mil razones que tenia para no indisponerse con el doctor Santiago Coictier, omnipotente médico del rey Luis XI, para que le hubiese recibido acompañado; así es que no puso muy buena cara cuando le dijo Coictier:

—A propósito D. Claudio, aquí os traigo á un compadre que viene atraido de vuestra fama.

—¿El señor es de la ciencia? preguntó el arcediano, fijando en el compañero de Coictier su penetrante mirada, y entre cuyas fruncidas cejas halló unos ojos no ménos penetrantes y desconfiados que los suyos. Era el tal, en cuanto se podia juzgar á la débil claridad de la lámpara, un anciano de como hasta sesenta años, de mediana estatura, y que parecia asaz enfermo y cascado. Su perfil, aunque bastante vulgar, tenia un no se que de poderoso y severo; sus ojos brillaban en honda cavidad bajo los arcos de sus cejas, como una luz en una caverna; y bajo la gorra que le caia sobre las narices, traslucíanse los anchos planos de una frente de genio.

El mismo se encargó de responder á la pregunta del

Digitized by Google

arcediano :—Reverendo sacerdote, le dijo en tono grave, vuestra fama ha llegado á mis oidos, y he querido consultaros. Yo no soy mas que un pobre hidalgo de provincia que se quita los zapatos antes de entrar en casa de un sábio. Quiero deciros mi nombre : me llamo el compadre Tourangeau.

—¡Extraño nombre para un hidalgo!—dijo entre sí el arcediano, el cual conoció sin embargo que se hallaba delante de un ser fuerte y serio. El instinto de su alta inteligencia hacíale adivinar otra no ménos alta bajo la gorra de pieles del compadre Tourangeau, y al considerar aquel grave continente, fuése desvaneciendo poco á poco la expresion irónica que habia hecho nacer en su rostro adusto la presencia de Santiago Coictier, como se desvanece el crepúsculo ante un horizonte nocturno. Volvió á sentarse triste y silencioso en su poltrona; su codo ocupó el lugar acostumbrado sobre su mesa; y su frente sobre su mano. Despues de algunos momentos de meditacion, hizo señal á los dos recien llegados de que se sentáran, y dirigió la palabra al compadre Tourangeau.

—¿Venis á consultarme, caballero y sobre que ciencia?

—Señor reverendo,—respondió el compadre, estoy enfermo, muy enfermo. Dicen que sois un grande Esculapio, y vengo á pediros un consejo de medicina.

—¡Medicina!—dijo el arcediano levantando la cabeza. Quedó pensativo un breve rato, y luego añadió : —Compadre Tourangeau, pues este es vuestro nombre, volved la cabeza y hallareis mi respuesta escrita sobre la pared.

Obedeció el compadre Tourangeau, y leyó encima de su cabeza esta inscripcion, grabada sobre la pared : «La medicina es hija de los sueños. YAMBLIQUE.

Oyó el doctor Santiago Coictier la demanda de su compañero con un despecho que hizo crecer la respuesta de don Claudio.—Acercóse al oido del compadre Tourangeau y le dijo en voz tan baja que no pudo oirla el arcediano :—Bien os dije yo que era un loco.—¡Os habeis empeñado en verle!

—¡Es que no seria imposible que tuviese razon este loco, Dr. Santiago!—respondió el compadre en el mismo tono y con amarga sonrisa.

—Como vos gusteis, respondió Coictier con sequedad. Y luego, dirigiéndose al arcediano :—Muy de ligero partis, D. Claudio, y así tratais vos á Hipócrates como un mico á una avellana. ¡Que la medicina es un sueño! Dudo que los farmacópolas y maestros-mirras pudiesen resistir á la tentacion de lapidaros si estuvieran presentes. ¡Con que negais la influencia de los filtros sobre la sangre, de los ungüentos sobre la carne! ¡Con que negais la eterna farmácia de las flores y de los metales que se llama mundo, hecha de intento para el eterno enfermo que se llama hombre!

—Yo no niego,—dijo con frialdad D. Claudio, ni la farmácia, ni el enfermo; pero niego el médico.

—¿Luego no es cierto,—repuso acalorado Coictier, que la gota es una herpe interna, que se cura una llaga de artilleria con la aplicacion de un raton asado, y que una sangre jóven debidamente infusa, comunica al doliente anciano la perdida juventud; no es cierto que dos y dos son cuatro, y que el emprostalhonos sucede al opistathonos?

El arcediano respondió impasible :

—Hay ciertas cosas sobre las cuales pienso yo de cierta manera.

Coictier se puso encendido de cólera.

—Vamos, vamos, amigo Coictier, haya paz,—dijo el compadre Tourangeau. El señor arcediano es nuestro amigo.

Serenóse Coictier refunfuñando entre dientes :—¡Al fin y al cabo es un loco!

—Par diez, maese Claudio, repuso el compadre Tourangeau despues de un breve silencio, que me fastidiais; tenia dos consultas que haceros, una relativa á mi salud, y la otra á mi estrella.

—En ese caso,—respondió el arcediano,—si es tal vuestra idea, mejor hubierais hecho en no sofocaros subiendo los tramos de mi escalera. Yo no créo en la medicina; yo no creo en la astrologia.

—¡De veras!—dijo el compadre asombrado.

Coictier reia con una risita falsa y violenta.—Bien veis que está loco,—dijo en voz baja al compadre Tourangeau;—¡no cree en la astrología!

—Para que vaya á imaginarse un hombre de juicio—prosiguió D. Claudio,—¡que cada rayo de una estrella es un hilo que llega hasta la cabeza de un hombre!

—¿Pues en qué creeis vos?—preguntó el compadre Tourangeau.

Permaneció indeciso un momento el arcediano, y luego dejó escapar una sonrisa sombria que parecia desmentir su respuesta :—*Credo in Deum*

—*Dominum nostrum*,—añadió el compadre Tourangeau haciendo la señal de la cruz.

—*Amen*,—dijo Coictier.

—Reverendo maestro, repuso el compadre,—me alegro en el alma de veros tan religioso. ¿Pero, sapientísimo señor, lo sois hasta el punto de no creer en la ciencia?

—No,—dijo el arcediano cogiendo del brazo al compadre Tourangeau, y un relámpago de entusiasmo brilló en sus ojos empañados;—no, yo no niego la ciencia. No he rastreado por tantos años boca abajo, y las uñas en la tierra por los innumerables recodos de la caverna, sin ver á lo léjos, delante de mí, al fin de la oscura galeria, una luz, una llama, una cosa, el reflejo sin duda del brillante laboratorio central en que los pacientes y los sabios descubrieron á Dios.

—En fin,—interrumpió Tourangeau,—¿qué cosa teneis por verdadera y segura?

—La alquimia.

Coictier exclamó :—Pardiez, D. Claudio, la alquimia tiene su razon sin duda, seguramente, ¿pero á qué fin blasfemar de la medicina y la astrología?

—¡Miseria, toda la ciencia del hombre! ¡miseria, toda la ciencia del cielo! dijo el arcediano con energia.

—Eso es hablar muy de lijero de Epidáuro y de la Caldea, replicó el médico con su risita falsa.

—Escuchad, Sr. Santiago, y hablemos de buena fe. Yo no soy médico del rey y, su magestad no me ha dado el jardin Dédalo para observar desde él las constelaciones.—No os enfadeis, y escuchádme.—¿Que verdad habeis sacado, no diré de la medicina, que es cosa sobradamente ridícula, pero de la astrología? Citadme las virtudes del bustrofedon vertical, los hallazgos del número Ziruf y del número Zefirod?

—¿Negareis, dijo Coictier, la fuerza simpática de la clavícula, y que de ella se deriva la cabalística?

—¡Error, Sr. Santiago! ninguna de vuestras fórmulas conduce á la realidad, al paso que la alquimia tiene sus descubrimientos. ¿Pondréis en duda resultados como estos? El yelo encerrado debajo de tierra durante mil años se transforma en cristal de roca.—El plomo es el abuelo de todos los metales.—Porque el oro no es un metal; el oro es la luz.—Bástanle al plomo cuatro períodos de doscientos años cada uno para pasar sucesivamente del estado de plomo al de arsénico rojo, del arsénico rojo al estaño, del estaño á la plata.—Estos son hechos; pero creer en la clavícula, en la luna llena y en las estrellas, es tan ridículo como creer, con los habitantes del Gran Catay, que la oropéndola se convierte en topo, y los granos de trigo en pescados del género ciprino.

—Yo he estudiado la hermética, exclamó Coictier, y afirmo.....

Digitized by Google

El fogoso arcediano no le dejó acabar. —¡Y yo he estudiado la medicina, la astrología y la hermética! Solo aquí se encierra la verdad (y esto diciendo tomó sobre el baul una redoma llena de los polvos de que ántes hablamos), ¡solo aquí se halla la luz! Hipócrates es un sueño; Urania es un sueño; Hermes es un pensamiento. El oro es el sol; hacer oro es ser Dios. Hé aquí la unica ciencia. Os digo que he sondeado la medicina y la astrología! —¡Miseria¡— ¡miseria! —¡el cuerpo humano, tinieblas! ¡los astros, tinieblas!

Y volvió á sentarse en su sillon en una actitud poderosa é inspirada. Observábale el compadre Tourangeau sin hablar palabra; Coictier se esforzaba por sonreir, se encogia imperceptiblemente de hombros, y repetia en voz baja: —¡Un loco!

—Y, dijo de pronto el compadre Tourangeau, ¿habeis llegado á ese fin sublime? ¡Habeis hecho oro!

—Si lo hubiera hecho, respondió el arcediano articulando lentamente sus palabras como un hombre que medita lo que dice, el rey de Francia se llamaria Claudio y no Luis.

El compadre frunció las cejas.

—¿Qué digo? repuso D. Claudio con una sonrisa desdeñosa. ¿Que me importa el trono de Francia, á mí, que podria reedificar el imperio de Oriente?

—¡En buen hora! dijo el compadre.

—¡Oh! ¡pobre loco! murmuró Coictier.

El arcediano prosiguió como si hablára consigo mismo. —Pero no, yo todavia tengo que rastrear; todavia tengo que desollarme la cara y las rodillas contra los guijarros de la senda subterránea. —¡Yo entreveo, pero no contemplo! ¡deletreo pero no puedo leer!..

—Y cuando sepais leer, preguntó el compadre, ¿hareis oro?

—¡Quién lo duda! dijo el arcediano.

—En ese caso, bien sabe Ntra. Sra. que tengo grave necesidad de dinero, y que me convendria leer en vuestros libros. Decidme, reverendo sacerdote, ¿es vuestra ciencia desagradable á Nuestra Señora?

A esta pregunta del compadre, contentóse don Claudio con responder con serena altivez: —¿De quién soy arcediano?

—Así es la verdad: —Pero decidme— ¿quereis iniciarme? ¿quereis enseñarme á deletrear?

Tomó Claudio la actitud magestuosa y pontifical de un Samuel.

—Anciano, mas años se necesitan de los que os quedan de vida, para emprender ese viaje que decis por el campo de las cosas misteriosas. ¡Vuestra cabeza ya es de color gris! no se sale de la caverna mas que con cabellos blancos; pero no se entra en ella mas que con cabellos negros. La ciencia sola basta para surcar, ajar y desecar los rostros humanos, y no necesita que la ancianidad la traiga semblantes cubiertos de arrugas. Sin embargo, si deseais iniciaros en la disciplina á vuestra edad, y descifrar el terrible alfabeto de los sábios, bien, venid á mí y probaremos. No os diré, pobre anciano, que vayais á visitar las estancias sepulcrales de las pirámides de que habla el antiguo Herodo, ni la torre de ladrillo de Babilonia, ni el inmenso santuario de mármol blanco del templo indiano de Eklinga. Tampoco he visto yo los edificios de la Caldea construidos segun la forma sagrada de Sikra, ni el Templo de Salomon, que está destruido, ni las puertas de piedra del sepulcro de los reyes de Israel, que están ya rotas; tendremos que contentarnos con los fragmentos del libro de Hermes que tenemos aquí Os esplicaré la estátua de San Cristobal, los símbolos del sembrador, y el de los ángeles que están en la portada de la santa capilla, uno de los cuales tiene puesta la mano en un vaso y el otro en una nube.....

Al llegar aquí, Santiago Coictier, á quien habian habian desconcertado las fogosas réplicas del arcediano, volvió á cobrar aliento y le interrumpió con el tono triunfante de un sábio que corrige á otro sábio: *Erras, amice Claudi*. El símbolo no es el número, tomais á Orfeo por Hermes.

—Vos sois el que errais, replicó gravemente el arcediano. Dédalo es el basamento, Orfeo es la pared, Hermes es el edificio, el todo. —Venid, cuando gusteis, prosiguió volviéndose á Tourangeau, y os enseñaré los residuos del oro que se ven en el fondo del crisol de Nicolás Flamel y los comparareis al oro de Guillermo de Paris. Os enseñaré las virtudes secretas de la palabra griega *peristera*. Pero ante todas cosas, os haré leer una despues de otra las letras de mármol del alfabeto, las letras de granito del libro. Iremos desde la portada del obispo Guillermo y de Saint Jean-le Rond á la capilla Sta., luego á la casa de Nicolás Flamel, calle Marivaulx, á su sepulcro que está en el cementerio de los Stos. inocentes y á sus dos hospitales, calle de Montmorency. Os haré leer los cuatro geroglíficos que cubren los cuatro grandes morillos de hierro de la puerta del hospital de S. Gervasio y de la calle de la Ferroniere; tambien deletrearemos juntos las fachadas de S. Cosme, de Sta. Genoveva-des-Ardenx, de S. Martin, de Santiago-de-la-Boucherie...

Largo rato hacia ya que el Tourangeau, por mas inteligente que fuese la expresion de su mirada, parecia no comprender á D. Claudio; al fin le interrumpió: —¡Pascua de Dios! ¿qué diablos de libros son los vuestros?

—Ese es uno, dijo el arcediano.

Y abriendo la ventana de la celda, designó con el dedo la inmensa iglesia de Ntra. Sra. que destacando sobre un cielo estrellado la negra silueta de sus dos torres, de sus costillas de piedra y de su monstruosa grupa, parecia una enorme esfinge de dos cabezas, sentada en medio de la ciudad.

Consideró el arcediano en silencio por un buen rato el gigantesco edificio, y alargando luego con un suspiro su mano derecha hácia el libro impreso que estaba sobre la mesa, y la izquierda hácia Ntra. Sra. y llevando una mirada triste del libro hasta la iglesia. —¡Ah! dijo: esto matará á aquello.

Coictier que se habia acercado al libro apresuradamente, no pudo menos de exclamar: —¿Pues qué libro es ese para inspirar tales temores? —GLOSA IN EPISTOLAS *D. Pauli, Nurimbergæ, Antonius Koburger*. 1474. Esto no es nuevo; ni es mas ni es menos que un libro de Pedro Lombard, el maestro de las sentencias. ¿Lo decis porque está impreso?

—Habéislo acertado, respondió Claudio, que parecia sumergido en profunda meditacion, y permanecia en pie apoyando su índice en un infólio estampado en las famosas prensas de Nuremberg. Luego añadió estas palabras misteriosas: —¡Ah! las pequeñas cosas acaban con las grandes; un diente triunfa de una mole. El raton del Nilo mata al cocodrilo, el espadarte mata á la ballena, ¡el libro matará al edificio!

Dieron las oraciones del claustro en el momento en que el doctor Coictier repetia en voz baja á su compañero su eterno estrivillo: ¡Es un loco!

A lo que entonces respondió el compañero:

—Creo que sí.

Era aquella la hora en que ningun forastero podia quedarse en el claustro, por lo que al punto se retiraron los dos intrusos. —Señor sacerdote, dijo el compadre Tourangeau despidiéndose del arcediano, mucho me gustan los sábios y las grandes inteligencias, y os miro con aprecio singular. Id mañana al

Digitized by Google

palacio de las Tournelles, y preguntad por el abad de S. Martin des-Tours.

Volvió á su estancia el arcediano estupefacto, conociendo por fin quien era el compadre Tourangeau, y recordando aquel pasaje del cartulario de S. Martin-des-Tours: *Abbas beati Martini* SCILICET REX FRANCIÆ, *est canonicus de consuetudine, et habet parvam praebendam quam habet Sanctus Venantius, et debet sedere in Sede thesaurarii.*

Asegurábase que desde aquella época tenia el arcediano frecuentes entrevistas con Luis XI cuando iba S. M. á Paris, y que la privanza de D. Claudio hacia sombra á Oliveros-el-Gamo y á Santiago Coictier, el cual segun su costumbre echaba por ello al rey muy severas reprimendas.

II.

ESTO MATARÁ Á AQUELLO.

Nuestras lectoras nos perdonarán si nos detenemos un momento á examinar cual podia ser el pensamiento oculto en estas palabras enigmáticas del arcediano: —« Esto matará á aquello. El libro matará al edificio. »

A nuestro modo de ver, dos son las faces de este pensamiento: en primer lugar era un pensamiento de sacerdote; era el terror del sacerdocio delante de un agente nuevo, la imprenta; era el espanto y el deslumbramiento del hombre del santuario delante de la luminosa prensa de Guttemberg: la cátedra y el manuscrito, la palabra hablada y palabra escrita, temerosas de la palabra impresa; algo parecido al asombro de un gorrion que viera al ángel Legion abrir sus seis millones de alas. Era el grito del profeta que oye ya resonar y moverse la humanidad emancipada; que ve en el porvenir á la inteligencia minando la fe, á la opinion destronando á la creencia, al mundo sacudiendo el yugo de Roma; pronóstico de filósofo que ve al pensamiento humano volatilizado por la prensa evaporarse del recipiente teocrático; terror de soldado que examina el ariete de bronce, y dice: La torre caerá. Aquello significa que un poder iba á suceder á otro poder. Aquello queria decir: La prensa matará á la iglesia.

Pero debajo de este pensamiento, el primero y el mas natural sin duda, otro habia á nuestro parecer mas nuevo, colorario del primero, ménos facil de discutir; una mira no ménos filosófica, no ya de sacerdote solamente, sino de sábio y de artista. Era un presentimiento de que el pensamiento humano, mudando de forma, iba tambien á mudar de fórmula de espresion; de que la idea capital de cada generacion no se escribiria ya con la misma materia y del mismo modo; de que al libro de piedra tan sólido y tan duradero iba á suceder el libro de papel, mas sólido y mas duradero todavía. Bajo este aspecto, la vaga fórmula del arcediano tenia un segundo sentido; significaba que un arte iba á destronar á otro arte. Queria decir, « la imprenta matará á la arquitectura. »

En efecto, desde el orígen de las cosas hasta el siglo XV de la era cristiana inclusive, la arquitectura es el gran libro de la humanidad, la espresion principal del hombre en sus diferentes estados de desarrollo, sea como fuerza, sea como intelijencia.

Cuando la memoria de las primeras razas, se sintió abrumada cuando el bagaje de los recuerdos del género humano llegó á ser tan pesado y tan confuso, que la palabra lisa y volatil corrió peligro de ir perdiendo algunos en el camino, fue preciso escribirlos en la tierra del modo mas visible, mas durable y mas natural juntamente; fue preciso sellar cada tradicion bajo un monumento.

Los primeros monumentos no fueron mas que unos meros fragmentos de rocas, que aun no habia tocado el hierro, dice Moisés. La arquitectura empezó como las escrituras, por ser alfabeto; poniase una piedra en pie y era una letra, y cada letra era un geroglífico, y sobre cada geroglífico descansaba un grupo de ideas, como el capitel sobre la columna: así lo hicieron las primeras razas en todas partes, en el mismo momento en la superficie del mundo entero. La piedra levantada de los Celtas, se halla en la Siberia de Asia, en las pampas de América.

Mas tarde se hicieron palabras; púsose piedra sobre piedra, reuniéronse aquellas sílabas de granito, y el talento arriesgó algunas combinaciones. El dolmen y el cromlech celtas, el túmulo etrusco, el galgal hebreo son palabras; algunas, en particular el túmulo, son nombres propios. A veces tambien, cuando tenian los hombres mucha piedra y una ancha playa escribian una frase: el inmenso amontonamiento de Karnac es ya una fórmula entera.

En fin, hiciéronse libros. Las tradiciones habian producido los símbolos bajo los cuales desaparecian aquellas como el tronco bajo las ramas, todos estos símbolos en que tenia fe la humanidad, iban creciendo, multiplicándose, cruzándose, complicándose mas y mas; los primeros monumentos no bastaban para contenerlas, rebosaban en ellos por todas partes; y ademas, apenas expresaban todavia estos monumentos la tradicion primitiva, sencilla, desnuda y postrada aun como ellas en el suelo. El símbolo necesitaba explayarse en el edificio. Entónces la arquitectura se desarrolló con el pensamiento humano; llegó á ser gigante de mil cabezas y de mil brazos, y fijó, bajo una forma eterna, visible, palpable, todo aquel flotante simbolismo. Mientras Dédalo, que es la fuerza, mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba, el pilar, que es una letra, el arco, que es una sílaba, la pirámide, que es una palabra, puestos en movimiento juntamente por una ley de geometría y por una ley de poesia, se agrupaban, se combinaban, se amalgamaban, bajaban, subian, se reunian en el suelo, se formaban en pisos en el cielo, hasta que hubiesen escrito bajo las influencias de la idea general de una época, aquellos libros maravillosos, que eran tambien maravillosos edificios: la pagoda de Eklinga, el Rhamseoin de Egipto, el templo de Salomon.

La idea madre, el verbo, estaba no solo en el fondo de todos aquellos edificios, sino tambien en la forma. El templo de Salomon, por ejemplo, era no solo la cubierta del libro santo, era tambien el mismo libro santo. Sobre cada uno de sus recintos concéntricos podian leer los sacerdotes el verbo traducido y manifestado á la vista; y seguian de este modo sus trasformaciones de santuario en santuario, hasta que le hallasen en su último tabernáculo bajo su forma mas concreta, que era tambien arquitectónica: el arca. El verbo, pues, estaba encerrado en el edificio; pero su imájen estaba sobre su cubierta, como la figura humana sobre el atahud de una mómia.

Y no solo la forma de los edificios, sino tambien el recinto que elegian, revelaba el pensamiento que representaban. Segun era alegre ó sombrío el símbolo que tenian que expresar, coronaba la Grecia sus montañas de un templo armonioso á la vista, abria la India el seno de las suyas para cincelar en él sus disformes pagodas subterráneas, sostenidas por gigantescas hileras de elefantes de granito.

Así, durante los seis mil primeros años del mundo, desde la mas inmemorial pagoda del Indostan, hasta la catedral de Colonia, ha sido la arquitectura el gran libro del género humano. Y es esto tan cierto que no solo todo símbolo religioso, sino tambien todo pensamiento humano, tiene su página en aquel libro inmenso y su monumento tambien.

Toda civilizacion empieza por la teocrácia y acaba por la democrácia; esta ley de la libertad sucediendo á la unidad está escrita en la arquitectura. Porque,

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

todo paso á la perfeccion les está vedado. En estas arquitecturas parece que la severidad del dogma se comunica á la piedra como una segunda petrificacion. —Los caractéres generales de las construcciones populares, son por el contrario la variedad, el progreso, la originalidad, la opulencia, el movimiento perpétuo como que estan ya bastante separadas de la religion para pensar en su hermosura, para esmerarla, para corregir perpétuamente su tocado de estátuas ó de arabescos. Pertenecen al siglo; tienen algo de humano que mezclan siempre al símbolo divino bajo el cual se produce todavía; y de aquí los edificios penetrables á toda alma, á toda inteligencia, á toda imaginacion; simbólicos aun, pero fáciles de comprender como la naturaleza. Entre la arquitectura teocrática y esta, hay la diferencia de una lengua sagrada á una lengua vulgar, del geroglífico al arte, de Salomon á Fidias.

Si resumimos todo lo que hemos indicado hasta aquí muy sumariamente, dejando aparte mil pruebas y tambien mil objeciones de detalle, encontraremos; que la arquitectura fue, hasta el siglo XV, el registro principal de la humanidad; que en este intérvalo no ha aparecido en el mundo un pensamiento algo complicado que no se haya hecho edificio; que toda idea popular, como toda idea religiosa, ha tenido sus monumentos; que el género humano, en fin, no ha pensado cosa alguna importante que no la haya escrito en piedra. ¿Y porque? porque todo pensamiento, sea religioso, sea filosófico, está interesado en perpetuarse, porque la idea que ha agitado á una generacion quiere agitar á otras, y dejar huellas de su existencia en el mundo. ¡Pero que inmortalidad tan precaria la del manuscrito! ¡cuanto mas durable, sólido y resistente libro es un edificio! Para destruir la palabra escrita hasta una tea ó un turco; para demoler la palabra construida, se necesita una revolucion social, una revolucion terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el coliseo, el diluvio ha pasado tal vez sobre las pirámides.

En el siglo XV todo cambia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse no solo mas durable y mas resistente que la arquitectura, sino tambien mas sencillo y mas fácil. La arquitectura queda destronada; á las liras de piedra de Orfeo, van á suceder las letras de plomo de Guttemberg.

«El libro va á matar al edificio.»

La invencion de la imprenta es el mayor suceso de la historia; es la revolucion madre; es el símbolo de la expresion de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despoja de una forma y adopta otra; es el cambio de piel completo y definitivo de aquella serpiente simbólica que, desde Adan, representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa, el pensamiento es mas eterno que nunca; porque es volátil, impalpable, indestructible: se mezcla al aire. En tiempo de la arquitectura, se hacia montaña y se apoderaba poderosamente de un siglo ó de un pais; ahora se hace bandadas de pájaros, se esparce por los vientos, y ocupa á la par todos los puntos del aire y del espacio.

Lo repetimos, ¿quién no vé que de este modo el pensamiento es mucho mas indeleble? De sólido que era se ha convertido en vívido; ha pasado la duracion á la inmortalidad. Se puede demoler una mole; ¿pero como estirpar la idea? Venga un diluvio, y si la montaña desaparece debajo de las aguas, los pájaros volarán por los aires; y si un solo fragmento flota en la superficie del cataclimo, se posarán en ella, nadarán con ella, asistirán con ella á la baja de las aguas; y el nuevo mundo que salga de este caos verá al renacer, mecerse encima de él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido.

Y cuando se observa que esta forma de expresion es no solo la mas duradera, sino tambien la mas sencilla, la mas cómoda, la mas practicable para todos; cuando se piensa que no trae colosal bagaje ni ocupa grande espacio; cuando se compara el pensamiento precisado para traducirse en un edificio á poner en movimiento cuatro ó cinco artes y montones de oro, toda una montaña de piedras, todo un bosque de madera, todo un pueblo de trabajadores, al pensamiento que se hace libro, y á quien le basta un poco de papel, un poco de tinta y una pluma, ¿quién se ha de admirar de que la inteligencia humana haya abandonado la arquitectura por la imprenta? Cortemos de repente el cauce primitivo de un rio ó de un canal abierto debajo de su nivel, y el rio desertará á su cauce.

Obsérvese, en efecto, como desde el descubrimiento de la imprenta la arquitectura se deseca poco á poco, se atrofia, se desnuda: como se siente que el agua merma, que el gérmen desaparece, que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos se retira de ella! La degeneracion es casi insensible en el siglo XV; la prensa es demasiado débil todavia, y chupa á lo mas de la poderosa arquitectura una superabundancia de vida. Pero desde el siglo XVI la enfermedad de la arquitectura es visible; no expresa ya esencialmente la sociedad, ántes se ve miserablemente reducida á hacerse arte clásico; de gala, de europea, de indígena, se convierte en griega y romana; de verdadera y moderna, en pseudo-antigua. Y esta decadencia es lo que se llama el renacimiento, decadencia magnífica, sin embargo, porque el antiguo génio gótico, aquel sol que se pone detras de la gigantesca prensa de Maguncia, penetra aun por algun tiempo con sus últimos rayos, todo aquel hacinamiento híbrido de arcos latinos y de columnatas corintias.

Este sol en su ocaso es el que tomamos nosotros por una aurora.

Desde el momento en que la arquitectura no es mas que un arte como otro cualquiera; desde que deja de ser el arte total, el arte soberano, el arte tirano, pierde la fuerza con que sujetaba á las otras artes: emancípanse, pues, estas; rompen el yugo del arquitecto, y se van cada una por su lado, y todas ganan en este divorcio. El aislamiento lo engrandece todo; la escultura se hace estatuaria, la iluminacion se hace pintura, el cánon se hace música, como un imperio que se divide á la muerte de su Alejandro, y cuyas provincias se hacen reinos.

De aquí Rafael, Miguel Anjel, Juan Goujon, Palestina, sublimes resplandores del gran siglo XVI.

Y al mismo tiempo que las artes, por todas partes se emancipa el pensamiento. Los heresiarcas de la edad media habian abierto ya profundas heridas al catolicismo; el siglo XVI rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma no hubiera sido mas que un cisma; pero la imprenta la hace revolucion; sin la imprenta, la herejía queda enervada; funesto ó providencial, Guttemberg es el precursor de Lutero.

Y cuando se eclipsa del todo el sol de la edad media, á medida que el génio gótico se va estinguiendo para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura va marchitándose, perdiendo su color, consumiéndose poco á poco. El libro impreso, este gusano roedor del edificio, la chupa y la devora: la arquitectura se despoja, se desflora, se enerva contínuamente, es mezquina, pobre, nula; ya no espresa nada, ni tan siquiera el recuerdo del arte de otros tiempos. Reducida á sí misma, abandonada por las otras artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre á jornaleros á falta de artistas: el vidrio blanco sucede al vidrio pintado; el picapedrero al escultor, y así desaparece el gérmen, la originalidad, la vida, la inteligencia. Miserable méndiga del arte, se arrastra de copia en copia. Miguel Anjel, que desde el siglo XVI la veía sin duda morir, tuvo una idea postrimera, una

Digitized by Google

idea de desesperacion: aquel Titan del arte hacinó el Panteon sobre el Partenon, é hizo San Pedro de Roma; obra inmensa que merecia ser única, última originalidad de la arquitectura, firma de un artista gigante al pié del colosal registro de piedra que se cerraba. Muerto Miguel Anjel, ¿qué hace esa miserable arquitectura que se sobrevive á sí misma en el estado de expectro y de sombra? Coje el San Pedro de Roma, y le calca, y hace su parodia; verdadera manía que causa risa y compasion. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma en el siglo XVII, el Val de Grace; en el siglo XVIII, Santa Genoveva. Cada pais tiene su San Pedro de Roma: Londres tiene el suyo; San Petersburgo tiene el suyo; Paris tiene dos ó tres. Testamento insignificante, última chochez de un gran arte decrépito, que se vuelve niño antes de morir.

Si en vez de los monumentos característicos, como los que acabamos de mencionar, examinamos el aspecto general del arte del siglo XVI al XVIII, observaremos los mismos fenómenos de decrecimiento y tisis. Desde Francisco II se va desnaturalizando mas y mas la forma arquitectónica del edificio, y dejando entrever la forma geométrica, como la caja huesosa de un enfermo enflaquecido. A las bellas líneas del arte, suceden las frias é inexorables líneas del geómetra: un edificio no es ya un edificio, sino un poliedro. La arquitectura, sin embargo, se empeña inútilmente en ocultar esta desnudez: el frontis griego se inscribe en el romano y recíprocamente; todo se reduce á lo mismo, al Panteon en el Partenon, á San Pedro de Roma. Luego las casas de ladrillos de Enrique IV con esquinas de piedra, la plaza real, la plaza del Delfin; luego las iglesias de Luis XIII, pesadas, rechonchas, rebajadas, gordas, cargadas de un cimborrio como de una joroba: luego la arquitectura Mazarina, el mal pastucho italiano de las Quatre-Nations; luego los palacios de Luis XIV, largos cuarteles para cortesanos, serios, glaciales, fastidiosos; y en fin, los edificios de Luis XV, con las escarolas y los fideos, y todas las verrugas y lacras que desfiguran aquella vieja arquitectura, caduca, sin dientes, ridícula, coqueta y presumida. Desde Francisco II hasta Luis XV ha crecido el mal en progresion geométrica; el arte no es ya mas que la piel sobre los huesos; el arte agoniza miserablemente.

¿Qué sucede entretanto á la imprenta? Toda esa vida que abandona á la arquitectura se acumula en ella; á medida que la arquitectura baja, la imprenta se hincha y crece. Aquel capital de fuerzas que gastaba el pensamiento humano en edificios, lo gasta ahora en libros, y ya desde el siglo XVI la imprenta, puesta al nivel de la arquitectura que va degenerando, lucha con ella y la mata. En el siglo XVII, ya es bastante soberana bastante triunfante; ya está bastante segura de su victoria para dar al mundo el espectáculo de un gran siglo literario. En el siglo XVIII, habiendo descansado largo tiempo en la corte de Luis XIV, empuña la antigua espada de Lutero, arma con ella á Voltaire, y corre intrépida á atacar á la Europa, cuya expresion arquitectónica ha destruido ya. Al acabarse el siglo XVIII ya lo ha destruido todo: el XIX lo empleará en reedificar.

Preguntaremos nosotros ahora, ¿cual de las dos artes representa realmente de tres siglos á esta parte el pensamiento humano? ¿Cual le traduce? ¿cual expresa no solo sus manias literarias y escolásticas sino su vasto, profundo y universal movimiento? ¿Cual se sobrepone constantemente, sin interrupcion ni descanso, sobre el género humano que progresa, mónstruo de mil piés? ¿La arquitectura ó la imprenta?

La imprenta. No nos engañamos; la arquitectura murió, murió para siempre, asesinada por el libro impreso, asesinada porque dura ménos, asesinada porque cuesta mas. Toda catedral es un millar: imagínese ahora que depósito de fondos se necesitaria para escribir de nuevo el libro arquitectoral; para hacer brotar en el suelo millares de edificios; para volver á aquellas épocas en que era tal la muchedumbre de los monumentos, que, segun dice un testigo ocular, «parecia que el mundo, removiéndose habia sacudido sus antiguas vestimentas para cubrirse con un blanco ropage de iglesias.» *Erat enim ut si mundus, ipse excutiendo sem..t rejecta vetustate, candidam ecclesiarum vestem indueret.* (Glaber Radulphus).

¡Un libro se hace tan pronto, cuesta tan poco y puede andar tanto! ¿que mucho que todo el pensamiento humano salga por este orificio? No es esto decir que dejará de tener la arquitectura de vez en cuando algun buen monumento, alguna gran creacion aislada: es muy posible que tengámos de cuando en cuando bajo el reinado de la imprenta, alguna columna hecha, verbi gracia, por todo un ejército, con cañones amalgamados, como hubo bajo el reinado de la arquitectura, Iliadas y Romanceros, Mahabahratas y Niebelungens, hechos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. Podrá acaecer en el siglo XX el fenómeno de un arquitecto de genio, como vino el Dante en el siglo XIII; pero la arquitectura no sera jamás el arte social, el arte colectivo, el arte dominante, El gran poema, el gran edificio, la grande obra de la humanidad, no se edificará, se imprimirá.

Y si la arquitectura levantase accidentalmente la cabeza, no será ya soberana; tendrá que recibir leyes de la literatura, que las recibia de ella en otro tiempo. Las posiciones respectivas de ambas partes se han permutado. Es seguro que en la época arquitectónica, los poemas, raros en verdad, se parecen á los monumentos. En la India, Vyasa es pomposo, singular, impenetrable como una pagoda: en el oriente egipcio, la poesia tiene como los edificios, la grandeza y la magestad de las líneas: en la Grecia antigua, la belleza, la serenidad, la calma: en la Europa cristiana, la magestad católica, la fe popular, rica y lujosa vegetacion de una época de renovacion. La Biblia se parece á las Pirámides, la Iliada al Partenon, Homero á Fidias. Dante, en el siglo XIII, es la última iglesia bizantina; Shakespeare en el XVI, la última catedral gótica.

En fin, para resumir lo que hemos dicho hasta aquí de un modo necesariamente incompleto y truncado, el género humano ha tenido dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta, la Biblia de piedra y la Biblia de papel. Cierto que cuando se contemplan estas dos Biblias, tan abiertas de par en par en los siglos, permitido es echar de ménos con dolor la magestad visible de la escritura de granito, aquellos gigantescos alfabetos formulados en columnatas, en pirámides, en obeliscos; aquellas especies de montañas humanas que cubren el mundo y lo pasado desde la pirámide de Cheops hasta el campanario de Strasburgo. En aquellas páginas de mármol debe leerse lo pasado: es preciso admirar y hojear de contínuo el libro escrito por la arquitectura; pero no se debe negar la grandeza del edificio erigido por la imprenta.

Este edificio es colosal. No sé que especulador estadístico ha calculado que, poniendo unos sobre otros todos los volúmenes que ha producido la prensa de Guttemberg, se llenaria el espacio que media entre la luna y la tierra, pero no es esta la especie de grandeza de que hablamos. Cuando queremos formarnos en nuestra mente una imágen total del conjunto de los productos de la imprenta hasta nuestros dias, ¿no parece este conjunto semejante á una inmensa construccion, apoyada sobre el mundo entero, en la cual trabaja incesantemente la humanidad, y cuya monstruosa cabeza se pierde en las profundas brumas del porvenir? La imprenta es el hormiguero de las inteligencias; es la colmena adonde todas las imaginaciones, doradas abejas, llegan con su miel. El edificio tiene mil pisos. Por una parte y otra se ven desembocar en sus costados las tenebrosas cavernas de la cien-

Digitized by Google

cia que se cruzan en sus entrañas; dó quiera en su superficie ofrece el arte, bellísimo á la vista, sus arabescos, sus rosetones, sus encajes: allí cada obra individual, por mas caprichosa, por mas aislada que parezca, tiene su sitio y su evidencia. Del conjunto resulta la armonia. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron, mil torreones se apiñan en tropel sobre aquella metrópoli de la inteligencia universal. En su base han escrito los hombres algunos antiguos títulos de la humanidad que no habia apuntado la arquitectura: á la izquierda de la entrado el antiguo bajo-relieve de mármol blanco de Homero, á la derecha, alza sus siete cabezas la Biblia poliglota: la hidra del Romancero se eriza mas allá con algunas otras formas híbridas, los Vedas y los Niebelungens. Pero el prodigioso edificio permanece siempre incompleto; la prensa, máquina gigante que aspira sin cesar todo el jugo intelectual de la sociedad, vomita continuamente nuevos materiales para su obra. Todo el género humano coopera á la obra; cada talento es albañil; el mas humilde tapa un agujero ó pone una piedra. Retif de la Bretonne lleva su canasta de argamazon; cada dia se levanta una nueva hilada de ladrillos. Independientemente del escote original é individual de cada escritor hay contingentes colectivos: el siglo XVIII dá la Enciclopedia; la revolucion dá el Monitor. Seguramente que esta es tambien una construccion que crece y se amontona en espirales infinitas: en ella tambien hay confusion de lenguas, actividad incesante, infatigable trabajo, concurrencia tenaz de la humanidad entera; reflujo prometido á la inteligencia contra un nuevo diluvio, contra una sumersion de bárbaros. Es la segunda torre de Babel del género humano.

LIBRO SEXTO.

I.

OJEADA IMPARCIAL SOBRE LA ANTIGUA MAGISTRATURA.

Era tan bienaventurado como noble personaje, en el año de gracia de 1482, Roberto de Estouteville, caballero, señor de Beyne, baron de Ivry y S.-Andry en la Marca, consejero y gentilhombre del rey, y guardia del prebostazgo de Paris. Cerca hacia ya de diez y siete años que recibiera del rey, en 7 de noviembre de 1465, el año del cometa, el excelente destino de preboste de Paris, que mas bien era reputado señoria que destino, *dignitas*, dice Joannes Lœmnæus, *quæ cum non exigua potestate politiam concernante, atque prærogativis multis et juribus coniuncta est*. Era cosa maravillosa en 82 que tuviese empleo del rey un gentilhombre, cuyos títulos de nobleza ascendian á la época del matrimonio de la hija natural de Luis XI con el señor bastardo de Borbon. El mismo dia en que Roberto de Estouteville reemplazó á Santiago Villiers en el prebostago de Paris, maese Juan Dauvet reemplazaba al Sr. Elias de Torettes, en la primera presidencia de la sala del parlamento; Juan Juvenal des Ursins sucedia á Pedro de Morvillier, en el empleo de canciller de Francia; Regnault des Dormans quitaba á Pedro Puy su empleo de relator ordinario del consejo de la casa real. ¡Sobre cuántas cabezas habian pasado la presidencia, la cancilleria, el maestrazgo, desde que era Roberto de Estouteville preboste de Paris! Habiale sido el prebostazgo «encomendado á su guarda», decian las credenciales, y cierto que le guardaba bien. Habíase asido á él, en él se habia incorporado, identificado, y tanto, que logró sustraerse á aquella furia de destituciones que poseia á Luis XI, rey desconfiado, quisquilloso y activo que gustaba probar con frecuentes instituciones y revocaciones la elasticidad de su poder. Pero hay mas: el digno caballero habia obtenido para su hijo la futura de su empleo, y dos años hacia ya que el nombre de Santiago de Estouteville, caballerizo, figuraba junto al suyo al frente del registro del ordinario del prebostazgo de Paris. Raro é insigne favor, seguramente! Verdad es que Roberto de Estouteville era un buen soldado, que habia como leal caballero levantado el pendon contra «la liga del bien público», y que habia ofrecido á la reina un maravilloso ciervo de confites el dia de su entrada en Paris en 14.... Era ademas íntimo amigo del Sr. Tristan l' Hermite, preboste de los mariscales de la casa real. La existencia, pues, del Sr. Roberto era en efecto bastante apetecible; en primer lugar, tenia muy buenos emolumentos, á los cuales se agregaban, y de los cuales pendian como los racimos de una parra, las rentas de las escribanias civil y criminal del prebostazgo, amen de las rentas civiles y criminales de las audiencias de Embas del Chatelet, sin contar algunos piquillos procedentes del portazgo del puente de Mante y de Corbeil y varios otros pequeños beneficios. Añádase á esto el placer de ostentar en las cabalgadas de la ciudad y hacer resaltar entre los trages, la mitad colorados y la mitad curtidos de los regidores y alcaldes de barrio, su brillante armadura de guerra que aun podemos admirar esculpida sobre su sepulcro en la abadia de Valmont en Normandia, y su morrion todo abollado en Montlhery. ¿Y luego, no debe contarse por algo el tener plena supremacia sobre los alabarderos de la docena, el conserge y alcaide del Chatelet, sobre los dos oidores del Chatelet, *auditores Castelleti*, los diez y seis comisarios de los diez y seis barrios, el carcelero del Chatelet, los cuatro maceros enfeudados, los ciento veinte maceros á caballo, los ciento veinte maceros de vara, el caballero de la ronda con su ronda, su sub-ronda, su contra-ronda y su retro-ronda? ¿Era cosa de poco momento, alta y baja justicia, derecho de dar tormento, ahorcar ó decapitar, sin contar la jurisdicion menuda en primera instancia (*in prima instantia*, como dicen los diplomas) sobre el vizcondado de Paris, tan gloriosamente dotado de siete nobles alcaldias? ¿Qué cosa mas suave que pronunciar juicios y sentencias, como lo hacia cuotidianamente el señor Roberto de Estouteville, en el Gran Chatelet, bajo las anchas y macizas ojivas de Felipe-Augusto, é ir, como tenia costumbre de hacerlo todas las noches, á aquella preciosa casa, sita calle de Galilea, en el recinto del palacio real, que habia recibido en el dote de su mujer la Sra. Ambrosia de Loré, á descansar de la fatiga de haber enviado á algun pobre diablo á pasar la noche «á aquella covacha de la calle de la Escorcherie, en que solian hacer sus prisiones los prebostes y regidores de Paris, y que contenia once piés de largo, y once piés de alto?»

Y no solo tenia el Sr. Roberto de Estouteville su justicia privada de preboste y vizconde de Paris, sino tambien una parte y no pequeña en la gran justicia del rey. No habia cabeza algo encopetada que no le hubiese pasado por las manos antes de caer en las del verdugo: él habia ido á sacar de la Bastilla de S. Antonio, para llevarle al cadalso de los Mercados, á Mr. de Nemours; para llevarle á la Gréve, á Mr. Saint Pol que se enojaba y resistia con gran satisfaccion del Sr. preboste que no era amigo del Sr. condestable.

Esto basta y sobra para constituir una existencia ilustre y feliz, y para merecer algun dia una página notable en aquella interesante historia de los prevostes de Paris, donde se lee que Oudard de Villeneuve tenia una casa en la calle de Boucheries, que Guillermo de Haugest compró la grande y pequeña Saboya, que Guillermo Thiboust dió á las religiosas de Sta. Genoveva sus casas de la calle Clopin, que Hugo Aubriot vivia en el palacio del Puerco-Espin, y otros sucesos domésticos.

Pero á pesar de tantos y tan graves motivos para

Digitized by Google

llevar la vida con paciencia y aun con alegria, el Señor Roberto de Estouteville se despertó en la mañana del 7 de enero de 1482, sumamente mohino y de un humor muy perro. ¿De dónde provenia aquel mal humor? él mismo lo ignoraba. ¿Por que estaba el cielo anublado? ¿Por que la hebilla de su cinturon de Montlhery estaba muy apretada, y ceñia demasiado militarmente su barrigon de preboste? ¿Por que habia visto pasar por la calle debajo de su ventana una pandilla de pillos haciéndole burla, formados de cuatro en cuatro, sin camisa, con el sombrero sin copa, con la alforja en los hombros y la botella en la mano? ¿Era un vago presentimiento de que el futuro rey Cárlos VIII debia sustraer de las rentas del prebostazgo trescientos setenta libras, diez y seis sueldos y ocho dineros? El lector puede elegir entre todas estas esplicaciones; nosotros por nuestra parte nos inclinamos á creer lisa y llanamente que estaba de mal humor, porque estaba de mal humor.

Ademas, era el dia siguiente de una fiesta, dia de fastidio para todos, y con especialidad para el magistrado encargado de limpiar las inmundicias, en sentido propio y en sentido figurado, que acarrea una fiesta en Paris: y añadamos que debia celebrar sesion en el Gran Chatelet. Ya hemos hecho observar que los jueces se arreglan por lo general de modo que su dia de audiencia sea tambien su dia de mal humor, á fin de tener siempre alguno sobre quien desfogar su ira cómodamente en nombre del rey, de la ley y de la justicia.

La audiencia entre tanto habia empezado sin él: sus tenientes, en lo civil, en lo criminal y en lo particular, suplian su ausencia como es uso y costumbre; y ya desde las ocho de la mañana algunos grupos de hombres y de mujeres, apiñados y apretujados en un oscuro rincon del tribunal de Embas del Chatelet, entre una maciza barrera de Encina y la pared, asistian edificantes al variado y entretenido espectáculo de la justicia civil y criminal, hecha por maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet, teniente del señor preboste, algo confusamente y de todo punto á la casualidad.

La sala era pequeña, baja y embovedada. Habia en el fondo una mesa flordelisada junto á un gran sillon de madera de encina esculpida, que correspondia al preboste y estaba vacia á la sazon, y un banquillo á la izquierda para el oidor, maese Florian. Allí inmediato estaba el escribano, escribiendo: enfrente estaba el pueblo; y delante de la mesa y delante de la puerta, numerosos alabarderos del prebostazgo, con sobrevestas de camelote morado y cruces blancas en el pecho. Dos maceros del Parloir aux Bourgeois, vestidos con sus chaquetillas de todos los santos, la mitad coloradas y la mitad azules, hacian centinela delante de una puerta baja cerrada, que se veia en el fondo detras de la mesa. Una sola ventana ogiva, estrechamente embutida en la ancha pared, iluminaba con una pálida luz de enero dos figuras grotescas: el caprichoso demonio de piedra, esculpido en la clave de la bóveda, y el juez sentado en el fondo de la sala sobre flores de lis.

En efecto, figúrese el lector en la mesa prebostal, acurrucado sobre sus codos, los piés en la cola de su toga de paño pardo, el rostro entre su forro de piel de cordero blanco á la que parecian pertenecer tambien sus cejas, colorado, arisco, guiñando el ojo, sosteniendo con magestad la grasa de sus carrillos que se reunian debajo de su barba, á maese Florian Barbedienne, oidor en el Chatelet.

El oidor era en verdad; sordo, pero este era un insignificante defecto en un oidor: mas no por eso dejaba maese Florian de juzgar sin apelacion y muy congruentemente. Es seguro que basta el que parezca que un juez oye; y tanto mejor desempeñaba el venerable oidor esta condicion, la única esencial en buena justicia, cuanto ningun ruido podia distraer su atencion.

Por lo demas, tenia el buen Florian en el auditorio un implacable remedador de todas sus acciones y gestos, en la persona de nuestro amigo Juan Frollo del Molino, aquel estudiantillo de que hablamos ayer, aquel pilluelo que se encontraba en todas partes, excepto en la cátedra de los profesores.

—¡Calla! dijo en voz baja á su compañero Robin Poussepain que reia junto á él, mientras comentaba Juan las escenas que se ofrecian á su vista; ¡aquí viene Juanita del Buisson, la buena moza del Cagnard-au-Marché-Neuf!—¡Por mi vida que la condena el pícaro viejo! tan ciego debe de ser como sordo. ¡Quince sueldos y cuatro dineros parisies por haber echado dos padres nuestros! ¡Es muy caro: *lex duri carminis*!—¿Quien es ese? ¡Robin Cief-de-Ville, posadero!—¿Por haber sido examinado y recibido maestro en el susodicho oficio? Paga el derecho de entrada.—¡Ola! ¡dos caballeros entre una cáfila de villanos! ¡Aiglet de Soins, Hutin de Mailly; dos caballeros, *Corpus Cristi*! ¡Ah! ¡han jugado á los dados! ¿Cuando vendrá por aquí nuestro rector? ¡Cien libras parisies de multa! El Barbedienne pega como un sordo—¡que es!—¡Consiento en ser mi hermano el arcediano si eso me impide jugar, jugar de dia jugar de noche, vivir en el juego, y jugar el alma despues de la camisa!—¡Vírgen santa! ¡que de muchachas unas detras de otras, mis ovejas! ¡Ambrosia Lecuyere! ¡Isabel la Paynette! ¡Berarda Gironin!—¡A todas las conozco, voto á tal! ¡Multa! ¡multa! ¡Bien! ¡Eso os enseñará á usar cinturones dorados! ¡diez sueldos parisies! ¡coquetas!—¡Oh pícaro viejo, sordo y pollino! ¡Oh! ¡Florian el bárbaro! ¡Oh ¡Bardienne el rocin! ¡ahí está en su mesa! ¡come con las causas, come con los procesos, come, masca, se atraganta, se infla! ¡Multas, socaliñas, propios y arbitrios, costas, sisas, perjuicios é intereses, infiernos, cárcel y calabozos y cepos, son para él puches de noche buena y bizcochos de S. Juan! ¡Mírale! ¡que marrano! ¡Ea, bravo! ¡aquí viene otra enamorada! ¡Thibaude la Thibaude, ni mas ni ménos!—¡Por haber salido de la calle de Glatigny!—¿Quien es ese hermano? ¡Gieffroy Mabonne, soldado ballestero, por haber blasfemado del nombre de Dios Padre!—¡Multa á la Thibaude! ¡multa á Gieffroy! ¡multa á los dos! ¡Viejo sordo! ¡apuesto á que ha embrollado las causas! ¡diez contra uno á que hace pagar el juramento á la muchacha y el amor al soldado!—¡Atencion; Robin Poussepain! ¿A quien van á introducir? ¡Cuantos alabarderos, por vida de Júpiter! ¡aquí estan todos los lebreles de la jáuria!—buena pieza debe ser la caza. ¡Un jabalí,—lo es, Robin,—¡lo es, y magnífico!—¡Jesus! ¡es nuestro príncipe de ayer, nuestro papa de los locos, nuestro campanero, nuestro tuerto, nuestro jorobado, nuestra careta! Es Quasimodo.

Ni mas ni menos.

Era Quasimodo, cinchado, aferrado, encadenado y á buen recaudo. La cuadrilla de alabarderos que le rodeaba iba asistida del caballero de la ronda en persona, con las armas de Francia bordadas sobre el pecho y las armas de la ciudad en la espalda. Nada habia sin embargo en Quasimodo, salvo su deformidad, que pudiera justificar aquel aparato de alabarderos y de arcabuces; estaba sombrío, silencioso y sereno: apenas echaba de cuando en cuando sobre sus cadenas una mirada siniestra y colérica.

Echó otra mirada como esta en torno de sí, pero tan apagada y adormecida, que las mujeres no le apuntaban con el dedo mas que para reise de él.

En tanto maese Florian, el oidor, ojeó con atencion el índice de la demanda entablada contra Quasimodo, que le presentó el escribano, y echada esta primera ojeada, quedó por un momento en profunda medita-

Digitized by Google

cion. Gracias á esta precaucion que siempre cuidaba de no olvidar en el momento de proceder á un interrogatorio, sabia de antemano los nombres, cualidades, delitos del acusado, daba respuestas previstas á preguntas previstas, y lograba salir airoso de todas las sinuosidades del interrogatorio, sin hacer demasiado patente su sordera. El índice del proceso era para él, el perro del ciego. Si sucedia por casualidad que se descubriese su achaque de vez en cuando por algun apóstrofe incoherente ó alguna pregunta ininteligible, pasaba aquello por profundidad entre algunos y por imbecilidad entre otros. En ambos casos el honor de la magistratura quedaba ileso, porque al fin y al cabo, mas vale que un juez pase por imbécil ó por profundo que por sordo. Tenia pues singular empeño en disimular su sordera á los ojos de todos, y generalmente lo lograba con tal perfeccion que llegó á hacerse ilusion á sí mismo; cosa mucho mas fácil de lo que se cree generalmente. Todos los jorobados van con la cabeza erguida, todos los tartamudos peroran, todos los sordos hablan bajo. En cuanto á él, creíase á lo mas el oido algo rebelde; esta es la única concesion que hacia sobre este punto á la opinion pública en sus momentos de franqueza y de exámen de conciencia.

Despues de rumiar muy bien la causa de Quasimodo, echó la cabeza atrás, y casi cerró los ojos para mayor majestad é imparcialidad, tanto que era juntamente en aquel instante sordo y ciego; doble condicion sin la cual no hay juez perfecto. En esta actitud magistral empezó el interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

Hé aquí un caso que no habia sido «previsto por la ley», el caso en que un sordo tuviese que interrogar á otro sordo.

Quasimodo, á quien nadie advertia la pregunta que se le hacia, continuó mirando al juez de hito en hito, y no respondió palabra. El juez, sordo, á quien nadie advertia tampoco de la sordera del acusado, creyó que habia respondido como lo hacian en general todos los acusados, y prosiguió con su continente mecánico y estúpido.

—Bien está: ¿vuestra edad?

Tampoco respondió Quasimodo á esta pregunta: creyóla el juez satisfecha, y continuó:

—Ahora, ¿vuestro estado?

Continúa el mismo silencio: el auditorio entretanto empezaba á cuchichear, y todos á mirarse unos á otros.

—Basta; repuso el imperturbable oidor cuando supuso que habia consumado el acusado su tercera respuesta. Estais acusado en este tribunal: *primo*, de alboroto nocturno; *secundo*, de atentado deshonesto contra la persona de una mujer loca, *in praejudicium meretricis; tertio*, de rebelion é insolencia contra los arqueros del rey nuestro señor. Esplicaos sobre todos estos puntos.—¿Escribano, habeis escrito todo lo que ha dicho hasta ahora el acusado?

Al oir esta malandante pregunta, alzóse un estruendo de carcajadas en toda la sala, tan violentas, tan locas, tan contagiosas, tan universales que no pudieron ménos de advertirlo entrambos sordos. Volvióse Quasimodo alzando desdeñosamente su joroba, mientras que maese Florian, asombrado como él, y suponiendo que habia provocado la risa de los espectadores alguna réplica irreverente del acusado, lo que hacia visible para él aquel encogimiento de hombros, le apostrofó indignado.

—¡Respuesta es esa, señor bellaco, que merecia la horca! ¿sabeis á quien hablais?

No era muy propia esta salida para contener la explosion del júbilo general; ántes bien les pareció á todos tan heteróclita y cornuda que la gana de reir se apoderó hasta de los maceros de Parloir-aux-Bourgeois, especie de lacayos armados en quienes la estupidez era de ordenanza. Solo Quasimodo conservó su serenidad, por la simple razon de que no oia una palabra de lo que estaba pasando; pero el juez, cada vez mas irritado, creyó deber continuar sobre el mismo tono esperando de este modo inspirar al acusado un saludable terror, cuya reaccion infundiese el debido respeto al auditorio.

—Con que es decir, perverso ratero, que os permitis insultar al oidor de Chatelet, al magistrado responsable de la policia popular de Paris, encargado de entender en los crímenes, delitos y demasias; de vigilar todos los oficios y prohibir el monopolio; de cuidar del empedrado; de perseguir á los revendedores de aves y todo linage de volátiles; de hacer pesar todas las medidas de leña; de purgar la ciudad de los lodos y el aire de las enfermedades contagiosas; de velar continuamente por ls salud del público, en una palabra, sin emolumentos ni esperanzas de honorarios! ¿Sabeis que yo me llamo Florian Barbedienne, teniente del Sr. Preboste y ademas comisario, inspector y examinador con igual poder en prebostazgo, alcaldia, conservacion y jurisdiccion de reales Senecalias?

No hay razon para que se detenga un sordo que habla á otro sordo. Dios sabe donde y cuando hubiera echado el ancla maese Florian, lanzado así á toda vela en la alta elocuencia, si la puertecilla baja del fondo no se hubiera abierto de pronto y dado paso al Sr. Preboste en persona.

—No se cortó al verle entrar maese Florian, ántes bien, dando media vuelta sobre sus talones y flechando impávido sobre el preboste la arenga que lanzaba á Quasimodo un momento ántes:—Monseñor, dijo, reclamo cualquier pena que tengais á bien imponer al acusado aquí presente por grave y mirífico desacato á la justicia.

Y volvió á sentarse jadeando y enjugando gruesas gotas de sudor que caian de su frente, y empapaban como lágrimas los pergaminos extendidos delante de él. Frunció las cejas el caballero Alberto de Estouteville, é hizo á Quasimodo una indicacion con el jesto tan imperiosa y significativa que el sordo empezó á comprender el asunto de que se trataba.

El preboste le dirigió la palabra con severidad:—¡Que has hecho, bellaco, para estar aquí!

El pobre diablo, suponiendo que el preboste le preguntaba su nombre, rompió el silencio que guardaba habitualmente, y respondió con voz ronca y gutural:—Quasimodo.

Tampoco coincidia la respuesta con la pregunta, de nuevo empezaron á circular las carcajadas y el caballero Roberto exclamó montado en cólera:—¿Te burlas tambien de mí, pícaro redomado?

—Campanero de Ntra. Sra., respondió Quasimodo creyendo que se trataba de explicar al juez quien era.

—¡Campanero! repitió el preboste que se habia dispertado aquella mañana de bastante mal humor, como ya hemos dicho, para que no necesitase su furor ser atizado por respuestas tan incongruentes. ¡Campanero! yo te haré descargar sobre las costillas un repiqueteo de latigazos por las calles de Paris, ¿lo oyes canalla?

—Si quereis saber mi edad, dijo Quasimodo, creo que cumpliré veinte años por S. Martin.

Esto era ya demasiado; el preboste no lo pudo sufrir.

—¡Ah! ¡la echas de guapo con el prebostazgo, miserable! Señores maceros de vara, me llevareis á este tuno á la picota de la Gréve, y me lo azotareis de firme, y le dareis vuelta en la rueda por una hora. Me la ha de pagar, ¡vive Dios! y quiero que se haga pregon de la presente sentencia, con asistencia de cuatro trompetas jurados, en las siete castellanias del vizcondado de Paris.

Púsose incontinente el escribano á redactar la sentencia.

—¡Vientre de Dios! ¡eso se llama juzgar bien! ex-

Digitized by Google

clamó desde su rincon el estudiante Juan Frollo del Molino.

Volvió la cara el preboste, y fijó de nuevo en Quasimodo su mirada fulminante.

—Me parece que el bellaco ha dicho «vientre de Dios!» Escribano, añadió, doce dineros parisies de multa por juramento, y que se destine la mitad á la fábrica de S. Eustaquio: tengo devocion especial á S. Eustaquio.

Al cabo de pocos momentos, quedó sustanciada la sentencia, cuyo tenor era breve y sencillo. —La jurisdicion del prebostazgo y vizcondado de Paris no habia sido aun trabajada por el presidente Thibaut Baillet ó por Roger Barmne, el abogado del rey, ni estaba obstruida todavia por aquella alta valla de litijios y pleiteamientos que plantaron en ella los dos espresados jurisconsultos á principios del siglo XVI. Todo en ella era claro, explícito, expeditivo; y siempre se veia al fin de cada sendero, sin matorrales ni rodeos, la rueda, el patíbulo ó la picota. Sabíase á lo menos á donde se iba.

El escribano presentó la sentencia al preboste, quien puso en ella su sello, y salió para continuar su ronda por los tribunales con una disposicion de ánimo, tal, que hubo de poblar aquel dia todas las cárceles de Paris. Juan Frollo y Robin Poussepain reian por lo bajo: Quasimodo lo miraba todo con aire indiferente y atónito.

En tanto, el escribano, mientras leia maese Florian Barbedienne la sentencia para firmarla, sintióse movido á compasion hácia el pobre diablo sentenciado, y esperando obtener alguna disminucion en la pena, se acercó lo mas que pudo al oido del juez, y le dijo indicando con el dedo á Quasimodo: —Ese hombre es sordo.

Esperaba el escribano que la circunstancia de una enfermedad, comun achaque, despertaria el interés de maese Florian en favor del pobre reo. Pero en primer lugar ya hemos observado que maese Florian no se tenia por sordo, ni queria que nadie le tuviese por tal; y ademas es el caso que lo era en tan alto grado que no oyó una palabra de lo que le dijo el escribano; mas como quiso aparentar que lo habia oido, respondió: —¡Ah! ¡ah! eso es diferente; yo no lo sabia.— Una hora mas de picota en ese caso.

Y firmó la sentencia con esta modificacion.

—Bien hecho, dijo Robin Poussepain, que guardaba tirria á Quasimodo; eso le enseñará á ser mas atento con las gentes.

II.

LE TROU-AUX-RATS.

Permítanos el lector volverle á la plaza de Gréve, que dejamos ayer con Gringoire para seguir á la Esmeralda.

Son las diez de la mañana; todo anuncia la festividad de la víspera. El suelo está cubierto de despojos; cintas, trapos, plumas de penachos, gotas de cera de los hachones, migajas de la pública francachela. Gran número de «vagamundos» van removiendo con el pié los tizones apagados de la hoguera, estasiándose delante de la Casa de los Pilares con el recuerdo de las hermosas colgaduras del dia ántes, y mirando á la sazon los clavos, último placer. Los vendedores de cidra y de cerveza giran con sus cacharros por enmedio de los grupos: algnnos transeuntes ocupados van y vienen con premura; los revendedores hablan y se llaman desde sus puestos. La fiesta, los embajadores, Coppenole, el papa de los locos, están en todos los lábios; todos van á quien mas charla y mas rie. Y sin embargo, cuatro soldados á caballo, que acaban de colocarse en los cuatro ángulos de la picota, han concentrado ya en torno de sí una gran porcion del «popular» esparramado por la plaza, que se condena á la inmovilidad y al fastidio con la esperanza de una divertida ejecucion.

Y si ahora el lector, despues de haber contemplado la escena viva y tumultuosa que se representa en todos los puntos de la plaza, dirije la vista hácia aquella antigua casa medio gótica, medio bizantina, de la torre Roland, que hace la esquina del muelle al poniente, podrá observar en el ángulo de la fachada un inmenso breviario público con ricas estampas iluminadas, á cubierto de la lluvia con un pequeño tejadillo, y de los ladrones por una baranda que solo permite hojearle. Al lado de este breviario hay una ventanilla ojiva muy estrecha, cruzada por dos barras de hierro, que da sobre la plaza; única abertura que deja entrar un poco de aire y de luz en una celdilla sin puerta hecha en el entresuelo en el espesor de la pared maestra de la antigua casa, y llena de una paz tanto mas profunda, de un silencio tanto mas sombrío, cuanto hormiguea y alborota en su rededor la plaza mas pasagera y tumultuosa de la capital.

Aquella celda era celebre en Paris hacia mas de tres siglos, desde que Mad. Roland de la Tour-Roland, estando de luto por su padre, muerto en las cruzadas, le habia hecho abrir en la pared de su propia casa para condenarse en ella á eterna reclusion, conservando solo de su palacio aquel tugurio cuya puerta estaba jalbegada así en invierno como en verano, y dando todo lo demas á los pobres del Señor. Veinte años en efecto habia esperado la muerte en aquella tumba anticipada la desolada doncella, rezando dia y noche por el alma de su padre, durmiendo en la ceniza sin tener siquiera una piedra por almohada, vestida de un saco negro, y sin mas alimento que el pan y el agua que ponia la compasion de los transeuntes en el resalte de su ventana, recibiendo de este modo limosna despues de haberla dado. En la época de su muerte, al ir á pasar á otro sepulcro, legó para siempre aquel á las mujeres afligidas, madres viudas ó hijas que tuviesen mucho que rezar por otros ó por ellas, y que quisiesen enterrarse vivas en un gran dolor ó en una gran penitencia. Los pobres de su tiempo la hicieron brillantes exequias de lágrimas y bendiciones: pero con gran sentimiento de todos ellos, no pudo la piadosa doncella ser canonizada por falta de proteccion. Aquellos que eran algo impíos, esperaron que la cosa se lograria mas fácilmente en el cielo que en Roma, y se contentaron con pedir á Dios por la difunta, ya que no podian obtener del papa lo que anhelaban; casi todos se decidieron á mirar como sagrada la memoria de Roland, y á hacer reliquias de sus guiñapos. La ciudad por su parte fundó cumpliendo la voluntad de la doncella, un breviario público que se clavó junto á la ventana de la celda, á fin de que en él se detuviesen alguna vez los transeuntes, aunque no fuera mas que á rezar para que la oracion recordase la limosna, y para que las pobres reclusas, herederas de la cueva de Mad. Roland, no pereciesen de hambre y de olvido.

Pero no eran cosa muy rara estas especies de sepulcros en las ciudades de la edad media. Veíase con frecuencia, aun en las calles mas pasageras, aun en el mercado mas abundante y ruidoso, en la mitad de ella ó de él, debajo de los piés de los caballos ó bajo las ruedas de los carros, un sótano, un pozo, alguna sima murada y enrejada, en cuyo fondo rezaba dia y noche un ser humano, consagrado voluntariamente á algun eterno lamento, á alguna grande espiacion. Y todas las reflexiones que nos inspiraria este espectáculo singular, aquella horrible celda, eslabon intermedio entre la casa y el sepulcro, entre el cementerio y la ciudad, aquel vivo arrancado de la comunidad humana, y contado ya entre los muertos, aquella lámpara consumiendo su última gota de aceite en la sombra, aquel resto de vida vacilante en una sima, aquel aliento aquella voz, aquella oracion eterna en una

Digitized by Google

caja de piedra, aquel rostro vuelto para siempre hácia el otro mundo, aquellos ojos iluminados ya por otro sol, aquellos oidos pegados á las paredes de la tumba, aquella alma prisionera en aquel cuerpo, aquel cuerpo prisionero en aquel calabozo y bajo aquella doble cubierta de carne y de granito, el murmullo de aquella alma en pena, nada de todo esto advertia la muchedumbre. La piedad poco reflexiva y sútil de aquellos tiempos no daba tanta importancia á un acto religioso: tomaba la cosa á bulto, y honraba, veneraba, santificaba en caso de necesidad el sacrificio; pero ni le compadecia ni analizaba sus inmensos sufrimientos. Llevaba de cuando en cuando alguna pitanza al miserable penitente, miraba por el agujero si vivia todavia, ignoraba su nombre, sabia apenas cuantos años hacia que habia empezado á morir, y al extrangero que les dirigia alguna pregunta sobre el esqueleto vivo que se podria en aquella cueva, respondian lisa y llanamente los vecinos, si era un hombre:

—«Es el recluso»; y si era mujer:—«Es la reclusa.»

Todo se veia entónces así, sin metafísica, sin exageracion, sin cristal de aumento, á la simple vista. Aun no se habia inventado el microscopio, ni para las cosas de la materia, ni para las cosas del alma.

Pero, aunque asombraban muy poco los ejemplos de estas reclusiones voluntarias en el seno de las ciudades, eran en verdad, frecuentes, como poco ántes dijimos. Habia en Paris gran número de aquellas celdas para rezar y hacer penitencia, y casi todas estaban ocupadas. Verdad es que el clero cuidaba de no dejarlas vacías, lo que implicaba frialdad en los fieles, y por eso metia en ellas leprosos, cuando no tenia á la mano penitentes. Ademas del chiribitil de la Gréve, habia uno en Montfaucon, uno en el cementerio de los Inocentes, otro no sé donde, en el palacio Clichon, si mal no me acuerdo, y otros muchos en otros puntos, cuyos vestigios se hallan aun en las tradiciones, á falta de monumentos. La Universidad tenia tambien los suyos. Sobre la montaña de Sta. Genoveva, una especie de Job de la edad media cantó durante treinta años los siete salmos de la penitencia, volviendo á empezar cuando habia acabado, salmodiando mas alto durante la noche, *magna voce per umbras*, y hoy cree oir su voz el anticuario, cuando entra en la calle del «Pozo que habla.»

Contrayéndonos ahora á la covacha da la torre Roland, debemos decir que nunca habian escaseado en ella las reclusas: desde la muerte de madama Roland, rara vez habia estado vacante un año ó dos. Muchas mujeres habian ido á llorar en ella hasta la muerte, á suspadres, sus amantes, y sus culpas: la malicia parisiense que en todo se mete, aun en las cosas que menos la interesan, aseguraba que se habian visto pocas viudas en aquel asilo de dolor ó de penitencia.

Segun la moda de la época, una inscripcion latina escrita sobre la pared, indicaba al traseunte letrado el piadoso destino de aquella celdilla. Hasta mediados del siglo XVI se ha conservado la costumbre de esplicar un edificio por medio de una breve divisa escrita sobre su puerta: todavia se lee en Francia sobre la puerta de la prision de la casa señorial de Tourville: *Sileto et spera*; en Irlanda, bajo el escudo que corona la puerta principal del castillo de Fortescue: *Forte scutum, salus ducum*; en Inglaterra, sobre la entrada principal del castillo hospitalario de los condes Cowper: *tuum est*. Porque entónces todo edificio era un pensamiento.

Como no habia puerta en la celda murada de la Torre-Roland, veíanse gravadas en grandes letras romanas, encima de la ventana, estas dos palabras:

TU, ORA.

Por esto el pueblo, cuyo buen criterio no ve tanta sutileza en las cosas, y suele traducir *Ludovico Magno* por «Puerta de S. Dionisio habia dado, á aquella cavidad negra, sombría y húmeda el nombre de *Trou-aux-Rats*. Esplicacion menos sublime tal vez que la otro, pero en cambio mas pintoresca.

III.

HISTORIA DE UNA TORTA DE MAIZ.

En la época en que pasa esta historia, estaba ocupada la celda de la Torre-Roland. Si el lector desea saber por quién, tómese el trabajo de escuchar la conversacion de tres buenas mujeres que, en el momento en que hemos fijado su atencion en el Trou aux-Rats, se dirijian precisamente por el mismo lado subiendo hacia el Chatelet por la Gréve á lo largo de la orilla del rio. El traje de dos de estas mujeres era el ordinario de las vecinas de Paris: sus finas golas blancas, sus sayas de tiritaña listada de encarnado y azul, sus medias sin un pliegue, de hilo blanco con cuadrados de color, sus zapatos de cuero y de ancha punta con suelas negras, y sobre todo sus gorros, aquella especie de cuernos de relumbron recargados de cintas y de encajes, que las champanesas usan todavia, émulas de los granaderos de la guardia imperial rusa, anunciaban que pertenecian á aquella clase de comerciantas ricas, que son un justo medio entre lo que los lacayos llaman «una mujer», y lo que llaman «una señora». No llevaban sortijas ni cruces en el pecho; pero fácil era conocer que no lo hacian por pobreza, sino lisa y llanamente por temor de la multa. Su compañera estaba ataviada poco mas ó menos del mismo modo; pero habia en su tocado y sobre todo en su porte, un no sé que, que olia á mujer de notario de provincia. Conocíase por el modo con que la subia prendido el cinturon por uno de los costados, que era forastera en Paris; añádase á esto que llevaba una gola rizada, lazos en los zapatos, que las rayas de su saya eran horizontales y no verticales, y otras mil enormidades de que se indignaba el buen gusto.

Caminaban las dos primeras con aquel paso peculiar á las parisienses que enseñan su Paris á las forasteras. La provincial llevaba de la mano un chicuelo muy gordo, que llevaba en la suya una torta muy gorda.

Sentimos tener que añadir, que, atendido el rigor de la estacion, la lengua le servia de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non pásibus æquis* como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante con grande enojo de su madre. Verdad es que miraba mas á la torta que al suelo; y sin duda algun grave motivo le impedia hincarla el diente (á la torta) por lo que se limitaba á examinarla con ternura. Pero la madre hubiera debido encargarse de la torta; era una crueldad convertir en Tántalo al rechoncho pequeñuelo.

Entre tanto las tres señoritas (porque el nombre de Señoras estaba entonces reservado solo para las mujeres nobles) hablaban á la vez.

—Despachemos, señorita Mahiette, decia la mas jóven de las tres, que era tambien la mas gruesa, á la provincia. Mucho me temo que vamos á llegar tarde, nos dijeron en el Chatelet que al instante le iban á llevar á la picota.

—¡Ah, bah! ¿qué estais diciendo, señorita Oudarde Musnier! repuso la otra parisiense. Tiene que estar dos horas en la picota, con que nos queda tiempo. ¿Habeis visto alguna vez sacar á la verguenza, amiga Mahiette?

—Sí, dijo la provincial, en Reims.

—¡Ah, bah! ¿y qué es eso, vuestra picota de Reims? Una miserable jaula donde no se dá tormento mas que á patanes. ¡Vaya una cosa!

—¿Qué patanes? ¿dijo Mahiette, en el mercado de los paños? Pues habeis de saber que hemos visto muy

Digitized by Google

grandes criminales, y que habian matado padre y madre! ¡Patanes! ¿por quién nos tomais, Gervasia?

Es seguro que la provincial estaba á punto de amostazarse sériamente por el honor de su picota. Por fortuna la discreta Oudarde Musnier mudó á tiempo de conversacion.

— A propósito, señorita Mahiette, ¿que decis de nuestros embajadores flamencos? ¿Habeis visto otros tan majos en Reims?

— Confieso, — respondió Mahiette, — que no hay otro Paris para ver flamencos como aquellos.

— ¿Habeis visto en la embajada aquel embajador tan alto que es calcetero? — preguntó Oudarde.

— Sí, — dijo Mahiette; — parece un Saturno.

— ¿Y aquel gordo que tenia la cara como una barriga desnuda? — repuso Gervasia. — ¿Y aquel rebajuelo que tenia unos ojitos bordados de un párpado colorado, festoneado y andrajoso como cabeza de cardo?

— ¡Los caballos si que eran de ver, — dijo Oudarde, vestidos como iban á la moda de su pais!

— ¡Ay amiga! — interrumpió la provincial Mahiette, tomando á su vez cierto aire de superioridad; — ¿pues que dirias si hubieras visto, en 61, en la consagracion de Reims, hace diez y ocho años, los caballos de los príncipes y del acompañamiento del rey? ¡Jaeces y caparazones de toda especie; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas cebelinas; otros de terciopelo, forrados de cuchillos de armiño; otros recamados de rica argenteria y de campanillas de oro y de plata! ¡Y el dinero que costó todo aquello! ¡y los pagecitos tan bonitos que iban encima!

— Eso no impide, — respondió secamente la señorita Oudarde, — que los flamencos tengan unos caballos muy hermosos y que han tenido una cena opípara en casa del señor preboste de los mercaderes, en la casa de la ciudad, en que les han servido confites, hipocrás, especias y otras singularidades.

— ¡Que estás diciendo, vecina! — exclamó Gervasia: — en el palacio del Sr. Cardenal, en el pequeño Borbon es donde han cenado los flamencos.

— No: en la casa de la ciudad.

— Sí: en el pequeño Borbon.

— Tan ha sido en la casa de la ciudad, repuso Oudarde con acrimonia, que el doctor Scourable les ha hecho una arenga en latin, de la que han quedado muy satisfechos. Mi marido, que es librero jurado, es quien me lo ha dicho.

— Tan ha sido en el pequeño Borbon, — respondió Gervasia no ménos acalorada, — que voy á decir lo que les ha presentado el procurador del Sr. Cardenal: doce dobles cuartillos de hipocrás blanco, clarete y tinto: veinte y cuatro canastillas de mazapan doble de Leon, dorado: otras tantas cajas de dos libras por pieza; y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete, del mejor que se ha podido hallar. Supongo que no habrá duda en esto; lo sé por mi marido que es cincuentenero en el Parloir aux Bourgeois, y comparaba esta mañana á los embajadores flamencos con los del Preste Juan y el emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á Paris en tiempo del último rey y que traian pendientes en las orejas.

— Tan cierto es que cenaron en casa de la ciudad, — replicó Oudarde poco impresionada por aquella facúndia, — cuanto no se ha visto jamas una abundancia tal de viandas y de confites.

— Pues yo digo que fueron servidos por le Sec, alabardero de la ciudad, en el palacio del pequeño Borbon, y en esto estais equivocada.

— ¡Repito que fue en la casa de la ciudad!

— ¡En el pequeño Borbon, por amor de Dios! ¡en el pequeño Borbon! Como que estaba iluminada con candilejas mágicas la palabra «Esperanza» que está escrita sobre el pórtico.

— ¡En la casa de la ciudad! ¡en la casa de la ciudad! Lo mismo que Husson-le-Voir tocaba la flauta.

— Os digo que no.

— Os digo que sí.

— Os digo que no.

Preparábase ya á replicar la corpulenta Oudarde, y acaso de la disputa se habrian resentido los gorros, si no hubiera exclamado Mahiette repentinamente: — Mirad aquel gentío que se reune allá abajo en la cabeza del puente! Rodean alguna cosa que estan mirando.

— Si, — dijo Gervasia, — oigo un tamboril: será la Esmeralda qus hace sus juegos con su cabrita. Ea, ea, apretemos el paso, Mahiette, y tirad de ese chiquillo: habeis venido para ver todas las curiosidades de Paris. Ayer visteis los flamencos; es menester que veais hoy la gitana.

— ¡La gitana! — exclamó Mahiette, retrocediendo involuntariamente, y apretando con fuerza el brazo de su hijo: — ¡Dios me libre! ¡me robaria mi niño! — ¡vamos Eustaquio!

Y echó á correr sobre el muelle hácia la Gréve, hasta que dejó el puente bastante detras de sí. Pero el muchacho de quien iba tirando cayó sobre sus rodillas, por lo que tuvo que detenerse su madre, y entónces Oudarde y Gervasia se reunieron á ella.

— ¡La gitana os robaria vuestro hijo! — dijo Gervasia. — ¡Vaya un capricho singular!...

Mahiette la miraba con aire pensativo.

— Lo mas singular, — observo Oudarde, — es que la reclusa tiene las mismas ideas de las gitanas.

— ¿Quien es la reclusa? — dijo Mahiette.

— ¡Toma! — dijo Oudarde, — la hermana Gudula.

— ¿Quien es, — repuso Mahiette, — la hermana Gudula?

— ¡Con que no lo sabeis! — respondió Oudarde: — ya se vé, como que venis de Reims... Es la reclusa del Trou-aux-Rats.

— ¡Como! — respondió Mahiette, — ¿esa pobre mujer á quien llevamos esta torta!

Hizo Oudarde con la cabeza una señal afirmativa.

— Precisamente; ahora mismo vais á verla en su covacha que da sobre la Gréve, y tiene la misma opinion de esos vagamundos de Egipto que bailan y dicen la buena ventura: nadie sabe porque mira con ese horror á los gitanos. ¿Pero vos, Mahiette, porque echais á correr así solo al verlos?

— ¡Oh! — dijo Mahiette, cogiendo entre sus manos la cabeza redonda de su hijo, — porque no quiero que me suceda lo que la sucedió á Paquita la Chantefleuri.

— ¡Ah! nos vais á contar esa historia, querida Mahiette, — dijo Gervasia cogiéndola de bracero.

— Con gusto, — respondió Mahiette; — ¡pero es menester ser muy de Paris para no saber eso! Habeis de saber — pero no es preciso pararnos para contarlo — que Paquita la Chantefleuri era una hermosa muchacha de diez y ocho años cuando yo lo era tambien, es decir, hace diez y ocho años, y que ella se tiene la culpa si no es hoy como yo una buena matrona de treinta y seis años, con un marido y un hijo. Por lo demas, desde la edad de catorce años, ya no era tiempo! Era pues la Paquita hija de Guybertaut, barquero de Reims, el mismo que se presentó delante de Cárlos VII cuando su consagracion, cuando bajó nuestro rio de Vesle desde Sillery hasta Muison, por mas señas que la señora doncella iba en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavia muy niña, y ya no le quedaba mas que su madre, hermana del señor Mateo Pradon, azofarero y calderero en Paris, calle Parin-Garlin, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. La madre era una buena mujer, por desgracia, y no enseñó cosa alguna á Paquita mas que algo de bordar y de hacer chucherias; lo que no impidió que la muchacha creciese y se fuese quedando muy pobre. Vivian las dos en Reims, á lo

Digitized by Google

largo del rio, calle de *Folle-Peine*. Notad esto, que tengo para mí que fue lo que hizo á Paquita desgraciada. —En 61, año de la consagracion de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan linda y tan alegre, que nadie la llamaba mas que la Chantefleuri. —¡Pobre muchacha! —Tenia bonitos dientes, y gustaba de reirse para enseñarlos, y es sabido que muchacha que rie está muy expuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Llamábanla pues la Chantefleuri: ella y su madre ganaban su vida á duras penas, como que vinieron muy á ménos desde la muerte del trovador; su comercio no las producia mas de seis dineros por semana. —¿Que se hizo el tiempo en que el buen Guybertaut ganaba doce sueldos parisies en una sola consagracion con una trova? —Un invierno —el mismo año de 61 —en que las dos mujeres no tenian ni leña ni fuego, y en que hacia mucho frio, tenia tan buenos colores la Chantefleuri que los hombres la llamaban: ¡Paquita! ¡Paquita! y la pobre se perdió... —¡Eustaquio! ¡cuidado como te vea yo morder la torta! —Al instante conocimos todos que estaba perdida, cuando la vimos un domingo ir á misa con una cruz de oro al pecho. —¡A los catorce años! ¡para que se vea! Su primer novio fue el jóven vizconde de Cormontreuil que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; luego el caballero Enrique de Triancourt, caballerizo del rey; luego, ménos que eso, Chiart de Beaulion, sargento de armas; luego, siempre bajando, Guery Aubergeon, trinchante del rey; luego Macé de Frepus, barbero del Sr. Delfin; luego Thevenin-le-Moine, cocinero del rey; luego, bajando así de ménos jóven á ménos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Entónces, ¡pobre Chantefleuri! fue de todo el mundo; la pobrecilla habia llegado al último ochavo de su moneda de oro. ¿Que mas os diré? En la consagracion, en el mismo año 61, ella fue quien hizo la cama al rey de los bellacos. ¡En el mismo año!!...

Suspiró Mahiette y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues dígoos que no hallo nada de extraordinario en esa historia, dijo Gervasia, y no veo hasta ahora en todo eso gitanos ni chiquillos.

—¡Paciencia! —repuso Mahiette; ahora vais á ver un chiquillo. —En 66, —en este mes hará dieziseis años por S. Pablo, Paquita dió á luz una niña.— ¡Pobrecilla! tuvo una alegria increible porque hacia mucho tiempo que deseaba un hijo. Su madre, pobre vieja que nunca habia sabido mas que cerrar los ojos, habia muerto, y Paquita no tenia ya en este mundo nadie á quien amar, nadie que la amára. —Desde que tuvo el primer desliz, hacia ya cinco años, era una pobre criatura la Chantefleuri: estaba sola, en esta vida, señalada con el dedo por las calles, azuzada cuando salia, zurrada por los soldados, escarnecida por los pillos desarrapados. Y luego, tenia ya veinte años; y veinte años es la vejez para las mujeres de mala vida. La prostitucion empezó á producirla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que venia, la quitaba un escudo; —de modo que el invierno era terrible para ella con poca leña en su hogar, con poco pan en su alacena. Y no podia trabajar, porque haciéndose voluptuosa, se habia hecho holgazana y sufria mucho mas porque haciéndose holgazana, se habia hecho voluptuosa. —Así es, á lo menos como esplica el cura de S. Reims, porque esas mujeres tienen mas frio y mas hambre cuando son viejas.

—Así es, observó Gervasia; —¿pero y las gitanas?

—¡Calla Gervasia! dijo Oudarde, cuya atencion era menos impaciente. ¿Qué quedaria para el fin si se dijera todo al principio? Adelante, Mahiette.— ¡Pobre Chantefleuri!

Mahiette prosiguió.

—Estaba, pues como digo, muy triste, muy miserable, y las lágrimas surcaban sus megillas. Pero en su miseria, en su locura y en su abandono, le parecia que seria menos miserable, menos loca y menos abandonada, si hubiera algo én el mundo que ella pudiera amar ó que pudiera amarla á ella; —y era preciso que este objeto fuera un niño, porque solo un niño podia ser bastante inocente para eso. —Ella lo conoció despues de haber probado á amar á un ladron, el único hombre que pudiera hacerla caso; pero al cabo de algun tiempo conoció que el ladron la despreciaba. —Esas mujeres necesitan un amante ó un niño para que las llene el corazon; si no, son muy desgraciadas. —No pudiendo tener un amante, deseó un hijo, y como no habia cesado de ser buena cristiana, se lo pidió continuamente á Dios: Dios tuvo compasion de ella y la dió una niña. No os hablaré de su alegria; fue aquella una furia de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma criaba á su niña, la hacia mantillas con su manta, la única que tenia en su cama, y ya no sintió ni hambre ni frio. Tanto, que volvió á ponerse hermosa: vieja soltera es madre jóven. Volvió á empezar el tráfico; los hombres volvieron á la Chantefleuri, ella encontró chalanes para su mercancia, y de todos aquellos horrores hizo ropitas, capillos y baberos, almillitas de encaje y gorritos de raso, sin pensar siquiera en comprarse otra manta. —Eustáquio, ya te he dicho que no tienes que comerte la torta. —Es seguro que la Inesita, —este era el nombre de la criatura; su nombre y nada mas, pues por lo que hace á apellido, ya hacia tiempo que la Chantefleuri no le tenia. —¡Es seguro que aquella niña estaba mas fajada con cintas y encajes que una delfina del Delfinado! —¡Tenia entre otros un par de zapatitos! ¡que seguramente no ha tenido otros tales el rey Luis XI! Su madre se los habia cosido y bordado ella misma, y habia empleado para ellos todos los primores de su habilidad, y tantas lentejuelas como para una falda de la Sta. Vírgen. —¡Seguro que nadie vió dos zapatitos de color de rosa mas cucos! Eran largos á todo lo mas como mi dedo gordo, y era preciso ver salir de ellos los piececitos de la niña para creer que habian podido entrar. —¡Verdad es que aquellos piececitos eran tan pequeños, tan bonitos, tan rosados! ¡mas rosados que el raso de los zapatos! —Cuando tengais hijos, Oudarde, vereis que no hay nada tan bonito como esos piececitos y esas manitas.

—Yo por mí, buenas ganas tengo, dijo Oudarde suspirando; pero espero que lo tenga á bien el Sr. Andres Musnier.

—Pero, prosiguió Mahette, no eran solos los piés lo que tenia bonito la hija de Paquita. Yo la ví cuando no tenia mas que cuatro meses, ¡y era un ángel! ¡Tenia los ojos mas grandes que la boca, y un pelito negro tan fino que se rizaba ya! —¡Hubiera sido á los diez y seis una morenita de mi flor! ¡Su madre estaba cada dia mas loca con ella; la acariciaba, la besaba, la hacia cosquillas, la lavaba, la engalanaba, se la comia! Perdia el juicio con ella y no se cansaba de dar gracias á Dios. Sus pieccecillos rosados sobre todo, eran para ella un entusiasmo sin fin, un delirio de alegria; siempre tenia los lábios pegados á ellos, y no podia comprender que fueran tan chiquititos. Los ponia en los zapatitos, los sacaba, los admiraba, se extasiaba con ellos, los miraba al trasluz, se enternecia de verlos andar sobre la cama, y de buena gana hubiera pasado su vida de rodillas, calzando y descalzando aquellos piés como los de un Niño Jesus.

—El cuento es bonito, dijo á media voz Gervasia; pero en todo eso ¿dónde estan los gitanos?

—Ahora lo vereis, replicó Mahiette. Llegaron un dia á Reims una especie de caballeros muy particulares; todos ellos mendigos y tunos que recorrian el pais, conducidos por sus duques y por sus condes. Eran sumamente morenos, tenian el pelo ensortijado y lle-

Digitized by Google

vaban anillos en las orejas: las mujeres eran todavia mas feas que los hombres: tenian la cara mas negra que ellos y siempre descubierta, sin mas ropa que un miserable zagalejo sobre el cuerpo, una manta de cuerda sobre los hombros, y el pelo tendido como cola de caballo: los chiquillos, que iban á rastra, hubieran metido miedo á un mico: era una partida de excomulgados. Todo aquello venia en línea recta del Bajo-Egipto á Reims por Polonia; el papa los habia confesado, segun decia la gente, y les habia impuesto la penitencia de ir siete años seguidos corriendo mundo sin dormir en cama; por eso se llamaban penitenciarios, y apestaban. Es seguro que antes habian sido sarracenos, por lo cual creian en Júpiter, y reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, pues tenian para ello una bula del papa. Venian á Reims á decir la buena ventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania; bien conocereis que no fue necesario mas para que se les prohibiese entrar en la ciudad. Entónces toda la cuadrilla se acampó sin resistencia junto á la puerta de Braine, sobre aquel cerro donde hay un molino al lado de los agujeros de las antiguas canteras. Todo Reims fué á verlos: miraban las manos á las gentes y decian profecías maravillosas; era gente para anunciar á Judas que seria papa. Corrian sin embargo tristes rumores sobre ellos, de niños robados, de otros latrocinios, y de carne humana comida. Los prudentes decian á los que no lo eran: «No vayais», y luego iban ellos de escondite. Era aquello un arrebato; verdad es que decian cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban todas huecas con sus hijos, desde que las gitanas les habian leido en la mano toda especie de milagros escritos en pagano ó en turco: una tenia un emperador, otra un papa, aquella un capitan. La pobre Chantefleuri tuvo tambien su poquito de curiosidad, quiso saber lo que tenia, y si su preciosa Inesita seria acaso algun dia emperatriz de Armenia ó de otra parte. Llevóla, pues, adonde estaban los gitanos, y fue mucho lo que la admiraron las gitanas, y la acariciaron, y la besaron con sus bocas negras, y lo que se extasiaron al ver su manecita; todo con grande alegría de la pobre madre. Lo que mas elogiaron sobre todo fue los piececitos y los zapatitos de raso: la niña no tenia un año todavia, y ya empezaba á hablar, y reia á su madre como una loquilla; y estaba tan gordita y tan redonda, y hacia mil monadas como los ángeles del cielo. Los gitanos la asustaron mucho y lloró; pero la madre la dió muchos besos, y se fué hechizada de la buena ventura que las profetisas habian dicho á su Inesita; la niña debia ser una hermosura, un ángel, una reina. Volvió pues á su zaquizami de la calle Folle-Peine, orgullosa de llevar una reina. Al dia siguiente aprovechó un momento en que la niña dormia en su cama (porque siempre la acostaba consigo), dejó la puerta entreabierta con mucho tiento, y fué á contar á una vecina de la calle de la Sechesserie que habia de llegar un dia en que su hija Ines seria servida á la mesa por el rey de Inglaterra, el archiduque de Etiopía, y otras mil sorpresas. Luego que volvió, no oyendo gritos al subir la escalera, dijo para sí: —¡Bueno! todavia está durmiendo, pero halló la puerta mas abierta de lo que la habia dejado, y entró —¡pobre madre! —y fué corriendo á la cama.... —Ya no estaba allí la criatura— la cama estaba vacia—nada quedaba allí de la niña mas que uno de sus zapatitos. Salió del cuarto corriendo, tiróse por la escalera abajo, y empezó á golpear las paredes con su cabeza, gritando: —¡Mi hija! ¡quién tiene mi hija! ¡quién me ha robado mi hija! —La calle estaba desierta, la casa aislada; nadie pudo responderla. Fué por toda la ciudad, registró todas las calles, corrió de aquí para allí todo aquel dia, loca, delirante, terrible, pescudando en las puertas y en las ventanas como una fiera que ha perdido sus hijos: estaba desencajada, furiosa, horrible de ver, y tenia en los ojos un fuego que secaba sus lágrimas. Detenia á los que pasaban y gritaba: —¡Mi hija! ¡mi hija! ¡mi preciosa niña! si alguno me vuelve mi hija, yo seré su criada, la criada de su perro, y me comerá el corazon, si quiere. —Encontró al Sr. cura de S. Remy, y le dijo: —Señor cura, yo cavaré la tierra con mis uñas, pero ¡dadme mi hija! —Partia el corazon, Oudarde; yo ví á un hombre muy duro, á maese Ponce Lacabre, el procurador, que lloraba. —¡Ah! ¡pobre madre! A la noche volvió á su casa; durante su ausencia, una vecina habia visto entrar allí á dos gitanas en secreto con un paquete debajo del brazo, y luego volver á bajar despues de haber cerrado la puerta y huir precipitadamente: desde que ellas huyeron, se oian en casa de Paquita una especie de gemidos de niño. Echóse la madre á reir á carcajadas, subió la escalera como si tuviera alas, echó la puerta abajo como de un cañonazo, y entró.... —¡Qué cosa tan horrible, Oudarde! en vez de su preciosa Inesita, tan colorada, tan linda, que era una bendicion de Dios, una especie de mónstruo horrible, cojo, jorobado, tuerto, contrahecho se arrastraba chillando por el suelo. La pobrecilla se tapó los ojos horrorizada. —Oh, dijo, ¡si habran convertido á mi hija en este espantoso animal! —Sacaron al instante aquel avechucho que la hubiera vuelto loca; debia ser un mónstruo aborto de alguna gitana que se habia dado al diablo. Parecia tener como hasta cuatro años, y hablaba una lengua que no era una lengua humana, con palabras inintelibles. —La Chantefleuri se precipitó sobre el zapatito, lo único que la quedaba de todo lo que habia amado en este mundo; y tanto tiempo permaneció allí inmovil, muda, sin respirar, que todos la creyeron muerta. Repentinamente empezó á temblar de piés á cabeza, cubrió su reliquia de besos furiosos, y se desahogó en sollozos como si acabára de reventarse su corazon. ¡A buen seguro que todas llorábamos tambien! La pobrecilla decia: ¡Oh! ¡hija mia! ¡hija mia! ¿dónde estás? —y aquellas palabras nos desgarraban las entrañas. —Porque nuestros hijos, pobrecillos! son la médula de nuestros huesos. —¡Eustaquio mio! tú si que eres guapo: —¡ya! ¡si viérais que arrogante es! Ayer me decia: —¡Yo quiero ser soldado. ¡Pobre Eustaquio! ¡si te perdiese! —Púsose en pié de repente la Chantefleuri, y echó á correr por el pueblo, gritando: ¡Al campamento de los gitanos! ¡Vengan soldados para quemar brujas! ¡vengan! ¡vengan! —Ya se habian ido los gitanos. —La noche estaba muy oscura, y no fue posible perseguirlos. Al dia siguiente á dos leguas de Reims, en un soto entre Gueux y Tilloy, se hallaron los restos de una grande hoguera, algunas cintas que habian pertenecido á la hija de Paquita, algunas gotas de sangre y porquerias de macho cabrio. La noche que acababa de pasar era precisamente la de un sábado; por eso nadie dudó que las gitanas habrian celebrado su «sábado» en aquella pradera, y devorado á la criatura en compañia de Belcebú, como es uso y costumbre entre los mahometanos. Cuando supo la Chantefleuri estas cosas tan horribles, no lloró: meneó los lábios como si quisiera hablar; pero no pudo. Al dia siguiente tenia el pelo blanco: al otro ya habia desaparecido.

—¡Historia es esa muy terrible en efecto, dijo Oudarde, y que haria llorar á un Borgoñon!

—Ya no me admira, añadió Gervasia, que tengais tanto miedo de los gitanos.

—Y habeis tenido tanta mas razon, repuso Oudarde, en huir hace poco con Eustaquio, cuanto estos tambien son gitanos de Polonia.

—No tal, dijo Gervasia; se dice que vienen de España y de Cataluña.

—¡Cataluña! puede ser, respondió Oudarde. Po-

Digitized by Google

lonia, Cataluña, Valonia siempre confundo esas tres provincias. Lo que no tiene duda es que son gitanos.

—Y que tienen á buen seguro los dientes bastante largos, añadió Gervasia, para comer criaturas. Y no me admiraria que la tal Esmeralda se los comiera tambien de cuando en cuando, con su boquita menuda: su cabra blanca sabe demasiadas malicias para que no haya oculto algun libertinage.

Caminaba Mahiette sin decir palabra; iba absorta en aquella vaga distraccion que es en cierto modo la prolongacion de un cuento doloroso, y que no se termina hasta haber prolongado su sacudimiento, de vibracion en vibracion, hasta las últimas fibras del corazon. Entretanto la dirigió Gervasia la palabra.—¿Y ha podido averiguarse que fue de la Chantefleuri?—Mahiette no respondió; pero repitió Gervasia su pregunta sacudiéndola el brazo, y llamándola por su nombre, hasta que al fin salió Mahiette de su melancólico abatimiento.

—¿Que ha sido de la Chantefleuri? dijo repitiendo maquinalmente las palabras cuya impresion estaba aun reciente en sus oidos; y luego haciendo un esfuerzo para fijar su atencion en el sentido de estas palabras:—¡Ah! repuso al punto, nunca se ha podido saber.

Luego añadió despues de una breve pausa:

—Unos dicen haberla visto salir de Reims al caer la noche por la puerta Flechembault; otros, al rayar el dia, por la antigua Puerta Basée. Un pobre se encontró su cruz de oro enganchada en la cruz de piedra, en el campo de la feria. Aquella joya fue la que la perdió en 61; era un regalo del jóven vizconde de Cormontreuil, su primer amante, y nunca quiso Paquita deshacerse de ella, ni aun en sus mayores miserias. Amaba aquella joya como la vida; por eso, cuando vimos abandonada aquella cruz, todos creimos que habia muerto. Sin embargo, unos hombres de la taberna-les-Vautes dijeron que la habian visto pasar por el camino de Paris, descalza sobre los guijarros; pero para eso seria menester que hubiera salido por la puerta de Vesle, y eso no se entiende bien ó por mejor decir, yo creo que salió en efecto por la puerta de Vesle, pero que salió de este mundo.

—No os entiendo dijo Gervasia.

—El Vesle, respondió Mahiette con una sonrisa melancólica, es el rio.

—¡Pobre Chantefleuri! dijo Oudarde estremeciéndose,—ahogada!

—Ahogada, repuso Mahiette. ¿Quien le hubiera dicho al buen viejo Guybertaut cuando pasaba por debajo del puente de Tinqueux á flor de agua, cantando en su barca, que algun dia pasaria tambien su hermosa Paquita por debajo de aquel puente, pero sin cancion y sin barca?

—¿Y el zapatito? preguntó Gervasia.

—Desapareció con la madre, respondió Mahiette.

—¡Pobre zapatito! dijo Oudarde.

Oudarde, obesa y sensible mujer, se hubiera contentado con suspirar en coro con Mahiette; pero Gervasia, mas curiosa, no habia agotado aun sus preguntas.

—¿Y el mónstruo? dijo de repente.

—¿Que mónstruo? preguntó Mahiette.

—¡El mónstruo que dejaron las brujas en casa de a Chantefleuri en cambio de Inesita. ¿Que hicisteis de él? Supongo que le echarian al rio.

—No tal, respondió Mahiette.

—¡Cómo! ¿pues le quemarian? En efecto, así debia ser.—¡Un niño brujo!

—Ni uno ni otro, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitanillo, le exorcizó, le bendijo, le sacó muy bien el diablo del cuerpo, y le envió á Paris para que lo expusieran en el átrio de Ntra. Sra. como niño expósito.

—¡Vaya con los obispos! dijo Gervasia entre dientes; porque son sabios no hacen cosa alguna como los demas. ¡Pues está bueno, ir á poner al diablo en la inclusa! porque es seguro que aquel mónstruo era el diablo.—¿Y sabeis, Mahiette, que han hecho de él en Paris? Supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recogerle.

—No sé, respondió la provincial; justamente por aquella época compró mi marido la escribania de Berú, á dos leguas de la ciudad, y no hemos vuelto á ocuparnos de este asunto; ademas, delante de Berú estan las dos colinas de Cernay que hacen perder de vista las torres de la catedral de Reims.

En esta conversacion llegaron las tres dignas interlocutoras á la plaza de la Gréve. Habian en su distraccion pasado sin detenerse por delante del breviario público de la Torre-Roland, y se dirigian maquinalmente hácia la picota en torno de la cual crecia sin cesar la muchedumbre. Es probable que el espectáculo que atraia á ella todas las miradas en aquel momento, las hubiera hecho de todo punto olvidar el Trou-aux-Rats y el alto que se proponian hacer en él, si el tragon Eustaquio, mozo de seis años, que llevaba Mahiette de la mano, no se lo hubiera recordado bruscamente:—Madre, dijo, como si algun instinto le advirtiera que ya habian dejado detras el Trou-aux-Rats, ¿puedo ahora comerme el bizcocho?

Si Eustaquio hubiera sido mas diestro, es decir, ménos comilon, hubiera esperado un poco, y solo cuando hubieran estado de vuelta en la Universidad, en casa de maese Andres Musnier, calle de Madame-la-Valence; cuando hubieran mediado los dos brazos del Sena y los cinco puentes de la ciudad entre el Trou-aux-Rats y la torta, solo entónces hubiera aventurado esta tímida pregunta:—Madre, ¿puedo ahora comerme el bizcocho?

Esta misma pregunta, imprudente en el momento en que la hizo Eustaquio, llamó la atencion de Mahiette.

—Ahora que me acuerdo, dijo, ¡olvidamos á la reclusa! Vamos á ver el Trou-aux-Rats, que quiero llevarla su torta.

—Inmediatamente, dijo Oudarde, es una obra de caridad.

No eran estos los cálculos de Eustaquio.

—¡Pues ¡mi torta! dijo levantando sucesivamente entrambos hombros y entrambas orejas, lo que es en semejante caso el signo supremo del descontento.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron junto á la casa de la Torre-Roland, dijo Oudarde á las otras dos:—No hay que mirar las tres á un tiempo por el agujero, no sea que se asuste la reclusa. Haced vosotras dos como que leeis *dominus* en el breviario, mientras yo me asomo; la reclusa me conoce algo. Yo os avisaré cuando podeis venir.

Fué sola á la ventanilla: en el momento en que penetró por ella su vista, la mas profunda compasion se pintó en su semblante, y su alegre y franca fisonomia cambió tan repentinamente de expresion y de color, cual si hubiera pasado de un rayo del sol á un rayo de la luna: sus ojos se humedecieron, su boca se contrajo como cuando se va á llorar. Un momento despues púsose un dedo sobre los lábios, é hizo señal á Mahiette de que se acercára.

Llegó Mahiette conmovida, en silencio, y de puntillas como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo era en efecto, el que se presentó á la vista de las dos mujeres, mientras miraban inmóviles, y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada del Trou-aux-Rats.

La celdilla era estrecha, mas ancha que profunda, embovedada en forma de ojiva, y vista por el interior se parecia no poco al interior de una gran mitra de obispo. Sobre las peladas losas que formaban su suelo, en un ángulo, estaba una mujer sen-

Digitized by Google

tada, ó mes bien acurrucada: tenia la barba apoyada sobre sus rodillas, que sus brazos cruzados apretaban fuertemente contra su pecho. Replegada así sobre sí misma, vestida de un saco de color oscuro, que la envolvia de piés á cabeza entre sus anchos pliegues, caidos hácia delante sus largos cabellos grises que la cubrian el rostro y las piernas hasta los piés, no presentaba á primera vista mas que una forma extraña, destacada sobre el fondo tenebroso de la celda; una especie de triángulo negruzco que el rayo de luz que entraba por la ventana dividia en cruda transicion en dos matices, uno sombrío, otro iluminado. Era uno de aquellos expectros, la mitad en sombra y la mitad en luz, como se ven en los sueños y en la obra extraordinaria de Goya, pálidos, inmóviles, siniestros, acurrucados sobre un sepulcro, ó agarrados á la reja de un calabozo. No era ni una mujer, ni un hombre, ni un ser viviente, ni una forma definida; era una figura, una especie de vision sobre la cual se unian lo real y lo fantástico como la sombra y la luz. Distinguíase á duras penas debajo de sus cabellos tendidos hasta el suelo un perfil macilento y severo; apénas su falda daba paso á la extremidad de un pié desnudo que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco que de forma humana se entreveia bajo aquel ropage funeral, hacia estremecerse.

Aquella figura que cualquiera hubiera creido clavada en las losas, parecia no tener movimiento, ideas, ni vida. Bajó aquel sútil saco de lienzo, en enero, sentada sobre un suelo de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo cuyo respiradero oblicuo no dejaba penetrar de fuera mas que el frio y jamás el sol, no parecia sufrir ni siquiera sentir. Pudiera decirse que se habia convertido en piedra con el calabozo, en hielo con la estacion: sus manos estaban cruzadas, sus ojos fijos; á la primera ojeada parecia un expectro, á la segunda una estátua.

Sin embargo, de cuando en cuando se entreabrian para respirar sus lábios azules y temblaban; pero tan muertos y tan maquinales como dos hojas secas que se separan á impulso del viento.

Sin embargo de sus ojos apagados salia una mirada, una mirada inefable, profunda, lúgubre imperturbable, siempre clavada en un ángulo de la celda que no podia verse desde fuera; una mirada que parecia aglomerar todas la sombrías ideas de aquella alma desesperada en no se que objeto misterioso.

Tal era la criatura que recibia por su morada el nombre de «reclusa», y por su vestido el de «religiosa.»

Las tres mujeres, porque Gervasia se habia reunido á Mahiette y á Oudarde, miraban por la ventanilla. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la miserable á quien privaban de ella pareciese advertirlo.—No la interrumpamos, dijo Oudarde en voz baja, está en su éxtasis; está rezando.

En tanto Mahiette consideraba con ansiedad creciente aquella cabeza macilenta, ajada, despeluzada, y sus ojos se llenaban de lágrimas. ¡Seria por cierto muy singular! dijo á media voz.

Metió la cabeza por entre las rejas de la ventana, y logró internar su vista hasta el ángulo en que estaba invariablemente fija la mirada de la infeliz.

Cuando sacó la cabeza de la ventana, estaba su rostro inundado de lágrimas.

—¿Como llamais á esa mujer? preguntó á Oudarde.

Oudarde respondió:—La llamamos la hermana Gudula.

—Y yo, repuso Mahiette; yo la llamo Paquita la Chantefleuri.

Entónces, poniéndose un dedo en la boca, hizo señal á Oudarde estupefacta de que metiese la cabeza por la ventana y mirase.

Miró Oudarde, y vió en el ángulo en que estaba clavada la vista de la reclusa en un sombrío éxtasis, un zapatito de raso color de rosa, bordado con mil lentejuelas de oro y plata.

Miró en seguida Gervasia, y entónces las tres mujeres, considerando á la desdichada madre, se echaron á llorar.

Pero ni sus miradas, ni sus lágrimas distrageron á la reclusa: sus manos quedaron cruzadas, sus lábios mudos, sus ojos fijos, y para quien sabia su historia, aquel zapatito mirado de aquella manera desgarraba el corazon.

Aun no habian proferido una palabra las tres mujeres, porque no se atrevian á hablar ni aun en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel grande olvido en que todo habia desaparecido ménos una cosa, les causaba el efecto que un altar mayor de Pascua ó de Noche-buena!—Callaban, meditaban, sentian impulsos de hincarse de rodillas; pareciales que acababan de entrar en una iglesia en la noche de tinieblas.

En fin, Gervasia, la mas curiosa de las tres, y por consiguiente la ménos sensible, trató de hacer hablar á la reclusa: —¡Hermana! ¡hermana Gudula!

Tres veces repitió esta interpelacion alzando la voz cada vez mas; pero no se movió la reclusa, ni habló palabra, ni dió una mirada, ni un suspiro, ni una señal de vida.

Oudarde á su vez, con una voz mas dulce y cariñosa:—¡Hermana! dijo, ¡hermana Sta. Gudula!

Pero el mismo silencio, la misma inmovilidad.

¡Que mujer tan particular! exclamó Gervasia;—no la despertarán ni con una bombarda.

Puede que esté sorda, dijo Oudarde suspirando.

—O ciega, añadió Gervasia.

—O muerta, repuso Mahiette.

Es seguro que si aun no habia abandonado el alma aquel cuerpo inerte, adormecido, letárgico, se habia retirado por lo ménos y escondido en profundidades tales, que no podian llegar á ellas las percepciones de los órganos exteriores.

—Será preciso, dijo Oudarde, dejar la torta en la ventana; pero la cogerá algun pillastre.—¿Como haremos para avisarla?

Eustaquio que habia estado distraido hasta entónces con un carrito tirado por un gran perro, el cual acababa de pasar junto á él, advirtió en esto que sus tres conductoras miraban alguna cosa por la ventana, y excitada en el acto su curiosidad, trepó hasta un poyo, se empinó lo mas que pudo, y aplicó su redonda cara rosada á la ventana, diciendo:—¡Madre yo tambien queria ver!

Al oir aquella voz infantil, clara, pura, sonora, estremecióse la reclusa. Volvió la cara con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus dos largas manos descarnadas apretaron sus cabellos sobre su frente, y fijó sobre el niño su mirada atónita, amarga, desesperada. Aquella mirada no fue mas que un relámpago:—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó repentinamente, metiendo la cabeza entre sus rodillas, y parecia que su ronca voz desgarraba su pecho al pasar—¡á lo ménos, no me hagais ver los de los demas!

—Buenos dias, señora, dijo el chiquillo con gravedad.

Y entre tanto, aquella impresion habia por decirlo así, despertado á la reclusa. Un largo temblor corrió por todo su cuerpo, desde los piés hasta la cabeza; rechinaron los dientes, y medio alzó el rostro apretando los codos contra sus caderas y cogiéndose los piés con las manos como para calentarlos:—¡Oh! ¡que frio!

Digitized by Google

—¡Pobre mujer! dijo Oudarde profundamente conmovida, ¿quereis un poco de lumbre?

Meneó ella la cabeza haciendo una señal negativa.

—Pues entónces, repuso Oudarde presentándola un frasco, aquí teneis hipocrás que os calentará algo: bebed.

Meneó de nuevo la cabeza, miró á Oudarde de hito en hito, y respondió:—Agua.

Oudarde insistió:—No, hermana, esa bebida no es buena para enero. Es menester que bebais un poco de hipocrás, y comais esta torta de maiz que hemos cocido para vos.

Rechazó la reclusa el bollo que la presentaba Mahiette, y dijo:—Pan negro.

—Vamos, dijo Gervasia movida tambien á compasion, y quitándose su pañolon de lana, aquí teneis un vestido mas abrigado que ese.—Cubríos con él.

Rehusó la pobre madre el vestido como habia rehusado el frasco y la torta, y respondió:—Un saco.

—Pero es justo, repuso la digna Oudarde, que advirtais en algo que ayer fue dia de fiesta.

—Lo advierto, dijo la reclusa. Ya hace dos dias que no tengo agua en mi cántaro.

Y añadió despues de un breve silencio—Es dia de fiesta y me olvidan: hacen bien. ¿Por que se ha de acordar el mundo de mí, no acordándome yo de él? A carbon apagado, ceniza fria.

Y como cansada de haber hablado tanto, dejó caer la cabeza sobre sus rodillas. La sencilla y caritativa Oudarde, que creyó advertir en estas últimas palabras que volvia á quejarse del frio, la respondió candorosamente:—Pues entónces, ¿quereis un poco de lumbre?

—¿Lumbre? dijo la reclusa con acento singular; ¿y dareis tambien un poco de lumbre á la pobre criatura que está debajo de tierra hace quince años?

Temblaron todos sus miembros, sus palabras vibravan, sus ojos echaban chispas, y se incorporó sobre sus rodillas; de repente alargó su mano blanca y trasparente hácia el niño que la miraba asombrado.—¡Llevaos ese niño! exclamó. ¡Va á venir la gitana!!

Cayó entónces de bruces en el suelo, y chocó su frente sobre las losas estallando como una piedra sobre otra piedra. Las tres mujeres la creyeron muerta; pero un momento despues hizo algunos movimientos y la vieron arrastrarse sobre las rodillas y los codos, hasta el ángulo en que estaba el zapatito. Entónces no se atrevieron á mirar, ni la vieron mas; pero oyeros mil besos y mil suspiros mezclados con gritos desgarradores, con ecos sordos como los de una cabeza que se golpea contra una pared; y luego, despues de un golpe tan violento que á las tres las hizo estremecerse, no oyeron mas.

—¿Si se habrá matado? dijo Gervasia, aventurándose á meter la cabeza por la ventana:—¡Hermana, hermana Gudula!

—¡Hermana Gudula! repitió Oudarde.

—¡Jesus, Dios mio! ¡está inmóvil! repitió Gervasia—¿si se habrá matado? ¡Gudula! ¡Gudula!

Mahiette, sofocada hasta entónces por las otras dos hasta el punto de no poder hablar, hizo un esfuerzo:—Esperad, dijo, y luego acercándose á la ventana:—¡Paquita! dijo—¡Paquita la Chantefleuri!

Un niño que sopla inadvertido en la mecha mal encendida de un cohete, y le hace estallar en sus ojos, no queda mas aterrado que Mahiette con el efecto que produjo aquel nombre lanzado de súbito en la celda de la hermana Gudula.

Extremecióse la reclusa, alzóse sobre sus piés descalzos, y saltó á la ventana con ojos tan centelleantes que Mahiette y Oudarde, y la otra mujer y el niño retrocedieron hasta el pretil del muelle.

El rostro terrible de la reclusa apareció pegado á las rejas de la ventana.—¡Oh! ¡oh! exclamó dando una carcajada espantosa—¡la gitana que me llama!.

Atrajo en aquel momento sus miradas una escena qué pasaba en la picota: rugóse de horror su frente; sacó fuera del calabozo sus dos brazos de esqueleto, y exclamó con una voz que parecia el estertor de un moribundo:—¡Eres tú todavia, hija de Egipto!—¡eres tú la que me llamas; ladrona de criaturas! ¡Pues bien! ¡maldita seas! ¡maldita! ¡maldita! ¡maldita!

III.

UNA LÁGRIMA POR UNA GOTA DE AGUA.

Eran estas palabras, por decirlo así, el punto de union entre dos escenas que se habian desenvuelto paralelamente en el mismo instante cada una en su teatro particular: una, la que acabamos de leer, en el Trou-aux-Rats, y otra, la que vamos á presenciar, en la escalera de la picota.—La primera no habia tenido por testigos mas que las tres mujeres con quienes acaba de hacer conocimiento el lector; la segunda tenia por espectadores á todo el público que vimos poco antes aglomerarse en la plaza de la Gréve, al rededor de la picota y del patíbulo.

Aquella muchedumbre, á quien los cuatro soldados, que desde las nueve de la mañaan estaban de centinela en los cuatro ángulos de la picota, habian hecho esperar una ejecucion tal cual, no seguramente la de un ahorcado, pero sí unos buenos azotes, una buena podadura de orejas, alguna diversioncilla en fin; aquella muchedumbre, pues, se habia aumentado tan rápidamente que los cuatro soldados, muy de cerca acosados, tuvieron necesidad mas de una vez de «apretarla», como se decia entónces, á latigazos y cargas de caballeria.

Aquel populacho, disciplinado en la práctica de las ejecuciones de muerte, no manifestaba mucha impaciencia; divertíase en mirar la picota, especie de monumento muy sencillo, compuesto de un cubo de madera de como hasta diez piés de alto y hueco en el interior, unas gradas muy empinadas de piedra en bruto que se llamaban por excelencia «la escala» conducian á la plataforma supérior, sobre la cual se veía una rueda horizontal de madera de encina: sobre aquella rueda ataban al paciente de rodillas y con los brazos detras de la espalda. Un palo que ponia en movimiento una maroma oculta en el interior del pequeño edificio, imprimia una rotacion á la rueda que permanecía en el plano horizontal y presentaba de este modo la cara del reo sucesivamente á todos los puntos de la plaza. Esto es lo que se llamaba voltear á un criminal.

Estaba pues la picota de la Gréve muy lejos de ofrecer todos los primores de la picota de los mercados. Nada en ella de arquitectural, nada de monumental, nada de techo con su cruz de hierro, ni de linterna octógona, ni sútiles columnas terminadas en el realce del techo en capiteles de acantos y de flores, nada de quiméricos y monstruosos canelones, ni de maderamen cincelado, ni de fina escultura profundamente abierta en la piedra.

Fuerza era contentarse con aquellos cuatro paredones de cascote y con una miserable horca de piedra, flaca y desnuda al lado.

El espectáculo hubiera sido mezquino para los amantes de la arquitectura gótica; pero verdad es que nadie era menos curioso en punto á monumentos que los dignos villanos de la edad media; y que estimaban estos muy en poco la belleza de una pícota.

Llegó por fin el paciente atado en un carreton, y cuando subió á la plataforma, cuando todos pudieron verle desde todos los puntos de ta plaza, sugeto con mil cuerdas y correas á la rueda de la picota, una prodigiosa rechifla, mezclada de carcajadas y acla-

Digitized by Google

maciones, estalló en toda la plaza. El pueblo habia reconocido á Quasimodo.

El era en efecto. Y era bien extraño ciertamente verle sacado á la vergüenza en aquella misma plaza en que habia sido saludado el dia ántes, aclamado y proclamado papa y príncipe de los locos, rodeado del duque de Egipto, del rey de Tunia y del emperador de Galilea. Lo que es indudable es que no habia uno solo en toda aquella muchedumbre, ni aun él mismo, ántes triunfante y ora paciente, que hiciese esta reflexion: faltaban en aquel espectáculo Gringoire y su filosofia.

Pronto Miguel Noiret, trompeta jurado del rey Ntro. Sr., impuso silencio al pueblo, y pregonó la sentencia, segun la ordenanza y disposicion del Sr. preboste. Luego se replegó detras del carreton acompañado de su comitiva con sobrevestas de librea.

Quasimodo, impasible, ni pestañeaba: hacian inútil para él toda resistencia lo que se llamaba entónces en estilo de chancilleria criminal, «la vehemencia y firmeza de los ligamentos,» lo que quiere decir que las correas y las cadenas le entraban probablemente en las carnes: tradicion de presidio y de galera que no se ha perdido, y que aun conservan los grillos entre nosotros, pueblo civilizado, apacible, humano (el presidio y la guillotina entre paréntesis.)»

Habíase dejado el reo llevar y empujar, atar, encadenar y sugetar; nada podia adivinarse en su fisonomia mas que un asombro de salvage y de idiota: los que sabian que era sordo le hubieran creido ciego tambien.

Pusiéronle de rodillas sobre la rueda sin la menor resistencia; del mismo modo le despojaron de la camisa y de la ropilla hasta la cintura. Enredáronle en un nuevo sistema de correas y de hevillas, y el reo se dejó enredar y manosear; solo de vez en cuando respiraba con estruendo, como un ternero cuya cabeza pende y se bambolea fuera de una carreta de carnicero.

—¡Animal!—dijo Juan Frollo del Molino á su amigo Robin Poussepain (porque los dos estudiantes habian seguido al paciente como era de razon); tanto entendimiento tiene como un abejorro metido en una caja!!

Rióse el gentio á carcajada tendida cuando vió desnuda la joroba de Quasimodo, su pecho de camello, sus hombros callosos y velludos. En medio de toda aquella algazara, un hombre de mediana estatura y robusto continente, vestido con la librea de la ciudad, subió á la plataforma, y fué á colocarse junto al paciente. Pronto circuló su nombre por todo el concurso; aquel hombre era maese Pierrat Torterue, atormentador jurado del Chatelet.

Empezó por colocar en un ángulo de la picota un reloj de arena negra, cuya cápsula superior estaba llena de arena colorada que iba cayendo en el recipiente inferior; quitóse luego su ropilla de dos colores, y cogió con la diestra un látigo delgado, sútil, de largas correas blancas, brillantes, nudosas, trenzadas, armadas de recortes de metal, mientras con la mano izquierda se remangaba negligentemente la manga de la camisa al rededor del brazo derecho hasta el sobaco.

Gritaba en tanto Juan Frollo, alzando por cima del gentio su cabeza rubia y rizada (habíase encaramado para ello sobre los hombros de su amigo Robin Poussepain).—Vengan á ver, señoras y caballeros; vengan á ver azotar perentoriamente á maese Quasimodo, el campanero de mi hermano el Sr. arcediano de Jósas, un trozo de arquitectura oriental, que tiene la espalda en forma de cimborrio y las piernas como columnas salomónicas.

Y la gente se reia, sobre todo los niños y las muchachas.

Dió en fin una patada el atormentador, y empezó á girar la rueda. Quasimodo se bamboleó en sus correas; el asombro que se pintó de súbito en su disforme rostro redobló las carcajadas.

Repentinamente, cuando la rueda en su revolucion presentó á maese Pierrat la espalda montuosa de Quasimodo, maese Pierrat levantó el brazo; las finas correas silbaron agriamente en el aire como un manojo de culebras, y cayeron con furia sobre las costillas del miserable.

Saltó Quasimodo sobre sí mismo como despertado de súbito; el infeliz empezaba á comprender. Retorcióse violentamente en sus cadenas; una terrible contraccion de sorpresa y de dolor descompuso los músculos de su rostro; pero no exhaló un suspiro. Solamente volvió la cabeza atras, á derecha y á izquierda, meciéndola como un toro picado por un tábano.

Un segundo golpe siguió al primero, y luego otro, y luego otro, y así sucesivamente; la rueda no dejaba de girar, ni los golpes de llover. Pronto brotó la sangre y se la vió manar en mil filamentos sobre las negras espaldas del jorobado; y las flexibles disciplinas, cortando el aire en su rotacion, la esparramaban á gotas sobre el gentio.

Habia ya recobrado Quasimodo, al menos en apariencia, su primera impasibilidad. Procuró al principio sordamente y sin gran sacudida exterior, romper sus lazos; vió la gente irse encendiendo su ojo único, contraerse sus músculos, reunirse sus miembros, y tenderse las correas y las cadenas. El esfuerzo era prodigioso, inmenso, desesperado; pero las viejas cadenas del prebostazgo resistieron, rechinaron y nada mas. Quasimodo quedó sin fuerzas; sucedió en sus facciones al estupor un sentimiento de amargo y profundo desaliento. Cerró su ojo único, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y quedó como muerto.

Desde entónces no volvió á dar señal de vida. Nada pudo arrancarle un movimiento; ni su sangre, que no cesaba de correr, ni los latigazos cuya furia era cada vez mayor, ni la cólera del sayon que se entusiasmaba á sí mismo y se cebaba en la ejecucion, ni el ruido de las horribles disciplinas aceradas y silbadoras.

En fin, un hugier del Chatelet, vestido de negro, ginete sobre un caballo del mismo color, que habia estado de centinela al lado de la escala desde el principio de la ejecucion, alargó hácia el reloj de arena su barita de ébano. Hizo alto el atormentador, paróse la rueda, y el ojo de Quasimodo fue abriéndose lentamente.

Ya habia acabado la flagelacion: dos criados del atormentador jurado lavaron las espaldas ensangrentadas del paciente, frotáronlas con yo no se que ungüento que cerró al punto todas las llagas, y le echaron sobre los hombros una especie de manta amarilla en forma de casulla. En tanto Pierrat Torterue retorcia, haciéndolas gotear sobre el suelo las disciplinas enrojecidas y empapadas en sangre.

Pero aun no habia acabado todo para Quasimodo; restábale aun sufrir aquella hora que maese Florian Barbedienne habia añadido con tanta sensatez á la sentencia del caballero Roberto de Estouteville, en comprobacion del antiguo retruécano fisiológico y psicológico de Juan de Cumene; *Surdus absurdus*.

Dieron pues, crédito al reloj de arena, y dejaron al pobre jorobado atado sobre la rueda para que siguiese sus trámites la justicia.

El pueblo, sobre todo en la edad media, es en la edad de la sociedad lo que el niño en la familia; mientras permanece en este estado de ignorancia primitiva, de menor edad, moral é intelectual, puede decirse de él como de los niños:

¡Edad sin compasion!

Digitized by Google

Ya hemos hecho ver que Quasimodo era generalmente aborrecido, por muchas y justas causas seguramente. Apénas habia en aquella muchedumbre un solo espectador, que no tuviese ó creyese tener algun motivo de queja contra el pícaro jorobado de Nuestra Señora. Universal fue la alegria al verle aparecer en la picota, y el cruel castigo que acababa de sufrir y la triste postura en que le habian dejado, léjos de enternecer al populacho, habian hecho mas encarnizado su odio, exaltando la sangre su alegria.

Por eso, una vez satisfecha la « vindicta pública », como dicen todavia los golillas judiciales, les llegó su turno á mil venganzas individuales; aquí, como en la sala grande, las mujeres fueron las mas crueles; todas le aborrecian, unas por su malicia, otras por su fealdad. Estas últimas eran las mas furiosas.

— ¡ Oh! ¡ máscara del ante-Cristo! — decia una.

— ¡ Ginete de palo de escoba! — gritaba otra.

— ¡ Vaya un gesto trágico! — ahullaba aquella. — ¡ y que le haria papa de los locos, si hoy fuera ayer!

— Bien, — añadia una vieja, — Hoy es el gesto de la picota, ¿ cuando llegará el de la horca?

— ¿ Cuando te veremos con tu gran campana en la cabeza á cien pies debajo de tierra, campanero maldito?

— ¡ Pues ese diablo es el que toca á Ave-Maria!

La Picota.

— ¡ Oh! ¡ pícaro, sordo, jorobado, tuerto, monstruo!

— ¡ Capaz de hacer abortar á una preñada, mejor que todas las medicinas y boticas del mundo!

Y los dos estudiantes, Juan del Molino y Robin Poussepain, cantaban á grito pelado el antiguo estrivillo popular:

Un cuchillo
Para el pillo,
Un tizon
Para el bribon.

Y sobre el reo llovian otras mil injurias, y los silbidos, y las imprecaciones y las risas, y las pedradas.

Quasimodo era sordo, pero tenia buena vista, y el furor público no ménos enérgicamente estaba pintado en los rostros que en las palabras: ademas las pedradas explicaban las carcajadas.

Al principio se sostuvo sereno; pero poco á poco aquella paciencia que no se habia desmentido bajo el látigo del atormentador, rindióse á todas aquellas picaduras de insectos. El toro de Jarama, impasible á los ataques del picador, se irrita de los perros y de las banderillas.

Paseó al principio lentamente su mirada amenazadora por todo el gentío, pero como estaba encadenado, no pudo su mirada ahuyentar aquel millar de moscas que mordian su llaga; luego se agitó en sus correas, y sus furiosos arranques hicieron rechinar sobre sus cimientos la antigua rueda de la picota, con lo cual se aumentaron la grita y las rechiflas.

Entónces el miserable, no pudiendo romper su collar de fiera aherrojada, volvió á quedar inmovil; solo de vez en cuando hinchaba un suspiro de rabia todas las cavidades de su pecho. No se veia en su rostro ni vergüenza ni rubor; estaba demasiado léjos del estado de sociedad, y demasiado cerca del estado de naturaleza para saber que cosa es vergüenza; ademas, en aquel punto de deformidad, ¿ es acaso sensible la infamia? Pero la cólera, el rencor, la desesperacion cubrian lentamente aquel horrible semblante de una nube cada vez mas sombría, cada vez mas cargada de una electricidad que estallaba en relámpagos mil del ojo del cíclope.

Aquella nube, no obstante, se despejó un momento al pasar una mula en que iba caballero un sacerdote, cruzando el gentío. Desde que vió á lo léjos aquella mula y aquel sacerdote, suavizóse el rostro del pobre paciente; al furor que la contractaba; sucedió una sonrisa singular, llena de una dulzura, de una mansedumbre, de una ternura inefables.

A medida que se acercaba el eclesiástico, era aquella sonrisa mas marcada, mas evidente, mas radiante; parecia que saludaba el desdichado la venida de un salvador. Y con todo, cuando se acercó bastante la mula á la picota para que pudiese su ginete reconocer al paciente, bajó el sacerdote los ojos, volvió de pronto las riendas, y metió espuelas á su cabalgadura, como si le faltára tiempo para desembarazarse de reclamaciones humillantes, y no tuviera los mayores deseos de ser reconocido y saludado por un pobre diablo en tamaño apuro.

Aquel sacerdote era el arcediano D. Claudio Frollo.

Volvió á caer la nube aun mas sombría sobre la frente de Quasimodo: á ella se mezcló aun por algun tiempo la sonrisa; pero amarga, desmayada, profundamente triste.

El tiempo corria. Hora y media por lo ménos hacia que estaba allí el miserable escarnecido, maltratado, injuriado de continuo y casi lapidado.

De nuevo se agitó repentinamente en sus cadenas con tal desesperacion, que hizo temblar todo el maderamen que le sostenia, y rompiendo el silencio que habia guardado obstinadamente, gritó con una voz ronca y furiosa, que mas parecia un ladrido que un grito humano, y que cubrió todo el estruendo popular: — ¡ Agua!

Esta exclamacion de amargura, léjos de escitar la compasion, fue un aumento de diversion para el buen « popular » parisiense que rodeaba la picota, y que, justo será decirlo, considerado en masa y como muchedumbre, no era entónces ménos cruel y embrutecido, que aquella horrible tribu de hampones que ya hemos hecho conocer al lector, y que no era ni mas ni ménos que la capa mas inferior del pueblo. Ni una sola voz se alzó en torno del pobre paciente mas que para hacerle burla por su sed. Verdad es que en aquel momento estaba aun mas grotesco y hediondo que lastimero, con su rostro purpurino y sudoroso, sus

Digitized by Google

ojos desencajados, su boca espumante de cólera, y de dolor, y su lengua saliente; justo será decir tambien que, si hubiera habido entre aquella canalla algun alma caritativa de hombre ó de mujer, que hubiera querido llevar un vaso de agua á aquella miserable criatura desolada, reinaba en torno de las gradas infames de la picota preocupacion tal de vergüenza é ignominia, que hubiera bastado para desanimar la piedad del buen Samaritano.

Al cabo de algunos minutos recorrió Quasimodo el concurso con una mirada de desesperacion, y repitió con voz aun mas amarga — ¡Agua!

Y de nuevo se echaron todos á reir.

— ¡Bebe! — gritaba Robin Poussepain tirándole á la cara una esponja empapada en el arroyo. — ¡Toma, pícaro sordo! Ya sabes que soy tu deudor.

Una mujer le tiraba una piedra en la cabeza.

— Para que aprendas á despertarnos por la noche con tu maldito campaneo.

— Con que compadre, — ahullaba un tullido pro-

Castigo de Quasimodo.

curando atizarle con su muleta, — ¿piensas todavia echarnos sortilegios desde lo alto de las torres de Ntra. Sra.?

— ¡Ahí tienes una taza para beber! — repuso un hombre disparándole al pecho un cántaro roto. — Tú has sido el que, con solo pasar delante de ella, has hecho abortar á mi mujer un chico con dos cabezas.

— ¡Y á mi gata un gatito con seis patas! — refunfuñaba una vieja tirándole una teja,

— ¡Agua! — repitió por tercera vez Quasimodo estremeciéndose.

Vió en aquel momento abrirse el gentío para dar paso á una muchacha vestida de un modo singular: acompañábala una cabrita blanca con cuernos dorados y llevaba en la mano una pandereta.

¡Chispeó el ojo único de Quasimodo! aquella mujer era la gitana á quien habia intentado robar la noche anterior, travesura por la cual conocia confusamente que le castigaban en aquel momento; en lo cual se equivocaba de medio á medio, pues solo le castigaban por tener la desgracia de ser sordo y de haber sido juzgado por otro sordo. Parecióle indudable que la gitana iba á vengarse tambien y á darle su correspondiente pedrada como todos los demas.

Vióla en efecto subir con rápidos pasos la escalera. La cólera y el despecho le sofocaban; hubiera queri-

Digitized by Google

do poder derrumbar la picota, y si el relámpago de su ojo hubiera podido abrasar, es seguro que la gitana hubiera sido convertida en ceniza ántes de llegar al tablado.

Acercóse sin hablar palabra al paciente, que forcejeaba por evitar su venganza, y desatando de su cinto una calabaza, la acercó con dulzura á los lábios del miserable.

Y entónces, en aquel ojo continuamente tan seco y tan abrasado vióse rodar una gruesa lágrima, que cayó lentamente á lo largo de aquel rostro disforme y tanto tiempo contraido por la desesperacion. Tal vez era la primera que el infortunado derramó en su vida.

Y en tanto se olvidaba de beber; pero la gitana hizo su gracioso mohin con impaciencia, y apoyó sonriendo el cuello de la calabaza en la dentuda boca de Quasimodo. Bebió este á grandes tragos; su sed era ardiente.

Luego que hubo acabado, alargó el infeliz sus negros lábios sin duda para besar la hermosa mano que acaba de socorrerle; pero la niña, que sin duda no las tenia todas consigo, y que se acordaba de la violenta tentativa de la noche anterior, retiró su mano con espanto como un niño que teme ser mordido por una bestia.

Entónces el pobre sordo fijó en ella una mirada de dolor, llena de una ternura inexplicable.

Do quiera hubiera sido un espectáculo patético el que presentaba aquella hermosa criatura, fresca, pura, encantadora y tan débil al mismo tiempo, piadosamente acudiendo en auxilio de tanta miseria, y deformidad: en una picota, aquel espectáculo era sublime.

El mismo populacho se sintió conmovido y empezó á dar palmadas, gritando: — ¡Noel!... ¡Noel!...

Entónces fue cuando la reclusa divisó desde la ventana de su covacha á la hermosa gitana sobre la picota y la arrojó su siniestra imprecacion: — ¡ Maldita seas, hija de Egipto! ¡maldita! ¡maldita! ¡maldita!

V.

FIN DE LA HISTORIA DE LA TORTA.

La Esmeralda palideció, y bajó temblando de la picota; pero todavía la persiguió la voz de la reclusa, gritando: — ¡Baja, baja, ladrona de Egipto, que tú volverás á subir!

— Ya la dan sus arrechuchos, — dijo el pueblo murmurando; y no pasó la cosa de aquí, porque aquellas mujeres eran temidas, lo que las constituia en sagradas. No era entónces cosa de juego habérselas con quien rezaba dia y noche.

Ya habia llegado la hora de llevarse á Quasimodo. Desatáronle de la picota y se dispersó la multitud.

Al llegar al puente Grande, Mahiette, que se volvia con sus dos amigas, se paró de repente. — ¿Ahora que me acuerdo, Eustaquio, que has hecho de la torta?

— Madre, — dijo el niño, — mientras estabas hablando con aquella mujer que estaba en el agujero, vino un perrazo que me dió un bocado en ella. Entónces yo tambien comí.

— ¿Como es eso, señorito? ¿Con que os la habeis comido toda?

— Madre, si fue el perro: y se lo dije y no me escuchó: entónces yo tambien mordí, ¡toma!

— Es un muchacho terrible, — dijo la madre sonriendo y regañando á la vez. — ¿Sabeis, amiga Oudarde, que ya se come él solo todito el cerezo de nuestra huerta de Charletaine? Por eso dice su abuelo que ha de ser capitan. ¡Cuidado con que vuelva á suceder, Sr. Eustaquio! ¿estamos? ¡Anda, tragon!

LIBRO SEPTIMO.

I.

PELIGROS DE CONFIAR A UNA CABRA SUS SECRETOS.

Muchas semanas habian corrido ya.

Era en los primeros dias de marzo. El sol á quien Dubartas, el clásico decano de la perífrasis, no habia llamado aun el «gran duque de las bujias», no por eso estaba ménos brillante. Era uno de aquellos dias de primavera tan templados y hermosos, que todo Paris, esparramándose en las calles y paseos, los celebra como dias festivos. En aquellos dias de claridad, de calor, y de serenidad, hay una cierta hora sobre todo, en que se debe ir á admirar la portada de Ntra. Sra., cuando el sol, ya inclinado al occidente, mira casi de frente á la catedral. Sus rayos, cada vez mas horizontales, se retiran lentamente del pavimento de la plaza, y suben á lo largo de la fachada perpendicular, cuyas mil redondas esculturas se destacan sobre la sombra, mientras que el gran roseton central chispea como un ojo de cíclope, inflamudo con las reverberaciones de la forja.

Era en aquella hora.

Frente por frente á la alta catedral, dorada por el sol de occidente, en el balcon de piedra labrado encima de la puerta de una soberbia casa gótica que formaba el ángulo de la plaza y de la calle del Atrio, reian y conversaban algunas lindas señoritas con mucha algazara y alegria. En la longitud de su velo, que caia desde lo alto de su gorra puntiaguda, recamada de perlas, hasta sus talones, en la figura de la gorguera bordada que cubria sus hombros, dejando ver segun la seductora moda de entónces el nacimiento de la virgínea garganta, en la opulencia de sus zagalejos de debajo, mas ricos aun que los de encima, (maravilloso refinamiento!) en la gasa, en la seda, en el terciopelo que las cubrian, y sobre todo en la blancura de sus manos que revelaba su condicion descansada y regalona, fácil era adivinar que eran unas nobles y ricas herederas. En efecto, eran la señorita Flor de Lis de Gondelaurier y sus amigas, Diana de Christeuil, Amelota de Montmichel, Paloma de Gaillefontaine, y la niña Champchevrier, doncellas todas de ilustre rango, reunidas á la sazon en casa de la señora viuda de Gondelaurier, á causa de monseñor de Beaujeu y de su señora esposa, que debian llegar en abril á Paris, y elegir en la capital algunas damas de honor para la Sra. Delfina Margarita, cuando fueran á Picardia á recibirla de manos de los Flamencos. Y es el caso, que todos los hidalgos de treinta leguas á la redonda solicitaban este favor para sus hijas y ya muchos de ellos las habian llevado ó enviado á Paris. Estas habian sido confiadas por sus padres á la discreta y venerable Sra. Aloisa de Gondelaurier, viuda de un antiguo maestre de los ballesteros del rey, retirada con su hija única en su casa de la plaza del Atrio de Ntra. Sra. en Paris.

El balcon en que se hallaban estas señoritas se abria sobre una estancia ricamente entapizada de un cuero de Flandes, de color flavo, estampado con follajes de oro. Las vigas que listaban el techo paralelamente, entretenian la vista con mil caprichosas esculturas pintadas y doradas. Sobre aquellos cofres cincelados se veian espléndidos esmaltes: un hocico de jabalí de loza coronaba un magnífico aparador, cuyas dos gradas anunciaban que la señora de la casa era esposa ó viuda de un caballero-de mesnada. En el fondo, al lado de una alta chimenea con armas y blasones de arriba abajo, estaba sentada en un rico sillon de terciopelo encarnado la Sra. de Gondelaurier, cuyos cincuenta y cinco años no ménos estaban escritos en su rostro que en su vestimenta. En pié al lado de ella estaba un jóven de bizarra presencia, aunque algo vana

Digitized by Google

y fanfarrona, uno de aquellos buenos mozos que pasan sin oposicion por tales entre las mujeres todas, aunque al verlos se encojan de hombros con desden los hombres graves y fisonomistas. Llevaba aquel galan, el brillante uniforme de capitan de los arqueros del rey, el cual se parecia demasiado al traje de Júpiter que ya pudo admirar el lector en el libro primero de esta historia, para que nos cansemos en describirle de nuevo.

Las señoritas estaban sentadas, unas en la estancia, otras en el balcon, unas sobre almohadones de terciopelo de Utrecht con rapacejos de oro, otras en taburetes de madera de encina esculpidos de flores y figuras. Sostenia cada cual en sus rodillas una punta de un gran tapiz hecho á aguja, en el cual trabajaban todas, y del cual caia un gran pedazo sobre la estera que cubria el suelo.

Hablaban entre sí con aquellos cuchicheos y risitas disimuladas de un conciliábulo de doncellas, entre las cuales hállase un doncel. El jóven, cuya presencia bastaba para dar pábulo á todas aquellas presunciones femeninas, parecia por su parte darles poquísima importancia; y mientras las bellas procuraban á porfia llamar su atencion, parecia él de toda punto ocupado en sacar lustre con su guante de piel de gamo, á la hebilla de su cinturon.

De vez en cuando hablábale en voz muy baja la venerable dueña, y él la respondia haciendo de tripas corazon con una especie de cortesia torpe y forzada. En las sonrisas, en los signos de inteligencia de la señora Aloisa, en los guiños que flechaba á su hija Flor de Lis, hablando al oido del capitan, fácil era ver que se trataba de algun proyecto matrimonial, de alguna boda, próxima sin duda entre el jóven y Flor de Lis. Y en la apatia y confusion del oficial, fácil era tambien conocer que al ménos por su parte, no era negocio aquel en que entraba por mucho el corazon. Todo su porte indicaba una incomodidad y un fastidio que nuestros oficiales de guarnicion traducirian admirablemente por..... — ¡ Vaya un servicio de....!

La buena matrona muy encaprichada con su hija como una pobre madre que era, no advertia el poco entusiasmo del oficial, y se esforzaba en hacerle observar por lo bajo las perfecciones infinitas con que Flor de Lis manejaba la aguja y devanaba su ovillo.

—Mirad, primito, le decia, tirándole por la manga para hablarle al oido! ¡miradla por vuestra vida! ahora se baja.

—En efecto, respondia el jóven, y volvia á caer en su silencio distraido y glacial.

Un momento despues, era preciso agacharse de nuevo, y la señora viuda le decia, — ¿Habeis visto en vuestra vida doncella mas amable y cumplida que vuestra novia? — ¿Mas blanca ó mas rubia? ¿No son divinas esas manos? ¿No parece ese cuello en lo puro y flexible un cuello de cisne? ¡ Ah! ¡ y como os envidio á veces! ¡ que dichoso sois, libertino picaruelo, de haber nacido hombre! ¿No es verdad que mi Flor de Lis es hermosa, que hechiza, y que estais prendado de ella?

— Seguro, respondia el jóven pensando en cualquier otra cosa.

— Pero habladla, dijo de pronto la Sra. Aloisa empujándole por detras; decidla algo. — ¡ Vaya que os habeis hecho muy tímido!

Podemos asegurar á nuestros lectores que la timidez no era la virtud ni el defecto del capitan.

Procuró pues hacer lo que le era mandado.

—Amable prima, dijo acercándose á Flor de Lis, ¿cuál es el asunto de esa obra de tapiceria que estais bordando?

— Amable primo, respondió Flor de Lis con acento de despecho, ya os lo he dicho tres veces: es la gruta de Neptuno.

Es evidente que Flor de Lis interpretaba con mas sagacidad que su madre la indiferencia y distraccion del capitan, el cual por su parte conoció la necesidad que habia de entablar de un modo ú otro la conversacion.

— ¿Y á que fin toda esa neptuneria?

— Para la abadia de S. Antonio de los Campos; dijo Flor de Lis sin levantar los ojos.

Cojió el capitan una punta del tapiz.

— ¿Y quien es, hermosa prima, ese soldado tan gordo que está soplando á dos carrillos en una trompeta?

— Triton.

Siempre habia una entonacion algo enfurruñada en las breves palabras de Flor de Lis. Conoció el jóven que era ya indispensable decirla algo al oido, algun cumplimiento, alguna necedad, alguna galanteria, cualquiera cosa en fin. Inclinóse pues pero no pudo hallar en su imaginacion cosa mas tierna é íntima que esta. — ¿Porque lleva siempre vuestra madre un corpiño blasonado como nuestras abuelas del tiempo de Cárlos VII? Es menester que la digais, hermosa prima, que ya no es esa la elegancia del dia, y que su gozne y su laurel bordados en forma de escudo sobre su falda la hacen parecerse á una chimenea andando.

— Os juro á fe mia que ya nadie se sienta sobre sus armas.

Fijó en él Flor de Lis sus ojos con una expresion de amargura. — ¿Y es eso todo lo que me jurais? dijo en voz baja.

En tanto la buena Sra. Aloisa hechizada de verlos juntitos y cuchicheando, decia entreteniéndose con las manecillas de su « ejercicio cotidiano. »

— ¡ Patético cuadro de amor!

El capitan, cada vez mas confuso, se inclinó de nuevo sobre el tapiz: — ¡ Cierto que es un trabajo admirable! exclamó.

Con este motivo, Paloma de Gaillefontaine, graciosa rubia de nevado cutis, ricamente vestida de damasco azul, aventuró con timidez una pregunta que dirigió á Flor de Lis, esperando que respondiera á ella el gallardo capitan.

— ¿Has visto, querida Gondelaurier, las tapicerias del palacio de la Roche-Guyon?

— ¿No está dentro de ese palacio el jardin de la Lingere Louvre? preguntó riendo Diana de Christeuil, que tenia bonita dentadura y se reia por consiguiente á cada instante. — ¿Y donde está aquel torreon tan grande de la antigua muralla de Paris? añadió Amelota de Montmichel, graciosa morenita que tenia costumbre de suspirar como la otra de reir sin saberse porque.

— Querida Paloma, repuso la Sra. Aloisa, ¿quereis decir el palacio que pertenecia al Sr. de Racqueville, en tiempo del rey Cárlos VI? Hay en el efectivamente magnificas tapicerias muy antiguas y de mucho valor.

— ¡ Cárlos VI! ¡ El rey Cárlos VI! refunfuñó el capitan atusándose los bigotes. — ¡ Vaya, vaya, que la buena señora se acuerda de unas antiguallas!...

La señora de Gondelaurier prosiguió: — Hermosas tapicerias en efecto y de un trabajo tan estimado que pasa por singular.

En aquel momento, Berenguela de Champchevrier, esvelta niña de siete años que miraba la plaza por entre las celosias del balcon, exclamó: — ¡ Oh! ¡ miro, mira, madrina Flor de Lis! ¡ aquella bailarina tan bonita que baila allá bajo y toca la pandereta en media de los plebeyos villanos!

En efecto se oia el eco lejano de una pandereta.

—Alguna gitana de Bohemia, dijo Flor de Lis volviendo la cara con desden hácia la plaza.

— ¡ Veamos! ¡ veamos! gritaron sus compañeras, y todas se asomaron al balcon, mientras Flor de Lis, á quien daba que entender la tibieza de su amante, las seguia lentamente, dejando á este muy aliviado con aquel incidente que cortaba una conversacion eno-

Digitized by Google

josa, y volviéndose hácia el fondo de la estancia con el aire satisfecho de un militar relevado del servicio. Cosa dulce y alhagüeña era sin embargo servir á Flor de Lis; y bien así le habia parecido á él algun dia; pero el capitan se habia ido cansando poco á poco; la perspectiva de un próximo matrimonio le enfriaba sobre manera. Ademas era hombre de condicion muy inconstante, y si hemos de decir verdad, de gustos algo vulgares. Aunque de muy noble cuna, habia contraido debajo de sus arreos militares mas de una costumbre soldadesca; la taberna le placia y sus consecuencias tambien, y no se hallaba á sus anchas mas que entre las palabrotas, las galanterias militares, las fáciles hermosuras y las fáciles victorias. Habíale dado no obstante su familia alguna educacion y ciertos modales: pero habia empezado demasiado jóven á correr mundo y á cursar los cuarteles, de modo que todos los dias el barniz del caballero se desgastaba al áspero roce de su tahalí militar. Sin dejar por eso de visitarla de vez en cuando, por un resto de humano respeto, sentíase el buen capitan doblemente incomodado en casa de Flor de Lis; en primer lugar, á fuerza de dispersar su amor en toda especie de sitios, habia reservado muy poco para ella, y ademas porque enmedio de tantas pulidas señoras, severas, decentes y prendidas con cien alfileres, temblaba á cada momento, de que su boca acostumbrada á los juramentos y á las malas palabras, no se desbocase á lo mejor é hiciese oir al concurso el lenguaje de las tabernas, lo que no hubiera dejado de producir un grande efecto.

No obstante, todo esto se mezclaba en él á muy considerables pretensiones de elegancia, de lujo y de buena figura. Acomode el lector estos datos como mejor le parezca; yo no soy mas que historiador.

Hacia ya pues algunos momentos que estaba, pensando ó no pensando, apoyado sin chistar palabra en el mármol esculpido de la chimenea, cuando Flor de Lis volviéndose de repente le dirigió la palabra; porque es el caso que la pobre niña aunque le ponia su hociquillo lo hacia bien contra su voluntad.

—¿No nos habeis hablado, primo mio, de una gitanilla á quien libertasteis hace dos meses yendo una noche de ronda por las calles, de manos de una docena de salteadores?

—Creo que sí, hermosa prima, dijo el capitan.

—Pues puede que sea, repuso, esa gitana que está bailando en la plaza.—Venid á ver si la conoceis, primo Febo.

Traslucíase un secreto deseo de reconciliacion en aquella amable invitacion que le dirigia de acercarse á ella y en aquel cuidado de llamarle por su nombre. El capitan Febo de Chateaupers, (porque él es el que tiene delante de sí el lector desde el principio de este capítulo) se acercó con lentos pasos al balcon.—Miradle le dijo Flor de Lis, posando cariñosamente su mano sobre el brazo de Febo, aquella mocita que baila allí en aquel círculo. ¿Esa es vuestra gitana?

Miró Febo y dijo:

—Si, la conozco por la cabra.

—¡Oh! ¡en efecto! ¡qué cabrita tan bonita! dijo Amelota juntando sus manos de admiracion.

—¿Y son verdaderamente de oro esos cuernos? preguntó Berenguela.

Sin menearse de su poltrona, tomó la palabra la señora Aloisa:

—¿No es esa una de aquellas gitanas que entraron el año pasado por la puerto Gibard?

—Señora madre, dijo con dulzura Flor de Lis, esa puerta se llama actualmente Puerta del Infierno.

La señorita Gondelaurier sabia hasta que punto desagradaban al capitan las palabras anticuadas de su madre; y en efecto, ya empezaba á refunfuñar entre dientes:—¡Puerta Gibard! ¡puerta Gibard! ¡Será para hacer pasar el rey Cárlos VI!

—Madrina, exclamó Berenguela, cuyos ojos siempre en movimiento se habian fijado de pronto en la cima de las torres de Ntra. Sra. ¿quién es aquel hombre negro que está allá arriba?

Todas las niñas levantaron los ojos; en efecto, un hombre estaba apoyado de codos en la baranda culminante de la torre septentrional que mira hácia la Gréve. Era aquel hombre un sacerdote; claramente se distinguia su trage y su rostro apoyado sobre sus manos; pero segun estaba inmóvil, mas que otra cosa, parecia una estátua. Sus ojos fijos miraban la plaza;—su inmovilidad era la de un milano que acaba de descubrir un nido de gorriones y le está mirando.

—Es el señor arcediano de Jósas, dijo Flor de Lis.

—Buenos ojos tienes si le distingues desde aquí, observó la Gaillefontaine.

—¡Cómo mira á la bailarina! repuso Diana de Christeuil.

—¡Cuidado con ella! dijo Flor de Lis, porque no es amigo de los gitanos.

—Es lástima que ese hombre la mire así, añadió Amelota de Montmichel, porque baila que es un primor.

—Primo Febo dijo de pronto Flor de Lis, una vez que conoceis á esa gitana, decidla que suba, así nos divertiremos un poco.

—¡Oh! si, si, exclamaron todas las niñas dando palmadas de alegria.

—¡Vaya que es capricho singular! respondió Febo: seguramente se habrá olvidado de mí y yo ni tan siquiera sé como se llama.—Sin embargo, una vez que lo desean estas amables señoritas, procuraré complacerlas,—é inclinándose sobre la baranda del balcon empezó á gritar:—¡Eh! ¡mocita!!—

La bailarina no tamborileaba en aquel momento; volvió la cabeza hácia el punto de donde la llamaban, su brillante mirada se fijó en el capitan, y permaneció inmovil.

—¡Mocita! repitió Febo, llamándola con el dedo.

Miróle de nuevo la bailarina, encendióse como si hubiera pasado una llama por sus megillas y cogiendo su pandereta debajo del brazo, se dirigió por enmedio de los atónitos espectadores hácia la puerta de la casa desde donde la llamaba el capitan, con lentos pasos, trémula y con la mirada turbia de un pajaro que cede á la fascinacion de una serpiente.

Un momento despues abrióse la mampara, y se presentó la gitana en el dintel de la puerta, encendida, confusa, ruborosa, con sus grandes ojos bajos y sin atreverse á dar un paso mas.

Berenguela aplaudió con entusiasmo.

En tanto la bailarina permanecia inmóvil en el dintel de la puerta. Habia producido su aparicion un efecto muy singular en aquel grupo de nobles doncellas. Es seguro que un vago é involuntario deseo las animaba á todas juntamente de agradar al gallardo oficial, que el espléndido uniforme era el blanco de todas sus pretensiones, y que desde que él entró existia entre ellas una cierta rivalidad secreta, sorda de que apenas se daban cuenta á sí mismas, pero que no por eso dejaba de revelarse á cada instante en sus palabras y en sus acciones. Mas como todas ellas eran con corta diferencia de igual belleza, luchaban con armas iguales, y cada cual podia esperar con fundamento la victoria. La llegada de la gitana rompió bruscamente el equilibrio, porque era tan extraordinaria su hermosura que en el momento en que se presentó en la puerta de la estancia, inundóla en una especie de luz que de solo ella provenia. En aquella estancia cerrada, bajo el sombrío ceñidor de colgaduras y artesonados, estaba incomparablemente mas bella y mas radiante que en la plaza pública, como una antorcha que pasa de la claridad del dia á la sombra de la noche. Las nobles señoritas quedaron, mal su grado, deslumbradas; todas se sintieron en cierto modo humilladas á

Digitized by Google

vista de tanta hermosura : por eso su frente de batalla (permítasenos esta expresion), mudó repentinamente, y sin embargo, no se dijeron una palabra, pero se entendian á las mil maravillas; los instintos de las mujeres se comprenden y se responden mejor que las inteligencias de los hombres. Acababa de llegar una enemiga comun; todas lo conocian y todas se unieron. Basta una gota de vino para colorar un vaso de agua; para teñir en cierto humor, toda una asamblea de buenas mozas, basta la llegada de otra mas bueno moza todavia,—sobre todo cuando no hay mas que un hombre.

Recibieron pues á la gitana con una frialdad inaudita. Miráronla de arriba abajo, echáronse luego una ojeada al soslayo, y no fue menester mas; ya se habian comprendido. En tanto la gitana esperaba á que la dijesen algo, tan confusa que no osaba levantar los párpados.

El capitan fue el primero que rompió el silencio.

—¡A fe mia, dijo con su tono de intrépida fatuidad, que es una bella criatura! ¿qué os parece, prima mia?

Esta observacion que un admirador mas delicado hubiera hecho á lo menos en voz baja, no era muy propia para disipar las rivalidades femeninas que miraban como enemiga á la gitana.

Respondió Flor de Lis al capitan con una melosa afectacion de desden : —No es fea,

Las otras cuchicheaban.

En fin, la señora Aloisa que no era la menos envidiosa de todas, porque lo era por su hija, dirigió la palabra á la gitana :—Acercaos mozuela.

—¡Mozuela, acercaos! respondió con cómica dignidad Berenguela, qne la llegaria todo lo mas á la cadera.

Adelantóse la gitana hácia la noble viuda.

—Hermosa niña dijo Febo con énfasis, dando algunos pasos hácia ella, no sé si tengo la suprema felicidad de ser reconocido por vos...

Interrumpióle ella con una sonrisa y una mirada llenas de una dulzura infinita : —¡Oh, si! dijo.

—No tiene mala memoria observó Flor de Lis.

—Ahora me acuerdo, repuso Febo, por cierto que os escapasteis bien pronto la otra noche.—¿Me teneis miedo por ventura?

—¡Oh no! dijo la gitana.

Habia en el acento con que fue pronunciado este «oh ¡no!» despues de aquel «¡oh si!» un no sé que de inefable que ofendió á Flor de Lis.

—Por mas señas que me dejasteis en vuestro lugar, prenda mia, prosiguió el capitan cuya lengua se desataba hablando á una mozuela de calle, un compadre bastante chusco, tuerto y jorobado, el campanero del obispo sino me engaño, me han dicho que es bastardo de un arcediano y diablo de nacimiento, y que tiene un nombre muy particular; llámase Cuatro-Témporas, Pascua Florida, Martes de Carnaval, ¡que se yo! ¡un nombre de dia de fiesta, por vida mia! ¡Con que se atreveia á robaros; como si fuerais manjar para boca de plebeyos! ¡bueno es eso! ¿Que diablos os queria aquel mochelo? hé, sepamos.

—No sé respondió la hermosa.

—¡Insolencia como ella! ¡atreverse un campanero á robar una doncella como si fuera un vizconde! ¡atreverse un villano á cazar en tierra de caballeros! ¡me gusta la especie! al fin y al cabo, cara le ha costado la broma. Maese Pierrat Tortuere es el mas terrible palafrenero que sentó jamás la mano á un pecador, y puedo aseguraros, para vuestro consuelo, que la pelleja del tal campanero ha catado de lo lindo el sabor de sus correas.

—¡Pobre hombre! dijo la gitana á quien recordaron estas palabras la escena de la picota.

El capitan soltó una buena carcajada :—¡Cuerno de buey! ¡vaya una compasion bien empleada como una pluma en el C... de un puerco! Consiento en ser panzudo como un papa, si...

Hizo alto de repente : —¡Perdon señoritas! creo que iba á decir una majaderia.

—¡Jesus caballero! dijo la Gallefontaine.

—¡Habla en su lengua á esa mozuela! añadió á media voz Flor de Lis, cuyo despecho iba creciendo por momentos. Y no disminuyó seguramente aquel despecho, cuando vió al capitan, prendado de la gitana, y sobre todo de sí mismo, hacer una pirueta sobre sus talones, repitiendo con una galantéria tabernaria y soldadesca :—¡Guapa chica, por vida mia!

—¡Bien estrafalariamente vestida! dijo Diana de Christeuil, con su risita de buena dentadura.

Esta reflexion fue un rayo de luz para las otras, que las hizo ver el lado atacable de la gitana; no pudiendo hincar el diente en su hermosura, la tomaron con su vestido.

—¿Y es verdad,? mocita, dijo la Montmichel; quien te ha enseñado á correr por las calles sin griñon ni palatina?

—¡Vaya un zagalejo que hace temblar de corto! añadió la Gaillefontaine.

—Hija mia, prosiguió con sobrada acrimónia Flor de Lis, cuidado no os echen el gancho los soldados de la docena por vuestro cinturon dorado.

—Mocita, mocita, repuso la Crhisteuil con su implacable sonrisa; si te pusieras como es debido una manga sobre el brazo; no estaria tan tostado por el sol.

Era en verdad un espectáculo digno de un espectador mas inteligente que Febo el ver como aque'las hermosas niñas con sus lenguas venenosas é irritadas serpenteaban, mordian y se ensañaban en derredor de la pobre bailarina ambulante : eran graciosas y crueles : examinaban, destrozaban malignamente su pobre y raro tocado de oropeles y lentejuelas, todo con risas é ironias y humillaciones sin fin. Llovian los sarcasmos sobre la gitana y la compasion altanera y las miradas torcidas; semejantes á aquellas jóvenes damas romanas que se divertian en clavar agujas de oro en el seno de una hermosa esclava; semejantes á una jáuria de elegantes galgas cazadoras, girando, la nariz hinchada, los ojos ardientes, en torno de una pobre corza de las selvas, que la mirada del amo les impide devorar.

¿Y que era en efecto para aquellas doncellas de noble alcurnia, una miserable bailarina de las calles? Parecia que ni siquiera hacian alto en su presencia; hablaban de ella, delante de ella, con ella misma, en alta voz, como de cosa algo indecente, no poco abyecta y bastante bonita.

La gitana no era insensible á aquellas punzadas. De vez en cuando una púrpura de vergüenza, un chispazo de cólera inflamaban sus ojos ó sus megillas; una palabra desdeñosa parecia estar á punto de salir de sus lábios; hacia con desprecio el gracioso mohin que ya conoce el lector; pero permanecia inmóvil, fijando en el jóven capitan una mirada triste, dulce y resignada : habia en aquella mirada, ternura y felicidad : parecia que se contenia temerosa de que la echaran.

Febo por su parte reia á carcajada tendida, y abrazaba el partido de la gitana con una mezcla de impertinencia y de compasion.—¡Dejadlas hablar—que hablen!—repetia haciendo sonar sus espuelas de oro; seguramente vuestro trage es algo extravagante y terrible; pero en una real moza como vos, ¿que importa eso?

—Jesus, Dios mio, exclamó la blonda Gaillefontaine, enderezando su hermoso cuello de cisne con una sonrisa amarga, parece que los señores arqueros del rey pronto se inflaman con los buenos ojos de Egipto.

Digitized by Google

—¿Por que no? dijo Febo.

Al oir esta respuesta, lanzada con indiferencia por el capitan como una piedra perdida que ni siquiera se mira caer, echóse á reir Paloma y tambien Diana y Amelota y Flor de Lis, á cuyos ojos se asomó una lágrima en aquel momento.

La gitana, que habia bajado al suelo su mirada al oir las palabras de Paloma de Gaillefontaine, los alzó radiantes de alegría y de orgullo, y los fijó de nuevo en el capitan.—¡Oh! muy hermosa estaba en aquel momento.

La venerable viuda, que observaba aquella escena, se sentia ofendida y no entendia palabra.

—¡Vírgen Santa! exclamó de repente, ¿que es esto que me rebulle entre las piernas? ¡Ay! ¡que avechucho!

Era la cabrita que acababa de llegar en busca de su ama, y que, precipitándose hácia ella, habia empezado por enredar sus cuernos en el monton de damasco que dejaban caer sobre sus pies los vestidos de la noble señora, cuando estaba sentada.

Nuevo motivo de jarana: la gitana sin hablar palabra, desenredó la cabrita.

¡Ah! ¡aquí está la cabrita tan bonita, que tiene patitas de oro! exclamó Berenguela brincando de gusto.

Púsose de rodillas la gitana, y apoyó contra su megilla la cariñosa cabeza del animalito, como si la pidiera perdon de haberla olvidado.

En tanto, Diana, acercándose al oido de Paloma: —¡Ay, Dios mio! dijo, ¿como pude olvidarlo? Es la gitana de la cabra; dicen que es bruja, y que su cabra hace momerias singularmente milagrosas.

—¡Pues bien! dijo Paloma, es preciso que la cabra nos divierta tambien y nos haga un milagro.

Diana y Paloma se dirigieron de pronto á la gitana: —A ver, haz que nos haga un milagro tu cabra.

—No sé que quereis decir, respondió la bailarina.

—Un milagro, una mágia, una brugería en fin.

—No sé. Y volvió á acariciar á su cabrita, repitiendo: ¡Djalí! ¡Djalí!

Vió en aquel momento Flor de Lis un saquito de cuero bordado, pendiente del cuello de la cabra:—¿Que es eso? preguntó á la gitana.

Fijó en ella la gitana sus rasgados ojos, y respondió gravemente: —Es mi secreto.

—Yo quisiera saber cual es tu secreto, dijo para sí Flor de Lis.

Levantóse en esto la respetable viuda algo mohina: Ea, ea, gitana, si ni tú ni tu cabra teneis algo que bailarnos, ¿que haceis aquí?

La gitana, sin responderla, se dirigió lentamente hácia la puerta: pero á medida que iba acercándose á ella, iba acortando el paso. Un iman invencible la detenia; de pronto volvió hácia Febo sus ojos húmedos de lágrimas, y se paró.

—Vive Dios, exclamó el capitan, que no hay motivo para irse así.—Venid acá, y bailadnos alguna cosa.—Ahora que me acuerdo, hermosa mia, ¿como os llamais?

—La Esmeralda, dijo la bailarina sin apartar los ojos del capitan.

Al oir este nombre extraño, echáronse de pronto á reir las cuatro amigas, sin poderlo remediar.

—¡Terrible nombre para una doncella! dijo Diana.

—Bien veis, dijo Amelota, que es una encantadora.

—Hija mia, dijo en voz solemne la noble señora Aloisa, no os han puesto ese nombre vuestros padres en la pila bautismal.

Mientras esto pasaba, hacia ya algunos minutos que Berenguela, sin que nadie lo advirtiera, habia atraido á la cabra á un rincon de la estancia, con ayuda de un vizcocho: al cabo de un momento, hiciéronse las dos íntimas amigas. La curiosa niña desató el saquito del pescuezo de la cabra; abrióle, y derramó en el suelo lo que contenia, que no era otra cosa mas que un alfabeto, cuyas letras estaban escritas cada cual separadamente en una tablita de box. Apenas cayeron en el suelo aquellos títeres, cuando vió la niña con admiracion á la cabra, que hacia entre otros aquel «milagro», coger ciertas letras con su patita de oro y disponerlas empujándolas suavemente, en un órden particular: al cabo de un momento, resultó de aquel manejo una palabra, que sin duda el animal estaba muy acostumbrado á escribir, segun tardó poco en formarla, y Berenguela exclamó alzando las manos en su estupefaccion.

—Madrina Flor de Lis, ven á ver lo que acaba de hacer la cabrita.

Acudió Flor de Lis, y se estremeció profundamente. Las letras colocadas sobre la estera, formaban esta palabra:

FEBO.

—¿Esto ha escrito la cabra? preguntó con voz alterada.

—Sí, madrina, respondió Berenguela. Y en efecto, era imposible dudarlo; la niña no sabia escribir.

—¡Este es el secreto! dijo para sí Flor de Lis.

Al grito de la niña acudieron todos, la madre, las señoritas, la gitana y el oficial.

Vió la gitana lo que acababa de hacer la cabra; púsose encendida, luego pálida, y empezó á temblar como una criminal delante del mancebo, que la miraba con una sonrisa de satisfaccion y de asombro.

—«¡Febo!» cuchicheaban las jóvenes estupefactas; ¡ese es el nombre del capitan!

—¡Teneis una memoria prodigiosa! dijo Flor de Lis á la gitana petrificada. Y luego prorrumpiendo en sollozos: —¡Oh! ¡exclamó dolorosamente cubriéndose el rostro con sus bellas manos, es una hechicera! Y en tanto oia una voz mas amarga todavia, que repetia en el fondo de su corazon: —¡Es una rival!—

Y cayó desmayada.

—¡Hija mia! ¡hija mia! exclamó la madre aterrada—¡vete, gitana del infierno!!—

Recogió la Esmeralda en un abrir y cerrar de ojos las malandantes letras, hizo señal á Djalí y salió por una puerta, mientras sus amigas se llevaban por otra á Flor de Lis.

El capitan Febo, que quedó solo, vaciló un momento entre las dos puertas;—luego siguió á la gitana.

II.

QUE UN SACERDOTE Y UN FILÓSOFO SON DOS.

El sacerdote que habian visto las cuatro hermosas amigas en lo alto de la torre septentrional, inclinado sobre la plaza y tan atento al baile de la gitana, era en efecto el arcediano Claudio Frollo.

Nuestros lectores no habrán olvidado la misteriosa celda que se habia reservado en aquella torre. (Ignoro, y sea dicho de paso, si era ó no la misma cuyo interior puede verse aun hoy por una ventanilla cuadrada, abierta al levante á la altura de un hombre, sobre la plataforma de donde se alzan las torres; un chiribitil, hoy desnudo, vacio y descascado, cuyas paredes mal enyesadas estan «adornadas» aquí y allí, aun hoy dia, con algunos malos grabados amarillos que representan fachadas de catedrales. Supongo que habitan aquel agugero juntamente murcielagos y arañas y que en él por consiguiente se hace á las moscas, una doble guerra de exterminio).

Todos los dias, una hora antes de ponerse el sol subia el arcediano la escalera de la torre, y se encerraba en aquella celda, donde pasaba á veces noches enteras. Aquel dia, en el momento en que, despues de haber llegado á la puerta baja del tugurio, metia en la cerradura la llavecita complicada que llevaba siem-

Digitized by Google

pre consigo en la escarcela pendiente de su cintura, llegó á sus oidos un rumor de pandereta y castañuelas: aquel rumor venia de la plaza del Atrio. La celda, como ya hemos dicho, no tenia mas que una ventana que caia sobre el tejado de la iglesia; guardóse Claudio Frollo la llave precipitadamente, y un momento despues ya estaba en la cúspide de la torre, en la actitud meditabunda y sombría en que le habian visto las señoritas.

Allí estaba, grave, inmóvil, absorto en una mirada y en un pensamiento; todo Paris estaba bajo sus piés con las mil agujas de sus edificios y su horizonte circular de blandas colinas, con su rio que serpentea bajo sus puentes, y un pueblo que ondea en sus calles, con la nube de su humo, con la montuosa cadena de sus techos que ciñe á la catedral con sus multiplicados eslabones; pero en toda aquella ciudad no miraba el arcediano mas que un punto del suelo, la plaza del Atrio; ni en toda aquella muchedumbre, mas que una sola criatura, la gitana.

Difícil hubiera sido decir de que naturaleza era aquella mirada y de donde procedia la llama que de ella brotaba; era una mirada fija, y llena sin embargo de turbacion y de tumulto. Y en la profunda inmovilidad de todo su cuerpo, apenas agitado por intérvalos de un extremecimiento maquinal, como una hoja sacudida por el viento, en la tirantez de sus brazos, mas de mármol que la baranda en que se apoyaban, en la sonrisa petrificada que contraia su rostro, parecia que Claudio Frollo no tenia de vivo mas que los ojos.

La gitana bailaba; hacia girar su pandera en la punta de su dedo, y la arrojaba al aire bailando zarabandas provenzales; ágil, ligera, festiva y sin sentir el peso de la terrible mirada que caia á plomo sobre su cabeza.

Hormigueaba el gentio en torno de ella: de vez en cuando, un hombre ataviado con una casaca amarilla y colorada ensanchaba el círculo, y luego volvia á sentarse en una silla á algunos pasos de la bailarina, y cogia entre sus rodillas la cabeza de la cabra. Aquel hombre parecia ser el compañero de la gitana; pero Claudio Frollo desde el punto elevado en que se hallaba, no podia distinguir sus facciones.

Desde el instante en que vió el arcediano á aquel desconocido, pareció dividir entre ambos su atencion, y su rostro empezó de nuevo á anublarse mas y mas. Levantó la cabeza de repente y un estremecimiento universal corrió por todos sus miembros:— ¿Quién puede ser ese hombre? dijo entre dientes: ¡siempre la he visto sola!

Internóse entónces en la tortuosa bóveda de la escalera espiral y bajó por ella; pero al pasar por delante de la puerta del campanario, vió una cosa que le sorprendió sobre manera. Vió á Quasimodo que, asomado á una abertura de aquellos aleros de pizarra que parecen enormes celosías, fijaba tambien su vista en la plaza, y estaba absorto en una contemplacion tan profunda que ni siquiera advirtió que pasaba su padre adoptivo. Su ojo salvage tenia una expresion singular; su mirada era dulce y parecia como fascinada.—¡Cosa extraña! murmuró Claudio.—¿Si estará mirando de ese modo á la gitana? Y continuó bajando. Al cabo de algunos minutos salió á la plaza el receloso arcediano, por la puerta que está al pié de la torre.

—¿Qué ha sido de la gitana? dijo mezclándose en el grupo de espectadores atraidos por el son de la pandera.

—No sé, respondió uno de los circunstantes, acaba de desaparecer, y si no me engaño habrá ido á bailar algun fandango á la casa de enfrente de donde la han llamado.

En el lugar de la gitana, en aquel mismo tapiz cuyos arabescos desaparecian un momento ántes bajo el caprichoso dibujo de sus danzares, solo vió el arcediano al hombre de lo encarnado y amarillo que, para ganar tambien algunos testones, paseábase paralelamente á la circunferencia de los espectadores, los codos sobre los costados, la cabeza echada atras, la cara purpurina, el pescuezo de media vara, y con una silla entre los dientes: sobre esta silla llevaba atado, á un gato que le prestára una vecina, y que renegaba y maullaba sumamente aterrado.

—¡Vírgen María! exclamó el arcediano en el momento en que el saltibanquis, sudando á mares pasó por delante de él con su pirámide de silla y de gato, ¿que hace ahí maese Pedro Gringoire?

Tal conmocion causó al pobre diablo la voz severa del arcediano, que hubo de perder el equilibrio con todo su edificio, con lo que la silla y el gato cayeron de sopeton sobre la cabeza de los circunstantes, en medio de una inestinguible rechifla.

Es probable que maese Pedro Gringoire (porque él era en efecto), hubiera salido mal librado en sus cuentas con la vecina dueña del gato y con todas las caras contusas y arañadas que le rodeaban, si no se hubiera aprovechado con presteza del tumulto para refugiarse en la iglesia adonde le hizo Claudio Frollo señal de que le siguiera.

La catedral estaba ya oscura y desierta, las naves estaban llenas de tinieblas y las lámparas de las capillas empezaban á parecer estrellas sobre el fondo negro de las bóvedas. Solo el gran roseton de la fachada, cuyos mil colores estaban empapados en un rayo del sol horizontal, relucia en la sombra como una sarta de diamantes, y reflejaban al otro extremo de la nave su expectro deslumbrador.

Luego que hubieron andado algunos pasos, apoyóse D. Claudio en un pilar y miró á Gringoire de hito en hito; mas no era aquella mirada la que temia Gringoire, verdaderamente corrido de haber sido atrapado por un personage grave y docto en aquel trage de titiritero. La mirada del sacerdote nada tenia de burlona ni de irónica; estaba serio, sereno y penetrante. El arcediano fue el primero que rompió el silencio.

—Venid acá, maese Pedro, que vais á esplicarme muchas cosas.—Y ántes de pasar adelante, ¿de dónde viene que no se os ha visto hace ya cerca de dos meses y que os vemos ahora por esas calles, lindamente equipado por vida mia! la mitad colorado y la mitad amarillo como una manzana.

—Señor, dijo Gringoire humildemente, llevo en verdad una vestimenta prodigiosa, y aquí me veis todo mohino como un gato con una calabaza en la cabeza. Bien conozco que es cosa muy indigna exponer á los Sres. partesaneros de la ronda á apalear bajo esta casaca el húmero de un filósofo pitagórico. Pero ¿que quereis que os diga, mi reverendo maestro? La culpa es toda de mi antigua ropilla que me ha abandonado cobardemente al principio del invierno so pretesto de que se caia á guiñapos y de que necesitaba ir á descansar en la cesta del trapero. ¿*Quid faciendum*? Aun no ha llegado la civilizacion á punto de que se pueda ir en cuerecitos vivos, como queria el antiguo Diógenes; añádase á esto que soplaba un viento muy frio, y que no es el mes de enero el mas idóneo para hacer dar este nuevo paso á la humanidad. Háse presentado esta casaca y echádola la garra, abandonando mi antigua ropilla negra que, para un hermético como yo, estaba muy poco herméticamente cerrada. Catadme pues en trage de histrion, como S. Genest.—¿Qué quereis, señor? es un eclipse: tambien Apolo convertido en pastor apacentó ganado en el pais de Admeto.

—¡Digno oficio seguramente el que egerceis! repuso el arcediano.

—Convengo, señor maestro, en que mas vale filosofar y poetizar, soplar la llama en el horno ó recibir-

Digitized by Google

la del cielo que llevar gatos sobre pavés; y por eso, cuando me apostrofásteis, quedé estupefacto cual otro asno delante de un asador. Pero, ¿qué quereis señor? Preciso es vivir todos los dias, y los mejores versos alejandrinos no valen tanto para comidos como un pedazo de queso de Brie. Yo hice para la Sra. Margarita de Flándes aquel famoso epitalamio que sabeis, y la ciudad no me le quiere pagar, so pretesto de que no es excelente, como si se pudiera dar por cuatro escudos una tragedia de Sófocles. Iba pues á morirme de hambre; pero halléme por fortuna algo robusto por parte de las mandíbulas: —Haced prodigios de fuerza y de equilibrio; mantente á ti misma. *Ale teipsam.* Una cáfila de bribones, que ya se han hecho grandes amigos mios me han enseñado mil especies de habilidades hercúleas, y ahora doy todas las noches á mi dentadura el pan que ha ganado durante el dia con el sudor de mi frente. Yo convengo, *concedo*, que es este un triste empleo de mis facultades intelectuales, y que el hombre no fue creado para tamborilear y morder sillas; pero, reverendo maestro, no basta pasar la vida, es preciso ganarla.

D. Claudio escuchaba en silencio, de repente tomaron sus ojos hundidos una expresion tan sagaz y penetrante, que Gringoire se sintió, por decirlo así, escudriñado hasta el fondo del alma por aquella mirada.

—Bien está, maese Pedro; ¿pero en que consiste que os hallo ahora en compañía de esa bailarina de Egipto?

—En que es, dijo Gringoire mi muger, y yo soy su marido.

Inflamáronse de súbito los tenebrosos ojos del sacerdote.

—¿Te habrás atrevido, miserable?... exclamó asiendo con furor el brazo de Gringoire; ¿estás bastante abandonado de Dios para poner la mano en esa mujer?

—Por lo que me toca del paraiso, Sr., respondió Gringoire temblando como un azogado, os juro que no la he tocado al pelo; si es eso lo que os inquieta.

—¿Pues que estás hablando de marido y de mujer? dijo el eclesiástico.

Contóle entónces Gringoire lo mas sucintamente que pudo todo lo que ya sabe el lector; su aventura de la Córte de los Milagros y su casamiento del cántaro roto. Pero es el caso que aquel matrimonio no habia tenido aun resultado alguno, y que todas las noches le escamoteaba la gitana su noche de bodas como la primera vez: —Es un fastidio, dijo al acabar su relacion; —Pero eso consiste en que he tenido la desgracia de casarme con una vírgen.

—¿Qué quereis decir? preguntó el arcediano que se habia ido serenando por grados al oir aquellas palabras.

—Es algo difícil de esplicar, respondió el poeta: todo ello no pasa de ser una supersticion. Mi esposa es, segun me han dicho un viejarron muy asqueroso á quien nosotros llamamos el duque de Egipto, una criatura hallada ó perdida, lo que viene á ser lo mismo; —lleva en el cuello un amuleto que, segun me han asegurado, la hará un dia encontrar á sus padres, pero que perderia su virtud si la niña perdiese la suya; de donde resulta que uno y otro somos muy virtuosos.

—Luego, repuso Claudio, cuya frente se iba despejando poco á poco, ¿creeis maese Pedro que esa criatura no ha sido tocada por hombre alguno?

—¿Y que quereis, D. Claudio, que haga el homdre cuando hay de por medio una supersticion? Se la ha metido en la cabeza, y cierto que es cosa muy singular esa severa virtud que se conserva intacta en medio de aquellas hijas de Bohemia, tan fáciles de domesticar. Pero tiene para protegerse tres cosas; el duque de Egipto que la ha tomado bajo su salva-guardia, esperando sin duda venderla á algun abad ricacho y libertino; toda su tribu, que la profesa singular veneracion como á una Ntra. Sra.; y un cierto cuchillito muy mono que la picaruela lleva siempre metido no se donde, y que le sale á las manos apretándole la cintura. ¡Es una abispa terrible, vive Dios!

Acosó el arcediano con sus preguntas á Gringoire.

Era la Esmeralda, en el dictámen de Gringoire, una criatura inofensiva y primorosa; bonita, á excepcion de cierto mohin que le era peculiar; una muchacha inocente y apasionada, ignorante de todo y entusiasta de todo, que no sabia ni aun en sueños, la diferencia que existe entre un hombre y una mujer; natural y sencilla; aficionada ante todas las cosas, al baile, al ruido al aire libre; una especie de mujer-abeja, con alas invisibles en los piés y aclimatada en un perpétuo torbellino; seguramente debia esta naturaleza á la vida errante que habia pasado. Logró Gringoire averiguar que, siendo niña habia recorrido la España y la Cataluña hasta la Sicilia; creia tambien que habia sido llevada por la carabana de gitanos de que hacia parte, al reino de Argel, pais situado en Acaya, la cual Acaya linda por un lado con la Albania menor y la Grecia, y por el otro con el mar de las Dos Sicilias, que es el camino de Constantinopla. Los bohemios, decia Gringoire, eran vasallos del rey de Argel en su calidad de gefe de la nacion de los moros blancos: indudable, es que la Esmeralda habia llegado á Francia por la Hungria, siendo muy niña. De todos estos paises habia traido la mozuela gran copia de palabras chapurradas, cantares é ideas extranjeras, que hacian de su lenguage un cierto batiburrillo como el de su traje, medio parisiense, medio africano. La gente de los barrios que ella frecuentaba, la tenia mucho cariño por su alegria, por su hermosura, por su gentil donaire, por sus danzas y sus cantares. En toda la ciudad, no se creia aborrecida mas que por dos personas, de quienes siempre hablaba con terror; por la reclusa de la Torre-Roland, que no se por que aborrece de muerte á las gitanas y la echa una maldicion siempre que pasa por delante de su covacha; y por un sacerdote, que siempre que la encuentra la lanza miradas y palabras que la meten miedo. Mucho turbó esta última circunstancia al sacerdote, sin que hiciese alto Gringoire en aquella turbacion, tanto habia bastado el trascurso de dos meses para olvidar al filósofo poeta, los singulares detalles de aquella noche en que encontró á la gitana, y la presencia del arcediano en todo aquello. Pero esto no obstante, nada temia la hermosa bailarina; y como no decia la buena ventura, estaba á cubierto de aquellos procesos de mágia entablados tan frecuentemente contra las gitanas: ademas, Gringoire la servia de hermano, si bien no de marido; y es el caso que el digno poeta llevaba muy en paciencia aquella especie de matrimonio platónico, que le proporcionaba seguros pan y techo.

Salia todas las mañanas de la corte de los Milagros, casi siempre con la gitana; ayudábala á hacer en las plazas y sitios públicos su cosecha de ochavos y de blancas, volvia todas las noches con ella bajo el mismo techado, dejábala encerrarse con cerrojo en su tugurio, y se dormia con el sueño del justo; existencia muy dulce al fin y al cabo decia, y muy apta para la meditacion. Y luego, en el fondo de su conciencia, no estaba muy seguro el poeta de estar loco de amor por la gitana; casi tanto como á ella amaba á la cabrita, que era un animalito amable, listo, inteligente, una cabra erudita. Nada mas comun en la edad media que estos animales doctos que causaban grande asombro, y que solian llevar nada menos que á la hoguera á sus instructores; pero las brujerias de la cabrita de las patas doradas no pasaban de ser unas

Digitized by Google

inocentes travesurillas. Esplicóselas Gringoire al arcediano, á quien parecian interesar vivamente aquellos detalles: bastaba casi siempre presentar la pandereta á la cabrita, pero de un modo particular, para obtener de ella la momeria que se deseaba. Habiala enseñado así la gitana, que tenia para estas habilidades un talento tan especial, que no habia necesitado arriba de dos meses para enseñar á la cabra á escribir con letras sueltas la palabra *Febo*.

—¡Febo! —dijo el sacerdote; —¿y por que Febo?

—¿Que se yo? —respondió Gringoire; — puede que sea alguna palabra que cree dotada de alguna virtud mágica y secreta. Muchas veces le repite á media voz cuando se cree sola.

—¿Estais seguro, —repuso Claudio con su mirada penetrante, —de que eso es una palabra y no un nombre?

—¿Nombre de quien? —dijo el poeta.

—¿Que se yo? —dijo el sacerdote.

—He aquí lo que yo imagino, mi reverendo maestro. Esos gitanos tienen sus puntas de güebros y adoran al sol: de aquí, Febo.

—No me parece eso tan claro como á vos, maese Pedro.

—Al fin y al cabo, maldito lo que se me importa: repita su Febo cuanto le dé la gana. Lo que á seguro es que Djali me quiere ya casi tanto como á ella.

—¿Quien es Djali?

—La cabrita.

Apoyó el arcediano la barba sobre la mano y quedó meditabundo por un buen rato. De repente volvióse bruscamente hácia Gringoire.

—¿Con que me juras que no la has tocado?

—¿A quien? — dijo Gringoire, — ¿á la cabra?

—No, á esa mujer.

—¿A mi mujer? os juro que no.

—¿Estás á menudo solo con ella?

—Todas las noches, una hora.

Don Claudió frunció las cejas.

—¡Oh! ¡oh! *Solus cum sola non cojitabuntur orare Pater noster*.

— Por mi vida que pudiera rezar el Padre nuestro y el Ave Maria y el Credo en Dios Padre, sin que ella reparara en mí mas que una gallina en una iglesia.

—Júrame por el vientre de tu madre, — repitió el arcediano con energia, — que no has tocado á esa criatura ni con la punta de un dedo.

—Y aun por la cabeza de mi padre pudiera jurarlo, porque las dos cosas tienen mas de una relacion entre sí. Pero, reverendo maestro, permitidme que yo tambien os haga una pregunta.

—Hablad.

—¿Que os importa todo eso?

Encendióse el pálido rostro del arcediano como las megillas de una virgen: quedo un momento sin responder, y luego dijo con evidente embarazo.

—Escuchad, maese Pedro Gringoire: aun no estais condenado... al ménos que yo sepa. Me interesais y deseo vuestro bien; habeis de saber que el menor contacto con esa gitana del demonio, os haria vasallo de Satanas. Bien sabeis que siempre es el cuerpo el que pierde al alma. ¡Ay de ti si te llegas á esa mujer! Ya lo sabeis.

—Una vez lo intenté, — dijo Gringoire rascándose la oreja, — y fue el primer dia; pero me pinché...

—¿Habeis tenido esa desverguenza, maese Pedro?
—Y de nuevo se anubló la frente del sacerdote.

—Y luego otra vez, — continuó el poeta sonriendo, — miré por el agujero de la cerradura ántes de acostarme, ¡y vi la mas delicada hembra en camisa que hizo jamás rechinar las tarimas de una cama bajo su pié desnudo!

—¡Llévete el diablo! —exclamó el sacerdote con un acento terrible y dando un fuerte empellon al atónito Gringoire, internóse á pasos agigantados en lo mas oscuro de la catedral.

III.

LAS CAMPANAS.

Los vecinos de Ntra. Sra. habian creido advertir desde la mañana de la picota, que el entusiasmo campaneador de Quasimodo se habia entibiado sobremanera. Antes, todo se volvia repiqueteos, largas alboradas que duraban de primas á completas, toques á vuelo por una misa mayor, ricos diapasones en las campanas menores por una boda, por un bautismo, entretegiéndose en el aire como una bordadura de mil brillantes sonidos: la antigua iglesia, tan brillante y sonora estaba en una perpétua algazara de campanas: revelábase siempre en ella la presencia de un espíritu de bulla y de capricho que cantaba por todas aquellas bocas de cobre. Ahora parecia que aquel espíritu habia desaparecido: la catedral se mostraba adusta y silenciosa; las fiestas y los entierros tenian su campaneo sencillo, pobre y seco, lo que exigia el ritual y nada mas: del doble rumor que produce una iglesia, el órgano dentro, la campana fuera, no quedaba ya mas que el órgano: parecia que habia desaparecido el músico de los campanarios. Y sin embargo alli estaba Quasimodo! ¿Que le habia pasado? ¿Duraban todavia acaso en el fondo de su alma la vergüenza y la desesperacion de la picota? ¿acaso se repercutaban sin fin en su alma, los latigazos del atormentador, y la pena de tan crudo tratamiento lo habian extinguido todo en él, hasta su pasion por las campanas? ¿ó tal vez Maria tenia una rival en el corazon del campanero de Ntra. Sra., y la gran campana y sus catorce hermanas se veian abandonadas por algo mas bello y mas amable?

Sucedió que en el año de gracia 1482 cayó la Anunciacion en un martes 25 de marzo. Estaba aquel dia la atmósfera tan pura y tan leve que Quasimodo sintió renacer en su alma el amor á sus campanas. Subió pues á la torre septentrional, mientras abria el bedel de par en par las puertas de la iglesia, que eran á la sazon dos enormes cuarterones de madera forrada de cuero, recamados de clavos de hierro dorados y llenos de esculturas «muy artificialmente elaboradas.»

Cuando llegó á la alta estancia de las campanas, las consideró Quasimodo por un buen rato meneando la cabeza tristemente, como si se lamentára de que un cuerpo extraño se habia interpuesto en su corazon entre ellas y él. Pero luego que las hubo echado á vuelo;

Digitized by Google

cuando sintió aquel manojo de campanas moverse bajo sus manos; cuando vió, porque no la oia, subir y bajar la octava palpitante sobre aquella escala sonora como un pájaro que revolotea de rama en rama; cuando el diablo-Músico, verdadero demonio que bambolea un manojo de *estrettas*, *trinos* y arpejios, se hubo apoderado del pobre sordo, entónces volvió este á ser feliz, lo olvidó todo y el júbilo de su corazon se trasmitió á su rostro.

Iba y venia de una parte á otra, dando palmadas de alegría, corriendo de cuerda á cuerda, animando á los seis cantores con la voz y con el gesto como un director de orquesta que estimula á excelentes músicos.

—Vuela, — decia, — vuela, Gabriela, y derrama todo tu estruendo en la plaza hoy que es fiesta.—Animo Thibauld, y fuera pereza que te quedas atras: ea, ea — ¿te has enmohecido haragana? — Eso es, ¡aprisa, aprisa! que no se vea el badajo. — Vuélvelos á todos sordos como á mí. — Bien, Thibauld, bien; — ¡bravo, bravo! ¡Guillermo! ¡Guillermo! tú eres el mayor, y Pasquier es el menor, y Pasquier va mas aprisa que tú. — Apuesto á que los que oyen le oyen á él mejor que á ti. — ¡Bien, Gabriela, bien, fuerte! ! mas fuerte! — ¡Ola! ¿que haceis vosotros allí, Gorriones? no os veo meter el mas pequeño ruido. — ¿Que quieren decir esos picos de cobre que parece que bostezan cuando debieran cantar? — ¡Ea, ea, á trabajar! hoy es la Anunciacion: — hace un hermoso dia, y es preciso que haya un buen repiqueteo.—¡Pobre Guillermo! ¡ya estas todo cansado, barrigon!

Estaba ocupado esclusivamente en aguijonear sus seis esquilones que revoloteaban á cual mejor, y sacudian sus lustrosas grupas como un excelente tiro de mulas castellanas azuzadas de contínuo por los apóstrofes del zagal.

En esto, dejando caer su mirada por entre las anchas escamas de pizarra que cubren hasta una cierta altura la pared perpendicular del campanario, vió en la plaza una muchacha extrañamente ataviada que se detenia, desplegaba en el suelo un tapiz sobre el cual fue á sentarse una cabrita, y un grupo de espectadores que se formaba en círculo alrededor. Aquel espectáculo cambió de súbito el órden de sus ideas, y cuajó su entusiasmo musical como cuaja una bocanada de aire la resina en fusion: paróse, volvió la espalda á las campanas, y se acurrucó detras del alero de pizarra, fijando en la bailarina aquella mirada meditabunda, tierna y melancólica que ya en otra ocasion habia sorprendido al arcediano. Entónces las campanas olvidadas se apagaron bruscamente todas juntas á la par, con gran disgusto de los aficionados á repiqueteos, que de buena fe escuchaban aquella música aérea desde encima del Puente-au-Change, y que se fueron entónces estupefactos como un perro á quien despues de haberle enseñado un hueso le dan un guijarro.

IV.

'AN'ATKH.

SUCEDIÓ que era una hermosa mañana de aquel mismo mes de marzo, el sábado 29, si no me engaño dia de S. Eustaquio, advirtió al vestirse nuestro amiguito el estudiante Juan Frollo del Molino que sus calzas que contenian su bolsa, no dejaban percibir sonido alguno metálico. — ¡Pobre bolsa! — exclamó sacándola de la faltriquera; — ¿y que? ¡ni siquiera el mas mínimo parisie! ¡Oh, y como los dados, los jarros, la cerbeza y Vénus te han destripado desapiadadamente! ¡oh, y cuanto estás ahora flaca, floja y arrugada! ¡oh, y cual te pareces á la garganta de una fúria! Yo os demando, Sres. Ciceron y Séneca, cuyos rugosos ejemplares yacen esparramados por el suelo, que me vale saber mejor que un general de las monedas ó un judio del Puente-aux-Changeurs, que un escudo de oro con corona vale treinta y cinco oncenos de á veinte y cinco sueldos, ocho dineros parisies cada uno, y que un escudo con la media luna vale treinta y seis oncenos de á veinte y seis sueldos, y seis dineros torneses por pieza, si no tengo un miserable maravedí negro que arriesgar á los dados! ¡oh, consul Ciceron! ¡no es calamidad esta de que puede salir un hombre con perifrasis, con *quemadmodum* y *verumnimvero*!!

Vistióse tristemente. Ocurrióle una idea mientras estaba atacándose los botines, pero al momento la desechó; volvió ella sin embargo á la carga, y el estudiante se puso el chaleco al reves, señal evidente de un violento combate interior. En fin, tiró al suelo con ímpetu su gorra, exclamando: — ¡Tanto peor! ¡Salga por donde saliere! me voy á ver á mi hermano: ¡cogere un sermon, pero tambien cogeré un escudo!

Se entró su casaca de mangas entreteladas, encasquetóse su gorra y salió como hombre desesperado.

Bajó la calle de la Harpe hácia la Ciudad, al pasar delante de la calle de la Huchette, el olor de aquellos admirables asadores que giraban continuamente en ella á la lumbre, vino á regalar su olfato y no pudo ménos el jóven de echar una mirada de amor á la ciclópea pasteleria, que arrancó en cierta ocasion al franciscano Calatagirone esta patética exclamacion: ¡*Veramen e, queste rotisserie sono cosa stupenda*! Pero Juan no tenia para almorzar, y se internó lanzando un profundo suspiro por la puerta del pequeño Chatelet, aquel enorme manojo de macizas torres que defendian la entrada de la Ciudad.

Ni siquiera se tomó el trabajo de tirar una pedrada al pasar, como era uso y costumbre, á la miserable estátua de aquel Perinet Leclerc que entregó á los ingleses el Paris de Cárlos VI, crímen que durante tres siglos espió su efigie magullada á pedradas y cubierta de lodo, en la esquina de las calles de la Harpe y de Bussy, como en una eterna picota.

Despues de haber atravesado el pequeño Puente y la calle nueva de Sta. Genoveva, hallóse Juan de Molendino en frente de Ntra. Sra. Apoderóse de él entónces su pasada indecision, y se paseó por algunos instantes alrededor de la estátua de Mr. Legris, repitiendo con agonia: — ¡El sermon es seguro, el escudo es dudoso!

Salió á la sazon un bedel del claustro. — ¿Donde está el señor arcediano de Jósas? — le preguntó.

— Creo que está en su escondrijo de la torre, — dijo el bedel; — y no os aconsejo que vayais á interrumpirle, á ménos que vengais de parte de alguna persona de cuenta como el papa ó el señor rey.

Dió Juan una palmada. — ¡Diablo! — exclamó, — ¡cátate una magnífica ocasion de ver la famosa covacha de las brujerias!

Determinado por esta reflexion, entró valerosamente por la puertecilla negra, y empezó á subir la rosca llamada de S. Gil que conduce á los pisos superiores de la torre. — ¡Ahora lo veré! — decia andando — ¡Por las cabriolas de la Sta. Vírgen que debe ser cosa curiosa la celdilla que mi reverendo hermano oculta como su pudendum! ¡Se dice que enciende en ella las cocinas del infierno, que está cociendo á fuego vivo la piedra filosofal! ¡Cuerpo de Dios! ¡así me curo yo de la piedra filosofal como de un guijarro, y mas quisiera hallarme sobre su horno una tortilla con magras que la mayor piedra filosofal del mundo!

Luego que llegó á la galeria de las columnillas, respiró un buen rato, y empezó á echar pestes contra la interminable escalera enviándola á que sé yo cuantos millares de carretadas de demonios; y luego prosiguió su ascension por la estrecha puerta de la torre septentrional, actualmente cerrada al público. Ademas de haber dejado atras la estancia aérea de las campanas, halló una pequeña meseta abierta en una

Digitized by Google

hendidura lateral, y debajo de la bóveda una pequeña puerta ogiva cuya enorme cerradura y robusta armazon de hierro, pudo observar á la luz de una tronera abierta frente por frente en la pared circular de la escalera. Las personas que tuviesen curiosidad de visitar hoy aquella puerta, podrán reconocerla por esta inscripcion grabada en letras blancas sobre la pared negra : ADORO Á CORALIA. 1823, FIRMADO, EUGENIO. — *Firmado* está en el texto.

— ¡ Uf! — dijo el estudiante, — ¡ aquí debe ser! — La llave estaba en la cerradura y la puerta entornada; empujóla con mucho tiento, y asomó por ella la cabeza.

El lector no habrá olvidado las admirables estampas de Rembrart, el Shakespeare de la pintura. Entre tantos maravillosos grabados, hay uno en particular al agua fuerte que representa, segun la opinion general, el doctor Fausto, y que es imposible contemplar sin terror. Es una celda sombría; en medio está una mesa cubierta de objetos hediondos; calaveras, esferas, alambiques, compases, pergaminos geroglíficos. Delante de esta mesa está el doctor, cubierto con su grosera sopalanda y con su gorro de pieles metido hasta las cejas. No se le vé mas que hasta la mitad del cuerpo; está medio levantado de su inmensa poltrona : sus puños crispados se apoyan sobre la mesa y está considerando, con curiosidad y terror, un gran círculo luminoso, formado de letras mágicas que brilla sobre la pared del fondo como el expectro solar en la cámara oscura. Aquel sol cabalístico parece que tiembla á la vista y llena la triste celda con su misterioso esplendor : es horrible y bello.

Una cosa muy semejante á la celda de Fausto se presentó á la vista de Juan, cuando metió la cabeza por la rendija de la puerta entreabierta. Vió un recinto sombrío y apénas iluminado; vió tambien una ancha poltrona y una gran mesa, compases, alambiques, esqueletos de animales pendientes del techo, una esfera rodando por el suelo, hipocéfalos revueltos con almireces donde brillaban pequeñas láminas de oro, cabezas de muertos sobre vitelas pintorreadas con figuritas y caractéres, largos manuscritos abiertos de par en par, sin compasion á los frágiles ángulos del pergamino; en fin, todas las inmundicias de la ciencia, y por do quiera, sobre aquellos mamometros polvo y telarañas; pero no habia círculos de letras luminosas, ni doctor en éxtasis comtemplando la esplendente vision como el águila mira al sol.

La celda, sin embargo, no estaba desierta; un hombre encorvado sobre la mesa ocupaba el sillon. Juan, hácia quien estaba vuelto de espaldas, no podia ver mas que sus hombros y la parte posterior de su cráneo; pero fácilmente reconoció aquella cabeza calva, en que habia hecho naturaleza una eterna tonsura, como si hubiera querido revelar por aquel símbolo exterior, la irresistible vocacion clerical del arcediano.

Juan reconoció pues, á su hermano; pero habíase abierto la puerta con tanto pulso, que no oyó Claudio su llegada, de lo cual se aprovechó el curioso estudiante para examinar por algunos momentos la celda muy á su sabor. Un ancho horno en que no habia reparado á primera vista, estaba á la izquierda del sillon, debajo de la ventanilla. El rayo de luz que penetraba por aquella abertura atravesaba una redonda telaraña que inscribia con primor su delicado tegido en la ogiva de la ventanilla, y en cuyo centro estaba el insecto tejedor inmóvil como el cubo de aquella rueda de encaje. Acumulados estaban en desórden sobre el horno, toda especie de vasos, redomas de barro, retortas de vidrio, matraces de carbon; Juan observó, suspirando, que no habia un solo cazo. — ¡ Famosa batería de cocina! dijo para su capote.

Pero ademas, no habia fuego en el horno, y parecia que no se habia encendido hacia mucho tiempo. Una careta de vidrio que advirtió Juan entre los utensilios de alquimia, y que servia sin duda para preservar el rostro del arcediano cuando elaboraba alguna sustancia terrible, estaba en un rincon cubierta de polvo y como olvidada. Yacia á su lado un fuelle no ménos empolvado, y en cuya hoja superior se veia esta leyenda, incrustada en letras de cobre: SPIRA, SPERA.

Otras leyendas se veian escritas, segun la práctica de los herméticos, en gran número sobre las paredes; unas señaladas con tinta, otras grabadas con una punta de metal, letras góticas, hebreas, griegas, romanas, todas revueltas entre sí; por todas partes esparramadas las inscripciones, unas sobre otras, las mas recientes cubriendo á las mas antiguas y enredándose todas unas en otras como las ramas de un matorral, como las picas en una escaramuza; era aquello en efecto un confuso baturrillo de todas las filosofías, de todos los sueños, de todas las sabidurías humanas. Veíase de cuando en cuando alguna que brillaba sobre las demas como un estandarte entre las puntas de las lanzas, estas eran, por lo comun, una breve divisa griega ó latina, como sabia formularlas tan bien la edad media : ¿ *Unde*? ¿ *inde*? — *Homo homini monstrum.* — *Astra, castra, nomen, numen.* — Μέγα βιβλον, μεγα κακον. — *Sapere aude.* — *Flat ubi vult.* — etc.; á veces una palabra desnuda al parecer de todo sentido aparente : — Αναγκοφαγία; lo que encerraba tal vez alguna amarga alusion al régimen del claustro; á veces, en fin, una simple máxima de disciplina clerical formulada en un exámetro reglamental: *Celestem dominum, terrestrem dicito domnum.* Habia tambien *passim* algunas divisas hebreas de que Juan, ya muy poco erudito en el griego, no entendia palabra: y en medio de todo veíanse á cada momento estrellas, figuras de hombres y de animales, y triángulos que se intersecaban, lo que contribuia no poco á hacer que se asemejase la emborronada pared de la celda á una hoja de papel, sobre la cual hubiera paseado un mono una pluma cargada de tinta.

El conjunto de la celda presentaba ademas un aspecto de ruina y abandono; y el triste estado de los utensilios dejaba suponer, que hacia ya mucho tiempo distraian de sus trabajos al dueño otros cuidados.

Aquel dueño entre tanto, inclinada la cabeza sobre un inmenso manuscrito ornado de extrañas pinturas, parecia preocupado con una idea que se mezclaba de continuo á sus meditaciones; tal creyó al ménos Juan al oirle exclamar, con las intermitencias pensativas de un delirante que sueña en alta voz :

— ¡ Si, Manou lo dice, y Zoroastres lo enseña! ¡el sol nace del fuego; la luna del sol; el fuego es el alma del gran todo; sus átomos elementales se extienden y gotean sin cesar sobre el mundo en corrientes infinitas! En los puntos en que se cortan estas corrientes en el cielo producen la luz; en los puntos de su intersecion en la tierra producen el oro. — ¡ La luz; el oro! todo es lo mismo! — El oro no es mas que fuego en el estado concreto. — La diferencia de lo visible á lo palpable, de lo fluido á lo sólido en la misma sustancia, del vapor de agua al hielo y nada mas. — Estos no son delirios. — esta es la ley general de la naturaleza. — ¿ Pero que hacer para arrancar á la ciencia el secreto de esta ley general? ¡ Y que! ¡ esa luz que inunda mi mano, es oro! ¡ esos mismos átomos dilatados conforme á cierta ley, bastaria compensarlos conforme á otra cierta ley, para convertirlos en oro! — ¿ Que he de hacer? — Algunos han tenido la idea de sepultar un rayo del sol. Averroes, si, Averroes fue; Averroes enterró uno debajo del primer pilar á la izquierda del santuario del Alcoran, en la gran mezquita de Córdoba, pero no

Digitized by Google

se podrá socavar el suelo para ver si ha salido bien la operacion, hásta de aquí á ocho mil años.

—¡Cáspita, dijo Juan para sí, no es poco esperar un escudo!

—.... Otros han creido, prosiguió el caviloso arcediano, que seria mejor hacer la operacion sobre un rayo de Sirio; pero no es fácil obtenerle puro á causa de la presencia simultánea de otras estrellas que mezclan sus rayos con los de él. Flamel opina que lo mas sencillo es trabajar sobre el fuego terrestre. —¡Flamel! ¡oh nombre de predestinado! ¡*Flamma*!—Si, el fuego.—Aquí esta el secreto. — El diamante está en el carbon, el oro está en el fuego. — ¿Pero como extraerle?—Magistri asegura que hay ciertos nombres de mujer de un encanto tan dulce y tan misterioso, que basta pronunciarlos durante la operacion...—Leamos lo que dice Manou: «Donde »las mujeres son atendidas, las divinidades estan con»tentas; donde son despreciadas, es inútil rezar.— »La boca de una mujer es siempre pura, es un agua »corriente, es un rayo del sol,—El nombre de una «mujer debe de ser agradable, dulce, imaginario; »acabar con vocales largas y parecerse á palabras de »bendicion!....» Sí, el sábio tiene razon: en efecto la Maria, la Sofia, la Esmeral...,—¡Maldicion! siempre este pensamiento.

Y cerró el libro con violencia.

Pasóse la mano por la frente, como para ahuyentar la idea que le perseguia; luego cogió sobre la mesa un clavo y un martillito en cuyo mango se veian primorosamente pintadas algunas letras cabalísticas.

—De algun tiempo á esta parte, dijo con amarga sonrisa, me salen mal todos mis experimentos; la idea fija se ha apoderado de mí y consume mí cerebro como una manga de fuego; ni siquiera he podido dar con el secreto de Cassiodoro cuya lámpara ardia sin mecha y sin aceite.—¡Cosa fácil, sin embargo.

¡Sopla! dijo Juan para sus botones.

—...—¡Con que basta, continuó el sacerdote, un solo miserable pensamiento para hacer á un hombre débil y loco! ¡Oh! ¡y como se reiria de mí Claudia Pernelle, aquella mujer que no pudo apartar un punto á Nicolás Flamel de la investigacion de la grande obra! ¡Y que! ¡tengo en mi mano el martillo mágico de Zequielé! á cada golpe que el formidable rabino, desde el fondo de su zaquizami daba sobre este clavo con este martillo, aquel de sus enemigos, á quien el nombraba, aunque estuviera á dos mil leguas, se hundia media vara en la tierra que le devoraba; al mismo rey de Francia, por haber una noche tropezado inconsideradamente en la puerta del Taumaturgo, entró en su pavimento de Paris hasta las rodillas. —Es cosa que sucedió aun no hace tres siglos.—Y sin embargo, yo tengo el martillo y el clavo, y no son en mis manos, herramientas mas formidables que un escoplo en manos de un tallador.—Y eso que todo se reduce á dar con la palabra mágica que pronunciaba Zequielé martillando su clavo.

—¡Bagatela! dijo Juan mentalmente.

—Veamos, ensayemos, repuso súbitamente el arcediano: si lo logro, veré brotar la chispa azul de la cabeza del clavo.—¡Emen-Hetan! ¡Emen-Hetan!— No es esto.—¡Sigeani! ¡Sigeani!—Abra este clavo la tumba á quien quiera que se llame Febo.....— ¡Maldicion! ¡siempre eternamente la misma idea!

Y arrojó colérico el martillo; luego se hundió tan profundamente en su poltrona y sobre la mesa, que Juan le perdió de vista detras del enorme respaldo; durante algunos minutos, no vió mas que su puño convulsivo crispado sobre los pergaminos. De pronto levantóse don Claudio, cogió un compás, y grabó sin decir palabra sobre la pared en letras mayúsculas esta palabra griega:

'AN'AI'KH.

—Mi hermano ha perdido la chaveta, dijo Juan para sí; mas sencillo hubiera sido escribir: *Fatum*: no todos tienen obligacion de saber el griego.

Volvió el arcediano á sentarse en su poltrona, y apoyó la cabeza sobre sus manos como un enfermo cuya frente abrasada pesa como un plomo.

El estudiante observaba con mucha sorpresa á su hermano. Ignoraba él alegre muchacho, acostumbrado como suele decirse á llevar el corazon en la mano, á no observar otra ley en el mundo mas que la ley lisa y llana de la naturaleza, á dejar correr sus pasiones por sus declives naturales, y en cuya alma siempre estaba seco el lago de las grandes pasiones, tantas y tan anchas atargeas abria en él todos los dias, ignoraba, decimos, con cuanta furia hierve y fermenta el mar de las pasiones humanas, cuando se le cierra toda salida; como se amontona, se hincha y revienta; como corroe el corazon, como estalla en sollozos interiores y sordas convulsiones, hasta que rompe sus diques y deshace su fondo. La austera y glacial corteza de Claudio, aquella fria superficie de virtud escarpada é inaccesible, siempre habia engañado á Juan: el festivo estudiante nunca habia pensado cuanta lava ardiente, furiosa y profunda, hierve bajo la nevada frente del Etna.

No sabemos si se dió cuenta á sí mismo el estudiante en aquel punto de todas estas ideas; pero calavera como era, bien conoció que habia visto lo que no debia ver, que acababa de sorprender el alma de su hermano mayor en uno de sus mas íntimos secretos, y que era menester que Claudio no lo supiera jamás. Viendo pues que el arcediano habia vuelto á caer en su primera inmovilidad, retiró con mucho tiento la cabeza y metió algun ruido de pasos detras de la puerta como persona que llega y advierte que se va acercando.

—¡Adelante! gritó el arcediano desde el interior de su celda; os esperaba y dejé exprofeso la llave en la puerta. Adelante, maese Jaime.

—Entró impávido el estudiante; el arcediano á quien no daba mucho gusto semejante visita y en semejante sitio, se estremeció en su sillon.—¡Como! ¿sois vos, Juan?

—Siempre es una J, dijo el estudiante con su cara de púrpura, descarada y jovial.

Volvió el rostro don Claudio á su expresion severa. —¿Que quereis?

—Hermano mio, respondió el estudiante, procurando tomar una actitud decente, sentimental y modesta, y dando vueltas á su gorra entre las manos con aire de inocencia, venia á pediros...

—¿Que?

—Un poco de moral de que tengo gran necesidad. Juan no se atrevió á añadir en alta voz; y un poco de pecunia de que tengo aun mayor necesidad todavia. Este último miembro de la frase quedó inédito,

—Señorito, dijo el arcediano con frialdad, me teneis muy disgustado.

—¡Ah! suspiró el estudiante.

Describió D. Claudio con su sillon un cuarto de círculo y miró á Juan de hito en hito.—Mucho me alegro de veros por acá.

Exordio terrible que hizo á Juan prepararse á un choque violento.

—Juan, todos los dias me traen quejas de vos. ¿Que calaverada es esa en que habeis molido á palos á un cierto vizconde Alberto de Ramonchamp?...

—¡Vaya una gran cosa! un titere de pagecillo que se divertia en salpicar á los estudiantes haciendo galopar su caballo por el lodo.

—¿Quien es, repuso el arcediano un tal Maiet Fargel á quien habeis desgarrado la sotána, *Tunicam desg.rraverut*, como dice la queja?

—Ah, ¡bah! ¡una miserable caperuza de Montegu!

Digitized by Google

—La queja dice *tunicam* y no *cappettam*. ¿Sabeis latin?

Juan no respondió.

—Si, prosiguió el sacerdote meneando la cabeza; ¡hé aquí el estado de los estudios y de las letras en el dia! La lengua latina apenas se entiende, la siriaca no se conoce, y la griega es á tal punto odiosa que no es prueba de ignorancia en los mas doctos saltar por cima de una palabra griega sin leerla y decir: *græcum est, non legitur*.

Alzó los ojos intrépido el estudiante.—¿Quereis, hermano mio que os esplique en buen frances esa palabra griega que está escrita sobre la pared?

—¿Que palabra?

—'ΑΝ'ΑΓΚΗ.

Extendióse un ligero carmin por las redondas megillas del arcediano, como la bocanada del humo que revela las secretas conmociones del volcan. Apenas lo notó el estudiante.

—Vamos, Juan, dijo en voz balbuciente el hermano mayor, ¿que quiere decir esa palabra?

—FATALIDAD.

Palideció D. Claudio, y el estudiante prosiguió con su habitual desenfado. Y aquella otra palabra que está debajo grabada por la misma mano Αναγνεία, significa *impureza*. Ya veis que no falta quien entienda el griego.

El arcediano continuaba en su silencio: aquella leccion de griego le habia dejado pensativo; y el travieso Juan, que tenia todas las picardigüelas de un niño mimado, juzgó aquel momento favorable para aventurar su solicitud. Tomó pues una voz sumamente dulce, y comenzó.

—Hermano mio, ¿me has de guardar rencor hasta el punto de ponerme mala cara por algunos tristes latigazos y trompicones, distribuidos en buena guerra á no se que mozalvetes y chuchumecos *quibusdam chuchumequis*?—Ya ves hermano Claudio, que sé el latin.

Pero toda aquella zalamera hipocresía no produjo sobre el severo hermano su efecto acostumbrado: Cervero no mordió la torta de miel. La frente del arcediano no perdió un solo pliegue.—¿A donde vais á parar? dijo con tono seco.

—¡Pues señor, vamos al grano! en una palabra, se trata, dijo Juan de que necesito dinero.

A esta descarada declaracion, tomó enteramente la fisonomia del arcediano una expresion pedagójica y paternal.

—Ya sabes, Juan, que nuestro feudo de Tirechappe no renta, inclusos el censo y los réditos de las veintiuna casas, mas que treinta y nueve libras, once sueldos y seis dineros parisies; una mitad mas que en tiempo de los hermanos Paclet, pero en fin no es mucho.

—Necesito dinero, dijo Juan, estoicamente.

—Sabes que el Provisor ha decidido que nuestras veintiuna casas son pertenencia feudal del obispado, y que no podríamos rescatar este homenage sino pagando al reverendo obispo dos marcos de plata dorada del valor de seis libras parisies; pero es el caso que no he podido reunir estos dos marcos. Bien lo sabes.

—Sé que necesito dinero, repitió Juan, por tercera vez.

—¿Y para que lo quereis?

Esta pregunta hizo brillar un rayo de esperanza á los ojos de Juan, por lo que volvió á su monita melosa.

—La verdad, querido Claudio, no me dirigia á vos con malos propósitos: no se trata de echarla de guapo en las tabernas con vuestro dinero, ni de correr las calles de Paris en caparazon de brocado con mi lacayó, *cum meo lacayo*. No, hermano mio, lo pido para hacer una obra de caridad.

—¿Qué obra de caridad? preguntó Claudio algo asombrado.

—Hay dos amigos que quisieran comprar una envoltura al niño de una pobre viuda de la Capilla de Esteban Haudry; es una obra de caridad: la envoltura costará tres florines, y yo tambien quiero poner el mio.

—¿Cómo se llaman esos dos amigos?

—Pedro el Apaleador y Bautista Mata-Siete.

—¡Hum! dijo el arcediano; nombres son esos que asientan á una obra de caridad, como una bombarda á un altar mayor.

Es seguro que Juan habia elegido muy mal los nombres de sus amigos; pero cuando lo conoció, ya era tarde.

—Y ademas, prosiguió el discreto Claudio, ¿que envoltura es esa que debe costar tres florines, y para el niño de una pobre á mayor abundamiento? ¿De cuando acá tienen las viudas haudrietas niños de pecho?

Por tercera vez rompió Juan la valla.—¡Pues bien, si! ¡necesito dinero para ir á ver esta noche á Isabel la Thierrye en el Valle del Amor!

—¡Miserable impuro! exclamó el arcediano.

—Αναγνεία dijo Juan.

Esta cita que sacaba el estudiante, acaso con malicia, de una de las paredes de la celda, produjo en el sacerdote un efecto singular: mordióse los lábios, y su cólera se apagó en la confusion.

—Vete, dijo entónces á Juan; espero á un sujeto.

—Probó aun el estudiante un esfuerzo mas.—Hermano Claudio, dadme siquiera un triste parisie para comer.

—¿En que te andas de las decretales de Graciano? le preguntó Claudio.

—Se me han perdido los cuadernos.

—¿En que te andas de humanidades latinas?

—Me han robado mi ejemplar de Horacio.

—¿En que te andas de Aristóteles?

—A fe mia, hermano, que no me acuerdo ya cual es aquel padre de la iglesia que dice que en todos tiempos han tenido por guarida los errores de los hereges los matorrales de la metafísica de Aristóteles. —¡Nada de Aristóteles! no quiero desgarrar mi religion en su metafísica.

—Jóven, repuso el arcediano, habia en la entrada del rey un gentil-hombre llamado Felipe de Comines, que llevaba bordada en la mantilla de su caballo su divisa, que os aconsejo mediteis bien: *Qui non laborat non manducat*.

Quedó un momento el estudiante sin hablar palabra, el dedo en la oreja, los ojos clavados en el suelo y con aire enojado; de pronto volvióse hácia Claudio con la viva ligereza de una cervatilla.

—Segun eso, hermano, me rehusais un triste sueldo parisie para comprar un mendrugo, en casa de un panadero?

—*Qui non laborat, non manducat.*

A esta respuesta del inflexible arcediano, tapóse Juan el rostro con ambas manos, como una mujer que solloza, y exclamó con acento de desesperacion:—¡O τοτοτοτοτοῖ!

—¿Que quiere decir eso, señorito? preguntó Claudio sorprendido de aquella salida.

—¡Pues y qué! dijo el estudiante, fijando en Claudio sus ojos descarados en que se habia metido los puños para ponerlos encendidos, como si acabára de llorar, hablo en griego; esto es un anapesto de Esquilo que expresa perfectamente el dolor.

Y entonces soltó una carcajada tan estrepitosa y alegre que hizo sonreir al arcediano. Claudio se tenia la culpa en efecto; ¿por qué habia mimado tanto á aquel muchacho?

—¡Oh! hermano mio, querido Claudio, repuso Juan alentado por aquella sonrisa, mirad mis borce

Digitized by Google

gules agugereados.—¿Donde hay coturno mas trágico que unos botines cuyas suelas sacan la lengua?

Pronto volvió el arcediano á su serenidad primera. —Te enviaré botines nuevos, pero dinero no.

—Un triste sueldo parisie, hermano, prosiguió suplicante Juan, y aprenderé á Graciano de memoria, y creeré en Dios y seré un verdadero Pitágoras de ciencia y de virtud.—¡Pero siquiera un parisie por amor del cielo! Quieres que me muerda el hambre con sus fauces que estan ahí, abiertas, delante de mí, mas negras, mas pestíferas, mas profundas que un tártaro ó que la nariz de un fraile?

Meneó D. Claudio su rugosa cabeza: —*Qui non laborat...*

Juan no le dejó acabar.

—Pues señor, exclamó, ¡al diablo con todo! ¡viva la gresca! Me entabernaré, me pelearé, romperé los jarros, y me iré á mozas.

Y esto diciendo, tiró al techo su gorra é hizo sonar sus dedos como castañuelas.

Miróle el arcediano con ojos sombríos.

—Juan, tú no tienes alma.

—En ese caso, segun Epicuro, me falta un no sé que, compuesto de no sé que cosa que no tiene nombre.

—Juan, es menester pensar seriamente en corregiros.

—Ola, ola, dijo el estudiante pasando la vista de su hermano á los alambiques del horno, parece que aquí todo es cornudo, las ideas y las botellas!

—Juan, estás sobre un terreno muy resvaladizo. ¿Sabes á donde vas?

—A la taberna, dijo Juan.

—La taberna conduce á la picota.

—Que es una linterna como otra cualquiera; puede que con esa hubiera hallado Diógenes el hombre que buscaba.

—La picota lleva á la horca.

—La horca es una balanza que tiene un hombre á un extremo y á toda la tierra en el otro. Es cosa dulce ser el hombre.

—La horca conduce al infierno.

—Donde hay mucho fuego..

—Juan, Juan, el fin será malo.

—El principio habrá sido bueno.

Oyóse entonces en la escalera un ruido de pasos.

—¡Silencio! dijo el arcediano poniéndose un dedo sobre los lábios, aquí viene maese Jaime. Escucha Juan, añadió en voz baja; guárdate muy bien de hablar jamás de lo que has visto y oido aquí. Escóndete debajo de ese horno, y no chistes siquiera.

Acurrucóse el estudiante debajo del horno donde le ocurrió una idea luminosa.

—Ahora que me acuerdo, Claudio, un florin porque no chiste.

—¡Silencio! te lo prometo.

—Venga en el acto.

—¡Toma! dijo el arcediano tirándole con fuerza su bolsa. De nuevo se metió Juan en el horno, y abrióse la puerta.

V.

LOS DOS HOMBRES VESTIDOS DE NEGRO.

Vestia el recien entrado un ropon negro y tenia un aspecto sombrío; pero lo que mas chocó á primera vista á nuestro amigo Juan (que como ya sospechará el lector, se habia acomodado en su rincon de modo que todo podia verlo y oirlo á su sabor) fue la suma tristeza del trage y aun del rostro de aquel personage. Habia no obstante cierta dulzura sobre aquel semblante; pero una dulzura de gato ó de juez, una dulzura acaramelada. Tenia el cabello gris, la cara rugosa, y debia frisar en los sesenta años; siempre estaba guiñando los ojos, tenia las cejas blancas, los lábios pendientes y las manos muy grandes. Cuando vió Juan que no era mas que aquello, es decir, un médico ó un magistrado, y que aquel hombre tenia mucha distancia entre la nariz y la boca, señal de tontuna, acurrucóse en su agugero, desesperado de tener que pasar un tiempo indefinido en tan molesta postura y en tan mala compañía.

El arcediano ni siquiera se habia levantado para saludar á aquel personage; hízole señal de que se sentara en un banquillo inmediato á la puerta, y al cabo de algunos momentos de un silencio que parecia continuar una meditacion anterior, díjole con cierto tono de proteccion: —Buenos dias, maese Jaime.

—Salve, Sr. maestro, respondió el hombre negro.

Habia en los dos acentos con que fueron pronunciados aquel maese Jaime por una parte, y por la otra aquel Sr. maestro por excelencia, la diferencia del *monseñor* al *señor*, del *domine* al *domne*. Eran aquellos dos hombres evidentemente el doctor y el discípulo.

—Y en fin, repuso el arcediano despues de un nuevo silencio que maese Jaime se guardó muy bien de romper, ¿conseguis algo?

—¡Ah! caro maestro, dijo el otro con triste sonrisa, soplo, y soplo pero nada; ceniza cuanta quiero, mas ni siquiera una chispa de oro.

Hizo D. Claudio un gesto de impaciencia. —No os hablo de eso, maese Jaime Charmolue, sino del proceso de nuestro mágico... ¿No se llama Marco Cenaine? ¿el sumiller del tribunal de cuentas? ¿confiesa su mágia? ¿Ha servido de algo el tormento?

—No por desgracia, respondió maese Jaime con su eterna y triste sonrisa, no tenemos ese consuelo. Ese hombre es un guijarro; ántes le quemaremos vivo en el Mercado de los Lechones, que declare él ni una palabra. Sin embargo, no descuidamos medio alguno para obtener la verdad; ya está todo dislocado; hemos recurrido para él á todas las yerbas de S. Juan, como dice el antiguo cómico Plauto:

Adversum stimulos, laminas, crucesque, compedesque,
Nervos, cadenas, carceres, numellas, pedicas, boias,

Todo es inútil—y no se ya que hacer.

—¿No habeis hallado nada nuevo en su casa?

—Si tal, dijo maese Jaime metiendo la mano en su escarcela; hemos hallado este pergamino, en que hay algunas palabras que no entendemos: y eso que el Sr. abogado criminal, Felipe Lheulier, sabe algo de hebreo que aprendió cuando la causa de los judíos de la calle Kantersteen, en Bruselas.

Esto diciendo, desarrolló maese Jaime un pergamino.—Venga, dijo el arcediano, y recorriéndole con la vista: —¡Pura mágia, maese Jaime! exclamó ¡*Emen-Hetan*! este es el grito de los vampiros cuando llegan al *sábado*. ¡*Per ipsum, et cum ipso, et in ipso*! es el conjuro que aprisiona al diablo en el infierno. ¡*Hax, pax, max*! esto es cosa de medicina; una fórmula contra las mordeduras de los perros rabiosos. ¡Maese Jaime! sois procurador del rey en el tribunal eclesiástico; este pergamino es abominable.

—Volveremos á darle tormento; esto tambien, añadió maese Jaime metiendo de nuevo la mano en su faltriquera, nos hemos hallado en casa de Marco Cenaine.

Era una vasija prima hermana de las que cubrian el horno de D. Claudio.—¡Ah! ¡dijo el arcediano, un crisol de alquimia!

—He de confesaros, repuso maese Jaime con una sonrisa torcida y tímida, que le he probado en el horno, y que me ha sido tan inútil como el mio.

Púsose el arcediano á examinar el vaso.—¿Que es lo que hay grabado sobre este crisol? ¡*Och*! ¡*Och*! ¡la palabra que ahuyenta á las pulgas! habráse visto hombre mas ignorante que el tal Marco Cenaine! ¡Ya lo creo que no hareis oro con este crisol, útil todo lo mas para que le pongais en vuestra alcoba en verano!

—Pues ya que hablamos de errores, dijo el procu-

Digitized by Google

rador del rey, acabo de estudiar la portada de abajo ántes de subir. ¿Está bien seguro vuestra reverencia de que la abertura de la obra de física está representada en ella hácia el lado del hospital, y que de las siete figuras desnudas que estan á los piés de Nuestra Señora, la que tiene alas en los talones es Mercurio?

—Si, respondió el sacerdote; Agustin Nifo lo escribe, aquel doctor italiano que tenia un demonio barbudo que le enseñaba todas las cosas. Ademas, vamos á bajar, y os lo explicaré sobre el texto.

—Mil gracias, Sr. maestro, dijo Charmolue inclinándose hasta el suelo.—A propósito, ya se me olvidaba; cuando quereis que hagamos prender aquella nigromántica?...

—¿A cual?

—A aquella gitana—ya sabeis de quien hablo—que viene todos los dias á alborotar el átrio, á pesar de la prohibicion del provisor. Tiene una cabra energumena con cuernos de diablo, que lee, escribe, sabe las matemáticas como Picatrix. y que bastaria para hacer ahorcar á toda la Bohemia. Ya está preparado el proceso, y pronto lo despacharemos, no hay cuidado.—¡Vive Dios que es una real moza la tal bailarina! ¡unos ojos negros que ya, ya! ¡dos carbunclos de Egipto! ¿cuándo empezamos?

El arcediano estaba sumamente pálido.

—Ya hablaremos de eso, balbuceó con voz apenas articulada; luego prosiguió haciendo un esfuerzo:—Ocupaos ahora en Marco Cenaine.

—No tengais cuidado, dijo sonriendo Charmolue; apenas vuelva, he de hacerle atar de nuevo en la cama de cuero.—Pero es un hombre diabólico, y que rinde al mismo Pierrat Tortuere, que tiene las manos mas grandes que yo. Como dice el buen Plauto:

Nudus vinctus, centum pondo, es quando pendes perpedes.

Lo mejor será darle el tormento de la garrucha, y se lo daremos.

Parecia sumergido D. Claudio en una sombría distraccion; volvióse de pronto á Charmolue.

—¡Maese Pierrat... maese Jaime, quise decir, ocupaos en Marco Cenaine!

—Si, si, D. Claudio; ¡pobre hombre! ha de sufrir como Mummol. ¿Pero quién le manda tambien ir al *sábado*? ¡un sumiller del tribunal de cuentas que debiera conocer el texto de Carlo Magno, *stryga vel masca*!—En cuanto á la mozuela—la Esmeralda, como la llaman por ahí, esperaré vuestras órdenes.—¡Ah! cuando pasemos por la portada, me esplicareis tambien lo que quiere decir aquel jardinero pintado que se ve al entrar en la iglesia. —Yo creo que ha de ser el sembrador,—¿Hé? ¿en que estais pensando, señor maestro?

Ensimismado D. Claudio, ya no escuchaba. Charmolue siguiendo la direccion de su mirada, vió que estaba clavada maquinalmente en la gran telaraña que cubria la ventana. En aquel momento, una aturdida mosca que buscaba el sol de mayo, fue á atravesar aquel tejido, y quedó presa en el; al ver la conmocion de su tela, salió con un movimiento brusco la enorme araña de su celda central, y de un brinco se precipitó sobre la mosca que doblegó en dos con sus patas delanteras, mientras su horrible trompa la chupaba la cabeza.—¡Pobre mosca! dijo el procurador del rey en el tribunal eclesiástico, y levantó la mano para salvarla pero el arcediano, como despertado de súbito, le detuvo el brazo con una violencia convulsiva.

—Maese Jaime, exclamó, ¡no vayais contra la fatalidad!

Volvióse algo asustado el procurador; parecíale que unas tenazas de hierro le oprimian el brazo. Los ojos del sacerdote estaban fijos, desencajados, centelleantes y permanecian clavados en el pequeño y horrible grupo de la mosca y de la araña.

¡Oh! si, continuó el sacerdote con una voz que parecia salir del fondo de sus entrañas; ese es un símbolo de todo. ¡Desdichada! vuela, es feliz, acaba de nacer, busca la primavera, el aire libre, la libertad. —¡Oh! si; pero si tropieza en el fatal roseton, la araña sale de él, ¡la araña horrible! ¡Pobre bailarina! ¡pobre mosca predestinada! Maese Jaime, ¡dejadla! ¡dejadla! ¡esa es la fatalidad!—Claudio—¡sí! ¡tú eres la araña! ¡tú eres la mosca tambien!—Volabas á la ciencia, á la luz, al sol, sin mas deseo que el de llegar al aire libre, á la gran luz de la verdad eterna; pero al precipitarte á la deslumbradora ventana que da sobre el otro mundo, sobre el mundo de la claridad, de la inteligencia y del saber, mosca ciega, doctor insensato, ¡no viste la sútil telaraña tendida por el destino entre la luz y tú, y te arrojaste en ella á cierra ojos, miserable loco, y ahora forcegeas, rota la cabeza y arrancadas las alas, entre los férreos brazos de la fatalidad!—¡Maese Jaime, maese Jaime! ¡dejad, dejad á la araña!

—Os juro, dijo Charmelue que le miraba sin entenderle, os juro que no la tocare; pero soltadme el brazo, señor maestro, por amor de Dios, que teneis una mano como una tenaza.

Pero el arcediano no le oia;—¡Oh! ¡insensato! prosiguió sin apartar los ojos de la ventana. Y aun cuando hubieras podido romper ese formidable tejido con tus alas de insecto, ¿crees por ventura que hubieras podido llegar á la luz? ¡Insensato! ese vidrio que está mas allá, ese obstáculo trasparente, esa pared de cristal mas dura que el bronce, que separa á á todos los filósofos de la verdad, ¿cómo hubieras podido salvarla? ¡Oh vanidad del saber humano! ¡cuántos sábios vienen de muy lejos á estrellarse revoloteando contra ese obstáculo trasparente! ¡cuántos sistemas se estrellan zumbando contra ese vidrio eternal!

Calló el arcediano: estas últimas ideas que le habian hecho parar insensiblemente de la ciencia á sí mismo, parecian haberle calmado, y luego Jaime Charmolue le hizo volver enteramente al sentimiento de la realidad, dirigiéndole esta pregunta:—Con que señor maestro, ¿cuándo vendreis á ayudarme á hacer oro? Ya estoy impaciente por lograrlo.

Meneó la cabeza el arcediano, dando un amargo suspiro.—Maese Jaime, leed á Miguel Psello. *Dialogus de energia! et operatione dœmonum*. Lo que estamos haciendo no es de todo punto inocente.

—Psit, ¡Sr. maestro! ya yo tenia mis barruntos de que en efecto era así, dijo Charmolue. Pero fuerza es ocuparse algo en hermética, cuando no es uno mas

Digitized by Google

que procurador del rey en el tribunal eclesiástico, con treinta escudos torneses por año.

Llegó entónces á los inquietos oidos de Charmolue un ruido de mandíbulas y de masticacion que salia de debajo del horno.

—¿Qué es eso? preguntó.

—Era el estudiante que aprisionado y aburrido en su rincon, habia llegado á descubrir en él un mendrugo asaz duro y un triángulo de queso enmohecido, que se puso á comer sin cumplimiento, á guisa de almuerzo y de consolacion. Como tenia mucha hambre, metia mucha bulla y acentuaba con fuerza cada bocado, lo que habia sido causa del sobresalto y alarma del procurador.

Gringoire convertido en titiritero.

—Es un gato que tengo yo, dijo con presteza el arcediano, y que se regala ahí abajo con algun ratoncillo.

Esta explicacion satisfizo á Charmolue.

—En efecto, Sr. maestro, respondió con respetuosa sonrisa, todos los grandes filósofos han tenido su animalito familiar. Bien sabeis lo que dice Servio: *Nullus enim locus sine genio est.*

D. Claudio, temeroso de alguna nueva travesura de su hermano, recordó á su triste discípulo que tenian que examinar juntos algunas figuras de la portada, y ambos salieron de la celda con gran consuelo del estudiante que empezaba á temer seriamente que quedase para siempre en su rodilla el molde de su barba.

VI.

EFECTO QUE PUEDEN PRODUCIR SIETE TERNOS AL AIRE LIBRE.

¡*Te Deum laudamus*! exclamó maese Juan saliendo de su escondrijo, ¡gracias á Dios que ya se fueron los dos buhos! ¡Och! ¡och! ¡pax! ¡max! ¡las pulgas! ¡los perros rabiosos! ¡el diablo! ¡maldita conversacion! ¡la cabeza me bulle como una campana! ¡Y queso enmohecido á mayor abundamiento! ¡Sus!

Digitized by Google

bajemos, cojamos la bolsa de mi senor hermano, ¡y convirtamos toda aquella moneda en botellas!

Echó una ojeada de ternura y de admiracion en el interior de la preciosa escarcela, admiróse algun tanto, frotó sus borceguíes, sacudió sus mangas forradas cubiertas de ceniza, silbó un cantar, dió cuatro brincos, examinó si quedaba algo que robar en la celda, registró por todas partes sobre el horno por si hallaba algun amuleto de vidrio, para regalárselo á guisa de agasajo á Isabel la Thierrye, y abrió en fin la puerta que habia dejado entornada su hermano por indulgencia, y que él dejó abierta de par en par por malicia, y bajó la escalera circular saltando como un pajarillo.

Entre las tinieblas de la espiral, tropezó con un bulto que le hizo paso gruñendo; presumió que aquel bulto seria Quasimodo, cosa que le pareció tan chusca, que bajó el resto de la escalera no pudiendo tenerse de risa. Al desembocar en la plaza iba riendo aun.

Dió una gran patada en el suelo apenas se halló en tierra firme.—¡Oh! exclamó, ¡digno y excelente empedrado de Paris! ¡maldita escalera capaz de rendir á los ángeles de la escala de Jacob! ¿Quien diablos me mandaba ir á aquella barrena de piedra que agujerea el cielo y para qué? ¡para comer un poco de queso barbudo, y para ver las torres de Paris por una ventanilla!

Dió algunos pasos y vió á los dos buhos, es decir, á D. Claudio y á maese Jaime Charmolue, en contemplacion delante de una escultura de la portada. Acercóse hácia ellos de puntillas, y oyó al arcediano que decia en voz baja á Charmolue:—Guillermo de Paris es quien hizo grabar un Job sobre esta piedra color de lapislazuli, dorada por los remates. Job figura la piedra filosofal que debe ser elaborada y martirizada para llegar á la perfeccion, como dice Raimundo Lulio: *Sub conservatione formæ specificiæ salva anima.*

—Poco se me importa, dijo Juan; la bolsa es mia.

Oyó en aquel momento una voz fuerte y sonora que articulaba detras de él una formidable série de juramentos.—¡Sangre de Dios! ¡Vientre de Dios! ¡Alma de Dios! ¡Cuerpo de Dios! ¡Ombligo de Belcebú! ¡Nombre de un papa! ¡Cuerno y trueno!!

—¿Por mi vida, exclamó Juan, que no puede ser otro sino mi amigo el capitan Febo!

Llegó este nombre de Febo á los oidos del arcediano en el momento mismo en que estaba explicando al procurador del rey el dragon que mete la cola en un baño de donde sale entre humo una cabeza de rey. Estremecióse D. Claudio, interrumpió su discurso con notable asombro de Charmolue, volvióse y vió á su hermano Juan que se llegaba á un jóven oficial junto á la puerta de la casa Gondelaurier.

Era en efecto el capitan Febo de Chateaupers; apoyábase en la esquina de la casa de su novia, y juraba como un pagano.

—¡A fé mia, capitan Febo, dijo Juan cogiéndole de la mano, que renegais con admirable verbosidad!

—¡Cuerno y trueno! respondió el capitan.

—¡Cuerno y trueno en hora buena! respondió el estudiante. ¿Pero de dónde viene, amable guerrero, esa profusion de palabras dulces?

—Dispensadme, compañero Juan, respondió Febo apretándole la mano; caballo desbocado no entiende razones, y yo juraba á escape tendido. A cabo de ver á esas muñecas, y cuando salgo de su casa, tengo la boca llena de juramentos y es menester que los vomite ó reventaria, ¡vientre y trueno!!

—¿Quereis venir á beber? preguntó el estudiante? Esta proposicion aplacó al capitan.

—Consiento, pero no tengo un ochavo.

—¡Yo tengo!

—¡Bah! veamos.

Ostentó Juan la escarcela á los ojos del capitan, con magestad y magnanimidad: en tanto el arcediano, que sin mas ni mas se habia separado de Charmolue, llegóse á ellos deteniéndose á algunos pasos de distancia, observándolos á ambos sin que ellos lo advirtiesen, tanto absorvia todas sus potencias la contemplacion de la escarcela.

Febo exclamó—¡Una bolsa en vuestras manos, Juan! es la luna en un cubo de agua: se la ve, pero no está allí! no hay mas que su sombra. ¡Por mi vida! apuesto á que son guijarros.

El capitan Febo y Juan del Molino.

Juan respondió con desden:—Estos son los guijarros con que suelo empedrar mi faltriquera.

Y sin añadir una palabra, vació la escarcela sobre un poste vecino, cual otro ciudadano romano salvando la patria.

—¡Vive Dios, exclamó Febo, reales, blancas, blanquillas, meajas de un tornés las dos, dineros parisies: ¡verdaderos ochavos de águila! ¡Qué magnificencia!

Juan permanecia digno é impasible. Algunos maravedises se habian caido en el fango, y el capitan en su entusiasmo se bajó para recogerlos, cuando le detuvo Juan:—¿Qué vais á hacer, capitan Febo de Chateaupers?

Digitized by Google

Contó Febo la moneda, y volviéndose á Juan con aire solemné:—Sabeis, amigo Juan, que hay ¡veintitres sueldos parisies! ¿A quién diablos habeis desvalijado esta noche en la calle Coupe-Gueule?

Echó Juan hácia atras su cabeza rubia y ensortijada, y dijo medio cerrando los ojos con un gesto desdeñoso:—Consiste en tener un hermano arcediadiano é imbécil.

—¡Cuerno de Dios! exclamó Febo, ¡santo varon!

—Vamos á beber, dijo Juan.

—¿A dónde iremos? dijo Febo; ¿á la *Manzana de Eva*?

—No, capitan, vamos á la *Vieja-Ciencia*. Una vieja que sierra una asa, es una alegoria. Eso me gusta.

—¡Nada de alegorias, Juan! mejor es el vino en la *Manzana de Eva;* y luego, al lado de la puerta, hay una viña al sol que me alegra cuando bebo.

—Corriente, pase por Eva y su manzana, dijo el estudiante; y cogiendo el brazo de Febo:—Ahora que me acuerdo, capitan, digísteis ha un momento la calle Coupe-Gueule; en el dia no somos tan bárbaros, y se dice calle de Coupe-Gorge.

Pusiéronse en camino los dos amigos hácia la *Manzana de Eva*; inútil será decir que empezaron por recoger el dinero, y que el arcediano los seguia.

El arcediano los seguia, sombrío y frenético. Era aquel el Febo cuyo nombre maldito; desde su entrevista con Gringoire se mezclaba á todos sus pensamientos? lo ignoraba, pero en fin, aquel hombre se llamaba Febo, y este nombre mágico bastaba para que el arcediano siguiese á paso de lobo á los dos alegres troneras, escuchando sus palabras y observando sus menores movimientos con profunda ansiedad. Pero es el caso que no era nada difícil oir todo lo que decian, segun hablaban alto, sin curarse de informar de sus secretos á todo oyente y viviente. Hablaban de desafios, de mozas, de vinos y de locuras.

Al revolver una esquina, salió de una plaza inmediata el eco de una pandereta. D. Claudió oyó al oficial que decia al estudiante.

—¡Trueno! apretemos el paso.

—¿Por qué?

—Temo que me vea la gitana.

—¿Qué gitana?

—Esa chicuela que tiene una cabra.

—¿La Esmeralda?

—Precisamente, Juan: siempre se me olvida ese demonche de nombre. Despachemos porque me puede conocer, y no quiero que venga á hablarme en la calle.

—¿La conoceis, Febo?

Vió entónces el arcediano que Febo sonria maliciosamente, se acercaba al oido de Juan y le decia algunas palabras en voz muy baja; luego Febo soltó una sonora carcajada, y meneó la cabeza con aire triunfante.

—¿De veras? dijo Juan.

—A fe mia, dijo Febo.

—¿Esta noche?

— Esta noche.

—¿Y estais seguro de que irá?

—¡Pobre hombre! ¿pues quién duda de esas cosas?

—Capitan Febo, ¡sois un gendarme feliz!

Oyó el arcediano toda esta conversacion; rechinaron sus dientes, y un estremecimiento profundo recorrió todo su cuerpo. Detúvose un momento, apoyóse á un poste como un hombre borracho, y luego siguió la pista de los dos joviales amigos.

Cuando volvió á alcanzarlos, ya habian mudado de conversacion; iban á la sazon entonando un antiguo cantar.

VII.

EL MONGE EN PENA.

La ilustre taberna de la *Manzana deEva* estaba situada en la universidad, en la esquina de la calle de la Rondelle y de la calle Batonnier. Era una sala á nivel de la calle, bastante capaz y muy baja, con una bóveda cuya recaida central se apoyaba sobre un ancho pilar de madera revocada de amarillo, y toda llena de mesas y de lucientes jarros de estaño colgados de la pared; multitud de bebedores, mozuelas á borbotones, una vidriera sobre la calle y encima de esta puerta trasparente un gran palastro de hierro, iluminadas en el una manzana y una mujer, tomada por la lluvia y girando al viento sobre una vara de hierro. Esta especie de veleta que daba hácia la calle era la muestra.

Anochecia; la plaza estaba oscura; la taberna llena de luces que centelleaban á lo lejos como una fragua en la sombra; oiase el eco de los vasos, de las francachelas, de los juramentos, de las camorras, que salia por vidrios rotos. Por entre la espesa bruma que extendia el calor de la sala sobre la puerta-vidriera, veianse rebullir cien vagas figuras de entre las cuales se desprendia de vez en cuando una sonora carcajada. Los transeuntes que iban á sus negocios, pasaban sin echar los ojos sobre á aquel hediondo y tumultuoso recinto; solo por intérvalos algun pillete desarrapado se empinaba sobre la punta de sus piés hasta llegar á los vidrios, y echaba en la taberna el antiguo sarcasmo con que acosaban entónces á los borrachos: ¡*Auz Houls, saouls, saouls, saouls*!

Paseábase un hombre entre tanto imperturbablemente por delante de la estrepitosa taberna, mirándola continuamente y no separándose mas de ella que un centinela de su garita. Iba embozado hasta las cejas en una capa que acababa de comprar en casa de un ropero cuya tienda estaba inmediata á la *Manzana de Eva*, tal vez para guarecerse del frio de las noches de marzo, tal vez para ocultar su trage. De cuando en cuando se paraba delante de la vidriera listada de planchas de plomo, escuchaba, miraba, y asentando con fuerza de vez en cuando el pié, daba á conocer su impaciencia.

Abrióse en fin la puerta de la taberna que era sin duda lo que él esperaba, y salieron por ella dos bebedores; el rayo de luz que brotó de la puerta tiñó de púrpura momentáneamente sus joviales fisonomias. El hombre de la capa fué á ponerse en observacion debajo de un portal en el opuesto lado de la calle.

—¡Cuernos y trueno! dijo uno de los dos bebedores: van á dar las siete, y esta es la hora de mi cita.

—Dígoos, repuso su compañero con lengua estropajosa, que no vivo en la calle de las Malas Palabras, *indignus qui inter mala verba habitat*. Vivo en la calle de Juan-Panecillo-Blando, *in-vivo Joanis-Panecilli-Blandi*.—Digo que sois mas cornudo que un unicornio si decis lo contrario.—Nadie ignora que quien monta una vez en un oso nunca tiene miedo; pero vos propendeis á la golosina, como Santiago del Hospital.

—Juan, amigo mio, estais borracho.

El otro respondió dando un traspié:—Cosas vuestras, Febo, cosas vuestras; pero está probado que Platon tenia el perfil de un perro de caza.

Sin duda ha reconocido ya el lector á nuestros dos dignos amigos, el capitan y el estudiante; y es de creer que el hombre que los acechaba los habia reconocido tambien, porque seguia á pasos lentos todas las eses que hacia describir el estudiante al militar, el cual, bebedor mas aguerrido, habia conservado toda su sangre fria. Escuchándolos atentamente, pudo el hombre de la capa coger en su totalidad la siguiente interesante conversacion:

Digitized by Google

—¡Cuerno de buey! haced por andar derecho, señor bachiller; sabeis que es menester que nos separemos. Ya son las siete, y tengo una cita con una chica.

—No hay que meterse conmigo: yo veo estrellas y mangas de fuego, y vos os pareceis al castillo de Dampmartin que se está cayendo de risa.

—Por las verrugas de mi abuela, Juan, que esos disparates no vienen á cuento. Entre paréntesis, Juan, ¿os queda todavia algun dinerillo?

—Señor, rector, está muy bien dicho, la pequeña carniceria, *parva carniceria*.

—Juan, amigo Juan, ya sabeis que estoy citado con esa muchacha en la punta del puente de S. Miguel; que no puedo llevarla mas que á casa de la Falourdel, y que tendré que pagar el cuarto porque la vieja pícara de bigotes blancos no me le dará de fiado. ¡Juan, por amór de Dios! ¿nos hemos bebido toda la bolsa del cura? ¿no os queda ya siquiera un triste parisie?

—La conciencia de haber empleado bien las otras horas es un justo y sabroso condimento de mesa.

—¿Vientre y entrañas! ¡basta de pamplinas! ¡Decidme, Juan del diablo! ¿os queda alguna moneda? Dadmela, voto á cribas, ó voy á registraros aunque seais leproso como Job y sarnoso como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que remata por un extremo en la calle de la Verrerie y por otro en la de la Tixeranderie.

—Sí, amigo mio, compañero Juan, ya lo se, la calle Galiache, santo y bueno. Pero en nombre del cielo volved en vos; no me hace falta mas que un sueldo parisie, y lo necesito para las siete.

—Callen todos, y escuchen la trova.

Cuando el rato
coma al gato
rey, serás
señor de Arras
Cuando la mar esté helada.
por S. Juan
los de Arras su plaza amada
dejarán.

—¡Pues bien! ¡estudiante del Ante-Cristo, así te veas ahorcado con las tripas de tu madre! exclamó Febo, dando un terrible empellon al estudiante borracho, que se escurrió contra la pared, y cayó suavemente sobre el pavimentó de Felipe Augusto. Por un resto de aquella fraterna simpatia que nunca abandona el corazon de un bebedor, colocó Febo á su amigo Juan con el pié sobre una de aquellas almohadas del pobre que dispone la providencia en todas las esquinas de Paris, y que los ricos afrentan desdeñosamente con el nombre de *basureros*. Acomodó el capitan la cabeza de su amigo sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y en el punto mismo empezó el estudiante á roncar con una voz admirable de bajo. Pero aun duraba algun rencor en el pecho del capitan:—¡Tanto peor para tí si te coge al paso la carreta del diablo! dijo al pobre estudiante dormido, y se alejó apresuradamente de aquel sitio.

El hombre de la capa, que no habia cesado de seguirle, detúvose un momento delante del tendido muchacho, como agitado por una cruel indecision; luego, exhalando un profundo suspiro, se alejó tambien siguiendo los pasos del capitan.—

Dejarémosle, como ellos, dormir bajo la benévola mirada de las estrellas, y los seguiremos tambien, si no lo lleva á mal el lector.

Al desembocar en la calle de S. Andrés de los Arcos, advirtió el capitan Febo que le seguian, pues vió, al volver casualmente la vista, una especie de sombra que rastreaba detrás de él á lo largo de las paredes. Paróse él, y paróse tambien la sombra; volvió á andar, é hizo ella lo propio, cosa que le inquietó realmente muy poco.—¡Ah, ¡ah! dijo para su coleto, no tengo un ochavo.—

Hizo alto poco despues delante de la fachada del colegio de Autun; en aquel colegio era donde habia bosquejado lo que él llamaba sus estudios, y por efecto de una mala maña de estudiante travieso, que le duraba aun, nunca pasaba por delante de la fachada sin hacer á la estátua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida á la derecha del porton, la especie de afrenta de que tan amargamente se queja Priapo en la sátira de Horacio; *Olim truncus eram ficulnus*, y tal era su encarnizamiento en esta materia, que casi habia llegado á borrar la inscripcion: *Eduensis episco-pus*. Paróse, pues, delante de la estátua, segun su costumbre: la calle estaba enteramente desierta. Mientras se atacaba las presillas con desenfado, mirando á todas partes, sin fijarse en ninguna, vió la sombra que se acercaba á él con lentos pasos, y tan lentos, que tuvo tiempo para observar que aquella sombra llevaba una capa y un sombrero. Cuando llegó junto á él, hizo alto, y quedó mas inmóvil que la estátua del cardenal Bertrand, fijando en él sus ojos llenos de aquella luz vaga que espiden de noche los ojos de un gato.

El capitan era valiente, y no hubiera vuelto la espalda á un ladron con el chafarote en la mano; pero aquella estátua que andaba, aquel hombre petrificado, le helaron de espanto. Corrian entónces ciertos rumores relativos á un monge en pena, duende nocturno de las calles de Paris, que se agolparon confusamente en su memoria: quedó por algunos minutos estupefacto, y rompió en fin el silencio; violentándose para decir:—Caballero, si sois un ladron como supongo, os pareceis á una garza real que acomete á una cáscara de nuez. Soy un hijo de familia arruinado, amigo mio, con que así llamad á otra puerta; hay en la capilla de este colegio palo de la verdadera cruz, guardado en urnas de plata.

Sacó la sombra la mano por debajo de la capa, y cayó sobre el brazo de Febo como la garra de un águila: al mismo tiempo habló la sombra:—¡Capitan Febo de Chateaupers!

—¡Cómo diablos! dijo Febo—¿con que sabeis mi nombre?

—No solo sé tu nombre, repuso el de la capa, con su voz sepulcral, sino que tienes una cita para esta noche.

—Si, respondió Febo estupefacto.

—A las siete.

—Dentro de un cuarto de hora.

—En casa de la Falourdel.

—Precisamente.

—La del puente S. Miguel

—De S. Miguel Arcangel, como dice el Padre Nuestro.

—¡Impio! murmuro el expectro.—¿Con una mujer?

—*Confiteor*...

—Que se llama...

—La Esmeralda, dijo alegremente Febo que por grados habia ido recuperando toda su insustancialidad.

Al oir este nombre, las garras de la sombra sacudieron con furor el brazo de Febo:—¡Capitan Febo de Chateaupers—mientes!

Quien hubiera podido ver en aquel momento el semblante inflamado del capitan, el brinco que dió hácia atrás, tan violento que se desasió de la tenaza que le oprimia, el altivo continente con que echó mano á la empuñadura de su espada, y delante de aquella cólera, la adusta inmovilidad del hombre de la capa; quien hubiera visto todo aquello, decimos, se hubiera estremecido. Era aquello algo parecido al combate entre D. Juan y la estátua del comendador.

—¡Cristo y Satanas! exclamó el capitan; palabra

Digitized by Google

es esa que rara vez se arrima á los oidos de un Chataupers! no serás capaz de repetirla!

—¡Mientes! dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitan; monge en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel momento; no veia delante de sí mas que un hombre y un insulto.—¡Ah! ¡bueno es eso! dijo con voz sofocada por la rabia. Desenvainó la espada y luego con voz palpitante, porque el despecho le hacia temblar como el miedo: —¡Aquí! ¡inmediatamente aquí! ¡las espadas! ¡las espadas! ¡sangre y cadáver!

El otro no se movia; cuando vió á su adversario ponerse en guardia y pronto á atacarlo: —Capitan Febo, dijo, y su acento vibraba con amargura, olvidais vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Febo, son sopas de leche, cuyo hervor apaga una gota de agua fria. Estas pocas palabras hicieron bajar la espada que relucia en la diestra del capitan.

—Capitan, prosiguió el hombre, mañana, pasado mañana, dentro de un mes, de aquí á diez años me hallareis pronto á atravesaros de una estocada; pero ahora, id á vuestra cita.

—En efecto, dijo Febo como procurando capitular consigo mismo, cosa deliciosa es hallar en una cita, una espada y una mujer; pero no veo la razon por que he de perder la una por la otra, cuando puedo tener las dos.

Y al punto envainó su espada.

—Id á vuestra cita, repuso el incógnito.

—Caballero, respondió Febo con alguna confusion, mil gracias por vuestra cortesía; ello en fin, siempre tendremos tiempo para descosernos á tajos y mandobles la ropilla del padre Adan. Os agradezco que me dejeis pasar todavia un cuarto de hora agradable; porque aunque yo contaba con dejaros tendido en el arroyo y llegar aun á tiempo para mi cita, tanto mas cuanto es de buen tono hacer esperar un poco á las mujeres en casos semejantes; me pareceis hombre de pro, y es mas seguro dejar el lance para mañana. Voy pues, á mi cita, que es á las siete como sabeis.—Al llegar á este punto, rascóse Febo la mollera.

—¡Ah! ya se me olvidaba; no tengo un ochavo para pagar el alquiler del cuarto, y la pícara bruja querrá que la pague de antemano porque no se fia de mí.

—Aquí tienes con que pagar.

Sintió Febo que deslizaba en la suya la mano fria del incógnito una ancha moneda; y no pudo ménos de tomar aquel dinero y de apretar aquella mano.

—¡Vive Dios, exclamó, que sois un hombre de bien!

—Una condicion, dijo el hombre: probadme que yo miento y que vos decís verdad. Escondedme en algun rincon desde donde pueda ver si esa mujer es en efecto la misma cuyo nombre me dijisteis poco ha.

—¡Oh! respondió Febo, lo que es eso, me es indiferente. Yo no sé si sois el Sr. diablo en persona; pero seamos buenos amigos por esta noche, y mañana os pagaré todas mis deudas de la bolsa y la de espada.

Echaron entónces á andar á toda prisa, y al cabo de algunos minutos el murmullo del rio les anunció que se hallaban sobre el puente San Miguel, cargado entónces de casas.—Empezaré por introduciros, dijo Febo á su compañero, é iré luego á buscar á la niña que debe esperarme junto al Pequeño Chatelet. El compañero no respondió palabra; desde que andaban juntos no habia desplegado los lábios. Paróse Febo delante de una puerta baja, y llamó con terribles porrazos, despues de lo cual brilló una luz por las rendijas de la puerta. —¿Quien es? preguntó una voz sin dientes.—¡Cuerpo de Dios! ¡Cabeza de Dios! ¡Vientre de Dios! respondió el capitan. Abrióse la puerta inmediatamente, y dejó ver á los recien llegados una tia vieja y una viejísima lámpara que temblaban á duo. La vieja estaba doblada como un arco, vestida de guiñapos, con la cabeza tembleque, con los ojos abiertos á punzon, con una rodilla de fregar en la cabeza, toda arrugada en las manos, en la cara, en el pescuezo; entrábanla los lábios dentro de las encías, y tenia alrededor de la boca numerosos pinceles de pelos blancos que la hacian parecerse á un respetable micifuz. El interior del chiribitil no estaba menos derrotado que la vieja; todo se reducia á cuatro paredes de yeso con vigas negras en el techo, una chimenea desmantelada, telarañas en todos los rincones; en el centro, un rebaño cojo de mesas y banquillos, un chiquillo hediondo entre la ceniza, y en el fondo una escalera ó mas bien una escala de madera que desembocaba en una trampa abierta en el techo. Al penetrar en aquel sitio cubrióse con la capa hasta las cejas el misterioso compañero de Febo, y en tanto el capitan votando y renegando como un sarraceno, se apresuró á *hacer en un escudo relucir el sol*, como dice nuestro admirable Regnier.

—El cuarto de Sta. Marta, dijo.

Tratóle la vieja de monseñor, y metió el escudo en un cajon; aquella moneda era la que el hombre de la capa negra habia dado á Febo. Mientras estaba la vieja vuelta de espaldas, el chiquillo sucio y zarrapastroso que jugaba entre la ceniza, acercóse bonitícamente al cajon, cogió el escudo, y puso en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

La vieja hizo señal á los dos gentiles hombres, como ella decia, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos; luego que llegó al piso superior, puso la lámpara sobre un cofre, y Febo como práctico en aquellos lances, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro tugurio.—Entrad, compadre, dijo á su compañero. Obedeció el hombre de la capa sin decir palabra; cerróse la puerta detras de él; oyó á Febo que echaba el cerrojo, y un momento despues que bajaba la escalera con la vieja. La luz habia desaparecido.

VIII.

UTILIDAD DE LAS VENTANAS QUE DAN AL RIO.

Claudio Frollo (porque presumimos que el lector, mas inteligente que Febo, no ha visto en toda esta aventura mas monge en pena que el arcediano) Claudio Frollo anduvo á tientas por un buen rato en el tenebroso zaquizami en que le habia encerrado el capitan. Era el tal uno de aquellos escondrijos que reservan á veces los arquitectos en el punto de union del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel chibiritil, como con tanta propiedad le habia llamado Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenia ventana ni respiradero, y el plano inclinado del suelo impedia estar en él de pié. Acurrucóse, pues, Claudio en el polvo y argamazon que se aplastaban debajo de él; su cabeza ardia, y registrando con las manos en torno suyo, halló un vidrio roto que apoyó sobre su frente, y cuyo frescor le alivió algun tanto.

¿Que pasaba en aquel momento en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo.

¿En que órden fatal disponia él en su mente la Esmeralda, Febo, Jaime Charmolue, su hermano tan querido, abandonado por él en el fango, su sotana de arcediano, su reputacion tal vez prostituida en casa de la Falourdel, todas estas imágenes, todas estas aventuras? Yo no lo sé; pero es seguro que estas ideas formaban en su cabeza un grupo horrible.

Un cuarto de hora hacia que estaba esperando, y parecíale que un siglo entero habia pasado sobre él.

Digitized by Google

Al fin oyó rechinar las tablas de la escalera; alguien subia. Abrióse la trampa, y volvió á ver luz. Habia en la derrotada puerta de su cuartucho una rendija bastante ancha; á la que arrimó con ansia su rostro, de modo que podia ver cuanto pasaba en la estancia inmediata. La vieja de la cara gatuna salió de la trampa la primera con su lámpara en la mano; luego Febo atusándose el bigote, y luego otra persona, esbelta y graciosa figura, la Esmeralda. Viola el sacerdote salir de la tierra como una deslumbradora vision. Estremecióse Claudio; cayó una espesa nube sobre sus ojos, latieron con terrible fuerza sus arterias, y parecióle que todo rujia y giraba en torno de él; luego ni vió ni oyó nada.

Cuando volvió en sí, Febo y la Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera al lado de la lámpara, que destacaba á los ojos del arcediano aquellas dos jóvenes criaturas y un miserable jergon en el fondo de la estancia.

Habia al lado del jergon una ventana cuyos vidrios desencajados de su bastidor, como una telaraña sobre la cual ha caido la lluvia, dejaban ver por entre sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada á lo lejos sobre una almohada de blandas nubes.

La jóven estaba encendida, confusa, palpitante; sus largas pestañas inclinadas sombreaban sus megillas de púrpura. El oficial, sobre el cual no se atrevia á levantar los ojos, estaba en sus glorias; maquinalmente y con una expresion divina de sencillez, dibujaba la niña con la punta del dedo sobre el cofre líneas incoherentes y se miraba el dedo. No se la veian los piés sobre los cuales estaba echada la cabrita.

El capitan estaba vestido con suma elegancia, llevaba en el cuello y en las muñecas sendas sartas de lentejuelas, gran moda en aquella época.

Mucho trabajo le costó á D. Claudio oir lo que se decian entre el bullir de su sangre que hervia agolpada en sus sienes.

(Cosa bastante insípida es una conversacion de enamorados; todo se reduce á un perpétuo *te amo*, frase musical muy rancia y fastidiosa para los indiferentes que escuchan, cuando no la adornan algunas *fioriture*; pero Claudio no escuchaba como un indiferente).

—¡Oh! decia la hermosa sin alzar los ojos, no me desprecieis Sr. Febo. Conozco que lo que hago está mal hecho.

—¡Despreciaros, niña divina! respondió el militar con aire de galantería protectora y esquisita; ¡despreciaros! ¿y por que?

—Porque os he seguido.

—Es el caso, hija mia; que no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo no deberia despreciaros, sino aborreceros.

La niña le miró con espanto: —¡Aborrecerme! ¿por que? ¿Os he ofendido yo?

—Por haberos hecho tanto de rogar.

—¡Ah, exclamó... si supierais que quebranto un voto!... Ya nunca mas encontraré á mis padres... el amuleto perderá su virtud... Pero ¿que importa? que necesidad tengo ahora de padre ni de madre?

Y esto diciendo, fijaba en el capitan sus rasgados ojos negros, húmedos de alegria y de ternura.

—Lléveme el diablo si os entiendo, exclamo Febo.

Calló por un momento la Esmeralda: luego salió una lágrima de sus ojos, un suspiro de sus lábios, y dijo: —¡Oh señor! yo os amo.

Habia en derredor de aquella criatura tal perfume de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se hallaba enteramente á sus anchas junto á ella; sin embargo, estas palabras le dieron algun valor: —Me amais! exclamó arrebatado, y pasó un brazo al rededor de la cintura de la gitana.

Viólo el sacerdote, y probó con el dedo la punta de un puñal que llevaba escondido en el pecho.

—Febo, prosiguió la gitana desprendiendo suavemente de su cintura las tenaces manos del capitan, sois bueno, sois generoso, sois gallardo; me habeis salvado la vida, á mi que no soy mas que una pobre criatura perdida en Bohemia. Mucho tiempo hace que sueño con un oficial que me salva la vida, y con vos es con quien soñaba ántes de conoceros, vos sois mi Febo; mi sueño tenia un brillante uniforme como ese, un porte bizarro, una espada; os llamais Febo, nombre hermoso; amo vuestro nombre, amo vuestra espada. Desenvainad vuestra espada, Febo, que quiero verla.

—¡Chiquilla! dijo el capitan y sacó á relucir sonriendo su tizona. Miró la gitana su empuñadura, su hoja, examinó con angélica curiosidad la cifra del acero, y besó la espada diciéndola: —Eres la espada de un valiente; yo amo á mi capitan.

Febo aprovechó tan favorable ocasion para dar en aquel blanco cuello doblegado un beso que hizo á la niña levantar su rostro escarlata como una cereza. El sacerdote rechinó los dientes en las tinieblas.

—Febo, repuso la gitana, dejadme hablar con vos. Andad un poco que quiero veros andar con vuestro porte gallardo y oir sonar vuestras espuelas de oro. ¡Que hermoso sois!

Levantóse el capitan para complacerla, riñéndola con una sonrisa de satisfaccion. —¡Que niña eres! —Dime, mi alma, ¿me has visto alguna vez con sobrevesta de gala?

—¡No! respondió.

—¡Aquello si que tiene que ver!

Fué Febo á sentarse junto á ella, pero mucho mas cerca que ántes.

—Escucha prenda de mi...

Dióle la gitana algunos golpecitos sobre la boca con su linda mano, con una monada llena de locura, de gracia y de alegria. —No, no, no quiero escucharos. —¿Me amais? quiero que me digais si me amais.

—¡Si te amo, ángel de mi vida! exclamó el capitan hincando una rodilla en tierra. —Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para ti. Te amo, y nunca he amado á nadie mas que á tí.

El capitan habia repetido tantas veces esta frase en mil ocasiones semejantes, que la echó toda de sopeton sin equivocarse en una letra. Al oir esta apasionada declaracion, alzó la gitana al inmundo techo que hacia las veces de cielo, una mirada llena de una felicidad celestial! — ¡Oh! dijo con voz desfallecida, ¡hé aqui el momento en que se debiera morir! —Febo halló el «momento» excelente para darla un segundo beso, que fué á martirizar en su escondrijo al miserable arcediano.

—¡Morir! exclamó el fogoso capitan. ¡Que estás diciendo, ángel mio! ¡este es el momento de vivir, ó Júpiter no es mas que un trasto! ¡morir al principio de la felicidad! ¡Cuerno de buey! ¡vaya que me gusta la idea! —Ahora no se trata de morir. —Escúchame, querida Similar. —Esmeralda. —Perdona, —pero tienes un nombre tan prodigiosamente sarraceno que nunca puedo atinar con él. Es una barrera que no me deja pasar adelante.

—¡Dios mio, dijo la pobre niña, y yo que le creia tan bonito por su singularidad! Pero una vez que no os agrada, quisiera llamarme Goton.

—¡Bah! ¡no hemos de regañar por tan poca cosa, hechizo mio! es un nombre á que es preciso acostumbrarse, ni mas ni ménos: en llegando á aprenderle de memoria, lo sabré que no habrá mas que pedir. —Escúchame amada Similar; te adoro con pasion; vaya que te amo que es un milagro. —Yo sé quien rabia por ello que se las pela.

La celosa gitana no le dejó acabar: —¿Quién?

—¿Que se nos importa á nosotros? dijo Febo.— ¿Me amas?

Digitized by Google

—¡Oh! respondió ella.

—¡Pues entónces! ya verás como te amo yo tambien: consiento en que me atraviese con su asador el gran diablo Neptuno, si no te hago la criatura mas feliz de la tierra. Tendremos una casita muy cuca para los dos; pasaré revista á mis arqueros delante de tus ventanas: —todos son de á caballo, y se rien de los del capitan Mignon; tengo maceros, ballesteros y culebrineros de mano. Te enseñaré los grandes mónstruos de Paris, en la granja de Rully; son magnificos. Hay ochenta mil cabezas armadas; treinta mil arneses blancos, entre jubones y cotas: las sesenta y siete banderas de los oficios; los estandartes del parlamento, del tribunal de cuentas, del tesoro de los generales, de los de la casa de la moneda; un arreo del diablo en-fin. — Te llevaré á ver los leones del palacio del rey, que son unas fieras terribles: á todas las mujeres les gustan.

Algunos instantes hacia ya que la hermosa niña absorta en sus deliciosos pensamientos, oia el eco de su voz sin escuchar el sentido de sus palabras.

—¡Oh! ¡serás feliz! prosiguió el capitan, y al mismo tiempo desató suavemente el cinturon de la gitana.

—¿Que estais haciendo? dijo ella de pronto. Aquella via de hecho la sacó de su honda distraccion.

—Nada, respondió Febo; solo decia que debes abandonar ese trage loquillo y callejero cuando estés conmigo.

—¿Cuando esté contigo, Febo mio, dijo la niña con ternura.

Y de nuevo quedó pensativa y silenciosa.

El capitan, alentado por tanta amabilidad, la cogió la cintura sin hallar resistencia, y luego empezó á desatar muy pianito el corpiño de la pobre muchacha; y tanto trastornó su gorguera, que el infeliz sacerdote vió salir entre la gasa la hermosa espalda desnuda de la gitana, redonda y morena como la luna que se levanta entre bruma en el horizonte.

La niña se estaba quieta, como si no advirtiera lo que hacia Febo: los ojos del temerario capitan brillaban como chispas.

Repentinamente se volvió la Esmeralda hácia él:— Febo, dijo con una expresion de amor infinito, quiero que me instruyas en tu religion.

—¡Mi religion! exclamó el capitan soltando una carcajada. —¡Yo instruiros en mi religion! ¡Cuernos y trueno! ¿que quereis hacer de mi religion?

—Lo digo para que nos casemos respondió ella.

El rostro del capitan tomó una expresion de sorpresa, de desden de incuria y de pasion libertina.— ¡Ah bah! dijo,—¿pues quien se casa?

Palideció la gitana y dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho. — Prenda mia, dijo Febo con ternura, ¿que locuras son esas? Esto diciendo con la mayor dulzura acercóse todo lo que pudo á la gitana; sus manos cariñosas habian vuelto á ocupar su puesto sobre aquella cintura tan delicada y sutil, sus ojos se animaban cada vez mas, y todo anunciaba que el señor Febo tocaba evidentemente uno de estos momentos en que Júpiter mismo hace tantas tonterías que el buen Homero tiene que traer una nube en su ayuda.

Don Claudio entre tanto, todo lo veia: la puerta estaba hecha con duelas de cubas ya enteramente podridas, que dejaban entre una y otra ancha cabida á sus miradas de ave de rapiña. Aquel robusto sacerdote de anchas espaldas y tez morena, condenado hasta entónces á la austera virginidad del claustro, palpitaba y hervia delante de aquella escena de amor, de noche y de deleite. Aquella jóven y hermosa criatura entregada á merced de aquel ardiente mancebo, hacia circular por sus venas plomo derretido. Sentia en su corazon movimientos extraordinarios: sus ojos penetraban con lascivia por todas aquellas ropas descompuestas. Quien hubiera podido ver en aquel momento el rostro del miserable pegado á las tablas hendidas, hubiera creido ver una cara de tigre mirando desde el fondo de su jaula á un hambriento chacal devorando á una gacela. Sus ojos llameaban como dos velas encendidas por entre las rendijas de la puerta.

Arrancó Febo con un movimiento repentino la gorguera de la gitana, y la pobre niña que habia estado hasta entónces pálida y pensativa, salió despavorida de su hondo letargo; alejóse bruscamente del temerario oficial, y echando una mirada sobre su garganta y sus hombros desnudos, encendida y confusa, y muda de vergüenza cruzó sus dos hermosos brazos sobre su seno para taparse. A no ser por la llama que encendia sus megillas, quien la hubiera visto así, silenciosa é inmóvil, la hubiera tomado por una estátua del pudor. Sus ojos estaban fijos en el suelo.

La osadía del capitan habia dejado en descubierto el misterioso amuleto que llevaba prendido al cuello la gitana.—¿Que es eso? dijo aprovechándose de este pretesto para acercarse á la dulce criatura á quien acababa de hacer huir.

—¡No lo toqueis! respondió ella al punto, es mi única salvaguardia, lo que me hará encontrar á mi familia, si continúo siendo digna de ella. ¡Oh! ¡dejadme, señor capitan! ¡mi madre! ¡mi pobre madre! ¡madre mia! ¿donde estás? ¡Ven, ven! ¡Por amor de Díos, Sr. Febo! ¡volvedme mi gorguera! —

Retrocedió Febo y dijo con estudiada frialdad: — ¡Oh! señorita! ¡y que bien veo ahora que no me amais?

—¡Que no le amo! exclamó la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó al cuello del capitan, á quien hizo sentarse junto á ella. — Que no te amo. ¡Febo mio! — ¡Que estás diciendo, cruel — solo para desgarrar el corazon! —¡Oh! ¡hazlo que quieras!... soy tuya. ¿Que me importa el amuleto? ¿que me importa mi madre? tu eres mi madre, pues que yo te amo.— ¿Febo, Febo querido, me ves? ¿yo soy, mírame? ¡soy esa infeliz á quien te dignas no desdeñar; que viene ella misma á buscarte! ¿Mi alma, mi vida, mi cuerpo, mi persona, todo es tuyo mi capitan? ¿Si no quieres; no nos casaremos—porque en fin, que soy yo? una miserable mujer, una cualquiera, mientras que tu, Febo mio, tú eres un noble caballero. ¡Vaya que estaria bueno! ¡una bailarina casarse con un capitan! ¡que locura! — No, Febo, no; yo seré tu querida, tu juguete, tu pasatiempo, una mujer que será tuya. Yo no merezco mas que eso, mancillada, despreciada, deshonrada, ¿pero que importa? ¡amada! y seré la mas feliz y la mas altiva de las mujeres. Y cuando llegue á ser vieja, ó fea, amado mio, cuando ya no sirva para amaros, señor de mi vida, me tendreis entónces para serviros de esclava. Otras os bordarán bandas; yo, la criada, yo tendré cuidado de ellas: me dejareis limpiar vuestras espuelas, cepillar vuestro uniforme, sacar lustre á vuestras botas de montar. —¿No es verdad, Febo mio, que hareis esta obra de caridad? — Entretanto, Febo... ¡tuya soy! pero ámame, yo te lo pido. — Nosotras las gitanas somos así; no necesitamos mas que esto — ¡aire y amor!

Y asi diciendo, echaba sus brazos al cuello del oficial, y le miraba de piés á cabeza, suplicante y sonriendo entre sus lágrimas: su delicado seno se rozaba contra el uniforme de paño y los ricos bordados. Retortijaba la hermosa su flexible cuerpo sobre sus rodillas, y el capitan delirante clavó sus lábios de fuego en aquellos hermosos hombros africanos: la gitana, perdidos los ojos en el techo, temblaba palpitante bajo aquel beso.

De pronto, encima de la cabeza de Febo, vió otra cabeza, una cara lívida, verde, convulsiva, con una mirada de condenado, junto á aquella cara habia una

Digitized by Google

mano que tenia un puñal. Eran aquellas la cara y la mano del sacerdote, que habia roto la puerta, y llegádose allí. Febo no podia verle. Quedó la gitana inmóvil, helada, muda, bajo la horrible aparicion, como una paloma que levantára la cabeza en el momento en que la zumaya mira su nido con sus redondos ojos.

Ni siquiera pudo lanzar un grito: vió bajar el puñal sobre Febo y volver á subir humeante. —¡Maldicion! exclamó el capitan, y cayó.

Desmayóse la gitana.

En el momento en que se cerraban sus ojos, en que todo sentimiento se disipaba en ella, creyó sentir imprimirse en sus lábios un contacto de fuego, un beso mas ardiente que el hierro encendido del verdugo.

Cuando volvió en sí, hallóse rodeada de soldados, y vió que se llevaban al capitan que yacia bañado en su sangre: el sacerdote habia desaparecido. La ventana del fondo de la estancia que daba sobre el rio estaba abierta de par en par; vió que recogian los soldados una capa que se suponia debia pertenecer al oficial y oyó decir en derredor: —Es una gitana que ha asesinado á un capitan.

LIBRO OCTAVO.

I.

EL ESCUDO CONVERTIDO EN HOJA SECA.

Gringoire y toda la corte de los Milagros estaban en una inquietud mortal. Un mes hacia ya que no recibian noticia alguna de la Esmeralda, lo que tenia en notable afliccion al duque de Egipto y á los hampones, ni tampoco de la cabrita, lo que tenia no ménos afligido al digno Gringoire. Desapareció una tarde la gitana, y no habia vuelto desde entónces á dar señal de vida todas las pesquisas habian sido inútiles. Algunos bromistas hampones decian á Gringoire que la habian visto aquella misma noche en que desapareció hácia los alrededores del puente de S. Miguel con un capitan; pero aquel marido al uso de Bohemia era un filósofo incrédulo, y sabia ademas mejor que nadie cuanto era virgen su muger; habia podido juzgar del inespugnable pudor que resultaba de las dos virtudes combinadas del amuleto y de la gitana, y habia calculado matemáticamente la resistencia de aquella castidad elevada á la segunda potencia. Estaba pues, tranquilo por esa parte.

Pero tampoco podia explicarse aquella desaparicion por la que su dolor era tan profundo que le hubiera hecho enflaquecer, á no haber sido aquello cosa materialmente imposible. La afliccion le habia hecho olvidarlo todo, hasta sus recreos literarios, hasta su grande obra de *Figuris regularibus et irregularibus*. que se proponia hacer imprimir con el primer dinero que hubiese á la mano. (Porque no soñaba mas que con la imprenta desde que habia visto el Didascalon de Hugo de Saint Victor, impreso con los célebres caracteres de Vindelin de Spira).

Un dia que pasaba tristemente por delante de la Tournelle criminal, vió un gran gentio en una de las puertas del palacio de justicia. —¿Que es eso? preguntó á un jóven que salia del palacio.

— No lo sé, caballero, respondió el jóven; dicen que estan juzgando á una muger que ha asesinado á un capitan. Como parece que hay algo de hechiceria en todo eso, el obispo y el provisor ha intervenido en la causa, y mi hermano, que es el arcediano de Jósas, no se separa del tribunal. Y es el caso que tenia que hablarle, pero no he podido llegar hasta él á causa del gentio, lo que me fastidia muy de veras; porque necesito dinero.

—De buena gana os lo prestaria, caballero, respondió Gringoire; pero os aseguro que si mis calzas estan agujereadas, no es por los escudos.

No se atrevió á decir al jóven que conocia á su hermano el arcediano, á quien no habia vuelto á visitar desde la escena de la iglesia; negligencia que le tenia confuso.

Prosiguió su camino el estudiante, y Gringoire empezó á seguir á la muchedumbre que subia la escalera mayor del tribunal: iba él calculando en sus adentros que no hay espectáculo mas propio para disipar la melancolía que un proceso criminal, tanto se presta á la risa la habitual estupidez de los jueces. La gente á que se habia mezclado andaba y se codeaba en silencio; despues de un largo é insípido pisoteo por un largo corredor sombrío, que serpeaba por el palacio como el canal intestinal del viejo edificio, llegó á una puertecilla baja que desembocaba en una sala, que su alta estatura le permitió explorar de una ojeada por encima de las ondeantes cabezas de la multitud.

Era la sala grande y sombría, lo que la hacia parecer mayor todavia. Acercábase la noche; no dejaban ya penetrar las largas ventanas ogivas mas que un pálido crepúsculo que se apagaba antes de llegar á la bóveda, enorme enrejado de vigas esculpidas, cuyas mil figuras parecian moverse confusamente en la sombra. Habia muchas velas encendidas por una parte y por otra sobre las mesas, que derramaban su luz sobre las cabezas de los escribanos inclinados sobre inmensos mamotretos. La parte delantera de la sala estaba ocupada por el gentio: á derecha y á izquierda habia hombres con togas y mesas; en el fondo sobre un tablado, numerosos jueces cuyas últimas filas se perdian en las tinieblas; caras inmóviles y siniestras. Cubiertas estaban las paredes de infinitas flores de lis; distinguianse confusamente una imájen de Cristo crucificado encima de los jueces, y por do quiera picas y alabardas, á cuyas puntas daba la luz de las velas remates de fuego.

—¿Caballero, — preguntó Gringoire á uno de sus vecinos, — quienes son todos esos personages formados allá abajo como prelados en concilio?

—Caballero, dijo el vecino, — los que estan á la derecha son los consejeros de la sala del crímen, y los que estan á la izquierda son los consejeros de la sala de informacion; los magistrados de ropage negro y de ropage encarnado.

—¿Y aquel que está encima de todos, — repuso Gringoire, — aquel tomate que suda, quien es?

—Es el Sr. presidente.

—¿Y aquellos borregos que estan detrás? — prosiguió Gringoire, el cual como ya hemos dicho, era poco amigo de la magistratura, lo que provenia acaso del rencor que guardaba al palacio de justicia desde su malandanza dramática.

—Son los Sres. procuradores del palacio del Rey.

—¿Y aquel jabalí que está delante?

—Es el señor escribano de la sala del parlamento.

—¿Y á la derecha aquel cocodrilo?

—Maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey.

—¿Y á la izquierda aquel gatazo negro?

—Maese Jaime Charmolue, procurador del rey en el tribunal eclesiástico, con los Sres. de la curia eclesiástica.

—¿Y podeis decirme, caballero, añadió Gringoire, que hace ahí toda esa buena gente?

—Estan juzgando.

—¿Y á quien juzgan? no veo ningun acusado?

—Juzgan á una mujer; pero no podeis verla, porque nos vuelve la espalda y la oculta el gentío.

—Allí está, mirad, entre aquel grupo de partesanos.

—¿Quien es aquella mujer? preguntó Gringoire. ¿Sabeis como se llama?

—No señor; en este instante acabo de llegar; pero presumo que ha de haber algo de brujería en todo esto, pues asiste al proceso el provisor.

—¡Adelante! dijo nuestro filósofo, vamos á ver á

Digitized by Google

esos togados comer un poco de carne humana. Es un espectáculo como cualquier otro.

—¿Caballero, observó el vecino, no os parece que Maese Jaime Charmolue tiene traza de hombre compasivo?

—¡Hum! respondió Gringoire; no me fio de una compasion que tiene las narices remangadas y los lábios sutiles.

Impuso entónces silencio el auditorio á los interlocutores, porque iba en aquel momento á oirse una importante atestiguacion.

—Señores, decia en mitad de la sala una vieja cuyo rostro tanto desaparecia bajo sus vestidos, que cualquiera la hubiera tomado por un monton de guiñapos andando; señores, tan cierto es ello como es cierto que yo soy la Falourdel, establecida hace cuarenta años en el Puente de S. Miguel, sin dejar nunca de pagar exactamente rentas, laudemios y censuales, frente por frente á la casa de Tassin-Caillart, el tintorero, que vive junto al rio; contra la corriente. —¡Una pobre vieja en el dia, una buena moza en otros tiempos, señores jueces! De algunos dias á esta parte me decian; la Falourdel, no hay que hilar mucho de noche; el diablo peina con sus cuernos la rueca de las viejas. Es seguro que el monge en pena que andaba el año pasado por el lado del *Temple*, ronda ahora por la ciudad. ¡La Falourdel, cuidado no llame á vuestra puerta! Una noche estaba yo hilando; llaman á mi puerta; pregunto, ¿quien? Oigo unos juramentos; abro, entran dos hombres, uno muy negro con un capitan buen mozo: al primero no se le veian mas que dos ojos negros dos brasas; todo lo demas era capa y sombrero. —Luego me dicen: —El cuarto de Sta. Marta, que es mi cuarto de arriba, señores, el mas decente.— Me dan un escudo, le meto en un cajon, y digo: para comprar tripas mañana en la carnicería de la Glorieta. —Subimos. —Cuando llegamos al cuarto de arriba, mientras estaba yo vuelta de espaldas, zas, desaparece el hombre negro, lo que me sorprendió un poco. El capitan, que era hermoso como un gran señor, baja conmigo; se va y tarda..... así... en cuanto se hila un copo... y vuelve con una chica preciosa, una muñeca que hubiera brillado como un sol si hubiera llevado algo en la cabeza; con ella venia un macho cabrio, un gran macho cabrio, blanco ó negro, ya no me acuerdo. Esto me dió mucho en que entender; la muchacha, santo y bueno; ¡pero el macho cabrio! no me gustan esos vichos porque tienen barbas y cuernos, y luego se parecen á los hombres: ademas huelen á *sábado*. Sin embargo, callé, ya tenia yo mi escudo, ¿hice bien? ¿no es verdad, señor juez? Acompaño pues arriba á la chica y al capitan y los dejo solos, es decir, con el macho cabrio; bajo y me pongo á hilar. —Es de advertir que mi casa tiene el piso bajo y un piso principal que da por detras sobre el rio como las otras casas del puente y que las ventanas de ambos pisos se abren sobre el rio. —Estaba yo; pues, como iba diciendo, hilando mi lino; no sé porque pensaba entónces en el monge en pena que me trajeron á la memoria el macho cabrio, y la muchacha que estaba por cierto ataviada de un modo algo particular. —A lo mejor oigo un grito arriba, siento que cae algo de peso en el suelo, y que se abre la ventana; voy corriendo á la mia que estaba debajo, y veo pasar delante de mis ojos una cosa negra que cae en el agua; era una fantasma vestida de sacerdote. La luna estaba muy clara, y repito que lo ví como si fuera de dia; iba nadando hácia la ciudad. Entónces toda temblando llamo á la ronda; entran los señores de la docena, y por mas señas que en el primer momento, no sabiendo de que se trataba, como estaban algo achispados me pegaron una soba. Expliquéles todo; subimos, ¿y que es lo que hallamos? Mi pobre cuarto todo lleno de sangre; el capitan tendido en el suelo cuan largo era con un puñal en el cogote; la muchacha haciendo la mortecina, y el macho cabrio todo atolondrado: —Bueno, dije, ya tengo para quince dias de faena con lavar el suelo: —habrá que raspar, y eso es terrible. —¡Se llevan al capitan! ¡pobre mancebo! y á la muchacha toda despechugada. —Pero no es eso todo; lo peor fue que al dia siguiente, cuando fuí á buscar el escudo para comprar las tripas, hallé en su lugar, ¡una hoja seca!

Calló la vieja: un murmullo de horror circuló por el auditorio. —Ese fantasma, ese macho cabrio, todo eso me huele á magia, dijo uno junto á Gringoire.— ¡Pues y la hoja seca! añadió otro. —Es evidente, repuso un tercero, que es una bruja que tiene pacto con el monge en pena para desbalijar á los oficiales. —El mismo Gringoire estaba á punto de hallar espantosa y verosímil aquella aventura.

—¿Mujer Falourdel, dijo el señor presidente con magestad, nada mas teneis que decir á la justicia?

—No Sr. respondió la vieja, sino que en el informe se trata á mi casa de tugurio asqueroso y hediondo, lo que es hablar ignominiosamente. Las casas del puente no tienen grande apariencia, porque hay muchísimos inquilinos en ellas; pero no por eso dejan de habitarlas los carniceros que son personas ricas y casados con mujeres muy límpias.

El magistrado que le pareció á Gringoire un cocodrilo, se puso en pié: —¿Silencio! dijo. Pido á estos señores que no pierdan de vista que se ha hallado un puñal sobre el acusado. —¿Mujer Falourdel, habeis traido la hoja en que se transformó el escudo que os dió el demonio?

—Si Sr. respondió, aquí la teneis.

Entregó un hugier la hoja seca al cocodrilo que hizo un lúgubre movimiento de cabeza, y la pasó al presidente, quien se la dió al procurador del rey, de modo que dió vuelta á toda la sala. —Es una hoja de abedul, dijo maese Jaime Charmolue; nueva prueba de mágia,

Un consejero tomó la palabra.—Testigo, dos hombres entraron al mismo tiempo en vuestra casa; el hombre negro, á quien primero visteis desaparecer y luego nadar por el Sena vestido de sacerdote, y el capitan. —¿Cual de los dos os entregó el escudo?

Reflexionó un momento la vieja, y dijo: —El capitan.

Un vago rumor circuló por el auditorio.

—¡Ah! dijo para sí Gringoire, esto me pone en duda.

De nuevo intervino maese Felipe Lheulier, el abogado extraordinario del rey. —Hago presente á estos señores que en su declaracion escrita junto á la cabecera de su lecho de muerte, el oficial asesinado, confesando que se le habia venido á las mientes, cuando se le acercó el hombre negro, que aquel podia ser muy bien el monge en pena, añadió que la fantasma le habia escitado con empeño singular á que fuese á verse con la acusada; y habiéndole el capitan hecho presente que no tenia dinero, dióle el escudo con que el susodicho capitan pagó á la Falourdel. De donde resulta que el escudo es una moneda del infierno.

Esta observacion concluyente hubo de disipar todas las dudas de Gringoire y demas escépticos que se hallaban presentes.

—Estos Sres. tienen los documentos, añadió sentándose el abogado del rey, y pueden consultar la declaracion del capitan Febo de Chateaupers.

Al oir este nombre púsose en pié la acusada, alzando la cabeza por cima del gentio: aterrado Gringoire reconoció á la Esmeralda.

La pobre gitana estaba pálida; sus cabellos, ántes tan preciosamente trenzados y ornados de zequíes, caian en desórden; sus lábios estaban azules, sus ojos hundidos asustaban. ¡Infeliz!

—¡Febo! dijo con delirio, ¿donde está? ¡Oh, señores! ¡ántes de matarme decidme por amor de Dios si vive todavia!

Digitized by Google

—Callad, mujer, respondió el presidente; eso no os importa á vos.

—¡Oh! ¡por compasion! ¡decidme si vive! repuso cruzando sus hermosas manos enflaquecidas; y se oian resonar sus cadenas á lo largo de su falda.

—¡Pues bien! dijo con sequedad el abogado del rey, se está muriendo. ¿Estais contenta?

La desdichada volvió á caer en su asiento; sin voz, sin lágrimas, blanca como una estátua de cera.

Inclinóse el presidente á un hombre colocado á sus piés que tenia un gorro de oro y un ropon negro, una cadena al cuello y una vara en la mano.—Hugier, introducid á la segunda acusada.

Todas las miradas se volvieron hácia una puertecilla que se abrió y, con gran palpitacion de Gringoire, dió paso á una linda cabrita con cuernos y patitas de oro. Paróse un momento en el dintel el animalito, alargando el pescuezo, como si encaramada en la punta de una roca hubiese tenido á la vista un inmenso horizonte. Vió de repente á la gitana, y brincando por cima de la mesa y de la cabeza del escribano, púsose en dos saltos sobre sus rodillas; luego se revolcó graciosamente á los piés de su ama, solicitando una palabra ó una caricia; pero la acusada permaneció inmóvil, y ni aun la pobre Djalí pudo obtener una mirada.

—¡Calla!... este es aquel animalucho tan feo, dijo la vieja Falourdel; y bien que las reconozco á las dos.

Tomó la palabra Jaime Charmolue:—Si les acomoda á estos señores, pasaremos al interrogatorio de la cabra.

Esta era en efecto la segunda acusada, y no era cosa nada extraña á la sazon un proceso de brujeria entablado contra un animal. Hállase entre otros en las cuentas del Prebostazgo de 1466 un curioso detalle de las costas del proceso de Guillet-Soulart y su gorrina, ajusticiado por sus deméritos en Corbeil. Nada falta en aquel documento, ni el coste de los fosos para meter á la gorrina, ni los quinientos haces de leña menuda tomados en el puerto de Morsant, ni los tres azumbres de vino y el pan, último banquete dividido fraternalmente con el verdugo, ni aun los once dias de cuidado y manutencion de la gorrina, á ocho dineros parisies cada uno. Y no siempre se contentaba con los animales la justicia de entónces; las capitulares de Carlo Magno y de Luis el Benigno imponen graves castigos á las fantasmas inflamadas que tengan la osadia de presentarse en los aires.

El procurador del rey en el tribunal eclesiástico exclamó:—Si el demonio que posee á esta cabra, y que ha resistido á todos los exorcismos persiste en sus maleficios y aterra con ellos al tribunal, le prevenimos que tendremos que reunir contra él el patíbulo y á la hoguera.

Un sudor frio heló el cuerpo de Gringoire. Cogió Charmolue sobre la mesa la pandereta de la gitana, y presentándosela de cierto modo á la cabra, le preguntó:—¿Que hora es?

Miróle la cabra con ojos inteligentes, alzó su patita dorada y dió siete golpes; eran en efecto las siete. Un movimiento de terror circuló por la muchedumbre: Gringoire no pudo contenerse.

—¡Se pierde miserablemente! exclamó en alta voz, bien veis que no sabe lo que se hace.

—¡Silencio, villanos de ese rincon de la sala! dijo con voz ágria el hugier.

Jaime Charmolue con ayuda de los mismos manejos de pandereta, hizo hacer á la cabra otras mil travesuras sobre la fecha del dia, el mes del año, etc., etc., de que ya ha sido testigo el lector. Y por una ilusion de óptica natural en los debates judiciales, aquellos mismos espectadores que acaso mas de una vez habian aplaudido en las calles las inocentes malicias de Djalí, se sintieron despavoridos al verlas bajo las bóvedas del palacio de Justicia. La cabrita era decididamente el diablo.

Y fue aun mucho peor cuando, habiendo vaciado sobre el suelo el procurador del rey un cierto saquito de cuero lleno de letras movedizas que llevaba al cuello Djalí, vieron á la cabra formar con su patita con aquel alfabeto el nombre fatal de *Febo*. Aparecieron entónces irresistiblemente demostrados los sortilejios de que habia sido víctima el capitan; y á los ojos de todos, la gitana, aquella preciosa bailarina que tantas veces habia hechizado al pueblo con sus primores, no fue ya mas que un horrible vampiro.

Entretanto la infeliz no daba ninguna señal de vida; ni las graciosas evoluciones de Djalí, ni las amenazas del tribunal, ni las sordas imprecaciones del auditorio, nada distraia su pensamiento.

Fue preciso para sacarla de su letargo que un alabardero la empujase sin compasion, y que en tono solemne alzase la voz el presidente:—Mujer, sois de raza gitana, dedicada á los maleficios; habeis, en complicidad con la cabra hechizada, implicada en el proceso, en la noche del 29 de marzo último, magullado y dado de puñaladas, de acuerdo con las potencias de las tinieblas y con ayuda de prácticas y sortilegios, á un capitan de los arqueros del rey, Febo de Chateaupers.—¿Insistís en la negativa?

—¡Que horror! exclamó la jóven cubriéndose el rostro con ambas manos.—¡Febo mio! ¡oh! ¡este es el infierno!!

—¿Insistís en negar? preguntó con frialdad el presidente.

—¡Si lo niego! dijo la gitana con acento terrible, poniéndose en pié y echando llamas por los ojos.

El presidente continuó impertérrito:—¿Pues entónces como explicais los hechos de que se os acrimina?

La infeliz respondió con voz doliente y cortada por los sollozos:—Ya lo he dicho, no lo se.—¡Ha sido un sacerdote, un sacerdote á quien no conozco; un sacerdote infernal que me persigue!...

—Eso es, repuso el juez; el monge en pena.

—¡Oh, señores! ¡tened compasion de mí!! yo no soy mas que una pobre mujer.....

—De Egipto, dijo el juez.

Maese Jaime Charmolue tomó la palabra con dulzura:—Atendida la dolorosa obstinacion de la acusada, pido la aplicacion del tormento.

—Concedido, dijo el presidente.

Estremecióse la desdichada de piés á cabeza; levantóse no obstante á intimacion de los partesaneros, y echó á andar con paso bastante firme, precedida de Charmolue y de los sacerdotes de la curia, entre dos filas de alabarderos, hácia una puerta secreta que se abrió de pronto, y volvió á cerrarse al punto detras de ella, lo que hizo el mismo efecto al triste Gringoire que si acabaran de devorarla unas horribles fauces.

Apenas desapareció, oyóse un lastimero balido; era que la cabrita lloraba

Suspendióse la audiencia, y como un consejero hiciese presente que aquellos señores estaban cansados, y que seria cosa larga esperar hacia el fin del tormento, respondió el presidente que un magistrado debe saber sacrificarse á su deber.

—¡Vaya una muñeca apestante y ridícula, dijo un juez ya entrado en años, que se hace dar tormento cuando no hemos cenado!!...

II.

CONTINUACION DEL ESCUDO CONVERTIDO EN HOJA SECA.

Despues de haber subido y bajado algunos escalones en corredores tan oscuros que habia que iluminarlos con lámparas en mitad del dia, la Esmeralda, rodeada siempre de su lúgubre comitiva, fue metida

Digitized by Google

por los alabarderos en una estancia siniestra. Aquella estancia, de forma redonda, ocupaba el primer piso de una de aquellas macizas torres que atraviesan, aun en nuestro siglo, la capa de edificios modernos con que cubre el nuevo Paris al antiguo. Ninguna ventana habia en aquel sótano, ni mas abertura que la entrada, sumamente baja y cubierta con una enorme puerta de hierro. No faltaba sin embargo gran claridad en aquel sitio; en el grueso de la pared veíase un horno en que estaba encendida una abundante lumbre que llenaba la estancia con sus calientes reverberaciones, y despojaba de todo reflejo á una miserable vela que yacia encendida en un rincon. El rastrillo de hierro que servia para cerrar el horno, y que estaba levantado á la sazon, no dejaba ver en el orificio del respiradero que llameaba sobre la tenebrosa pared, mas que la extremidad inferior de sus barras, como una hilera de dientes negros, agudos y separados, lo que daba alguna semejanza á aquella hornaza con una de aquellas bocas de dragones que brotan llamas en las leyendas. A favor de la luz que de ella salia, vió la prisionera en todo el circuito de la estancia mil espantosos instrumentos, cuyo uso no conocia. Veíase en medio un colchon de cuero casi en contacto al suelo, sobre el cual pendia una correa con su ancha hebilla á la punta, atada por la otra á una argolla de cobre que mordia un monstruo chato, esculpido en la clave de la bóveda; tenazas, pinzas, anchas rejas de arado, atestaban el interior del horno, y se encendian en confuso desórden entre las áscuas: el sangriento resplandor de la hornaza no iluminaba en toda la estancia mas que un conjunto de cosas horribles.

Aquel tártaro se llamaba lisa y llanámente el cuarto del tormento.

Sentado estaba con flojedad sobre el colchon maese Pierrat Torterne, el atormentador-jurado: sus criados, dos gnomos de cara cuadrada, mandil de cuero, y calzones de lienzo, daban vueltas á aquellos hierros sobre las brasas.

En vano la pobre niña habia recurrido á todo su valor; al penetrar en aquella estancia, se horrorizó.

Formáronse á un lado los maceros del alcaide de Palacio y al otro los sacerdotes de la curia; un escribano, un tintero y una mesa estaban en un rincon. Acercóse á la gitana con su dulcísima sonrisa maese Jaime Charmolue: —¿Hija mia, dijo, con que insistís en la negativa?

—Sí, respondió ella con voz moribunda.

—En ese caso, repuso Charmolue, será muy doloroso para nosotros el repetir nuestras preguntas con mas instancia de lo que quisiéramos. Tened la bondad de sentaros sobre esa cama.—Maese Pierrat, dejad sitio á esta señorita y cerrad la puerta.

Levantóse gruñendo Pierrat.—Si cierro la puerta, murmuró, se me apagará el fuego.

—Pues bien, amigo mio, respondió Charmolue, dejadla abierta.

La Esmeralda continuaba en pié; aquel lecho de cuero, en que habian agonizado tantos miserables, la llenaba de espanto. Helábala el terror hasta la médula de sus huesos; la infeliz estaba allí, atónita y estúpida. A una señal de Charmolue agarráronla los dos criados y la hicieron sentarse en la cama: no la hicieron ningun daño; pero cuando la tocaron aquellos hombres, cuando la tocó aquel cuero, sintió que toda su sangre se agolpaba á su corazon. Echó una mirada frenética por toda la estancia, y parecióla ver moverse y andar de todas partes hácia ella, para serpearla por el cuerpo y morderla y pincharla, todos aquellos disformes instrumentos de tortura que eran entre los objetos de toda especie que habia visto hasta entónces lo que los murciélagos y las arañas entre los insectos y las aves.

—¿Donde está el médico? preguntó Charmolue.

—Aquí, respondió un bulto cubierto de negro á quien no habia visto aun la gitana.

La infeliz se estremeció profundamente.

—Señorita, repuso la alhagüeña voz del procurador en el tribunal eclesiástico, ¿por tercera vez insistís en negar los hechos de que se os acusa?

Entónces, no pudo hacer mas que una señal con la cabeza: la voz la faltó.

—¡Insistís! dijo Jaime Charmolue; entónces, me aflige sobremanera, pero tendré que cumplir con los deberes de mi oficio.

—¿Señor procurador del rey, dijo Pierrat en tono brusco, por donde empezaremos?

—Dudó un momento Charmolue con el ambíguo ademan de un poeta que busca su consonante.—Por el borceguí, dijo en fin.

Sintióse la infeliz tan profundamente abandonada de Dios y de los hombres, que dejó caer la cabeza sobre su pecho como una cosa inerte que no tiene fuerza alguna.

Acercáronse á ella juntamente el atormentador y el médico; y al mismo tiempo los dos criados pusiéronse á registrar su horrible arsenal. Al oir el retintin de aquellos espantosos hierros, tembló la pobre niña como una rana muerta en una operacion galvánica.—¡Oh! murmuró en voz tan baja que nadie la oyó. ¡Oh! ¡Febo mio!—Y luego volvió á caer en su profunda inmovilidad y en su silencio de mármol; aquel espectáculo hubiera desgarrado cualquier corazon que no fuera el de un juez: parecia la Esmeralda una pobre alma pecadora interrogada por Satanas en la puerta escarlata del infierno. El miserable cuerpo á que iba á agarrarse aquel horrible hormiguero de sierras, ruedas y caballetes, el ser que iban á asir aquellas ásperas manos de verdugos y de tenazas, era sin embargo una dulce, blanca y frágil criatura, pobre grano de trigo que la justicia humana hacía pulverizar en los espantosos molinos del tormento.

En tanto las callosas manos de los criados de Pierrat Torterue desnudaron brutalmente aquella hermosa pierna, aquel pié menudo que tantas veces habia hechizado á los transeuntes con su gracia y lindeza en las plazas de Paris.—¡Es lástima! refunfuñó el atormentador considerando aquellas formas tan graciosas y delicadas. Si el arcediano hubiera estado presente, cierto que se hubiera acordado en aquel momento de su símbolo de la araña y de la mosca. Pronto vió la desgraciada, al trasluz de la espesa nube que cubrió sus ojos, acercarse el *borceguí;* pronto vió amoldado su pié entre las ferradas tablas desaparecer bajo el espantoso instrumento. Entónces el terror la volvió sus fuerzas.—¡Que me quiten esto! exclamó arrebatada; y poniéndose en pié con la melena tendida: —¡Perdon!!

Precipitóse fuera del lecho para arrojarse á los piés del procurador del rey; pero su pierna estaba cogida en el macizo muelle de encina y de hierro y cayó sobre el borceguí mas quebrantada que una abeja con una pesa de plomo en una ala.

A una señal de Charmolue volvieron á sentarla en el lecho, y dos manos bestiales ataron á su frágil cintura la correa que pendia de la bóveda.

—¿Por última vez, confesais los hechos del proceso? preguntó Charmolue con su imperturbable benignidad.

—Soy inocente.

—¿Entónces, señorita, como explicais los cargos que se os imputan?

—¿Y yo, que sé?

—¿Con que negais?—¡Todo!

—¡Adelante! dijo Charmolue á Pierrat.

Dió vuelta Pierrat al puño del carniquí, cerróse el borcequí, y la infeliz lanzó uno de aquellos horribles gritos que no tienen ortografia en ninguna lengua humana.

Digitized by Google

— Teneos, dijo Charmolue á Pierrat; — ¿confesais? dijo á la gitana.

— ¡Todo! exclamó la miserable; ¡todo lo confieso, todo! ¡Perdon!

La desdichada no habia calculado sus fuerzas, arrostrando el tormento. ¡Pobre criatura! Su vida habia sido hasta entónces tan alegre, tan suave, tan dulce que sucumbió al primer dolor.

— La humanidad me obliga á deciros, observó el procurador del rey, que esa declaracion os acarreará la pena de muerte.

— Así lo espero, dijo la infeliz, y volvió á caer sobre el lecho de cuero, moribunda, doblegada, dejándose coger por la correa prendida á su cintura.

— Eh, buena moza, sosteneos un poco, dijo Pierrat levantándola; vaya que os pareceis al borrego de oro que lleva al cuello el señor de Borgoña.

Jaime Charmolue tomó la palabra: — Escribano, estended la declaracion que preste. — ¿Jóven gitana, confesais vuestra participacion en las agapas, *sábados* y maleficios del infierno, con las larvas, duendes y vampiros? Responded.

— Sí, dijo con voz tan baja, que sus palabras se confundieron con su aliento.

— ¿Confesais haber visto el morueco que Belcebú hace aparecer entre las nubes para congregar el *sábado*, lo que solo pueden ver los hechiceros?

— Sí.

— ¿Confesais haber adorado las cabezas de Bofomet, los abominables dolos de los templarios?

— Sí.

— ¿Haber tenido comercio babitual con el diablo bajo la forma de una cabra familiar, aneja al proceso?

— Sí.

— En fin, ¿declarais y confesais haber, con ayuda del demonio y del fantasma vulgarmente llamado el Monge en pena, en la noche del 29 de marzo último, herido y asesinado á un capitan llamado Febo de Chateaupers?

Alzó la gitana sobre el magistrado sus grandes ojos mates, y respondió como maquinalmente, sin convulsion ni violencia: — Sí.

Es evidente que estaba quebrantada el alma de la infeliz.

— Escribid, notario, dijo Charmolue, y dirigiéndose á los atormentadores: — Que suelten á la prisionera, y se la lleven á la audiencia. Luego que *descalzaron* á la prisionera, examinó su pié hinchado aun por el dolor el procurador del rey en el tribunal eclesiástico. — Vamos, dijo; no ha sufrido mucho; gritasteis á tiempo. ¡Todavia podriais bailar, hija mia! — Y luego, volviéndose á sus acólitos de la curia: — ¡Ya aclaró en fin sus dudas la justicia! ¡siempre es un consuelo, señores! esta señorita será testigo de que la hemos tratado con la mayor dulzura posible.

III.

FIN DEL ESCUDO CONVERTIDO EN HOJA SECA.

Cuando ella entró, pálida y cojeando, en la sala de audiencia, acogió su llegada un murmullo de satisfaccion general, que era de parte del auditorio, aquel sentimiento de impaciencia satisfecha que sentimos en el teatro cuando, acabado el último entreacto, se levanta el telon y va á empezar el fin; y de parte de los jueces, esperanza de cenar en breve. La cabrita tambien baló de alegria; quiso correr hácia su ama, pero la habian atado al banco.

Era ya enteramente de noche; las velas, cuyo número no habia aumentado, daban tan poca luz que no se veian las paredes de la sala, en que las tinieblas envolvian todos los objetos en una especie de bruma. Apenas se destacaban de entre la sombra algunas apáticas fisonomias de jueces. En frente de ellos, en la extremidad de la larga sala, podian ver resaltar sobre el fondo oscuro un punto de vaga blancura, que era la acusada.

Llegó la desdichada arrastrando hácia su asiento, y luego que Charmolue se hubo instalado magistralmente en el suyo, sentóse, volvióse á levantar, y dijo sin mostrar escesiva vanidad por su victoria: — La acusada lo ha confesado todo.

—¿Gitana, repuso el presidente, habeis confesado todos vuestros cargos de mágia, de prostitucion y de asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers?

Oprimiósela el corazon; todos la oyeron sollozar en la sombra. — Todo lo que querais, respondió con voz desfallecida; ¿pero matadme pronto!

— Señor procurador del rey en el tribunal eclesiástico, dijo el presidente, el tribunal está pronto á oir vuestras demandas.

Exhibió maese Charmolue un formidable cartapacio y púsose á leer haciendo muchísimos aspavientos con la acentuacion exagerada de la golilla, una oracion en latin en que se confundian todas las pruebas del proceso, entre mil perífrasis ciceronianas, flanqueadas de citas sacadas de Plauto, su cómico predilecto. Mucho sentimos no poder ofrecer al lector aquel notable documento; leíale el orador con maravillosa gesticulacion; aun no habia acabado el exordio, y ya le saltaban el sudor de la frente y los ojos de la cabeza. De pronto, precisamente en la mitad de un período, interrumpióse el procurador, y su mirada, por lo general bastante amable y aun algo necia, brotaba llamas: — Señores, exclamó en frances, porque lo que iba á decir no estaba en el texto, tan metido está Satanás en este asunto, que ahí lo veis, señores, asistiendo á nuestros debates y haciendo mofa de su magestad. — ¡Mirad! Y esto diciendo, señalaba con el dedo á la cabrita, que viendo gesticular á Charmolue, habia creido en efecto que no seria fuera de propósito hacer otro tanto, y asentóse sobre ambas posaderas, reproduciendo como Dios la daba á entender, con sus patitas delanteras y su cabeza barbuda la patética pantomima del procurador del rey en el tribunal eclesiástico, lo que constituia, si no lo ha olvidado el lector, una de sus inocentes habilidades. Este incidente, esta última *prueba*, hizo grande efecto: ataron las patas á la cabra, y el procurador del rey anudó el roto hilo de su elocuente relato. Largo era el discurso, pero la peroracion fue admirable; hé aquí su última frase, á la cual debe añadir el lector la voz enronquecida y desalentada accion de maese Charmolue: — « Ideo Domni, coram stryga demonstrata, crimine » patente, intentione criminis existente, in nomine » sanctœ Ecclésiœ Nostrœ Dominœ parisiensies, quœ » est in saisina habendi omnimodum altam et bassam » justitiam in illa hac intemerata Civitatis insula, te» nore prœsentium declaramus nos requirere, primo, » aliquamdam pecuniariam indemnitatem, secundo, » amendationem honorabilem ante portalium maxi» mum Notrœ-Dominœ, ecclesiœ cathedralis; tertio, » sententiam in virtute cujus ista stryga cum sua ca» pella, seu in trivio vulgariter dicto la Greve, seu » in insula exeunte in fluvio Secanœ, justá pointam » jardini regalis executatœ sint.

Y se puso su bonete y se sentó.

— ¡Eheu! suspiró Gringoire dolorido, *bassa latinitas*!

Otro hombre vestido de negro se puso en pié junto á la acusada; aquel era su abogado. Los jueces, como no habian cenado, empezaron á murmurar.

— Abogado, sed breve, dijo el presidente.

— Señor presidente, respondió el abogado, puesto que la demandada ha confesado el crimen, solo me falta añadir una palabra: señores: Hé aquí un texto de la ley sálica: — »Si una vampira se come á un hom»bre, de cuyo delito queda convicta y confesa, pa»gará una multa de ocho mil dineros, que hacen dos-

Digitized by Google

»cientos sueldos de oro. » —Pido al tribunal que condene á mi clienta á la multa.

—Texto abrogado, dijo el abogado extraordinario del rey.

—*Nego*, replicó el defensor.

—¡Que se ponga á votacion! dijo un consejero; el crímen está probado, y ya es tarde.

Procedióse á la votacion en el acto; los jueces opinaron con sus bonetes, porque tenian prisa. Veíanse sus cabezas encapilladas, irse descubriendo una á una en la sombra, al oir la lúgubre pregunta que les dirigia en voz baja el presidente. Parecia que la pobre acusada los miraba, pero sus ojos turbios no veian.

Púsose luego á escribir el notario, y entregó en mano propia al presidente un largo pergamino: oyó entónces la infeliz cierto movimiento en el pueblo, un confuso choque de alabardas y una voz glacial que decia:

—Gitana, el dia en que lo mande el rey nuestro señor, á la hora de medio dia, seréis llevada en un ca-

Tormento de la Esmeralda.

reton, en camisa, descalza y con la cuerda al cuello delante de la portada principal de Ntra. Sra, para hacer pública retraccion con una vela de cera del peso de dos libras en la mano, y desde allí sereis conducida á la plaza de la Gréve, donde seréis ahorcada en el cadalso de la villa, é igualmente esa vuestra cabra y pagareis al provisor tres leones de oro en reparacion de los crímenes por vos cometidos y confesados de hechiceria, májia, lujuria y asesinato sobre la persona del señor Febo de Chateaupers. Dios perdone á vuestra alma!

—¡Oh! ¡estoy soñando! murmuró la infeliz, y sintió unas manos ásperas que se la llevaban.

IV.

LASCIATE OGNI SPERANZA.

En la edad media cuando un edificio estaba completo, tenia la mitad fuera y la mitad dentro de la tierra. A menos que estubieran construidos sobre un terraplen, como Ntra. Sra. de Paris, un palacio, una fortaleza, una iglesia estaban divididos en dos cuerpos por el nivel del suelo. En las catedrales, habia en cierto modo otra catedral subterránea, baja, oscura, misteriosa, ciega y muda, debajo de la nave superior en que rebosaba la luz y resonaban dia y noche los órganos y las campanas; á veces habia un se-

Digitized by Google

pulcro. En los palacios, en las fortalezas, era una prision, á veces un sepúlcro, á veces las dos cosas juntas. Aquellas poderosas construcciones, cuyo sistema de formacion y *vegetacion* hemos explicado ya no tenian, solo cimientos, sino, por decirlo así, raices que iban ramificándose en el suelo en estancias, en galerias, en escaleras, como la construccion superior, de modo que á las iglesias, los palacios y las fortalezas, les llegaba la tierra hasta la cintura. Los sótanos de un edificio eran otro edificio, á que se bajaba en vez de subir, y que aplicaba sus pisos subterráneos á la mole de los pisos exteriores del monumento, como aquellos bosques y aquellas montañas que se reflejan, boca abajo en el agua trasparente de un lago debajo de los bosques y las montañas de la orilla.

En la bastilla de S. Antonio, en el palacio de justicia de Paris en el Louvre, aquellos edificios subterráneos eran prisiones: los pisos de aquellas prisiones, á medida que se hundian en el suelo, iban adelgazándose y oscureciendo como otras tantas zonas en que se eslabonaban los matices del horror. Dante no pudo imajinar cosa mejor para su infierno Aquellos embudos de calabozos desembocaban por lo general en un foso bajo como el fondo de una cuba en que Dante colocó á Satanás, en que la sociedad colocaba á sus reos. Encerrada una vez en aquel sitio una miserable existencia, adíos la luz, el aire, la vida, *ogni speranza*; ya no salia de allí mas que para ir al patíbulo ó á la hoguera: á veces se podria allí; la justicia humana llamaba á aquello *olvidar*. Entre los hombres y él, sentia el reo pesar sobre su cabeza una inmensa mole de piedras y de carceleros; y la prision entera, y toda la maciza fortaleza, no eran mas que una enorme cerradura complicada que le sepultaba fuera del mundo vivo.

En el fondo de una de estas cubas en uno de los escondrijos abiertos por S. Luis, en el *in pace* de la Tournelle es donde habian, sin duda por miedo de que se escapara, encerrado á la Esmeralda condenada á muerte, con el colosal palacio de justicia sobre su cabeza. ¡Pobre mosca que no hubiera podido remover la menor de sus piedras!

Cierto que la providencia y la sociedad habian sido con ella igualmente injustas; no era necesario semejante lujo de infortunio y de tormento para quebrantar á tan frágil criatura.

Allí estaba la infeliz, perdida en las tinieblas, sepultada, enterrada, emparedada; quien hubiera podido verla en aquel estado, despues de haberla visto reir y danzar al sol, se hubiera estremecido. Fria como la noche, fria como la muerte, sin un soplo de aire en sus cabellos, sin un eco humano en sus oidos, sin un rayo de luz en sus ojos; doblada, cargada de cadenas, acurrucada junto á un cántaro y un pan sobre un poco de paja en el charco que formaban debajo de ella los rezumos del calabozo, sin movimiento casi sin vida, ni tan siquiera sufria. Febo, el sol, la luz del dia, el aire, las calles de Paris, las danzas y los aplausos, las dulces pláticas de amor con el capitan; luego el sacerdote, la vieja, el puñal, la sangre, el tormento, la horca; todas estas cosas pasaban por su mente, ya como una vision sonora y dorada, ya como una disforme pesadilla. Pero no era aquello mas que una lucha horrible y vaga que se perdia en las tinieblas, ó una música lejana que sonaba allá arriba, sobre la tierra y que no se oia en la profundidad á que habia caido la desdichada. Desde que estaba allí, ni velaba, ni dormia, en aquel infortunio en aquel calabozo, así la era dado distinguir la vijilia de el sueño, la ilusion de la realidad, como el dia de la noche: todo estaba mezclado, confundido, flotante, confusamente revuelto en su mente. Ya no sentia, ya no salia; ya no pensaba: á lo mas soñaba. Jamás criatura viva habia penetrado tan profundamente en la nada.

Así embotada, helada, petrificada, apenas habia advertido dos ó tres veces el ruido de una trampa que se habia abierto por allí sobre ella, sin dejar siquiera entrar un poco de luz, y por la cual la habia arrojado una mano un pedazo de pan negro: aquella era sin embargo la única comunicacion que la quedaba con los hombres, la visita periódica del carcelero. Solo una cosa ocupaba aun maquinalmente los oidos; encima de su cabeza filtraba la humedad por entre las piedras enmohecidas de la bóveda, y de ella se desprendia á iguales intérvalos una gota de agua. La pobre Esmeralda escuchaba estúpidamente el ruido que hacia aquella gota de agua cayendo en el charco, junto á ella.

Aquella gota de agua cayendo en aquel charco era el único movimiento que existia en torno suyo, el único reloj que indicaba el curso de las horas, el único ruido que llegaba hasta ella de todo el ruido que cubre la superficie de la tierra.

Para decirlo todo, sentia tambien de cuando én cuando, en aquella cloaca de fango y de tinieblas, una cosa fria que se deslizaba á veces sobre sus piés y sus brazos, haciéndola estremecerse.

Desde cuando estaba allí lo ignoraba. Acordábase de una sentencia de muerte pronunciada en algun sitio contra alguno, y de que luego se la habian llevado, y que al fin se despertó de noche, en medio del silencio y tiritando de frio. Habríase arrastrado sobre las manos y entónces unas argollas de hierro la desgarraron los tobillos y oyó un crugido de cadenas: habia reconocido que todo era paredes á su alrededor y que debajo de su cuerpo habia una losa cubierta de agua y un monton de paja; pero ni tenia luz ni ventana. Entónces, sentóse sobre aquella paja; y á veces; para cambiar de postura, sobre el último escalon de unas gradas de piedra que habia en su calabozo. Una vez, procuró contar los negros minutos que media por ella la gota de agua, pero pronto se rompió por sí mismo en su cabeza aquel triste trabajo de un cerebro enfermo dejándola en su estupor.

Llegó en fin un dia ó una noche (porque la noche y el dia tenian el mismo color en aquel sepulcro) en que oyó encima de ella un ruido mas fuerte que el que hacia por lo general el carcelero cuando la llevaba su pan y su cántaro de agua. Levantó la cabeza, y vió un resplandor rojizo que entraba por las rendijas de la especie de puerta ó trampa abierta en la bóveda del *in pace*. Rechinaron al mismo tiempo los macizos cerrojos, giró la trampa sobre sus herrumbrosos goznes, y vió la prisionera una linterna,



Digitized by Google

una mano y la parte inferior del cuerpo de dos hombres, pues era la puerta demasiado baja para que pudieran verse sus cabezas. Tanto la hirió la luz en el primer momento que cerró los ojos.

Cuando volvió á abrirlos, estaba ya cerrada la puerta, veíase el farol sobre un escalon de las gradas, y un hombre, solo, estaba en pié delante de ella. Caíale hasta los piés una sotana negra, y un antifaz del mismo color le cubria el rostro; nada se veia de su persona, ni su cara, ni sus manos. Parecia un largo sudario negro que se sostenia en pié, y bajo el cual se sentia moverse alguna cosa. Miró la gitana por algunos minutos de hito en hito á aquella especie de espectro, pero ni uno ni otro hablaban; parecian dos estatuas, una delante de otra. Solo dos cosas parecian vivir en aquel calabozo; la mecha de la linterna que chirriaba á causa de la humedad de la atmósfera y la gota de agua de la bóveda que cortaba aquella respiracion irregular con su monotono caer, y hacia temblar la luz de la linterna en círculos concéntricos sobre el agua espesa del charco.

La prisionera en fin rompió el silencio: —¿Quien sois?

—Un sacerdote.

La palabra, el acento, el sonido de aquella voz, la hicieron estremecerse.

Prosiguió el sacerdote articulando sordamente.

¿Estais preparada?

—¡A qué!

—A morir.

—¡Oh! dijo, ¿y será pronto?

—Mañana.

Su cabeza que se habia levantado con alegria, volvió á caer sobre su pecho. —¡Oh! ¡mucho falta todavia! murmuró; ¿qué mas le daba que fuera hoy?

—¿Con que sois muy desgraciada? preguntó el sacerdote despues de un breve silencio.

—Tengo mucho frio, respondió ella.

Cogióse los piés con las manos, movimiento habitual en los desgraciados que tienen frio, y que ya hemos visto hacer á la reclusa de la torre Roland; sus dientes rechinaban.

Por bajo de su capucha recorrió el sacerdote con los ojos el interior del calabozo: —¡Sin luz! ¡sin fuego! ¡en el agua! ¡que horror!

—Si, respondió la niña con el ademan atónito que la habia comunicado el infortunio; la luz es para todo el mundo; ¿porque no me dan á mí mas que la noche?

—Sabeis, repuso el sacerdote despues de un nuevo silencio, ¿porque estais aquí?

—Creo que lo he sabido, dijo pasando sus dedos enjutos sobre sus cejas como para ayudar á su memoria; pero ya no lo sé.

De repente púsose á llorar como un niño. —Yo quisiera salir de aquí; tengo frio, tengo miedo y hay aquí unos bichos que me cosquillean á lo largo del cuerpo.

—Pues bien, ¡seguidme!

Esto diciendo, cogióla el sacerdote per el brazo; la infeliz estaba hasta el fondo de sus entrañas; y sin embargo aquella mano, la produjo una impresion de frio.

—¡Oh! murmuró ella! es la mano helada de la muerte! —¿Quién sois?

Levantó el sacerdote su capucha y ella le miró.

Vió entónces aquel siniestro semblante que hace tanto tiempo la perseguia, aquella cabeza de demonio que se la apareció en casa de la Falourdel encima de la cabeza adorada de su Febo, aquellos ojos que habia visto brillar por última vez junto á un puñal.

Aquella aparicion, siempre tan fatal para ella, y que la habia impelido de su infortunio hasta el suplicio, la sacó de su profundo letargo. Parecióla que se desgarraba entónces la especie de velo que habia cubierto su memoria. Todos los detalles de su lúgubre aventura desde la escena nocturna en casa de la Falourdel hasta su condenacion en la Tournelle, se agolparon de tropel en su mente, no ya vagos y confusos como hasta entónces, sino evidentes, crudos, palpitantes, terribles. Aquellos recuerdos medio borrados y casi contenidos por el esceso del sufrimiento, se reavivaron á vista de aquel rostro sombrío, como el influjo del fuego hace resaltar limpias y puras sobre el papel blanco las letras invisibles escritas en él con tinta simpática. Parecióla que todas las llagas de su corazon se abrian de nuevo y brotaban sangre á la vez.

—¡Ah! exclamó, las manos sobre los ojos y con un temblor convulsivo, ¡es el sacerdote!

Luego dejó caer sus brazos desfallecidos, y quedó sentada, con la cabeza baja, fijos los ojos en el suelo, muda y sin dejar de temblar.

Mirábala el sacerdote con ojos de milano que se ha mecido por largo tiempo en el alto cielo en torno de una pobre alondra acurrucada entre los trigos, que ha ido estrechando en silencio los formidables círculos de su vuelo, y desplomándose en fin de repente sobre su presa como la flecha del relámpago y la tiene jadeando entre sus garras.

Empezó ella á murmurar en voz baja: —¡Acabad! ¡acabad! ¡el último golpe! y metia aterrada la cabeza entre los hombros como la oveja que espera el hachado del carnicero.

—¡Con que os inspiro horror! dijo el sacerdote.

Ella no respondió.

—¿Decidme si os inspiro horror? repitió.

Contrajéronse los lábios de la desdichada como si fuera á sonreir;

—Si, dijo, el verdugo se mofa del reo: ¡ya hace una porcion de meses que me persigue, que me amenaza, que me aterra! Sin él, Dios mio, ¡que feliz era yo! ¡El es quien me ha precipitado en este abismo! ¡Dios mio! ¡él es quien le ha asesinado!.... ¡á mi Febo!!! y entónces, rompiendo en sollozos y fijando los ojos en el sacerdote: — ¡Oh! ¡miserable! ¿quien sois? ¿que os he hecho yo? — ¿por qué me aborreceis? ¿que teneis contra mí?

—¡Te amo! gritó en fin el sacerdote.

Cortáronse sus lágrimas de repente y fijó en él una mirada odiosa; el arcediano cayó de rodillas delante de ella y la miraba con ojos de fuego.

—¿Lo oyes? ¡te amo! gritó otra vez.

—¡Que amor: dijo la infeliz estremeciéndose.—

—El amor de un condenado, repuso él.

Permanecieron ambos en silencio por algunos minutos abismados bajo el peso de sus sensaciones; él, insensato, ella estúpida.

—Escucha dijo en fin el sacerdote, con una serenidad estraordinaria; todo lo voy á decir. Voy á decirte lo que hasta ahora apenas he osado decirme á mi mismo, cuando examinaba furtivamente mi conciencia en aquellas profundas horas de la noche en que hay tantas tinieblas que parece que Dios no nos vé. Escucha: antes de conocerte, ¡oh mujer! yo era feliz.

—¡Y yo! suspiró la desdichada con voz moribunda.

—No me interrumpas. —Si, yo era feliz, ó á lo ménos creia serlo. Yo era puro, tenia mi alma llena de una límpida claridad; no habia cabeza que se alzase mas orgullosa y radiante que la mia. Los sacerdotes me consultaban sobre la castidad, los doctores sobre la doctrina. Si, la ciencia era todo para mí; era un hermano y una hermana me bastaba. No es esto decir que con la edad no me viniesen otras ideas; mas de una vez palpitó mi carne al ver pasar una forma de mujer. Aquella fuerza del sexo y de la sangre del hombre que, jóven insensato, habia creido yo apagada por toda la vida, habia mas de una vez sacudido convulsivamente la cadena de votos de hierro que me atan, miserable, á las frias piedras del altar. Pero el

Digitized by Google

y uno, la oracion, el estudio, las maceraciones del claustro habian devuelto al alma el dominio del cuerpo. Y ademas yo huia de las mujeres, y sobre todo, bastábame abrir un libro para que todos los impuros vapores de mi cerebro sé disipasen ante el resplandor de la ciencia: al cabo de pocos minutos, sentia yo huir á lo lejos las cosas materiales de la tierra, y hallábame feliz, deslumbrado y sereno en presencia del puro foco de la verdad eterna. Mientras el demonio no me envió para tentarme mas que formas vagas de mujeres que pasaban en tropel por delante de mis ojos, en la iglesia, en la calle, en los prados, y que apenas se reproducian en mis sueños, fácil me fue vencerle. —Escucha: un dia,..

Detúvose aquí el sacerdote, y la prisionera oyó salir de su pecho suspiros estertorosos que parecian arrancados del fondo de sus entrañas.

Luego prosiguió:

—... Estaba yo un dia apoyado en la ventana de mi celda. —¿Que libro estaba leyendo? ¡Oh! todas aquellas cosas forman un caos en mi cabeza. —Estaba leyendo; la ventana daba sobre una plaza: oí un ruido de pandera y de música; incomodado de verme así turbado en mis meditaciones, tiendo la vista á la plaza.... Lo que yo ví, otros lo veian tambien, y sin embargo no era aquel un espectáculo que debieran ver ojos humanos. Allí — en medio de la plaza — eran las doce del dia hacia un sol hermosísimo — una criatura bailaba. —¡Una criatura tan bella!... Sus ojos eran negros y espléndidos; en medio de su negra cabellera algunos cabellos heridos por los rayos del sol, relucian como hilos de oro: sus piés desaparecian en su movimiento como los radios de una rueda que gira con rapidez. En torno de su cabeza, en sus negras trenzas veíanse algunas láminas de metal que chispeaban al sol, y ceñian su frente de una corona de estrellas; su falda cubierta de lentejuelas, rielaba azul y tachonada de chispas mil como una noche de verano; sus brazos, flexibles y morenos, se enlazaban alrededor de su cintura como dos bandas de seda: la forma de su cuerpo era de maravillosa hermosura. ¡Oh celeste aparicion que se destacaba luminosa sobre la misma luz del sol. —Y aquella mujer, — oh niña éras tú. —Atónito, enajenado, hechizado, te seguí mirando, y tanto te miré que me estremecí aterrado, porque sentí que la muerte se apoderaba de mí. —

El sacerdote oprimido se detuvo de nuevo: luego continuó:

—Ya medio fascinado, procuré asirme á alguna cosa para no acabar de caer; recordé los lazos que ya me habia tendido Satanás; la belleza que estaba delante de mis ojos tenia aquella hermosura sobrehumana que no puede venir mas que del cielo ó del infierno; no era aquella una simple mujer hecha con un poco de nuestra tierra y pobremente iluminada en el interior por la vacilante luz de un alma de fuego. ¡Era un ánjel! ¡pero un ánjel de las tinieblas; un ánjel de llama, no de luz! Mientras estaba yo pensando en esto, vi junto á tí una cabra, un animal del *sábado* que me miraba riendo; el sol de mediodia doraba sus cuernos, entreví entónces la emboscada del demonio y no dudé ya que venias del infierno, y que venias para mi perdicion. Lo crei.

Al llegar á este punto, miró el sacerdote de hito en hito á la prisionera, y añadió con frialdad:

—Y lo creo todavia. —El hechizo entre tanto iba poco á poco produciendo sus efectos; tu baile me trastornaba el cerebro, yo sentia irse completando en mí el misterioso maleficio. Todo lo que hubiera debido velar dormia en mi alma; y como los que mueren entre la nieve, sentia yo cierto placer en dejar venir aquel letargo. De pronto empezaste á cantar... ¡que podia yo hacer miserable de mí! Tu canto era aun mas májico que tu baile. —Quise huir, pero fue imposible; me sentí clavado, arraigado en el suelo; pareciame que el mármol del pavimento me habia subido hásta la cabeza. Mis piés eran de hielo, mi cabeza hervia; en fin, acaso tuviste compasion de mí, dejaste de cantar y desapareciste. El reflejo de aquella májica vision, el eco de aquella música encantadora se fueron disipando por grados en mis ojos y en mis oidos: cai entónces en el esconce de la ventana mas frio y mas debil que una estátua derribada. El toque de vísperas me sacó de mi letargo; púseme en pié, y huí. — ¡Pero ah! algo habia caido dentro de mi alma que no podia levantarse ya, algo habia entrado en ella, que yo no podia sacar.

Hizo en esto otra pausa, y prosiguió: — Si, desde aquel dia hubo en mí otro hombre que ya no conocia; quise usar de todos mis remedios, el claustro, el altar, el trabajo, los libros.... ¡Delirios! ¡Oh y cuan hueca resuena la ciencia cuando llama desesperada en ella una cabeza llena de pasiones! — ¿Sabes tú, mujer, lo que yo veia siempre entre el libro y mis ojos? Tú, tu sombra, la imágen de la luminosa aparicion que cruzó un dia el espacio delante de mí. Pero aquella imágen no tenia ya el mismo color que ántes; era sombria, funeral, tenebrosa, como el círculo negro que persigue por largo tiempo la vista del imprudente que ha mirado al sol cara á cara.

No pudiendo libertarme de tí, oyendo siempre resonar tu cancion en mis oidos, viendo siempre tus piés bailar sobre mi breviario, sintiendo siempre de noche, en mis sueños, deslizarse tu forma sobre mis carnes, quise volverte á ver, tocarte, saber quien eras, y ver si te hallaba en efecto semejante á la imájen ideal que me habia quedado de ti, aniquilar acaso mi ilusion con la realidad; en todo caso, espéré que una nueva impresion borraria la primera, y la primera me era ya insoportable. Te busqué — te volví á ver. — ¡Desdichado! Cuando te hube visto dos veces, quise verte mil, quise estarte viendo siempre. Entónces — ¿cómo detenerse en aquel declive del infierno? entónces, dejé de ser dueño de mi mismo; la otra punta del hilo que me habia atado á las alas el demonio, atósele él al pié. Desde entónces me hice vago y errante como tú, te esperé en las puertas, te espié en las esquinas de las calles, te acechĕ desde lo alto de mi torre; y á cada noche que pasaba; hallábame yo mas encantado, mas desesperado, mas hechizado, mas perdido!

Yo sabia quien tú eras, egipcia, bohemia, gitana, cíngara — ¿cómo dudar de la májia? Escucha; esperé que un proceso me libraria de un sortilegio; una hechicera encantó á Bruno de Ast; él la hizo quemar y se curó. Yo lo sabia y quise probar el remedio. Hice primero que te prohibieran ir al átrio de Ntra, Sra., esperando olvidarte si no volvias; tú no hicistes caso y volviste. Luego me ocurrio la idea de robarte y lo intenté una noche; ya eras nuestra, cuando llegó ese miserable oficial, y te puso en libertad: así principió tu infortunio, el mio y el suyo. En fin, no habiendo ya que hacer, te delaté á la curia eclestástica; así esperé curarme, como Bruno de Ast. Tambien pensé confusamente que un proceso te pondria á mi disposiciou; que en un calabozo, serias mia; que allí, no podrias escaparte de mis manos; que ya hacia harto tiempo que me poseias tú para que llegara yo tambien á poseerte. Cuando se hace el mal, es preciso hacer todo el mal: ¡locura pararse en la mitad de un crímen! Su extremo tiene tambien delirios de alegria; en él pueden confundirse en delicias un sacerdote y una hechicera sobre el monton de paja de un calabozo!

Te delaté pues: entonces fue cuando te aterré con mis encuentros; el plan que yo tramaba contra tí, la tempestad que yo conjuraba sobre tu cabeza se escapaba de mí en amenazas y en relámpagos. — Sin embargo, dudaba todavia. Tenia mi proyecto lados espantosos que me hacian retroceder.

Acaso hubiera renunciado á él; acaso mi atroz pensamiento se hubiera desecado en mi cerebro, sin dar sus frutos. Yo creia que siempre dependeria de mí seguir ó cortar el proceso; pero todo mal pensamiento es inexorable y quiere convertirse en hecho; y cuando yo me creia omnipotente, la fatalidad era aun mas poderosa que yo. ¡Infeliz! ¡Infeliz! ella es la que te ha cogido, la que te ha sepultado entre las terribles ruedas de la máquina que yo habia cónstruido tenebrosamente!—Escucha; ya llego al fin....

Un dia—brillaba tambien un sol hermosísimo—veo pasar delante de mí un hombre que pronuncia tu nombre y se rie, y que tiene la lujuria en los ojos.—¡Maldicion! le seguí y tú sabes lo demas.

Calló; la gitana no pudo hablar mas que una palabra. Oh Febo mio!

—¡Calla ese nombre! dijo el sacerdote cojiéndola el brazo con violencia. ¡No pronuncies ese nombre! ¡Oh! ¡miserables de nosotros—ese nombre nos ha perdido!—¡O mas bien todos nos hemos perdido unos á otros, por el inplacable capricho de la fatalidad! Sufres, ¿no es verdad! tienes frio, la noche te vuelve ciega, el calabozo te rodea; pero acaso tienes aun alguna luz en el fondo de tu alma, aun cuando no sea mas que tu amor de niña hácia ese hombre vano que jugaba con tu corazon! ¡mientras que yo! —yo llevo el calabozo dentro de mí; dentro de mí está el invierno, el hielo, la desesperacion; tengo la noche en mi alma. ¿Sabes tú todo lo que yo he sufrido? Yo asistí á tu proceso; yo estaba sentado en el banco de la curia.—Si—bajo una de aquellas capuchas de sacerdole, palpitaban las contorsiones de un condenado. Cuando te llevaron, estaba yo allí; cuando te interrogaron, tambien.—¡Caverna de lobos!—Mi crímen, mi patíbulo se alzaban delante de mí sobre tu frente; á cada testigo, á cada prueba, á cada defensa, allí estaba yo; yo hé podido contar todos tus pasos en la senda dolorosa; tambien estaba yo allí cuando aquella fiera... ¡oh! ¡yo no habia previsto el tormento! Escucha: te seguí á la estancia del dolor; te vi desnudar y manosear medio desnuda por las manos infames del atormentador.—Vi tu pié, aquel pié al que hubiera querido á trueque de un imperio, dar un beso y morir, aquel pié bajo el cual sentiria yo con delicias hecha pedazos mi cabeza; yo le ví metido en aquel horrible borceguí que hace de los miembros de un ser vivo un lodo sangriento. ¡Oh! ¡miserable! mientras veia yo todo aquello, tenia bajo mi sudario un puñal con que desgarraba mi pecho. Al primer grito que diste le sepulté en mis carnes, al segundo, me entró en el corazon mira.—Creo que todavia brota sangre.—

Abrió entónces la sotana: su pecho en efecto, estaba desgarrado como por las garras de un tigre, y tenia en el costado una llaga bastante ancha y mal cerrada.

La prisionera retrocedió horrorizada.

—¡Oh! dijo el sacerdote—mujer—¡ten compasion de mí! Te crees infeliz—¡insensata! tu nó sabes lo que es el infortunio. ¡Oh! ¡amar á una mujer! ¡ser sacerdote! ¡ser aborrecido! amarla con todos los furores de su alma, sentir que daria uno por la menor de sus sonrisas su sangre, sus entrañas, su fama.... lamentarse de no ser rey, génio, emperador, arcángel, Dios, para poner una esclavitud mayor bajo sus piés; pensar en ella, soñar con ella el dia y la noche, y verla enamorada de una librea del soldado y no poder ofrecerla mas que una sucia sotana de sacerdote que la inspirará asco y miedo. ¡Estar presente, con sus celos y su rabia, mientras prodiga ella á un miserable fanfarron imbécil, tesoros de amor y de hermosura! ¡oh, cielo! ¡amar su pié, su brazo, su espalda, pensar en sus venas azules, en su tez morena, hasta el punto de arrastrarse noches enteras sobre las losas de una celda y ver todas las caricias soñadas para ella convertirse en la tortura de no haber logrado mas que acostarla sobre el lecho de cuero! ¡Oh! ¡estas son las verdaderas tenazas enrojecidas al fuego del infierno! ¡Oh! ¡feliz mil veces aquel á quien dividen entre dos tablas y descuartizan entre cuatro caballos! Sabes tú el suplicio que hacen sufrir al cuerpo, durante las largas noches, las arterias que hierven, el corazon que revienta, la cabeza que se parte, los dientes que atarazan las carnes; atormentadores encarnizados que martirizan sin cesar como una parrilla ardiente sobre un pensamiento de amor, de celos, y de desesperacion.—¡Mujer, mujer, perdon! ¡tregua por un momento! ¡Un poco de ceniza sobre esta brasa! ¡Enjuga, yo te lo pido, el sudor que cae á arroyos de mi frente! ¡Niña! martirízame con una mano, pero acarícíame con la otra. ¡Ten piedad, oh niña, ten compasion de mí!—

Revolcábase el sacerdote en el agua de la losa, y se golpeaba el cráneo contra los ángulos de las gradas de piedra. La gitana le escuchaba, le miraba, y luego que él calló rendido y jadeando, repitió ella á media voz:—¡Oh Febo mio!

El sacerdote se arrastró hácia ella de rodillas.

¡Yo te lo pido, exclamó, si tienes entrañas, no me rechaces ¡oh! yo te amo! yo soy un miserable! ¡Cuando pronuncias este nombre, desgraciada, es como si machacases entre tus dientes todas las fibras de mi corazon! ¡Oh compasion! Si vienes del infierno, yo iré á él contigo. Todo lo he hecho para eso,—el infierno en que estés tú ese será mi cielo; ¡oh, dime! ¿no quieres?—¡El dia en que una mujer despreciase un amor como este, creeria yo que se mueven las montañas! ¡Oh si tú quisieras! ¡que felíces podríamos ser!—Huiríamos—yo te haria huir—iríamos á algun retiro, buscaríamos el sitio de la tierra donde hay mas sol, mas árboles, un cielo mas azul: nos amaríamos, confundiríamos nuestras dos almas la una con la otra, y tendríamos una sed inextinguible de nosotros mismos, que ambos abrevíaríamos sin cesar en aquella copa de inagotable amor!—

Interrumpióle la gitana con una carcajada sonora y terrible.—¡Mirad, padre, mirad! ¡teneis sangre junto á las uñas!

Quedó el sacerdote por algunos instantes como petrificado, fijos los ojos en su mano.

—Pues bien,—¡sí! repusó en fin con una dulzura singular, ultrájame, búrlate de mí!—¡mátame, pero ven, ven! Apresuremonos;—te digo que es para mañana.—El cadalso de la Gréve—¿lo sabes? siempre está pronto.—¡Qué horror! ¡verte en aquel espantoso carreton!—¡Oh! piedad—¡piedad! Nunca habia yo conocido hasta ahora hasta que punto te amo.—¡Oh! ¡Sígueme! Luego que te haya salvado la vida, tendrás tiempo—todo el que quieras—para llegar á amarme!—me aborrecerás tambien todo el tiempo que quieras.—Pero ven.... ¡mañana! ¡mañana! ¡el cadalso! ¡tu suplicio! ¡Oh, sálvate! ¡ten compasion de mí!

Y la cojió por el brazo, porque estaba loco, y queria llevársela por fuerza.

Clavó en él la gitana su mirada fija:—¿Que ha sido de mi Febo?

—¡Ah! dijo el sacerdote soltándola el brazo—tienes un corazon de hierro.—

—¿Que ha sido de mi Febo? repitió ella con frialdad.

—¡Ha muerto! exclamó el sacerdote.

—¡Muerto! repitió la infeliz helada é inmóvil; entónces, ¿qué estais hablando de vivir?

Pero él no la escuchaba.—¡Oh, si! decia como hablando consigo mismo, debe haber muerto. La hoja penetró hasta el fondo y creo haber tocado el corazon con ella.—¡Oh! yo vivia hasta la punta del puñal!

Precipitóse sobre él la gitana como un tigre furio-

Digitized by Google

so, y le derribó sobre las gradas de la escalera con una fuerza sobrenatural. — ¡ Vete, monstruo ! ¡ vete asesino ! ¡ déjame morir ! Oh, ¡que la sangre de nosotros dos te haga en la frente una mancha eterna! Ser tuya sacerdote ! ¡ Jamás ! jamás ! nada nos reunirá — ¡ ni aun el infierno ! — ¡ Vete, maldito ¡ — jamás. —

El sacerdote habia tropezado en la escalera: desenredó sin decir palabra sus piés de entre los pliegues de la sotana, cojió su linterna, y empezó á subir lentamente las escaleras que conducian á la puerta; abrióla y salió. — Luego de repente volvió la jitana á ver su cabeza en que brillaba una expresion espantosa, y oyó que le decia con un estertor de rabia y de desesperacion : — ¡ Te digo que ha muerto ! —

Cayó la infeliz al suelo boca abajo, y no se oyó ya en el calabozo otro ruido que el suspiro de la gota de agua que hacia palpitar el charco en las tinieblas.

V.

LA MADRE.

No creo que haya cosa mas alhagüeña en el mundo que las ideas que se despiertan en el corazon de una madre á la vista del zapatito de su hijo: sobre todo si es el zapatito de los dias de fiesta, de los domingos, del bautismo; el zapato bordado hasta debajo de las suelas; un zapato con el cual no ha andado ni siquiera un paso la criatura. Aquel zapatito tiene tanta gracia, y es tan pequeño, le es tan imposible andar, que para la madre es como si viera su hijo. Ella le sonrie, le besa, le habla; se pregunta si es posible en efecto, que un pié sea tan pequeño; y aunque el niño esté ausente, basta aquel lindo zapato para hacerla ver presente la dulce y frajil criatura : cree verle, le ve todo entero, vivo, alegre, con sus manos delicadas, su cabeza redonda, sus lábios puros, sus ojos serenos, cuyo blanco es azul. Si es en invierno, allí está arrastrándose sobre la alfombra, escalando laboriosamente un taburete, y la madre tiembla de que se acerque al fuego : si es en verano, rastrea por el patio, por el jardin, arranca la yerba de entre las piedras, mira con inocencia los perros grandes, los caballos grandes, sin miedo, juega con las chinitas, con las flores, y hace gruñir al jardinero que halla la arena en los acirates y la tierra en los paseos. Todo rie, toda brilla todo juega en torno de él como él, hasta el aliento del aire y el rayo del sol que se confunden en los sutiles rizos de sus cabellos. El zapatito hace ver todo esto á la madre, y la derrite el corazon como el fuego á la cera.

Pero cuando el niño se ha perdido, estas mil imágenes de alegria, de hechizo y de ternura, que se agolpan á vista del zapatito, se convierten en otras tantas cosas horribles, el lindo zapatito bordado no es ya mas que un instrumento de tortura, que ataraza el corazon de la madre. Siempre hace vibrar la misma fibra, la fibra mas profunda y mas sensible; pero en vez de un ángel que la acaricie tiene un demonio que la desgarre.

Una mañana, mientras se alzaba el sol de mayo en uno de aquellos cielos de azul sombrío en que solia colocar el Garofalo sus descendimientos de la cruz, oyó la reclusa de la Torre Roland un ruido de ruedas, de caballos y de herrage en la plaza de la Gréve. Poco llamó aquello su atencion ; anudóse los cabellos sobre las orejas para no oir, y volvióse á contemplar el objeto inanimado que estaba adorando hacia quince años. Aquel zapatito, ya lo hemos dicho, era para ella el universo, sus pensamientos estaban todos encerrados en él, y no debian salir de allí hasta la muerte. Las amargas imprecaciones, las quejas lastimeras; las súplicas y los sollozos con que habia importunado al cielo por aquel primoroso juguete de raso color de rosa solo ha podido saberlo el sombrio calabozo de la Torre Roland : jamás cayó tanta desesperacion sobre un objeto mas lindo y mas gracioso. Aquella mañana parecia que su dolor se exhalaba mas violento aun que otras veces, y oiasela desde fuera lamentarse en voz alta y monotona que partia el corazon.

¡ Oh ! ¡ mi hija ! decia, ¡ hija mia ! ¡ mi pobre y querida hija !—¡ ya nunca te veré mas ! nunca. ¡ Oh! ¡siempre me parece que me sucedió ayer! ¡Dios mio, Dios mio, para quitármela tan pronto, mas valiera no habérmela dado ! — ¡ Ah, miserable de mí, que salí aquel dia ! — ¡ Señor ! ¡ Señor ! para quitármela así, nunca me habias visto con mi hija, cuando yo la calentaba, tan contenta ella, á mi hogar, cuando reia mamando mis pezones, cuando hacia yo subir sus piececitos sobre mi pecho hasta mis lábios ? ¡Oh! si hubierais visto aquello, Dios mio, hubierais tenido compasion de mi alegría ; no me hubierais arrancado el único amor que me quedaba en el corazon! ¡ Tan miserable criatura era yo señor, que no podiais echarme una mirada ántes de condenarme ! — Dios mio, Dios mio ahí está el zapato; pero el pié, ¿donde está? ¿donde está lo demas? ¿donde está la criatura? ¿ Hija mia hija mia que han hecho de ti?—¡Señor volvédmela ! ¡Por quince años se han desollado mis rodillas rezando, Dios mio ! ¿y no os parece bastante? ¡Volvédmela, un dia, una hora, un minuto ; un minuto, Señor, y arrojadme luego al demonio por toda la eternidad ! ¡ Oh ! ¡ si yo supiera donde hallar una punta de vuestra falda, á ella me asiría con ambas manos, y no tendríais mas remedio que volverme mi hija ! ¿ Y no teneis piedad, Señor, de su primoroso zapatito? ¿ Podeis condenar á una pobre madre á este suplicio de quince años? ¡ Santa Virgen! Santa Virgen del cielo! ¡mi pobre niño Jesus, me le han quitado, me le han robado, me le han devorado en una pradera, me han bebido su sangre, me han masticado sus huesos! ¡ Santa Virgen, tened compasion de mí! ¡Mi hija! ¡yo quiero mi hija! ¿qué me importa á mi que esté en el cielo? ¡ yo quiero mi hija ! Yo soy una leona y quiero mi cachorro. ¡ Oh ! ¡ me arrastraré por el suelo, y romperé las piedras con mi frente y me condenaré y os maldeciré Señor! si no me volveis mi hija ! — Ya veis mi hija ! — Ya veis que tengo los brazos martirizados y mordidos, Señor! no tiene piedad el Dios del cielo ! ¡ Oh ! ¡ no me deis mas que sal y pan negro con tal que me deis mi hija y que me caliente ella como un sol ! Dios, bondadoso, yo no soy mas que una vil pecadora ; pero mi hija me hacia ser buena. ¡ Ah! ¡ yo tenia tanta relijion por amor de ella! yo os veia al trazluz de su sonrisa como por una abertura del cielo.— ¡ Oh ! pueda yo una vez, solo una vez, calzar con este zapato su rosado piececito, y moriré Virgen santa bendiciéndoos ! ¡ Quince años ! ¡ ya habria crecido tanto ! — ¡ Pobre criatura ! ¿ y qué ? será cierto que ya no la veré mas, ni aun en el cielo! — porque yo .... yo no iré á él.— ¡ Oh ! ¡ miseria! ¡ decir que tengo aquí un zapato y nada mas !

Arrojóse la desdichada sobre aquel zapato, su consuelo y su desesperacion hacia ya tantos años, y sus entrañas se desgarraban en sollozos como el primer dia, porque para una madre que ha perdido su hijo, todos los dias son el primero en que le perdió. Este dolor no envejece ; en vano se desgastan y blanquean las ropas de luto ; el corazon queda negro. En aquel momento pasaron delante de la celda multitud de alegres y frescas voces de muchachos. Siempre que veia ú oia criaturas ; la pobre madre se precipitaba al ángulo mas sombrío de su sepulcro, y parecia que procuraba hundir su cabeza en la piedra para no oirlos. Aquella vez sin embargo; se puso en pié frenética y escuchó con ansia, uno de los chiquillos acababa de decir ; — Hoy ahorcan á una gitana.

Con el brusco sobresalto de aquella araña que vimos precipitarse sobre una mosca al ver el estremeció

Digitized by Google

miento de su tela, corrió ella á su ventana que caia, como ya hemos dicho, sobre la plaza de la Gréve. En efecto, estaba arrimada una escalera de mano al patíbulo permanente, y el maestro de las bajas-obras se ocupaba en arreglar las cadenas oxidadas por la lluvia. Veíanse algunos grupos en derredor.

Estaba ya lejos el alegre tropel de los muchachos, por lo que la pobre reclusa empezó á buscar con los ojos alguno de quien poder informarse de lo que pasaba.— Vió entonces al lado de su covacha un sacerdote que hacia como que leia en el breviario público, pero que atendia mucho menos á sus letras que al cadalso, hácia el cual echaba de vez en cuando una mirada sombría y feroz: la reclusa reconoció al señor arcediano de Jósas venerado como un santo hombre.

—¿Padre preguntó, á quién van ahorcar?

Miróla el sacerdote y no respondió; pero repitió ella su pregunta, y contestó el sacerdote;

—No lo sé.

—Antes decian ahí unos muchachos que era á una gitana.

—Creo que sí.

Soltó entónces Paquita la Chantefleuri una carcajada de hiena.

—¿Hermana, dijo el arcediano aborreceis mucho á las gitanas?

—¡Si las odio! esclamó la reclusa; ¿no he de odiarlas si son vampiras, ladronas de criaturas? Ellas me han devorado mi hija, ¡mi hija única! ¡Ya no tengo yo corazon, ellas me lo han comido!

Espantosa estaba aquella mujer: el sacerdote la miró con frialdad.

—Una hay sobre todo á quien aborrezco, prosiguió y á quien mil veces he maldecido; es una jóven, que tiene la misma edad que tendria mi hija, si su madre no me la hubiera devorado. Cada vez que esa víbora pasa por delante de mi celda, me revuelve toda la sangre.

—¡Pues bien! hermana, regocijaos, dijo el sacerdote, glacial como la estátua de un sepulcro, esa es la que vais á ver morir.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y se alejó lentamente.

Hizo extremos de alegría la reclusa.— Yo se lo habia profetizado, que subiria al patíbulo! Gracias sacerdote, exclamó.

Y empezó á pasearse á largos pasos delante de las rejas de su ventana, espeluzada, echando llamas por los ojos, golpeando las paredes con sus hombros, con el porte feroz de una loba enjaulada que tiene hambre hace ya mucho tiempo, y siente acercarse la hora de comer.

VI.

TRES CORAZONES DE HOMBRES DISTINTOS ENTRE SÍ.

Febo sin embargo no habia muerto; hombres de su temple tienen la vida dura. Cuando maese Felipe Lheulier, abogado extraordinario del rey, dijo á la pobre Esmeralda, se está muriendo, fue por error ó por chiste, cuando repitió el arcediano á la prisionera, ha muerto, él no lo sabia, pero lo suponia, contaba con ello, lo creia indudable, lo deseaba; le hubiera sido harto duro dar á la mujer que amaba buenas nuevas de su rival. ¡Cualquiera en su lugar hubiera hecho otro tanto.

No es esto decir que la herida de Febo fuese poco grave, pero no lo fue tanto como hubiera deseado el arcediano. El cirujano á cuya casa le llevaron en el primer momento los soldados de la ronda, temió durante ocho dias por su vida y aun se lo dijo en latin. Sin embargo, la fuerza de la juventud fue superior á todo; y cosa que con frecuencia sucede, apesar de pronósticos y diagnósticos, empeñóse la naturaleza en salvar al enfermo á los hocicos del médico. Hallándose aun en la cama del Hipócrates sufrió los primeros interrogatorios de Felipe Lheulier y de los jueces pesquisidores de la curia, cosa que le aburrió sobremanera. Y como un dia amaneciese sano y bueno el enfermo, dejó al farmacópola en pago sus espuelas de oro y desapareció sin despedirse de nadie: esto sin embargo, en nada estorbó la instruccion del proceso. La justicia de entónces era poco escrupulosa en punto á la limpieza y claridad de una causa criminal; con tal que el acusado fuera á la horca, no era menester mas. Los jueces tenian ya bastantes pruebas contra la Esmeralda; habian creido muerto á Febo, y esto bastaba.

Febo por su parte no se condenó á muy largo destierro; contentóse lisa y llanamente con ir á reunirse á su compañía, que estaba de guarnicion en Queue-en Brie, en la isla de Francia—á pocas postas de Paris.

Porque sobre todo no le acomodaba en manera alguna comparecer en persona en tal proceso, conociendo allá en sus adentros que debia hacer en él por fuerza una figura algo ridícula. En el fondo no sabia que pensar de toda la aventura. Indevoto y supersticioso como todo soldado que no es mas que soldado, cuando la examinaba, no las tenia todas consigo acordándose de la cabra, del modo extraño como habia hecho conocimiento con la Esmeralda, del modo no menos extraño como le habia hecho ella adivinar su amor, de su calidad de gitana, y en fin del monje en pena. Entreveia él en toda esta historia mucho mas de mágia que de amor, probablemente una hechicera, tal vez el mismo diablo, una comedia en fin, ó por hablar en el lenguage de entonces, un misterio muy desagradable en que hacía un triste papel, el de los porrazos y las rechiflas. Estaba el capitan todo mohino, y sentia aquella especie de vergüenza que tan admirablemente define nuestro Lafontaine:

Corrido como zorra
Presa de una gallina.

Esperaba no obstante que no se hablaria mas del asunto, que estando él ausente, apenas se mentaria su nombre para nada, y, en todo caso, no pasaria de las puertas de la Tournelle. En esto no se equivocaba; no existia entonces la Gaceta de los Tribunales y como no pasaba semana á la sazon que no tubiese su monedero falso cocido, su bruja ahorcada, ó su hereje quemado en una de las innumerables justicias de Paris, tanto se habia acostumbrado la jente á ver en todas las calles á la decrépita Témis feudal, remangada hasta los codos, hacer su negocio en las hogueras, patíbulos y picotas, que ya casi no hacia alto en ello. La buena sociedad de aquellos tiempos sabia apenas el nombre del paciente que pasaba por la esquina, y solo el populacho se regalaba con aquel grosero manjar. Una ejecucion de muerte era un incidente habitual en las calles públicas, como la tahona del panadero, ó tabla del carnicero. El verdugo no era mas que una especie de carnicero algo mas encopetado que los demas.

No tardó pues Febo en tranquilizarse acerca de la hechicera Esmeralda ó Similar, como él decia, de la puñalada de la gitana ó del monje en pena (tanto se le daba por lo uno como por lo otro) y del resultado del proceso; pero apenas se vió vacante por este lado su corazon, cuando volvió á ocuparle la imágen de Flor de Lis. El corazon del capitan Febo, como la física de entónces tenia horror al vacio.

Era tambien Queue-en-Brie una morada muy insípida, un pueblacho de herradores y de vaqueras, de manos desquebrajadas; un largo cordon de casucas y de cabañas que ceñia el camino real por uno y otro lado por espacio de media legua, un rabo en fin.

Flor de Lis era su penúltima pasion, una buena moza, un dote esquisito; por lo que una mañana, ya enteramente restablecido, y no pudiendo dudar que al cabo de dos meses debia estar del todo pasado

Digitized by Google

en cuenta ó olvidado el pleito de la gitana, llegó caracoleando el amante caballero á la puerta de la casa Gondelaurier.

No hizo alto en un gentio bastante numeroso que se apiñaba en la plaza del Atrio, delante de la portada de Ntra. Sra., acordóse que estaba en el mes de mayo por lo que suponiendo que seria alguna procesion, alguna Pentecóstes, alguna festividad, ató las riendas de su caballo a la argolla del portal, y subió en cuatro brincos á casa de su bella futura.

Estaba sola con su madre á la sazon.

Muy á pecho habia tomado Flor de Lis la escena de la hechicera, su cabra, maldito alfabeto y las largas ausencias de Febo; mas con todo, cuando vió entrar á su capitan, hallóle un tan gallardo continente, un uniforme tan nuevo, una bandolera tan reluciente, y un aire tan apasionado, que se ruborizó de placer. La noble doncella estaba en aquel momento mas encantadora que nunca; sus magnificos cabellos rubios estaban primorosamente trenzados; iba vestida de aquel azul celeste que tan bien dice á las blancas, refinamiento que la habia enseñado su amiga Paloma y tenia los ojos empapados en aquella dulce languidez de amor que les dice mejor todavia.

Febo que nada habia visto en punto á hermosura desde los maricones de Queue-en-Brie, quedo hechizado de Flor de Lis, lo que dió á nuestro oficial una soltura tan galante y obsequiosa que al punto quedó hecha la paz; la misma viuda Gondelaurier, maternalmente sentada en su ancha poltrona, no tuvo valor para ponerle hocico. En cuanto á las reconvenciones de Flor de Lis, todas ellas espiraron en tiernos arrullos.

Estaba la doncella sentada junto á la ventana, siempre bordando su gruta de Neptuno; y el capitan apoyado en el respaldo de su silla, la miraba bordar mientras ella le dirijia á *sotta voce* sus cariñosas reconvenciones.

—¿Puede saberse que ha sido de vuestra merced durante dos éternos meses, mala pieza?

—Os juro, respondió Febo algo confuso con la tal pregunta, que estais de puro hermosa capaz de trastornar el seso á un arzobispo.

No pudo menos la niña de sonreir.

—Si, si, bueno está.—Dejad á un lado mi hermosura, y respondedme. —¡Buena hermosura por cierto!

—Pues bien, amada prima, he tenido que ir de guarnicion con mi regimiento.

—¿Y adonde? ¿y por que no habeis venido á decirme á Dios?

—A Queue-en-Brie.

Estaba Febo en sus glorias porque la primera pregunta le ayudaba á esquivar la segunda.

—Pues si está un paso.—¿Porque no haber venido á verme siquiera una vez?

Hallóse Febo en este momento verdaderamente apurado.

—Es que... el servicio... y luego, hermosa prima, he estado malo.

—¡Malo! repuso ella asustada.

—Si... herido.

—¡Herido!

La pobre niña estaba en brasas.

—¡Oh! no hay que asustarse por eso, dijo con indiferencia el capitan—no es nada—una disputa, una estocada—¿qué os importa eso?

—¿Que se me importa? esclamó Flor de Lis, levantando sus hermosos ojos anegados en llanto. Oh, no decis lo que pensais hablando así.—¿Y por que ha sido esa estocada? Quiero saberlo todo.

—Nada—sino que tuve unas palabras con Mahé Fedy—¿Ya sabeis quién?—el teniente de S. German en Laya, y nos hemos descosido algunas pulgadas del pellejo.—Esto es todo.

El embustero capitan sabia muy bien que un lance de honor dá siempre cierta importancia á un hombre á los ojos de una mujer. En efecto, Flor de Lis le contemplaba estática, llena de miedo, de alegria y de admiracion; sin embargo no estaba del todo tranquilizada.

—¡Con tal que esteis ya enteramente restablecido, Febo mio! dijo. No conozco á ese Mahé Fedy, pero es un pícaro. ¿Y de que provino esa disputa?

Aqui, Febo, cuya imaginacion no era de las mas fecundas, empezó á no saber como salir adelante con su proeza.

—¡Bah! ¿que sé yo? — por nada — por un caballo—¡por una palabra!—Hermosa prima, dijo para mudar de conversacion; ¿que quiere decir toda esa bulla en el átrio?

Acercóse entónces al balcon.—¡Oh! ¡oh! prima mia, ¡y cuánta gente que se amontona en la plaza!

—No sé lo que es, dijo Flor de Lis; dicen que hay una hechicera que va á retractarse públicamente hoy por la mañana delante de la iglesia para ser ahorcada en seguida.

Tan completamente olvidado creia ya el capitan el negocio de la Esmeralda, que apenas hizo alto en las palabras de Flor de Lis; sin embargo, dirigióle una ó dos preguntas:

—¿Cómo se llama esa hechicera?

—No lo sé.

—¿Se dice que es lo que ha hecho?

De nuevo encogió la niña sus blancos hombros.

—No sé.

—¡Jesus! ¡Jesus! dijo la madre, tantos hechiceros hay en estos tiempos, que creo que los queman sin saber siquiera sus nombres: tanto valdria querer saber como se llama cada nube del cielo. Con todo no hay que tener cuidado; Dios lleva su cuenta.—Levantóse en esto la venerable señora; y fué á la ventana.—¡Señor! exclamó, pues teneis razon, Febo, sobre que hay una gran muchedumbre de *popular*! no falta, ¡bendito sea Dios! ni aun encima de los techos. ¿Sabeis, Febo, que eso me recuerda mis floridos años? la entrada del rey Cárlos VII en que habia tantísima gente... ya no me acuerdo en que año. ¿Verdad que cuando hablo de estas cosas, os parecen muy viejas? pues á mí me parecen nuevas.— ¡Oh, otra gente era aquella algo mejor que la del dia! como que habia popular hasta sobre los matacanes de la puerta S. Antonio. El rey llevaba á la reina á la grupa y detrás de SS. AA. venian las damas á la grupa de los señores: por mas señas, que me acuerdo de que se reian tanto, porque al lado de Amanyon de Garlande, que era muy breve de estatura, ibá el caballero Matelefon, de talla gigantesca que mató ingleses á porrillo. ¡Cuidado que era magnifico! ¡una procesion de todos los caballeros de Francia con sus pendones que ondeaban á la vista! los habia de pendon y de bandera. ¿Que sé yo? el Sr. de Calan, con pendon; Juan de Chetaumorat con bandera; el Sr. de Coucy con bandera; y mas pomposo que todos los demas, excepto el duque de Borbon.... ¡Ah! ¡y cuán triste cosa es pensar que todo eso ha existido, y que no existe ya!

Los dos amantes no escuchaban á la respetable viuda. Febo habia vuelto á apoyarse en el respaldo de la silla de su querida, punto delicioso desde donde sus miradas libertinas penetraban en todas las aberturas de la gorguera de Flor de Lis. Aquella gorguera bostezaba tan á tiempo y permitíale ver tantas cosas esquisitas, dejándole juntamente adivinar otras tantas, que Febo, prendado de aquel cútis de raso, decia para su coleto:—¿Como se puede amar á una mujer que no sea blanca? Ambos callaban; la niña alzaba hácia él de vez en cuando sus ojos apasionados y dulces, y sus cabellos se mezclaban en un rayo del sol de primavera.

—Febo, dijo de pronto Flor de Lis en voz baja,

Digitized by Google

dentro de tres meses vamos á casarnos: juradme que nunca habeis amado á nadie mas que á mí.

—¡Lo juro, ángel mio! respondió Febo; y su mirada delirante se unia para convencer á Flor de Lis, al acento sincero de su voz. Acaso en aquel momento se creia él á sí mismo.

En tanto la buena madre, hechizada de ver á los novios en tan perfecta armonia, acababa de salir de la estancia, sin duda para arreglar algun detalle doméstico. Advirtiólo Febo, y tanto alentó aquella soledad al temerario capitan, que de pronto se le vinieron á la cabeza ideas muy extrañas, Flor de Lis le amaba; iba á ser su esposa; estaba sola con él, su antiguo amor á ella habia renacido, no en toda su frescura, pero sí en todo su ardor; al fin y al cabo no es gran crímen comerse cada cual su trigo en flor. Yo no sé si se le ocurrieron estas ideas; pero lo que es seguro es, que Flor de Lis se sintió de pronto aterrada al ver la expresion de sus ojos. Tendió su vista en derredor y no vió á su madre.

—¡Dios mio! dijo encendida é inquieta, ¡que calor tengo!

—Creo en efecto, respondió Febo, que son cerca de las doce el sol abrasa,—no hay mas que cerrar las cortinas.

—¡No, no! exclamó la pobre niña, tengo necesidad de aire por el contrario.

Y como una corza que siente el aliento de los perros que la persiguen, púsose en pié y corrió á la ventana; abrióla y se asió al balcon.

Febo, algo mohino, la siguió.

La plaza del átrio de Ntra. Sra., sobre la cual caia el balcon, como ya hemos dicho, presentaba á la sazon un espectáculo siniestro y singular, que hizo cambiar bruscamente de naturaleza el terror de la tímida Flor de Lis.

Un inmenso gentío que refluia en todas las calles adyacentes, llenaba la plaza propiamente dicha. La pequeña pared de medio cuerpo de altu que rodeaba el átrio no hubiera bastado para mantenerle espedito á no hallarse guarnecida por una ancha hilera de alabarderos y arcabuceros, todos con sendas culebrinas en las manos.—Merced á aquella selva de piezas y de arcabuces, estaba el átrio vacio, defendian ademas su entrada un puñado de partesaneros todos con las armas del obispo. Las anchas puertas de la iglesia estaban cerradas lo que contrastaba con las inumerables ventanas de la plaza, las cuales abiertas hasta en las bohardillas, dejaban ver millares de cabezas apiñadas con corta diferencia como las pilas de balas en un parque de artilleria.

La superficie de aquel gentio era gris, sucia y terrosa: el espectáculo que esperaba era evidentemente uno de aquellos que tienen el privilegio de estraer y atraer la parte mas inmunda de la poblacion. Nada mas asqueroso que el rumor que se exhalaba de aquel hacinamiento de gorros amarillos y desgreñadas cabelleras; en aquella muchedumbre habia mas carcajadas que gritos, mas mujeres que hombres.

De vez en cuando una voz ágria y vibrante dominaba el rumor general.

. . . .

—¡Ohé, Malriet Baliffre! ¿á quien van á ahorcar?

—¡Imbecil! ¡aquí no es mas que la pública retractacion en camisa!.... Eso se hace siempre aquí á medio dia.—Si quieres ver ahorcar, vete á la Gréve.

—Luego iré.

. . . .

—¡Decid! ¡pues la Boucanbry! ¿es verdad que no se ha querido confesar?

—Parece que si, la Bechaique.

—¡Vaya con la pagana!

. . . .

—Caballero, esa es la costumbre. El alcaide del palacio tiene obligacion de entregar la persona del malhechor, ya juzgado, para la ejecucion si es lego, al preboste de Paris, si es eclesiástico, á la curia del obispado.

—Mil gracias, caballero.

. . . .

—¡Oh! ¡Dios mio! decia Flor de Lis—¡pobre criatura!

Este pensamiento llenaba de dolor la mirada que tendia de una parte á otra sobre el populacho: el capitan mucho mas ocupado en ella que en toda aquella pilleria, manoseaba cariñosamente su cintura por detrás. Volvióse ella al fin suplicante y sonriendo:—¡Por amor de Dios, dejadme, Febo! si entra ahora mi madre, verá vuestra mano.

Vibró en aquel momento lentamente el toque de las doce en el reloj de Ntra. Sra. y circuló al mismo tiempo por toda la muchedumbre un murmullo de satisfaccion. Estinguíase apenas la última vibracion de la duodécima campanada, cuando empezaron ya á ajitarse las cabezas como las olas bajo un huracan, y se alzó un inmenso clamor del suelo, de las ventanas y de los techos:—¡Ahí está!

Tapóse la cara con las manos Flor de Lis para no ver.

—Hermosa, la dijo Febo, ¿quereis que entremos?

—No, respondió, y abrió por curiosidad los ojos que acababa de cerrar por miedo.

Un carreton tirado por un robusto rocin normando y escoltado por numerosa caballería de uniforme morado con cruces blancas, acababa de entrar en la plaza por la calle de S. Pedro-aux-Bœufs: abríanle paso á latigazos entre el gentío algunas patrullas de ronda. Caracoleaban al lado del carreton algunos oficiales de justicia y de policía, fáciles de reconocer por su traje negro y poco garbosa manera de sostenerse en la silla: iba á su frente caballero en un rocin maese Jaime Charmolue. Iba sentada en el fatal carruage una mujer, atados los brazos detrás de la espalda, y sin sacerdote que la acompañára; estaba la infeliz en camisa; sus largos cabellos negros (era costumbre entónces no cortárselos á los reos hasta llegar al pié del patíbulo) caian destrenzados sobre su garganta y sus hombros medio desnudos.

A traves de aquella ondulosa melena mas brillante que el plumage de un cuervo, veíase girar y anudarse una maroma gris y rugosa que desollaba aquellas frágiles cláviculas y se arrollaba en derredor del lindo cuello de aquella criatura como un gusano sobre una flor. Brillaba bajo aquella cuerda un pequeño amuleto recamado de cuentas de vidrio verde que sin duda la habian dejado llevar consigo, porque nada se niega á los que van á morir.. Los espectadores colocados en las ventanas podian ver en el fondo del carreton sus piernas desnudas que la desdichada procuraba ocultar con su cuerpo como por un postrer instinto de mujer. Veíase á sus piés una cabrita agarrotada; sostenia la víctima con los dientes su camisa mal prendida como si aun en su profunda miseria sufriese al verse así expuesta medio desnuda á las miradas de todos. ¡Ah! no se hizo el pudor para tan crueles sobresaltos!

—¡Jesus! dijo de pronto Flor de Lis al capitan: mirad, mirad, primo, es aquella maldita gitana de la cabra.

Esto diciendo fijó los ojos en Febo, que tenia los suyos clavados en el carreton, pálido y confuso.

—¿Que gitana y que cabra? dijo en voz balbuciente.

—¡Como! repuso Flor de Lis, ¿con que ya no os acordais?...

Febo la interrumpió.—No sé lo que quereis decir.

Dió en esto un paso para meterse adentro; pero Flor de Lis, tan celosa en otra ocasion de aquella misma gitana, sintió de pronto despertarse sus sospechas, y le echó una mirada de desconfianza y penetracion: en aquel momento se acordó confusamente

Digitized by Google

de haber oido hablar de un capitan implicado en el proceso de la hechicera.

—¿Que teneis? dijo á Febo, parece que os ha turbado la vista de esa mujer.

Hizo Febo un violento esfuerzo para reir.—¡A mí! ¡que disparate! ¡Vaya, pues está bueno!

—¡Ya! pues quedaos aquí, repuso imperiosamente, y veamos hasta el fin.

Forzoso le fue al mal andante capitan quedarse en la ventana; pero lo que algun tanto le tranquilizaba es que la prisionera no apartaba sus ojos del suelo.— Aquella mujer era seguramente la pobre Esmeralda. En aquel último escalon del oprobio y del infortunio estaba hermosísima como siempre; sus grandes ojos negros parecian aun mas grandes á causa de la flacura de sus megillas; su lívido perfil se destacaba puro y sublime. Parecíase en aquel mometo á lo que habia sido, como una vírgen de Masaccio, á una vírgen de Rafael; mas débil, mas aérea, mas delgada.

Por lo demas, todo en ella, ménos el pudor, parecia abandonado á la casualidad; tanto habian marchitado su alma el delirio y la desesperacion. Bamboleabase su cuerpo con todos los vaivenes del carreton como una cosa muerta ó hecha pedazos; su mirada era vaga y sombría; veíase aun una lágrima en sus ojos mates, pero inmóvil, y por decirlo así, helada.

Entretanto atravesó la lúgubre cabalgada por el gentío entre gritos de alegria y curiosas actitudes. Debemos decir, sin embargo, para ser fieles historiadores, que al verla tan hermosa y tan desdichada, muchos corazones, aun de los mas duros, se movieron á compasion. Ya habia entrado en el átrio la carreta.

Hizo alto delante de la portada central, y á uno y otro lado se formó la escolta en batalla, calló la innumerable multitud, y en medio de aquel silencio lleno de angustia y solemnidad, giraron las dos compuertas de la gran portada espontáneamente sobre sus goznes que rechinaron como un pífano. Vióse entónces en larga perspectiva la profunda iglesia sombría, enlutada con paños funerales, iluminada apenas por algunos cirios que brillaban á lo léjos sobre el altar mayor, abierta como la boca de una caverna en medio de la plaza inundada en claridad. Y en lo mas hondo de ella, en la sombra de la ápside, entreveíase una gigantesca cruz de plata, destacándose sobre un paño negro que caia de la bóveda hasta el pavimento. Toda la nave estaba desierta: veíanse sin embargo moverse confusamente algunas cabezas de sacerdotes en las lejanas sillas del coro, y en el momento en que se abrió la puerta principal, salió de la iglesia un canto grave, monótono y sonoro que arrojaba como á bocanadas sobre la cabeza de la víctima fragmentos de salmos lúgubres.

«...*Non timebo millia populi circumdastis me: exsurge, Domine; salvum me fac Deus*!

»...*Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt atque usque ad animam meam*.

»...*Infixus sum in limò profundi; et non est substantia.*»

Al mismo tiempo otra voz, aislada del coro, entonaba sobre las gradas del altar mayor, este melancólico ofertorio:

«*Qui verbum meum audit, et credit et qui misit me, habet vitam æternam et in judicium non venit; sed transit a morte in vitam.*

Este canto que entonaban algunos ancianos perdidos en sus tinieblas sobre aquella hermosa criatura, llena de juventud y de vida, acariciada por el aura tibia de primavera, inundada de sol, era la misa de los difuntos.

El pueblo escuchaba con devocion.

La desdichada, llena de terror, parecia perder su vista y sus pensamientos en las oscuras entrañas de la iglesia. Movíanse sus blancos lábios como si rezaran, y cuando se acercó á ella el criado del verdugo para ayudarla á apearse del carreton, oyóla que repetia en voz baja esta palabra: ¡Febo!

Desatáronla las manos, hiciéronla bajar acompañada de la cabra, puesta tambien en libertad, y que balaba de alegria al verse libre; hiciéronla andar descalza sobre las duras piedras hasta el pié de las gradas del frontispicio; la cuerda que la pendia del cuello iba arrastrando detras de ella como una culebra que la seguia.

Cesó entónces el canto en la iglesia; una gran cruz de oro y una hilera de cirios se pusieron en movimientos allá en la sombra. Oyéronse resonar las alabardas de los pintorreados soldados suizos; y pocos momentos despues, desplegóse á sus ojos y á los de la inmensa muchedumbre, una larga procesion de sacerdotes con sus casullas y de diáconos con sus dalmáticas que se acercaba gravemente y salmodiando hácia la víctima; pero los ojos de la Esmeralda se fijaron en el que iba delante, inmediatamente despues del que llevaba la cruz:—¡Oh! dijo en voz baja estremeciéndose profundamente.—¡todavia él! ¡el sacerdote!

Era en efecto el arcediano; iba á su izquierda el sochantre y el chantre á la derecha armado del baston de su oficio. Adelantábase, echada la cabeza hácia atrás, los ojos inmóviles y abiertos, cantando con voz sonora:

«*De ventre inferi clamari et exaudisti vocem meam.*

«*Et projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circundedit me.*»

Cuando se presentó á la luz bajo la alta portada ojiva, cubierto con una enorme capa pluvial de plata listada de una cruz negra, estaba tan pálido el sacerdote, que mas de cuatro creyeron en la muchedumbre que era uno de los obispos de mármol arrodillados sobre las losas sepulcrales del coro que se habia puesto en pié, y venia á recibir en el borde de la tumba á la que iba á morir.

Ella, no menos pálida, no menos estátua que él, apénas advirtió que la habian puesto en la mano un enorme cirio amarillo encendido: no oyó la voz chillona del notario leyendo el fatal tenor de la pública retractacion; cuando la dijeron que respondiese Amen, respondió, Amen. Fue necesario, para devolverla alguna vida y alguna fuerza, que viese al sacerdote hacer señal á los que la custodiaban de que se alejasen y adelantarse solo hácia ella.

Sintió entónces hervir su sangre en su cabeza, y en aquella alma embotada y fria encendióse de súbito un resto de indignacion.

Acercóse á ella lentamente el arcediano; y aun en aquel extremo de miseria, vióle tender sobre su desnudez sus ojos centelleantes de lujuria, de celos y de deseo. Luego dijo en alta voz:—Mujer, ¿habeis pedido perdon á Dios de vuestras culpas y delitos? Acercósela entónces al oido y añadió (los espectadores creian que estaba recibiendo su última confesion): ¿Quieres ser mia? ¡Aun puedo salvarte!

Miróle ella fijamente:—¡Vete, demonio! ¡ó te delato!

Empezó él á sonreir con una sonrisa horrible:—No te creerán.—No harás mas que añadir un escándalo á un crímen.—¡Responde! ¿quiéres ser mia?

—¿Qué has hecho de mi Febo?

—¡Ha muerto!

Levantó entónces maquinalmente la cabeza el miserable arcediano y vió en el extremo opuesto de la plaza, en el balcon de la casa Gondelaurier, al capitan en pié junto á Flor de Lis. Vaciló el infeliz sobre sus rodillas, pasóse la mano por los ojos, volvió á mirar murmuró una maldicion, y todas sus facciones se contrajeron violentamente.

—¡Pues bien! ¡muere! dijo entre dientes.—Nadie te poseerá. Y entónces, levantando la mano sobre la cabeza de la gitana, exclamó con fúnebre acento:—*Inunc, anima auceps et sit tibi Deus misericords*!

Digitized by Google

Esta era la terrible fórmu a con que se acostumbrabraba entónces terminar estas sombrías ceremonias: era la señal del sacerdote al verdugo.

El pueblo se arrodilló.

Kirie Eleyson, dijeron los sacerdotes inmóviles bajo la ojiva de la portada.

Kirie Eleyson, repitió la muchedumbre con aquel rumor que corre sobre todas las cabezas como el sordo murmullo de un mar tempestuoso.

—*Amen,* dijo el arcediano.

Volvió la espalda á la víctima; dejó caer la cabeza sobre su pecho, cruzó las manos, y se unió á su comitiva de sacerdotes; un momento despues, viósele desaparecer con la cruz, los cirios y las capas pluviales, bajo las nebulosas galerías de la catedral; y su voz sonora se fue apagando por grados en el coro, cantando este versículo de desesperacion:

«Omnis gurgites tui et fluctus tui super me transierunt».

Al mismo tiempo el choque intermitente de las ferradas astas de las alabardas de los suizos estinguiéndose lentamente bajo los intercolumnios de la nave, parecia la campana de un reloj vibrando el toque de la última hora para la infeliz condenada á muerte.

Las puertas de Ntra. Sra. habian quedado abiertas, dejando ver la iglesia vacia, triste, enlutada, sin cirios y sin voces.

La víctima permanecia inmóvil en su sitio esperando á que dispusieran de ella; y fue preciso que uno de los maceros avisase á maese Charmolue, que durante toda esta escena habíase puesto á estudiar el bajo relieve de la portada principal que representa, segun unos, el sacrificio de Abraham, y segun otros, la operacion filosofal, figurando el sol por el ángel, el fuego por el haz de leña y el artesano por Abraham.

Fue asaz difícil arrancarle á aquella contemplacion pero volvióse en fin, y á una señal suya, dos hombres vestidos de amarillo, los criados del verdugo; se acercaron á la gitana para atarla las manos.

La desdichada, en el momento de subir al fatal carreton y de encaminarse hácia su última parada, sintió tal vez un amargo dolor de perder la vida: alzó sus ojos encendidos y secos al cielo, al sol, á las nubes de plata recortadas aquí y allá en trapecios y triángulos azules; luego los tendió en torno de sí, sobre la tierra, sobre el gentío, sobre las casas... Y de repente, mientras que el hombre amarillo la ataba los codos, lanzó la infeliz un grito terrible, un grito de alegria.—En un balcon á lo lejos, en un ángulo de la plaza, acababa de verle, á él, á su amado, á su señor, á Febo—¡aquella otra aparicion de su vida! ¡El juez habia mentido! ¡el sacerdote habia mentido! él era-sí-no podia dudarlo, allí estaba, lozano, en vida, cubierto con su brillante uniforme, el penacho en la cabeza y la espada en la cintura.

—¡Febo! exclamó! —¡Febo mio!

Y quiso extender hácia él sus brazos trémulos de amor y de delirio; pero estaban atados.

Vió entónces al capitan fruncir las cejas, y á una hermosa jóven, que se apoyaba sobre él, mirarle con irritados ojos y desdeñosos lábios; luego Febo pronunció algunas palabras que no llegaron á sus oidos, y ambos se eclipsaron precipitadamente detras de las vidrieras del balcon que al punto se cerró.

—¡Febo!... exclamó la desdichada, ¿es posible que lo creas?

Acababa entónces de ocurrírsele un pensamiento monstruoso; acordóse de que habia sido condenada á muerte por asesinato sobre la persona de Febo de Chateaupers.

Hasta entónces todo lo habia sobrellevado; pero este último golpe era demasiado violento. La desdichada cayó exánime sobre las piedras.

—¡Ea! dijo Charmolue, metedla en el carreton y despachemos.

Nadie habia reparado aun en la galeria de las estátuas de los reyes, esculpida inmediatamente encima de las ojivas de la portada, un espectador singular que todo lo habia examinado hasta entónces con tal impasibilidad, con un pescuezo tan largo, con un rostro tan disforme, que á no ser por su vestimenta la mitad colorada, y la otra mitad morada, cualquiera hubiera podido tomarle por uno de aquellos mónstruos de piedra, por cuyas abiertas fauces se desaguan hace seiscientos años las largas canales de la catedral. Nada habia perdido aquel espectador de cuanto habia pasado desde las doce delante de la portada de Ntra. Sra.; y desde los primeros instantes, sin que nadie pensase en observarle; ató á una de las columnillas de la galeria una recia maroma con nudos, cuya punta llegaba hasta la escalinata exterior del edificio. Acabada esta operacion, púsose á mirar impasible lo que sucedia, y á silbar de vez en cuando siempre que pasaba algun mirlo delante de él; pero en el instante mismo en que los dos criados del maestro de altas obras se preparaban á ejecutar la flemática órden de Charmolue, saltó por cima de la barandilla de la galeria, asióse á la cuerda con los piés, con las rodillas y con las manos, vióselo luego deslizarse por la fachada como una gota de lluvia que cae á lo largo de un vidrio, correr hácia los dos sayones con la celeridad de un gato caido de un techo, derribarlos bajo dos enormes puños, levantar del suelo á la gitana como un niño á su muñeca y de un solo arranque precipitarse en la iglesia, gritando con voz formidable: ¡Asilo!

Pasó aquello con tal rapidez que si hubiera sido de noche, todo se hubiera visto á la luz de un solo relámpago.

—¡Asilo! ¡asilo! gritó el gentío, y diez mil palmadas de entusiasmo hicieron brillar de orgullo y de alegria el ojo único de Quasimodo.

Aquella sacudida sacó de su letargo á la Esmeralda: abrió sus párpados y miró á Quasimodo, y volvió luego á cerrarlos de repente, como espantada de su salvador.

Estupefacto quedó Charmolue y lo mismo los verdugos y la escolta: en efecto, en el recinto de Nuestra Señora, los reos eran inviolables.

La catedral era un asilo de refugio; toda justicia humana espiraba en sus umbrales.

Paróse Quasimodo bajo la portada principal: sus anchos piés se apoyaban con tanta solidez sobre el pavimento de la iglesia como los fuertes pilares bizantinos: su enorme cabeza crespa se undia entre sus hombros como la de los leones que tambien tienen melena, pero cuello no. Sostenia á la niña palpitante, suspendida en sus callosas manos como un blanco ropage; pero la llevaba con tanta precaucion como si temiera romperla ó marchitarla; parecia que bien se le alcanzaba que era aquello una cosa delicada, esquisita, preciosa, hecha para otras manos que para las suyas: á veces se conocia que no osaba tocarla, ni aun con el aliento. Y luego, de repente estrechábala con delirio entre sus brazos, sobre su pecho anguloso, como su bien, su tesoro, como una madre á su hijo. Su ojo de gnomo, inclinado hácia ella, la inundaba de ternura, de dolor y de misericordia, y se levantaba de súbito lleno de relámpagos al cielo: entónces las mujeres reian y lloraban, y la muchedumbre hervia en entusiasmo, porque en aquel momento tenia realmente Quasimodo su hermosura. Hermoso estaba en aquel momento aquel pobre huérfano, aquel bastardo, aquella miserable escoria de los hombres sentíase él augusto y fuerte; miraba de frente á aquella sociedad de que se veia proscripto, y en la cual intervenia tan poderosamente; aquella justicia huma

Digitized by Google

na á la cual habia arrancado su presa, todos aquellos tigres obligados á mascar en vano, aquellos esbirros, aquellos jueces, aquellos verdugos, toda aquella fuerza del rey que él acababa de confundir, él miserable con la fuerza de Dios.

Y ademas, era cosa verdaderamente patética, aquella proteccion cayendo de un ser tan disforme sobre un ser tan desgraciado, ¡ una mujer condenada á muerte salvada por Quasimodo! Ofrecia aquel sublime espectáculo las dos miserias extremas de la naturaleza y de la sociedad que se tocaban y se sostenian una á otra.

Despues de algunos minutos de triunfo, internóse bruscamente Quasimodo en la iglesia con su carga. El pueblo entusiasta de toda proeza, le buscaba con los ojos bajo la oscura nave, lamentando que tan pronto se hubiese sustraido á sus aclamaciones, cuando de repente le vió aparecer en una de las extremidades de la galeria de los reyes de Francia que él atravesó corriendo como un insensato, alzando con los brazos su conquista, y gritando; ¡ Asilo! De nuevo prorrumpió en aplausos el gentio. Despues de haber recorrido la galeria volvió á meterse en el interior de la iglesia; y un momento despues apareció de nuevo sobre la plataforma superior, siempre con la gitana entre los brazos, siempre corriendo con delirio, siempre gritando: ¡ Asilo! Hizo, en fin, una tercera aparicion sobre la cima de la torre de la campana mayor; desde allí pareció que enseñaba con orgullo á toda la ciudad la que habia salvado, y su voz tonante, aquella voz que se oia tan rara vez, y que él no oia jamás, repitió tres veces con frenesí hasta la bóveda del cielo: ¡Asilo! ¡asilo! ¡asilo!

—¡ Noel! ¡ Noel! gritaba el pueblo por su parte, y aquella inmensa aclamacion fue á sombrear en la otra orilla á la muchedumbre de la Gréve y á la reclusa que esperaba, fijos los ojos en el patíbulo.

LIBRO NOVENO.

I.

FIEBRES.

No estaba Claudio Frollo en Ntra. Sra. cuando su hijo adoptivo cortaba tan bruscamente el fatal nudo en que el infortunado arcediano habia cogido á la gitana y se habia cogido á sí mismo. De vuelta en la sacristia, arrancóse el alba, la capa de coro y la estola; púsolo todo en manos del bedel estupefacto, salióse por la puertecilla secreta del claustro, mandó á un barquero del Terreno que le transportase á la orilla izquierda del Sena, y se internó en las montuosas calles de la Universidad, sin saber adonde iba, encontrando á cada paso tropeles de hombres y de mujeres que se apiñaban alegremente hácia el puente de san Miguel con la esperanza de llegar á tiempo para ver ajusticiar á la hechicera, pálido, desencajado, mas atolondrado, mas ciego y mas sombrío que una ave nocturna perseguida en mitad del dia por una alegre tropa de muchachos. No sabia donde estaba, si velaba, si soñaba; iba, andaba, corria, dejándose llevar por la casualidad, sin elegir las calles; pero siempre impelido hácia adelante por la Gréve que sentia confusamente detras de sí.

Salvó asi la montaña de Sta. Genoveva, y salió en fin de la ciudad por la puerta de S. Victor: continuó huyendo, mientras pudo ver, volviendo la cara, el recinto de las torres de la Universidad y los escasos edificios del arrabal; pero cuando en fin una eminencia del terreno le ocultó enteramente aquel odioso Paris, cuando pudo en fin creerse á cien leguas de él, en los campos, en un desierto, hizo alto, y entónces le pareció que empezaba á respirar.

Entónces se agolparon á su mente mil horribles ideas: vió con claridad el fondo de su alma y se estremeció; pensó en aquella infeliz mujer que le habia perdido y á quien habia perdido él; recorrió con una mirada delirante la doble senda tortuosa que habia hecho seguir la fatalidad á sus dos destinos hasta el punto de interseccion en que los habia estrellado desapiadadamente uno contra otro. Sumergióse con alma y vida en los malos pensamientos, y á medida que penetraban en ellos á mayor profundidad, sentia estallar dentro de sí una carcajada de Satanás.

Y examinando así los subterráneos de su alma, cuando vió cuan ancho espacio habia preparado en ella la naturaleza á las pasiones, se estremeció aun mas profundamente que ántes. Removió en el fondo de su corazon todo su odio, toda su maldad, y reconoció con la fria ojeada de un médico que examina á un enfermo, que aquel odio, aquella maldad no era mas que amor viciado; que el amor, fuente de todas las virtudes en el corazon del hombre, se convertia en una cosa horrible en un corazon de sacerdote, y que un hombre constituido como él, haciéndose sacerdote se hacia demonio. Rióse entónces de una manera horrible, y palideció de repente, considerando el lado mas siniestro de su fatal pasion, de aquel amor corrosivo, emponzoñado, rencoroso, implacable, que no habia terminado mas que en el patíbulo para la una, en el infierno para el otro: ella sentenciada á muerte, él condenado.

Y luego volvió á su amarga risa pensando en que Febo no habia muerto; que al fin y al cabo el capitan vivia, estaba alegre y ufano, tenia mas brillantes uniformes que nunca, y una nueva querida que llevaba á ver ahorcar á la antigua. Aun fue mayor su delirio cuando reflexionó que de los seres vivos, cuya muerte habia deseado, la gitana, la única criatura á quien no aborrecia era la única que habia logrado hacer morir.

Entónces, del capitan, pasó su pensamiento al pueblo, y ardió el miserable en celos de una especie inaudita: pensó que el pueblo tambien, el pueblo todo entero, habia tenido delante de sus ojos la mujer á quien él amaba, en camisa, casi desnuda; atarazóse los brazos pensando que aquella mujer, cuya forma columbraba en la sombra por él solo, hubiera sido para él la felicidad suprema, habia sido entregada en público, en mitad del dia, á todo el pueblo, vestida como para una noche de deleite. Lloró de rábia sobre todos aquellos misterios de amor profanados, marchitos, desflorados, para siempre; lloró de rábia figurándose cuántas miradas inmundas se habian saciado en aquella camisa mal prendida; y que aquella dulce criatura, aquel lirio vírgen, aquella copa de pudor y de delicias á que él no hubiera osado acercar sus lábios sino temblando, acababa de ser transformada en una especie de gamella pública, adonde el mas vil populacho de Paris, los ladrones, los mendigos, los rufianes iban á beber todos juntos un placer estragado, impuro, infame.

Y cuando procuraba formarse idea de la felicidad que hubiera podido hallar sobre la tierra si ella no hubiera sido gitana, si él no hubiera sido sacerdote, si Febo no hubiera existido, si ella le hubiera amado; cuando se imaginaba que tambien le hubiera sido posible á él una vida de serenidad y de amor que en aquel mismo instante habia sobre la tierra seres afortunados, perdidos en largas pláticas bajo la sombra de los azahares, en la orilla de los arroyos, en presencia de un sol de Occidente, ó de una noche estrellada; y que si Dios hubiera querido, hubieran podido ser él y ella dos de aquellos seres de bendicion, su alma se derretia en ternura y desesperacion.

¡ Oh! ¡ ella! ¡ ser de ella! Esta idea fija que se renovaba sin cesar, le despedazaba, le mordia los sesos, le desgarraba las entrañas. Y no se lamentaba, no se arrepentia; todo lo que habia hecho, estaba

Digitized by Google

pronto á hacerlo de nuevo; preferia verla en manos del verdugo á verla en los brazos del capitan; pero sufria, sufria tanto que se arrancaba á veces puñados de cabellos para ver si blanqueaban.

Hubo un momento entre otros en que se le ocurrió que acaso era aquel el minuto en que la horrible cadena que habia visto por la mañana apretaba su nudo de hierro alrededor de aquel cuello tan frágil y tan gracioso. Este pensamiento hizo brotar el sudor de todos sus poros.

Hubo otro momento en que, mientras se reia diabólicamente de sí mismo, se representó juntamente á la Esmeralda como la vió el primer dia, viva, indiferente, feliz, bien prendida, bailando, alada, armoniosa, y á la Esmeralda de aquel último dia, en camisa, con la cuerda al cuello, subiendo lentamente, con sus piés descalzos, la angulosa escalera del patíbulo; de tal modo se figuró este doble cuadro que lanzó un grito terrible.

Mientras este huracan de desesperacion trastornanaba, rompia, arrancaba, desarraigaba toda su alma, miró la naturaleza en torno de sí. A sus piés, algunas gallinas picoteaban la yerba, los escarabajos de esmalte corrian al sol; encima de su cabeza, algunos grupos de nubes de un color grís sucio corrian en un cielo azul; en el horizonte la aguja de S. Victor hendia la curba de la montaña con su obelisco de pizarra; y el molinero de la colina Coppeaux miraba silbando cómo giraban las laboriosas aspas de su molino. Tranquila toda aquella vida activa, organizada, reproducida en torno de él bajo mil formas, le hizo daño. Tuvo que volver á huir.

Atravesó así los campos corriendo hasta la caida de la tarde. Aquella fuga de la naturaleza, de la vida, de su ser, del hombre, de Dios, de todo, duró todo el dia. A veces se tiraba al suelo boca abajo y arrancaba los verdes trigos con sus uñas; parábase á veces en una calle de aldea desierta, y sus pensamientos eran tan insoportables que se agarraba la cabeza con las dos manos, y queria arrancársela de los hombros para hacerla pedazos contra las piedras.

Hácia la hora de ponerse el sol, examinóse de nuevo y se halló casi loco. La tempestad que duraba en él desde el instante en que perdió la esperanza y el deseo de salvar á la gitana, aquella tempestad no habia dejado en su conciencia una sola idea recta, un solo pensamiento sano. En ella yacia su razon, casi enteramente destruida. No quedaban ya en su mente mas que dos imágenes evidentes, la Esmeralda y el patíbulo; todo lo demas estaba en profunda oscuridad. Aquellas dos imágenes reunidas le presentaban un grupo espantoso; y cuando mas fijaba en él la poca atencion de que ya era capaz, mas las veia crecer en una progresion fantasmagórica, una en gracia, en hechizo, en hermosura, en luz, la otra en horror; de modo que al fin le apareció la Esmeralda como una estrella, el patíbulo como un enorme brazo descarnado.

Lo singular era que durante todo aquel horrible tormento, no pensó sériamente en morir. El miserable era así, amaba la vida, acaso detrás de ella veia realmente el infierno.

Avanzaba en tanto la noche; el ser vivo que duraba aun en él, pensó confusamente en volver á la catedral. Creíase lejos de Paris; pero habiéndose orientado, advirtió que no habia hecho mas que dar vuelta al recinto de la Universidad. La torre de S. Sulpicio y las tres altas agujas de S. German de los Prados se alzaban sobre el horizonte á su derecha; dirigióse hácia aquel lado. Cuando oyó el quién vive de los hombres de armas del abad en la almenada circunvalacion exterior de S. German, torció su camino, tomó un sendero que se le presentó entre el molino de la abadía y el hospital del villorio, y al cabo de algunos instantes, hallóse en el Pré-aux-Clercs. Célebre era aquel prado por los desórdenes que en él se prolongaban dia y noche, lo que le constituia en verdadera hidra de los monges de S. German: « *Quod monachis sancti Germani pratensis hydra fuit, clericis nova semper dissidiorum capita suscitantibus.* Temió el arcediano encontrarse allí á alguien, por que tenia miedo de todo semblante humano; acababa de evitar la Universidad, la aldea de S. German, y no queria entrar por las calles si no lo mas tarde posible. Siguió pues el Pre-aux-Clercs, tomó el sendero desierto que le separaba del Dieu-Neuf, y llegó en fin á la orilla del rio donde halló D. Claudio un barquero que, por algunos dineros parisies, le hizo subir la corriente del Sena hasta la punta de la Ciudad, y le dejó en aquella lengua de tierra abandonada, donde el lector ha visto ya cabilar á Gringoire, y que se prolongaba hasta mas allá de los jardines del rey paralelamente á la isla del Vaquero.

Quasimodo descendiendo á salvar á la Esmeralda.

El monótono mecer del barco y el arrullo de las olas, habian en cierto modo embotado al desgraciado D. Claudio. Luego que se alejó el barquero, quedó estúpidamente en pié sobre la playa, mirando en frente de sí, y no viendo los objetos mas que al trasluz de extrañas oscilaciones que le hacian de todo una especie de fantasmagoría. El cansancio de un gran dolor suele producir este efecto en el ánimo.

Habíase ya puesto el sol detrás de la alta torre de Nesle: era la hora del crepúsculo; el cielo estaba blanco, el agua del rio estaba blanca. Entre aquellas dos blancuras, la orilla izquierda del Sena, sobre la cual tenia fijos los ojos, proyectaba su mole sombria, y cada vez mas adelgazada por la perspectiva, hundíase en las brumas del horizonte como una negra torre. Toda ella estaba llena de casas de que solo se distinguia la oscura superficie, fuertemente destaca-

Digitized by Google

da en tinieblas sobre el fondo claro del cielo y del agua. Por una parte y otra empezaban á brillar en ellas las ventanas como agujeros de brasa. Aquel inmenso obelisco negro, aislado así entre las dos masas blancas del cielo y del rio muy ancho en aquel sitio, produjo en D. Claudio un efecto singular, comparable á lo que sentiria un hombre que tendido de espaldas al pié del campanario de Strasburgo, mirase la enorme aguja hundirse sobre su cabeza en las penumbras del crepúsculo: solamente que en este caso don Claudio estaba en pié y el obelisco caido; pero como el rio, reflejando el cielo, prolongaba el abismo debajo de él, el inmenso promontorio parecia tan audazmente lanzado en el vacío, como cualquiera aguja de catedral, y la impresion era la misma. Y aun aquella impresion tenia de singular, que lo que se veia era si el campanario de Strasburgo de dos leguas de altura, una cosa inaudita, gigantesca, inconmensurable, un edificio como ningun ojo humano lo vió jamás; una torre de Babel. Las chimeneas de las casas, las almenas de los muros, las talladas puntas de los techos, la aguja de los Agustinos, la torre de Nesle, todos aquellos ángulos salientes que mellaban el perfil del colosal obelisco, aumentaban la ilusion representando caprichosamente á la vista las líneas de una escultura rica y fantástica. Claudio, en el estado de alucinacion en que se hallaba; creyó ver con sus propios ojos el campanario del infierno, las mil luces derramadas sobre toda la altura de la espantable torre le parecian otras tantas puertas del inmenso horno interior; las voces y los rumores que se exalaban de ella, otros tantos gritos de júbilo ó de agonia. Y entónces tuvo miedo, y se tapó con las manos los oidos para no oir, volvió la espalda para no ver, y se alejó á grandes pasos de la espantosa vision.

Pero la vision estaba en él.

Cuando volvió á entrar en las calles, los transeuntes que se codeaban á la luz de las tiendas, le parecian un eterno vaiven de espectros que iban y venian en torno de él; extraños sonidos retumbaban en sus oidos; singulares vértigos turbaban su mente; no veia ni las casas, ni el suelo, ni los carros que pasaban, ni los hombres, ni las mujeres, sino un caos de objetos indeterminados que se fundian por los bordes unos en otros. En la esquina de la calle de la Barillerie habia una tienda de aceite y vinagre cuyo cobertizo estaba, segun costumbre inmemorial, ornado en su circunferencia de aquellos aros de hojalata de que pende un círculo de velas de madera, que se chocan al impulso del viento sonando como castañuelas. Creyó D. Claudio oir entrechocarse en la sombra el manojo de esqueletos de Montfaucon.

—¡Oh! murmuró, el viento de la noche los impele unos contra otros y mezcla el choque de sus cadenas al choque de sus huesos! ¡Acaso está ella ahí entre ellos!

Desesperado, no supo adonde iba; al cabo de algunos pasos, hallóse en el puente de S. Miguel. Vió una luz en la ventana de un piso bajo y se acercó á ella; al trasluz de una vidriera rajada, vió una sórdida estancia que despertó en su ánimo un confuso recuerdo. En aquella sala, mal alumbrada por una lámpara sucia, habia un jóven rubio y bien carado, de jovial fisonomia, que abrazaba con grandes carcajadas á una muchacha algo indecentemente equipada; y junto á la lámpara habia una vieja que hilaba y cantaba al mismo tiempo con voz cascada. Como no siempre reia el muchacho, el canto de la vieja llegaba á pedazos hasta el sacerdote; era un canto ininteligible y atroz.

¡Greve, ladra, Greve, bulle!
Hila, hila, rueca mia,
Hila su cuerda al verdugo
Que silba en el patio.
¡Greve, ladra, Greve, bulle!
¡Hermosa cuerda de cáñamo!
Sembrad de Issy hasta Vanvre.
Cáñamo y no trigo.
El ladron no ha robado
La hermosa cuerda de cáñamo.
¡Greve, bulle, Greve, ladra!
Para ver á la ramera
En la horca legañosa,
Las ventanas son ojos.
¡Greve, bulle, Greve, ladra!

Y en tanto el jóven reia y acariciaba á la moza. La vieja era la Falourdel; la moza una prostituta, y el jóven era su hermano Juan.

D. Claudio siguió mirando; tanto valia aquel espectáculo como cualquiera otro.

Vió luego á Juan acercarse á la ventana que estaba en el fondo de la estancia, abrirla, echar una ojeada sobre el muelle, donde brillaban á lo lejos mil ventanas iluminadas, y oyóle decir volviéndola á cerrar. —¡Por mi vida que ya se acerca la noche! La gente enciende sus velas y Dios sus estrellas.

Volvió luego Juan á la ramera, y rompió una botella que estaba sobre la mesa, exclamando: —¡Vacia ya, cuerno de buey! ¡y ya no tengo dinero! Isabel, amiga mia, ¡no he de estar contento de Júpiter, voto á tal, hasta que convierta esos dedos blancos en negras botellas donde mame yo vino de Beaune dia y noche!

Esta ingeniosa chanzoneta hizo reir á la mozuela, y Juan salió á la calle.

No tuvo tiempo D. Claudio mas que para echarse al suelo á fin de no ser hallado, mirado de cara y reconocido por su hermano. Por fortuna la calle estaba oscura, y el estudiante estaba borracho; sin embargo, vió al sacerdote tendido por tierra en el lodo.

—¡Oh! ¡oh! dijo: ¡este si que la ha corrido buena hoy!

Menécon el pié á D. Claudio que retenia el aliento.

—¡Borracho perdido! repuso Juan; vamos, está llenito; verdadera sanguijuela desprendida de un tonel Y es calvo, añadió agachándose, ¡es un anciano! *«Fortunate senex!»*

Luego le oyó D. Claudio alejarse diciendo: sin embargo, gran cosa es la sensatez, y mi hermano el arcediano hace muy bien en ser sábio y tener dinero.

Levantóse entónces el arcediano y corrió sin detenerse hácia Ntra. Sra., cuyas enormes torres veia alzarse entre la sombra por cima de las casas.

Cuando llegó jadeando á la plaza del Atrio, retrocedió sin atreverse á levantar los ojos sobre el funesto edificio. —¡Oh! exclamó en voz baja, ¿y es posible que haya pasado tal cosa aquí.... hoy.... esta misma mañana?

Decidióse por fin, y miró la iglesia; la fachada se destacaba sombría sobre un cielo tachonado de estrellas mil. La blanca luna que acababa de alzarse del horizonte, estaba prendida en aquel momento en la punta de la torre derecha, y parecia haberse posado, como un ave luminosa, en el borde de la balaustrada recortada en oscuros tréboles.

La puerta del claustro estaba cerrada; pero siempre llevaba consigo el arcediano la llave de la torre donde estaba su laboratorio, y de ella se sirvió en aquella ocasion para penetrar en la iglesia.

Halló en ella el arcediano una oscuridad y un silencio cavernosos. Al ver las grandes sombras que caian de todas partes en anchos pliegues, reconoció que aun no habian quitado los paños negros de la ceremonia de por la mañana. Brillaba en el fondo de las tinieblas la gran cruz de plata, salpicada de algunos puntos brillantes, como la via láctea de aquella noche sepulcral. Las largas ventanas del coro mostraban por cima de la negra tapicería la extremidad superior de sus ojivas, cuyos pintados vidrios, atravesados por un rayo de la luna, no tenian mas que los

Digitized by Google

dudosos colores de la noche, una especie de violado, blanco y azul, matiz que no se encuentra mas que en el rostro de los muertos. El arcediano viendo en derredor del coro aquellas tristes puntas de ojivas, creyó ver otras tantas mitras de obispos condenados. Cerró los ojos, y cuando volvió á abrirlos, creyó ver delante de sí un círculo de rostros pálidos que le miraban.

Empezó entónces á huir por en medio de la iglesia y parecíale que la iglesia tambien se mecia, se ajitaba, se animaba, vivia que cada macizo pilar, se convertia en una pata enorme que golpeaba el pavimento con su ancha base de piedra, y que la gigantesca catedral no era mas que una especie de elefante prodigioso que respiraba y andaba con sus pilares por piés, sus dos torres por trompas, y la inmensa colgadura negra por caparazon.

De modo que la fiebre ó la locura habian llegado á tal grado de intensidad, que el mundo exterior no era ya para el infeliz mas que una especie de Apocalipsis, visible, palpable, espantoso.

Sintióse un momento aliviado: al internarse en los claustros laterales, vió detrás de un grupo de pilares un resplandor rojizo; voló hacia él el arcediano como hácia una estrella. Producia aquel claror la pobre lámpara que iluminaba dia y noche el breviario público de Nuestra Señora bajo su enrejado de hierro. Precipitóse con ansia hácia el libro santo, esperando hallar en el algun consuelo ó alguna confortacion: el libro estaba abierto en este pasaje de Job, sobre el cual vagó su mirada fija; «Y pasando por delante de mi un espíritu, se erizaron los pelos de mi carne.»

A esta lúgubre lectura, sintió lo que siente el ciego que se desgarra las manos en la caña sobre que va á apoyarse: flaquearon sus rodillas, y se inclinó hácia el suelo pensando en la que habia muerto aquel mismo dia. Sentia pasar y dilatarse en su cerebro tantos monstruosos vapores, que le pareció que su cabeza se habia convertido en una de las chimeneas del infierno.

Parece que quedó largo rato en esta actitud, sin pensar en nada, abismado y rendido bajo la mano del demonio. Pero en fin recobró alguna fuerza, pensando en que iba á refugiarse en la torre, junto á su leal Quasimodo. Púsose en pié, y como tenia miedo, tomó para alumbrarse la lámpara del breviario. Hacerlo era un sacrilejio; pero no estaba el miserable para reparar en tan poca cosa.

Subió lentamente la escalera de la torre lleno de un secreto espanto que debia propagar hasta á los escasos pasajeros del átrio, la misteriosa luz de su lámpara deslizándose tan tarde de tronera en tronera hasta lo alto del campanario.

De pronto sintió en su rostro alguna frescura. El aire era frio; el cielo arrastraba inmensas nubes, cuyas anchas masas pasaban unas por cima de otras aplastándose por los ángulos, y figurando el deshielo de un rio en invierno. El arco de la luna, cojido entre las nubes, parecia una nave celeste encallada en aquellos carámbanos del aire.

Bajó los ojos y contempló un momento entre la reja de columnillas que une las dos torres, á lo lejos, al trasluz de una gasa de nieblas y de humo, la silenciosa muchedumbre de los techos de Paris, agudos, innumerables, apiñados, y pequeños como las olas de un mar sereno en una noche de verano.

La luna despedia un rayo moribundo, que daba al cielo y á la tierra un matiz ceniciento.

Alzó en aquel momento el reloj su voz aguda y cascada; dieron las doce de la noche y el sacerdote pensó en las doce del dia, en aquella hora terrible que tornaba.— ¡Oh! murmuró en voz imperceptible, ahora ya estará fria!—

De repente una bocanada de viento apagó su lámpara, y casi al mismo tiempo vió el sacerdote aparecer en el ángulo opuesto de la torre una sombra una cosa blanca, una forma, una mujer. Estremecióse el infeliz: al lado de aquella mujer, iba una cabrita que mezclaba su balido á los últimos toques del reloj.

Tuvo fuerza para mirar.—Era ella.

Estaba pálida y sombría, caian sus cabellos sobre su espalda, como por la mañana, pero no llevaba una cuerda al cuello, ni tenia las manos atadas; estaba libre, estaba muerta.

Iba vestida de blanco, y llevaba un velo blanco en la cabeza.

Dirijiase hácia él lentamente y mirando al cielo; la cabra sobrenatural la seguia. Sentíase el miserable como si fuera de piedra y no podia huir; á cada paso que daba ella hácia adelante daba él uno hácia atrás: y esto es todo lo que podia hacer: de este modo penetró en la oscura bóveda de la escalera. Horrorizábale la idea de que ella acaso iba á entrar allí tambien; si lo hubiera hecho, el infeliz hubiera muerto de terror.

Llegó en efecto la fantasma á la puerta de la escalera, paróse en ella algunos instantes, miró la sombra con ojos fijos, pero sin ver en ella al sacerdote y pasó adelante. Parecióle al arcediano mas alta que cuando vivia, vió la luna al trasluz de su blanco velo, y oyó su respiracion...

Y luego que hubo pasado, empezó á bajar la escalera con la lentitud que habia visto en el espectro, creyéndose espectro él mismo tambien, delirante, los cabellos erizados, con la lámpara apagada en la mano; y mientras bajaba las gradas en forma de espiral, oia claramente una voz que reia y repetia en sus oidos:... «Y pasando por delante de mí un espíritu, se me erizaron los pelos de mi carne.»

II.

JOROBADO, TUERTO, COJO.

Toda ciudad en la edad media, y hasta en tiempo de Luis XII, toda ciudad en Francia tenia sus lugares de asilo. Eran estos, en medio del diluvio de leyes penales y de jurisdicciones bárbaras que inundaban la ciudad, unas especies de islas que se alzaban sobre el nivel de la justicia humana: el criminal que abordaba á ellas, quedaba salvo. Habia en cada distrito casi tantos lugares de asilo como lugares patibularios, lo que constituia el abuso de la impunidad junto al abuso de los suplicios, dos cosas malas que querian neutralizarse una por otra. Los palacios del rey, los de los príncipes, las iglesias sobre todo, tenian derecho de asilo; á veces cuando habia necesidad de volver á poblar una ciudad entera, haciásela temporalmente lugar de refugio: Luis XI hizo *asilo* á Paris en 1467.

Puesto un pié en el asilo, el criminal era sagrado; pero era preciso que se guardase muy bien de salir de él: si daba un paso fuera del santuario, á Dios impunidad. La rueda, el patíbulo, la tortura, hacian centinela en derredor del lugar de refugio, y espiaban sin cesar su presa como los tiburones en torno de un buque. Muchos reos se han visto encanecer de este modo en un claustro, en la escalera de un palacio, en el jardin de una abadía, en el pórtico de una iglesia; de este modo el asilo era una prision como otra cualquiera. Acontecia á veces que una determinacion solemne del parlamento violaba el refugio y restituia el reo al verdugo; pero esto era muy rara vez. Los parlamentos se desavenian con los obispos, y entónces no salia bien librada la toga de su refriega con la sotana. A veces, sin embargo, como en el negocio de los asesinos de Petit-Jean, verdugo de Paris, y en el de Emery Rousseau asesino de Juan Valleret, saltaba la justicia por cima de la iglesia, y no se paraba en la ejecucion de sus sentencias: pero á ménos de un decreto del parlamento, ¡ay del que vio-

Digitized by Google

lase á mano armada un lugar de asilo! Muy conocidas son las muertes de Roberto de Clermont, mariscal de Francia, y de Juan de Chalons, mariscal de Champaña; y eso que no se trataba mas que de un cierto Perrin Marc, mozo de un cambista, un miserable asesino, pero los dos mariscales habian echado abajo las puertas de S. Mery, y eso era una enormidad.

Tal respeto inspiraban los refugios, que segun cuenta la tradicion, no eran insensibles á él ni aun los mismos animales. Refiere Aymon que habiéndose refugiado junto al sepulcro un ciervo acosado por Dagobert de S. Dionisio paróse de pronto ladrando toda la jáuria.

Las iglesias tenian por lo general una estancia preparada para recibir á los suplicantes. En 1407 les hizo edificar Nicolás Flamel, sobre las bóvedas de Santiago de la Boucherie, un cuarto que le costó cuatro libras, seis sueldos, diez y seis dineros parisies.

Era el lugar de asilo en Ntra. Sra. una celdilla establecida sobre los techos de las galerías bajo los botareles, en frente del claustro precisamente en el sitio donde la mujer del actual conserje de la torre, se ha preparado para su recreo un jardinillo, que es á los pensiles de Babilonia lo que una lechuga á una palmera, lo que una portera á Semíramis.

Allí fue donde despues de su marcha desenfrenada y triunfante sobre las torres y las galerías, Quasimodo habia depositado á la Esmeralda. Mientras duró aquella carrera, no habia podido la hermosa volver en sí; estaba medio aletargada, medio despierta; no sintiendo ya nada sino que subia por el aire, que flotaba, que volaba en él, que alguna cosa la levantaba por cima de la tierra: de cuando en cuando oia las sonoras carcajadas la voz tonante de Quasimodo; entreabria los ojos, y entónces debajo de ella, veia confusamente á Paris listado de sus mil techos de tejas y de pizarra como un mosáico colorado y azul, y en cima de su cabeza, el rostro horrible y gozoso de Quasimodo. Entónces cerraba sus párpados creia que todo habia acabado ya, que durante su desmayo la habian matado, y que el disforme espíritu que habia presidido á su destino se habia apoderado de ella y se la llevaba. No se atrevia á mirarlo y se dejaba llevar.

Pero cuando el campanero rendido y jadeando la hubo depositado en la celda del refugio, cuando sintió sus ásperas manos que desataban suavemente la cuerda que la desollaba los brazos, recibió la Esmeralda aquella especie de sacudida que despierta sobresaltados á los pasageros de un buque que se encalla enmedio de una noche oscura: sus pensamientos se despertaron tambien y volvieron uno á uno á su memoria. Vió que estaba en Ntra. Sra.; acordóse de haber sido arrancada de manos del verdugo; de que Febo vivia, de que Febo ya no la amaba, y estas dos ideas, una de las cuales derramaba sobre la otra tanta amargura, presentándose juntas á la pobre gitana, hiciéronla volverse hácia Quasimodo que estaba en pié delante de ella y que la metia miedo, y decirle con energía: —¿Porqué me habeis salvado?

Miróla él con angustia, como procurando adivinar lo que le decia: repitió ella su pregunta, y entónces la echó él una mirada profundamente triste y desapareció.

Atónita quedó la Esmeralda.

Al cabo de algunos momentos volvió Quasimodo trayendo un lio que puso á los piés de la gitana en que habia algunos vestidos que dejaron para ella en los umbrales de la iglesia unas mujeres caritativas. Miróse ella entónces, vióse casi desnuda, y se puso encendida: recuperó entónces la vida.

Pareció comunicarse á Quasimodo algo de aquel pudor; cubrióse los ojos con su ancha mano, y se alejó por segunda vez, pero á pasos lentos.

Vistióse ella precipitadamente aquellas ropas que eran un traje de novicia del hospital de la caridad, un hábito blanco y un velo tambien blanco.

Acababa apénas de vestirse cuando vió volver á Quasimodo que traia una cesta bajo un brazo y un colchon debajo del otro: habia en la cesta una botella, pan y algunas provisiones. Puso la cesta en el suelo, y dijo; —Comed. Extendió el colchon sobre las losas, y dijo: —Dormid. El campanero la traia su propia cama y su comida.

Alzó los ojos hácia él la gitana para darle las gracias; pero no pudo articular una palabra; el pobre diablo era realmente horrible. Bajó la cabeza estremeciéndose profundamente.

Entónces la dijo: —Os meto miedo. ¿Soy muy feo, no es verdad? pero no me mireis, escuchadme solamente. —Durante el dia, os quedareis aquí; de noche podreis paseaᴙos por toda la iglesia. Pero no salgais de la iglesia ni de dia ni de noche, porque seriais perdida os matarian, y yo moriria.

Conmovida, levantó la cabeza para responder; pero ya habia él desaparecido. Volvió á encontrarse sola, pensando en las singulares palabras de aquel ser casi monstruoso, y asombrada del sonido de su voz, que era tan ronca y sin embargo tan dulce.

Luego examinó ella su celda, que era una estancia como hasta de seis piés cuadrados, con una pequeña ventanilla y una puerta sobre el plano ligeramente inclinado del techo de piedra: muchas canales que representaban figuras de animales, parecian inclinarse en torno de ella y alargar el pescuezo para verla por la ventana. En el borde de su techo, veia las cimas de mil chimeneas coronadas de humo; triste espectáculo para la pobre gitana, sola en el mundo, condenada á muerte, desdichada criatura, sin patria, sin familia, sin hogar.

En el momento en que se la apareció así mas aciaga que nunca la idea de su aislamiento sintió una cabeza vellosa y barbuda deslizarse entre sus manos sobre sus rodillas: estremecióse (ahora todo la asustaba) y miró; era la pobre cabrita la ájil Djalí que se habia escapado detrás de ella cuando Quasimodo dispersó la comitiva de Charmolue, y que se deshacia en caricias á sus piés hacia ya cerca de media hora, sin poder obtener ni siquiera una mirada. La gitana la cubrió de besos: —¡Oh! Djali, decia, ¡como he podido olvidarte! ¡con que siempre te acuerdas de mí! ¡Oh! ¡tú no eres ingrata, no! Al mismo tiempo, como si una mano invisible hubiese removido el peso que comprimia sus lágrimas hacia tanto tiempo en su corazon, se echó á llorar, y á medida que corria su llanto, sentia que se iba con él lo mas ácre y amargo de su dolor.

Cuando llegó la noche, parecióle esta tan bella, la luna tan suave, que salió á dar una vuelta por la alta galería que rodea á la iglesia, con lo que sintió algun alivio: ¡tan serena le pareció la tierra, vista desde aquella altura!

III.

SORDO.

Al dispertarse á la mañana siguiente, advirtió que habia dormido; cosa singular que la asombró tanto tiempo hacia que ignoraba lo que es dormir! Un bello rayo del sol naciente entraba por la ventanilla y la daba en el rostro; al mismo tiempo que vió el sol, vió en aquella ventana un objeto que la aterró, la triste figura de Quasimodo. Cerró los ojos involuntariamente, pero en vano, porque siempre creia ver al trasluz de sus rosados párpados aquella cara de gnomo, tuerto y mellado: entónces, mientras tenia los ojos cerrados, oyó una voz áspera, que decia con mucha dulzura: —No tengais miedo, soy vuestro amigo. Habia venido á veros dormir, ¿no es verdad que no os hace daño el que venga yo á veros dormir?

¿Qué os importa que esté yo ahí cuando teneis los ojos cerrados? Ahora voy á irme; ya estoy detras de la pared;—ahora ya podeis abrir los ojos.

Mas triste era aun el acento con que fueron pronunciadas estas palabras que las palabras mismas. Conmovida la gitana, abrió los ojos; en efecto, ya no estaba en la ventanilla. Asomóse á ella y vió al pobre jorobado acurrucado en un ángulo de la pared en una actitud dolorosa y resignada. Hizo la gitana un esfuerzo para vencer la repugnancia que la inspiraba. —Venid, le dijo con dulzura, pero en el movimiento de sus lábios, creyó Quasimodo que le echaba, y entónces se puso en pié y se retiró cojeando lentamente, con la cabeza baja, sin atreverse siquiera á levantar sobre la hermosa su mirada llena de desesperacion. —¡Venid, venid! pero el continuaba alejándose. Salió entónces la Esmeralda de su celda corrió hácia él y le cojió del brazo; al sentirse tocado por ella tembló Quasimodo de piés á cabeza; levanto sus ojos suplicantes, y viendo que ella le atraia hácia sí, brilló su rostro radiante de alegria y de ternura. Quiso hacerle entrar en su celda, pero el se obstinó en quedarse á la puerta.—No, no, dijo; el buho no entra en el nido de la alondra.

Sentóse ella entónces graciosamente en su colchon con la cabrita dormida á sus piés: ambos quedaron inmóviles por algunos instantes considerando en silencio, él tanta hermosura, ella tanta fealdad: á cada momento descubria la gitana en Quasimodo alguna nueva deformidad. Su miraba de aquellas rodillas ñudosas á aquella espalda jorobada, de aquella espalda jorobada á aquel ojo único y no podia comprender como existia un ser tan extrañamente bosquejado. Habia sin embargo en todo aquello tanta tristeza y tanta dulzura que ya empezaba á acostumbrarse á ello.

El fue el primero que rompió el silencio.—¿Con que me deciais que volviera?

Hizo ella con la cabeza una señal afirmativa: diciendo:—Si.

Comprendió él la señal afirmativa: ¡Ah! dijo, como si no se atreviera á proseguir, es que....... soy sordo.

—¡Pobre hombre! exclamó la gitana con una expresion de síncero dolor.

Empezó él á sonreirse tristemente..—¿Verdad que eso solo me faltaba? Si, soy sordo; esa es mi naturaleza,—Soy horrible, ¿no es verdad? ¡Vos sois tan hermosa, tanto!!

Revelaba el acento del miserable un sentimiento de su miseria tan profundo, que no tuvo fuerzas ella para decir una sola palabra; ademas él no la hubiera oido. Luego prosiguió.

—Nunca habia conocido mi fealdad como ahora; cuando me comparo á vos, ¡oh! mucho me compadezco á mi—¡pobre y desventurado mónstruo! Debo pareceros una fiera seguramente.—¡Y vos!...... vos sois un rayo del sol, una gota de rocio, el canto de una ave!—Yo, yo soy una cosa horrible, ni hombre, ni animal, un no sé que, mas duro, mas ajado, mas disforme que un guijarro!

Entónces se hecho á reir, y aquella risa desgarraba el corazon; luego continuó:

—Sí, soy sordo; pero me hablareis por gestos, por señas: yo tengo un amo que habla conmigo de ese modo. Ademas, pronto conoceré vuestra voluntad por el movimiento de vuestros lábios, por vuestras miradas.

—¡Pues bien! repuso ella sonriendo, ¿por que me habeis salvado?

Miróla él atentamente mientras le hablaba.

—He comprendido, respondió: me preguntais por que os he salvado ya os olvidásteis de un miserable que intentó robaros una noche, de un miserable á quien el dia siguiente dísteis auxilio en su infame picota. Una gota de agua y un poco de compasion, mas es eso de lo que podré yo pagar con toda mi vida. Vos os habeis olvidado de este miserable; él se ha acordado.

Escuchábale ella profundamente enternecida; giró una lágrima en el ojo del campanero, pero no cayo; parecia que ponia una especie de pundonor en devorarla.

—Escuchad, repuso cuando ya no temió que se escapase aquella lágrima: allí hay unas torres muy altas; el hombre que cayera desde ellas, moriria ántes de llegar al suelo. Cuando querais que yo caiga desde su altura, ni aun siquiera tendreis que pronunciar una palabra,—una mirada bastará.

Entónces se puso en pié; aquel ser extraordinario aun en el profundo infortunio en que se hallaba la gitana, escitaba en ella alguna compasion. Hizóle señal de que se quedára.

—No, no, dijo; no debo quedarme demasiado tiempo; aquí no estoy bien. Solo por compasion no apartais los ojos de mi: me voy á mi sitio desde donde pueda veros sin que vos me veais á mí; eso será mejor.

Sacó entónces de su faltriquera un silbato de metal.

—Tomad, dijo; cuando me necesiteis para algo, cuando querais que yo venga, cuando no os inspire demasiado horror el verme, silbad con esto: yo oigo este sonido.

Dejó el silbato en el suelo y huyó.

IV.

ARCILLA Y CRISTAL,

Sucediéronse muchos dias.

Poco á poco iba volviendo la serenidad al alma de la Esmeralda; el esceso del dolor como el esceso de la alegría es una cosa violenta que dura poco; el corazon del hombre no puede durar mucho tiempo en un extremo. Tanto habia sufrido la gitana que ya no le quedaba mas que el asombro de lo que habia padecido.

Con la seguridad habia recuperado la esperanza. Estaba fuera de la sociedad, fuera de la vida; pero sentia confusamente que acaso no le seria imposible volver á una y á otra. Estaba como una muerta que tuviera en reserva una llave de su sepulcro.

Sentia irse alejando de ella poco á poco las terribles imágenes que por tanto tiempo la habian perseguido. Todos los fantasmas espantosos, Pierrat Torterue, Jaime Charmoluc, se borraban de su mente; todos, hasta el mismo sacerdote.

Y ademas, Febo vivia; de ello estaba segura, pues que le habia visto; la vida de Febo era todo para ella. Despues de la série de fatales sacudidas que todo lo habian derruido en ella, la infeliz solo encontró en pié en su alma una cosa, un sentimiento, su amor al capitan. Porque el amor es como un árbol: crece por sí solo, hunde profundamente sus raices en todo nuestro ser, y muchas veces sobrevive verde y lozano en un corazon hecho ruinas.

Y es lo mas inexplicable que la pasion es tanto mas tenaz, cuanto es mas ciega, nunca es mas sólida que cuando no tiene razon en sí.

Indudablemente la Esmeralda no pensaba en el capitan sin amargura. En verdad era cosa horrible que tambien él hubiera sido engañado, que tambien él hubiera creido posible todo aquello, que hubiese podido comprender una puñalada mortal dada por la mujer que hubiese sacrificado mil vidas por él. Pero en fin, alguna disculpa tenia; ¿no habia ella confesado su *crimen*? ¿no habia cedido débil mujer al martirio de la tortura? Toda la culpa era de ella; ántes hubiera debido dejarse arrancar las uñas, que una palabra como aquella. Pero en fin, si lograba ver á Febo una sola vez, un solo minuto, una sola mirada bastaria para desengañarle, para volverse á ella. No lo

Digitized by Google

dudaba; aturdíase ademas sobre muchas cosas singulares, sobre la casualidad de la presencia de Febo el dia de la pública retractacion sobre la jóven que estaba con él. Aquella jóven era sin duda su hermana: esplicacion infundada, pero que le bastaba á ella, porque tenia necesidad de creer que Febo la amaba, que no amaba á nadie mas que á ella. ¿No se lo habia él jurado? ¿Que mas necesitaba la infeliz, cándida y crédula como era? Y luego en todo aquel asunto no la culpaban las apariencias mas á ella que á él? Por esto conservaba alguna esperanza.

Añádase á esto que la iglesia, aquella vasta iglesia que la ceñia por todas partes, que la protegia, que la salvaba, era un soberano calmante. Las líneas solemnes de aquella arquitectura, la actitud religiosa de todos los objetos que rodeaban á la Esmeralda, los pensamientos piadosos y serenos que se desprendian, por decirlo así, de todos los poros de aquellas piedras ejercian sobre ella su poderoso influjo. El edificio tenia tambien ecos tan llenos de bendicion y de magestad, que aplacaban como un bálsamo los dolores de aquella alma enferma. El canto monótono de los vicarios de coro, las respuestas del pueblo á los sacerdotes, ora inarticuladas, ora tonantes; el armonioso temblor de las pintadas vidrieras, el órgano sonoro como cien trompetas, los tres campanarios zumbando como tres colmenas de enormes abejas, toda aquella orquesta sobre la cual zumbaba un gigantesco diapason, subiendo y bajando sin cesar de un gentío á un campanario atronaba y ensordecia su memoria, su imaginacion, su dolor: las campanas sobre todo la adormecian. Era aquello como un magnetismo poderoso que derramaba sobre ella profusamente aquella inmensa máquina.

Y cada nuevo sol que nacia la hallaba mas serena, respirando mejor, menos pálida. A medida que se cerraban sus llagas interiores; florecian de nuevo su gracia y su hermosura sobre su rostro, pero mas sérias y reposadas. Ibala volviendo tambien su antiguo carácter un poco de su alegría, su gracioso mohin, su cariño á la cabrita, su aficion á cantar, su pudor. Cuidaba de vestirse por las mañanas en el ángulo del chiribitil, de miedo de que la viese por la ventana algun habitante de las vecinas buhardillas.

Cuando el recuerdo de su Febo la dejaba tiempo para ello, la gitana pensaba algunas veces en Quasimodo: él era el único vínculo, la única relacion, la única comunicacion que la quedaba ya con los hombres, con los vivos. ¡Desdichada! mas desterrada estaba aun del mundo que Quasimodo. No sabia que pensar del extraño amigo que la habia deparado la casualidad. Muchas veces se acusaba de que no bastase su gratitud á hacerla cerrar los ojos, pero decididamente no podia acostumbrarse al pobre campanero: era demasiado feo.

Habia ella dejado en el suelo el silbato que le diera Quasimodo; pero esto no impidió que el pobre sordo se presentase algunas veces en su celda los primeros dias. Hacia ella los mayores esfuerzos para no apartar los ojos con demasiada repugnancia, cuando venia á traerla su cesta de provisiones, ó el cántaro de agua; pero siempre advertia él cualquier movimiento de aquella especie, y entónces se iba tristemente.

Una vez llegó mientras estaba la gitana acariciando á Djali. Permaneció algunos momentos pensativo delante de aquel gracioso grupo de la cabra y de la Esmeralda, y dijo en fin meneando su pesada y monstruosa cabeza: —Mi desgracia es que me parezco demasiado al hombre: yo quisiera ser enteramente un animal como esa cabra.

Fijó la gitana en él una mirada atónita, á la que respondió Quasimodo:—¡Oh! ¡bien se yo por que!

—Y se fué.

En otra ocasion, presentóse á la puerta de la celda (donde nunca entraba) mientras estaba cantando la Esmeralda un antiguo romance español cuyas palabras no comprendia, pero que se le habian quedado en la memoria, porque con ellas la adormecian de niña las gitanas. Al ver aquel feo rostro, que sobrevenia de súbito en medio de su cancion, interrumpióse la niña haciendo un ademan involuntario de terror. El desgraciado cayó de rodillas sobre el dintel de la puerta, y cruzó con aire suplicante sus anchas manos disformes. —¡Oh! dijo dolorosamente, ¡yo os lo pido, continuad y no me echeis!—No quiso ella afligirle y, toda trémula, prosiguió su cancion; pero fue disipándose su espanto por momentos, y cedió en fin de todo punto á la impresion del tono melancólico y suave que cantaba. El en tanto permanecia de rodillas, con las manos cruzadas, como en extasis, atento, respirando apenas, fija la vista en los brillantes ojos de la gitana. Parecia que oia su cantar en sus ojos.

Y en otra ocasion, llegóse á ella con aire indeciso y tímido.—Escuchadme, dijo haciendo un esfuerzo; tengo que deciros una cosa.—Hízole ella señal de que le escuchaba; entónces Quasimodo, empezó á suspirar, entreabrió los lábios, pareció por un momento que iba á hablar, hizo con la cabeza un movimiento negativo y se retiró lentamente, apoyada la frente en la mano, dejando á la gitana estupefacta.

Entre los grotescos personages esculpidos en la pared, habia uno á quien profesaba un cariño especial, y con el cual muchas veces parecia cangear miradas fraternales. Una vez, oyóle la gitana que le decia;— ¡Oh! ¡que no sea yo de piedra como tu!!

Un dia, en fin, una mañana, habíase adelantado la Esmeralda hasta el borde del techo, y miraba la plaza por cima de la aguda techumbre de S. Juan-le-Rond. Quasimodo estaba alli, detras de ella; colocábase así él por su propia voluntad á fin de evitar en lo posible á la doncella el disgusto de verle. De pronto, estremecióse la gitana, una lágrima y un rayo de alegria brillaron juntamente en sus ojos, arrodillóse en el borde del techo, y extendió los brazos con agonia hácia la plaza esclamando;—¡Febo! ¡ven! ¡ven! una palabra, ¡una sola palabra por amor de Dios! ¡Febo! ¡Febo!—Su voz, su rostro, su ademan, toda su persona tenian la amarga expresion de un náufrago que hace una llamada de desesperacion al hermoso buque que pasa á lo lejos al horizonte en un rayo del sol.

Inclinóse Quasimodo hácia la plaza, y vió que el objeto de aquella tierna y delirante súplica era un jóven, un capitan, un gallardo ginete todo brillante de armas y de joyeles que pasaba caracoleando por el fondo de la plaza, y saludaba con su penacho á una hermosa dama que sonreia en su balcon. Pero el oficial no oia á la infeliz que le llamaba; estaba demasiado lejos.

Y sin embargo, el pobre sordo lo oia todo. Un profundo suspiro agitó su pecho y tuvo que volver la cara; su corazon estaba preñado de todas las lágrimas que devoraba; sus dos puños convulsivos se chocaron sobre su cabeza, y cuando los retiró, tenia en cada mano un puñado de cabellos rojos.

La gitana no lo advirtió; él decia en voz baja rechinando los dientes:—¡Condenacion! ¡Hé aquí como hay que ser! ¡basta ser hermoso por encima!

En tanto la gitana continuaba de rodillas, y exclamaba con extraordinaria agitacion—¡Oh! ¡ahora se apea del caballo!—¡Y va á entrar en esa casa!—¡Febo!—¡No me oye!—¡Febo!—¿Por que le hablará esa mujer al mismo tiempo que yo?—¡Febo! ¡Febo.

El sordo la miraba, y comprendia muy bien aquella pantomima. El ojo del pobre campanero se llenaba de lágrimas, pero no dejaba caer ninguna; luego de pronto, la tiró suavemente por la manga. Volvióse la Esmeralda; él la dijo con serenidad.—¿Quereis que vaya á buscarle?

Lanzó ella un grito de alegria:—¡Oh! ¡ve, id! ¡corre, corre! ¡pronto! ¡ese capitan!—¡traédmele!

—¡yo te amaré! si....—Y en tanto abrazaba sus rodillas. No pudo él ménos de menear la cabeza dolorosamente.—Voy á traerle, dijo con voz apagada. Luego volvió la cara y se precipitó corriendo por la escalera, ahogado por los sollozos.

Cuando llegó á la plaza, no vió mas que el hermoso caballo atado á la puerta de la casa Gondelaurier; el capitan acababa de entrar en ella.

Alzó los ojos hácia los techos de la iglesia, donde vió á la Esmeralda que continuaba en el mismo sitio y en la misma actitud. Hízola con la cabeza una señal muy triste; luego se apoyó en uno de los poyos del portal, resuelto á esperar á que saliese el capitan.

Era á la sazon en la casa Gondelaurier uno de aquellos dias de gala que preceden á las bodas. Quasimodo vió entrar mucha gente, pero no vió salir á nadie. De vez en cuando, miraba hácia el techo; la gitana continuaba inmóvil como él. Vino entónces un palafrenero á desatar el caballo, é hízole entrar en la cuadra de la casa.

Pasóse así todo aquel dia, Quasimodo apoyado en la esquina, la Esmeralda sobre el techo, y Febo sin duda á los piés de Flor de Lis.

Llegó por fin la noche, una noche sin luna, una noche oscura. En vano ya Quasimodo fijaba su ojo en la Esmeralda; pronto no vió mas que un punto blanco en el crepúsculo, y luego no vió nada. Todo desapareció: todo era negro.

Vió Quasimodo iluminarse en toda la fachada las ventanas de la casa Gondelaurier; vió iluminarse, una despues de otra, todas las ventanas de la plaza; víolas tambien irse apagando todas hasta la última, porque permaneció la noche entera en su puesto. El capitan no salia. Cuando ya hubieron vuelto á sus casas los últimos transeuntes, cuando todas las ventanas de las otras casas se apagaron, quedó Quasimodo enteramente solo, enteramente sepultado en sombra. No habia entónces luminaria en el átrio de Nuestra Señora.

En tanto las ventanas de la casa Gondelaurier habian quedado iluminadas aun despues de las doce de la noche. Quasimodo, inmóvil y atento, veia pasar detras de los vidrios de mil colores una multitud de sombras, vivas que se movian y bailaban. Si no hubiera sido sordo, á medida que se iba apagando el rumor de Paris dormido, hubiera sido cada vez mas claramente en el interior de aquella casa, un ruido de fiesta, de risas y de música.

Hácia la una de la mañana, empezaron á retirarse los convidados. Quasimodo embozado en tinieblas los miraba pasar á todos bajo el portal iluminado por antorchas; ninguno de ellos era el capitan.

Llena estaba el alma de Quasimodo de tristes pensamientos; miraba á veces al cielo como los que se aburren. Enormes nubes negras, pesadas, rasgadas, agujereadas, pendian como hamacas de crespon de la estrellada cúpula de la noche. Parecian las telarañas de la bóveda del cielo.

En uno de aquellos momentos, vió abrirse de pronto misteriosamente la vidriera del balcon cuya balaustrada de piedra se recortaba encima de su cabeza. La frájil puerta de vidrio dió paso á dos personas detras de las cuales se cerró pausadamente: aquellas dos personas eran un hombre y una mujer. No sin dificultad reconoció Quasimodo en el hombre al gallardo capitan, y en la mujer á la hermosa dama á quien habia visto por la mañana dar la bienvenida al oficial, desde lo alto de aquel mismo balcon. Aquel sitio estaba enteramente oscuro, y una doble colgadura carmesí que cayó detras de la puerta en el momento mismo en que se cerró, no dejaba penetrar en el balcon la luz del sarao.

El jóven y la doncella, en cuanto podia juzgar nuestro sordo, que no oia ni una palabra de lo que hablaban, parecian entregados á la mas amorosa conferencia, la jóven parecia haber permitido al oficial que la ciñese con su brazo y resistia dulcemente sus besos.

Asistia Quasimodo desde abajo á aquella escena, tanto mas graciosa de ver, cuanto no pasaba para ser vista: contemplaba el desdichado aquella felicidad, aquella belleza con profunda amargura. Al fin y al cabo, no era muda en el pobre diablo la voz de la naturaleza, y su columna vertebral, torcida y todo de tan mala manera como lo estaba, no era ménos sensible que otra cualquiera. Pensaba el pobre sordo en la miserable parte de dicha que le habia dado la providencia; en que la mujer, el amor, el deleite le pasarian eternamente por delante de los ojos, y que no haria mas que ver la felicidad de los demas. Pero lo que mas le despedazaba en aquel espectáculo, lo que mezclaba alguna indignacion á su despecho, era el pensar en lo que debia sufrir la gitana si lo veia.—verdad es que la noche era muy oscura; que la Esmeralda, si se habia quedado en su sitio (y lo creia indudable) estaba muy lejos, y que apenas podia él á todo lo mas divisar á los enamorados del balcon. Esto le consolaba.

En tanto su conversacion era cada vez mas animada; parecia que la dama suplicaba al oficial que no la pidiese nada..... De todo aquello no distinguia nada Quasimodo mas que las lindas manos cruzadas, los ojos de la niña levantados á las estrellas, los ojos del capitan ardientemente clavados en ella. La doncella principiaba á aflojar su resistencia.

Por fortuna abrióse de pronto la puerta del balcon, y sobrevino una señora anciana; la bella quedó confusa, el oficial todo mohino, y los tres volvieron al estrado.

Un momento despues resonaron en el portal las herraduras de un caballo y el brillante oficial, embozado en su capa de noche, pasó rápidamente delante de Quasimodo.

Dejóle el campanero doblar el ángulo de la calle, y luego echó á correr detras de él con su agilidad de mono, gritando: —¡He! ¡Capitan!

Paróse el capitan.

—¿Que me quiere ese pillo? dijo columbrando en la sombra aquella especie de figura desvencijada que corria hácia él cojeando.

Llegóse á él entónces Quasimodo y cogió impávido las riendas de su caballo.— Seguidme, capitan; hay aquí cerca una persona que quiere hablaros.

—¡Cuerno Mahoma! refunfuñó Febo, me parece haber visto no sé donde á este pájaro desplumado.

—A ver, compadre, ¿quieres soltar las bridas de mi caballo?

—¿Capitan, repuso el sordo, no me preguntais de quien?

—¡Te digo que sueltes mi caballo! repuso Febo con impaciencia. ¿Que me quiere este bellaco que se cuelga á la testera de mi rocin? ¿Tomas á mi caballo por una horca?

Quasimodo, léjos de soltar las riendas, se disponia á hacerle dar la vuelta. No pudiendo explicarse la resistencia del capitan, apresuróse á decirle: —Venid, capitan, os espera una mujer. Y luego añadió haciendo un esfuerzo: —Una mujer que os ama.

—¡Tuno de playa! dijo el capitan, ¡que me crees obligado á ir á casa de todas las mujeres que me aman ó que lo dicen! ¿Y si por ventura se parece á ti, cara de mochuelo? ¡Dí á la que te envia que me voy á casar, y que se vaya con el diablo!

—Escuchad, dijo Quasimodo creyendo vencer con una sola palabra toda su resistencia, ¡venid, señor capitan! ¡Es la gitana que vos sabeis!

Estas palabras produjeron en Febo grande impresion; pero no la que esperaba el sordo. El lector se acordará de que nuestro galan se retiró con Flor de Lis algunos momentos ántes de que Quasimodo sal-

Digitized by Google

vase á la gitana de manos de Charmolue; desde entónces, en todas sus visitas á la casa Gondelaurier, habíase guardado muy bien de mentar á aquella mujer, cuyo recuerdo no le era muy grato seguramente; y Flor de Lis por su parte no habia juzgado prudente decirle que vivia la gitana. Creia pues muerta el capitan á la pobre *Similar*, y que hacia ya de esto uno ó dos meses. Añádase á lo dicho que el capitan discurria hacia algunos instantes en la profunda oscuridad de la noche, en la hediondez sobrenatural, en la voz sepulcral de aquel extraño mensagero, que ya habian pasado las doce de la noche, que la calle estaba desierta como cuando se le acercó el monge en pena, y que su caballo resoplaba mirando á Quasimodo.

— ¡La gitana! exclamó casi asustado; ¿vienes acaso del otro mundo?

Y echó la mano á la empuñadura de su daga.

— ¡Vamos, vamos! dijo el sordo forcejeando por llevarse el caballo; ¡vamos por aquí!

Asentóle Febo sobre el pecho un vigoroso puntapié.

Brotó llamas el ojo de Quasimodo, quien hizo un movimiento para precipitarse sobre el capitan. Luego dijo conteniéndose violentamente : — ¡Oh! ¡buena dicha teneis de que haya alguno que os ame!

Recalcó el sordo sobre la palabra *alguno*, y soltando las riendas del caballo : — ¡Vete! le dijo.

Metió Febo espuelas á su rocin y se fue echando mil juramentos : vióle Quasimodo perderse entre la niebla de la calle. — ¡Oh! decia en voz doliente el pobre sordo, ¡rehusar eso!!

Volvió á Ntra. Sra., encendió su lámpara y subió á la torre; como él imaginaba, aun estaba allí la gitana en el mismo sitio. Apenas pudo divisarle á lo léjos, echó á correr hácia él : — ¡Solo! exclamó cruzando dolorosamente sus blancas manos.

— No he podido dar con él, dijo con frialdad Quasimodo.

— Debisteis haber esperado toda la noche, repuso ella enfurecida.

Vió él su ademan de cólera, y comprendió su reconvencion. — Otra vez le espiaré mejor, dijo bajando la cabeza.

— ¡Vete! exclamó la gitana.

Hízolo así porque vió que estaba descontenta de él; el infeliz preferia ser maltratado por ella á afligirla; todo el dolor lo habia guardado para sí.

Desde aquel dia en adelante no le volvió á ver la gitana ni él volvió á su celda : á todo lo mas, entreveia á veces en la cima de una torre el rostro del campanero melancolicamente clavado en ella; pero apenas le divisaba, desaparecia.

Debemos decir que poco la afligia la ausencia voluntaria del pobre jorobado. En el fondo de su corazon se lo agradecia, y sobre este particular no se hacia ilusion el desdichado Quasimodo.

Pero si ya no le veia, sentia no obstante la presencia de un génio protector en torno de sí, una mano invisible renovaba sus provisiones durante su sueño. Una mañana halló sobre su ventana una jaula de pájaros. Habia encima de su celda una escultura que la metia miedo, y varias veces lo habia dicho así delante de Quasimodo : una mañana (porque todas estas cosas se efectuaban durante la noche), ya no la vió : la escultura estaba hecha pedazos. El que habia trepado hasta aquel punto, mucho debió exponer su vida.

A veces durante la noche oia una voz oculta bajo el alero del campanario, cantar como para adormecerla una cancion triste y extraña, unos versos sin medida, como puede hacerlos un sordo.

No mires el rostro niña,
Mira solo el corazon.
El corazon de un jóven hermoso es con frecuencia disforme.
Hay corazones donde no se conserva el amor.
Niña, el pino no es hermoso,
No es hermoso como el álamo;
Pero conserva su hoja en invierno.
Pero ¡ah! ¿para que te lo digo?
Lo que no es bello hace mal en vivir
La belleza solo ama á la belleza,
Abril vuelve la espalda á enero.
La hermosura es perfecta,
La hermosura lo puede todo.
La hermosura es la única cosa que no existe á medias.
El cuervo no vuela mas que de dia,
El buho no vuela mas que de noche,
El cisne vuela de noche y de dia.

Una mañana vió al despertarse dos vasos llenos de flores en su ventana; uno era un vaso de cristal, hermoso y brillante, pero rajado : habíasele salido el agua que contenia, y sus flores estaban marchitas. El otro era un jarro de arcilla, basto y ordinario, pero que habia conservado toda su agua, y cuyas flores estaban frescas y lozanas.

No se si lo hizo con intencion; pero la Esmeralda cogió el ramillete marchito y lo llevó todo el dia al pecho.

Aquel dia no oyó cantar la voz de la torre.

No hizo gran caso de ello : pasaba los dias la Esmeralda acariciando á Djalí, espiando la puerta de la casa Gondelaurier, pensando en Febo, y desmigajando pan á las golondrinas.

Llegó á dejar enteramente de ver y de oir á Quasímodo; el pobre campanero parecia haber desaparecido de la iglesia. Una noche sin embargo, como no dormia y pensaba continuamente en su gallardo capitan, oyó suspirar junto á su celda; levantóse sobresaltada, y vió á la luz de la luna una masa informe tendida de través delante de su puerta. Era Quasimodo que dormia sobre las piedras.

V.

LA LLAVE DE LA PUERTA ENCARNADA.

La fama entretanto habia hecho saber al arcediano de que modo milagroso se habia salvado la gitana, y cuando recibió esta noticia no supo lo que pasaba en él. Habíase ya acostumbrado á la muerte de la Esmeralda; de este modo hallábase ya en paz, porque habia tocado el fondo del dolor posible. El corazon humano (D. Claudio habia meditado sobre estas cosas) no puede contener mas que una cierta cantidad de desesperacion : una vez bien empapada la esponja, el mar puede pasar por encima de ella sin añadirla una gota mas.

Y una vez muerta la Esmeralda, la esponja estaba empapada, todo estaba acabado para D. Claudio sobre la tierra. Pero saber que vivia ella y Febo tambien, era volver á empezar los tormentos, las sacudidas violentas, las alternativas, la vida. Y Claudio estaba harto de todo esto.

Cuando supo esta nueva, encerróse en su celda del claustro, y no volvió á presentarse ni en las conferencias capitulares, ni en los oficios : cerró su puerta á todos, aun al obispo. De esta suerte estuvo encerrado muchas semanas; todos le creyeron enfermo : lo estaba en efecto.

¿Que hacia así encerrado? ¡bajo que amargos pensamientos consumia su existencia el infeliz! ¿Luchaba por última vez contra su funesta pasion? ¿Combinaba un último plan de muerte para ella, y de perdicion para él?

Su Juan, su hermano querido, su niño mimado fué una vez á su puerta, llamó, juró, suplicó, dijo su nombre diez veces, — Claudio no abrió.

Pasaba los dias enteros pegado el rostro á los vidrios de su ventana, situada en el claustro, veia la celdilla de la Esmeralda, y tal vez á ella tambien con su cabra y á veces con Quasimodo. Observaba las atenciones del horrible sordo, sus obediencias, sus modales delicados y sumisos con la gitana. Acordába-

Digitized by Google

se, porque tenia buena memoria, y la memoria es el tormento de los celosos, acordábase de la mirada extraña del campanero sobre la bailarina en cierta tarde. Preguntábase porque motivo podia haberla salvado Quasimodo. Fue testigo de mil escenas entre la gitana y el sordo, cuya pantomima vista de lejos, y comentada por su pasion, le parecio muy tierna; desconfiaba de la singularidad de las mujeres y entónces sintió despertarse en él confusamente unos celos á que nunca se habia esperado llegar, unos celos que le hacian morir de vergüenza y de indignacion.—Pase por el capitan; decia, ¡pero ese!... Esta idea le volvia loco.

Sus noches eran horribles. Desde que supo que vivia la gitana, las frias ideas de expectro y de tumba que le habian perseguido un dia entero se fueron desvaneciendo, y de nuevo volvió á punzarle la carne. Revolcábase el miserable en su cama pensando en que estaba tan cerca de él la morena virgen.

Todas las noches, presentábale su imaginacion delirante á la Esmeralda en aquellas actitudes que mas habian hecho hervir sus venas. Veíala desnuda por las ásperas manos de los sayones, dejando poner á descubierto y encajonar en él borceguí con tornillos de hierro, su pié pequeño, su pierna fina y redonda, su ágil y blanca rodilla : veía aun aquella rodilla de marfil que era lo único que quedaba fuera de la horrible máquina de Torterue. Figurábase en fin á la niña, en camisa, con la cuerda al cuello, con la espalda desnuda, los piés desnudos, casi desnuda, como la vió el último dia. Estas imágenes de deleite hacian crisparse sus manos y correr un profundo estremecimiento por todas sus vértebras.

Una noche entre otras, tan cruelmente encendieron en sus artérias estas imágenes su sangre de vírgen y de sacerdote, que mordió su almohada, echóse fuera de la cama, púsose una sobrepelliz sobre la camisa, y salió de su celda, con la lámpara en la mano, medio desnudo, delirante, echando fuego por los ojos.

Sabia muy bien donde hallar la llave de la puerta encarnada que comunicaba del claustro á la iglesia, y siempre llevaba consigo, como ya hemos dicho, una llave de las escaleras de las torres.

VI.

CONTINUACION DE LA LLAVE DE LA PUERTA ENCARNADA.

Aquella noche se habia dormido la Esmeralda en su celda, llena de olvido, de esperanza y de dulces pensamientos. Dormia hacia ya largo rato, soñando como siempre con Febo, cuando le pareció oir ruido cerca de ella : tenia un sueño ligero é inquieto, un sueño de pájaro : cualquier cosa la despertaba. Abrio los ojos; la noche estaba oscura ; pero vió en la ventana un rostro que la miraba, una lámpara iluminaba aquella aparicion. En el momento en que advirtió que le miraba la Esmeralda, aquel rostro dió un soplo á la luz; pero tuvo tiempo la gitana para entreverlo, y sus párpados se cerraron de terror. —¡Oh! ¡ dijo con voz apenas articulada—el sacerdote!

Todo su infortunio penetró entónces en ella como un relámpago : la infeliz cayó sobre su lecho helada.

Un momento despues sintió que la tocaban á lo largo del cuerpo lo cual la hizo estremecerse tanto que se incorporó del todo vuelta en sí, y furiosa.

El sacerdote acababa de deslizarse junto á ella, y la ceñia con ambos brazos.

Quiso gritar y no pudo.

—¡Vete, monstruo! ¡vete, asesino! dijo con voz trémula y sorda á fuerza de cólera y de espanto.

—¡Compasion! ¡compasion murmuró el sacerdote clavando un beso en sus espaldas.

Cogióle ella su cabeza calva con ambas manos por los pocos cabellos que le quedaban y forcejeó para huir de sus besos como si fuesen mordeduras.

—¡Compasion! repetia el desdichado. ¡Si supieras lo que es mi amor! ¡es fuego, plomo derretido, mil cuchillos en el corazon!

Y la sujetó los dos brazos con una fuerza sobre humana. Y entónces ella desesperada : Suéltame le dijo, ó te escupo en la cara.

El la soltó. —¡Enviléceme, pégame, sé cruel! ¡haz lo que quieras!—Pero ten compasion de mí!—¡ámame!

Pegole ella entónces con un furor de niño, y crispaba sus hermosos dedos para desgarrarle la cara.—¡Vete, demonio!

—¡Amame, ámame! ¡piedad¡ gritaba el pobre sacerdote, respondiendo á sus golpes con caricias.

De pronto, sintióse mas fuerte que ella :—¡Es menester acabar de una vez! dijo el arcediano rechinando los dientes.

Estaba ya la gitana postrada, palpitante, entre sus brazos, á su discrecion, hizo entónces su postrer esfuerzo y empezó á gritar;—¡Socorro! ¡á mí! ¡un vampiro! ¡vampiro!

Nadie venia : solo Djalí que se habia despertado, balaba con angustia.

—¡Calla! dijo el sacerdote.

Entónces, forcejeando la gitana por alejarle de sí, halló en el suelo una cosa fria y metálica; aquello era el silbato de Quasimodo. Cogióle con una convulsion de esperanza, llególe á sus labios y silbó en él con toda la fuerza que le quedaba; el silbato espidió un sonido claro, agudo y penetrante.

—¿Que es eso? dijo el sacerdote.

Casi en el mismo instante, sintióse levantar en alto por un brazo vigoroso; la celda estaba oscurísima, de modo que no pudo distinguir quien era el recien venido; pero oyó dos hileras de dientes que se entrechocaban con rabia, y habia precisamente bastante luz esparcida entre la sombra para que viese brillar sobre su cabeza la ancha hoja de un cuchillo.

Creyó el sacerdote entrever la forma de Quasimodo, y supuso que en efecto no podia ser otro mas que el: acordóse ademas haber tropezado al entrar en una masa que estaba tendida al través de la puerta por fuera. Sin embargo como el recien llegado no proferia una sola palabra, no sabia que imaginar. Arrojóse el arcediano sobre el brazo que levantaba el cuchillo, gritando:—¡*Quasimodo*! En aquel momento de amargura, olvidaba que Quasimodo era sordo.

En un abrir y cerrar los ojos, cayó á tierra el sacerdote, y sintió apoyarse sobre su pecho una rodilla de plomo. En la presion angulosa de aquella rodilla, reconoció á Quasimodo; ¿ pero que podia hacer? cómo habia de conocerle? la noche hacia ciego al sordo.

Estaba perdido. La gitana, desapiadada como una pantera, furiosa, no intervenia para salvarle. El puñal se acercaba á su cabeza; el momento era critico, — pero de pronto se paró su adversario como indeciso. ¡No caiga sangre sobre ella! dijo una voz sorda.

Aquella voz, en efecto, era la de Quasimodo.

Sintió entónces el sacerdote una ancha mano que le arrastraba por el pié fuera de la celda; alli debia morir. Afortunadamente para él, pocos minutos ántes, habia salido la luna.

Luego que pasaron la puerta de la celda, cayó su pálido rayo sobre el rostro del arcediano. Quasimodo le miró de hito en hito, empezó á temblar, solto al sacerdote y retrocedió.

La gitana que se habia asomado á la puerta, vió con sorpresa aquella mudanza de situaciones. Ahora el sacerdote era el que amenazaba, Quasimodo el que suplicaba.

El sacerdote mientras descargaba sobre el sordo toda su cólera en furiosas reconvenciones, le hizo señal de que se retirara.

Digitized by Google

Bajó Quasimodo la cabeza, y fué á ponerse de rodillas delante de la puerta de la gitana. —Señor, dijo con voz grave y resignada haced despues lo que querais; pero matadme ántes.

Esto diciendo, presentaba su puñal al sacerdote, y este, fuera de sí, se avalanzó sobre aquella arma. Pero la gitana fue mas lijera que él; arrancó el puñal de las manos de Quasimodo y soltó una carcajada con furor. —¡Acércate! dijo al sacerdote.

Y tenia el puñal levantado en alto. Don Claudio quedó indeciso; seguramente le hubiera herido.— ¡Ya no osarás acercarte, cobarde! le gritó. Luego añadió con una expresion implacable, y segura de que iba á clavar mil puñales ardiendo en el corazon del sacerdote:—¡Ah! ya sé que Febo no ha muerto.

Derribó el arcediano á Quasimodo de una patada, y se internó bramando de rabia bajo la bóveda de la escalera.

Luego que se fué, recogio Quasimodo el silbato que acababa de salvar á la gitana.—Ya empezaba á enmohecerse, dijo devolviéndoselo; luego la dejó sola.

La gitana, trastornada por aquella violenta escena, cayó desalentada sobre su lecho, y se echó á llorar sollozando amargamente. Su horizonte volvia á cargarse de siniestras nubes.

El sacerdote por su parte, volvió andando á tientas á su celda.

Ya no habia duda: don Claudio tenia celos de Quasimodo!

Y repitió con aire pensativo estas fatales palabras: —¡Nadie la poseerá!

LIBRO DECIMO.

I.

GRINGOIRE TIENE MUCHAS BUENAS IDEAS SEGUIDAS EN LA CALLE DE LOS BERNARDINOS.

DESDE que Pedro Gringoire habia visto el giro que iba tomando aquel negocio, y que decidamente habria cuerda, horca y otros percances para los personajes principales de aquella comedia, guardóse muy bien de meter en ella su cucharada. Los hampones entre los cuales se habia quedado, considerando que en último resultado eran la mejor gente de Paris, los hampones habian continuado interesándose por la gitana, cosa que le pareció muy natural en personas que no tenian, como ellos, mas perspectiva que Charmoluc y Torteruc, y que no cabalgaban como él en las regiones imaginarias entre las dos alas de Pegaso. Supo por ellos que su esposa del cántaro roto se habia refujiado en Ntra. Sra., de lo que se alegró sobremanera; pero no le dieron tentaciones de ir á verla; acordábase á veces de la cabra y punto concluido. Por lo demas hacia durante el dia habilidades hercúleas para vivir, y trabajaba de noche en un folleto contra el obispo de Paris, por que se acordaba de haber sido inundado por las ruedas de sus molinos, y le guardaba rencor. Ocupábase tambien en comentar la grande obra de Baudry-le-Rouge, obispo de Noyon y de Tournay, *de Cupá Petrarum*, lo que le habia inspirado una violenta aficion á la arquitectura; aficion que habia reemplazado en su pecho á su pasion por el hermetismo, de la cual no era en resumidas cuentas mas que un corolario natural, pues existe una relacion íntima entre la hermética y el arte de construir. Gringoire habia pasado del amor de una idea al amor de la forma de esta idea.

Habíase parado un dia junto á S. German-l'-Auxerrois en el ángulo de una casa que se llamaba el *Castillo del Obispo*, el cual hacia frente á otro llamado el *Castillo del Rey*: habia en este castillo del Obispo una bellísima capilla del siglo XIV, cuya ápside daba sobre la calle. Examinaba Gringoire devotamente sus esculturas exteriores; hallábase en uno de aquellos momentos de fruicion egoista, esclusiva, suprema, en que el artista no vé en el mundo mas que el arte, y ve el mundo en el arte, cuando sintió de pronto una mano que se posaba gravemente sobre su hombro. Volvió la cara y vió á su antiguo amigo, á su antiguo maestro, al señor arcediano.

Quedóse estupefacto. Mucho tiempo hacia que no habia visto el arcediano, y don Claudio era uno de aquellos hombres solemnes y apasionados, cuyo encuentro desbarata siempre el equilibrio de un filósofo escéptico.

El arcediano guardó por algunos momentos un silencio durante el cual tuvo tiempo Gringoire para examinarle muy á su sabor. Sobradamente mudado encontró á don Claudio, pálido como una mañana de invierno, los ojos hundidos, los cabellos casi blancos. El sacerdote, en fin rompió aquel silencio, diciendo con tono sereno, pero glacial. —¿Como vá de salud maese Pedro?

—¿Mi salud? respondió Gringoire. ¡Eh! ¡eh! nada mas que así, así; pero el conjunto no es del todo malo. De nada me atraco; bien lo sabeis, señor maestro; el secreto de disfrutar de buena salud, segun Hipócrates: *id est: cibi potus, somni, venus, omnia moderata sint.*

—¿Con que no teneis ningun cuidado, maese Pedro? repuso el arcediano mirando de hito en hito á Gringoire.

—¡A fe mia que no!

—¿Y que haceis ahora?

—Viéndolo estais, señor maestro; examino el corte de estas piedras, y el modo como está ejecutado este bajo relieve.

Empezó el sacerdote á sonreir, con aquella sonrisa amarga que no levanta mas que una de las extremidades de la boca. —¿Y eso os divierte?

—¡Esto es el paraiso! exclamó Gringoire. E inclinándose sobre las esculturas con la profunda satisfaccion de un demostrador de fenómenos vivos.—¿No hallais, verbi-gracia, esta metamorfósisis de relieve ejecutada con singular destreza, paciencia y primor? Mirad esta columnilla. En torno de que capitel habeis visto hojas mas tiernas y mejor acariciadas por el cincel? Aquí teneis tres figuras esculpidas por Juan Maillevin, que no son por cierto las mejores de aquel genio extraordinario: sin embargo, la sencillez, la dulzura de los rostros, la elegancia de las actitudes y de los pliegues y esa gracia inexplicable que se mezcla á todos sus defectos, hacen á esas figuras muy bellas por cierto, muy delicadas, acaso demasiado. — ¿No os parece esta contemplacion cosa muy divertida?

—¡Seguramente! dijo el sacerdote.

—¡Pues si vierais el interior de la capilla! repuso e poeta en su lenguaraz entusiasmo. No se ve mas que esculturas por todas partes; ¡todo en él es pomposo como el cogollo de una col! La ápside es de una forma en estremo devota y tan particular que en ninguna parte he visto cosa igual.

D. Claudio le interrumpió: —¿Luego sois feliz?

Gringoire respondió con entusiasmo:

—¡Por mi vida que si! Primero amé mujeres, luego animales; ahora amo piedras que son tan entretenidas como las mujeres y los animales y mucho menos pérfidas.

Pasóse el sacerdote la mano por la frente, lo que era en él un movimiento habitual. —¡De veras!

—¡Mirad! dijo Gringoire; ¡cada cual goza á su modo! Cogió entónces del brazo el sacerdote que se dejaba llevar sin resistencia, é hízole entrar bajo el torreon de la escalera del castillo del Obispo.—¡Ved aquí una escalera! cada vez que la veo, soy feliz; es en su especie la combinacion mas sencilla y mas rara que hay en Paris: todos los peldaños van por abajo en disminucion. Su belleza y su sencillez consisten en las mesetas de unos y otros, que vienen á ser como de un

Digitized by Google

pié, y que estan entrelazadas, enclavadas; encajadas, encadenadas, prendidas, entretalladas una en otra, y se entretejen de un modo verdaderamente sólido y primoroso.

—¿Y no deseais nada?

—No.

—¿Y no os arrepentis de nada?

—Ni arrepentimiento ni deseo.—He arreglado mi vida.

—Lo que los hombres arreglan, dijo Claudio, las cosas lo desarreglan.

—Soy filósofo pirroniano, respondió Gringoire, y todo lo tengo en equilibrio.

—¿Y como ganais vuestra vida?

—Aun suelo hacer de vez en cuando epopeyas y trajedias; pero lo que mas me produce, es la industria de que ya teneis noticia, señor maestro; la de llevar pirámides de sillas entre los dientes.

—Grosero oficio para un filósofo.

—Pero es cosa de equilibrio, dijo Gringoire; el que tiene una idea fija, en todo la encuentra.

—Lo sé, respondió el arcediano.

Despues de un breve silencio, prosiguió el sacerdote:—Estais no obstante algo miserable.

—Miserable, sí; desgraciado, no.

Dejóse oir en aquel momento un ruido de caballos y vieron nuestros dos interlocutores desfilar en la extremidad de la calle una compañía de arqueros del rey armados de largas lanzas y su capitan al frente. Brillante era la cabalgada, y resonaban sobre las piedras.

—¡Como mirais á ese capitan! dijo Gringoire al arcediano.

—Creo conocerle.

—¿Cómo le llamais?

—Creo, dijo Claudio, que se llama el capitan Febo de Chateaupers.

—¡Febo! ¡nombre histórico! otro Febo hay, conde de Foix. Acuérdome de haber conocido una prójima que no juraba mas que por Febo.

—Venid conmigo, dijo el sacerdote; tengo que hablaros.

Desde que pasó aquella tropa, traslucíase alguna ajitacion bajo el glacial exterior del arcediano. Echó este á andar y Gringoire le seguia, acostumbrado á obedecerle como todos los que una vez habian tratado á aquel hombre dotado de un prestigio singular. De este modo llegaron á la calle de los Bernardinos que estaba bastante desierta, allí se paró don Claudio.

—¿Qué teneis que decirme, señor maestro? le preguntó Gringoire.

—¿No os parece, respondió el arcediano con un aire de profunda reflexion, que el trage de esos ginetes que acabamos de ver, es mas hermoso que el vuestro y el mio?

Gringoire meneó la cabeza.—Por mi vida que prefiero mi gaban amarillo y encarnado á esas escamas de hierro y de acero. Vaya un gusto el ir metiendo tanto ruido al andar como el muelle de la Ferraille en un temblor de tierra.

—Segun eso, Gringoire, ¿nunca habeis tenido envidia á esos brillantes soldados en sobrevesta de guerra?

—¿Envidia de que, señor arcediano? ¿de su fuerza, de su armadura, de su disciplina? mas valen la filosofía y la independencia desarrapadas: mas quiero ser cabeza de mosca, que cola de leon.

—¡Cosa extraña! dijo el sacerdote pensativo. Un trage de guerra es, sin embargo, muy magnífico.

Gringoire, viéndole pensativo, le dejó para irse á admirar el pórtico de una casa inmediata, de donde volvió al cabo de pocos momentos dando palmadas de alegría.—Si estuviera menos ocupado en esas vestimentas marciales, señor arcediano, habíaos de suplicar que vinieseis á ver esta puerta. Siempre lo dije, la casa del señor Aubry tiene la entrada mas soberbia del mundo.

—Pedro Gringoire, dijo el arcediano, ¿que habeis hecho de aquella bailarina gitana!

—¿La Esmeralda? Vaya que mudais de conversacion de un modo particular.

—¿No era esposa vuestra?

—Sí, por la gracia de un cántaro roto, estábamos casados por cuatro años.—A propósito, añadió Gringoire mirando al arcediano con aire casi irónico, ¿conque siempre pensais en ella?

—¿Y vos, ya no pensais en ella?

—Poco, ¡Tengo tantas cosas en que pensar!... Jesus, Jesus, y que mona que es la cabrita!

—¿No os salvó la vida esa gitana?

—Cierto que sí.

—¡Pues bien! ¿que habeis hecho de esa mujer?

—Eso es lo que yo no sé; se me figura que la han de haber ahorcado.

—¿Lo creeis?

—No estoy seguro. Cuando ví se trataba de ahorcar á la gente, me aparté del juego.

—¿Y eso todo lo que sabeis?

—No—no—ahora que me acuerdo; me han dicho que se ha refugiado en Ntra. Sra, que se halla en completa seguridad, y de ello me alegro en el alma—; y no he podido averiguar si tambien se ha salvado la cabra con ella, y esto es todo lo que sé.

—Pues yo voy á deciros algo mas, esclamó don Claudio, y su voz hasta entónces baja, lenta y casi sorda resonó como un trueno. Háse refugiado en efecto en Ntra. Sra., pero dentro de tres dias se apoderará de ella la justicia, y será ahorcada en la Gréve. Así lo ha decretado el Parlamento.

—¡Diablura como ella! dijo Gringoire.

El sacerdote en un abrir y cerrar los ojos recuperó toda su fria serenidad.

—¿Y quién diablos, repuso el poeta, se ha entretenido en solicitar un decreto de reintegracion? ¿No podia dejar en paz al parlamento? ¿Que les importa que una pobre muchacha se albergue bajo los botareles de Ntra. Sra, entre nidos de golondrinas?

—Hay demonios en el mundo, respondió el arcediano.

—No está eso bien dispuesto, observó Gringoire.

Despues de un breve silencio, repuso el arcediano: ¿Decis que os ha salvado la vida?

—Allá entre mis amigos los hampones: á poco mas, á poco menos, muero ahorcado: Hoy lo sentirian.

—¿Y nada quereis hacer por ella?

—Yo bien quisiera, D.Claudio, ¡pero eso de ir á enredarme en un mal negocio!

—¡Qué importa!

—¡Bah! ¡que importa! ¡pues me gusta la especie! Tengo empezadas dos grandes obras.

El sacerdote se dió una palmada en la frente; á pesar de la calma que afectaba, un ademan violento revelaba de vez en cuando sus convulsiones interiores.

—¿Cómo salvarla?

Gringoire le dijo:—yo os responderé, señor maestro: *Il p:dett*, lo que quiere decir en turco; *Dios es nuestra esperanza*.

—¿Como salvarla? respondió Claudio meditabundo.

Dióse tambien Gringoire una palmada en la frente.

—Escuchad, señor maestro; yo soy hombre de alguna imajinacion, y voy á echarme á buscar espedientes. ¿Si se pidiera su perdon al rey Luis XI?

—¡Luis XI! un perdon!

—¿Por que no?

—¡Vé á cogerle al tigre su racion!

Púsose Gringoire á buscar nuevas soluciones.

—¡Pues bien! oid!—¿Quereis que dirija á las matronas un memorial declarando que la jóven está embarazada?

Estas palabras hicieron llamear los hundidos ojos del sacerdote.

Digitized by Google

—¿Embarazada?... ¿Tienes tú algun motivo para saberlo?

Aterrado Gringoire de verle en aquella agitacion, apresuróse á responder: —¡Oh! ¡lo que es yo no! nuestro matrimonio era un verdadero *foris maritagium*; nada he tenido que ver en él. Pero así se obtendria una moratoria.

—¡Locura! ¡infamia! ¡cállate!

—Mal haceis en enojaros, añadió Gringoire. Se obtiene un plazo, no se ofende á nadie, y se hace ganar cuarenta dineros parisiesá las matronas que son unas pobres mujeres.

El sacerdote no le escuchaba. —Pues es preciso que salga de allí! murmuró entre dientes. El decreto ha de ejecutarse en el preciso término de tres dias! ¡Ademas, aun cuando no hubiera tal decreto, ese Quasimodo! ¡Oh! las mujeres tienen unos gustos tan depravados!—Luego añadió alzando la voz: —Maese Pedro, lo he pensado bien; no hay mas que un medio de salvacion para ella.

—¿Cual? yo por mi parte no veo ninguno.

—Escuchad, Maese Pedro, y acordáos de que la debeis la vida. Voy á deciros francamente lo que pienso: hay quien espia la iglesia dia y noche, y no dejan salir mas que á los que han visto entrar. Vos podeis entrar por consiguiente, y yo os introduciré en su estancia: mudareis de vestidos con la gitana, ella tomará vuestra ropilla y vos su saya.

—Hasta ahora no va mal, observó el filósofo.

—¿Y luego?

—Ella saldrá con vuestros vestidos y vos os quedareis con los suyos. Tal vez sereis ahorcado, pero ella se salvará.

Gringoire se rascó la oreja derecha con mucha seriedad.

—Vea V. una idea, dijo, que jamás se me hubiera ocurrido á mí solo.

A la inesperada proposicion de D. Claudio, oscurecióse de súbito el semblante franco y benigno del poeta, como un risueño campo de Italia cuando sobreviene de pronto una bocanada de viento que esparrama una nube sobre el sol.

—Con que Gringoire, ¿que decís de mí espediente?

—Digo, Sr. maestro, que no me ahorcarán tal vez, sino que me ahorcarán indubitablemente.

—¿Y qué?

—¡Vaya! dijo Gringoire.

—Os ha salvado la vida, no haceis mas que pagar la una deuda.

—¡Otras muchas hay que no pago!

—Maese Pedro, es preciso absolutamente que lo hagais.

El arcediano hablaba con imperio.

—Escuchad, D. Claudio, respondió el poeta todo consternado: Os habeis encaprichado con esa idea y haceis mal. No veo por que razon he de dejarme ahorcar en lugar de otro.

—¿Pues que teneis que os haga amar tanto la vida?

—¿Que? mil razones.

—¿Y cuales? ¿decirlas si os parece?

—¿Cuales? el aire, el cielo, la mañana, la tarde, la luz de la luna, mis amigos los hampones, las hermosas arquitecturas de Paris que estudiar, tres librotes que componer, uno de los cuales contra el obispo y sus molinos, y que se yo cuantas otras cosas mas? Anaxágoras decia que estaba en el mundo para admirar el sol. Y ademas tengo la satisfaccion de pasar todo el dia desde por la mañana hasta por la noche con un hombre de genio que soy yo, lo que es sumamente agradable.

—¡Cabeza para hacer con ella un cascabel! murmuró el arcediano.—¡Pues dí! ¿esa vida que tan dulce te parece quien te la ha conservado? ¿A quien debes el respirar ese aire, el ver ese cielo y el poder aun divertir tu entendimiento de alondra, de musaraña en musaraña? ¿Sin ella donde estarias á estas horas? ¿Quieres tú, que muera ella, ella por quien vives tu, que muera esa criatura, hermosa, dulce, adorable, necesaria á la luz del mundo mas divina que Dios, mientras que tú, medio cuerdo, medio loco, vano bosquejo de cualquiera cosa, especie de vegetal que crees andar y pensar, continuarás viviendo con la vida que la has robado, con esa vida tan inútil como una antorcha á mediodia? ¡Ea! un poco de caridad, Gringoire; sé tú tambien generoso; ella te ha dado el ejemplo.

Hablaba el sacerdote con vehemencia; al principio escuchábale Gringoire con aire indeterminado, luego se fue enterneciendo, y acabó por hacer un gesto trágico que hizo parecerse su macilento rostro al de un recien nacido que tiene cólico.

—Patético está, dijo enjugándose una lágrima.—¡Pues Sr., lo pensaré! —Vaya que es una idea muy particular esa que se os ha ocurrido. Ello al fin, prosiguió despues de un breve silencio, ¿quien sabe? puede que no me ahorquen; no todos los novios se casan. Cuando me encuentren en aquel zaquizamí tan grotescamente equipado en trage de mujer, acaso, acaso se echarán á reir sin poderlo remediar.—Y luego si me ahorcan, y ¿que? la horca es una muerte como otra cualquiera, ó por mejor decir, no es una muerte como otra cualquiera: es una muerte digna del que ha oscilado toda su vida; es una muerte á que acaso estaba predestinado; es magnífico morir como se ha vivido.

El sacerdote le interrumpió: —¿Estamos convenidos?

—¿Que viene á ser la muerte al fin y al cabo? prosiguió Gringoire con exaltacion. Un momento desagradable, un portazgo, el tránsito de este mundo al otro. Habiendo preguntado un hombre á Cercidas, megalopolitano, si moriria de buena gana: —¿Por que no? respondió; despues de mi muerte veré á aquellos grandes hombres, Pitágoras entre los filósofos, Hécato entre los historiadores, Homero entre los poetas, Olimpio entre los músicos!

El arcediano le presentó la mano: —¿Con que ya está dicho? vendreis mañana?

Aquel movimiento volvió á colocar á Gringoire en el terreno de lo positivo.

—¡Ca! ¡nada de eso! dijo en tono de hombre que se despierta—¡ser ahorcado! vaya un absurdo! no me acomoda.

—Pues entónces, ¡á Dios! Y el arcediano añadió entre dientes: —¡Ya nos volveremos á ver!

No quiero que este diablo de hombre me vuelva á ver, dijo Gringoire para su capote, y echó á correr detras de D. Claudio.

—¡Escuchad, señor arcediano, no haya rencillas entre antiguos amigos! Vos os interesais por esa jóven, por mi mujer, quise decir, y nada es mas justo: habeis imaginado una estratagema para hacerla salir buena y sana de Ntra. Sra.; pero esa estratagema es sumamente desagradable para mí, Gringoire. ¡Y si á mí me hubiese ocurrido otra! Adviértoos que acaba de ocurrírseme en el instante mismo una inspiracion muy luminosa.

Si tuviese yo una idea feliz para sacarla de ese mal trance sin comprometer mi cogote con el menor nudo corredizo, ¿que diria el Sr. arcediano? ¿no le bastaria esto por ventura? ¿O es absolutamente necesario que yo sea ahorcado para que quede contento su merced?

Arrancaba de impaciencia el sacerdote los botones de su sotana.—¡Arroyo de palabras! ¡Cual es ese medio!

—Sí repuso Gringoire hablando consigo mismo, y tocándose con el índice la punta de la nariz en señas

Digitized by Google

de meditacion—¡ eso es!—¡ Los hampones son gente muy de bien y valerosa! ¡La tribu de Egipto la ama!—¡ A la primera palabra se levantarán en masa! —Nada es mas fácil.—Un golpe de mano.—¡ A favor del desórden, fácil será sacarla!—Mañana mismo por la noche... Ellos no desean otra cosa.

—¡El medio! veamos! dijo el sacerdote sacudiéndole el brazo.

Volvióse hácia el Gringoire magestuosamente: —¡Dejadme digo! ¿no veis que estoy componiendo? Reflexionó aun algunos instantes, y luego empezó á dar palmadas, exclamando: —¡ Admirable! ¡se logra seguramente!

—¡El medio! repuso Claudio encolerizado. Gringoire estaba radiante.

—Venid, venid, y os lo diré al oido: —es una contramina verdaderamente ingeniosa, y que á todos nos saca adelante. ¡Vive Dios! fuerza es confesar que no soy un majadero.

Entónces se interrumpió: —Entre paréntesis.— ¿Está la cabrita con la gitana?

—¡Si! y que el diablo te lleve.

—¡Toma es que puede que la hubieran ahorcado tambien, no es así?

—¿Que se me importa eso á mí?

—Si Sr., la hubieran ahorcado como ahorcaron á una gorrina el mes pasado. Eso le gusta al verdugo; luego se come el animal. ¡Ahorcar á mi hermosa Djali! ¡Pobre corderito mio!

—¡ Maldicion! exclamó D. Claudio; el verdugo eres tú.—¿Que medio de salvacion es ese que has hallado, tunante? Habrá que sacarte la idea con tenazas.

—Nada de eso;—vedla aquí.

—Acercóse Gringoire al oido del arcediano y hablóle en voz muy baja; echando una mirada inquieta de un extremo al otro de la calle, por la cual sin embargo no pasaba un alma. Luego que hubo acabado, cogióle D. Claudio la mano con frialdad: —Bien está; hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Gringoire. Y mientras el arcediano se alejaba por un lado, fuese él por otro diciendo á media voz: —Negocio es este muy serio, Sr. Pedro Gringoire. Pero no importa; no ha de decirse que porque uno es pequeño, se asusta de una grande empresa, Biton llevó un toro enorme sobre los hombros; las nevatillas las currucas y las collalbas atraviesan el Occéano.

II.

HACEOS HAMPON.

De vuelta en el claustro halló el arcediano en la puerta de su celda á su hermano Juan del Molino que le aguardaba, y entretenia el fastidio de un largo planton dibujando con un carbon sobre la pared el perfil de su hermano mayor, enriquecido con una nariz desmesurada.

Apénas miró D. Claudio á su hermano; tenia otras cosas que le ocupaban mas. Aquel rostro jovial de calavera, cuyo reflejo habia tantas veces serenado la frente sombría del sacerdote, no podia ya disipar la bruma que se amontonaba mas y mas cada dia, sobre aquella alma corrompida, mefítica y estancada.

—Hermano, dijo tímidamente Juan, vengo á veros.

Ni siquiera alzó sobre él los ojos el arcediano.— —¿Y que?

—Hermano, repuso el hipócrita, sois tan bueno para mí y me dais tan buenos consejos que siempre recurro á vos en mis tribulaciones.

—¿Que mas?

—¡Ah! hermano mio y cuanta razon teniais cuando me deciais: —¡Juan! ¡Juan! *cessat doctorum doctrina, discipulorum disciplina*. Juan, sed cuerdo; Juan sed docto; Juan, no pernocteis fuera del colegio sin ocasion legítima y licencia del maestro.—No pegueis á los Picardos; *noli, Ioanes verberara Picardos*; no vivais como un asno iletrado, *quasi asinus iliteratus*, bajo el yugo de la escuela. Juan, dejaos castigar á discrecion del maestro; Juan, id todas las tardes á la capilla y cantad un antífona con versículo y oracion á la gloriosa Sra. Vírgen María. ¡Ah! ¡esos si que eran excelentes consejos!

—¿Y luego?

—¡Hermano, viendo estais un culpable, un criminal, un miserable, un libertino, un hombre atroz! Querido hermano, Juan ha hecho de vuestros admirables consejos paja y heno, y los ha hollado...; pero bien castigado he sido, y el Dios del cielo es extremadamente justo. Mientras he tenido dinero, no ha faltado broma, y vida alegre y locura... ¡Oh! ¡y cuan fea y horrible, vista por detrás, es la crápula, que tan

La Esmeralda en el aposento de asilo.

hermosa parece por delante! Ya no me queda una blanca; he vendido mi mantel, mi camisa y mi toalla; ¡acabóse la vida alegre! apagóse la hermosa vela, y ya no tengo mas que la asquerosa mecha de sebo que me llena de tufo las narices. Las muchachas se burlan de mí; bebo agua, me veo atestado de remordimientos y de acreedores.

—¿Que mas? dijo el arcediano.

—¡Ah! querido hermano, yo quisiera arreglarme, adoptar una vida mejor.—Vengo á vos, lleno de arrepentimiento; soy penitente, me confieso, me doy inmensos golpes de pecho; mucha razon teneis en querer que llegue á ser un dia licenciado é inspector del colegio de Torchi. Es el caso que ahora me siento una vocacion magnífica hácia ese estado;—pero ya no tengo tinta, y me es preciso comprarla; no tengo plumas, y he de comprarlas; no tengo papel, no tengo libros, y necesito comprar uno y otro. He me-

Digitized by Google

Digitized by Google

voz distribucion de su ciencia en mágia blanca y negra á multitud de caras boquiabiertas que le rodeaban. Agrupábase otro gentío en derredor de nuestro antiguo amigo el valiente rey de Tunia, armado hasta las uñas. Clopin Trouillefou, con mucha seriedad y en voz baja, presidia al pillage de una enorme cuba llena de armas, de donde desembocaban en confuso tropel hachas, espadas, capacetes, cotas de malla, morriones, puntas de lanza y de partesanas, flechas y ballestas como manzanas y uvas de un cuerno de la abundancia. Cada cual tomaba lo primero que veia; quien el morrion, quien el chafarote, este una daga, aquel una ballesta; hasta los muchachos se armaban, y aun los miserables lisiados que andaban á rastras, cubiertos de corazas y espaldares, pasaban entre las piernas de los bebedores como enormes escarabajos.

En fin un tercer auditorio, el mas alborotador, el mas jovial y el mas numeroso, llenaba los bancos y las mesas, en medio de los cuales peroraba y juraba una voz en tono de flauta que salia de debajo de una pesada armadura completa desde el casco hasta las espuelas. El individuo que de aquella manera se habia echado una manoplia sobre el cuerpo, á tal punto desaparecia bajo la vestimenta guerrera, que no se veia de toda su persona mas que una nariz rubicunda insolente y remangada, un rizo de cabellos rubios, una boca rosada y un par de ojos atrevidos. Llena tenia la cintura de dagas y de puñales; llevaba al lado una gigantesca espada, una ballesta tomada de orin á su izquierda, y tenia ademas un enorme jarro de vino delante de sí, sin contar á su derecha una robusta moza despechugada. Todas las bocas á su alrededor reian, renegaban y bebian.

Añádanse á esto veinte grupos secundarios, las mozas y los criados de servicio corriendo de una parte á otra con sendos carros sobre la cabeza, los jugadores acurrucados sobre los bolos, los cinciacos, los dados y las cartas, disputas acá, besos acullá, y podremos formarnos alguna idea de aquel conjunto sobre el cual vacilaba la claridad de una ancha hoguera llameante que hacia danzar sobre las paredes de la taberna mil sombras desmeradas y grotescas.

En cuanto al ruido, era el interior de una gran campana tocando á vuelo.

La grasera donde rechinaba una lluvia de grasa, llenaba con su contíuuo chisporroteo los intérvalos de aquellos mil diálogos que se cruzaban de un extremo al otro de la sala.

Habia en aquella barahunda, en el fondo de la taberna, sobre el banco interior de la chimenea, un filósofo que meditaba, los piés entre la ceniza y los ojos en los tizones. Aquel filósofo era Pedro Gringoire.

—¡Ea, listos, despachemos, ármese todo el mundo! ¡dentro de una hora nos pondremos en marcha! decia Clopin Trouillefou á sus hampones.

Una muchacha cantaba:

Buenas noches, Padres mios,
Que ya apagan el candil.

Dos jugadores de cartas disputaban. —¡Sota! gritaba el mas furibundo de los dos enseñando los puños al otro, á bastos echo.

—¡Ouf! ahullaba un Normando, fácil de conocer por su acento gangoso; ¡estamos aquí apiñados como los santos de Caillonville!

—Hijos, decia á su auditorio el duque de Egipto hablando en falsete, las brujas de Francia van al *sábado* sin escoba, ni grasa, ni palafren, y solo con algunas palabras mágicas. Las brujas de Italia tienen siempre un macho cabrio que las espera á la puerta: todas tienen que salir por la chimenea.

La voz del mozalvete armado de punta en blanco dominaba el estruendo universal.—¡Noel! ¡Noel! gritaba. ¡Hoy mis primeras armas! ¡hampon! ¡yo soy hampon, vientre de Cristo! ¡venga aquí de beber! —Amigos mios, yo me llamo Juan Frollo del Molino, y soy noble de sangre, opino que hasta un santo, sino fuera gendarme, se haria ladron. Hermanos, vamos á emprender una expedicion brillante, como valientes que somos. Sitiar la iglesia, derribar las puertas, sacar á la muchacha, salvarla de los jueces, salvarla de los curas, desmantelar el claustro, quemar al obispo en el obispado, todo esto haremos en ménos de lo que tarda un burgo-maestre en zamparse una cucharada de sopas. Justa es nuestra causa; saquearemos la catedral y no habrá mas que decir. Ahorcaremos á Quasimodo. ¿Conoceis á Quasimodo, hermosas doncellas? ¿le habeis visto desgañitarse sobre la campana un dia de gran Pentecostes? ¡Cuerno de padre! ¡es cosa que tiene que ver! parece un diablo caballero sobre una boca de lobo. ¡Amigos mios, escuchadme! yo soy hampon en el fondo del alma, tuno de corazon, yo he nacido bergante. He sido muy rico y me he comido mi hacienda, mi madre queria hacerme oficial, mi padre subdiácono, mi tia consejero, mi abuelo protonotario del rey, bisabuela tesorero, y yo, yo me he hecho hampon. Así se lo he dicho á mi padre, que me ha echado su maldicion, á mi madre, que se ha echado la pobre vieja á llorar y babear como ese leño sobre ese morillo. ¡Viva la Pepa! ¡soy un verdadero Bicetre! ¡Tabernera, amiga mia, venga otro vino! aun tengo con que pagar. Ya no quiero mas vino de Surene, que me apesta el garlito. ¡Tanto valdria, cuerno de buey, gargarizarme con un canasto!

Aplaudia en tanto la caterva con grandes carcajadas; y viendo que aumentaba el tumulto en torno de él, añadió en voz de trueno el estudiante: —¡Oh, estruendo delicioso! ¡*Populi debachantis populosa debachatio*! Púsose entónces á entonar, empapados en éxtasis los ojos, en voz de canónigo que canta á vísperas: —¡*Quæ cantica*! ¡*quæ organa*! ¡*quæ cantinelæ*! ¡*quæ melodie hic sine fine decantantur*! ¡*sonant meliflu hymnorum organa*; *suavissima angelorum melodia*, *cantica canticorum mira*!...

Interrumpióse aquí diciendo: —Tabernera de los diablos, venga que cenar.

Hubo un momento de semi-silencio, durante el cual alzó á su vez el duque de Egipto su ágria voz instruyendo á sus gitanos: —La garduña se llama Aduine; el zorro, Pié azul ó el Corredor de Bosques; el lobo, Pié-gris ó Pié-dorado; el oso, el Viejo ó el Abuelo.— El gorro de un gnomo hace invisible al que se lo pone y con él se ven las cosas invisibles. —Todo sapo bautizado debe estar vestido de terciopelo negro ó encarnado, con una campanilla al cuello y otra en los piés: el padrino sostiene la cabeza, la madrina el posterior. —El demonio Sidragasum puede hacer bailar á las muchachas en cueros.

—¡Por mi vida! interrumpió Juan, yo quisiera ser el demonio Sidragasum.

Continuaban en tanto los hampones armándose con estruendo en el extremo opuesto de la taberna.

—¡Pobre Esmeralda! decia un gitano: es nuestra hermana. Es preciso sacarla de allí.

—¿Con que aun está en Ntra. Sra.? preguntó un ropero qne tenia facha de judio.

—Sí.

—¡Pues no hay mas, compañeros, sino que es preciso ir á Ntra. Sra.! Tanto mas cuanto hay en la capilla de los Stos. Fereol y Ferrution, dos estátuas, una de S. Juan Bautista, otra de S. Antonio, ambas de oro que pesan juntas diez y siete marcos de oro y quince adarmes, y los pedestales de plata dorada diez y siete marcos y cinco onzas. Yo lo sé porque soy platero.

Sirvieron en esto su cena á Juan, el cual exclamó estirándose hácia la garganta de su vecina: —Por San Voult de Luca á quien llama el vulgo S. Goguelu, soy de todo punto feliz. Ahí tengo delante de mí un majagranzas que me mira con ojos de archiduque; cátate otro aquí á mi izquierda que tiene los dientes tan largos que le tapan la barba. Y luego estoy como el ma-

Digitized by Google

riscal de Gié en el sitio de Pontoise, apoyando mi derecha en una soberbia teta. ¡Vientre de Mahoma! ¡compañero! ¡tienes facha de revendedor de huevos y vienes á sentarte junto á mí! ¡Yo soy noble, voto á tal! el comercio es incompatible con la nobleza. ¡Largo de ahí! ¡Ola, hé! ¡vosotros! ¡no hay que pegarse! ¡Como es eso, Bautista Croque-Oison, tú que tienes una nariz tan bella vas á arriesgarla contra los puños de ese animal! ¡Majadero! ¡*Non cuiquam datum est habere nasum*! ¡Vive Dios que eres divina, Jacobilla Rouge-Oreille! ¡Lástima es que no tengas pelo! ¡Ola! Yo me llamo Juan Frollo, y mi hermano es arcediano. ¡El diablo cargue con él! Todo cuanto digo es la verdad. Haciéndome hampon he renunciado de grado á la mitad de una casa situada en el paraiso que me habia prometido mi hermano: *dimidium domun in Paradiso*. Texto al canto. Tengo un feudo en la calle de Tirechape, y todas las mujeres se pirran por mí, tan cierto como que S. Elias era un excelente platero, y que los cinco oficios de la ciudad de Paris son los curtidores, los manguiteros, los talabarteros, los bolseros y los zapateros, y que S. Lorenzo fue quemado con cáscaras de huevos. Os juro, camaradas,

¡Que no beberé pimiento
Un año entero, si miento!

—Vida mia, hace hermosa luna; ¡mira allá hácia lo léjos por la ventana, como achucha el viento las nubes! ¡así hago yo con tu gorguera! ¡Muchachas! ¡despabilad las velas y las narices de los chiquillos! ¡Cristo y Mahoma! ¡que estoy comiendo aquí, Júpiter poderoso! ¡Ohé! ¡vieja maldita, los pelos que no se hallan en los cabezas de tus bellacas se encuentran en tus tortillas! ¡Vieja gorrina! ¡yo quiero tortillas calvas! ¡El diablo te arranque las narices! ¡Maldita casa de Belcebú en que las puercas se peinan con los tenedores!

Esto diciendo, rompió su plato en el suelo y empezó á cantar á grito pelado:

Yo no tengo,
Voto á brios,
Ni fe, ni ley,
Ni hogar, ni lecho,
Ni Rey, ni Dios.

Acabó entretanto Clopin Trouillefou su distribucion de armas. Acercóse en seguida á Gringoire que parecia sumergido en profundas meditaciones, apoyados los piés sobre un morillo.—¿Amigo Pedro, dijo el rey de Tunia, en que diablos estás pensando?

Volvióse Gringoire hácia él con melancólica sonrisa.

—Gústame el fuego, carísimo señor, no por la razon trivial de que el fuego calienta nuestros piés ó cuece nuestra sopa, sino porque produce chispas. Pásome á veces horas enteras mirando chispas y descubro mil cosas en esas estrellitas que tachonan el fondo negro del hogar. Esas estrellas son otros tantos mundos.

—¡Lléveme el diablo si te entiendo! dijo el hampon; ¿sabes qué hora es?

—No sé, respondió Gringoire.

Acercóse entónces Clopin al duque de Egipto.

—Compañero Matias, la ocasion no es buena. Dicen que el rey Luis XI está en Paris.

—Nuevo motivo para arrancarle nuestra hermana de entre las uñas.

—Hablas como un grande hombre, Matias, dijo el rey de Tunia; ademas, no perderemos tiempo. No hay que temer resistencia en la iglesia; los canónigos son unas liebres y nosotros somos muchos. Con medio palmo de lengua fuera se quedarán mañana los esbirros del parlamento cuando vayan á echarla el guante! ¡Tripas del papa! ¡no quiero que ahorquen á mi perlita!

Salió en esto Clopin de la taberna.

Durante este tiempo, llamaba Juan con ronca voz: ¡yo como, bebo, estoy borracho, soy Júpiter! ¡Eh! Pedro el Apaleador, si vuelves á mirarme así, te aplasto les narices á capones.

Gringoire por su parte, arrancado á sus meditaciones, habíase puesto á examinar la tumultuosa y atronadora escena que le rodeaba, murmurando entre dientes: *Luxuriosa res vinum et tumultuoa ebrietas*. ¡Ah! y que bien hago en no beber, y con cuanta razon dice S. Benito: *Vinum apostatare facit etiam sapientes*.

Volvió en aquel momento Clopin, y gritó con voz de trueno: ¡Las doce!

Al oir esta palabra, que hizo el mismo efecto que el toque de llamado en un rejimiento que está descansando, todos los hampones, hombres, mujeres, niños, se precipitaron en tropel fuera de la taberna, con gran estruendo de armas y de herraje.

La luna estaba cubierta de nubes.

Estaba la corte de los milagros enteramente oscura, pero no en manera alguna desierta: en ella se divisaban multitud de hombres y de mujeres que departian entre sí en voz baja. Oíase su murmullo, y veíanse relucir todo linaje de armas en las tinieblas. Subióse Clopin sobre un alto poyo.—¡A vuestras filas, Germania! ¡A vuestras filas, el Egipto! ¡A vuestras filas, Galilea!—Hízose un gran movimiento en la sombra; la inmensa multitud pareció formarse en columna. Al cabo de algunos minutos alzó de nuevo voz el rey de Tunia:—¡Ahora silencio para atravesar á Paris! el santo será ¡*Llamita por bandera*! No se encenderán las hachas hasta que lleguemos á Nnestra Señora! ¡Marchen!

Diez minutos despues huian despavoridos los soldados de la ronda delante de una larga procesion de hombres negros y silenciosos que bajaba hácia el Pont-au-Change, atravesando las tortuosas calles que cruzan en todas direcciones la maciza mole de los mercados.

IV.

UN AMIGO TORPE.

Aquella misma noche, Quasimodo velaba. Acababa de hacer su última ronda en la iglesia, y no advirtió que, mientras estaba cerrando las puertas pasó el arcediano junto á él, y mostró cierto enojo al verle echar cerrojos y candados en la enorme puerta de hierro, cuyas dos gruesas hojas tenian la solidez de una muralla. Parecia don Claudio aun mas meditabundo de lo acostumbrado: verdad es que desde la aventura nocturna de la celda, continuamente maltrataba á Quasimodo; pero en vano le escarnecia y aun le pegaba algunas veces; nada podia alterar la sumision, la paciencia, la resignacion filial del fiel campanero: de parte del arcediano todo lo sufria, injurias, amenazas, golpes, sin un murmullo, sin una queja. Todo lo mas que hacia era seguirle á veces inquieto con los ojos cuando subia don Claudio la escalera de la torre; pero el arcediano se habia abstenido por si mismo de volver á presentarse á los ojos de la gitana.

Aquella noche, pues, despues de haber echado una ojeada á sus pobres campanas tan abandonadas, la Jacobilla, Maria, Thibaude, subió Quasimodo á la cima de la torre septentrional, y allí, dejando sobre los plomos su linterna sorda bien cerrada, púsose á mirar á Paris. Ya hemos dicho que la noche era muy oscura; Paris, que, por decirlo así, no estaba alumbrado en aquella época, presentaba á la vista un confuso monton de masas negras, cortado aquí y allá por la curba blanquecina del Sena. No vió luz Quasimodo en todo él mas que en una ventana de un edificio lejano, cuyo vago y sombrío perfil se dibujaba muy encima de los techos, hácia la puerta de S. Antonio. Allí tambien velaba alguno.

A medida que dejaba flotar en aquel horizonte de

Digitized by Google

bruma y de noche su mirada única, sentia el campanero dentro de sí una indecible inquietud. Muchos dias hacia ya que estaba sobre la defensiva, porque continuamente veia rondar en derredor de la iglesia hombres de mala traza que no apartaban los ojos del asilo de la gitana. Pensó que tal vez urdian alguna trama contra la infeliz refugiada; figurábase que el ódio popular la perseguia á ella lo mismo que á él, y que era muy posible que sucediese pronto alguna grande aventura; por eso permanecia en acecho en su campanario, *cavilando en su caviladero*, como dice Rabelais, ya mirando la celda, ya á Paris, haciendo fiel centinela como un buen perro, y lleno el ánimo de desconfianza.

De repente, mientras escrutaba la gran ciudad con aquel ojo que la naturaleza por una especie de compensacion, habia hecho tan penetrante que casi podia suplir los otros organos que faltaban á Quasimodo, parecióle que la silueta del muelle de la Vielle-Pelleterie, tenia algo de singular, que habia cierto movimiento en aquel punto, la línea del pretil destacada en sombra sobre la blancura del agua, no aparecia recta é inmoble como las de los otros muelles, sino que ondulaba á la vista como las olas de un rio ó como las cabezas de una multitud en marcha.

Parecióle aquello muy extraño, y redobló su atencion: el movimiento parecia venir hácia la Cité, pero no venia con él ninguna luz. Duró algun tiempo en el muelle; fuese luego deslizando poco á poco, como si lo que pasaba entrára en lo interior de la isla; luego cesó de todo punto, y la línea del muelle volvió á quedar recta é inmovil.

Mientras se fatigaba Quasimodo en mil conjeturas, parecióle que volvia á ver el mismo movimiento en la calle del Atrio que se prolonga en la Ciudad perpendicularmente á la fachada de Ntra. Sra. En fin, por mas densa que fuese la oscuridad, pudo ver Quasimodo desembocar por aquella calle el frénte de una columna, y derramarse en un momento por toda la plaza una muchedumbre, de la cual nada podia distinguirse en las tinieblas, sino que era una muchedumbre.

Aquel espectáculo inspiraba cierto terror. Es probable que aquella singular procesion, que tan empeñada parecia en ocultarse bajo una profunda oscuridad, guardaba por su parte un silencio no ménos profundo; sin embargo, debia exhalarse de ella algun rumor, aun cuando no fuera mas que el ruido de los piés al andar. Pero aquel ruido no llegaba hasta nuestro sordo, y aquella gran muchedumbre, de la cual apenas veia algo y de que nada oia, aunque se agitaba y andaba tan cerca de él, parecíale una procesion de muertos, muda, impalpable, perdida entre humo. Creia ver adelantarse hácia él una niebla llena de hombres, moverse una multitud de sombras en la sombra.

Empezaron entónces á despertarse todos sus temores, y la idea de una tentativa contra la gitana se presentó á su imaginacion: conoció coufusamente que se acercaba a una situacion violenta. En aquel crítico momento discurrió allá entre sí con un raciocinio mejor y mas rápido de lo que hubiera sido de esperar de una cabeza tan mal organizada. ¿Debia despertar á la Esmeralda? ¿hacerla escaparse? ¿Pero por dónde?—Las calles estaban ocupadas, y la iglesia contigua al rio. ¡No habia lancha! ¡no habia salida!—Solo quedaba un partido: hacerse matar en los umbrales de Ntra. Sra., resistiendo á lo menos hasta que llegase algun socorro en caso de que llégara, y no turbar el sueño de la gitana. Siempre se despertaria á tiempo la desdichada para morir. Una vez tomada esta resolucion, púsose á examinar al *enemigo* con mas serenidad.

Parecia aumentar á cada instante en el átrio la muchedumbre; pero sospechó que no debia meter mucha bulla, pues las ventanas de la plaza quedaron cerradas. Brilló de pronto una luz, y en un momento vió sobre las cabezas siete ú ocho hachas encendidas, sacudiendo en la sombra su cabellera de llamas. Vió entónces Quasimodo claramente moverse en el átrio un horrible rebaño de hombres y de mujeres desarrapados, armados de mazas, de picas, de segures y partesanas cuyas mil puntas relucian: por una y otra parte negras horquillas parecian cuernos sobre aquellos inmundos semblantes. Acordóse entonces confusamente de aquel populacho, y creyó reconocer todas las cabezas que le habian pocos meses ántes saludado papa de los locos. Un hombre que llevaba una tea en la mano y un látigo en la otra, subióse sobre un poyo inmediato, y pareció que arengaba á su gente. Hizo al mismo tiempo aquel extraño ejército algunas evoluciones, como si se fuera acampando al rededor de la iglesia. Recojió entónces Quasimodo su linterna y bajó á la plataforma que se hace entre las dos torres para ver mas de cerca y discurrir en los medios de defensa.

Clopin Trouillefou, luego que llegó enfrente de la alta portada de Ntra. Sra, formó efectivamente su ejército en batalla. Aunque no contaba con la menor resistencia, queria como prudente general conservar un órden que le permitiese hacer frente, en caso de necesidad, á un ataque súbito de la ronda. Formó pues su gente de tal modo que visto desde alto y desde lejos, parecia el triángulo romano de la batalla de Ecnoma, la cabeza de puerco de Alejandro ó la famosa cuña de Gustavo Adolfo. Apoyábase la base de aquel triángulo en el fondo de la plaza, de modo que atajaba la calle del Atrio; una de las álas miraba hácia el Hospital, y la otra á la calle de Saint Pierre-aux-Bœufs. Clopin Trouillefou se colocó en el vértice, con el duque de Egipto, nuestro amigo Juan y los mas temerarios gitanos.

Eran frecuentes en las ciudades de la edad media empresas como la que iban á llevar á cabo los hampones contra Ntra. Sra; entónces no existia lo que actualmente llamamos *policía*. En las ciudades populosas, en las capitales sobre todo, no existia poder central, único, regulador; el feudalismo habia organizado aquellos grandes partidos de un modo singular. Una ciudad era un conjunto de mil señoríos que la dividian en compartimientos de todas formas, y tamaños, de donde se orijinaban mil policias contradictorias, por lo que realmente no existia ninguna. En Paris, por ejemplo; independientemente de los ciento cuarenta y un señores aspirantes á censual, habia veinticinco que aspiraban á justicia y censual, desde el obispo de Paris que tenia ciento y cinco calles, hasta el prior de Ntra. Sra. de los Campos que tenia cuatro. Todos estos señores feudales no conocian mas que de nombre la autoridad soberana del rey. Todos gozaban en sus estados derechos de vida y muerte. Luis XI, aquel infatigable albañil que tan briosamente comenzó la demolicion del edificio feudal, continuada por Richelieu y Luis XIV en beneficio de la corona y acabada por Mirabeau en beneficio del pueblo; Luis XI habia hecho todo lo posible para romper aquella red de señorios que cubria á todo París, metiendo á viva fuerza por medio de ella dos ó tres disposiciones de policía general. Así, en 1465, órden á los habitantes de que apenas llegára la noche, de iluminar con velas sus ventanas, y encerrar sus perros, so pena de la horca; en el mismo año órden de cerrar de noche las calles con cadenas de hierro, y prohibicion de llevar dagas ú otras armas ofensivas de noche por las calles, pero el cabo de poco tiempo todos estos ensayos de lejislacion general cayeron en desuso. Los vecinos dejaron al viento que apagara sus velas y á sus perros que vagaran cuanto les diera la gana; las cadenas de hierro no se pusieron mas que en estado de sitio, la prohibicion de usar daga no produjo otro resultado que la mudanza del

Digitized by Google

nombre de la *calle Coupe Guele* en la calle *Coupe-Gorge*, lo que es un progreso evidente. El añejo edificio de las jurisdicciones feudales quedó en pié, inmenso hacinamiento de alcaidías y de señoríos, cruzándose sobre la ciudad, molestándose, enredándose, enganchándose unos en otros; inútil enrejado de rondas, de sub-rondas y de contra-rondas por en medio del cual pasaban á mano armada el latrocinio, la rapiña y la sedicion. No eran, pues, en tal desórden, acontecimientos inauditos aquellos golpes de mano de una parte del populacho, sobre un alcazar, sobre un palacio, sobre una casa, aun en los barrios mas populosos. En la mayor parte de estos lances, no tomaban parte los vecinos en el negocio, sino cuando llegaba el pillaje hasta sus casas. Tapábanse los oidos al tiroteo, cerraban sus ventanas, barreaban sus puertas y dejaban á los contendientes avenirse como pudieran, con ó sin la ronda, y al dia siguiente se decia en París:—Anoche fue saqueado Esteban Barbette;—el mariscal de Clermon ha sido cojido etc., etc.—Así que, no solo los alcázares reales, el Louvre, el Palacio, la Bastilla, las Tournelles, mas tambien los palacios meramente señoriales, el Pequeño-Borbon, el palacio de Sens, el de Angulema etc. tenian sus almenas en las murallas y sus ladroneras encima de las puertas. A las iglesias las defendia su santidad; algunas, sin embargo, aunque no era de estas Nuestra Señora, estaban fortificadas. El abad de San German de los Prados estaba almenado como un baron, y habia en su abadía mas hierro empleado en bombardas que en campanas. Veíase aun su fortaleza en 1610; de la que en el dia apenas queda su iglesia.

Pero volvamos á Ntra. Sra.

Terminadas las primeras disposiciones (y debemos decir en honor de la disciplina hampona que las órdenes de Clopin Trouillefou fueron ejecutadas en silencio y con admirable exactitud) subió el digno gefe de la tropa sobre el parapeto del átrio y alzó su voz ronca y severa, vuelta la cara hácia la catedral y agitando su tea, cuya luz batida por el viento y velada á cada instante por su propio humo, hacia aparecer y desaparecer á la vista la rojiza fachada de la iglesia.

—A tí, Luis de Beaumons, obispo de Paris, consegero en el tribunal del parlamento, yo Clopin Trouillefou, rey de Tunia, gran-coésre, príncipe de la Germania, obispo de los locos, digo:—Nuestra hermana, falsamente acusada de mágia, se ha refugiado en tu iglesia; débesla, pues, asilo y salvaguardia. Sabemos que quiere apoderarse de ella el tribunal del parlamento y que tú lo consientes, tanto que mañana la ahorcarian en la Gréve, si no lo remediaran Dios y los hampones. Venimos, pues, á tí, obispo, si tu iglesia es sagrada, éslo nuestra hermana tambien; si nuestra hermana no es sagrada, tampoco tu iglesia lo es. Por tanto, te intimamos que nos devuelvas la doncella si quieres salvar tu iglesia, ó recuperaremos nosotros la doncella y saquearemos la iglesia, en lo que haremos bien. En fe de lo cual planto aquí mi bandera, ¡y Dios sea en tu ayuda, obispo de Paris!

Quasimodo por desgracia no pudo oir estas palabras pronunciadas con una especie de áspera y sombría magestad. Presentó un hampon su bandera á Clopin, quien la clavó solemnemente entre dos piedras del suelo; era la tal bandera una horquilla de que pendia sangriento un cuarto de carroña.

Hecho esto, volvióse el rey de Tunia y tendió la vista sobre su egército, feroz muchedumbre en que brillaban los ojos tanto como las picas. Despues de una pausa de un instante:—¡Adelante, hijos mios!.. gritó. Manos á la obra.

Treinta hombres robustos, cuadrados de espaldas, con caras de cerrageros, salieron de las filas con martillos, tenazas y barras de hierro sobre los hombros. Dirigiéronse hácia la puerta principal de la iglesia, subieron las gradas y pronto se los vió á todos agachados bajo la ojiva, trabajando en la puerta con tenazas y palancas: un sin número de hampones los siguió para ayudarlos ó mirarlos. Los once escalones de la portada estaban atestados de gente.

La puerta, sin embargo, resistia.—¡Diablo! ¡dura es y testaruda! decia uno.—Es vieja y tiene las ternillas endurecidas, añadia otro.—¡Animo, compañeros! gritaba Clopin: apuesto mi cabeza contra una chinela á que abrireis la puerta, sacareis la muchacha y limpiareis el altar mayor antes de que se haya despertado un solo bedel.—¡Firme! creo que ya cruge la cerradura.

Interrumpió en esto á Clopin un estrépito espantoso, que retumbó en aquel momento detrás de él. Volvió la cabeza: una enorme viga acababa de caer del cielo, aplastando á una docena de hampones sobre la escalinata de la iglesia, y botaba sobre las piedras resonando como un cañonazo y rompiendo multitud de piernas en la caterva de los sitiadores, que retrocedieron lanzando agudos gritos de terror: en un santiamen quedó vacío el estrecho recinto del átrio. Los primeros, aunque protegidos por los profundos arcos de la portada, abandonaron el puesto, y el mismo Clopin se replegó á una distancia respetuosa de la iglesia.

—¡De buena me he escapado! exclamó Juan. Tan cerca me pasó el madero que me hizo aire como un abanico, ¡cabeza de buey! pero Pedro Machuca quedó machacado.

Imposible seria decir el asombro lleno de espanto que cayó con la viga sobre los bandidos. Quedaron por algunos momentos fijos los ojos en el aire, mas consternados á vista del madero que con la presencia de veinte mil arqueros del rey:—¡Satanás! refunfuño el duque de Egipto, ¡esto me huele á mágia! —La luna nos envia este regalo, dijo Andrés el Rojo. —¡Como que dicen, repuso Francisco Chanteprune, que la luna es amiga de la Vírgen!—¡Mil papas! exclamó Clopin ¡todos sois unos majaderos! Pero no sabia como explicarse la caida del madero.

Nada se distinguia, sin embargo, sobre la fachada á cuya cima no llegaba la claridad de las antorchas. El macizo madero yacia en medio del átrio, y oíanse los gemidos de los miserables que recibieron su primer choque y á quienes dividió por mitad el vientre en el ángulo de los escalones de piedra.

Pasado el primer asombro, halló el rey de Tunia por fin una explicacion que pareció plausible á todos sus compañeros.—¡Vive Dios! ¿si se estarán defendiendo los canónigos? ¡Saqueo y á ellos!

—¡Saqueo! repitió la caterva con furiosa aclamacion, y una descarga de flechas y de ballestas cayó sobre la fachada de la iglesia.

A la detonacion, despertáronse las pacíficos habitantes de las casas circunvecinas; viéronse abrir muchas ventanas, y en ellas aparecieron gran número de gorros de dormir y de manos que sostenian bujías. —¡Disparad á las ventanas! gritó Clopin.—Cerráronse todas al punto, y los pobres curiosos que apénas habian tenido tiempo para echar una mirada de terror sobre aquella escena de luces y de tumulto, volviéronse á trasudar de miedo junto á sus mujeres, preguntándose si se celebraba el *sábado* en el átrio de Ntra. Sra., ó si habia asalto de borgoñones como en 64. Entónces los maridos pensaron en el robo, las mujeres en la violacion y todos temblaron.

—¡A saco! repetian los hampones; pero no se atrevian á acercarse: miraban la iglesia, miraban el madero. Este no se movia, el edificio conservaba su apariencia desierta y serena; pero un secreto terror helaba á los hampones.

—¡Adelante! ¡adelante! gritó Truillefou; ¡echar abajo la puerta!

Nadie dió un paso.

Digitized by Google

—¡Barba y barriga! dijo Clopin; ¡haya hombres que tienen miedo de una viga!

Un viejo hampon le dirigió la palabra.

—¡Capitan! ¡no es la viga lo malo! sino la puerta que está cosida de barras de hierro. De maldita la cosa sirven las tenazas.

—¿Pues que necesitais para echarla abajo? preguntó Clopin.

—¡Ah! necesitaríamos un ariete.

Dirigióse intrépido el rey de Tunia al formidable madero, y puso un pié sobre él.—Aquí hay uno, exclamó; los canónigos os le envian.—Y haciendo á la iglesia un saludo irónico:—Mil gracias, canónigos.

Esta baladronada produjo su efecto, disipando el prestigio del madero. Animáronse los hampones, y pronto la enorme viga, levantada en alto como una pluma por doscientos brazos vigorosos, fué á arremeter con furia la ancha puerta en que en vano habian forcejeado hasta entónces. Visto así, en la media luz que las escasas teas de los hampones derramaban sobre la plaza, aquel largo madero sostenido por aquella muchedumbre de hombres que le precipitaban corriendo sobre la iglesia, parecia un monstruoso animal de mil piés, atacando con la cabeza baja á la giganta de piedra.

Al choque de la viga, retumbó la puerta semimetálica como un inmenso tambor; no se partió pero se extremeció la catedral toda entera, y se oyeron resonar las profundas cavidades del edificio. En el mismo instante empezó á caer desde lo alto de la fachada una lluvia de grandes piedras sobre los sitiadores.—¡Diablo! exclamó Juan, ¿si nos estarán sacudiendo las torres sus balaustradas sobre la cabeza?—Pero el impulso estaba dado, y el rey de Tunia daba el ejemplo. No habia duda; el obispo se defendia, y con eso aumentó la rabia, á pesar de las piedras que hacian estallar los cráneos á derecha é izquierda.

Es de observar que todas aquellas piedras caian una á una; pero se seguian de cerca: los hampones recibian siempre dos á la par una en las piernas y otra en la cabeza. Rara era la que erraba golpe, y ya un ancho monton de muertos y de heridos gemia y paltaba bajo los piés de los sitiadores que, cada vez mas furibundos, se renovaban sin cesar. La larga viga continuaba batiendo la puerta á intervalos regulares, como el badajo de una campana, y las piedras llovian, y la puerta rechinaba.

El lector no necesita adivinar que aquella inesperada resistencia, que tanto exasperaba á los hampones, venia de Quasimodo.

La casualidad, por desgracia, habia favorecido al valiente sordo.

Luego que hubo bajado á la plataforma que se hace entre las dos torres, hallóse en la mayor confusion que imaginarse puede. Corrió por algunos minutos á lo largo de la galeria, yendo y viniendo como un loco, viendo desde arriba la masa compacta de los hampones, pronta á precipitarse sobre la iglesia, y pidiendo á Dios ó al diablo que salvase á la gitana. Ocurrióle la idea de subir al campanario meridional y tocar á vuelo; pero ántes de que hubiera podido poner en movimiento la campana, ántes de que la ronca voz de Maria hubiera podido exhalar un solo clamor, ¿no habia tiempo para destruir diez veces la portada? Precisamente se adelantaban los hampones con sus instrumentos de cerrageria.—¿Que podia hacer? En aquel momento se acordó de que habian estado unos albañiles trabajando todo el dia en reparar la pared y el maderamen y el techo de la torre meridional. Esta idea fue un rayo de luz, porque la pared era de piedra, la techumbre de plomo, y la armazon de madera, (aquella prodigiosa armazon tan pomposa que la llamaban *el bosque*.)

Voló Quasimodo á aquella torre: las habitaciones inferiores estaban en efecto llenas de materiales. Habia montones de cascote, láminas de plomo arrolladas, haces de latas gruesas vigas melladas ya por la sierra y muchedumbre de escombros; en fin un arsenal completo

El tiempo urgia. Las pinzas y los martillos trabajaban abajo, con una fuerza que multiplicaba el sentimiento del peligro; levantó una de las vigas, la mas pesada, la mas larga; sacóla por la ventanilla, y cogiéndola luego por fuera de la torre, hízolo deslizarse sobre el ángulo de la balaustrada que rodea la plataforma, y la dejó caer en el abismo. El enorme madero en aquella caida de ciento veinte piés, raspando la pared, rompiendo las esculturas, giró muchas veces sobre sí mismo como el aspa de un molino, que volára por sí sola en el espacio; tocó por fin el suelo alzóse un grito horrible, y la negra viga, botando sobre el suelo, parecia una serpiente que brinca.

Vió Quasimodo á los hampones esparramarse al caer el madero como la ceniza al soplo de un niño: aprovechóse de su terror, y mientras fijaban una supersticiosa mirada sobre la masa derrumbada del cielo y acribillaban los santos de piedra de la portada con una descarga de saetas y de ballestas, amontonaba él silenciosamente piedras, cascotes y hasta sacos de instrumento de albañilería sobre el realce de aquella balaustrada de donde se habia precipitado la viga.

Y así desde que empezaron á golpear la enorme puerta, empezó á llover el granizo de los cascotes, y parecióles que la iglesia se demolia por sí misma sobre sus cabezas.

Quien hubiera visto á Quasimodo en aquel momento, hubiera temblado; ademas de los proyectiles que habia amontonado sobre la balaustrada, reunió una multitud de piedras sobre la misma plataforma. Luego que agotó los cascotes reunidos en el realce exterior, cogió á puñados en el monton y entónces se agachaba y se volvia y enderezar con increible actividad. Su enorme cabeza de gnomo se asomaba á la balaustrada y luego caia una piedra, y luego otra; de vez en cuando á las mejores piedras las seguia con los ojos, y cuando mataban á alguno, decia: ¡Así!

Los hampones, sin embargo, no desmayaban; ya mas de veinte veces habia temblado la maciza puerta en que se encarnizaban, bajo el peso de su ariete de encina multiplicado por la fuerza de cien hombres.—Rechinaban las compuertas, volaban en astillas las cinceladuras, los goznes á cada sacudida temblaban en sus ejes, las cerraduras salian de quicio, la madera caia hecha polvo entre las chapas de hierro;—afortunadamente para Quasimodo, habia mas hierro que madera.

Conoció, sin embargo, que la enorme puerta vacilaba,—aunque no lo oia, cada golpe del ariete se repercutaba á la vez en las cavernas de la iglesia y en sus entrañas; veia desde lo alto á los hampones, llenos de triunfo y de rabia, amenazar con los puños á la tenebrosa fachada, y envidiaba para la gitana y para él las álas de los buhos que huian á bandadas por cima de su cabeza.

Su lluvia de cascotes no bastaba á rechazar á los sitiadores.

En aquel movimiento de angustia, notó un poco mas abajo de la balaustruda desde donde acribillaba á los hampones; dos largas canales de piedra que desembocaban inmediatamente sobre la puerta principal; el orificio interior de estas canales daba sobre la plataforma.—Ocurrióle una idea: fue á buscar un leño en su estancia, puso sobre él una porcion de latas y de rollos de plomo, municiones de que aun no habia hecho uso, y despues de bien dispuesto todo aquello junto á la boca de ambos canelones, pególe fuego con su linterna.

Durante este tiempo como ya no caian piedras, de-

Digitized by Google

jaron los hampones de mirar á lo alto; y todos ellos jadeando como una turba de perros que acosa á un jabalí en su madriguera, apiñabánse en tumulto alrededor de la gran portada, desfigurada toda ella por el ariete pero en pié todavía: esperaban con bramidos de impaciencia el golpe que iba á hacerla pedazos. Procuraban todos á porfia acercarse á ella lo mas posible para poder lanzarse los primeros, cuando se abriese, en aquella opulenta catedral, vasto receptáculo adonde habian ido á amontonarse las riquezas de tres siglos.—Recordábanse unos á otros con rugidos de júbilo y de apetito las ricas cruces de plata, las ricas dalmáticas de brocado, las soberbias tumbas de plata sobredorada, las grandes magnificencias del coro, las fiestas deslumbradoras, las navidades brillantes con antorchas, las pascuas esplendentes con el sol, todas aquellas magníficas solemnidades en que urnas, candeleros, copones, tabernáculos, relicarios, cubrian los altares de una corteza de oro y de diamantes. Cierto que en aquel dulce momento; tumbones y desarrapados, archipámpanos y capones, mucho menos pensaban en salvar á la gitana, que en saquear á Nuestra Señora, y aun no estamos muy lejos de creer que para muchos de ellos la Esmeralda no era mas que un pretesto si se necesitan pretestos para robar.

Repentinamente, en el momento en que para un postrer esfuerzo se agrupaban en derredor del ariete, conteniendo todos el aliento y recogiendo sus músculos á fin de comunicar toda su fuerza al golpe decisivo, alzóse en medio de ellos un ahullido mas espantoso aun que el que habia nacido y espirado bajo el madero. Los que no gritaban, los que vivian aun, miraron.—Dos chorros de plomo derretido caian desde lo alto del edificio en lo mas espeso de la muchedumbre: aquel mar de hombres acababa de doblegarse bajo el metal hirviendo que hizo en los dos puntos donde cayó, dos agujeros negros y humeantes en el gentío, como en la nieve el agua caliente. Agitábanse en ellos multitud de moribundos medio calcinados y bramando: alrededor de aquellos dos caños principales, muchas gotas de la horrible lluvia se esparramaban sobre los sitiadores, y penetraban en los cráneos como barrenas candentes. Era un fuego macizo que acribillaba á aquellos miserables como un espantoso diluvio.

Terrible fue el clamor; todos huyeron de tropel, dejando caer el madero sobre los cadáveres, los valientes como los cobardes, y por segunda vez quedó el átrio vacío.

Todos alzaron los ojos á lo alto de la iglesia y vieron una cosa extraordinaria: en la cumbre de la mas alto galeria, encima del roseton central, alzábase una grande hoguera entre los dos campanarios con torbellinos de chispas y una llama brillante y furiosa, de que á veces se llevaba el viento un pedazo entre el humo. Debajo de esta llama, debajo de la sombría balaustrada de color de fuego, dos canelones en forma de cabezas de móustruos que vomitaban sin interrupcion aquella lluvia ardiente que destacaba su argentada corriente sobre las tinieblas de la fachada inferior: á medida que se acercaban al suelo, ensanchábanse formando copa los dos chorros de plomo líquido, como el agua que sale por mil agujeros de la regádera. Encima de la llama, las enormes torres, de cada una de las cuales se veian dos faces duras y recortadas, una enteramente negra otra enteramente roja, parecian engrandecidas con toda la inmensidad de la sombra que proyectaban hasta en el cielo. Sus innumerables esculturas de diablos y de dragones tomaban un aspecto lúgubre, la inquieta claridad de la llama las hacia moverse á la vista. Habia culebras que parecian reirse, gárgolas que parecian oírselas ladrar, salamandras que soplaban en el fuego, tarascas que estornudaban con el humo. Y entre aquellos mónstruos, despertados así de su sueño de piedra por aquella llama, por aquel ruido, uno habia que andaba y que se veia pasar de vez en cuando sobre la encendida frente de la hoguera como un murciélago delante de una luz.

Sin duda aquel faro singular despertó á lo lejos al leñador de las colinas de Bicetre, aterrado de ver vacilar sobre sus matorrales la gigantesca sombra de las torres de Nuestra Señora.

Siguió un silencio de terror entre los hampones, durante el cual no se oyeron mas que los gritos de alarma de los canónigos encerrados en su claustro, y mas inquietos que caballos en una cuadra que está ardiendo, el furtivo rumor de las ventanas que se abrian y cerraban con precipitacion, el tege-manege interior de las casas y del hospital, el viento en la llama, el estertor de los moribundos, y el contínuo chirrido de la lluvia de plomo sobre las piedras.

En tanto los principales gefes de la hampa se retitaron bajo el pórtico de la casa de Gondelaurier á celebrar consejo. El duque de Egipto sentado en un poyo contemplaba con religioso espanto la fantasmagórica hoguera resplandeciendo á doscientos piés sobre el nivel del suelo. Clopin Trouillefon se mordia sus manazas con rabia. ¡Imposible entrar! murmuraba entre dientes.

—Iglesia tan vieja como bruja; refunfuñaba el antiguo gitano Matias Hungadí Spicali.

—¡Por los bigotes del papa! repuso un valenton ya algo machucho que habia sido soldado, vaya unos canelones de iglesia que vomitan plomo derretido mejor que los matacanes de Lectoure.

—¿Veis ese demonio que no hace mas que pasar por delante del fuego? preguntó el duque de Egipto.

—¡Par diez! dijo Clopin, es el maldito campanero de Quasimodo.

El gitano meneó la cabeza.—Pues yo digo que es el espíritu Sabuac, el gran marqués, el demonio de las fortificaciones. Su forma es la de un soldado armado, con cabeza de leon; monta á veces un caballo inmundo convierte á los hombres en piedras, de que luego hace torres, y manda á cincuenta legiones. Estoy seguro de que es él; le reconozco. A veces viste un soberbio ropon de oro á la manera de los turcos.

—¿Donde está Bellevigne de-l'Etoile? preguntó Clopin.

—Ha muerto respondió una hampona.

Andres el Rojo reia con una risa idiota;—Nuestra Señora da que hacer á la casa de Dios, decia.

—¿Con que no hay medio de forzar esta puerta? exclamó el rey de Tunia dando una patada en el suelo.

Mostrole tristemente el duque de Egipto los dos arroyos de plomo hirviendo que no cesaban de rayar la negra fachada, como dos largas ruecas de fósforo.—Iglesias se han visto que se defendian así ellas solas, observó suspirando. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace que sucedió esto) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas, que son sus cabezas. Guillermo de París, que construyó esta era un mágico.

—¿Con que hemos de tener que irnos rabo entre piernas como una pandilla de lacayos? dijo Clopin,—¡y dejar ahí á nuestra hermana para que esos lobos encapuzados vengan á ahorcarla mañana!

—¡Y la sacristía, donde hay carretadas de oro, respondió un hampon cuyo nombre sentimos ignorar.

—¡Barba de Mahoma! gritó Trouillefou.

—Probemos otra vez, repuso el hampon.

Matias Hungadi meneó la cabeza.—Lo que es por la puerta no hay que pensar en que entremos; fuerza será buscar el flaco de la armadura de la vieja hechicera, un agujero, una poterna, una rendija cualquiera.

—¿Quién me sigue? dijo Clopin; allá vuelvo yo.—A propósito, donde anda el estudiante Juan que estaba tan arropado en hierro.

—Habrá muerto; respondió una voz; ya no se le oye reir.

El rey de Tunia frunció las cejas.

Digitized by Google

—¡Tanto peor bajo aquella armadura latia un corazon de hombre.

—¿Y maese Pedro Gringoire?

—Capitan Clopin, dijo Andres el Rojo, aun no habíamos llegado al Pont-aux-Changeurs cuando ya habia tomado ese pícaro las de Villadiego.

—Clopin dió una furibunda patada.—¡Cuerno de Dios! ¡él es quien nos mete en esto y luego nos planta en mitad de la fiesta! ¡Cobarde hablador!!...

—Capitan Claudio, gritó Andres el Rojo, que dirijia la vista hácia la calle del Atrio, aquí viene el estudiante.

—¡Loado sea Pluton! dijo Clopin. ¿Pero de que diablos viene tirando?

Acudia Juan en efecto corriendo con cuanta velocidad se lo permitian sus pesados arreos de paladin, y una larga escalera de mano que arrastraba impávido sobre las piedras, mas sofocado que una hormiga cargada con una espiga veinte veces mas larga que ella.

—¡Victoria! ¡*Te Deum*! gritaba el estudiante.—Aquí está la escalera de los descargadores del puerto San Landry.

Acercóse á él Clopin:—Muchacho ¿que quieres hacer cuerno de Dios, de esa escalera?

—Ya es mia, respondió Juan jadeando. Yo sabia donde estaba;—en casa del teniente:—conozco allí una muchacha que me eree hermoso como un Cupido.—Ella me ha servido para coger la escalera, y aquí la tengo ¡cuerno de papa!—La pobre chica ha salido en camisa á abrirme.

—Bueno, dijo Clopin; ¿pero que quieres hacer de esa escalera?

Miróle Juan con aire penetrante y maligno, é hizo resonar sus dedos como un par de castañuelas. Sublime estaba el muchacho en aquel momento: tenia en la cabeza uno de aquellos cascos recargados del siglo XV que aterraban al enemigo con sus fantásticas quimeras. Estaba el suyo erizado de diez picos de hierro, de modo que Juan hubiera podido disputar el temible epiteto δεχεμβολος al navío homérico de Nestor.

—¿Qué quiero hacer de ella, augusto rey de Tunia? ¿Veis esa hilera de estátuas que parecen tontas, allá, encima de los tres portones?

—Sí, ¿y qué?

—Esa es la galería de los reyes de Francia.

—¿Y que tengo yo que ver con eso? dijo Clopin.

—¡Paciencia! al fin de esa galería hay una puertecilla que nunca se cierra mas que con pestillo: con esta escalera plántome allí, y cátame en la iglesia.

—Niño, déjame subir el primero.

—No, compadre, no, la escala es mia. Venid y sereis el segundo.

—¡Ahóguete Belzebú! dijo el severo Clopin, yo no quiero ir detrás de nadie.

—Pues entónces, Clopin, busca otra escala.

Echó Juan á correr por la plaza tirando de la escalera y gritando:—¡Acá, hijos mios!

Al cabo de un momento vióse la escala apoyada en la balaustrada de la galeria inferior encima de una de las puertas laterales: la caterva de los hampones, lanzando grandes aclamaciones, se apiñó á sus piés para trepar por ella; pero Juan sostuvo sus derechos y puso el primero la planta en los travesaños. Algo larga era la travesía; la galería de los reyes de Francia se alza en la actualidad como hasta sesenta piés sobre el nivel del suelo, y entónces la alzaban aun mas las once gradas de la escalinata. Subia Juan lentamente algo embarazado con su pesada armadura, agarrándose con una mano á un escalon y sosteniendo en la otra su ballesta. Cuando llegó á la mitad de la escala echó una mirada melancólica sobre los pobres hampones muertos, que atestaban el átrio.—¡Ah! dijo, ¡hé aquí un monton de cadáveres digno del quinto canto de la Iliada! Luego continuó subiendo seguido de una gran multitud; habia un hombre en cada escalon. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas que se alzaba ondulando en la sombra, parecia una serpiente de escamas aceradas que se empinaba contra la iglesia. Juan que hacia la cabeza, é iba silvando, completaba la ilusion.

Tocó en fin el estudiante el balcon de la galería, y saltó por cima de él con bastante ligereza en medio de los aplausos de toda aquella pillería; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de alegría, y luego de repente se paró petrificado. Detrás de la estátua de un rey, acababa de ver á Quasimodo oculto en las tinieblas, echando llamas por su ojo de cíclope.

Antes de que un segundo sitiador hubiera podido poner los pies en la galería, saltó el formidable jorobado á la punta de la escalera, cojió sin decir palabra el extremo de los dos ejes con sus dos robustas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento entre mil amargos clamores de agonía, la larga y flexible escala atestada de hombres de arriba abajo, y luego de pronto con una fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los mas intrépidos palpitaron: la escala lanzada hácia atrás, quedó por un momento y pació vacilar; osciló algun tanto, y luego de pronto describiendo un espantoso arco de círculo de ochenta piés de rádio, se precipitó sobre el suelo con su carga de bandidos, mas rápida que un puente levadizo cuyas cadenas se quiebran de repente. Siguióse una inmensa imprecacion, y luego todo calló, y algunos infelices mutilados se retiraron á rastras de debajo de monton de cadáveres.

Un murmullo de dolor y de cólera siguió entre los sitiadores á los primeros gritos de triunfo. Quasimodo impasible, apoyados los codos en la baranda, los miraba; parecia un antiguo rey cabelludo asomado á su balcon.

Juan Frollo por su parte estaba en una situacion muy crítica. Hallábase en la galería con el formidable campanero, solo, separado de sus compañeros por una pared vertical de ochenta pies. Mientras el campanero manejaba la escala, corrió él hácia la poterna que creia abierta; pero no lo estaba porque el sordo, al entrar en la galería, habíala cerrado detrás de sí. Escondióse entónces Juan detrás de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, y fijando en el monstruoso jorobado sus ojos con terror como aquel hombre que, al acudir á la cita de la mujer del conserje de una casa de fieras, se equivocó de pared en su nocturno escalamiento, y se halló de súbito cara á cara con un oso blanco.

En los primeros momentos, el sordo no hizo alto en él; pero al fin volvió la cabeza é hizo un ademan de furor: acababa de divisar al estudiante.

Preparóse Juan á un ataque terrible; pero el sordo permaneció inmóvil; no hacia mas que mirar de frente al estudiante.

—¡Ho! ¡ho! dijo Juan, ¿que tienes que mirarme con ese ojo tuerto y meláncolico?

Y esto diciendo, el pícaro hampon preparaba por lo bajo su ballesta.

—¡Quasimodo! gritó, voy á hacerte mudar de apodo; de aquí en adelante te llamarán el ciego.

Salió el tiro, silbó la aguda flecha y fué á clavarse en el brazo izquierdo del jorobado; pero tanto se resintió Quasimodo de aquella herida como pudiera haberlo hecho el rey Faramundo. Echó mano á la saeta, la arrancó de su brazo y la quebró sin decir palabra sobre su rodilla; dejó luego caer, mas bien que tiró, los dos fragmentos. Pero Juan no tuvo tiempo para disparar segunda vez. Rota la flecha, dió Quasimodo un fuerte resoplido, saltó como una langosta y se precipitó sobre el estudiante, cuya armadura se abolló toda en su choque contra la pared.

Digitized by Google

Y entónces en aquella penumbra en que flotaba la luz de las antorchas, se divisó una cosa horrible.

Asió Quasimodo con la mano izquierda los dos brazos de Juan, que ni siquiera hizo un movimiento, tanto conoció que estaba perdido, y con la derecha fuele el sordo quitando una á una, con siniestra lentitud, todas las piezas de su armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Quasimodo dejaba caer á sus piés pedazo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando este se vió desarmado, despojado de sus vestidos, débil y desnudo entre aquellas terribles manos, no trató de hablar á aquel sordo; pero empezó á reírsele en los hocicos y á cantar con su indiferencia de diez y seis años la cancion entónces popular:

Lucido traje viste
La ciudad de Cambrai:
Marafin la ha robado.

. . . .

No pudo acabar. Vióse entónces á Quasimodo, en pié sobre la baranda de la galería, que con una sola mano sostenia por los pies al estudiante haciéndole girar sobre el abismo como una honda; luego se oyó un ruido como el de una caja huesosa que se revienta contra una pared, y se vió caer una cosa que se detuvo á un tercio de la caida en un saliente de la escultura. Era aquello un cuerpo muerto que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, rotos los riñones, el cráneo vacio.

Alzaron los hampones un grito de horror. — ¡Venganza! gritó Clopin. — ¡A saco! respondió la multitud. — ¡A saco! ahullaron mil voces. — Asalto! ¡asalto! — Siguióse entónces un ahullido prodigioso en que se mezclaban todas las lenguas, todos los diálectos, todos los acentos: la muerte del pobre estudiante produjo un furibundo ardor en aquella muchedumbre, corrida y colérica de haber estado tanto tiempo tenida á raya delante de una iglesia defendida por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos minutos, Quasimodo desesperado, vió aquel espantoso hormiguero subir por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenian escalas, tenian cuerdas con nudos; los que no tenian cuerdas, trepaban por los relieves de la escultura; colgábanse los unos á los guiñapos de los otros. No habia medio de resistir á aquella marea contiuua de caras horribles; el furor hacia centellear aquellos feroces semblantes; de sus frentes terrosas goteaba el sudor; sus ojos brotaban luz; todos aquellos gestos, todas aquellas fealdades arremetian á Quasimodo. Parecia que alguna otra iglesia habia enviado al asalto de Ntra. Sra. sus gorgonas, sus culebras, sus tarascas, sus demonios, sus mas fantásticas esculturas; parecia una capa de mónstruos vivos sobre los mónstruos de piedra de la fachada.

Brillaban en tanto multitud de luces en la plaza; aquella escena tumultuosa, sepultada hasta entónces en la oscuridad, se inundó súbitamente en la luz. Resplandecia el átrio y extendia sus reflejos hasta el cielo: la hoguera encendida en la alta plataforma continuaba ardiendo, é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, desarrollada á lo lejos sobre los techos de Paris, formaba en aquella claridad un ancho borron de sombra. La ciudad parecia haberse conmovido: oiase á lo lejos tocar á vuelo; los hampones aullaban, jadeaban, juraban, subian; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos; temblando por la gitana, viendo aquellos horribles semblantes acercarse mas y mas á su galería suplicaba un milagro al cielo, y se atarazaba desesperado los brazos.

V.

EL RETIRO DONDE REZA LAS ORACIONES DEL DIA EL SEÑOR REY LUIS DE FRANCIA.

Tal vez no ha olvidado el lector que un momento antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, Quasimodo, escudriñando á Paris desde lo alto de su campanario, no vió en todo él mas que una luz que salia de un vidrio en el piso mas elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de S. Antonio. Aquel edificio era la Bastilla; aquella luz la vela de Luis XI.

El rey Luis XI estaba en efecto en Paris, hacia ya dos dias, y dentro de otros dos debia ponerse en camino para su ciudadela de Montilz-les-Tours. Raras y breves apariciones hacia aquel monarca en su *buena* ciudad de Paris, porque no hallaba en ella alrededor de su persona bastantes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Habia ido aquel dia á pasar la noche en la Bastilla. La grande estancia de seis toesas cuadradas que tenia en el Louvre, con su gran chimenea cargada de doce animalotes y trece grandes profetas, y su gigantesco lecho de onces piés á doce, le gustaban poco. Perdíase él en todas aquellas grandezas: aquel rey, algo plebeyo, preferia la Bastilla con un cuartucho y una camita. Ademas, la Bastilla era mas fuerte que el Louvre.

Aquel *cuartucho* que se habia reservado el rey en la famosa prision de estado, era bastante espacioso y ocupaba el piso mas alto de un torreon contiguo á la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, entapizado de esteras de reluciente esparto con su techo formado de vigas recamadas de flores de lis de estaño dorado, con los huecos de color, artesonado de ricos enmaderamientos de ensambladura, sembrados de rosetas de estaño blanco y pintados de hermoso verdegai, hecho de oropimente y de glasto fino.

No habia mas que una sola ventana, larga, ojiva, enrejada de alambre y de barras de hierro, y cubierta de magníficos vidrios iluminados con las armas del rey y de la reina, que valian cada uno veintidos sueldos.

No habia tampoco mas que una entrada, una puerta moderna, de arco abocinado, cubierta con un tapiz por dentro, y por fuera con uno de aquellos pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería primorosamente trabajados que se veian aun hace ciento cincuenta años en muchas casas antiguas. «Aunque desfiguran é incomodan en las casas »dice Sauval desesperado, no quieren nuestros seño- »res mayores deshacerse de ellos y los conservan á despecho de todo el mundo.»

Nada se hallaba en aquella estancia de lo que amueblaba á la sazon las hábitaciones ordinarias; ni bancos, ni tablados, ni sillería, ni banquillos comunes en forma de caja, ni soberbios escabeles sostenidas por pilares y contra pilares á cuatro sueldos la pieza. Veíase solamente un sillon de tijera con brazos, en extremo magnífico; toda su madera estaba pintada de rosas sobre fondo encarnado; el asiento era de cordoban carmesí, guarnecido de largos rapacejos de seda, y salpicado de mil clavos de oro. La soledad de aquella silla revelaba que una sola persona tenia derecho de sentarse en aquella estancia. Al lado de la poltrona é inmediata á la ventana habia una mesa cubierta con un tapiz bordado de figuras de pájaros: sobre aquella mesa un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos, varias plumas y un braserillo con lumbre; un reclinatorio de terciopelo carmesí, recamado de bultos de oro, y en fin, en el fondo un simple lecho de damasco amarillo y colorado, sin relumbron ni pasamanos, y con flecos sumamente sencillos. Este lecho, famoso por haber sostenido el sueño ó el insomnio de Luis XI, es el que podia aun contemplarse

Digitized by Google

hace doscientos años en casa de un consejero de estado, donde fue visto por la anciana madama Pilon, célebre en el Ciro bajo el nombre de *Aricydia* y de la *Moral viva*.

Tal era la estancia que se llamaba «el retiro donde reza las oraciones del dia el Sr. Rey Luis de Francia.»

En el momento en que hemos introducido en él al lector, estaba aquel retiro muy oscuro. Una hora hacia que habia sonado el toque de ánimas; era ya enteramente de noche, y no habia mas que una vacilante vela de cera puesta sobre la mesa, para alumbrar á cinco personajes variamente agrupados en la estancia.

El primero sobre el cual caia la luz era un señor ricamente vestido de un jubon y una ropilla escarlata listada de plata, y de un tabardo forrado de paño de oro con dibujos negros; aquel espléndido traje en que rielaba la luz, parecia ribeteado de llama en todos sus pliegues. El hombre que le llevaba tenia sobre el pecho sus armas bordadas con vivos colores; un cábrio acompañado en punta de un gamo pasante. Contiguos al escudo de armas, estaban, á la derecha un ramo de oliva, á la izquierda un cuerno de gamo. Llevaba aquel hombre á su cintura una rica daga cuya empuñadura de plata sobredorada estaba cincelada en forma de cimera, y remataba en una corona de conde. Tenia aquel personaje mala catadura; aire altanero y la cabeza erguida; á la primera ojeada veíase en su rostro la arrogancia, á la segunda la astucia.

Estaba con la cabeza descubierta, con un largo cartelon en la mano, en pié, detrás del sillon de brazos en el cual estaba sentado, el cuerpo feamente doblegado por la cintura, apoyado un codo sobre la mesa, un personage pésimamente ataviado. Figúrese en efecto el lector en la opulenta poltrona de cuero de Córdoba dos rótulas estebadas, dos muslos flacos pobremente vestidos de punto de lana negra, un dorso envuelto en un balandrán de bombasí con unas pieles en que se veia mas cuero que pelos, y en fin, para coronar el conjunto, un sombrero viejo y mugriento del mas ínfimo paño negro, ceñido de un cordon circular de figuritas de plomo: he aqui, juntamente con un gorro que apenas dejaba salir un cabello, todo lo que se distinguia del personage sentado. Tan encorbada tenia la cabeza sobre el pecho que nada se divisaba de su rostro cubierto de sombra mas que la punta de la nariz, sobre la cual caia un rayo de luz, y que debia ser larga. En la flacura de su rugosa mano se conocia que era un anciano, era en efecto Luis XI.

A alguna distancia detrás de ellos hablaban en voz baja dos hombres vestidos á la usanza flamenca, que no estaban bastante perdidos en la sombra para que cualquiera de los que habian asistido á la representacion del misterio de Gringoire no pudiese reconocer en ellos á dos de los principales enviados flamencos, Guillermo Rym, el sagaz pensionado de Gante, y Santiago Coppenole, el popular calcetero. El lector se acordará de que estos dos hombres estaban iniciados en la política secreta de Luis XI.

En fin, en lo mas hondo de la estancia, junto á la puerta, estaba de pié en la oscuridad, inmóvil como una estátua, un hombre vigoroso, de fornidos miembros, con arreos militares y tabardo blasonado, cuya cara cuadrada y sin frente, con ojos reventones, inmensa boca y doble alero de cabellos aplastados, bajo los cuales desaparecian las orejas, tenia algo de perro y de tigre á la vez.

Todos estaban descubiertos, menos el rey.

El señor que estaba junto al rey leíale una especie de cuenta muy larga, que S. M. parecia escuchar con atencion. Los dos flamencos cuchicheaban.

—¡Cruz de Dios! refunfuñaba Coppenole; ya estoy harto de estar en pié. ¿No hay una silla por ahí?

Respondióle Rym con un gesto negativo, acompañado de una discreta sonrisa.

—¡Cruz de Dios! repuso Coppenole aburrido de tener que bajar la voz, que estoy por sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, como lo hago en mi tienda.

—¡Guardaos bien de hacerlo, maese Santiago.

—¡Vaya! ¡vaya! ¡maese Guillermo! ¿con que no hay aquí mas remedio que estar sobre las plantas de los piés?

—O sobre las rodillas, dijo Rym.

Alzóse en aquel momento la voz del rey. Y todos callaron.

—¡Cincuenta sueldos los vestidos de nuestros lacayos, y doce libras las capas de los clérigos de nuestra corona! ¡Eso es! derramad el oro á puñados. ¿Estais loco, Oliveros?

Esto diciendo, levantó el anciano la cabeza. Veianse relucir en su cuello las conchas de oro del collar de S. Miguel: iluminaba de lleno la luz de la vela su perfil adusto y descarnado. Luego arrancó el papel de manos del que leyéndole estaba.

—¡Nos arruinais, Oliveros! exclamó recorriendo el mamotreto con sus hundidos ojos.—¿Que quiere decir todo esto? ¿Que necesidad tenemos de una servidumbre tan prodigiosa? Dos capellanes á razon de diez libras por mes cada uno, ¡y un clérigo de capilla á cien sueldos! ¡Un ayuda de cámara á noventa libras por año! ¡Cuatro hugieres de vianda á ciento veinte libras por año cada uno! ¡Un macero, un jardinero, un cocinero! ¡un copero, un sumiller de armaduras, dos mozos de acémila á razon de diez libras al mes cada uno! ¡Dos pinches de cocina á ocho libras! ¡Un palafranero y sus dos mozos á veinticuatro libras por mes! ¡Un mozo de escalera, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno á sesenta libras por año! ¡Pues y el albeitar-herrero con ciento veinte libras! ¡y nuestro tesorero con mil doscientas libras! ¡Y el contralor con quinientas!—¡Que sé yo! ¡Es un horror! ¡Los gajes de nuestros criados devoran á la Francia! ¡Tal fuego de gastos derretiria todas las joyas del Louvre! ¡Tendremos que vender nuestras vagillas! ¡Y el año que viene, si Dios y Ntra. Sra. (al llegar aquí se quitó el sombrero) nos conceden vida, tendremos que beber nuestras tisanas en un cacharro de estaño!

Esto diciendo, echó una mirada sobre el tazon de plata que brillaba sobre la mesa. Tosió y luego prosiguió:

—Maese Oliveros, los príncipes que reinan en los grandes señoríos, como reyes y emperadores, no deben dejar nacer la suntuosidad en sus palacios; porque desde ellos se extiende el fuego hasta las provincias.—Por tanto, maese Oliveros, no eches en saco roto lo que te voy á decir: nuestros gastos aumentan todos los años, y eso no nos acomoda.—Como, ¡pascua de Dios! hasta el año 79 no ha pasado mi gasto de treinta y seis mil libras, en 80, llegó á cuarenta y tres mil seiscientas diez y nueve libras; me acuerdo y muy bien, en 81, ascendió á sesenta mil seiscientas ochenta, y este año, ¡por la fe de mi cuerpo! ¡ha de llegar á ochenta mil libras! ¡Duplicado en cuatro años! ¡es una monstruosidad!

Detúvose por faltarle el aliento y luego prosiguió arrebatado de cólera:—¡Yo no veo alrededor de mí mas que hombres que engordan con mi flacura! ¡Por todos los poros me chupan dinero!

Todo, guardaban silencio: la cólera actual del rey era una de aquellas que se dejan pasar. Luego prosiguió:

—Lo mismo que ese memorial en latin de los señoríos de Francia, para que al punto restablezcamos lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona! ¡Cargas en efecto! ¡cargas que derrengan! ¡Ah! ¡señores! ¡decis que no somos un rey para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo*! Ya os haremos ver, ¡Pascua de Dios! ¡si no somos un rey!

Digitized by Google

Al llegar á este punto, sonrió en el sentimiento de su poderio, con lo que se mitigó algun tanto su mal humor; luego se volvió hácia los flamencos:

—¿Sabeis, compadre Guillermo, que el panadero mayor, el repostero mayor, el mayordomo mayor, y el alcaide mayor no valen tanto como el último criado?—Tenedlo presente, compadre Coppenole.—De nada sirven; cada vez que los veo tan inútiles al rededor de mí, me parecen los cuatro evangelistas que rodean la esfera del gran reloj del palacio y que acaba de componer Felipe Brille. Son dorados; pero no señalan la hora, y para maldita de Dios la cosa los necesita la mano.

Quedó un momento pensativo y añadió meneando su cana cabeza:—¡Oh! ¡oh! por Ntra. Sra. que yo no soy Felipe Brille, y que no doraré de nuevo á los magnates.—Prosigue, Oliveros.

El personaje á quien designaba por este nombre volvió á tomar el mamotreto y empezó á leer en alta voz:

«A Adam Tenon, oficial en la estampilla del prebostazgo de Paris: por la plata, hechura y grabado de los susodichos sellos que han sido hechos nuevos porque los otros precedentes, por su antigüedad y caducidad, no podian ya servir buenamente.—doce libras parisies»

«A Guillermo Frere, la suma de cuatro libras cuatro sueldos parisies, por sus trabajos y emolumentos de haber cebado y nutrido las palomas de los dos palomares del palacio de las Tournelles, durante los meses de enero, febrero y marzo de este año, para lo cual ha dado siete celemines de cebada.»

«A un capuchino, por haber confesado á un criminal, cuatro sueldos parisies.»

El rey escuchaba sin decir palabra: de cuando en cuando tosia; llegaba entónces la taza á sus labios, y bebia un sorbo haciendo un mohin.

—«En este año han sido hechos por disposicion de justicia, á son de trompa, por las calles y plazas de Paris, cincuenta y seis pregones.—Se ajustará la cuenta.»

«Por haber socavado y buscado en ciertos sitios, tanto en Paris como fuera de él, dinero que se decia estar enterrado, aun no se ha hallado nada;—cuarenta y cinco libras parisies.»

—¡Enterrar en escudo para desenterrar un sueldo! dijo el rey.

—«...Por haber puesto en el palacio de las Tournelles seis cuarterones de vidrio blanco en el sitio donde está la jaula de hierro, trece sueldos.—Por haber habér hecho y entregado por órden del rey, el dia de los mónstruos, cuatro escudos con las armas del espresado señor rey engastados de cintillos de rosas todo en derredor, seis libras.—Por dos mangas nuevas en la ropilla vieja del rey veinte sueldos.—Por una caja de unto para sacar lustre á las botas del rey, quince dineros. Un establo nuevo para alojar los lechones negros del rey, treinta libras parisies.—Muchos tabiques, tablas y trampas para encerrar los leones del rey, veintidos libras.»

—Caros animales, dijo Luis XI; pero no importa: esa magnificencia es digna de un rey. Hay entre ellos un enorme leon rojo que me encanta con sus monadas.—¿Habéisle visto, maese Guillermo?—Los príncipes deben tener de esas admirables fieras; para nosotros los reyes, nuestros perros deben ser leones, y nuestros gatos tigres. Todo lo grande sienta bien á una corona. En tiempo de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecia á las iglesias cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas, lo que era hermoso y terrible. Siempre los reyes de Francia han tenido rugidos de esa especie al rededor de su trono; sin embargo todos me harán la justicia de convenir en que gasto menos dinero en esas cosas que ellos, y que tengo suma modestia de leones de osos, de elefantes y leopardos.—Adelante, maese Oliveros.—Queríamos decir esto á nuestros amigos los flamencos....

Inclinóse Guillermo Rim profundamente; mientras que Coppenole con su cara aburrida parecia uno de aquellos osos de que hablaba S. M. No lo advirtió el rey, quien acababa de mojar los lábios en la taza, y escupia el mejunje diciendo:—¡Puah! ¡maldita tisana!—El que leia, prosiguió:

—«Por el alimento de un villano peon encerrado hace seis meses en el cuartito del desolladero, mientras se decide que se ha de hacer de él.—Seis libras cuatro sueldos.»

—¿Qué es eso? interrumpió el rey, alimentar á quien se va á ahorcar? ¡Pascua de Dios! no vuelvo á dar una blanca para ese hombre.—Oliveros, entendeos sobre el particular con el señor de Esttouteville, háganse hoy mismo los preparativos de las bodas de ese galan con la horca.—Proseguid.

Hizo Oliveros con la uña una señal en el artículo del *villano peon* y pasó adelante.

—«A Enrique Cousin, maestro ejecutor de altas obras de la justicia de Paris, la suma de sesenta sueldos parisies que le ha sido señalada por el señor preboste de Paris por haber comprado de órden del espresado preboste, una grande espada cortante destinada á ejecutar y decapitar á las personas que por justicia son condenadas por sus deméritos, y encajádola ademas en una vaina con todos sus enseres correspondientes; é igualmente ha hecho limpiar y afilar la espada vieja que se habia tomado y mellado ejecutando la justicia del caballero Luis de Luxemburgo, como mas extensamente puede verse....»

El rey le interrumpió.—¡Basta! decreto la suma con todo mi corazon.—Yo no reparo en esos gastos ni me duele el dinero que se emplea en ellos.—Adelante.

—«Por haber hecho una gran jaula nueva...»

—¡Ah! dijo el rey apoyándose con ambas manos en los brazos de su sillon, ya sabia yo que habia venido para algo esta Bastilla.—Esperad, maese Oliveros; quiero ver por mi mismo esa jaula, y me leereis su coste mientras la examino.—Srs. flamencos, venid á verla; por que es curiosa.

Púsose entónces en pié, apoyóse en el brazo de su interlocutor, hizo señal á la especie de mudo que permanecia en pié á la puerta, de que le precediera, á los dos flamencos de que le siguieran, y salió de la estancia.

Reclutó la regia comitiva en la puerta del retiro varios hombres de armas abrumados de hierro, y algunos esbeltos pajecillos que llevaban sendas hachas en la mano. Anduvo algun tiempo por el interior de la sombria fortaleza, cruzada de escaleras y de corredores hasta en el espesor de las paredes: iba al frente el capitan de la Bastilla, y hacia abrir la puerta delante del caduco rey doliente y enervado, que tosia al andar.

A cada puerta que hallaban tenian que agacharse todas las cabezas, escepto la del anciano doblado por la edad.—¡Hum! decia entre sus encías, porque dientes no los tenia, ya estamos pronto del todo para la puerta del sepulcro.—A puerta baja, pasagero encorbado.

En fin, despues de haber atravesado una última puerta tan atestada de cerraduras que se tardó un cuarto de hora en abrirla, entraron en una alta y espaciosa sala ojival, en cuyo centro se distinguian á la luz de las antorchas un gran cubo macizo de mazonería, de hierro y de madera, cuyo interior estaba hueco. Era el tal una de aquellas famosas jaulas para los prisioneros de estado, que se llamaban las *hijitas del Rey*. Tenia en las paredes dos ó tres ventanillas tan espesamente enrejadas con barras de hierro, que no se veian sus vidrios. La puerta era una gran losa de piedra como las de los sepulcros, una de aquellas puertas que no sirven mas que para entrar.—Solo que allí el muerto era un vivo.

Digitized by Google

—Empezó el rey á andar con lentitud alrededor del pequeño edificio examinándole con cuidado mientras maese Oliveros, que iba detrás de él, leia la cuenta en alta voz:

—«Por haber hecho una gran jaula nueva de madera con gruesas vigas, tablas y listones del tamaño de nueve piés de largo sobre ocho de ancho, y de siete piés de altura, pulimentada y claveteada con gruesos clavos de hierro, la cuál se ha colocado en una estancia de una de las torres de la Bastilla de San Antonio, en la cual jaula ha sido encerrado por órden del rey nuestro señor, un prisionero que habitaba antes una antigua jaula caduca y decrépita.—Se han empleado en la susodicha jaula nueva, noventa y seis vigas horizontales, y cincuenta y dos verticales, diez listones de tres toesas de longitud; y se han ocupado diez y nueve carpinteros, en serrar trabajar y pulimentar toda la expresada madera en el patio de la Bastilla durante veinte dias...»

—Buen corazon de encina, dijo el rey probando la madera con los nudillos de la mano.

—...«Han entrado en esta jaula, prosiguió el otro, doscientas veinte barras de hierro de nueve y de ocho piés, y las mas de mediana longitud con las tuercas, tornillos y garlios correspondiente á las expresadas barras, y pesa todo el susodicho hierro, tres mil setecientas treinta y cinco libras, amen de los gruesos ganchos de hierro para atar la susodicha jaula, con las abrazaderas y clavos, todo lo cual pasa de doscientas diez y ocho libras de hierro, sin contar el de los enrejados de las ventanas de la estancia donde se ha colocado la jaula, las barras de hierro, de la puerta de la estancia y otras cosas...»

—¡Mucho hierro es ese, dijo el rey para contener la volatilidad de un espíritu!

—«...El total asciende á trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros.»

—¡Pascua de Dios! exclamó el rey.

Despues de este juramento, que era la exclamacion favorita de Luis XI, pareció como que se despertaba alguno en el interior de la jaula: oyóse un ruido de cadenas que se rozaban contra el suelo, y alzóse una débil voz que parecia salir de la tumba:—¡Señor! ¡señor! ¡perdon!—No se podia ver al que asi hablaba.

—¡Trescientos diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros! repuso Luis XI.

La lamentable voz que acababa de salir de la jaula habia helado á todos los presentes y aun al mismo maese Oliveros; solo el rey aparentaba no haberla oido. Por órden suya prosiguió maese Oliveros su lectura, y continuó sereno S. M. la inspeccion de la jaula.

—«... Amen de eso, se han pagado á un albañil que ha hecho los agugeros para encajar las rejas de las ventanas y el pavimento de la estancia donde está la jaula, porque el suelo no hubiera podido sostenerla, á causa de su peso, veintisiete libras catorce sueldos parisies....»

La voz comenzó á gemir.

—¡Perdon! ¡Señor rey! os juro que el señor cardenal de Augers es quien hizo la traicion, y no yo.

—¡Carillo es el albañil! dijo el rey. Prosigue Oliveros.

Oliveros continuó:

—«...A un ebanista, por ventanas, camas, y otras cosas necesarias, veinte libras y dos sueldos parisies....»

Tambien la voz continuó:

—¡Por amor de Dios, señor! ¿no me escuchareis? os protesto que no fui yo quien se lo escribió á monseñor de Guyenne sino al señor cardenal Balue!

—Tambien es carero el ebanista, observó el rey.

—¿No hay mas?

—Mas hay, señor.—«... A un vidriero por los vidrios de la susodicha estancia, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisies.»

—¡Perdonadme, Sr.! ¿No es bastante que hayan dado todos mis bienes á mis jueces, mi vajilla á Mr. de Torcy, mi libreria á maese Pedro Doriolle, mis tapicerias al gobernador del Rosellon? Soy inocente, y ya hace catorce años que tirito de frio en una jaula de hierro.—¡Perdonadme, Sr.! ¡en el cielo lo hallareis!

Maese Oliveros, dijo el rey veamos el total.

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisies.

—¡Jesus, exclamó el rey, que jaula tan atrozmente cara!

Dicho esto arrancó la cuenta de manos de maese Oliveros, y se puso á ajustar la cuenta por los dedos, examinando ya el papel, ya la jaula mientras se oia sollozar al prisionero. Lúgubre era aquello en la sombra, y todos se miraban unos á otros palideciendo.

—¡Catorce años, Sr.! ¡Ya hace catorce años desde el mes de abril de 1469. En nombre de la santa madre de Dios, escuchadme, Sr.! Durante todo este tiempo, vos habeis gozado del calor del sol, y yo miserable, ¡nunca mas volveré á ver la luz del dia? Perdon, señor; sed misericordioso. La clemencia es una hermosa virtud real que rompe las corrientes de la cólera. ¿Cree por ventura V. M. que sea en la hora de la muerte gran satisfaccion para un rey el no haber dejado impune ninguna ofensa? Ademas, señor, que yo no he vendido á V. M. el traidor fue el señor cardenal de Angers. Y tengo una cadena muy terrible en los piés con una bola de hierro en la punta mucho mas pesada de lo justo.—¡Oh señor ¡tened compasion de mi!

—Oliveros, dijo el rey levantando la cabeza, observo que me ponen la carga de yeso á veinte sueldos, y sé que no cuesta mas que doce. Es menester corregir esta cuenta.

Volvió entónces las espaldas á la jaula y echó á andar para salir de la estancia: el miserable prisionero al ver alejarse las hachas y el ruido, conoció que se iba el rey.—¡Señor! ¡señor! gritó con el acento de la desesperacion.—Cerróse entónces la puerta y ya nada vió ni oyó mas que la voz ronca del carcelero que le entonaba al oido esta cancion alusiva á su desgracia.

Digitized by Google

Maese Juan Balue
Perdió ya la vista
De sus obispados.
El señor de Verdun
Ya no tiene ninguno,
Pues los ha despachado.

Empezaba el rey á subir en silencio á su retiro; seguido de su comitiva, aterrada con los últimos gemidos del prisionero, cuando se volvió de pronto su magestad hácia el gobernador de la Bastilla.—Ahora que me acuerdo, dijo, ¿no habia alguno en aquella jaula?

—¡Pardiez, Sr! respondió el gobernador asombrabo de la pregunta.

—¿Y quien?

—El señor obispo de Verdun.

El rey lo sabia mejor que nadie; pero era una manía.

—¡Ah! dijo aparentando que entónces pensaba en ello por primera vez; Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balue.—Un buen diablo de obispo!

Al cabo de algunos instantes, abrióse de nuevo la puerta del retiro y se volvió á cerrar sobre los cinco personajes que en él vió el lector al principio de este capítulo, y que volvieron á ocupar sus sitios y anudar en voz baja el hilo de sus conversaciones.

Durante la ausencia del rey, habian puesto sobre su mesa algunos despachos, cuyos sellos rompió por sí mismo; púsose inmediatamente á leerlos uno despues de otro, hizo señal á maese Oliveros, que parecia desempeñar junto á él el empleo de ministro, de que tomase una pluma, y sin comunicarle el contenido de los despachos, empezó á dictarle en voz baja las respuestas que este escribia con bastante incomodidad arrodillado junto á la mesa.

Guillermo Rym observaba.

Hablaba el rey tan bajo que nada oian los flamencos de lo que dictaba, á no ser algunos trozos sueltos y poco inteligibles: —Sostener los sitios fértiles por su comercio, los estériles por su industria. Hacer ver á los señores ingleses nuestras cuatro bombardas la Londres, la Brabante, la Bourg-en-Bress, la Saint-Omer...—La artillería es causa de que se haga la guerra en el dia con mas sensatez... Al Sr. de Bresuire, nuestro amigo... Los egércitos no pueden sostenerse sin los tributos... etc.

Una vez levantó la voz:—¡Pascua de Dios! el señor rey de Sicilia sella sus cartas con lacre amarillo como un rey de Francia. Acaso hacemos mal en permitírselo; mi caro primo de Borgoña no daba armas sobre campo de gules. La grandeza de las casas se consolida con la integridad de las prerrogativas. Notad esto que digo, compadre Oliveros.

Otra vez: ¡Oh! ¡oh! dijo;—¿que mamotreto es este?—¿Que nos reclama nuestro hermano el emperador?—Y recorriendo con la vista la misiva, é interrumpiendo su lectura con varias exclamaciones: —¡Cierto! las Alemanias son tan grandes y poderosas, que apenas parece creible. Pero no olvidemos el antiguo proverbio: El mejor condado es Flandes; el mejor ducado Milan; el mejor reino, Francia.—No es verdad, Sres. flamencos?

Entónces se inclinó Coppenole juntamente con Guillermo Rym; el patriotismo del calcetero se sentia alhagado.

El último despacho hizo fruncir las cejas á Luis XI. —¿Que esto? exclamó. Quejas y querellas contra nuestras guarniciones de Picardía. Oliveros escribid inmediatamente al Sr. mariscal de Rouault.—Que se relaja la disciplina.—Que los gendarmes, los guardias nobles, los arqueros, los suizos, hacen infinito daño á los pecheros.—Que el soldado no contento con los bienes que se halla en casa de los labradores, los obliga á palos y sablazos á ir á buscar á la ciudad vino, pescados, especias y otras cosas excesivas.—Que el Sr. rey lo sabe.—Que estamos decididos á proteger á nuestro pueblo contra todo perjuicio, robo y tropelía. —Que tal es nuestra voluntad, ¡vive Dios!—Que no queremos ademas que ningun ministril, barbero, ó mozo de campaña se vista como un príncipe, con terciopelo, tela de seda y anillos de oro.—Que esas vanidades son odiosas á Dios.—Que nos, que somos noble, nos contentamos con una ropilla de paño á diezi-seis sueldos la vara de Paris.—Que los Sres. mozos de campaña pueden muy bien hacer otro tanto.—Luego, luego...—Al Sr. de Rouault, nuestro amigo. —Bien.

Dictó el rey esta carta en alta voz, con tono firme y como suele decirse, á encontrones. Apenas la hubo acabado, abrióse la puerta, y dió paso á un nuevo personaje que se precipitó todo desalentado en la estancia, gritando; —¡Señor! ¡Señor! ¡hay una gran sedicion en Paris!

Contrájose el grave semblante de Luis XI; pero lo lo que hubo de visible en su agitacion, pasó como un relámpago. Contúvose, y dijo con fria severidad: —Muy bruscamente entrais, compadre Santiago.

—¡Señor! ¡Señor! ¡hay una rebelion! repuso el compadre Santiago, sin poder casi respirar.

El rey, que se habia puesto en pié, le cogió violentamente por el brazo, y díjole al oido de modo que él solo pudiera oirlo, con una cólera concentrada y echando una mirada oblícua á los flamencos: —¡Calla! ó habla bajo.

Comprendióle el recien llegado, y empezó á hacerle en voz muy baja una relacion llena de aspavientos, que el rey escuchaba con apatía, mientras Guillermo Rym hacia observar á Coppenole la fisonomía y el trage del recien venido, su capucha forrada, *caputia furrata*, su epitoga corta, *epitogi curta*, y su toga de terciopelo negro, que revelaban un presidente del tribunal de Cuentas.

No bien hubo este personaje dado al rey algunas explicaciones, cuando exclamó Luis XI soltando una carcajada: —¡De veras! ¡hablad alto, compadre Coictier! ¿A que viene hablar en voz baja? Ntra. Sra. sabe que nada tenemos oculto para nuestros excelentes amigos los flamencos.

—Pero, Señor....

—Hablad alto.

El «compadre Coictier» permanecia mudo de sorpresa.

—Con que, repuso el rey, —hablad, vamos,—hay una insurreccion de villanos en nuestra buena ciudad de Paris?

—Si Señor.

—¿Y decis que se dirige contra el Sr. alcaide del palacio de Justicia?

—Asi es lo probable, dijo el *compadre* que hablaba en voz balbuciente, todo aturdido de la brusca é inesplicable mudanza que acababa de trastornar las ideas del rey.

Luis XI prosiguió: —¿Donde se ha encontrado la ronda con esa caterva?

—Dirigiéndose de la corte de los Milagros al Pont-aux-Changeurs; yo mismo la he encontrado al venir aquí, obedeciendo las órdenes de V. M., y he oido algunos que gritaban: —¡Muera el alcaide del palacio!

—¿Y que quejas tienen contra el alcaide?

—¿Que ha de ser? dijo el compadre Santiago, porque es su Señor.

—¡Calla!

—Si Sr.; todos ellos son de la pillería de la corte de los Milagros, y ya hace mucho tiempo que se quejan del alcaide, de quien son vasallos. No quieren reconocerle por Sr.

—¡Con que no! repuso el rey con una sonrisa de satisfaccion que en vano procuraba disimular.

—En todas sus representaciones al Parlamento,

Digitized by Google

dijo el compadre Santiago, sostienen que no tienen mas que dos Sres., V. M. y su Dios, que si no me engaño, es el diablo.

—¡Vaya! ¡vaya! dijo el rey.

Frotábase en tanto las manos de gusto y reia con aquella risa interior que hace centellear el rostro; no podia disimular su alegría aunque á veces trataba de serenarse. Nadie entendia aquel tegemanege, ni aun el mismo «maese Oliveros». Permaneció por algunos momentos silencioso, con aire pensativo, pero contento.

—¿Y son muchos? preguntó de pronto.

—Demasiado que si, respondió el compadre Santiago.

—¿Cuantos?

—Lo menos seis mil.

No pudo menos el rey de exclamar: —¡Bueno!— Luego añadió: —¿Van armados?

—Con hoces, picas, martillos y azadones, armas todas en sumo grado violentas.

En manera alguna pareció inquietar al rey toda aquella guerrera enumeracion.

El compadre Santiago creyó deber añadir: — Si V. M. no envia pronto ausilio al alcaide, es perdido.

—Enviaremos, dijo el rey con aparente serenidad; —pues ya se ve que enviaremos: el Sr. alcaide es amigo nuestro.—¡Seis mil! ¡y son gente traviesa! —La osadía es maravillosa, y estamos verdaderamente indignados. Pero tenemos poca gente esta noche á nuestro alrededor. Mañana será tiempo aun.

El compadre Santiago exclamó: —¡Al momento, Sr.! Hasta mañana hay tiempo para saquear veinte veces la alcaldia, violar el señorío y ahorcar al alcaide.—¡Por Dios, Sr.! enviad tropa cuanto antes.

Miróle el rey de hito en hito.—He dicho que mañana.

Y le echó una de aquellas miradas á que no hay réplica.

Despues de un breve silencio, alzó de nuevo la voz Luis XI: Compadre Santiago, vos debeis saberlo. ¿Cual era... es decir... cual es la jurisdiccion feudal del alcaide?

—Sr., el alcaide tiene la calle de la Calandre, hasta la calle de la Herberie, la plaza S. Miguel y los sitios vulgarmente llamados los Mureaux, inmediatos á Ntra. Sra. de los campos (aquí levantó Luis XI el ala de su sombrero), las cuales casas ascienden á trece, amen de la corte de los Milagros, del hospital de leprosos, llamado la banlieu y de toda la calzada que comienza en este hospital y se termina en la puerta de Santiago. En todos estos diversos puntos es Sr. de horca y cuchillo.

—¡Cáspita! dijo el rey rascándose la oreja izquierda con la mano derecha, ¡no es mal pedazo el que posee en mi ciudad! ¡Ah! el Sr. alcaide era rey de todo eso!

Esta vez no se volvió atrás, antes prosiguió pensativo y como hablando consigo mismo: —¡Alto ahí, Sr. alcaide! vaya que teniais entre los dientes un buen bocado de nuestro Paris.

Y entónces, no pudiendo ya contenerse, rompió la valla.—¡Pascua de Dios! ¿que quieren decir todos esos magnates que se llaman Sres. y amos en nuestros dominios? ¿que tienen su portazgo en todo confin de propiedad? ¿su justicia y su verdugo en toda plaza entre nuestro pueblo? De modo que como el griego creia tener tantos dioses cuantas fuentes veia, y tantos el persa como estrellas, el frances cuenta hoy tantos reyes cuantos patíbulos vé. Y eso es malo, ¡vive Dios! y no me gusta la confusion. Quisiera yo saber si hay por la gracia de Dios en Paris otro Sr. que el rey, otra justicia que nuestro parlamento, otro emperador que nós en este imperio! ¡Por la fe de mi alma! que ha de llegar un dia en que no haya en Francia mas que un rey, mas que un Sr., mas que un juez, mas que un corta cabezas, como no hay en el cielo mas que un Dios!

Levantó de nuevo el sombrero, y prosiguió como ántes meditabundo, con el acento y el ademan de un cazador que azuza y lanza su jauría: —¡Bien! pueblo mio! bien, bien! rompe esos falsos ídolos! ¡Haz la cosa por tí mismo! ¡A ellos, á ellos! ¡atrápalos, ahórcalos, saquéalos!... ¡Ah! ¿quereis ser reyes, Sres.? ¡Vé! ¡pueblo! vé! á ellos!!

Interrumpióse aquí de repente, mordióse los lábios como para volver á asir el pensamiento que se le habia escapado, apoyó sucesivamente su penetrante mirada en cada uno de los cinco personajes que le rodeaban, y cogiendo de pronto su sombrero con ambas manos y mirándole de hito en hito, le dijo: —¡Oh! te quemaria si supieses ló que pasa en mi cabeza.

Y luego echando de nuevo en derredor de sí la mirada atenta é inquieta de un zorro que vuelve cabizbajo á su madriguera: —¡No importa! dijo: —socorreremos al Sr. alcaide... desgraciadamente tenemos muy poca tropa aquí en este momento contra tanto *popular*, con que habrá que esperar hasta mañana: restableceremos el órden en la ciudad, y rebelde cogido, rebelde ahorcado.

—¡Ahora que me acuerdo, Sr.! dijo el compadre Coictier, se me olvidó en el primer sobresalto; la ronda ha cogido dos rezagados de la caterva. — Si V. M. quiere verlos, ahí están.

—¡Si quiero verlos! exclamó el rey. ¡Como Pascua de Dios! ¡Y te olvidas de una cosa como esa! — Vé, tu volando, Oliveros, y traémelos acá.

Salió maese Oliveros, y volvió un momento despues con los dos prisioneros, rodeados de varios arqueros de la guardia del rey. Tenia el primero una carota estúpida vinosa y atónita; iba cubierto de harapos y andaba doblando la rodilla y arrastrando el pié; era el del segundo un rostro macilento y benigno que ya conoce el lector.

Examinólos el rey por un momento sin decir palabra; y luego dirigiéndose bruscamente al primero:— ¿Como te llamas?

—Gieffroy Pincebourde.

—¿Tu oficio?

—Hampon.

—¿Que ibas á hacer en esa infame sedicion?

Miró al rey el hampon meciendo los brazos con aire idiota. Era la suya una de aquellas cabezas mal conformadas en que se halla casi tan holgada la inteligencia como la llama bajo el mataluces.

—No sé, dijo.—Iban ellos y fuí yo.

—¿No ibais á atacar indignamente y á saquear á vuestro Sr. el alcaide del palacio?

—Sé que íbamos á atrapar no se que cosa en casa de no se quien, y esto es todo.

Mostró al rey un soldado una podadera que se habia encontrado en manos del hampon.—¿Reconoces esta arma? preguntó el rey.

—Sí, como que es mi podadera; yo soy viñador.

—¿Y reconoces á este hombre por compañero tuyo? añadió Luis XI designando al otro prisionero.

—No; no le conozco.

—Basta, dijo el rey. Y haciendo una señal con el dedo al silencioso personage, inmóvil junto á la puerta, que ya hemos hecho observar al lector: —Compadre Tristan l' Hermite, y dió en voz baja una órden á dos arqueros que se llevaron al pobre hampon.

En tanto el rey se acercó al otro prisionero que sudaba la gota como el puño.

—¿Tu nombre?

—Sr., Pedro Gringoire.

—¿Tu oficio?

—Filósofo, Sr.

—¿Como te atreves, villano ruin, á ir á atacar á nuestro amigo el Sr. alcaide del palacio, y que tienes que decir de esa conmocion popular?

Digitized by Google

—Señor, yo no era del motin.

—¡Como que, gran bellaco! ¿no has sido cogido por la ronda entre esa mala gente?

—No señor, ha habido error ha sido una fatalidad. Yo hago tragedias. Sr., suplico á V. M. que me oiga. Yo soy poeta. Es propio de la melancolía de los hombres de mi profesion el ir de noche por las calles. Casualmente pasaba yo entónces por allí– una verdadera casualidad. Y han hecho mal en prenderme porque soy inocente de esa borrasca civil. Bien vé V. M. que el hampon no me ha conocido, y así conjuro á V. M...

—¡Calla! dijo el rey entre dos bocanadas de tisana, que nos rompes la cabeza.

Adelantóse Tristan l'Hermite, y designando con el dedo á Gringoire: —Señor, ¿podemos ahorcar á este tambien?

Estas fueron las primeras palabras que se le oyeron.

—¡Peuh! respondió con indiferencia el rey, no veo que haya ningun inconveniente.

—¡Pues yo si los veo, y muchos! dijo Gringoire.

Estaba nuestro filósofo en aquel momento mas verde que una aceituna. Por el continente frio y distraido del rey, conoció que no le quedaba otro medio que recurrir á un exabrupto muy patético, y así se precipitó á los piés de Luis XI exclamando con desesperada gesticulacion:

—¡Señor! V. M. se dignará excucharme. ¡Señor! no estalleis como el trueno sobre cosa tan mezquina como yo: el gran rayo de Jehová no bombardea una triste lechuga. Sr., sois un augusto monarca muy poderoso; tened compasion de un pobre hombre de bien que así es capaz de atizar una rebelion como un carámbano de echar chispas! Sr., Sr., la bondad es virtud de leon y de rey. ¡Ah! el rigor no hace mas que exasperar los ánimos; las impetuosas bocanadas del viento no pueden hacer al hombre quitarse la capa, y el sol flechando sus rayos poco á poco de tal suerte le calienta que le hace ponerse en camisa. Señor, V. M. es el sol. Lo juro, soberano, amo mio y Señor, yo no soy un pícaro hampon, ratero y desordenado: la rebelion y las rapiñas no entran en la jurisdiccion de Apolo: no soy yo hombre para precipitarme en esas nubes que estallan en truenos de sediciones.—Yo soy un fiel vasallo de V. M.—El cuidado que tiene el marido por el honor de su mujer, el celo que tiene el hijo por el amor de su padre, debe tenerlos un buen vasallo por la gloria de su rey; debe sacrificarse por el servicio de su casa, por el aumento de su gloria: cualquiera otra pasion de que se dejase llevar, seria un furor. Estas son, Sr., mis máximas de estado; no me creais pues sedicioso y rapaz porque está raida por los codos mi pobre vestimenta; si me haceis merced, ¡oh rey! ¡yo la desgastaré en las rodillas rezando al Señor por vos de la noche á la mañana! Sí: no soy excesivamente rico, es verdad; soy tambien algo pobre pero vicioso, no. Ademas, no lo soy por culpa mia; todos saben que las grandes riquezas no se sacan de las bellas letras, y que los mas consumados en los buenos libros no siempre tienen buena lumbre en invierno. La abogacía sola se come todo el grano, y no deja mas que la paja á las otras profesiones científicas; cuarenta probervios excelentes hay sobre la capa agujereada de los filósofos. ¡Oh! ¡Señor! la clemencia es la sola luz que puede iluminar el interior de un alma grande; la clemencia lleva la antorcha delante de todas las demas virtudes: sin ellas, ciego el hombre, busca á tientas á Dios. La misericordia, que es lo mismo que la clemencia, produce el amor de los súbditos, que es la mas poderosa escolta para la persona de un príncipe. ¿Que le importa á vuestra sublime magestad, cuyo esplendor deslumbra nuestros ojos, que haya un pobre hombre mas sobre la tierra? ¿un inocente filósofo, sumido en las tinieblas de la calamidad, con su faltriquera vacia que resuena sobre su panza hueca? Ademas, Sr., soy un letrado; la proteccion á las letras es una perla en la corona de los reyes. Hércules no desdeñaba el titulo de Musagetes; Matias Corvino favorecia á Juan de Monroyal, el ornamento de las matemáticas. Y no es buen modo de proteger las letras, el ahorcar á los literatos.—¡Oh! ¡que borron hubiera caido sobre Alejandro si hubiera hecho ahorcar á Aristóteles! Esta accion no seria un pequeño lunar que hermoseara el semblante de su reputacion, sino una maligna úlcera que le desfiguraria. ¡Señor! yo he compuesto un notable epitalamio para la princesa de Flandes, y monseñor el muy augusto delfin, lo que en nada puede atizar una rebelion. Bien vé V. M. que no soy un pelagatos, que he estudiado excelentemente, y que tengo mucha elocuencia natural. ¡Oh! perdonadme, Sr., y haciéndolo así, creedme que os lo tendrá en cuenta Ntra. Sra.—¡os juro que me aterra la idea de ser ahorcado!

Esto diciendo, besaba el desolado Gringoire las pantuflas del rey, y Guillermo Rym decia en voz baja á Coppenole:—Bien hace en arrastrarse por el suelo: los reyes son como el Júpiter de Creta; no tienen orejas mas que en los piés.—Y sin ocuparse en el Júpiter de Creta, respondia el calcetero con maligna sonrisa, fijos los ojos en Gringoire:—¡Oh! ¡pintiparado ni mas ni ménos! me parece que estoy oyendo al canciller Hugonet implorar mi perdon.

Cuando Gringoire hizo alto por fin todo sofocado, alzó la cabeza temblando hácia el rey que raspaba con la uña una mancha que tenian sus calzas en la rodilla: luego se puso S. M. á beber un poco de tisana: por lo demas, no hablaba palabra, y aquel silencio era el mayor tormento de Gringoire. Miróle el rey por fin.—¡Terrible vocinglero! dijo. Y luego volviéndose hácia Tristan l'Hermite:—¡Bah! soltémosle.

Dejóse caer Gringoire de espaldas só el peso de la alegria.

—¡En libertad! dijo gruñendo Tristan.—¿No quiere V. M. que le metamos en la jaula por unos dias?

—Compadre, repuso Luis XI, ¿te parece á tí que hacemos jaulas de trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros para semejantes pájaros?—Soltadme incontinente á ese liviano (Luis XI gustaba de esta palabra que juntamente con ¡*Pascua de Dios*! constituia el fondo de su jovialidad), y plantádmelo en el arroyo con una buena paliza.

—¡Oh! exclamó Gringoire, ¡oh gran rey!

Y temeroso de una contraórden, precipitóse hácia la puerta que le abrió Tristan con gesto algo torcido. —Salieron los soldados con él echándole á puntapiés y á empellones; que soportó Gringoire cual verdadero filósofo estóico.

En todo se conocia el buen humor del rey desde que le llegó la noticia de la rebelion contra el alcaide; claramente le revelaba ademas aquella inusitada clemencia. Tristan l'Hermite, en su rincon, gruñia por lo bajo como un perro de presa que vé un hueso y no se lo dan.

Tecleaba el rey entre tanto alegremente sobre los brazos de su poltrona la marcha de Pont-audemer, que á pesar de ser un príncipe disimulado y sagaz, sabia ocultar mejor sus penas que su alegria. Estas muestras exteriores de júbilo con que recibia cualquiera buena noticia, pasaban á veces de raya: así que, en la muerte de Cárlos el Temerario, llegó hasta consagrar balaustradas de plata á S. Martin de Tours; en su advenimiento al trono, se olvidó de encargar las exequias de su padre.

—¡Eh! ¡señor! gritó de repente Santiago Coictier, ¿que se ha hecho esa dolencia aguda por la que me habeis mandado llamar?

Digitized by Google

—¡Oh! dijo el rey, efectivamente padezco mucho, compadre, me zumban los oidos, y tengo punzadas de fuego que me rasgan el pecho.

Cogió Coictier la mano del rey y empezó á tomarle el pulso con aire de suficiencia.—Mirad, Coppenole, decia Rym en voz baja,—ahí le teneis, entre Coictier y Tristan, que son toda su corte; un médico para él, un verdugo para los demas.

Mientras estaba tomando el pulso al rey, parecia Coictier cada vez mas sobresaltado; mirábale Luis XI con cierta ansiedad.—Por instantes se anublaba el semblante del médico; verdad es que el buen hombre no tenia mas hacienda que la mala salud del monarca, por lo cual sacábala todo el jugo posible.

—¡Oh! ¡oh! murmuró en fin; muy grave es esto en efecto.

—¿No es verdad? dijo el rey sobresaltado.

—*Pulsus creber, anhelans, crepitans, irregularis*, continuó el médico.

—¡Pascua de Dios!

—Antes de tres dias puede este pulso llevarse á un hombre á la sepultura.

—¡Jesus! exclamó el rey. ¿Y el remedio, compadre?

—En eso estoy pensando, señor.

Hizo sacar la lengua á Luis XI, meneó la cabeza, hizo un gesto, y en medio de aquellas momerias:—¡Pardiez, señor! dijo de repente, he de deciros que hay una plaza vacante en el patronato real, y que tengo un sobrino.

—Doy la plaza á tu sobrino; compadre Santiago, respondió el rey; pero sácame este fuego del pecho.

—Una vez que V. M. es tan clemente, repuso el médico, no se negará á ayudarme un poquillo en la construccion de mi casa de la calle de S. Andres-de-los-Arcos.

—¡Hum! dijo el rey.

—Me hallo en un apuro extraordinario, prosiguió el doctor, y verdaderamente seria lástima que se quedase la casa sin techo; no por la casa, que es muy sencilla y modesta, sino por las pinturas de Juan Fourbault que adornan sus artesones. Hay una Diana en el aire que vuela, pero tan excelente, tan tierna, tan delicada, en una actitud tan candorosa, tan bien coronada la cabeza con una media luna, con una carne tan blanca que dá tentaciones á los que con sobrada curiosidad la miran. Hay tambien una Céres, que es una bellisima divinidad: está sentada sobre un monton de espigas de trigo, y coronada la cabeza con una guirnalda muy galana de espigas entretegidas con salsifi y otras flores. No es posible ver cosa mas amorosa que sus ojos, mas redonda que sus piernas, mas noble que su porte, mejor plegada que su falda. Es una de las mas inocentes y perfectas hermosuras que ha producido el pincel.

—¡Verdugo! murmuró Luis XI; ¿á donde piensas ir á pasar?

—Necesito un techo sobre aquellas pinturas y, aunque es poca cosa, no tengo dinero.

—¿Cuanto cuesta tu techo?

—Si... un techo de cobre pintado y dorado, dos mil libras todo lo mas.

—¡Asesino! gritó el rey: no me arranca diente que no sea un diamante.

—¿Tendré mi techo? dijo Coictier.

—¡Si! y el diablo te lleve, pero cúrame.

Santiago Coictier saludó profundamente, y dijo: —Señor, solo un repercusivo os podrá salvar. Os aplicaremos sobre los riñones el gran defensivo compuesto con el cerato, el bol arménico, clara de huevo, aceite y vinagre: continuareis tomando la tisana, y yo respondo de V. M.

Una luz que brilla no trae á una sola mariposa. Maese Oliveros, viendo al rey en vena de liberalidad, y creyendo favorable aquel momento, se adelantó á su vez:—Sr....

—¿Que ocurre? dijo Luis XI.

—¡Sr.! V. M. sabe que ha muerto maese Simon Radin.

—¿Y que?

—Digolo porque era consegero del rey en la justicia del tesoro.

—¿Y que?

—Sr., su plaza está vacante.

Esto diciendo, el altivo semblante de maese Oliveros dejó la expresion de la arrogancia, por la de la bajeza, únicas entre que puede elegir el rostro de un cortesano. Miróle el rey de hito en hito y dijo:—comprendo.

Luego prosiguió.

—Maese Oliveros, el mariscal de Boucicaut decia: Para hacer mercedes, el rey; para pescar, el mar; veo que pensais como el mariscal de Boucicaut. Ahora, escuchad lo que os voy á decir; tenemos buena memoria. En 68, os hicimos nuestro ayuda de cámara; en 69, conserge del castillo del puente de Saint-Cloud, con cien libras tornesas de sueldo (por mas señas que las queriais parisies.) En noviembre de 73, por nombramiento dado en Gergeaule os instituimos conserge del bosque de Vincennes, en lugar de Gilberto Acle, escudero; en 75, alcalde del bosque de Bouvraylez-Saint-Cloud, en lugar de Santiago le Maire; en 78, os concedimos por credenciales selladas con lacre verde, una renta de diez libras parisies, para vos y para vuestra mujer, sobre la plaza de los mercaderes, sita en la escuela de S. German; en 79, os hicimos alcalde de heredades del bosque de Senart, en lugar de aquel pobre Juan Daiz; luego capitan del castillo de Loches; luego gobernador de S. Quintin; luego capitan del puente de Meulan, del que os arrogais el titulo de conde. Sobre los cinco sueldos de multa que paga todo barbero que afeita en dia de fiesta, tres son para vos y el resto para mí. Hemos tenido á bien mudar vuestro nombre del *Malo*, que se parecia demasiado á vuestra persona. En 74, os otorgamos, con gran disgusto de nuestra nobleza, armas de mil colores, con lo que se parece vuestro pecho al de un pavo real.—¡Pascua de Dios! ¿y aun no estais harto? ¿No ha sido la pesca bastante abundante y milagrosa? ¿Y no temeis que un salmon mas haga zozobrar vuestra lancha? El orgullo os perderá, compadre; siempre siguen de cerca al orgullo la ruina y el oprobio. Considerad estas cosas, y callad.

Estas palabras, pronunciadas con severidad, hicieron volver la insolencia á la fisonomia despechada de maese Oliveros.—Bien, murmuró casi en voz alta, bien se conoce que hoy el rey se siente enfermo; hoy todo es para el médico.

Luis XI, lejos de irritarse por aquella salida, repuso con bastante dulzura:—¡Ah! se me olvidaba que os nombré mi embajador en Gante, cerca de madama María.—Si, Sres., añadió el rey volviéndose hácia los flamencos, este ha sido embajador.—Ea, compadre, prosiguió dirigiéndose á maese Oliveros, no nos enfademos somos antiguos amigos. Ya va siendo tarde y hemos terminado nuestros quehaceres. Aféitame.

Seguramente no han esperado hasta ahora nuestros lectores para reconocer en *maese Oliveros* á aquel terrible Fígaro que la providencia, gran compositora de dramas, mezcló tan ingeniosamente á la larga y sangrienta comedia de Luis XI. No trataremos aqui de desarrollar el carácter de aquel personage singular. El barbero del rey tenia tres nombres: en la córte llamábasele Oliveros-el-Gamo; el pueblo le llamaba Oliveros-el-Diablo. Su verdadero nombre era Oliveros-el-Malo.

Digitized by Google

Oliveros-el-Malo quedó, pues, inmóvil, poniendo hocico al rey, y mirando de reojo á Santiago Coictier.—¡Si, si! el médico decia entre dientes.

—¡Si señor, el médico! repuso Luis XI con singular y bondadosa apatia, el médico tiene aun mas influjo que tú, y es cosa muy natural: él nos tiene cogido por todo el cuerpo, y tú nada mas que por la barba. Anda, anda, barbero mio, en otras cosas lo hallarás. ¿Que dirias tú y á que se reduciria tu empleo si yo fuera un rey como Chilperico, cuyo gesto habitual era tenerse cogida la barba con la mano? —Ea, compadre haz tu oficio y aféitame.—Vé á buscar todo lo necesario.

Oliveros, viendo que el rey habia tomado el partido de echarlo á risa, y que ni aun habia medio de enojarle, salió gruñendo á ejecutar sus órdenes.

Levantóse el rey, acercóse á la ventana, y abriéndola de pronto con extraordinaria agitacion:—¡Oh! sí! exclamó dando palmadas de júbilo, allí se ve un gran reflejo en el cielo sobre la ciudad.—Estará ardiendo el alcaide.—Preciso. ¡Ah! ¡bien, pueblo mio, bien! ¡ya me ayudas por fin á echar por tierra los señorios!

Entónces, volviéndose á los flamencos:—Venid á verlo, Sres.—¿No es fuego aquello que brilla á lo léjos?

Acercáronse los dos Ganteses.

—¡Un fuego terrible! dijo Guillermo Rym.

—¡Oh! añadió Coppenole, cuyos ojos centellearon de súbito, eso me recuerda el incendio de la casa del Sr. de Hymbercourt. Debe haber allí una gran rebelion.

—¿No es verdad, maese Coppenole? y la mirada de Luis XI era casi tan alegre como la del calcetero. ¿Verdad que seria dificil resistir á ella?

—¡Cruz de Dios, señor! Muchas compañias de soldados mellará V. M. en esa sarracina.

—¡Ah! lo que es yo es otra cosa, repuso el rey. Si yo quisiera....

El calcetero respondió impávido.

—Si esa rebelion es lo que yo supongo, aun cuando vos quisiérais, señor, no acabarias con ella.

—Compadre, dijo Luis XI, con dos compañias de mi guardia y una descarga de serpentinas, poca cosa es un populacho de villanos.

El calcetero, á pesar de las señas que le hacia Guillermo Rym, parecia decidido á tenérselas tiesas con el rey:—Señor, los suizos tambien eran villanos; el Sr. duque de Borgoña era un gran caballero, y tenia muy en poco á aquella canalla. En la batalla de Grandson, Sr., gritaba:—¡Artilleros; fuego sobre esos villanos! y juraba por S. Jorje. Pero el magistrado Scharnachtat se precipitó sobre el brillante duque con su maza y su pueblo, y al encuentro de los campesinos cubiertos de cuero de búfalo, estalló el espléndido ejército borgoñon como un vidrio al choque de un guijarro. Muchos caballeros murieron allí á manos de pecheros, y luego se halló al Sr. de Chateau-Guyon, el primer baron de la Borgoña, muerto con su caballo de batalla en un pantano.

—Amigo, repuso el rey, vos hablais de una batalla, y aquí se trata de un motin á que yo pondré término apenas me de la gana de fruncir las cejas.

El otro replicó con indiferencia.

—No es imposible, señor. En ese caso, quiere decir que aun no le ha llegado su hora al pueblo.

Guillermo Rym creyó deber intervenir.

—Maese Coppenole, hablais á un poderoso monarca.

—Lo sé, respondió gravemente el calcetero.

—Dejadle hablar, Sr. Rym mi amigo, dijo el rey; me gusta que me hablen con franqueza. Mi padre Cárlos VII decia que la verdad estaba enferma; yo por mi parte creia que se habia muerto sin hallar confesor. Maese Coppenole me saca de mi error.

Entónces, poniendo la mano familiarmente sobre el hombro de Coppenole:—Ibais diciendo, maese Santiago.....

—Digo, señor, que acaso teneis razon: que aun no le ha llegado en Francia su hora al pueblo.

Miróle Luis XI con ojos penetrantes.

—¿Y cuando llegará esa hora?

—Vos la oireis.

—¿Podreis decirme en que reloj?

Coppenole con su continente rústico y reposado, hizo al rey acercarse á la ventana.—¡Escuchad, señor! Aquí hay una fortaleza, una campana, cañones, ciudadanos y soldados; cuando resuene la campana, cuando retumben los cañones, cuando se derrumbe con estruendo la fortaleza, cuando soldados y ciudadanos bramen y se aniquilen mútuamente, será señal de que ha llegado la hora.

Sombrío y meditabundo quedó el rostro de Luis XI; permaneció por un momento en silencio, y luego golpeó suavemente con la mano, como cuando se pasa por la grupa de un corcel, la espesa pared de la fortaleza.—¡Oh! no! dijo. ¿Verdad que no te derrumbarás tan fácilmente amiga Bastilla?

Y volviéndose con brusco movimiento al audaz flamenco:—¿Habeis visto alguna rebelion, maese Santiago?

—Yo las he hecho, dijo el calcetero.

—¿Como haceis, dijo el rey, para hacer una rebelion?

—¡Ah! respondió Coppenole, no es cosa difícil:—hay muchos medios de hacerlas. En primer lugar, es preciso que el pueblo esté descontento, y esto no es raro y luego, ha de tomarse en cuenta el carácter de los habitantes, los de Gante son excelentes para una rebelion: siempre aman al hijo del príncipe, pero al príncipe, jamás. ¡Pues señor! una mañana, pongo por ejemplo, entran en mi tienda y me dicen: maese Coppenole, pasa esto, ó lo otro, ó lo de mas allá; la princesa de Flandes quiere salvar á sus ministros, el alcalde mayor dobla el precio del grano ó cosa por este estilo... lo que les da la gana. Entónces yo dejo á un lado el que hacer, salgo de mi calceteria y voy por las calles y grito:—¡A saco! Nunca falta por allí algun pipote desvencijado; súbome sobre él y digo en alta voz lo primero que se me ocurre, lo que tengo sobre el corazon; y el hombre del pueblo, Sr., siempre tiene algo sobre el corazon. Entónces se amotina la gente, grita, se toca á rebato, se arma el pueblo con las armas de los soldados, se agregan los del mercado y á ello! Y siempre sucederá así mientras haya señores en los señorios, aldeanos en las aldeas, y campesinos en el campo.

—¿Y contra quien os rebelábais así? preguntó el rey. ¿Contra vuestros alcaides? ¿contra vuestros señores?

—Eso es segun: á veces tambien contra el duque.

Volvió Luis á sentarse y dijo sonriendo:—¡Ah! ¡aquí no han pasado aun de los alcaides!

Volvió en aquel momento Oliveros el Gamo, seguido por dos pajes que traian las tohallas del rey; pero lo que chocó á Luis IX fue que venia acompañado ademas del preboste de Paris y del gefe de la ronda, los cuales parecian sumamente consternados: el rencoroso barbero aparentaba tambien estarlo, pero no podia disimular su alegria interior. El fue el primero que tomó la palabra:—Señor, perdon pido á vuestra madestad por la calamitosa nueva que le traigo.

El rey, volviéndose de pronto, rasgó la estera del suelo con los piés de su poltrona.—¿Que es eso?

—Sr., repuso Oliveros-el-Gamo con la expresion maligna de un hombre que se alegra de tener que dar una mala noticia; esa sedicion popular no es contra el alcaide del palacio.

—¿Pues contra quien?

—Contra vos, señor.

Digitized by Google

Púsose el anciano rey en pie, y derecho como un mancebo: —¡Explícate, Oliveros, explícate! Y guay de tu cabeza, compadre, porque te juro por la cruz de S. Ló que si mientes en este momento, la espada que cortó el pescuezo del Sr. de Luxemburgo, no está tan mellada que no pueda aun serrar el tuyo!

El juramento era formidable; Luis XI no habría jurado mas que dos veces en su vida por la cruz de S. Ló. Oliveros abrió la boca para responder: —¡Señor!...

—¡Hincate de rodillas! interrumpió con violencia el rey. Tristan, vigilad á este hombre.

Púsose Oliveros de rodillas y dijo con frialdad: —Señor, una hechicera ha sido condenada á muerte por vuestro tribunal del Parlamento y se ha refugiado en Ntra. Sra., de donde quiere sacarla el pueblo á viva fuerza. El Sr. preboste y el Sr. gefe de la ronda, que vienen del motin, estan ahí para desmentirme si no digo la verdad. El pueblo está sitiando á Ntra. Sra.

¡Con que sí! dijo el rey en voz baja, pálido y temblando de cólera: ¡Ntra. Sra.! ¡estan sitiando en su catedral á Ntra. Sra, mi celeste patrona! —Alzáte, Oliveros, tienes razon: —te concedo el empleo de Simon Radin: tienes razon. —Contra mí se revelan; la hechicera está bajo la salvaguardia de la iglesia, y la iglesia está bajo mi salvaguardia. ¡Y yo creia que era contra el alcaide! ¡Y es contra mi!

Entónces, rejuvenecido por el furor, empezó á andar á largos pasos. Ya no reia, estaba terrible, iba, venia; la zorra se habia convertido en hiena. Parecia estar sofocado hasta el punto de no poder hablar: sus lábios se movian y sus puños descarnados se crispaban: de pronto levantó la cabeza, sus ojos hundidos brillaron como dos ascuas, y su voz resonó como un timbal: —¡A raja tabla, Tristan, á raja tabla con esos pillos! ¡Ve, Tristan, amigo mio, ve! ¡Mata, mata!

Pasada esta erupcion, volvió á sentarse, y dijo con una rabia fria y concentrada:

—¡Aquí, Tristan! —En la Bastilla estan cerca de nuestra persona las cincuenta lanzas del vizconde de Gif, lo que hace trescientos caballos, los llevarás contigo. Está tambien la compañía de los arqueros de nuestra guardia del Sr. de Chateaupers: la llevarás. Eres preboste de los mariscales, y tienes las lanzas de tu prebostazgo. En el palacio S. Pol hallarás cuarenta arqueros de la nueva guardia del Sr. Delfin; los tomarás. Y con todos ellos, corriendo á Ntra. Sra. —¡Ah! señores pecheros de Paris, así os las habeis con la corona de Francia, con la santidad de Ntra. Sra. y con la paz de esta república. —¡Estermina, Tristan, estermina! y que ninguno escape mas que para ir á Montfaucon.

Tristan se inclinó: —Bien está, señor.

Despues de una breve pausa, añadió: —¿Que he de hacer de la hechicera?

Esta pregunta dió en que entender al rey.

—¡Ah! dijo la hechicera. —Sr. de Estouteville, que queria hacer de ella el pueblo?

—Señor, respondió el preboste de Paris, supongo que, pues viene el pueblo á arrancarla de su asilo de Ntra. Sra., será porque le irrita esa impunidad y quiere ahorcarla.

Quedó el rey profundamente pensativo; luego dirigiéndose á Tristan l'Hermite: —Pues en ese caso, compadre, estermina al pueblo y ahorca á la hechicera.

—Eso es, dijo en voz baja Rym á Coppenole; castigar al pueblo porque quiere, y hacer lo que quiere.

—Basta, señor, respondió Tristan. ¿Si aun está la hechicera en Ntra. Sra., puedo prenderla á pesar del asilo?

—¡Pascua de Dios el asilo! dijo el rey rascándose la oreja: —Pues es preciso que esa mujer sea ahorcada.

Entonces, como movido por una inspiracion repentina, arrodillóse delante de su poltrona, quitóse el sombrero, pusósele sobre el asiento: y mirando con devocion uno de los amuletos de plomo de que estaba rodeado: —¡Oh! dijo cruzando las manos, Nuestra Señora de París; mi celeste patrona, perdonadme; no lo volveré á hacer. Es preciso castigar á esa criminal; yo os aseguro, señora virgen, santa patrona mia, que es una hechicera indigna de vuestra amable proteccion. Bien sabeis, señora, que muchos príncipes muy piadosos han traspasado el privilegio de las iglesias por la gloria de Dios y la necesidad del estado. S. Hugo, obispo de Inglaterra, permitió al rey Eduardo que cogiese á un mago en su iglesia: San Luis de Francia, mi señor, violó por el mismo objeto la iglesia del señor S. Pablo; y el señor Alfonso, hijo del rey de Jerusalen, hasta la iglesia del santo sepulcro. Perdonadme, pues, por esta vez, Nuestra Señora de París; nunca mas lo volveré á hacer; os regalaré una bellísima estátua de plata, semejante á la que dí el año pasado á Ntra. Sra. de Ecouys. Amen.

Hizo la señal de la cruz, púsose en pié, se caló el sombrero y dijo á Tristan: —Aprisita, compadre; lleva contigo al Sr. de Chateaupers; haz tocar á vuelo; acribíllame todo ese populacho, y ahorca á la gitana. —He dicho. —Y cuenta que quiero que tú mismo te encargues del trabajo de la ejecucion. —Tú me respondes de todo. —Vamos, Oliveros, esta noche no me acuesto, aféitame.

Inclinóse Tristan l'Hermite y salió. Entonces el rey despidió con la mano á Rym y á Coppenole: —Guárdeos Dios, Srs., mis amigos los flamencos; id á tomar algun descanso; la noche avanza, y mas cerca estamos ya de mañana que de la tarde.

Retiráronse ambos embajadores, y mientras se dirigian á sus respectivas estancias conducidos por el capitan de la Bastilla, decia Coppenole á Guillermo Rym: —¡Hum! ¡no quiero nada con este rey que tose! He visto borracho á Cárlos de Borgoña, y era ménos malo que Luis XI enfermo.

—Maese Santiago, repuso Rym, habeis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que la tisana.

VI.

LLAMITA POR BANDERA.

Luego que Gringoire salió de la Bastilla, bajó la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Apenas hubo llegado á la puerta Baudoyer, fuese derecho á la cruz de piedra erigida en mitad de aquella plaza, como si hubiera podido distinguir en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuzado de negro, que estaba sentado sobre las gradas de la cruz. —¿Sois vos señor maestro? dijo Gringoire?

Digitized by Google

El personage negro se puso en pié. —¡Muerte y pasion! me teneis sobre ascuas, Gringoire. El sereno que está sobre la torre de San Gervasio acaba de gritar la una y media de la mañana.

—¡Oh! repuso Gringoire, no ha sido culpa mia, sino de la ronda y del rey. ¡De buena me he escapado! ¡siempre estoy en un tris de que me ahorquen; es una terrible predestinacion!

—De todo estais vos en un tris.—Pero no perdamos tiempo, ¿Tienes el santo y seña?

—Figúrese vuestra merced que he visto al rey.... ahora vengo de allí;... tiene un gorro de fustan.—Es una gran aventura.

—¡Oh! ¡tanto charlar!—¿que me importa tu aventura? ¿Tienes el santo de los hampones?

—Le tengo; no hay que aturdirse: *Llamita por bandera*.

—Bien.... si no, no podriamos entrar en la iglesia: los hampones ocupan todas las calles alrededor. Por fortuna, parece que han hallado resistencia. Acaso lleguemos todavia á tiempo.

—Sí señor. ¿Pero como entraremos en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—¿Y para salir?

—Hay detras del claustro una puertecilla que dá sobre el Terreno junto al rio. Tengo la llave de esa puerta, y esta mañana he amarrado una lancha á la costa.

—¡Vaya, vaya que á poco mas me ahorcan! repuso Gringoire.

—¡Ea, pronto, despachemos! dijo el otro.

Y ambos se dirigieron precipitadamente hácia la ciudad.

VII.

¡CHATEAUPERS Y Á ELLOS!

El lector acaso no ha olvidado la crítica situacion en que dejamos á Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, habia perdido, si no todo aliento, al ménos toda esperanza de salvar, no su persona (el no pensaba en sí) sino á la pobre gitana. Los hampones estaban á punto de apoderarse de Ntra. Sra., cuando de repente resonó en las calles circunvecinas un gran galope de caballos, y con una larga fila de hachas, y una espesa columna de ginetes á escape y la lanza en ristre, desembocaron en la plaza, como un huracan, estos furiosos gritos :—¡Francia! ¡Francia! ¡á degüello los villanos! ¡Chateaupers y á ellos! ¡prebostazgo! ¡prebostazgo!

Aterrados los hampones dieron media vuelta.

Quasimodo, que no oia, vió las espadas desnudas, las hachas encendidas, las puntas de las picas, y toda aquella caballeria á cuyo frente reconoció al capitan Febo; vió la confusion de los sitiadores, el espanto en unos, la turbacion en los mejores, y adquirió con aquel socorro inesperado tanta fuerza que arrojó de la iglesia á los primeros enemigos que ya penetraban por la galeria.

En efecto, ya habian llegado las tropas del rey.

Pelearon los hampones con valor y se defendieron desesperadamente. Cojidos de flanco por la calle de S. Pedro-aux-Bœufs y á retaguardia por la calle del Atrio, cerrados de espaldas á Ntra. Sra., que asaltaban aun y que defendia Quasimodo, sitiados juntamente y sitiadores, hallábanse en la situacion singular en que se halló despues, en el famoso sitio de Turin, en 1640, entre el principe Tomás de Saboya á quien sitiaba, y el marques de Leganés que le estaba bloqueando, el conde Enrique de Harcourt, *Turinum obsessor idem et obsessus*, como dice su epitafio.

Terrible fue la lid; á carne de lobo, diente de perro, como dice el P. Mathieu., Los soldados del rey, entre los cuales se portaba valerosamente Febo de Chateaupers, á nadie daban cuartel, y era cosa de ver cual descargaban á diestro y siniestro mandobles y cuchilladas. Los hampones, mal armados, arrojaban espuma y mordian. Hombres, mujeres, niños se arrojan á las grupas y á los pechos de los caballos, y á ellos se asian como gatos con los dientes y con las uñas de los cuatro miembros: otros surcaban con sus ardientes hachas los rostros de los arqueros; otros clavaban gárfios de hierro en el pescuezo de los ginetes y los derribaban al suelo; entónces los que caian, eran hechos pedazos. Vióse uno de aquellos bandidos que tenia una ancha hoz reluciente, y que segó por largo tiempo las piernas de los caballos. Era una cosa horrible; iba entonando en voz gangosa una cancion, y lanzaba sin parar y recojia su hoz : á cada golpe, trazaba en torno de sí un ancho círculo de miembros cercenados. Metíase así en lo mas denso de la pelea, con la serena lentitud, el meneo de cabeza y la respiracion regular de un segador que penetra en un campo de trigo. Aquel hombre era Clopin Trouillefou : una descarga de mosqueteria puso fin á sus proezas y á su vida.

Fuéronse en tanto abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, oyendo el grito de guerra de las tropas del rey, tomaron parte en la accion, y de todos los pisos llovian las balas sobre los hampones. Estaba el átrio lleno de un humo espeso que surcaba con listas de fuego la mosqueteria; distinguíanse en él confusamente la fachada de Ntra. Sra., y el decrépito hospital con algunos macilentos enfermos que miraban desde lo alto de su techo cubierto de bohardillas.

Cedieron por fin los hampones. El cansancio, la falta de buenas armas. El espanto de aquella sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque de las tropas del rey, todo contribnyó á desalentarlos. Rompieron la línea de los agresores y echaron á huir en todas direcciones, dejando en el átrio un gran monton de cadáveres.

Cuando Quasimodo, qua no habia dejado un solo instante de pelear, vió aquella derrota, cayó de rodillas y alzó las manos al cielo; luego, loco de alegria, echó á correr y subió con la velocidad de un pájaro á la celda cuyas inmediaciones habia defendido con tanta intrepidez.—Ya no tenia mas que un solo pensamiento, el de arrodillarse delante de la mujer á quien acababa de salvar por segunda vez...

Cuando entró en la celda, hallóla vacia.

LIBRO UNDECIMO.

I.

EL ZAPATITO.

Durmiendo estaba la Esmeralda, al tiempo de sitiar los hampones la iglesia.

Pero pronto la sacaron de aquel sueño el rumor siempre en aumento y los balidos de la cabra que se despertó ántes que ella. Incorporóse en su cama, prestó atento el oido, y miró en torno de sí; luego aterrada del resplandor y del ruido, salió precipitadamente de la celda y fué á ver. El aspecto de la plaza, la vision que se agitaba en ella, el desórden de aquel asalto nocturno, aquella horrorosa caterva inquieta como una nube de ranas, los bramidos de aquella ronca muchedumbre, aquellas escasas antorchas rojas corriendo y cruzándose en aquella sombra como los fuegos fátuos que serpentean en la brumosa superficie de los pantanos, toda aquella escena, en fin, la pareció una misteriosa batalla trabada entre los fantasmas del *sábado* y los mónstruos de piedra de la catedral. Imbuida desde su infancia en las supersticiones de la tribu gitana, su primer pensamiento fue que habia sorprendido en sus maleficios á los extraños seres

Digitized by Google

hijos de la noche. Corrió entónces despavorida á esconderse en su celda, pidiendo á su miserable lecho una pesadilla ménos horrible.

Fuéronse disipando no obstante poco á poco los primeros vapores del miedo, al ruido que aumentaba por instantes y á otras muchas señales de realidad, sintióse amenazada, no por expectros, sino por seres humanos. Entónces su miedo, sin aumentar, mudó de objeto; ya varias veces habia pensado en la posibilidad de un motin popular para arrancarla de su asilo; y la idea de perder por segunda vez la vida, la esperanza, su Febo, á quien siempre entreveia en su porvenir, la profunda miseria de su debilidad, toda huida cerrada, ningun apoyo, su abandono, su aislamiento, estos pensamientos y otros mil llenaban de amargura su corazon. Dejóse caer de rodillas, apoyada la cabeza sobre su lecho, las manos cruzadas sobre su rostro, llena de ansiedad y de terror, y aunque gitana, idólatra y pagana, empezó á pedir, sollozando, auxilio al buen Dios cristiano y á Nuestra Señora su patrona. Porque hay momentos en la vida en que, aun el alma que nada cree, adora la religion del templo que tiene á mano.

Así permaneció prosternada por largo rato, temblando, á decir verdad, aun mas de lo que rezaba, helada al soplo cada vez mas cercano de aquella furiosa multitud, sin saber de que provenia aquel tumulto, ignorando lo que se maquinaba, lo que se hacia, lo que se intentaba, pero preveyendo un resultado terrible.

En medio de aquella angustia oyó ruido de pasos junto á sí. Volvióse azorada: dos hombres, uno de los cuales llevaba en la mano una linterna, acababan de entrar en su celda. No pudo la infeliz reprimir un grito de terror.

—Nada temais, dijo una voz que no le era desconocida; yo soy.

—¿Quién? preguntó.

—Pedro Gringoire.

—Este nombre la tranquilizó; alzó los ojos y reconoció en efecto al poeta; pero habia junto á él una figura negra, y velada de piés á cabeza que la dejó muda de terror.

—¡Ah! dijo Gringoire en tono de reconvencion, ¡ántes que vos me reconoció Djalí.

La cabrita en efecto no habia aguardado á que dijese Gringoire su nombre: no bien hubo entrado en la celda cuando empezó el animalito á frotarse contra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos porque estaba en muda. Gringoire la devolvió las caricias.

—¿Quién es ese que viene con vos? preguntó la gitana en voz baja.

—No hay que asustarse, respondió Gringoire; es un amigo mio.

Entónces el filósofo, dejando en el suelo su linterna, púsose de cuclillas en las losas y exclamó con entusiasmo, estrechando á Djalí entre sus brazos:—¡Oh! cierto que es un graciosísimo animal esta cabrita, mas considerable seguramente por su lindeza, que por su magnitud, pero injeniosa, sutil y letrada como un gramático! Veamos, Djalí, si has olvidado tus lindas habilidades.—¿Cómo hace maese Jaime Charmolue?...

No le dejó acabar el hombre negro: acercóse Gringoire y dióle un fuerte empellon en las espaldas, con lo que se puso en pié nuestro poeta.—Es verdad, dijo, se me olvidaba que estamos de prisa. Pero no es esa una razon para aporrear á las personas de ese modo.—Hija mia de mi corazon, vuestra vida y la de Djalí corren peligro: quieren sacaros de aquí; pero nosotros somos amigos vuestros, y venimos á salvaros. Seguidnos.

—¿Es cierto? esclamó fuera de sí la gitana.

—¡Y tan cierto! venid, venid.

—Bien—lo haré, dijo con voz balbuciente; ¿pero por qué no habla vuesto amigo?

—¡Ah! dijo Gringoire, porque su padre y su madre eran gentes estrafalarias que le hicieron así, de un temperamento taciturno.

Fuéle necesario contentarse con esta explicacion. Cojióla Gringoire de la mano, tomó su compañero la linterna y echó á andar delante de ella. El miedo tenia aturdida á la pobre muchacha, la cual se dejaba llevar como un autómata; la cabra los seguia brincando, tan contenta de ver á Gringoire, que á cada paso le hacia tropezar enredándole las piernas con los cuernos—Hé aqui la vida, decia el filósofo cada vez que se veia á punto de dar de narices en el suelo, casi siempre nuestros amigos son los que nos hacen caer!

Bajaron rápidamente la escalera de las torres, atravesaron la iglesia llena de tinieblas y de soledad, en que retumbaba el estruendo exterior, formando un horrible contraste, y salieron al patio del claustro por la puerta colorada. Estaba el claustro desierto, habiéndose refujiado todos los canónigos en el obispado para rezar allí en coro; el patio estaba vacio y algunos lacayos despavoridos se escondian en sus mas oscuros rincones. Dirijiéronse hácia la pequeña puerta que comunicaba desde aquel patio con el terreno; y el hombre negro la abrió con una llave que llevaba consigo. Nuestros lectores saben que el Terreno era una lengua de tierra cercada de paredes por el lado de la ciudad, y perteneciente al cabildo de Ntra. Sra. que terminaba la isla por el oriente detrás de la iglesia. Hallaron nuestros fugitivos aquel recinto enteramente desierto; allí habia ya ménos tumulto en el aire, y el rumor del asalto de los hampones llegaba á sus oidos mas confuso y menos agudo. La fresca brisa que se deslizaba sobre el rio movia las hojas del único árbol plantado en la punta del Terreno, con grato murmullo. Sin embargo aun estaban muy cerca del peligro. Los edificios que tenian mas cerca sí, eran el obispado y la iglesia, y no habia duda que reinaba un gran desorden interior en el primero. Surcaban su tenebrosa masa multitud de luces que corrian de una á otra ventana; como cuando se acaba de quemar un pedazo papel, y queda un sombrío edificio de ceniza en que hacen brillantes chispas mil extrañas correrías. Al lado, las dos enormes torres de Ntra. Sra, vistas así por detrás con la larga nave sobre que se alzan, destacadas en sombra sobre el rojo y ancho esplendor que llenaba el átrio, parecian dos gigantescos morillos de una hoguera, de cíclopes.

Lo que se veia de Paris por todas partes, oscilaba en una sombra mezclada de luz.—Rembrandt tiene algunos fondos por este estilo.

El hombre de la linterna se dirijió derecho á la punta del Terreno. Veíanse allí, en la orilla del agua, las ruinas destrozadas de una valla de estacas malladas de latas, en que una viña enana enganchaba algunos flacos ramos extendidos como los dedos de una mano abierta. Detras, en la sombra que hacia aquel emparrado, estaba oculta una lancha. Hizo el hombre á Gringoire y á su compañera señal de que entrasen en ella como lo hicieron, siguiéndoles la cabrita; entró luego él, cortó las amarras del barco, separóle de tierra con un largo vichero, y cojiendo dos remos, sentóse en la proa remando con todas sus fuerzas hácia la mitad de la corriente, y como el Sena es muy rápido en aquel punto, costóle bastante trabajo vencer la punta de la isla.

El primer cuidado de Gringoire, luego que entró en el barco, fue á colocar, á la cabra sobre sus rodillas. Sentóse en la popa, y la gitana, á quien inspiraba el incógnito una inquietud indefinible, fué á sentarse junto al poeta, arrimándose á él lo mas posible.

Cuando sintió nuestro filósofo el movimiento del barco, empezó á dar palmadas, y besó á Djalí entre los cuernos.—Oh! dijo, ya estamos en salvo los cua-

Digitized by Google

tro. Y luego añadió con aire de profundo pensador:— Débese á veces á la fortuna, á veces á la astucia, el buen éxito de las grandes empresas.

Vagaba lentamente el barco hácia la orilla derecha, mientras observaba la Esmeralda al incógnito con secreto terror. Cerró el cuidadosamente su linterna sorda, por lo que se le entreveía en la oscuridad, sentado en la proa del barco, como un espectro: su capucha, siempre bajada, cubria su rostro como una careta, y cada vez que entreabria remando sus brazos de que pendian anchas mangas negras, parecian dos grandes alas de murciélago. Por lo demás, aun no habia pronunciado una palabra ni casi respirado. No se oia mas ruido en la lancha que el impulso del remo, mezclado al roce de los mil pliegues del agua á lo largo del barco.

—¡Por mi vida! exclamó de pronto Gringoire, que estamos alegres y joviales cual si fuéramos ascalafos! ¡observamos un silencio de pitagóricos ó de pescados! ¡Pascua de Dios! amigos mios: estoy rabiando porque me hable alguno.—La voz humana es una música para nuestro oido, y no soy yo quien lo dice, sino Dídymo de Alejandría y son muy ilustres palabras.—Cierto que Dídymo de Alejandría no es un mediano filósofo.—¡Una palabrita, hermosa niña! decidme, os lo suplico, una sola palabra.—Ahora que me acuerdo, teníais ántes un mohin particular: ¿conservaisle todavía? ¿Sabeis, amiga mia, que el parlamento tiene plena jurisdiccion sobre los lugares de asilo y que corriais grave peligro en vuestro chiribitil de Nra. Sra.? ¡Ah! el pajarillo troquilo hace su nido en las fauces del cocodrillo.—Señor maestro, ya se descubre la luna.—¡Con tal que no nos atisben!—No hay duda que hacemos una accion loable salvando á esta doncella, y sin embargo nos ahorcarian en nombre del rey si nos atrapasen, porque las acciones humanas se miran por dos caras; en mí se censura lo que se ensalza en tí: tal culpa á Catilina que admira á Cesar.—¿No es así, señor maestro? ¿Que decis de esta filosofía? Yo por mí, poseo la filosofía por instinto, de organismo, *ut apes geometriam*.—¿Cómo qué? ¿nadie me responde? ¡Vaya un humor de perro que teneis los dos! Tendré que hablar yo solo, que hacer lo que llamamos en trajedia un monólogo. ¡Pascua de Dios!—Es de advertir que acabo de ver al rey Luis XI, y que se me ha quedado en la memoria este juramento. —¡Pascua de Dios y como aullan en la ciudad!—Vaya que es un diablo de rey el tal Luis XI todo rebozado de pieles. Y todavía me debe el dinero de mi epitalamio, y aun queria ahorcarme de añadidura esta noche, lo que me hubiera desazonado sobremanera.—Es avaricioso con los hombres de mérito; mejor haria en leer los cuatro libros de Salviano de Colonia, *adversus avaritiam*.—No hay mas sino que es un rey sumamente mezquino con los literatos, y que hace crueldades muy bárbaras; es una esponja que chupa el dinero del pueblo. Y por eso las quejas contra el rigor del tiempo se vuelven murmullos contra el príncipe. Bajo el dominio de este amable monarca santurron, estallan las horcas con sus ahorcados, los tajos se pudren con la sangre, y las prisiones revientan como barrigas demasiado repletas. Ese rey tiene una mano que toma, y otra que ahorca; es el procurador de doña Gabela y de don Patíbulo. Los grandes son despojados de sus dignidades, y los pequeños abrumados sin cesar con nuevas vejaciones. Es un príncipe exorbitante y que no me gusta.—¿Y á vos, Señor?

Dejaba hablar el hombre negro al parlanchin filósofo, y continuaba luchando contra la corriente violenta y cerrada que separa la proa de la ciudad de la popa de la isla de Ntra. Sra. que llamamos hoy la isla de San Luis.

—¡A propósito, señor maestro! repuso de súbito Grinhoire. Cuando llegamos al átrio por en medio de los rabiosos hampones, observó vuestra reverencia aquel pobre demonio á quien acababa de deshacer la mollera vuestro sordo contra la baranda de la galería de los reyes? Soy corto de vista y no pude conocerle.—¿Sabeis, quien pudo ser?

El incógnito no respondió palabra; pero dejó bruscamente de remar; desfallecieron sus brazos como dos juncos quebrados, dejó caer la cabeza sobre su pecho, y la Esmeralda, le oyó suspirar profundamente. Estremecióse ella por su parte, porque ya habia oido suspiros como aquellos..

La barca, abandonada á sí misma, anduvo por algunos instantes á merced del agua; pero el hombre negro se incorporó por fin, volvió á cojer los remos y á vencer la corriente. Dobló la punta de la isla de Ntra. Sra. y se dirijió hácia el desembarcadero de Port-au-Foin.

—¡Ah! dijo Gringoire,—allí está la casa Barbeau.—Mirad, señor maestro, mirad; aquel grupo de techos negros que forman ángulos singulares, allá, debajo de aquel monton de nubes bajas, estropajosas, emborronadas, y sucias, entre las cuales está la luna aplastada é informe como una yema de huevo esparramada. —Es una casa excelente en que hay una capilla coronada por una pequeña bóveda llena de enriquecimientos muy bien recortados: divísase por encima del campanario primorosamente calado. Tiene tambien un delicioso jardin que consiste en un estanque, una pajarera, un eco, un mallo, un laberinto, una casa de fieras y multitud de umbrosas alamedas muy agradables á Venus: hay item mas un pícaro árbol, que llaman el *lujurioso*, por haber servido de cómplice en los amores de una famosa princesa y de un condestable de Francia culterano y galan.—Nosotros, ¡ay! pobres filósofos; somos á un condestable lo que un acirate de rabanos y de coles es al jardin de Louvre. ¿Pero qué? la vida humana para los grandes, como para nosotros es una mezcla de bien y de mal siempre el dolor está junto á la alegría, el espondéo junto al dáctilo.—Hé de contaros, señor, maestro, esa historia de la casa Barbeau, que acaba de un modo trájico. Era en 1319, bajo el reinado de Felipe V, el mas largo de los reyes de Francia, la moralidad de la historia, es que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No apoyemos demasiado el ojo en la mujer del vecino, por mas sensibles que sean nuestros sentimientos á su hermosura. La fornicacion es un pensamiento muy libertino; el adulterio es una curiosidad del deleite, ajeno..... ¡Oh! ¡y cómo aumenta el estrépito por allá abajo!

Crecia en efecto el tumulto alrededor de Nuestra Señora. Escucharon con atencion y oyeron con bastante claridad numerosos gritos de victoria. De pronto, cien antorchas que hacian relucir cascos de hombres de armas se esparramaron sobre la iglesia á todas las alturas, sobre las torres, sobre las galerías, sobre los botareles. Aquellas antorchas buscaban al parecer alguna cosa, y pronto estos lejanos clamores llegaron puros y sonoros hasta nuestros fugitivos:—¡La gitana! ¡la hechicera! muera la gitana.

Dejó la desgraciada caer la cabeza entre sus manos y empezó el incógnito á remar con furia hacia la orilla. En tanto meditaba nuestro filósofo, estrechaba á la cabra entre sus brazos y la separaba suavemente de la gitana que se arrimaba á el, como al único asilo que la quedaba.

Es seguro que Gringoire se hallaba en una cruel perplejidad; pensaba que tambien la cabra, *conforme á la legislacion existente*, seria ahorcada si era cojida; que seria un dolor, ¡pobre Djalí! y que ya era tiempo de sacudirse de dos criminales, de dos verdaderas moscas que no le dejaban á sol ni á sombra, que en fin su compañero nada deseaba tanto como encargarse de la gitana. Ardia allá en su mente un violento combate en que, como el Jupiter de la Iliada, ya pesaba á la cabra

Digitized by Google

ya á la gitana; mirábalas á una despues de otra, con ojos húmedos de lágrimas, diciendo entre dientes:—Pues ello es que yo no puedo salvaros á los dos.

Una fuerte sacudida les hizo conocer, por fin, que abordaba el barco, y en tanto el fatal estruendo continuaba llenando la ciudad. Levantóse el incognito, llegóse á la gitana y quiso cojerla del brazo para ayudarla á saltar en tierra; pero ella le rechazó y se colgó á la manga de Gringoire que, ocupado por su parte en la cabrita, casi casi la rechazó, por lo que tuvo que echarse sola fuera del barco. La infeliz estaba tan turbada que no sabia lo que hacia ni adonde iba, y de esta suerte quedó por un momento como estúpida, mirando correr el agua. Cuando volvió algun tanto en si, estaba sola en el puerto con el incógnito; sin duda se habia aprovechado Gringoire del instante del desembarco para esquivarse con la cabra en el laberinto de casas de la calle Grenier sur l' Eau.

Tembló la pobre gitana al verse sola con aquel hombre. Quiso hablar, gritar, llamar á Gringoire; pero su lengua quedaba inerte en su boca, y ningun sonido salió de sus lábios. De pronto, sintió sobre la súya la mano del incógnito, una mano fria y dura, y la desdichada dió diente con diente y se puso mas pálida que el rayo de la luna que la alumbraba. No dijo el hombre una palabra y continuó subiendo á pasos gigantescos hácia la plaza de Gréve, sin soltarla de la mano. Sintió confusamente en aquel momento la gitana que el destino es una fuerza irresistible, y así, desamparada y sin recurso, dejóse llevar corriendo mientras él andaba. El muelle en aquel punto estaba cuesta arriba; y parecíale á ella sin embargo que bajaba.

Miró hácia todos lados, y no vió un solo transeunte el muelle estaba de todo punto desierto. No oia ruido no sentia rumor y movimiento de hombres mas que en la ciudad tumultuosa y fulgurante, de la que no estaba separada mas que por un brazo del Sena, y de donde llegaba hasta ella su nombre mezclado con gri de muerte. Todo lo demas de Paris se extendia en derredor en grandes masas de sombra.

Llevábala el incognito en tanto con el mismo silencio y la misma rapidez, y mientras iba así la Esmeralda no la recordó su memoria ninguno de los sitios por donde andaba á la sazon. Al pasar por delante de una ventana en que habia luz, hizo un esfuerzo, echó el resto de sus fuerzas y gritó:—¡ Socorro!

El hombre á quien pertenecia la ventana la abrió, asomóse á ella en camisa con su lámpara, miró hácia el muelle con ojos sándios, pronunció algunas palabras que ella no oyó, y volvió á cerrar. Así se apagó su último rayo de esperanza.

El hombre negro no profirió una sílaba; teníala bien cojida, y volvió á echar á andar aun mas aprisa. Entónces ya no resistió; desfallecida, quebrantada, continuó siguiéndole.

De cuando en cuando recojia un poco de fuerza, y decia en voz interrumpida por los vaivenes y el cansancio de la marcha:—¿Quién sois? ¿quién sois?—

El no respondia.

Llegaron así siguiendo siempre el muelle á una plaza bastante grande, que á la luz de la escasa luna que se veia, reconoció ser la Gréve.

Distinguíase en medio una especie de cruz negra alzada; era el patíbulo. Reconoció la infeliz todo aquello, y vió donde estaba.

Detúvose el hombre, volvióse á ella, y levantó su capuz—¡Oh! balbuceo petrificada, bien sabia yo que era él!

En efecto era el sacerdote, que mas bien parecia su fantasma al triste rayo de la luna, porque parece que á esta luz no se ven mas que los expectros de las cosas.

—Escucha, la dijo, y la pobre niña se estremeció al acento de aquella voz que no habia oido hacia ya tanto tiempo. Luego prosiguió articulando con aquellos arranques breves y desalentados que revelan profundas borrascas interiores.—Escucha. Estamos aquí. Tengo que hablarte. Esta es la Gréve. Este es un punto extremo. El destino nos entrega el uno al otro. Yo voy á decidir de tu vida; tú de mi alma. He aquí una plaza y una noche, mas allá de las cuales nada se vé. Oyeme pues. Voy á decirte.... En primer lugar no me hables de tu Febo. (Esto diciendo, iba y venia como un hombre que no puede estarse quieto, y se la llevaba consigo). No me hables de él. Mira; si pronuncias ese nombre, yo no sé lo que haré, pero será terrible.

Dicho esto, como un cuerpo que halla su centro de gravedad, volvió á quedar inmóvil; pero no revelaban sus palabras ménos agitacion. Su voz era cada vez mas sorda.

—No vuelvas la cabeza. Escúchame, por que lo que voy á decirte es cosa muy séria. Primeramente he aquí lo que ha pasado.—¡Oh! yo te juro que nadie se reirá de esto.—¿De que estaba yo hablando? ¿recuérdamelo?—¡Ah!—Un decreto del parlamento te condena al cadalso, y yó acabo de sacarte de sus manos, pero todavia te persiguen.—Mira.

Y extendió el brazo hacia la ciudad, donde en efecto continuaban al parecer las pesquisas. Acercábase por momentos el rumor; la torre de la casa del teniente de villa, situada frente por frente á la Gréve, estaba llena de ruido y de claridad, y sobre el muelle frontero veíanse correr multitud de soldados con hachas, gritando.—¡La gitana! ¡donde está la gitana! ¡Muera! ¡muera!

—Bien ves que te persiguen, y que yo no miento Yo te amo.—No despegues tus lábios, prefiero que no me hables si es para decirme que me aborreces: estoy decidido á no volver á oir eso.—Acabo de salvarte.—Déjame acabar.—Puedo salvarte enteramente si tú quieres: todo lo tengo preparado. Como tu quieras, yo podré....

Interrumpióse violentamente al llegar aquí.—No, no es eso lo que quiero decir.

Y corriendo, y haciéndola correr, porque no la soltaba, fuese derecho al patíbulo é indicósele con el dedo.—Elije entre nosotros dos, la dijo con frialdad.

Arrancose ella de entre sus manos y cayó al pié del patíbulo abrazando aquel fúnebre apoyo; medio volvió luego su hermosa cabeza, y miró al sacerdote por cima del hombro, parecia una santa virgen al pié de la cruz. Quedó el sacerdote sin movimiento, alzado el dedo hacia el cadalso, conservando su ademan cual una estatua.

Dijole en fin la gitana.—Aun me inspira menos horror que vos.

Dejó entónces el sacerdote caer lentamente su brazo, y fijó la vista en el suelo con hondo abatimiento. —Si estas piedras pudieran hablar, murmuró dirian que soy muy desgraciado

Luego prosiguió. La niña, arrodillada delante de patíbulo é inundada en su larga cabellera, le dejaba hablar sin interrumpirle hablaba entónces el sacerdote con un acento lastimero y dulce, que contrastaba dolorosamente con la altiva aspereza de sus facciones.

—Sí, yo te amo. ¡Oh! ¡el cielo sabe que así es la verdad! Dime; ¿nada se trasluce por ventura de ese fuego que me quema el corazon? ¡Oh! ¡mujer, mujer! ¡noche y dia; sí, dia y noche, siempre sufrir! —¿no merece esto alguna compasion?—¡Es un amor eterno, te digo; es un tormento horrible!—¡Oh! ¡mujer sufro demasiado!—Si—yo te aseguro que soy muy digno de compasion. Ya ves que te hablo con dulzura; yo quisiera no inspirarte ese horror. ¡Porque al fin un hombre que ama á una mujer no es culpa suya!—¡Oh! ¡Dios mio!—¡Y que! ¿nunca jamás me perdonareis? ¿Me aborrecereis siempre?

Digitized by Google

—¿No habrá ya esperanza? —¿Sabes tú que eso es lo que me hace malo y horrible á mis propios ojos? —¡Ah! ¡ni siquiera me miras! —¡Estás pensando en otra cosa tal vez, mientras yo te hablo en pié y palpitando en el límite de nuestra comun eternidad! —¡Sobre todo, no me hables del capitan! —¡Y que! ¡yo me arrodillaria delante de tí; y que! ¡yo besaria, tus piés—tú no querrias—sino la tierra que está debajo de tus piés; que! ¡yo sollozaria como un niño, arrancaría de mi pecho, no palabras, sino mi corazon y mis entrañas para decirte que te amo; —y todo será inútil, todo! —¡Oh! nada tiene tu alma mas que clemencia y ternura; tu hermoso rostro revela una dulcura inefable; toda tú eres suave, buena, misericordiosa y divina. —¡Ah! solo para mí eres mala! ¡Oh! ¡fatalidad!! —

Cubrióse el rostro con las manos, y la gitana le oyó llorar. Era la primera vez. Así, en pié y trabajado por los sollozos, estaba aun mas miserable y suplicante que de rodillas. Lloró en este estado por un buen rato.

—¡En fin! prosiguió, vertidas aquellas primeras lágrimas; ya no encuentro palabras; y sin embargo bien pensado tenia lo que te iba á decir. Pero ahora tiemblo, y me horrorizo y desfallezco en el instante decisivo; conozco que estamos en una situacion suprema, y no sé que decir. ¡Oh! ¡voy á caer aquí sobre las piedras, si no tienes compasion de mí! ¡compasion de tí! —No nos condenemos los dos, —¡Si supieras cuanto te amo! ¡si supieras lo que es mi corazon! ¡Oh! ¡que desercion de toda virtud! ¡que desesperado abandono de mí mismo! ¡Doctor, hago escarnio de la ciencia; noble, prostituyo mi nombre; sacerdote, hago del misal una almohada de lujuria, escupo en el rostro de mi Dios! ¡y todo por tí, ó encantadora! ¡para ser mas digno de tu infierno! ¡y tu no quieres al condenado! ¡Oh! ¡yo quiero decírtelo todo! ¡mas aun, algo mas horrible aun! ¡oh! ¡mas horrible!...

Al pronunciar estas últimas palabras, pareció de todo punto insensato; calló por un momento, y luego prosiguió como si hablára consigo mismo, con voz de trueno: —Cain, ¿que has hecho de tu hermano?

Hubo un momento de silencio, y luego prosiguió:

—¿Que he hecho de él, señor? ¡Le he recogido, le he criado, le he amado, le he idolatrado y le he asesinado!!... ¡Sí señor, y ahora acaban de estrellarle el cráneo, delante de mí, en las piedras de vuestro templo, y ha sido por mí, por esta mujer, por ella!..

Sus ojos estaban desencajados, su mirada era delirante. Iba su voz apagándose por grados, y así repitió muchas veces sus últimas palabras, maquinalmente, con largos intérvalos, como una campana que prolonga su última vibracion: —¡Por ella!.... ¡Por ella!.... Luego su lengua no articuló ya ningun sonido perceptible, y sin embargo, sus lábios se movian. De repente empezó á desfallecer poco á poco como una cosa que se derrumba, y quedó en el suelo sin movimiento, con la cabeza entre las rodillas.

Un movimiento de la gitana que retiraba su pié de entre los pliegues de la sotana del sacerdote, le hizo volver en sí. Pasóse lentamente la mano sobre sus carrillos hundidos, y miró por algunos momentos con estupor sus dedos que estaban mojados. —¡Que! murmuró, ¡y he llorado!...

Y volviéndose de pronto á la gitana con una angustia infinita:

—¡Miserable de mí! ¡tu me has visto llorar sin conmoverte! ¿Niña, sabes tú que estas lágrimas son de lava? ¿Y será posible que nada nos conmueva en el hombre á quien aborrecemos? ¡Me verias morir, y te reirias! ¡Oh! ¡yo no quiero verte morir, no! ¡Una palabra, una sola palabra de perdon! No me digas que me amas; dime solamente que quieres que te salve; eso bastará, y yo te salvaré. Si no..... ¡oh! la hora pasará. ¡Yo te lo pido por lo mas sagrado; no esperes á que mi corazon se convierta en piedra como este patíbulo que te reclama tambien! ¡Piensa en que yo tengo nuestros destinos en mi mano; que soy un insensato; que esto es una cosa terrible; que puedo abandonar tu suerte y la mia á la corriente, y que debajo de nosotros hay un abismo sin fondo, desdichada! ¡en que mi caida seguirá á la tuya por toda la eternidad!.... ¡Una palabra de dulzura! ¡dime una palabra! ¡nada mas que una palabra!

Abrió ella la boca para responderle, mientras se precipitaba él de rodillas delante de ella para recibir con adoracion la palabra, acaso enternecida, que iba á salir de sus lábios. Luego le dijo: —¡Sois un asesino!

Cogióla el sacerdote en sus brazos con furor y se echó á reir con una risa abominable.

—¡Pues bien, sí! ¡asesino! dijo, y sin embargo serás mia! ¡No me quieres para esclavo, y tendrás que tomarme por amo! ¡Serás mia! tengo una guarida á donde te arrastraré por fuerza. Tu me seguirás. ¡Oh! ¡fuerza será que me sigas, ó te entrego al patíbulo! Fuerza es morir, hermosa, ó ser mia! ¡ser del sacerdote! ¡del apóstata! del asesino! ¿Y esta misma noche, lo entiendes? ¡Ea! contento, júbilo! bésame, loca! ¡bésame! La tumba ó mi lecho.

Y sus ojos centelleaban de impureza y de rabia, y su boca lasciva abrasaba el cuello de la doncella, que forcejeaba como una leona entre sus brazos, mientras la cubria él de besos espumantes.

—No me muerdas, mónstruo! gritaba. ¡Oh! !odioso fraile corrompido! ¡déjame! ¡ó te arranco tus inmundas canas y te las tiro á la cara á puñados!

Púsose encendido, luego pálido, y las soltó mirándola con ojos sombríos. Creyóse ella victoriosa y prosiguió: —Te digo que soy de mi Febo, que solo amo á Febo; que Febo es hermoso, y tú, sacerdote! ¡tú eres viejo! ¡tu eres feo! ¡vete!

Lanzó él un grito violento como el miserable á quien aplican un hierro ardiendo. —¡Pues muere! dijo rechinando los dientes con furor. Vió la infeliz su mirada horrible y quiso huir; pero él la cogió, la dió una violenta sacudida, la tiró al suelo y echó á andar con rápidos pasos hácia el ángulo de la Torre-Rolland arrastrándola detras de sí sobre las piedras, por sus hermosas manos.

Luego que llegó á aquel sitio, se volvió hácia ella:

—¿Por última vez, quieres ser mia?

Respondió ella con energia:

—No.

Entónces D. Claudio gritó en alta voz: —¡Gudula Gudula! ¡aquí está la gitana! ¡véngate!

Sintió la pobre niña que la agarraban repentinamente por el codo. —Volvió la cabeza y vió un brazo descarnado que salia de una ventana que habia en la pared, y que la apretaba como una tenaza de hierro.

—Tenla bien, dijo el sacerdote; es la gitana que se ha escapado. —No la sueltes; voy á buscar á la justicia. La verás ahorcar.

Una carcajada gutural respondió desde el interior de la pared á aquellas sangrientas palabras. —¡Jah! Jah! ¡Jah! —Vió la gitana al sacerdote que se alejaba en la direccion del puente de Ntra. Sra. hácia donde se oia ruido de caballos.

Pronto reconoció la Esmeralda á la maligna reclusa, y entónces, palpitando de terror, procuró desasirse; tiró hácia sí con toda su fuerza, dió terribles arranques de agonia y de desesperacion; pero la otra la sujetaba con una violencia inaudita. Los huesos y flacos dedos que la atarazaban, se crispaban sobre su carne y se juntaban en rededor: parecia que aquella mano estaba remachada sobre su brazo. Era mas que una cadena, mas que una argolla de hierro; era una tenaza inteligente y viva que salió de una pared.

Rendida, dejóse caer en el suelo, y entónces el te-

Digitized by Google

mor de la muerte se apoderó de su alma; pensó en la dulzura de la vida, en el color del cielo, en la hermosura de la naturaleza, en el amor, en Febo, en todo lo que huia de ella, y en todo lo que se la acercaba, en el sacerdote que la delataba á la justicia, en el verdugo que iba á venir, en el patíbulo que estaba allí. Sintió entónces que la subia el terror hasta las raices de sus cabellos, y oyó la lúgubre carcajada de la reclusa que la decia al oido: — ¡Jah! ¡Jah! ¡Jah! ¡vas á ser ahorcada!!...

Volvióse moribunda á la ventanilla, y vió el semblante feroz de la reclusa por entre las rejas de hierro. — ¿Que os he hecho yo? dijo con voz doliente.

No respondió la reclusa: y empezó á balbucear con una entonacion sonora, irritada y sardónica: —¡Hija de Egipto! ¡hija de Egipto! ¡hija de Egipto!

La Reclusa.

La desdichada Esmeralda dejó caer la cabeza bajo sus cabellos, conociendo que no se las habia con un ser humano.

Luego de repente exclamó la reclusa como si la pregunta de la gitana hubiera tardado todo aquel tiempo en llegar hasta su cerebro. — ¿Que me has hecho, preguntas? ¡Ah! ¡que me has hecho, gitana! Pues bien, escucha. Yo tenia una criatura, ¿estás? una criatura, un ánjel, ¿lo oyes? —¡Una hija hermosa! ¡Mi Inés! añadió delirante y besando alguna cosa en las tinieblas. — ¿Pues bien estás, hija de Egipto? ¡me han quitado mi hija, me han robado mi hija; me han comido mi hija! Esto es lo que tu me has hecho.

Respondió la pobre niña como el cordero.

— ¡Ah! ¡acaso entónces aun no habia nacido yo!

— ¡Oh! si! respondió la reclusa, seguramente habias nacido ya. — ¡Ahora tendria ella tu edad! ¡sí! Quince años hace ya que estoy aquí; quince años hace que rezo; quince años que sufro; quince años que me rompo la cabeza contra estas cuatro paredes. — Te digo que me la han robado unas gitanas, ¿lo oyes? y que me la han devorado con sus dientes. — ¿Tienes tú corazon? figúrate una criatura que juega, una criatura que mama, una criatura que duerme. ¡Es una cosa tan inocente! ¡Pues eso! ¡eso es lo que me han robado, eso es lo que me han comido! ¡Dios lo sabe! — Ahora, ya me ha llegado mi turno á mí; yo tambien voy á devorar á una gitana. — ¡Oh! ¡y cómo te morderia si no me lo impidieran estas rejas! ¡Tengo la cabeza demasiado gorda! ¡Pobre ánjel! ¡mientras estaba durmiendo! ¡Y si la despertaron al cogerla, gritaria en vano; y ya no estaba allí! ¡Ah! ¡madres gitanas! ¡habeis devorado á mi hija! venid á ver la vuestra.

Echóse entónces á reir, y sus dientes rechinaron: la risa y la desesperacion se parecian en aquel furioso semblante. Empezaba ya á despuntar el dia; un reflе-

Digitized by Google

jo ceniciento iluminaba confusamente aquella escena, y cada vez se veia mas claro el patíbulo en la plaza. Al lado opuesto, hácia el puente de Ntra. Sra., la pobre víctima creia oir acercarse el ruido de la caballeria.

—Señora, gritaba cruzando las manos, hincadas las rodillas en tierra, espeluzada, delirante; loca de espanto; ¡señora! tened compasion de mí. Ya vienen: yo no os he hecho nada. ¿Quereis que muera de ese modo horrible, delante de vuestros ojos? No, yo estoy segura de que sois compasiva. ¡Seria demasiado horrible, dejad que me salve! ¡soltadme! ¡Perdon! ¡yo no quiero morir así!

—¡Vuélveme mi hija! dijo la reclusa.

—¡Perdon! ¡perdon!

—¡Vuélveme mi hija!

—¡Soltadme en nombre del cielo!

—¡Vuélveme mi hija!

Entónces por segunda vez, dejóse caer la gitana desmayada, rendida, con los ojos ya de vidrio como un cadáver.—¡Ah! balbuceó, vos buscais una hija y yo busco á mis padres.

—Vuélveme mi Inesita, prosiguió Gudula.—¿No sabes donde está?—¡Pues entónces muere!—Escúchame: ¡Yo era una ramera, yo tenia una hija, y me han robado mi hija!—¡me la robaron las gitanas! Ya ves que tienes que morir. Cuando la gitana tu madre venga á reclamarte, la diré:—¡Madre, mira ese patíbulo!—O vuélveme mi hija—¿sabes tú donde está mi pobre hija? Mira; voy á enseñarte:—¿Ves su zapato? esto es todo lo que me queda de ella. ¿Sabes donde está el compañero? Si lo sabes dímelo, y si no es mas que en el otro extremo de la tierra—no importa iré á buscarle andando de rodillas.

Esto diciendo, con el otro brazo que sacó por la ventanilla, enseñaba á la gitana el zapatito bordado; habia ya bastante luz para que pudiesen distinguirse su forma y colores.

—¡Dejadme ver ese zapato, dijo la gitana estremeciéndose, Dios mio! Dios mio!—Y al mismo tiempo con la mano que tenia libre, abrió con precipitacion el pequeño escapulario recamado de abalorios verdes que llevaba al cuello.

—¡Sí, sí, decia Gudula, registra tu amuleto del demonio! Luego de repente se interrumpió, tembló de piés á cabeza y gritó con una voz que salia de lo mas profundo de sus entrañas:—¡Hija mia!

Acababa la gitana de sacar del escapulario un zapatito absolutamente igual al otro; á este zapatito estaba cosido un pergamino en que se leian estos dos versos:

Cuando encuentres otro igual
A tu madre encontrarás.

En menos de lo que brilla un relámpago, confrontó la reclusa los dos zapatitos, leyó la inscripcion del pergamino, y encajó en las rejas de la ventana su rostro radiante de una celeste alegría, gritando;—¡Mi hija! mi hija!

—¡Mi madre! respondió la gitana.

Aquí renunciamos á pintar.

La pared y las barras de hierro estaban entre las dos.—¡Oh! la pared! gritó la reclusa.—¡Oh! verla y no poder abrazarla! Tu mano, dame tu mano!

Metió la Esmeralda el brazo por la ventana. Precipitóse la reclusa sobre aquella mano, pegó á ella sus lábios, y quedó allí, abismada en aquel beso sin dar mas señal de vida que un sollozo que movia su pecho de cuando en cuando: en tanto lloraba á torrentes, en silencio, en la sombra, como una lluvia nocturna. La pobre madre vaciaba á borbotones sobre aquella adorada mano el negro y profundo pozo de lágrimas que tenian dentro de si, y donde habia filtrado su dolor gota á gota durante quince años.

Levantó de repente la cabeza, separó de sobre su frente sus largos cabellos grises, y sin decir palabra, empezó á sacudir con ambas manos las barras de su prision, mas furiosa que una leona. Pero las rejas resistieron. Fué entónces á coger en un rincon de su celda una piedra enorme que la servia de almohada y la tiró á ellos con tal violencia, que saltó una de las barras echando chispas; un segundo peñazo rompió enteramente la cruz de hierro que barreaba la ventana; y entónces con sus dos manos acabó de romper y separar los fragmentos enmohecidos de la reja. Hay momentos en que las manos de una mujer tienen una fuerza sobrehumana.

Abierto el paso, en cuya operacion no se tardó un minuto, cogió la reclusa á su hija por la cintura y la metió en su celda.—¡Ven! dijo, que quiero sacarte del abismo.

Cuandó tuvo á su hija en la celda, dejóla con mucho tiento en el suelo, luego la volvió á coger llevándola en brazos como si fuera aun su primorosa Inesita de un año, y así iba y venia en la estrecha jaula, delirante, insensata, furiosa, loca, gritando, cantando, besando á su hija, hablándola, riendo á carcajadas, llorando á mares, todo al mismo tiempo y con arrebato.

—¡Hija mia! hija mia! decia.—¡Ya tengo mi hija! ¡aquí está! El señor me la ha vuelto.—¡Eh! ¡vengan todos! ¡Hay quien vea por ahí que tengo á mi hija! ¡Jesus, Señor, que hermosa es! Quince años me la habeis hecho esperar, Dios mio; pero era para volvérmela mas hermosa.—Las gitanas no la habian devorado. ¿Quien lo decia? ¡Hija mia! hija mia, bésame. Las gitanas, ¡oh! benditas sean las gitanas!—¿Con que eres tú? por eso me daba un vuelco el corazon cada vez que pasabas tú. ¡Y yo que lo atribuia á odio! ¡Perdóname! Inesita, ¡perdóname!—¿Me creias muy mala no es verdad? Te quiero.—¿El lunarcillo del cuello le conservas aun? á ver... ¡Si! ¡Oh! que hermosa eres! Yo os he dado esos ojos tan grandes y tan hermosos, señorita. Bésame. Te quiero. ¿Que se me importa á mi que las otras madres tengan hijos? ¡que los tengan! Vengan tambien, si quieren y verán á mi hija; verán su cuello, sus ojos, sus cabellos, su mano.—Busquen ellas algo tan hermoso como esta criatura: ¡oh! esta si que tendrá galanes á porfia! Quince años he llorado yo; toda mi hermosura se fue contigo, y ahora la tienes tú. Bésame.

Decíala otras mil cosas extravagantes, en las cuales el acento era el todo. Trastornaba los vestidos de la pobre niña hasta el punto de avergonzarla: pasábala la mano por sus cabellos de seda, la besaba el pié, la rodilla, la frente, los ojos, y se extasiaba de todo. La Esmeralda se estaba quieta, repitiendo á veces en voz muy baja y con una dulzura infinita:—¡Madre mia!

—Mira, hija mia, proseguia la reclusa interpolando con besos todas sus palabras, mira; te querré muchísimo. Nos iremos de aquí; vamos á ser muy dichosas. He heredado algunas cosillas en Reims. ¡Ah! no, no te puedes acordar; eras tan niña! ¡Si vieras que bonita eras de cuatro meses! Tenias unos piececitos... la gente venia á verlos por curiosidad desde Epergay que está á siete leguas! Tendremos una casa, una huerta; dormirás conmigo. ¡Dios mio! Dios mio! ¿quien lo habia de decir? ¡Tengo mi hija!

—¡Oh madre mia! dijo la niña hallando en fin en su agitacion fuerzas para hablar, bien me lo decia la gitana. Habia en nuestra tribu una buena mujer que murió el año pasado, y que siempre cuidó de mí como una madre; ella fue quien me puso esta bolsita al cuello. Siempre me estaba diciendo: Niña guarda bien esa joya; es un tesoro que te hará encontrar á tu madre; llevas á tu madre en el cuello.—¡Bien me lo anunció la gitana!

De nuevo estrechó la reclusa á su hija entre sus brazos.—¡Ven que quiero darte un beso! ¡vaya que lo dices con un donaire! Cuando volvamos á nuestro

Digitized by Google

pais, calzaremos á un niño Jesus de la iglesia con los zapatitos: bien se lo debemos á la Sta. Vírgen. ¡Dios mio! ¡que voz tan dulce tienes! ¡Cuando me hablabas ántes tu voz me parecia una música! ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Señor! he encontrado á mi hija!... ¿Pero es creible? no se muere de nada, porque yo no he muerto ahora de alegria.

Y luego, empezó de nuevo á dar palmadas y á gritar: ¡Vamos á ser felices!

Resonaron entónces en la covacha un retintin de armas y un galope de caballos que parecian desembocar del puente Nuevo, y acercarse por momentos á la plaza. Llena de angustia la gitana, arrojóse en los brazos de la reclusa.

—¡Salvadme! salvadme! madre mia! que vienen!

La reclusa se puso pálida.

—¡Cielo! ¿que estás diciendo? ¡Ya se me olvidaba! Te persiguen! ¿Que has hecho?

—¡Que se yo! respondió la Esmeralda; pero estoy condenada á morir.

—¡Morir! dijo Gudula vacilando como herida por el rayo. ¡Morir! repitió lentamente mirando á su hija con ojos fijos.

—Sí, madre mia, respondió la desolada criatura, quieren matarme, y ahora vienen á prenderme. ¡Ese patíbulo es para mí! ¡Salvadme! salvadme! que llegan salvadme!

Inmovil quedó la reclusa por algunos instantes como petrificada; luego meneó la cabeza en señal de duda, y prorrumpiendo de repente en una carcajada en una de sus antiguas carcajadas espantosas: —¡Oh! oh! dijo, no! es un sueño eso que estas diciendo! ¡Pues que! haberla perdido por quince años, y hallarla luego por un minuto! Me la habian de arrancar y ahora que es hermosa, que es alta, ahora que me habla, que me quiere, ahora es cuando habian de venir á matármela, delante de mí, de mí que soy su madre!! ¡Oh! no! esas cosas no son posibles, Dios no permite que lo sean!!

Hizo alto en esto la cabalgata y oyóse una voz lejana que decia:—Por aquí, Sr. Tristan! el sacerdote dice que la hallaremos en el Trou-aux-Rats.—Volvióse en esto á oir el ruido de los caballos.

Levantó la reclusa la cabeza lanzando un grito de desesperacion.—¡Salvate! salvate, hija mia! Sí; ahora lo concibo todo; tienes razon; tu muerte... ¡Horror! maldicion!... vete, vete!

Asomó la cabeza á la ventana, y la retiró al punto. —Quédate, dijo en voz baja, breve y lúgubre, apretando convulsivamente la mano de la gitana que estaba mas muerta que viva. ¡Quédate! ¡conten el aliento! Todo está lleno de soldados; no puedes salir; ya es muy de dia.

Sus ojos estaban secos y requemados. Permaneció un momento sin hablar, andando á pasos gigantescos por su celda, y parándose á veces para arrancarse puñados de cabellos grises que luego despedazaba con sus dientes.

Y luego de repente: —Ya se acercan, dijo. ¡Yo les hablaré! Escóndete en ese rincon, no te verán, les diré que te has escapado, que te he soltado: lo juraré.

Puso á su hija, porque aun la llevaba en sus brazos, en un ángulo de la celda que no se veia desde afuera. Acurrucóla allí, acomodóla con el mayor cuidado de modo que ni sus piés ni sus manos saliesen de la sombra, destrenzóla sus negros cabellos que esparramó sobre su blanca falda para cubrirla, puso delante de ella su cántaro de agua y su piedra, únicos muebles que tenia, imaginándose que aquella piedra y aquel cántaro la esconderian. Y luego que hubo acabado, ya mas serena, hincóse de rodillas y rezó: el dia acababa de despuntar, dejaba aun muchas tinieblas en el Trou-aux-Rats.

Pasó en aquel instante por junto á la celda la voz infernal del sacerdote; gritando: —¡Por aquí, capitan Febo de Chateaupers!

Al oir este nombre y aquella voz, la Esmeralda, metida en su rincon, hizo un movimiento. —¡No te menees! dijo Gudula.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando hizo alto alrededor de la celda un tropel de hombres, de espadas y de caballos: púsose al punto la madre en pié y fué á colocarse delante de su ventana para cerrar el paso. Vió entónces un gran número de hombres armados, á pié y á caballo, formado sobre la Gréve: apeóse el que los mandaba y llegóse á ella.— Vieja, dijo este hombre que tenia una cara atroz, andamos buscando á una hechicera para ahorcarla, y nos han dicho que tú la tienes.

Revistióse la pobre madre de la mayor indiferencia que pudo, y respondió: —No entiendo bien lo que quereis decir.

—¡Vive Dios! repuso el otro, ¿que diablos decia aquel desalentado arcediano? ¿Donde está?

—Señor, dijo un soldado, ha desaparecido.

—Ea, vamos, vieja loca, repuso el comandante, cuidado con mentir. Sé que te han encargado de guardar á esa bruja: ¿que has hecho de ella?

No quiso la reclusa negarlo todo por no despertar sospechas, y respondió con acento sincero y gruñon: —Si hablais de una muchacha que me dejaron hace poco entre las uñas, habeis de saber que me pegó un mordisco y tuve que soltarla. Ya he dicho lo que sé; dejadme en paz.

Hizo el comandante un gesto de desagrado.

—No vayas á mentirnos, repuso, espectro de los demonios. Yo me llamo Tristan l'Hermite, y soy el compadre del rey; ¿Tristan l'Hermite, lo oyes? Luego añadió echando una mirada por toda la plaza de Gréve: ¡Nombre que tiene aquí algun eco!

—Aun cuando fuerais Satanas l'Hermite, replicó Gudula que iba cobrando esperanzas, ni tendria mas que deciros, ni me meteriais miedo tampoco.

—¡Vive Dios, dijo Tristan, que es toda una mujer! ¡Ah! ¿con que se ha escapado la hechicera, eh? ¿Y por donde ha echado á correr?...

Gudula respondió con tono indiferente: —Por la calle del Cordero, si no me engaño.

Volvió Tristan la cabeza é hizo señal á su tropa de que se preparára á ponerse en marcha. La reclusa empezó á respirar.

Mi comandante, dijo de pronto un arquero, preguntad á esa pícara vieja porque razon estan todas rotas las rejas de su ventana.

Esta pregunta hizo volver la agonia al corazon de la miserable madre; sin embargo, no perdió toda su presencia de ánimo. —Siempre han estado así dijo en voz balbuciente.

—Bah, respondió el arquero; ayer sin ir mas léjos formaban una cruz negra que daba devocion el mirarla.

Echó Tristan una mirada oblicua á la reclusa.

—¡Me parece que se turba la vieja!

Conoció la desdichada que todo dependia de su firmeza de ánimo, y con la muerte en el alma, echóse á reir: las madres tienen fuerza para hacerlo. —¡Pues! dijo, ese hombre está bebido. Mas de un año hace que la zaga de una carreta de piedras se enganchó en mi ventana, y echó abajo la reja. Por mas señas que dije muy buenas picardias al carretero.

—Es cierto, dijo un arquero; yo estaba presente.

Siempre se encuentra alguno que todo lo ha visto. El inesperado testimonio del arquero reanimó á la reclusa á quien aquel interrogatorio hacia atravesar un abismo sobre el filo de un cuchillo.

Pero estaba condenada la infeliz á una alternativa contínua de esperanza y de susto.

—Pues si una carreta ha hecho este destrozo, repuso el primer soldado, los pedazos de las barras de-

Digitized by Google

bian haber caido hácia adentro y no hácia afuera.

—¡Hé! ¡hé! dijo Tristan al soldado, bueno eres tú para fiscal del Chatelet. Responded, buena vieja, á lo que dice.

—¡Jesus! exclamó la pobre acosada en sus últimas trincheras y con voz llena de lágrimas; á pesar suyo, os juro, señor, que una carreta rompió estas rejas. Ya habeis oido que ese hombre lo vió. Y luego, ¿que tengo yo que ver con esa gitana?

—¡Hum! refunfuñó Tristan.

—¡Diablo! repuso el soldado lisonjeado su amor propio con el elogio del preboste, las roturas del hierro están fresquitas.

Levantó Tristan la cabeza, y la pobre reclusa se puso pálida como un expectro. —¿Cuanto tiempo decis que hace que pasó esta carreta?

—Un mes, quince dias tal vez, ¿que sé yo?

—Antes dijo que hacia mas de un año, observó el soldado.

—Eso no me parece muy claro.

—Señor, gritó la madre sin abandonar su puesto delante de la ventanilla y temblando que sus sospechas les hiciesen meter la cabeza por ella y mirar en la celda, señor, os juro que una carreta rompió esta reja; os lo juro por los ángeles del cielo. Si no fue una carreta, consiento en morir condenada para toda la eternidad, y reniego de mi Dios.

—¡Vaya que lo jura con un empeño particular! dijo Tristan con su mirada indiferente.

Sentia la pobre mujer desvanecerse por momentos su firmeza; empezaba ya á aturdirse y comprendia llena de terror que no decia lo que hubiera debido decir.

Llegó en esto otro soldado, gritando: —Señor, esa maldita bruja ha mentido; la hechicera no se escapó por la calle del Cordero: la cadena ha estado tendida toda la noche, y el centinela á nadie á visto pasar.

Tristan, cuya fisonomia era cada vez mas siniestra, interpeló á la reclusa: —¿Que tienes que responder á eso?

Procuró ella hacer frente á este nuevo ataque. —Que nada sé, señor; que he podido engañarme: ahora me parece en efecto que pasó el rio.

—Precisamente es el lado opuesto, dijo el preboste, y no es muy probable que se ha ido hácia la ciupor donde la andaban buscando. ¡Vieja, tú mientes!

—Y ademas, añadió el primer soldado, no hay lanchas de este lado ni al otro del rio.

—Habrá pasado á nado, replicó la reclusa defendiendo el terreno á palmos.

—¿Nadan acaso las mujeres? dijo el soldado.

—¡Vive Dios, vieja, que estás mintiendo! respondió Tristan montado en cólera. Tentaciones me dan de dejar á la hechicera y de ahorcarte en su lugar: un cuarto de hora de tormento puede que te saque las palabras del garlito. Ea, ven con nosotros.

Escuchó ella estas palabras con delirio: —Como querais. Estoy pronta, señor. El tormento; al instante, al instante; echemos á andar. —Durante este tiempo, decia ella para sí, podrá escaparse mi hija.

—¡Vive Dios! dijo el preboste; ¡que apetito de ballete! ¡maldito si entiendo á esta vieja!

Un soldado de la ronda ya algo cano salió de las filas y dirigiéndose al preboste: —¡Loca en efecto, señor! dijo. Si ha soltado á la gitana, no lo habrá hecho por su gusto, porque no es muy amiga del Egipto. Quince años hace que soy de la ronda, y todas las noches la oigo renegar de las gitanas con infinitas execraciones. Si la que perseguimos es, como creo, la muchacha de la cabra, es justamente la que mas aborrece.

Hizo Gudula un esfuerzo, y dijo: —A la que mas aborrezco, precisamente.

El testimonio unánime de los soldados de la ronda confirmó al preboste las palabras del viejo. Entónces, Tristan l'Hermite, desesperando de lograr ninguna averiguacion de la reclusa, la volvió la espalda, y la infeliz le vió con indecible ansiedad dirigirse lentamente hácia su caballo. —¡Ea, decia entre dientes, marchen! volvamos á la husma. No he de pegar los ojos hasta ahorcar á la gitana.

Vaciló sin embargo algun tiempo ántes de montar á caballo. Palpitaba Gudula entre la vida y la muerte, viéndole dirigir por toda la plaza la mirada inquieta de un perro de caza que siente que no anda léjos la madriguera del conejo, y se resiste á alejarse: en fin, meneó la cabeza, y se afirmó en la silla. Dilatóse el corazon tan horriblemente comprimido de Gudula, y dijo en voz baja echando una ojeada sobre su hija, á quien no se habia atrevido á mirar desde que estaban allí aquellos hombres: —¡Salvada!

Habia estado la pobre niña todo aquel tiempo en su rincon, sin respirar, sin moverse, con la idea de la muerte delante de sus ojos: nada habia perdido de la escena entre Gudula y Tristan, y cada una de las agonías de su madre habia por decirlo así resonado en su corazon. Habia oido todos los crugidos sucesivos del hilo que la tenia suspendida sobre el abismo; veinte veces habia creido verle romperse, y ya empezaba por fin á respirar y á sentir apoyados sus piés en tierra firme. Oyó en aquel momento una voz que decia al preboste: —¡Cuerno de buey! Sr. preboste, no es cosa que me toca ni me atañe á mí, hombre de armas, eso de ahorcar hechiceras. La canalla popular os pertenece; haga cada cual su negocio. Me permitireis que vaya á reunirme con mi compañia que se halla sin capitan. —Esta voz era la de Febo de Chateaupers. Lo que pasó entónces en la Esmeralda no se puede expresar; allí estaba su amigo, su protector, su apoyo, su asilo, su Febo! Levantóse precipitadamente, y ántes de que su madre hubiese podido impedirlo, precipitóse á la ventana gritando: —¡Febo! ¡á mí! —¡Febo mio!!

Febo ya no estaba allí; acababa de revolver á galope el ángulo de la calle de la Coutellerie: pero Tristan aun no se habia marchado.

Precipitóse la reclusa sobre su hija, lanzando un rugido, y la retiró violentamente hácia atrás, clavándola las uñas en el cuello; una madre tigre no repara en tan poca cosa. Pero ya era tarde; Tristan la habia visto.

—¡He! ¡he! exclamó con una sonrisa que puso en descubierto toda su dentadura, haciendo asemejarse su rostro al morro de un lobo; ¡dos ratones en la ratonera!..

—Ya lo sospechaba yo, dijo el soldado.

Dióle Tristan una palmada sobre el hombro.—¡No eres tú mal gato!—Vamos, añadió. ¿Dónde está Enrique Cousin?

Salió de sus filas un hombre que no tenia ni facha ni trage de soldado. Iba vestido la mitad de color gris, y la otra mitad pardo; llevaba los cabellos aplastados sobre la frente, mangas de cuero y un gran rollo de cuerdas en su áspera mano. Aquel hombre acompañaba siempre á Tristan, el cual acompañaba siempre á Luis XI.

—Amigo, dijo Tristan l'Hermite, presumo que esta es la bruja que buscamos. Ahí vas á ahorcármela incontinente.—¿Traes tu escalera?

—Una hay en el portal de la casa de los Pilares, respondió el hombre. ¿Vamos á despachar el negocio en esta justicia? Prosiguió señalando el patíbulo de piedra.

—Sí.

—¡Ho—he! repuso el hombre con una risa mas bestial aun que la del preboste, no tendremos mucho que andar.

—¡Despacha! dijo Tristan, luego te reirás.

Desde que Tristan habia visto á la Esmeralda quedó desvanecida toda su esperanza, no pronunció la reclusa una sola palabra. Dejó á la pobre gitana

Digitized by Google

medio muerta en un rincon de la celda, y volvió á colocarse en la ventanilla, apoyadas ambas manos en el ángulo del establecimiento, como dos garras. En aquella actitud veíasela fijar intrépidamente en todos aquellos soldados su mirada que era ya insensata y feroz. Cuando Enrique Cousin se acercó á la celda, puso ella una cara tan terrible que retrocedió el sayon.

—Señor, dijo volviéndose al preboste ¿á cual hay que ahorcar?

—A la jóven.

—Tanto mejor, porque la vieja me parece algo indigesta.

—¡Pobre bailarina de la cabrita! dijo el viejo soldado de la ronda.

Acercóse aun mas Enrique Cousin á la ventana: la mirada de la madre le hizo bajar los ojos y decir con alguna timidez: —Señora....

Interrumpióle ella con voz sorda y furiosa: —¿Que quieres?

—No hablo con vos, dijo, sino con la otra.

—¿Qué otra?

—La jóven.

Empezó ella á menear la cabeza gritando:—¡ Aquí no hay nadie! ¡nadie! ¡aquí no hay nadie!

—¡Sí! repuso el verdugo, bien sabeis que sí: dejadme ahorcar á la jóven. Yo no quiero haceros daño.

—¡Ah! dijo con una expresion singular, ¡no quieres hacerme daño!!

—Dejadme la otra, Sra. el Sr. preboste lo manda.

—No hay nadie, repitió con aire de insensatez.

—¡Os digo que sí! replicó el verdugo; todos hemos visto que érais dos.

—¡Pues mira! dijo la reclusa riendo; mete la cabeza por la ventana.

Examinó el verdugo las uñas de la madre, y no se atrevió á obedecerla.

—¡Despacha! gritó Tristan, que acababa de formar su gente en círculo alrededor del Trou-aux-Rats, y continuaba á caballo junto al cadalso.

De nuevo se volvió Enrique adonde estaba el preboste, todo mohino: acababa de dejar su cuerda en el suelo, y revolvia entre las manos su gorra con aire sándio. —Señor, preguntó, ¿por dónde se entra?

—Por la puerta.

—No la hay.

—Por la ventana.

—Es muy estrecha.

—Ensánchala, dijo colérico Tristan. ¿No tienes azadones?

Desde el fondo de su covacha, la madre lo miraba todo. Nada esperaba ya, no sabia lo que queria; pero no queria que la quitasen su hija.

Fué Enrique Cousin á buscar la caja de herramientas de carpinteria que estaba en el soportal de la casa de los Pilares, de donde sacó tambien la escala de tijera que aplicó inmediatamente al patíbulo. Cinco ó seis hombres del prebostazgo se armaron de picos y de palancas, y con ellos se dirigió Tristan á la ventanilla.

—Eh,—buena vieja, dijo el preboste con tono severo, entréganos de grado á esa muchacha.

Miróle ella como cuando no se comprende.

—¡Vive Dios! repuso Tristan; ¿que empeño tienes en impedir que sea ahorcada esa bruja como manda el rey?

La miserable se echó á reir con su risa feroz.

—¿Qué empeño tengo? ¡que es mi hija!

El acento con que pronunció estas últimas palabras hizo estremecerse aun al mismo Enrique Cousin.

—Lo siento dijo el preboste; pero tal es la voluntad del rey.

—¿Y qué me importa á mí tu rey? gritó repitiendo su terrible risa. ¡Te digo que es mi hija!

—Abrid la pared, dijo Tristan.

Bastaba para dejar espedita una abertura bastante ancha, sacar de quicio una hilada de piedra debajo de la ventanilla. Cuando oyó la madre que zapaban su fortaleza los picos y las palancas, lanzó un grito espantoso, y luego se puso á dar vueltas con increible velocidad alrededor de su cueva, costumbre de fiera que habia adquirido en su jaula. Ya no hablaba palabra; pero sus ojos brotaban llamas: los soldados estaban helados hasta el fondo de su corazon.

De pronto cogió su piedra, soltó una carcajada, y la tiró con toda su fuerza sobre los trabajadores. La piedra mal disparada, (porque sus manos temblaban) á nadie tocó, y fué á parar junto á los piés del caballo de Tristan. Sus dientes rechinaron.

Aunque no habia salido aun el sol, era ya muy de dia: un bello matiz rosado teñia las viejas chimeneas descascaradas de la casa de los Pilares; era la hora en que las matinales ventanas de la gran ciudad se abren alegremente sobre los techos. Algunos paletos, algunas fruteras que iban en su burro á los mercados, empezaban á atravesar la Gréve; deteníanse un momento delante de aquel grupo de soldados apiñado al rededor del Troux-aux-Rats, considerábanle con ojos atónitos y pasaban adelante.

Fue la reclusa á sentarse junto á su hija, cubriéndola con su cuerpo, pegada á ella, los ojos fijos, escuchando á la pobre niña que no hacia el menor movimiento y murmuraba en voz baja esta sola palabra :—¡ Febo! ¡Febo! A medida que iba avanzando el trabajo de los soldados, retrocedia la madre maquinalmente, y apretaba mas y mas á su hija contra la pared. Luego de repente vió la reclusa moverse la hilada de piedra (porque no apartaba de ella los ojos) y oyó la voz de Tristan que alentaba á los trabajadores. Salió entónces del abatimiento en que habia caido hacia ya algunos instantes y empezó á gritar; y mientras hablaba, su voz desgarraba los oidos como una sierra, y balbuceaba como si todas las maldiciones se hubiesen amontonado en sus lábios para estallar á la vez.—¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡qué horror! ¡sois unos infames!—¡pensais en efecto arrebatarme mi hija! ¡Oh! ¡cobardes! ¡oh! ¡villanos verdugos! ¡miserables asesinos! ¡Socorro! ¡socorro! ¡fuego!!—Será posible que me quiten mi hija? ¡Y hay un Dios misericordioso?

Entónces, encaróse con Tristan, echando espumarajos por la boca, los ojos desencajados, á cuatro piés como una pantera y herizada:

—¡Acércate á quitarme mi hija! ¿No ves que esta mujer te dice que es su hija? ¿Sabes tú lo que es una hija? ¡Eh! ¿lobo cerval, nunca has habitado, dime con tu loba? nunca has tenido de ella algun lobato? Y si los tienes, cuando ellos aullan, no sientes alguna cosa que te muerde las entrañas?

—Echad á bajo la piedra, dijo Tristan; y ya está casi en el aire.

Levantaron las palancas la maciza hilada, que era, ya lo hemos dicho, la última defensa de la madre. Arrojóse encima de ella y quiso detenerla, rascó la piedra con sus uñas; pero el macizo peñon, puesto en movimiento por seis hombres, se la escapó de entre las manos y se deslizó lentamente á lo largo de las palancas de hierro.

La madre, viendo la entrada espedita, tumbóse de través delante de la abertura, cubiendo la brecha con su cuerpo, retorciéndose los brazos, golpeando las losas con su cráneo, y gritando con una voz ronca, por el cansancio, y que apenas se oia: —¡Socorro! ¡fuego! ¡fuego!

—Coged ahora á la moza, dijo Tristan siempre impasible.

Miró la madre á los soldados de un modo tan formidable, que mas dispuestos los dejó á retroceder que á seguir adelante.

Digitized by Google

—Ea, despachemos, repuso el preboste. Enrique Cousin, vé tú el primero.

Nadie dió un paso.

Empezó el preboste á echar ternos y tacos!—¡Cabeza de Cristo! ¡tienen mis soldados miedo de una mujer!...

—Señor, dijo Enrique, ¿y á esa llamais una mujer?

—¡Tiene una melena de leon! dijo otro.

—¡Ea! repuso el preboste, no es mala la entrada. —Penetrad tres de frente, como en la brecha de Pontoise. Despachemos. ¡Muerte y Mahoma! ¡Al primero que retroceda, le divido en dos cachos!

Colocados entre el preboste y la madre, ambos formidables, dudaron por un momento los soldados, y luego resolviéndose de repente, se adelantaron hácia el Trou-aux-Rats.

Cuando vió aquello la reclusa, púsose bruscamente en pié, separó los cabellos que la cubrian el rostro, y luego dejó caer sobre sus muslos sus flacas y desolladas manos. Salieron entónces una á una anchas lágrimas de sus ojos, bajando por una arruga á lo largo de sus mejillas, como un torrente por su cauce: empezó al mismo tiempo á hablar; pero con una voz tan suplicante, tan dulce, tan sumisa, tan amarga, que al rededor de Tristan mas de un caduco sotacómitre; que hubiera comido carne humana, se enjugaba los ojos.

—¡Señores! ¡señores soldados, una palabra por amor de Dios! tengo que deciros una cosa.—¿Sabeis que es mi hija? ¡mi pobre hija que se me habia perdido! ¡Escuchadme! Es una historia muy larga. Habeis de saber que yo conozco muy bien á los señores soldados: siempre han sido muy caritivos conmigo, cuando los pillos me tiraban piedras, porque llevaba yo una vida de amor. Si, estoy segura de que me dejareis mi hija cuando lo sepais todo! Yo era una pobre ramera. Las gitanas me la robaron... por mas señas que conservé su zapatito durante quince años. Aquí está; miradle; así era su pie. ¡En Reims! ¡La Chantefleuri! ¡Calle de Loca Pena! Puede que la hayais conocido. Pues era yo. Entónces cuando erais jóvenes, se pasaba la vida alegremente. ¿No es verdad, Sres., que tendreis compasion de mí? Las gitanas me la han robado, y me han tenido privada de ella durante quince años. Yo la creia muerta. Figuraos, amigos mios, que yo la creia muerta. Quince años he pasado aquí; en esta cueva, sin lumbre en invierno; ¡esto si que es terrible! ¡Pobre zapatito! Tanto he gritado que al fin me ha oido el señor; esta noche me ha vuelto mi hija; es un milagro de Dios; no habia muerto. Yo estoy segura de que no me la quitareis. Si fuera á mí, bueno; pero ella, ¡una criatura de diez y seis años! ¡Dejadla tiempo para ver el sol! ¿Qué daño os ha hecho? ninguno, ni yo tampoco. Si supierais que nada mas tengo que esta niña, que soy ya anciana, que es una bendicion que me envia la Santa Vírgen. Y ademas, ¡sois tan buenos todos! Antes no sabiais que era mi hija; pero ahora ya lo sabeis. ¡Oh! ¡la quiero tanto! Sr. preboste, yo preferiria ver un agujero en mis entrañas á ver una desolladura en su dedo! ¡Y luego me pareceis tan buen señor! ¿Lo que yo estoy diciendo lo esplica todo, no es verdad? ¡Oh! Si habeis tenido una madre, señor! ¡vos sois el capitan, con que podeis dejarme mi hija! ¡Considerad, que os lo pido de rodillas como á un Jesucristo! Yo no pido nada á nadie; soy de Reims, señores; tengo una hacendilla de mi tio Mahiet Pradon. Yo no soy una vagamunda: no pido nada; ¡pero quiero mi hija! ¡Oh! ¡yo quiero guardar mi hija¡ ¡Dios; que es el señor de todas las cosas, no me la ha vuelto en valde! ¡El rey! ¡hablais del rey! ¡Pues yo sé que no le dará mucho gusto que maten á mi hija! ¡El rey es tan bueno! ¡es mi hija! ¡la hija de mis entrañas! ¡no es del rey, no es vuestra, es mia! ¡Yo quiero irme! ¡las dos queremos irnos! ¡en fin, dos mujeres que pasan, que una es la madre y otra la hija, se las deja pasar! ¡dejadnos pasar! somos de Reims. ¡Oh! yo sé que todos sois muy buenos señores; á todos os quiero de corazon. ¡Oh! ¡no me quitareis mi pobre hija, ¡es imposible! ¿verdad que es imposible? ¡Hija mia! ¡hija mia!!

No trataremos de dar una idea de su ademan, de su acento, de las lágrimas que bebia mientras hablaba, de cómo cruzaba y se retorcia las manos, de las sonrisas amargas, de las miradas delirantes, de los gemidos, de los suspiros, de los gritos miserables y horribles que mezclaba á estas palabras desordenadas, locas é incoherentes. Luego que hubo acabado, frunció las cejas Tristan l'Hermíte; pero fue para ocultar una lágrima que brillaba en sus ojos de tigre. Venció no obstante aquel momento de debilidad, y dijo en tono decisivo:—El rey lo manda.

Acercóse luego al oido de Enrique Cousin, y le dijo en voz baja,—¡Date prisa! El formidable preboste se sentia acaso desfallecer.

Penetraron en la celda el verdugo y los soldados. No hizo la madre ninguna resistencia, llegóse á rastras adonde estaba su hija, y cayó sobre ella como un cuerpo muerto. Vió la gitana á los soldados que se acercaban y el horror de la muerte la reanimó: ¡Madre mia! gritó con un acento inefable de amargura, ¡madre mia! ¡que vienen! ¡defendedme!—¡Si, vida mia, si, ya te defiendo! respondió la madre con voz doliente, y estrechándola convulsivamente entre sus brazos, la cubrió de besos. Ambas tendidas en el suelo, la madre sobre la hija, formaban un espectáculo digno de compasion.

Cogió Enrique Cousin á la Esmeralda por la cintura y cuando sintió aquellas ásperas manos que la asian, dió la infeliz un grito y cayó desmayada: el verdugo, que dejaba caer una á una muchas lágrimas sobre ella, quiso cojerla en brazos. Procuró desasir á la madre que habia, por decirlo así, anudado sus dos manos en torno de la cintura de su hija; pero estaba tan fuertemente agarrada á la pobre niña que fue imposible separarla. Entónces Enrique Cousin sacó de la celda á la gitana arrastrando y á la madre detras de ella: la madre tambien tenia los ojos cerrados.

Salia el sol en aquel momento y habia ya en la plaza porcion de gente que miraba á cierta distancia lo que llevaban arrastrando sobre las piedras hácia el patíbulo. Porque tal era la moda del preboste Tristan en las ejecuciones de muerte: tenia la mania de impedír que se acercasen los curiosos.

No habia un alma en las ventanas, solo se veian á lo lejos, en la cima de aquella de las torres de Ntra. Señora que domina la Gréve, dos hombres destacados en sombra sobre el cielo azul de la mañana, que parecian estar mirando aquella escena.

Paróse Enrique Cousin con su carga al pié de la fatal escalera, y respirando apenas, tal era su agitacion, ciñó la cuerda en torno del divino cuello de la Esmeralda. Sintió la pobre niña el horrible contacto del cáñamo, alzó los párpados y vió extendido sobre su cabeza el descarnado brazo del cadalso de piedra. Dió entónces una violenta sacudida, y gritó en alta y desgarradora voz ¡No! ¡no! ¡no quiero! La madre, cuya cabeza desaparecia entre los vestidos de su hija, no dijo una sola palabra; pero se vió palpitar todo su cuerpo, y multiplicar, los besos que la daba. Aprovechó el verdugo aquel momento para desasir de un empellon el brazo con que apretaba á la víctima, y sea por desfallecimiento; sea por desesperacion, soltó la madre á la Esmeralda. Cogió entónces el verdugo á la niña sobre su hombro, de donde caia la angelical criatura doblegada como una cinta junto á la ancha cabeza del sayon, y puso un pié en la escalera para subir.

En aquel momento, la reclusa que estaba acurru-

Digitized by Google

cada sobre las piedras, abrió enteramente los ojos sin lanzar un grito, púsose en pié con una expresion terrible, y luego como una fiera sobre su presa, arrojóse sobre la mano del verdugo y le mordió. Fue aquello un relámpago; el sayon lanzó un bramido de dolor. Acudieron todos, y no sin gran dificultad sacaron su mano ensangrentada de entre los dientes de la madre que guardaba el mas profundo silencio. Diéronla un brutal empellon, y su cabeza cayó con terrible violencia sobre las piedras cuando quisieron levantarla; de nuevo se dejó caer.—Estaba muerta.

Entónces el verdugo, que no habia soltado á la gitana, empezó á subir al cadalso.

II.

LA CREATURA BELLA BIANCO BESTITA.

DANTE.

CUANDO Quasimodo vió que la celda estaba vacia, que ya no estaba allí la gitana, que mientras la estaba defendiendo se la habian arrebatado, mesóse los cabellos á dos manos y pateó de sorpresa y de dolor; luego echó á correr por toda la iglesia buscando á su gitana, aullando gritos extraños en todos los rincones, sembrando sus cabellos rojos por todo el pavimento. En aquel instante acababan los arqueros del rey de entrar victoriosos en Ntra. Sra. buscando tambien á la gitana. Ayudóles á ello Quasimodo sin sospechar siquiera sus fatales intenciones; el pobre sordo creia que los enemigos de la gitana eran los hampones. El mismo llevó á Tristan á todos los escondrijos posibles, le abrió todas las puertas secretas, el trascoro, la sacristia, si la infeliz hubiera estado aun allí, él la hubiera entregado á sus enemigos. Cuando el cansancio de no hallarla aburrió á Tristan que no se aburria con facilidad, continuó Quasimodo buscándola solo. Veinte, cien veces dió vuelta á toda la iglesia, en todas direcciones, de arriba abajo, subiendo, bajando, corriendo, llamando, gritando, pescudando, resolviendo, registrando, metiendo la cabeza en todos los agugeros, introduciendo un hacha encendida en todas las bóvedas, desesperado, loco: un tigre que ha perdido á su hembra no está mas rugiente ni mas furioso. En fin, cuando se convenció bien de que ya no estaba allí, de que ya no habia remedio, de que se la habian quitado, volvió á subir lentamente la escalera de las torres, aquella escalera que con tanto entusiasmo y triunfo subió el dia en que la libertó de la muerte. Volvió á pasar por los mismos sitios con la cabeza baja, sin voz, sin lágrimas, casi sin aliento; de nuevo estaba desierta la iglesia y sepultada en su profundo silencio; los arqueros la habian abandonado para perseguir á la hechicera por la ciudad. Quasimodo, solo ya en la inmensa catedral, tan sitiada y tumultuosa poco ántes, volvió á tomar el camino de la celda donde durante tantas semanas habia dormido la gitana bajo su salvaguardia. Al acercarse á ella, imaginóse que tal vez la hallaria allí. Cuando al revolver la galeria que dá sobre el techo de los claustros laterales divisó la estrecha celda con su ventanilla y su puerta, agazapada bajo un enorme botarel, como un nido bajo una rama, sintióse desfallecer al pobre hombre, y se apoyó contra un pilar por no caer. Imaginóse que acaso habria vuelto allí; que sin duda un ángel la habia hecho tornar á aquel sitio; que aquel asilo era demasiado pacífico; demasiado sereno y delicioso para que no estuviera en él, y no se atrevia á dar un paso mas, temeroso de destruir su ilusion.—Sí, decia, hablando consigo mismo, tal vez estará durmiendo ó rezando; no la interrumpamos.—Echó en fin el resto de su valor, adelantóse de puntillas, miró y entro.... ¡Vacía! ¡la celda estaba vacía! Dió varias vueltas por ella el desdichado sordo con lentos pasos levantó la cama y miró debajo, como si pudiera estar escondida entre el colchon y las losas, y luego meneó la cabeza y quedó estúpido. De pronto pisoteó furioso su tea, y sin decir palabra, sin lanzar un suspiro, se precipitó con toda su fuerza la cabeza contra la pared, y cayó al suelo sin sentido.

Cuando volvió en sí, echóse sobre la cama, revolcóse en ella, besó con frenesí el sitio, tibio aun en que habia dormido la gitana, y allí quedó inmóvil por algunos minutos como si fuera á espirar, luego se levantó sudando á mares, jadeando, insensato y empezó á golpear con su cabeza las paredes con la espantosa regularidad del badajo de sus campanas, y la resolucion de un hombre que quiere despedazársela. Cayó en tierra por segunda vez rendido, y salió arrastrándose sobre sus rodillas fuera de la celda hasta que se acurrucó enfrente de la puerta, en una actitud de asombro. Permaneció así mas de una hora sin hacer ningun movimiento, fijos los ojos en la desierta celda, mas sombrío y pensativo que una madre sentada entre una cuna vacía, y un atahud lleno. No pronunciaba una sola palabra; solo de vez en cuando y con largos intérvalos, agitaba un sollozo violentamente todo su cuerpo, pero un sollozo sin lágrimas como aquellos relámpagos de verano que no meten ruido.

Es de creer que entónces fue, cuando, discurriéndo en el fondo de sus amargas cavilaciones sobre quien podia ser el inesperado raptor, de la gitana, pensó por primera vez en el arcediano. Acordóse que solo don Claudio tenia una llave de la escalera que conducia á la celda; recordó sus tentativas nocturnas contra la Esmeralda, aquella en que él mismo tambien dejó frustrada. Acordóse de otros mil detalles, pronto no le quedó duda alguna que el raptor de la gitana era el arcediano, y sin embargo, era tal su respeto al sacer-

Digitized by Google

dote, la gratitud, el amor, el delirio hácia aquel hombre habian echado tan profundas raices en su corazon que aun en aquel momento resistian á las punzadas de los celos y de la desesperacion.

Pensaba en que el arcediano habia hecho aquello, y la cólera de sangre y de muerte que tan infame accion le hubiera inspirado contra cualquier otro hombre, se convertia en el pobre sordo, tratándose de Claudio Frollo, en aumento de dolor.

En el momento mismo en que sus sospechas se fijaron, como hemos dicho, en el sacerdote, como ya empezaba el alba á blanquear los botareles, vió en el piso superior de Ntra. Sra., en la vuelta que forma la balaustrada exterior que gira en torno de la ápside, una especie de fantasma que andaba. Esta fantasma venia hácia donde estaba él; no tardó en reconocerla; era el Arcediano. Andaba don Claudio con paso grave y lento; no miraba delante de sí al andar, y aunque se dirigia hácia la torre septentrional, volvia la cara á un lado, hácia la orilla derecha del Sena, llevando la cabeza erguida como si procurára ver algo por cima de los techos: el bubo suele tomar esta actitud oblícua; vuela hácia un punto y mira otro. Así pasó el sacerdote por cima de Quasimodo sin verle.

El sordo, á quien habia petrificado aquella repentina aparicion, le vió sumergirse bajo la puerta de la escalera de la torre septentrional; el lector sabe que desde aquella torre se ve la casa de la ciudad. Quasimodo se puso en pié y siguió al arcediano.

Subió Quasimodo la escalera de la torre por subirla, para saber porque la subia el sacerdote: por lo demas, el pobre campanero no sabia ni lo que hacia, ni tampoco lo que queria; estaba lleno de furor y de miedo. El arcediano y la gitana se entrechocaban en su corazon.

Luego que llegó á la cima de la torre, antes de salir de la sombra de la escalera y de entrar en la plataforma, examinó con precaucion donde estaba el sacerdote: este le volvia la espalda. Hay una baranda calada que circunda la plataforma del campanario; el sacerdote, cuyos ojos estaban fijos en la Ciudad, tenia el pecho apoyado en uno de los cuatro lados de la baranda que mira hácia el puente de Ntra. Sra.

Quasimodo, llegándose á paso de lobo por detrás de él, fué á ver lo que estaba mirando de aquella manera; y tan absorta estaba en aquello la atencion del sacerdote que no oyó andar al sordo junto á él.

Magnífico y delicioso espectáculo es París, y sobre todo el Paris de entónces, visto desde lo alto de las torres de Ntra. Sra. á los frescos albores de una aurora de verano. Sería entónces como hacia el mes de julio; el cielo estaba perfectamente limpio y sereno; algunas estrellas rezagadas iban desapareciendo de él en diferentes puntos, y una habia en estremo brillante allá en el claro oriente del cielo. Una luz blanca y pura destacaba vivamente á la vista todos los planos que sus mil casas presentan hácia el oriente. La gigante sombra de los campanarios se extendia de techo en techo de un confin al otro de la gran ciudad. Ya habia barrios que hablaban y que metian bulla; oiase aquí una campanada, allí un martillazo, acullá el complicado chirrido de una carreta andando. Ya desembocaban por una y otra parte sobre aquella superficie de techos de algunas mangas de humo como por las fisuras de una inmensa sulfatara. El rio que frunce su agua en los ojos de tantos puentes, en la punta de tantas islas, estaba listado de mil pliegues de plata: entorno de la ciudad, por fuera de las murallas, perdíase la vista en un ancho círculo de vapores esponjosos al trasluz de los cuales se distinguian confusamente la línea indefinida de las llanuras, y las graciosas ondulaciones de las colinas. Todo linaje de flotantes rumores se dispersaban sobre aquella ciudad medio despierta; en la direccion del oriente, el aura de la mañana impelia por entre la limpia atmósfera algunas blancas guedejas arrancadas al brumoso vellon de las colinas.

En el átrio, algunas buenas viejas, que llevaban en la mano su jarro de leche, se enseñaban unas á otras el descalabro singular de la gran portada de Nuestra Señora, y dos arroyos de plomo cuajados entre las rendijas de los estucos: aquello era todo lo que quedaba del tumulto de la noche. La hoguera encendida por Quasimodo entre las torres estaba apagada, y ya Tristan habia hecho limpiar la plaza y arrojar los muertos al rio. Los reyes como Luis XI siempre tienen cuidado de lavar pronto el suelo despues de una carnecería.

Por fuera de la balaustrada de la torre, precisamente debajo del punto en que se hallaba el sacerdote, habia una de aquellas canales de piedra fantásticamente esculpidas que herizan todos los edificios góticos y en una grieta de aquella canal, dos graciosos alelíes en flor, mecidos y como vivificados por el aliento de la brisa, se hacian juguetones saludos. Encima de las torres, á lo alto, muy allá en el fondo del cielo, oíanse blandos trinos de pajarillos.

Pero el sacerdote no escuchaba, no miraba ninguna de aquellas cosas, porque era uno de aquellos hombres para quienes no hay mañanas, no hay pájaros, no hay flores. En aquel inmenso horizonte que tantos aspectos tomaba en torno de él, su contemplacion estaba concentrado en un punto solo.

Impaciente estaba Quasimodo por preguntarle que habia hecho de la gitana; pero el arcediano en aquel momento parecia vivir fuera de este mundo; hallábase visiblemente en uno de aquellos terribles instantes en que no lo sentiria el hombre si la tierra estallara. Fijos invariablemente los ojos en cierto punto, permanecia inmóvil y silencioso; y aquel silencio, y aquella inmovilidad tenian un no sé que tan formidable y solemne, que el tétrico campanero temblaba y no se atrevia á interrumpirlos; solo se atrevió, lo que era hasta cierto punto interrogar al arcediano, á seguir la direccion de su rayo visual, y de este modo cayó la mirada del desdichado sordo sobre la plaza de la Gréve.

Vió entónces lo que estaba mirando el sacerdote. Estaba la escala arrimada al patíbulo permanente; habia en la plaza bastante concurrencia de pueblo y muchos soldados: un hombre arrastraba sobre las piedras una cosa blanca, de que iba enganchada una cosa negra. Paróse aquel hombre al pié del cadalso, y entónces pasó algo que no pudo Quasimodo distinguir bien, y no porque su ojo único no conservara toda su pers picacia, sino porque un grupo de soldados impedi que se viese todo. Ademas en aquel mismo momento salió el sol, y rebosó por cima del horizonte un mao de luz tan viva que no parecia sino que en todas lar puntas de Paris, agujas, chimeneas, picos de las fas chadas se pegaba fuego á la vez.

El hombre entre tanto empezó á subir la escalera, y entónces la vió muy bien Quasimodo. Llevaba sobre el hombro una mujer, una niña vestida de blanco; aquella mujer tenia una cuerda en el cuello. Quasimodo la reconoció... ¡era ella!

Llegó el hombre á lo alto de la escalera de mano, y arregló el nudo corredizo. Entónces el sacerdote, para ver mejor, se puso de rodillas sobre la balaustrada.

Dió el hombre de pronto un empellon con el pié á la escalera del patíbulo, y Quasimodo, que no respiraba hacia ya algunos momentos, vió mecerse en la punta de la cuerda á cuatro varas sobre el nivel del suelo, la pobre niña bajo el hombre agazapado encima de ella con los piés sobre sus hombros. Giró muchas veces la cuerda sobre sí misma, y vió Quasimodo correr horribles convulsiones á lo largo del cuerpo de la gitana. El sacerdote por su parte, el cuello estirado, los ojos fuera de sus órbitas, contemplaba

Digitized by Google

aquel horrible grupo del hombre y de la mujer, de la araña y de la mosca.

En el momento mas espantoso, una carcajada infernal, una carcajada en que no puede prorrumpir sino el que ya no es hombre, estalló en el semblante lívido del sacerdote. Quasimodo no oyó aquella carcajada; pero la vió, y entónces retrocedió algunos pasos detrás del arcediano y de pronto, precipitándose sobre él con furor, arrojóle por la espalda con sus robustas manos sobre el abismo á que estaba asomado el arcediano.

—¡Condenacion!—gritó D. Claudio y cayó.

El canelon sobre que se hallaba, le detuvo en su caida. Asióse á él con manos desesperadas, y en el momento en que abria la boca para lanzar otro grito, vió pasar sobre el realce de la balaustrada, encima de su cabeza, la formidable figura de Quasimodo. Entónces calló.

Estaba el abismo debajo de él; una caida de mas de doscientos piés y el suelo. En aquella horrible situacion, no dijo el arcediano una palabra, no exhaló un gemido; solo se engarabitó en el canelon haciendo inauditos esfuerzos para trepar hasta él; pero sus manos no tenian á que agarrarse en el granito, sus piés raspaban la ennegrecida pared sin morder en ella. Los que han subido á las torres de Ntra. Sra. saben que hay una media caña interior en la piedra inmediatamente debajo de la balaustrada, y justamente sobre aquel ángulo entrante se deshacia en esfuerzos inútiles el miserable arcediano. No tenia que luchar contra una pared perpendicular, sino contra una pared que huia bajo sus piés.

Hubiérale bastado á Quasimodo, para sacarle de aquel abismo, alargarle una mano, pero ni siquiera le miraba. Miraba la Gréve, miraba el patíbulo, miraba á la gitana: habíase el sordo apoyado de codos sobre la baranda en el sitio que ocupaba un momento ántes el arcediano, y allí, sin separar un punto su mirada del único objeto que existia en todo el mundo para él en aquel momento, estaba inmóvil y mudo como un hombre herido del rayo, y un largo arroyo de llanto caia en silencio de aquel ojo que no habia derramado hasta entónces mas que una lágrima.

En tanto jadeaba el mísero arcediano, brotaba el sudor de su calva frente, sus uñas teñian de sangre la piedra, sus rodillas se rozaban en carne viva sobre la pared. Oia á su sotana, enganchada en el canelon, crugir y descoserse á cada nueva sacudida que la daba. Para colmo de desgracia, terminábase aquella canal en un cañon de plomo que se inclinaba bajo el peso de su cuerpo; sentia el arcediano que iba doblándose lentamente aquel cañon. Pensaba para su martirio el miserable que cuando el cansancio agotase la fuerza de sus manos, cuando se desgarrase su sotana, cuando se doblase enteramente aquel plomo, tendria que caer, y entónces el espanto le atarazaba las entrañas. Miraba á veces con ojos desencajados una especie de estrecho plano formado, como hasta diez piés mas abajo por los accidentes de la escultura, y pedia al cielo en el fondo de su alma desolada que le hiciese acabar su vida en aquel espacio de dos piés cuadrados, aun cuando debiera durar cien años. Una vez miró debajo de él la plaza, el abismo; levantó la cabeza con los ojos cerrados, tenia los cabellos tiesos.

Era cosa horrible el silencio de aquellos dos hombres: mientras el arcediano á algunos piés de distancia agonizaba de aquel modo tan espantoso, Quasimodo lloraba y miraba la Gréve.

El arcediano, viendo que todos sus arranques no hacian mas que conmover el frágil punto de apoyo que le quedaba, tomó el partido de quedar inmóvil. Allí estaba abrazado á la canal, respirando apenas, sin menearse en lo mas mínimo, sin mas movimiento que aquella convulsion maquinal del vientre que sentimos soñando cuando creemos estar cayendo en un precipicio. Sus ojos mates estaban abiertos de un modo enfermizo y atónito, y entretanto iba poco á poco perdiendo terreno: sus dedos se escurrian sobre la canal y cada vez sentia mas y mas la flaqueza de sus brazos y el peso de su cuerpo. La curbatura del plomo que le sostenia se inclinaba por momentos hácia el abismo. Veia debajo de él, cosa horrible, el techo de S. Juan-le-Rond pequeño como un naipe doblado por la mitad: miraba unas tras otras las impasibles esculturas de la torre, como suspendidas sobre el precipicio; pero sin terror por ellas ni compasion para él. Todo era de piedra en torno de su cuerpo.; delante de sus ojos, los mónstruos inmóviles; debajo, allá en el fondo, en la plaza, las piedras; encima de su cabeza, Quasimodo que lloraba.

Habia en el átrio algunos graves curiosos que procuraban con notable cachaza adivinar quien podia ser el loco que se divertia de una manera tan particular: oíales decir el sacerdote, porque su voz llegaba hasta él clara y aguda:—¡Va á romperse la crisma!

Quasimodo lloraba.

Comprendió en fin el arcediano, echando espumarajos de rabia y de terror, que todo era *inútil*. Sin embargo, echó el resto de su vigor para arriesgarlo todo en un último esfuerzo. Colgóse en vilo al canelon, rechazó la pared con ambas rodillas, enclavijó sus manos en una rendija de la piedra, y acaso hubiera logrado trepar hasta arriba con un pié, pero aquella conmocion doblegó bruscamente el pico de plomo sobre que se apoyaba; el mismo empuje desgarró de arriba abajo la sotana. Entónces, sintiéndose casi en el aire, sin mas apoyo que sus manos crispadas y ya sin fuerzas, asidas á alguna cosa, cerró el infeliz los ojos y soltó la canal. Cayó.

Quasimodo le miró caer.

Una caida desde tanta elevacion rara vez es perpendicular: el arcediano lanzado en el espacio, cayó al principio cabeza abajo y las manos extendidas, y luego dió muchas vueltas sobre si mismo; el viento le impelió hácia el techo de una casa, donde el infeliz empezó á hacerse pedazos: no habia muerto aun sin embargo, cuando llegó á él. Vióle el campanero procurar todavia asirse con las uñas á la parte superior de la fachada; pero el plano estaba demasiado inclinado, y el miserable no tenia ya fuerzas, deslizóse rápidamente sobre el techo como una teja que se desprende, y cayó botando en el suelo. Allí no hizo ya ningun movimiento.

Alzó entónces Quasimodo su ojo único sobre la gitana, cuyo cuerpo suspendido de la cuerda veia palpitar á lo lejos bajo su blanca falda, con los últimos estremecimientos de la agonía; luego fijó su mirada en el arcediano, tendidó al pié de la torre, ya sin forma humana, y dijo con un sollozo que levantó la tabla de su profundo pecho:—Oh! todo cuanto he amado!.....

III.

CASAMIENTO DE FEBO.

A LA caida de aquella misma tarde, cuando los oficiales de la justicia del obispo fueron á recojer sobre las piedras del átrio el dislocado cadáver del arcediano, Quasimodo habia desaparecido.

Muchos y varios rumores corrieron sobre esta aventura; pero fue el mas generalmente acreditado el de que ya habia llegado el dia en que, conforme á su pacto, Quasimodo, es decir el diablo, debia llevarse á Claudio Frollo, es decir, el brujo. Sospechóse que habia roto el cuerpo para sacar el alma, como rompen los monos la nuez para comérsela.

Por eso no fue el arcediano sepultado en tierra santa.

Luis XI murió el año siguiente en agosto de 1483.

Por lo que hace á Pedro Gringoire, logró salvar á

Digitized by Google

la cabra, y obtuvo algunos laureles en el género trájico. Parece que despues de haber probado sucesivamente la astrolojia, la filosofia, la arquitectura, la hermética, todas las locuras, echóse á cierra-ojos en la trajedia, que es la mas loca de todas: esto es lo que él llamaba *haber tenido un fin trájico.* Hé aquí lo que con respecto á sus triunfos dramáticos se lee desde 1483 en las cuentas llamadas del Ordinario: — «A Juan »Marchand y Pedro Gringoire, carpintero y compo»sitor, que han hecho y compuesto el misterio repre»sentado en el Chatelet de Paris, con motivo de la »entrada del señor legado, dispuesto los personajes, »y á estos revestido y ataviado cual el susodicho miste»rio requeria, y juntamente ha dispuesto los tablados »que para ello eran necesarios; por todo lo cual, cien »libras.»

Tambien Febo de Chateaupers tuvo un fin trájico; se casó.

IV.

CASAMIENTO DE QUASIMODO.

Acabamos de decir que Quasimodo habia desapareccido de Ntra. Sra. el dia mismo en que murieron la gitana y el arcediano; y en efecto, nunca mas se volvió á ver, ni aun se supo que habia sido del infeliz campanero.

En la noche que siguió al suplicio de la Esmeralda, los criados y carpinteros del verdugo quitaron su cuerpo del cadalso y lo llevaron, segun costumbre, al foso de Montfaucon.

Era Montfaucon, como dice Sauval, «el mas antiguo y el mas soberbio patíbulo del reino». Entre los arrabales del Templo y de S. Martin, como hasta ciento sesenta toesas de los muros de Paris, á algunos tiros de ballesta de la Courtille, veiase en la cumbre de una eminencia suave, insensible, bastante elevada para ser vista á algunas leguas á la redonda, un edificio de forma extraña, que se parecia bastante á un cromlec celta, y donde se hacian tambien sacrificios humanos.

Imagínese el lector en la cima de un terromontero de yeso, un ancho paralepípedo de mazonería, de quince pies de alto, de treinta de ancho, de cuarenta de largo, con una puerta, una rampa exterior y una plataforma; sobre esta planicie, diez y seis enormes pilares de piedra en bruto, derechos, de treinta pies de altura, dispuestos en forma de columnata alrededor de los cuatro lados de la mole que los sostiene, enlazados entre sí en su cima por fuertes vigas de que penden numerosas cadenas de trecho en trecho: en todas estas cadenas, esqueletos humanos; en las cercanías, en la llanura, una cruz de piedra y dos patíbulos de segundo órden al rededor del cadalso central; encima de todo esto, en el cielo, un perpetuo vuelo de cuervos: tal era Montfaucon.

A fines del siglo xv estaba ya muy decrépito el formidable patíbulo que databa del año 1328; las vigas estaban carcomidas, las cadenas tomadas de orin, los pilares verdes de moho y empodrecidos, las hiladas de las piedras de construccion estaban todas rajadas en sus junturas, y ya cubierta de yedra aquella plataforma á que no tocaban los piés. Horrible se destacaba sobre el cielo el perfil de aquel monumento, de noche sobre todo, cuando habia un poco de luna sobre aquellos cráneos blancos, ó cuando la brisa de la tarde rozaba cadenas y esqueletos, y movia todo aquello en la sombra. Bastaba aquel patíbulo para convertir en siniestros lugares á todas las cercanías.

La mole de piedra que servia de base á aquel odioso edificio estaba hueca. Habia dentro de ella un ancho foso, cerrado por una mohosa reja de hierro toda rajada, adonde echaban, no solo los despojos humanos que se desprendian de las cadenas de Montfaucon, mas tambien los cuerpos de todos los infelices ajusticiados en los patíbulos permanentes de Paris. En aquel profundo osario, donde tanto polvo humano y tantos crímenes se han podrido juntos, muchos grandes de la tierra, muchos inocentes tambien han ido sucesivamente á llevar allí sus huesos, desde Enguerrando de Marigni, que estrenó su obra de Montfaucon, y que era un justo, hasta el almirante de Coligni, que fue su último huesped y que era tambien un justo.

En cuanto á la misteriosa desaparicion de Quasimodo, hé aquí todo lo que hemos podido descubrir.

Como hasta año y medio ó dos años despues de los sucesos que terminan esta historia, cuando se fue á buscar en el foso de Montfaucon el cadáver de Oliveros el Gamo, que habia sido ahorcado dos dias antes y á quien concedia Cárlos VIII la merced de ser enterrado en S. Lorenzo, entre mas selecta sociedad, halláronse entre aquellas inmundas osamentas dos esqueletos, uno de los cuales tenia asido al otro entre sus brazos con singular fortaleza. Uno de aquellos dos esqueletos, que era de mujer, tenia aun á guisa de vestimenta algunos harapos de un lienzo que habia sido blanco, y veiase al rededor de su cuello un collar de cuentas de sándalo con un pequeño escapulario de seda recamado de avalorios verdes, que estaba abierto y vacío: aquellos objetos tenian tan poco valor que sin duda el verdugo no habia querido apropiárselos. El otro que tenia á este fuertemente abrazado, era un esqueleto de hombre; observóse que tenia la columna vertebral torcida, la cabeza entre los omoplatos, y una pierna mas corta que la otra; pero no tenia ninguna fractura en las vertebras de la nuca, y era evidente que no habia muerto ahorcado. El hombre á quien habia pertenecido, habíase dejado morir en aquel sitio. Cuando quisieron separarle del esqueleto á que estaba abrazado, cayó hecho polvo.

FIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA OBRA.



Digitized by Google

Digitized by Google

30





BIBLIOTECA D[redacted]

100113[redacted]

Biblioteca de Catalunya

C-Tus

Adq.

1001132611

CB.

Top.

Digitized by Google

Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Digitized by Google